

PQ1795

.T5

E6

1825

C.i

010661



1080022060

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



LAS AVENTURAS

DE

TELÉMACO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

*Su dueño, Bernardo
W. Gutierrez y Benitez
Lima, Perú 1956*



LAS AVENTURAS

DE

TELÉMACO,

HIJO DE ULISES;

POR M. DE FENELON,

ARZOBISPO DE CAMBRAY.

NUEVA EDICION,

Revista, corregida, y aumentada con notas sobre la
Mitología, la Geografía y la Historia.

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BURDEOS,

EN CASA DE LAWALLE JÓVEN Y SOBRINO,

PASEO DE TOURNY, N.º. 20.

1825.

- 46914

Imprenta de LAWALLE jóven.

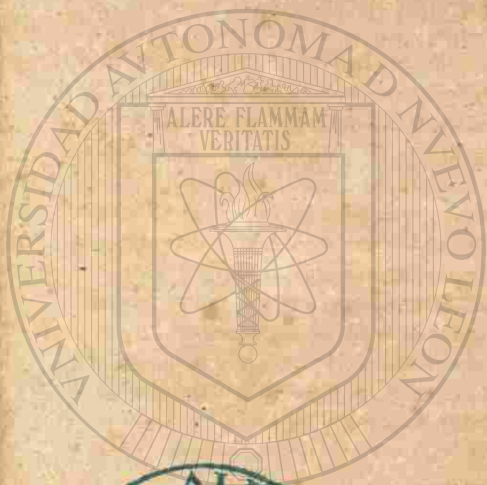
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

PQ1795

.TS

E 8

1825



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LAS AVENTURAS DE TELÉMACO.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

Telémaco después de un naufragio arriba con Minerva, que le conducía disfrazada bajo la figura de Mentor, á la isla de Calipso, quien todavía estaba sintiendo la partida de Ulises. Acógele la diosa benignamente, se apasiona de él, le ofrece la inmortalidad, y le pide que la cuente sus aventuras. Hácelo Telémaco refiriéndola su viage á Pilos y á Lacedemonia, su naufragio en la costa de Sicilia, el riesgo en que estuvo de ser sacrificado á los manes de Anquises, el socorro que en una incursión de Bárbaros diéron Mentor y él á Acestes, y la generosidad con que este rey reconoció tan importante servicio dándoles un navio tirio para que se volviesen á su patria.

INCOSOLABLE estaba Calipso (1) desde que la dejó Ulises (2) : tal era su desconsuelo, que se tenía por

(1) Calipso, diosa, hija de Atlas y de Tétis, fué reina de la isla Ogigia, donde recibió á Ulises después de su naufragio. Su nombre le viene del griego, y significa *Diosa del secreto*; lo que denota ó que Ulises se perfeccionó aun mas con Calipso en el arte de disimular, que poseía ya, ó simplemente que allí vivió largo tiempo ocultado sin que se supiese su paradero.

(2) Ulises, hijo de Laerto y de Anticlea, fué rey de Itaca.

010663

desgraciada en ser inmortal. Ya no resonaba en su gruta el dulce eco de su voz, ni aun se atrevían á hablarla las ninfas que la servían. Acostumbraba pasearse sola por el florido prado, cuyas inmarchitables verduras perpetuaban en la isla la mas agradable primavera (1); pero léjos de hallar en la hermosa variedad de aquellos sitios el alivio que á su dolor buscaba, solo veía un triste y continuo recuerdo de aquel Ulises que tantas veces la había en ellos acompañado. Solía quedarse inmóvil en la playa del mar regándola con sus lágrimas; pero fija siempre la vista en el camino por donde el navío de Ulises surcando las ondas había desaparecido á sus ojos.

Así se hallaba, cuando de repente alcanzó á ver los restos de una nave que acababa de naufragar: por una parte se veían hechos pedazos bancos de remeros; por otra se descubrían remos esparecidos por la arena, y un mástil, un timon y jarcias que fluctuaban á la orilla. Poco despues divisó á lo léjos dos hombres, de los cuales el uno le

Se casó con Penelope, hija de Icaro, de quien tuvo á Telémaco. Despues del asedio de Troya erró diez años por los mares ántes de volver á su pátria, y en este viage fué donde una tempestad le arrojó sobre las peñas de la isla Ogigia. Allí Calipso le detuvo siete años, deseando tenerle por esposo; pero una orden superior habiéndola precisado á despedirle, no podia consolarse de su partida, cuya causa atribua á la envidia de los otros Dioses. *Hom. Odys., lib. V.*

(1) La isla Ogigia, llamada tambien *Gaulos*, está un poco mas arriba de Melita ó Malta, entre la ribera de Africa y el promontorio de Sicilia, llamado *Paquino*. No se ha de confundir con la isla de *Cauda* ó *Gauda*, que es cercana de Creta.

pareció anciano, y el otro, si bien jóven, muy semejante á Ulises en la afabilidad de su semblante, en la bizarría de su aire, en la estatura, y hasta en la gravedad de sus pasos. Al instante conoció Calipso que este era Telémaco, hijo de aquel héroe; pero no pudo descubrir quien fuese el anciano venerable que le acompañaba, porque aunque la sabiduría de los dioses es infinitamente mayor que la de los hombres todos, sin embargo á las deidades inferiores no les es dado penetrar los arcanos de los dioses supremos; y Minerva, que bajo la figura de Mentor (1) acompañaba á Telémaco, no queria que Calipso la conociese.

No obstante se complacia esta diosa de un naufragio que la proporcionaba tener en su isla al hijo de Ulises tan parecido á su padre. Y dirigiéndose hácia él, le dijo como si no le conociese: «¿Cómo así te atreves, jóven temerario, á entrar en mi isla? Sábeta, ó estrangero, que nadie entra impunemente en ella.» Así procuraba Calipso, bajo estas palabras de amenaza, ocultar

(1) Mentor fué uno de los amigos de Homero, quien, para eternizar su nombre, le colocó en la Odisea, agradecido de que habiendo abortado á Itaca, á su vuelta de España, y padeciendo mucho de una fluxion en los ojos que le estorbaba el continuar su viage, fué recibido en casa de ese Mentor, quien cuidó mucho de él. Homero hace de este uno de los mas fieles amigos de Ulises, como que al embarcarse para Troya le ha confiado el cuidado de su casa. La misma ficcion continua el autor de Telémaco; y como estaba destinada esta obra para la instruccion del Duque de Borgoña, de quien era preceptor, dice que Mentor era la misma Minerva bajo la forma de este anciano, para dar mas crédito á sus preceptos, realmente dignos de la mas alta sabiduría.

la alegría en que rebosaba su corazón, y que á pesar suyo se descubria en su semblante.

Telémaco la respondió, « quien quiera que vos seais, mortal ó diosa, aunque al veros es preciso teneros por divina, ¿ podréis ser insensible á la desgracia de un hijo, que entregado á la discrecion de los vientos y de las olas por hallar á su padre, ha visto estrellarse su navio contra las rocas de vuestra isla? » — « ¿ Quién es pues tu padre? » le preguntó la diosa. — « Ulises, respondió Telémaco: uno de los reyes que despues de un sitio de diez años asolaron la famosa Troya: por su valor en la guerra, y aun mas por la prudencia de sus consejos, se ha hecho su nombre célebre en toda la Grecia, y en el Asia toda. Mas ahora errante por los anchurosos mares, anda sin duda recorriendo los mas terribles escollos por volver á su pátria, que parece huye de su vista; de modo que su esposa Penelope y yo hemos perdido ya la esperanza de volver á verle. Espuesto á los mismos peligros que él, ando yo por saber de su paradero. ¡ Mas ay de mí! acaso se hallará á estas horas sepultado en los profundos abismos del mar! ¡ Compadecedos, ó diosa, de nuestras desgracias; é si sabeis lo que han decretado los hados en favor ó en contra de Ulises, dignaos de comunicárselo á su hijo Telémaco. »

Tan sorprendida y enamorada quedó Calipso de la discrecion y cordura del mancebo, que ni sabia que responderle, ni se hartaba de mirarle. Por fin, rompiendo el silencio, le dijo: « Yo te instruiré de cuanto á tu padre le ha acontecido; pero es muy larga la historia, y ahora mas es tiempo de que te repares de tus trabajos. Ven á mi morada, y en ella te recibiré como á hijo: ven, tú serás mi consuelo en esta sole-

dad, é yo te haré feliz, si sabes apreciar la dicha que te preparo. »

Seguia Telémaco á la diosa, cuya hermosa cabeza sobresalia entre la multitud de jóvenes ninfas que la acompañaban, así como en las selvas descuella la frondosa copa de una alta encina sobre los arbustos que la rodean. Admirábele á Telémaco su singular hermosura, la rica púrpura de su undoso manto, el rubio cabello prendido con gracioso descuido, el fuego que vibraban sus ojos, y la amabilidad con que templaba tanta viveza. Mentor le seguia con los ojos bajos, y guardando un modesto silencio.

Llegaron á la entrada de la gruta de Calipso, donde Telémaco quedó sorprendido al ver bajo la apariencia de una rústica simplicidad todo lo que puede servir de encanto á los ojos. Allí no habia oro ni plata, mármoles ni columnas, cuadros ni estatuas: en la roca misma estaba labrada la gruta; y sus bóvedas guarnecidas de conchas y rocalla, y entapizadas de una vid tierna, cuyos flexibles vástagos se extendían con igualdad por todas partes. Los dulces zéfiro, mas poderosos que los ardientes rayos del sol, conservaban en ella una grata frescura: aquí variedad de fuentes llevaban sus aguas con sonoro murmullo por aquellos prados cubiertos de amarantos y violetas, haciendo de trecho en trecho varios remansos tan puros y claros como un cristal: allí mil florecillas desenrollando sus hojas matizaban la verde alfombra de que estaba rodeada la gruta: allá se detenía la vista en un espeso bosque de aquellos frondosos árboles que dan por fruto dorados pomos, y cuya flor, que se renueva en todas las estaciones, arroja la mas suave fragancia. Este bosque, en cuya espesura se escondia una perenne noche impene-

trable aun á los rayos del sol, coronaba aquellos hermosos prados. Jamas se oía en él mas que el canto de los pájaros, ó el ruido de un arroyo, que precipitándose de lo alto de una roca en espumosos borbotones, se huía despues al traves de la pradera. (1)

Estaba la gruta en la falda de una colina, desde donde se descubria la mar, unos dias clara y tersa como un espejo, y otros que locamente irritada con las rocas se estrellaba en ellas con horrisonos gemidos, levantando olas como montañas. A otro lado se veia un rio que formaba varias islas coronadas de floridos tilos, y de altos álamos que escondian en las nubes sus soberbias copas. Los diversos canales que estas islas formaban, andaban como retozando por la campiña: unos rodaban con rapidéz sus cristalinas aguas, otros las adormian en su lecho, y otros despues de largos rodeos retrocedian en su curso como para volverse á su origen, y como no acertando á dejar el encanto de aquellas riberas. Veíanse á lo léjos varias colinas y montañas, cuyas cimas se ocultaban en las nubes, y cuya estraña vista formaba el horizonte mas á propósito para recreo de la vista. Los montes inmediatos estaban cubiertos de pámpanos verdes, cuyas hojas no bastaban á cubrir el sazonado fruto que agoviaba las vides con su peso: la higuera, la oliva, el granado, y todos los demas árboles amenizaban la campiña, y hacian de ella un espacioso jardin.

Luego que Calipso hubo enseñado á Telémaco todos estos prodigios de la naturaleza, le dijo: « Ven, Telémaco, ven á descansar, que tu ropa está mojada, y es ya tiempo de que te pongas otra: despues nos volverémos á ver, y te contaré cosas que enternezcan tu corazon. » Al mismo tiempo que así le hablaba,

(1) - Esto baysme de frondoso los
botes, segun la descriçion; don
mas en los son dorados frutos
- 11 -

iba conduciendo sus huéspedes á lo mas recóndito de una gruta contigua á la suya, en la cual habian cuidado las ninfas de encender una gran lumbre de leña de cedro, cuyo suave olor se esparcia por todas partes; y no se olvidaron de dejar vestidos para los nuevos huéspedes.

Viendo, pues, Telémaco, que se le habia destinado una túnica de lana fina, cuya blancura excedia á la de la nieve misma, y un rico manto de púrpura bordado de oro; al contemplar tanta magnificencia, sintió todo el placer que es natural á un jóven.

Pero Mentor, á quien no se escondia lo que en su corazon pasaba, le dijo en tono grave: « ¿Son esos pensamientos, ó Telémaco, dignos del hijo de Ulises? Mejor te fuera pensar en hacerte digno de la reputacion de tu padre, y resistir á la fortuna que te persigue. El jóven que gusta de engalanarse livianamente como una muger, indigno es de la sabiduria y de la gloria, solo debidas al que tolera los trabajos, y desprecia los placeres. »

« ¡Antes me quiten los dioses la vida, le respondió Telémaco, dando un suspiro, que permitan que de mi corazon se apoderen la molicie y la voluptuosidad! Eso no: jamas el hijo de Ulises se rendirá á los hechizos de una vida pusilánime y afeminada. Pero ¿no debemos dar gracias al cielo, porque despues de nuestro naufragio nos ha deparado esta diosa ó mortal, que nos colma de bienes? »

« Teme, le replicó Mentor, que no te colme de males: teme sus engañosos halagos aun mas que los escollos en que se estrelló tu nave: sí, témelos mas: pues el naufragio y aun la muerte misma son ménos temibles que los placeres que asaltan á la virtud.

Guárdate de creer nada de lo que la diosa te cuente; está sobre tí: mira que la juventud es presuntuosa: todo se lo promete de sí; y aunque frágil, todo cree que lo puede, y que nada tiene que temer. Guárdate de dar oídos á sus lisonjeras insinuaciones, que se deslizarán como serpiente entre flores: teme esta oculta ponzoña, desconfía de tí mismo, y aguarda siempre mis consejos.

Luego volviéron á ver á Calipso, que ya los esperaba: las ninfas, trenzado el cabello, y vestidas de blanco, sirviéron inmediatamente una comida sencilla, pero exquisita por el gusto y por el aseo: en ella no se veían mas viandas que las aves cogidas en sus redes, ó los animales que habian cazado con sus flechas: el vino, que de unas grandes vasijas de plata corría en tazas de oro coronadas de flores, era mas dulce que el néctar; y por fin les presentáron cuantas frutas promete la primavera, y regala el otoño. Al mismo tiempo cantáron cuatro de ellas: primero la guerra de los dioses con los gigantes; despues los amores de Júpiter y de Semele; el nacimiento de Baco, y su educacion por el viejo Sileno; la carrera de Atalanta y de Hipómenes, que la venció por medio de las manzanas de oro cogidas en el jardín de las Hespérides; y por último cantáron también la guerra de Troya, ensalzando hasta el cielo los triunfos y la prudencia de Ulises. La ninfa principal, llamada Leucotoe, acompañaba con la lira á las dulces voces de las otras.

Al oír Telémaco el nombre de su padre, no pudo contener las lágrimas, que corriendo por sus mejillas daban un nuevo realce á su hermosura. Echólo de ver Calipso, y conociendo que el dolor le embargaba el apetito, hizo una señal á las ninfas, que al instante cantá-

ron el combate de los Centauros y los Lapitas, y la bajada de Orfeo á los infiernos para sacar de ellos á Euridice.

Acabada la comida, se apartó la diosa con Telémaco, y le habló de esta manera: «Tú sabes, hijo del grande Ulises, la bondad con que te he acogido: sabe, pues, también que yo soy inmortal, y que ninguno que no lo sea puede entrar en esta isla sin que al punto sea castigado su atrevimiento; ni aun tu naufragio te disculpará: nada fuera bastante á librarte de mi enojo, si yo de antemano no te amase. La misma fortuna tuvo también tu padre; pero, ¡ah! ¡qué poco supo aprovecharse de ella! ¡cuánto tiempo le retuve en esta isla! En su mano estuvo vivir conmigo una vida inmortal; pero pudo mas con él la ciega pasión de volver á su miserable pátria: todo lo despreció por su Itaca, que no ha logrado volver á ver (1). Se obstinó en dejarme, me dejó; pero me vengó la tempestad que sepultó su nave entre las olas despues de haberla hecho servir mucho tiempo de juguete á los vientos: escarmienta en tan funesto ejemplo. Y pues su naufragio no te deja ni la mas remota esperanza de volver á verle, ni de reinar en Itaca; consuélote de su pérdida, pues hallas en mí una deidad dispuesta á hacerte feliz, y un reino que ella misma te ofrece.»

A esto añadió largos discursos, pintando con la mayor delicadeza las dichas que disfrutó Ulises en su compañía. Contóle las aventuras que le sucediéron en la caverna del Cíclope Polifemo (2), y con Antífates, rey

(1) Fué la causa de su impaciencia el amor que tenía á su esposa Penelope, cuya imagen le seguía noche y dia. Tanto la amó que se fingió loco por no ir al sitio de Troya; pero se descubrió el engaño.

(2) En el libro IX de la Odisea se puede ver la descrip-

de los Lestrigones (1) : contóle lo que le sucedió en la isla de Circe, hija del sol (2), y el riesgo que corrió entre Escila y Caribdis (3). Le hizo una pintura de la última tempestad que movió Neptuno contra él cuando la dejó; y para que se persuadiese á que en ella habia perecido, le ocultó su arribo á la isla de los Feacios (4).

ción de esa cueva que estaba en Sicilia; como en ella se hallaron encerrados Ulises y sus compañeros; de que manera cegaron el ojo al gigante Polifemo, despues de haber debilitado sus fuerzas con el vino; y como salieron por fin de allí, atándose ellos mismos debajo del vientre de los mas fuertes carneros de su rebaño. *Odis. lib. IX.*

(1) Los Lestrigones gigantes antropófagos, oriundos de Sicilia, habitaban en la ciudad de *Lamos*, mas antiguamente *Formias*, en la costa de Campania. Ulises, habiendo querido desembarcar en su tierra, tuvo el dolor de ver la mayor parte de sus compañeros devorados por esos monstruos, y todos sus navios echados á pique, ménos el que montaba el mismo.

(2) La isla de Circe se llamaba *Eea* ó *Circei*, que es una montaña muy cercana de *Formias*. Homero la llama isla porque el mar y el pantano que la ciñen hacen de ella una península. Allí los compañeros de Ulises fueron transformados en cerdos. *Odis. lib. XII.*

(3) Escila y Caribdis son dos peñascos que forman la entrada del estrecho de Sicilia, por la parte del Peloro (hoy el *Faro*), el primero en la costa de Italia, y el segundo en la de Sicilia. Fueron en otro tiempo unos escollos muy peligrosos por la calidad de los navios de que se usaba entonces; pero hoy que se ha perfeccionado tanto la navegacion, no se hace caso de ellos. Allí tambien perdió Ulises algunos de sus compañeros.

(4) La isla de los Feacios es *Corcira* ó *Corfú*, llamada

Telémaco, que desde luego se habia entregado con demasiada ligereza al regocijo de verse tan bien tratado de Calipso, conoció al fin sus artificios, y la prudencia de los consejos que Mentor acababa de darle; y así la respondió en pocas palabras: « Disculpad, ó diosa, mi sentimiento: es tan intenso mi dolor, que solo me permite llorar y sentir: acaso en lo sucesivo me hallaré mas capaz de disfrutar la dicha que me ofrecéis; por ahora dejadme que lllore á mi padre: vos sabeis mejor que yo cuan digno es de ser llorado. »

No se atrevió por entónces la diosa á instar mas á Telémaco; antes fingió tomar parte en su pena, y contristarse por Ulises. Pero para mejor conocer los medios de que debia valerse para ganarle el corazon, le preguntó como habia naufragado, y por que aventuras habia venido á dar en sus costas. « La historia de mis infortunios, la respondió Telémaco, se os haria demasiado pesada. » — « De ningun modo, le replicó la diosa: ya estoy deseando saberla, no dilates referírmela. » Por fin le instó tanto, que no pudiendo resistirse, empezó á hablar en estos términos:

Yo salí de Itaca á preguntar por mi padre á los otros reyes que habian vuelto del sitio de Troya. A los amantes de mi madre Penelope les sorprendió la noticia de mi partida (1): ocultésla yo cuidadosamente, porque conocia su perfidia. Llegué á Pilos, hablé á Nestor (2);

antiguamente, por los Fenicios, Siqueria, que significa puesto de tráfico. Está en frente del continente del Epiro.

(1) La rara hermosura de Penelope habia atraído á su Corte varios príncipes que pretendian casarse con ella, creyendo muerto á Ulises.

(2) Nestor, hijo de Neleo y de Cloris, fué uno de los

pasé á Lacedemonia, donde fuí cariñosamente recibido de Manelao (1); pero ni uno ni otro supiéron decirme si mi padre era vivo ó muerto. Cansado ya de dudas, me resolví á pasar á Sicilia, adonde tenia entendido que le habia arrojado una borasca; pero el sabio Mentor, que está presente, se opuso á tan temerario desiguio, representándome por una parte la crueldad de los Cíclopes, gigantes monstruosos que devoran á los hombres; y por otra la armada de Eneas y de los troyanos que navegaban por aquellas costas. Los troyanos, me decia, aborrecen mortalmente á los griegos; pero en especial ninguna sangre derramarían con mas gusto que la del hijo de Ulises. Créeme, vuélvete á Itaca, donde acaso tu padre, á quien aman los dioses, llegará al mismo tiempo que tú; y si han decretado su ruina, ó que no vuelva á ver su patria, á lo ménos ve tú á vengarle: ve á librar á tu madre: haz que todas las naciones admiren tu sabiduría: haz que la Grecia toda vea en tí un rey tan digno de serlo como el mismo Ulises.

Por desgracia yo no tenia la prudencia y docilidad que se necesitaba para conocer y seguir tan saludables consejos: solo oía el grito de mis pasiones. Sin embargo el sabio Mentor me ama tanto, que no dudó acompañarme en un viaje tan temerario, y emprendido contra su dictámen; y los dioses me permitieron

reyes que pasaron al sitio de Troya. Condujo allí una escuadra de noventa navios.

(1) Menelao era hijo de Atreo y de Eropá. Se habia casado con Helena, hija de Júpiter y de Leda, cuyo rapto fué causa de la guerra de Troya.

caer en esta falta, sin duda porque de ella aprendiese á corregir en lo sucesivo mi presuncion.

Mientras Telémaco hablaba, estaba Calipso como asombrada mirando á Mentor, en quien creía descubrir algo de divino; pero no pudiendo aclarar sus confusas ideas acerca de quien fuese aquel desconocido, permanecia en su presencia llena de temor y desconfianza; y, recelando que su turbacion llegase á traslucirse, le dijo á Telémaco que continuase su historia, y este lo hizo así.

Largo tiempo tuvimos un viento favorable para Sicilia; pero levantándose á deshora, una negra tempestad ocultó el cielo á nuestra vista, y quedamos envueltos en una profunda noche. A la luz de los relámpagos divisamos otras naves que corrian el mismo riesgo, y no tardamos en conocer que eran las de Eneas, no ménos temibles para nosotros que las mismas rocas. Entónces conocí, aunque tarde, lo que el ardor de una juventud imprudente me habia impedido reflexionar con madurez. Pero Mentor se mostró en este peligro no solo firme é intrépido, sino aun mas alegre de lo que acostumbra. El era él que me animaba, é yo sentia el valor invencible que me infundia; y cuando hasta el mismo piloto estaba aturdido, él con la mayor serenidad lo ordenaba todo. Entónces le dije: « Mi amado Mentor, ¿ qué rehusase yo seguir vuestros consejos! ¿ cuanta es mi desgracia por no haber consultado mas que mi voluntad en una edad en que ni se tiene prevision de lo futuro, esperiencia de lo pasado, ni moderacion para conducirse en lo presente! ¿ Mas ah! que si lográsemos escapar de este peligro, yo desconfiaré de mí mismo como de mi mas temible enemigo. Solo á vos, Mentor, solo vuestros consejos serán los que siga siempre. »

Mentor me respondió sonriéndose : « No trato de reprehender la falta que has cometido , basta que la conozcas , y ojalá que de ella aprendas á moderar tus deseos ; pero despues que el peligro pase , tornará quiza la presuncion. Mas ahora lo que importa es mantenerse con valor. Antes de arrojarse al peligro se deben prever las resultas , y temerle ; pero ya en él , no queda mas arbitrio que despreciarle. Muéstrate pues digno hijo de Ulises : muestra un corazon superior á los riesgos que te amenazan. »

Admirado me dejaron la afabilidad y valor del sabio Mentor ; pero lo que me sorprendió aun mucho mas fué la industria con que nos libró de los troyanos. Al momento en que el cielo empezaba á despejarse , y en que hubiera sido preciso que los troyanos , viéndonos de cerca , nos conocieran , echó de ver que una de sus naves , separada de las otras por la tormenta , era casi semejante á la nuestra , y que su popa estaba coronada de ciertas flores : al instante dispuso que se guarneciese la nuestra con guirnaldas de flores semejantes , y él mismo las ató con lazos del propio color que los de los troyanos : mandó á nuestros remeros que se ocultasen cuanto pudiesen , tendiéndose á lo largo de los bancos para no ser conocidos de los enemigos ; y así pasamos por medio de su armada. Luego que nos vieron , empezaron á manifestar á gritos su alegría , creyendo que volvian á ver los compañeros que tenian por perdidos. Obligónos el mar , bien á pesar nuestro , á navegar con ellos largo trecho ; mas en fin pudimos quedarnos algo detras ; y miéntras la impetuosidad de los vientos los arrojaba á ellos hácia el Africa , hicimos nosotros los últimos esfuerzos para llegar á fuerza de remo á la vecina costa de Sicilia.

Llegamos con efecto ; pero lo que en ella hallamos no nos fué ménos funesto que la escuadra de que huíamos. Encontrámonos con otros troyanos igualmente enemigos de los griegos , vasallos del anciano Acestes (1) , originario de Troya , que reinaba en aquella isla. Apénas llegamos á la playa , cuando los habitantes hubieron de tenernos por vecinos de otros pueblos de la isla que iban armados para sorprenderlos , ó por estrangeros que iban á apoderarse de sus tierras. Al primer ímpetu de su furor nos incendiaron la nave , y pasaron á cuchillo á todos nuestros compañeros , sin reservar mas que á Mentor y á mí para presentarnos á Acestes , á fin de que pudiese saber de nosotros mismos cuales eran nuestros designios y de donde veníamos. Lleváronnos á la ciudad atadas atrás las manos : y si nuestra muerte se diferia , era solo para que sirviésemos de agradable espectáculo á un pueblo cruel luego que supiese que éramos Griegos.

Inmediatamente fuimos presentados á Acestes , que con el cetro de oro en la mano estaba juzgando á sus pueblos , y preparándose para un gran sacrificio. Preguntónos con severidad de que tierra éramos , y el objeto de nuestro viage : y Mentor se adelantó á responderle : « Nosotros venimos de las costas de la grande Hesperia , y nuestra pátria no dista mucho de ellas. » Así evitó decir que éramos Griegos. Pero Acestes poco satisfecho con esta respuesta , y sin darle lugar para mas , nos mandó llevar á un bosque inmediato , para que ,

(1) Acestes , hijo de Criniso , rio de Sicilia , y de Egesta , princesa troyana. Recibió en sus estados á Anquises y Eneas cuando iban á Italia. *Virg. Eneid. , lib. V.*

bajo el mando de los que guardaban sus ganados, sirviésemos allí en calidad de esclavos.

Horrorizóme esta indigna condicion; y no pudiendo contenerme, exclamé como enagenado: ¡O rey! dadnos la muerte ántes que tratarnos con tanta ignominia. Sabed que yo soy Telémaco, hijo del sabio Ulises, rey de los Itacencés, que le ando buscando por todos los mares; pero si no he de tener la dicha de hallarle, ni la de volver á mi patria, ni me ha de ser posible evitar la esclavitud con que me amenazais, quitadme una vida que me será insoportable.

No bien lo hube dicho, cuando todo el pueblo exclamó alborozado: «Perezca el hijo de aquel cruel, cuyos artificios destruyéron la ciudad de Troya.» El mismo Acestes me dijo: «Telémaco, yo no puedo negar tu sangre á los manes de tantos Troyanos como ha precipitado tu padre á las riberas del negro Cocito: morirás, pues, tú y el que te conduce.»

Al mismo tiempo un anciano, que entre la turba se hallaba, propuso al rey que fuésemos inmolados sobre el sepulcro de Anquises (1). Su sangre, decia, será grata á la sombra de aquel héroe. ¡Y cuanta no será la gratitud y reconocimiento de Eneas, cuando sepa que tanto amais lo que él mas apreciaba en el mundo!

Todo el pueblo aplaudió la proposicion, é ya no se trataba mas que de sacrificarnos. Ya nos conducian al sepulcro de Anquises, en que se habian erigido dos altares, sobre los cuales ardia el sacro fuego. La espada

(1) El sepulcro de Anquises estaba en el monte Ericc. Allí le sepultáron Acestes y Eneas.

del sacrificio estaba presente á nuestra vista. Habíanos coronado de flores, y no habia compasion que nos salvará la vida: nuestra suerte estaba decidida; cuando he aquí que Mentor con la mayor tranquilidad pide permiso para hablar al rey, y le dice:

«¡Acestes! Ya que la desgracia del jóven Telémaco, que jamas ha tomado las armas contra los Troyanos, no os mueve á compasion, muévaos siquiera vuestro propio interes. Por la ciencia que alcaúzo de los presagios y de la voluntad de los dioses, estoy previendo que ántes de tres dias os acometerán unos pueblos bárbaros, que á manera de torrente se precipitarán desde lo alto de las montañas, inundarán vuestra ciudad, y talarán todo el pais. Disponeos, pues, á sorprenderlos, armad vuestros pueblos, y no perdaís momento en poner al cubierto de vuestros muros los numerosos rebaños que teneis en los campos. Si mi prediccion saliere fallida, en vuestra mano está sacrificarnos al cabo de los tres dias; pero si por el contrario saliere cierta, reflexionad cuan injusto fuera quitar la vida á los mismos de quien se ha recibido.»

Admirado quedó Acestes de lo que Mentor le decia con aquel género de confianza que jamas habia observado en ningun otro hombre. Y así le respondió: «Bien veo, estrangero, que los dioses á quien debeis tan pocas gracias naturales, os han dado en recompensa una sabiduría mucho mas apreciable que todos los tesoros.» Dicho esto, suspendió el sacrificio, y se apercebíó con presteza contra la invasion que segun Mentor le amenazaba. A do quiera que se volvia la vista, se hallaban mugeres trémulas, viejos encorvados, y niños llorosos que venian á refugiarse á la ciudad. Los mansos bueyes y las tímidas ovejas dejaban los abundosos pastos

y se venian á bandadas, sin que hubiese establos que bastasen á guarecerlos. Por todas partes se oía el confuso rumor de las gentes que se atropellaban sin entenderse. Aquí uno buscando á su amigo se abraza con un desconocido, y allí corren otros sin saber donde: todo era confusion y asombro. No así los Magnates de la ciudad, que teniéndose por mas cuerdos, creían que Mentor era un impostor, y que habia hecho aquella falsa prediccion solo por salvar la vida.

Antes de concluirse el tercer día, y cuando ellos estaban mas satisfechos de su opinion, se vió que descendia por la ladera de los montes inmediatos una multitud infinita de bárbaros armados, compuesta de los feroces Himerios (1), y de las naciones que habitan los montes Nebrodes, y la cima del Agragas, donde reina un invierno que jamas han templado los zéfitos. Todos los que despreciaron la prediccion de Mentor, perdiéron sus esclavos y ganados. El rey por el contrario viéndola cumplida: «Yo me olvido, le dijo, de que sois griegos: nuestros enemigos vienen á ser hoy nuestros mas fieles amigos. Los dioses os han enviado para salvarnos: y así no espero ménos de vuestro valor que de la sabiduría de vuestros consejos: apresuraos, pues, á socorrernos.»

El denuedo que Mentor manifestaba en sus ojos llenaba de admiracion á los mas bravos combatientes.

(1) La ciudad de Himera, en Sicilia, estaba al occidente del rio del mismo nombre. Floreció mucho por espacio de ciento y cuarenta años, al cabo de los cuales la arruinaron los Cartaginenses, bajo el mando de Annibal, unos cuatrocientos años ántes de Cristo.

Armase de escudo, yelmo, espada y lanza, ordena las tropas de Acestes, y poniéndose al frente de ellas, avanza en buen orden hácia el enemigo. Acestes, aunque lleno de espíritu, no podia por su vejez seguirle sino de léjos. Seguíale yo mas de cerca, pero muy distante en el valor. Parecia su coraza en el combate la inmortal Egida (1). La muerte discurria de fila en fila; y allí se hallaba donde sus golpes caían: semejante á un leon de Numidia, que acosado por el hambre se entra en un rebaño de mansas ovejas, y allí despedaza y deguella hasta nadar en sangre; y los amedrentados pastores, léjos de socorrer el ganado, huyen despavoridos por librarse de su furor. Hasta los vasallos de Acestes, animados con el ejemplo y las palabras de Mentor, tuvieron aquel día un valor de que ellos mismos se tenian por incapaces.

Así fué que los bárbaros, que creían sorprender la ciudad, fueron sorprendidos y desbaratados. Yo derivé con mi lanza al hijo del rey de aquel pueblo enemigo. Era de mi edad, pero de mucho mayor estatura; porque aquel pueblo trae su origen de una casta de gigantes descendientes de los Cíclopes. Despreciábame por débil, pero sin arredrarme su prodigiosa fuerza, ni su aspecto salvaje y brutal, le atravesé

(1) El nombre de Egida viene de una voz griega que significa *cabra*. Fué primitivamente arma defensiva, una piel de cabra envuelta al rededor del brazo derecho ó puesta sobre el pecho. Minerva le añadió en el medio la cabeza de Medusa, despues se adornó con escamas de oro ú plata. Algunas veces se cubrió con ella el escudo. Posteriormente, los poetas han atribuido esclusivamente la Egida á Júpiter y á Minerva.

con mi lanza, haciéndole vomitar la vida envuelta en torrentes de negra sangre. No faltó mucho para que me abrumase en su caída. Tal era su peso y el de su armadura, que el ruido que hizo con el golpe resonó hasta en las montañas. Tomé sus despojos, y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor desordenó á los enemigos, los destrozó, ahuyentando á los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como á un hombre querido é inspirado de los dioses: y Acestes, penetrado de agradecimiento, nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvian á Sicilia. Para evitarle, nos dió una en que pudiésemos restituirnos á nuestra patria, nos colmó de presentes, y nos instó á que sin dilacion partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nacion, porque sin duda hubiera sido esponerlos demasiado, llegado que hubieran á las costas de Grecia. Diónos sí unos comerciantes fenicios, los cuales, como trafican con todas las naciones del mundo, nada tenían que temer: y al mismo tiempo iban encargados de volver el navio á Acestes luego que nos hubiesen dejado en Itaca.

Pero los dioses que se burlan de los designios de los mortales, nos reservaban para nuevos peligros.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que fué cogido por la armada de Sesostris en el navio tirio, y llevado cautivo á Egipto; pinta la hermosura de aquel pais, y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fué hecho esclavo tambien, y enviado á Etiopía, y que él mismo se vió reducido á guardar un rebaño en los desiertos de Oasis: que Termósiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole á que imitase á este Dios cuando fué pastor del rey Admeto. Cuenta tambien que sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar; y persuadido de su inocencia, le prometió restituírle á Itaca; pero que la muerte del rey le volvió á sumergir en nuevas desgracias; que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Boccus en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los Tirios.

IRRITADA tenía la altivez de los Tirios al gran Sesostris, rey de Egipto, y conquistador de tantos otros reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirian, y con la seguridad que les ofrecia la inconquistable Tiro, situada en el mar, se habian engreído hasta negarle el tributo que les impuso á la vuelta de sus conquistas, y hasta el extremo de proveer de tropas á su hermano, que á su regreso intentó asestarle entre los regocijos de un festín.

con mi lanza, haciéndole vomitar la vida envuelta en torrentes de negra sangre. No faltó mucho para que me abrumase en su caída. Tal era su peso y el de su armadura, que el ruido que hizo con el golpe resonó hasta en las montañas. Tomé sus despojos, y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor desordenó á los enemigos, los destrozó, ahuyentando á los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como á un hombre querido é inspirado de los dioses: y Acestes, penetrado de agradecimiento, nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvían á Sicilia. Para evitarle, nos dió una en que pudiésemos restituirnos á nuestra patria, nos colmó de presentes, y nos instó á que sin dilacion partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nación, porque sin duda hubiera sido esponerlos demasiado, llegado que hubieran á las costas de Grecia. Diónos sí unos comerciantes fenicios, los cuales, como trafican con todas las naciones del mundo, nada tenían que temer: y al mismo tiempo iban encargados de volver el navío á Acestes luego que nos hubiesen dejado en Itaca.

Pero los dioses que se burlan de los designios de los mortales, nos reservaban para nuevos peligros.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que fué cogido por la armada de Sesostris en el navio tirio, y llevado cautivo á Egipto; pinta la hermosura de aquel pais, y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fué hecho esclavo tambien, y enviado á Etiopía, y que él mismo se vió reducido á guardar un rebaño en los desiertos de Oasis: que Termósiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole á que imitase á este Dios cuando fué pastor del rey Admeto. Cuenta tambien que sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar; y persuadido de su inocencia, le prometió restituírle á Itaca; pero que la muerte del rey le volvió á sumergir en nuevas desgracias; que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los Tirios.

IRRITADA tenía la altivez de los Tirios al gran Sesostris, rey de Egipto, y conquistador de tantos otros reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirían, y con la seguridad que les ofrecía la inconquistable Tiro, situada en el mar, se habían engreído hasta negarle el tributo que les impuso á la vuelta de sus conquistas, y hasta el extremo de proveer de tropas á su hermano, que á su regreso intentó asestarle entre los regocijos de un festín.

Para abatir su orgullo, dispuso Sesostris interceptarles el comercio en todos los mares, á cuyo fin cruzaban sus escuadras por todas partes en busca de los Fenicios; y así fué que no bien empezamos nosotros á perder de vista los montes de Sicilia, y á figurarnos que el puerto y la tierra huían de detras de nosotros á esconderse en las nubes, cuando vimos acercarse una escuadra egipcia, que mas parecia una ciudad flotante. Conociéronla los Fenicios, y quisieron alejarse; pero ya no era tiempo, porque sus naves eran mas veleras, las favorecia el viento, y estaban mejor tripuladas de remeros: por último nos abordan, nos apresan, y nos llevan prisioneros á Egipto.

En vano les hice presente que no éramos Fenicios; pues apenas se dignaron oírme, teniéndonos desde luego por esclavos, en que los Fenicios comerciaban; y así solo pensaban en el valor de la presa. Ya alcanzamos á ver las aguas del mar, blancas con la mezcla de las del Nilo, y vimos tambien la costa de Egipto casi tan baja como el mismo mar. Despues llegamos á la isla de Faros, inmediata á la ciudad de Nó, y desde allí subimos por el Nilo hasta Memfis.

Si el dolor de vernos cautivos no nos hubiese hecho insensibles á todo placer, seguramente hubiéramos sentido el mayor al ver la tierra de Egipto tan fértil y bien cultivada como el mas hermoso jardin, regado por un sin número de canales. Por cualquiera de las dos riberas que tendíamos la vista, se nos ofrecian ciudades opulentas, casas de campo bellamente situadas, tierras que todos los años se cubren de doradas espigas, sin estar jamas de descanso, praderas pobladas de ganados, labradores enriquecidos con las abundantes cosechas que les daba la fecundidad del suelo, pastores que á

todos los ecos de aquellos contornos hacian repetir los acordes sonidos de las flautas y zampoñas.

¡Feliz, decia Mentor, feliz el pueblo gobernado por un rey sabio! Vive en la abundancia, en medio de la dicha, y ama al autor de su felicidad. Así es, me dijo, como debes reinar y causar la alegría de tus vasallos, si es que algun dia quieren los dioses que llegues á poseer el reino de tu padre. Amalos como á tus propios hijos, complácete en ser amado de ellos, y haz de modo que cuando gocen de los preciosos dones de la paz y de la alegría, se acuerden presisamente que es de un buen rey de quien los reciben. Los reyes que solo piensan en hacerse temibles y obtener de la opresion la obediencia, el azote del género humano: logran sí ser temidos como desean, pero tambien son aborrecidos y detestados; y es mucho mas lo que tienen que temer de sus vasallos, que lo que sus vasallos tienen que temer de ellos.

No es ahora tiempo, le respondí á Mentor, de pensar en las máximas de bien reinar. ¡Ya no hay Itaca para mí! ¡Cuando volverémos á ver nuestra patria, ni á mi madre Penelope! todo se acabó para nosotros! Aun cuando Ulises volviese lleno de gloria á su reino, ni él tendria la satisfaccion de verme, ni yo la de obedecerle para aprender á mandar. Muramos, mi querido Mentor; muramos, que es lo único en que debemos pensar; muramos, pues que los dioses no se apiadan de nosotros.

Quando llegué aquí, ya los suspiros no daban lugar á las palabras. Pero Mentor que solo temia los males ántes que llegasen, y ya en ellos desconocia el miedo: « ¡Indigno hijo del sabio Ulises! me dijo: ¡qué es esto! ¡como así sucumbes á la desgracia! Sabe que llegará el

dia en que vuelvas á ver á Itaca y á Penelope : sabe que tambien llegará el en que veas cubierto de su primitiva gloria al que hasta ahora no has conocido : sí, el invencible Ulises , que superior á todas las desgracias , y que en sus infortunios , harto mayores que los tuyos , te enseña á que jamas te abatas . ¡ Cuál fuera su desconsuelo , si allá en las léjanas tierras adonde le ha arrojado la borrasca , supiese que su hijo no imitaba su paciencia ni su valor ! Esta nueva , despues de cubrirle de vergüenza , era preciso que le fuese mas sensible que todas las desgracias que tanto tiempo hace está sufriendo . »

Despues me iba haciendo notar la alegría y la abundancia que rebosaban por toda la campiña de Egipto , en que se cuentan hasta veinte y dos mil ciudades : admiraba su buena policia , la justicia que en ellas se guarda al pobre contra el rico , la buena educacion de los jóvenes , á los cuales se les acostumbraba á la obediencia , al trabajo , á la sobriedad , y al amor de las artes ó de las letras : la exáctitud en todas las ceremonias de la religion , el desinterés , el deseo de la honra , la fidelidad para con los hombres , y el temor de los dioses que cada padre inspira á sus hijos . No se cansaba de admirar un órden tan excelente . « Feliz , me decia á cada instante , feliz el pueblo que es así gobernado por un rey sabio ; y mucho mas feliz todavia el rey que proporciona la felicidad á tantos pueblos , y que solo funda la suya en su virtud propia . Este sí que será tanto mas dueño de la voluntad de sus vasallos , quanto son mas indisolubles los vínculos del amor que los del temor . Este sí que conseguirá no solo que le obedezcan , sino que gusten de obedecerle ; porque como reina en los corazones , nada les seria

mas doloroso que la idea de perderle , y así léjos de desearlo , todos darián por él la vida . »

Iba yo reflexionando quanto me decia Mentor , y sentí que al paso que me hablaba , mi valor renacia .

Inmediatamente que llegamos á Memphis , opulenta y rica ciudad , mandó el gobernador que fuésemos á Tebas , para que nos presentasen al rey Sesostris , que queria exáminar las cosas por sí mismo , y que estaba muy resentido de los Tirios . Proseguimos pues nuestro viage subiendo por el Nilo hasta la famosa Tebas de cien puertas , córte de aquel gran rey . Esta ciudad nos pareció de una inmensa estension , y mas poblada que las mas florecientes de Grecia . Es admirable su policia , así por el aseo de las calles , el curso de las aguas y la comodidad de los baños , como por la cultura de las artes , y la seguridad pública . Las plazas están adornadas de fuentes y obeliscos , los templos son de mármol , y su arquitectura sencilla , pero magestuosa . El palacio del príncipe es por sí solo como una gran ciudad : en él no se ven sino columnas de mármol , pirámides y obeliscos , estatuas colosales , y muebles de plata y oro macizo .

Los que nos hicieron prisioneros , dijéron al rey que nos habian hallado en un navío fenicio . Tenia señaladas ciertas horas diarias para oír á cualquiera de sus vasallos que tuviese alguna queja ó aviso que darle : á ninguno despreciaba ni desechaba , porque estaba bien persuadido de que solo era rey para hacer bien á todos sus vasallos , á los cuales amaba como á sus propios hijos . Recibia á los estrangeros con agrado , y gustaba de verlos , no dudando que siempre se aprende algo útil de las costumbres y máximas de los pueblos léjanos .

Esta curiosidad del rey fué causa de que nos presentasen á él. Estaba sentado sobre un trono de marfil, con un cetro de oro en la mano. Era ya anciano, pero de un carácter agradable. Oía diariamente á sus pueblos con una paciencia, y una sabiduría que no necesitaban de la lisonja para la admiracion. Despues de emplear las mañanas en el arreglo de los negocios, y en la mas exácta administracion de justicia, se divertia por las tardes en oír á los sabios, ó en conversar con los hombres mas virtuosos, que sabia muy bien elegir para admitirlos á su trato. Lo único que se le podia motejar en todo el discurso de su vida era de haber triunfado con demasiado fausto de los reyes que habia vencido, y de haberse confiado á uno de sus súbditos, cuyo carácter os describiré bien pronto. Luego que el rey me vió, se compadeció de mis pocos años, preguntóme mi nombre y pátria; y vimos con admiracion que la misma sabiduría hablaba por su boca.

« Ya sabéis, gran rey, le respondí, que el sitio de Troya duró diez años, y la mucha sangre que su ruina costó á la Grecia entera. Ulises, mi padre, fué uno de los reyes que mas particularmente contribuyéron á la destruccion de aquella ciudad; mas ahora anda errante por los mares, sin hallar la isla de Itaca, que es su reino. Yo le ando buscando; pero por una desgracia semejante á la suya, he sido hecho prisionero. Restituidme á mi padre y á mi pátria: así los dioses os conserven para bien de vuestros hijos, y les hagan apreciar dignamente la dicha de vivir bajo la direccion de tan buen padre. »

Continuó Sesostris mirándome con ojos compasivos; pero queriendo averiguar si era verdad lo que yo le ha-

bia dicho, nos envió á uno de sus ministros, encargándole que se informase de los que apresaron nuestra nave, si efectivamente éramos Griegos, ó Fenicios. Si son Fenicios, decia, merecen doble castigo, porque ademas de ser nuestros enemigos, intentan engañarnos con una vil mentira: pero si por el contrario son Griegos, quiero que se les trate benignamente, y que en una de mis naves se les vuelva á su pátria. Soy afecto á la Grecia, porque han sido muchos los Egipcios que han dado leyes en ella. Ademas tengo noticias del valor de Hércules: la gloria de Aquiles se ha estendido hasta nosotros, y admiro cuanto me han contado de la sabiduría del desgraciado Ulises; y sobre todo por el placer que tengo en socorrer á la virtud desgraciada.

El ministro, á quien el rey cometió el exámen, se llamaba Métosis, y tenia un alma tan corrompida y artificiosa, como sencilla y generosa era la de Sesostris. Hízonos varias preguntas procurando sorprendernos; pero como viesse que Mentor respondia con mas prudencia que yo, le miraba con aversion y desconfianza, porque es propio de los malvados irritarse contra los buenos. Por último nos separó, y desde aquel momento no supe mas de Mentor.

Esta separacion fué para mí golpe mortal. Esperaba Métosis hallarnos en contradiccion, preguntándonos separadamente; y sobre todo creía deslumbrarme con sus lisongeras promesas, y hacerme confesar lo que Mentor le hubiese ocultado. En fin no buscaba de buena fe la verdad: lo que queria era hallar algun pretexto con que decir al rey que éramos Fenicios para hacernos sus esclavos. Con efecto á pesar de nuestra inocencia, y de la sabiduría del rey, halló medio de engañarle.

¡ Pero á quanto no están espuestos los reyes ! Aun los mas sabios son muchas veces sorprendidos : véense rodeados de hombres artificiosos é interesados ; los buenos se retiran , porque ni son entremetidos ni lisongeros ; esperan que los busquen , y los príncipes no saben buscarlos . Por el contrario los malvados son atrevidos y engañosos , solícitos para insinuarse y agradar , diestros en disimular , y prontos á hacer quanto se quiera , aunque sea contra el honor y la conciencia , por satisfacer las pasiones del que reina . ¡ O , cuan desgraciada es la condicion de los reyes siempre espuestos á los artificios de los perversos ! ¡ Y quanto arriesgan , si no desechan la lisonja , y si no aman á los que tienen valor para decirles la verdad ! Estas eran las reflexiones que yo hacia en mi desgracia , acordándome al mismo tiempo de quanto Mentor me habia dicho .

Lo cierto fué que Métopis me envió con sus esclavos hácia los montes del desierto de Oasis á guardar con ellos sus numerosos rebaños .

Aquí llegaba Telémaco , cuando le interrumpió Calipso para preguntarle : « ¡ Y bien ! tu , que en Sicilia preferiste la muerte á la esclavitud , ¿ qué hiciste en esta ocasion ? »

Mi desgracia iba siempre en aumento , le respondió Telémaco . Ya no tenia ni aun el triste consuelo de escoger entre la esclavitud y la muerte : era forzoso ser esclavo , y apurar , por decirlo así , todos los rigores de la fortuna : ya no me quedaba ninguna esperanza ; ni aun una palabra podia decir en mi defensa . Despues me ha dicho Mentor que le vendieron á unos Etiopes , los cuales se le llevaron á su tierra .

En quanto á mí , llegué á unos desiertos tan horrosos como que sus llanuras son encendidos arenales ,

y las cimas de los montes están cubiertas de una perpetua nieve que perpetua en ellas el mas erizado invierno . Los valles son allí tan profundos que apenas consigne el sol hacer lucir en ellos sus rayos . De modo que solo entre las rocas , al comedio de las faldas de aquellas escarpadas montañas , se halla pasto para la manutencion del ganado .

En este país no se ven mas hombres que pastores , tan montaraces como el país mismo . Yo pasaba las noches en llorar mi desventura , y los dias cuidando de un rebaño , por evitar el brutal furor del esclavo principal llamado Butis , que , con la esperanza de alcanzar su libertad , aparentaba el mayor zelo por los intereses de su dueño , siendo un continuo acusador de todos los demas . En tal situacion era preciso rendirme á la desgracia ; y así fué que un dia , oprimido de dolor , me olvidé de mi rebaño , y me tendí sobre la yerba junto á una caverna , esperando allí la muerte por serme ya insoportables mis penas .

En el mismo instante noté que todo el monte se estremecia : las encinas y los pinos como que se desgajaban de la cumbre . Los vientos estaban suspensos , cuando oí que de la caverna salió una voz á manera de bramido , que me dijo estas palabras : « ¡ Hijo del sabio Ulises ! aspira como él al heroismo por medio de la constancia . Los príncipes , que han sido siempre felices , son bien poco dignos de serlo : la molicie los corrompe , y el orgullo los embriaga . ¡ Dichoso tú , si superas tus desgracias , y las tienes siempre presentes ! Volverás á ver á Itaca , y tu gloria subirá hasta los astros . Cuando gobiernes á otros hombres , acuérdate de que has sido débil , pobre , y paciente como ellos : complácete en aliviarlos , ama á tu pueblo , detesta la lisonja , y sabe

que solo serás grande en cuanto seas moderado , y poderoso para vencer tus pasiones. »

Estas divinas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazón , é hicieron renacer en él la alegría y el esfuerzo. Yo no sentí aquel pavor que eriza los cabellos é yela la sangre en las venas cuando los dioses se comunican á los mortales. Levantéme tranquilo ; y puesto de rodillas , alzadas las manos al cielo , adoré á Minerva , á quien creí deber este oráculo. Inmediatamente me hallé transformado en un nuevo hombre , mi entendimiento iluminado por la sabiduría , y mi espíritu fortalecido para reprimir mis pasiones , y para contener los ímpetus de mi juventud. Grangéeme el amor de todos los pastores del desierto ; y mi afabilidad , mi paciencia y mi exáctitud llegaron por fin á ablandar al cruel Butis , que al principio se habia empeñado en mortificarme.

Para mejor soportar lo enojoso del cautiverio y de la soledad , y divertir la tristeza que me oprimia , busqué algunos libros , que con su instruccion me sostuviesen y animasen. ¡ Felices , decia yo , aquellos á quienes disgustan los placeres violentos , y que saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente ! ¡ Felices los que se divierten instruyéndose , y se complacen en cultivar su talento en las ciencias ! Adonde quiera que la fortuna enemiga les arroje , llevan siempre consigo en que ocuparse ; y el fastidio que devora á los demas hombres aun en medio de sus placeres , es desconocido de los que se emplean en la lectura. Felices mil veces los que gustan de ella , y no se ven como yo privados de ejercerla.

Con estos pensamientos me interné en un bosque sombrío ; donde repentinamente ví un anciano que te-

nia en la mano un libro. Era su frente espaciosa , y un tanto cuanto arrugada : su blanca barba le llegaba hasta la cintura ; su estatura alta y magestuosa ; la tez aun se conservaba fresca y encarnada : ojos vivos y perspicaces , voz suave , palabras sencillas y amorosas ; en fin , jamas habia yo visto un anciano tan venerable. Llamábase Termósiris : era sacerdote de Apolo , á quien servia en un templo de mármol que los reyes de Egipto le habian consagrado en aquel bosque. El libro era una coleccion de himnos en loor de los dioses.

Acercóse á mí cariñosamente , y entramos en conversacion. Contaba tan bien las cosas pasadas , que parecia que se estaban viendo , y con tal concision que nunca me cansé de oírle. El profundo conocimiento que tenia de los hombres y de los designios de que son capaces , le hacia prever lo por venir , y en medio de su mucha gravedad era jovial y placentero , tanto que la mas festiva juventud no tiene la gracia que la ancianidad de este hombre singular.

En breve me tomó inclinacion , y me dió libros que me consolasen : llamábame hijo , é yo le correspondia llamándole padre , y diciéndole muchas veces : « Los dioses que me quitáron á Mentor , se han apiadado de mí dándome en vos otro apoyo. » Este hombre , semejante á Orfeo (1) ó á Lino (2) , estaba sin duda inspi-

(1) Orfeo era hijo de Apolo y de Caliope , una de las musas. Fué sobresaliente en el arte de tocar la lira.

(2) Lino fué tambien hijo de Apolo y de Terpsicora. Fué aun superior á Orfeo en el arte de la música , pues le dió lecciones. Dicen que habiéndose burlado de Hércules , á quien enseñaba á tocar la lira , porque tocaba mal , este héroe le quebró la cabeza con este instrumento.

rado de los dioses. Recitábame los versos que habia compuesto, y me daba los de muchos excelentes poetas favorecidos de las musas. Cuando se revestia de su largo manto, que era de una resplandeciente blancura, y tomaba en la mano su lira de marfil, los tigres, los leones, y los osos venian á halagarle y lamerle los pies; los sátiros salian de las selvas para bailar en torno de él; hasta los árboles parece que se conmovian, y vos misma hubierais creído que las rocas enternecidas iban á bajar de su cumbre, atraidas por el encanto de tan dulces acentos. El único objeto de sus cánticos era la grandeza de los dioses, la virtud de los héroes, y la sabiduría de los hombres, que prefieren la gloria á los placeres.

Decíame muchas veces que yo debía animarme, y tener confianza en que los dioses no abandonarían ni á Ulises ni á su hijo. Por último me persuadió que, á ejemplo de Apolo, enseñase á los pastores á cultivar las musas. Apolo, decia, indignado de que Júpiter turbase con sus rayos el cielo en los días mas serenos, determinó vengarse de él en los Cíclopes que se los forjaban, y así fué que los atravesó con sus flechas, é inmediatamente cesó el Etna de vomitar torrentes de llamas. Ya no se oía el golpeo de los terribles martillos, que descargando sobre el yunque hacian estremecer las profundas cavernas de la tierra, y los abismos del mar. El hierro y el bronce, como que ya no estaba pulido por los Cíclopes, comenzaba á tomarse. Furioso Vulcano sale de su fragua, y aunque cojo, sube con ligereza al Olimpo: llega bañado de sudor y cubierto de polvo á la asamblea de los dioses, y en ella espone sus amargas quejas. Irritado Júpiter contra Apolo, le arroja del cielo, y le precipita á la tierra, y su carro andaba

por sí solo su ordinaria carrera para dar al mundo los días y las noches, y la regular alternativa de las estaciones.

Despojado Apolo de todos sus rayos, se vió en la precision de ponerse á guardar los rebaños del rey Admeto. Divertíase en tañer la flauta; y los demas pastores venian á oír sus canciones á la sombra de los olmos, junto á una cristalina fuente. Ellos hasta entónces habian tenido una vida salvaje y brutal, y no sabian mas que guiar las ovejas, esquilas, ordeñarlas y hacer queso; en una palabra, toda la campiña era un horroroso desierto.

Pero bien pronto les enseñó Apolo las artes que hacen agradable la vida. Cantaba las flores con que la primavera se corona, los aromas que exhala, y el verdor que nace bajo sus pies. Despues cantaba las alegres noches del estío, en que los zéfiros recrean con su frescura, y el rocío templá la tierra. Tambien mezclaba en sus canciones los dorados frutos con que el otoño recompensa los trabajos del labrador, y el ocio del invierno, durante el cual la alegre juventud baila al rededor del fuego. Pintaba en fin las selvas sombrías que cubren los montes, y los hondos valles en que los rios con sus giros variados parece que juguetean en las risueñas praderas. Asimismo les dió á conocer cuantos son los atractivos de la vida campestre cuando se sabe disfrutar lo que la sencilla naturaleza tiene de agradable.

Muy luego se viéron los pastores mas felices con sus zampoñas que los mismos reyes. Sus cabañas atraían una multitud de placeres inocentes que huyen de los palacios dorados. Los juegos, las risas y las gracias acompañaban á los inocentes pastores: todos los días eran para

ellos festivos. Allí ya no se oía mas que el gorgojo de las aves, el dulce soplar de los céfiros que se mecían en las ramas, el murmullo del agua cristalina que caía de alguna roca, ó las canciones que inspiraban las musas á los pastores que seguían á Apolo. Enseñáales este dios á ganar el premio de la carrera, y á herir con las flechas los gamos y los ciervos; y les instruyó tanto, que los mismos dioses llegaron á envidiar su vida, pareciéndoles mas apreciable que toda su gloria, y volviéron á llamar á Apolo al Olimpo.

Esta historia, hijo mio, te debe servir de instruccion, pues que te hallas en el mismo estado en que él se halló: desbasta esta tierra salvaje; haz como él que florezca el desierto; enseña á los pastores el encanto de la armonía, suaviza la ferocidad de sus corazones; hazles que conozcan la santa virtud, y que sientan cuan dulce es gozar en la soledad los inocentes placeres de que nada es capaz de privar á los pastores. Día llegará, hijo mio, llegará día, en que las penas y crueles cuidados que rodean á los reyes, harán que en el trono te acuerdes de la vida pastoril.

Despues de decirme esto, me dió una flauta tan dulce, que los ecos de aquellos montes hiciéron que resonase en todas partes, y bien pronto atrajéron al rededor de mí á todos los pastores vecinos: mi voz tenía una armonía divina, é yo me sentí conmovido, y como enagenado para cantar las gracias con que la naturaleza adorna el campo. Así pasábamos los dias enteros y parte de las noches cantando juntos. Olvidados los pastores de sus cabañas y rebaños, estaban suspensos é inmóviles al rededor de mí miéntras les daba leccion: en una palabra la agreste rusticidad de aquellos desiertos parecia haber enteramente desaparecido. Todo era ya en ellos

agradable y risueño; de modo que la civilizacion y cultura de los habitantes parecia que se comunicaba al terreno mismo.

Juntámonos á menudo á ofrecer sacrificios en el templo de Apolo. Iban los pastores coronados de laurel en honor del dios, y las pastoras danzando, y coronadas de flores, llevaban en la cabeza los canastillos en que iban los dones sagrados. Despues del sacrificio teníamos un banquete campestre, en el cual los mas exquisitos manjares eran la leche de las cabras y ovejas, y las frutas recién cogidas por nuestra mano, los dátiles, los higos y las uvas. Los céspedes nos servían de asientos, y los árboles frondosos nos cubrían con su sombra mas apreciable que la de los dorados techos de los palacios reales.

Pero lo que acabó de hacerme famoso fué que un dia se arrojó á mi rebaño un leon hambriento. Ya empezaba á hacer en él una horrible carnicería, euando yo sin tener á mano mas que mi cayado, me tiré á él denodadamente: eriza el bruto su melena, me enseña dientes y garras, abre su voraz y encendida boca, lanza fuego por los ojos, y con la larga cola se bate sin cesar los hijares. No obstante logré aterrarle, gracias á la pequeña cota de malla de que iba revestido segun el uso de los pastores egipcios, que seguramente me libertó de ser hecho pedazos. Tres veces le deribé, y otras tres veces se volvió á levantar, dando tan terribles rugidos, que en todos los bosques resonáron. Por fin le ahogué entre mis brazos; y los pastores testigos de mi victoria, me hiciéron vestir la piel de aquel feroz animal.

La fama de esta accion, y la feliz mudanza de los pastores se estendió por todos los ámbitos del Egipto, y llegó hasta el mismo Sesostris, con la noticia de que

uno de los dos cautivos tenidos por Fenicios era el que habia hecho renacer el siglo de oro en aquellos desiertos casi inhabitables. Como el rey tenia pasion á las musas, y á todo cuanto podia servir de instruccion, quiso verme, me vió, y me oyó con gusto; y luego que descubrió que Métofis por su avaricia le habia engañado, le condenó á prision perpetua, quitándole todas las riquezas que injustamente poseía. ¡ Ah! decia, ¡ qué desgraciado es el hombre que se ve elevado sobre los demas! Apénas le es posible ver por sí la verdad: los mismos que le rodean impiden que nadie se le acerque; todos tienen interes en engañarle, y todos, bajo la apariencia de zelo, ocultan su ambicion. Se aparenta amar al rey; pero lo que se le ama es tan poco, que por alcanzar sus favores se le adula y se le vende: lo que se aman, sí, son las riquezas que da.

Desde entónces me distinguió Sesostris con su cariño, y resolvió enviarme á Itaca con naves y tropas para librar á Penelope de sus amantes. Ya estaba pronta la escuadra, é ya solo pensábamos en embarcarnos. ¿ Quién no habia de admirar estas mudanzas de la fortuna, que sabe elevar de un golpe á los que mas abatidos tiene? Esta reflexion me hizo concebir la esperanza de que muy bien podria suceder que Ulises volviese á su reino despues de algun largo contra tiempo, y tambien discurria entre mí que aun podria volver á ver á Mentor, aunque le hubiesen llevado á los paises mas incógnitos de la Etiopia.

Pero en el corto tiempo que retardé mi partida, por ver si podia adquirir de él algunas noticias, murió de repente el anciano Sesostris, y su muerte volvió á sumergirme en nuevas desgracias.

Todo el Egipto se mostró inconsolable por esta pér-

dida. Cada familia creía haber perdido su mejor amigo, su protector, su padre; Jamas, exclamaban los ancianos, alzadas las manos al cielo, jamas tuvo el Egipto un rey tan bueno, ni volverá jamas á tenerle! ¡ O dioses! ¡ cuanto mejor fuera, ó no habérsele mostrado nunca á los hombres, ó no quitársele jamas! ¿ Por qué hemos de sobrevivir al gran Sesostris? Ya, decian los jóvenes, ya se han desvanecido las esperanzas de Egipto. ¡ Qué felicidad la de nuestros padres en haber pasado su vida bajo el gobierno de tan buen rey! pero nosotros, nosotros solo le hemos conocido para llorar su pérdida. Sus domésticos le lloraban noche y dia; los habitantes de los pueblos mas léjanos acudieron en tropas por espacio de cuarenta dias que duraron los funerales. Cada cual queria ver por la última vez el cuerpo de Sesostris, y conservar su imágen; y muchos hubieran querido ser con él sepultados.

Pero lo que aumentaba mas el sentimiento de su pérdida, era que su hijo Boccois ni tenia humanidad con los estrangeros, ni aficion á las ciencias, ni amor á la gloria, ni estimaba á los virtuosos. La misma grandeza de su padre habia contribuido á hacerle tan indigno de reinar. Criado en la molicie, y en una especie de fiereza brutal, no tenia en nada á los hombres, pareciéndole que solo habian nacido para él, que se creía de una naturaleza superior á la suya. Solo pensaba en satisfacer sus pasiones, y disipar los inmensos tesoros que con tanto cuidado habia ahorrado Sesostris; en affligir á los pueblos, desangrar á los infelices, y por fin en seguir los lisonjeros consejos de los jóvenes insensatos que le rodeaban, al paso que alejaba de sí con menosprecio á los sabios ancianos que habian merecido la confianza de su padre. En una palabra era un monstruo, no un

rey. Todo el Egipto gemia; y aunque el nombre de Sesostris, tan caro á los Egipcios, les hizo sufrir la cruel y pérdida conducta de su hijo, este corría por sí mismo á su perdición, y era imposible que un príncipe tan indigno del trono le ocupase mucho tiempo.

Para complemento de mis desgracias, halló Métofis medio de salir de la prision, y de restablecerse en la gracia del nuevo rey; y así le fué fácil vengarse de la desgracia que yo le habia ocasionado, haciéndome encerrar en una torre á la orilla del mar, cerca de Pelusa, donde debiamos de habernos embarcado si Sesostris no hubiese muerto. Ya no me quedaba ni aun la mas remota esperanza de volver á Itaca. Todo cuanto me predijo Termósiris, é yo habia oido en la caverna me parecia un sueño. Allí pasaba los dias y las noches en la mas profunda tristeza, en el mas amargo dolor. Veía las olas del mar que venían á estrellarse al pie de la torre, y muchas veces me ocupaba en ver los navíos, que agitados por las borrascas, estaban espuestos á estrellarse contra las rocas que servian de cimiento á la torre; pero léjos de compadecer á tantos infelices amenazados de naufragio, envidiaba su suerte; porque á lo ménos, decia, tendrán pronto fin sus desgracias, ó llegarán á su pátria: ¡Mas ay de mí! ¡que no puedo esperar ni lo uno ni lo otro!

Mientras que así me consumía en inútiles reflexiones, alcancé á ver tantos mástiles de navío, que se me figuró un bosque: debajo de las velas henchidas por el viento desaparecía el mar espumoso con el incesante golpeo de los innumerables remos, y por todas partes se oía la confusa gritería del pueblo. De los Egipcios que habia en la playa, unos corrían asustados á las armas; y otros parecia que salían á recibir la armada que llegaba.

Inmediatamente reconocí que de aquellas naves extranjeras, las unas eran de Fenicia, y de la isla de Chipre las otras: ya empezaban mis infortunios á darme algunos conocimientos respectivos á la marina. Parecióme que los Egipcios estaban divididos entre sí, y no tuve dificultad en creer que el insensato Boccoris hubiese con sus violencias causado alguna rebelion, y encendido la guerra civil. Con efecto, desde lo alto de la torre fué espectador de un sangriento combate.

Porque los Egipcios, que habian llamado en su socorro á los extranjeros, despues de proteger su desembarco, atacaron á los otros Egipcios mandados por el rey en persona, que semejante al dios Marte animaba á los suyos con su ejemplo. A su rededor corrían arroyos de sangre: las ruedas de su carro nadaban en ella; y apénas podían pasar por cima de los montones de cadáveres destrozados. Este jóven rey, bien formado, vigoroso, y de una fisonomía altiva y feroz, tenia en sus ojos retratado el furor y la desesperacion, y á manera de un hermoso alazan corría desbocado y sin eleccion hácia donde le llevaba su ardimiento. No dirigía la prudencia al valor, ni sabia reparar sus faltas, ni dar órdenes oportunas: no prevenía los males que le amenazaban, ni sabia contemporizar con aquellas personas que tanto habia menester; y no por falta de talento, que sus luces eran iguales á su valor; pero como nunca habia aprendido en la adversidad, les fué fácil á sus maestros pervertir con la lisonja su buen natural. Y así era, que poseido de su poder y de su fortuna, creía que todo debia ceder á sus fogozos deseos; la menor resistencia exáltaba su cólera, é ya entónces ni racionaba, ni estaba en sí: su orgullo desenfrenado le transformaba en fiera.

Su bondad natural, y la recta razon le abandonaban al instante. Hasta sus mas fieles criados se veían precisados á huir de él. Solo los que adulaban sus pasiones, merecian su cariño: así tomaba siempre partidos estre-mados y opuestos á sus verdaderos intereses, y obligaba á todos los hombres de bien á que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre; mas al fin acabaron con él. Yo le ví morir. Atravesóle el pecho el dardo de un Fenicio; fuéronse las riendas de la mano, y cayó del carro á los pies de los caballos. Un soldado Chipriota le cortó la cabeza, y tomóndola por los cabellos, la mostró como en triunfo á todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre, cerrados y amortecidos los ojos, pálido y desfigurado el rostro: aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas; y aquel gesto altivo y amenazador, que ni aun la muerte habia podido borrar. Toda mi vida le tendré presente. Y si los dioses me concediesen que reine algun dia, me servirá tan funesto ejemplo de un continuó recuerdo de que un rey no es digno de serlo, ni su poder le hace feliz, sino en cuanto le somete á la razon. Porque, ¿qué mayor desgracia para un hombre destinado á ser el autor de la felicidad pública, que ejercer el poder que tiene sobre tantos hombres en labrarles su desventura!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que el sucesor de Boccoris volvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fué conducido á Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que este le hizo de Pigmalion, su rey, temible por su avaricia. Refiere tambien que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba á embarcarse en un navío de Chipre para ir por esta isla á la de Itaca, cuando descubrió Pigmalion que era extranjero, y quiso ponerle preso: que estuvo entónces á pique de perecer; pero que Astarbe, dama del tirano, le libertó, haciendo morir en su lugar á un jóven que la tenia irritada porque habia despreciado su amor.

ADMIRADA estaba Calipso oyendo tan bien razonados discursos; y lo que mas la agradaba era la ingenuidad con que Telémaco referia los defectos en que habia incurrido por su ligereza, y por falta de docüidad á los consejos del sabio Mentor. Hallaba la diosa una generosidad y grandeza de alma extraordinaria en un jóven, que no se perdonaba á sí mismo, y que tan bien habia reflexionado sobre sus mismas imprudencias, que de ellas habia aprendido á ser sabio, prudente y moderado. Continua, le dijo, mi querido Telémaco, que deseo con impaciencia saber como salistes de Egipto,

Su bondad natural, y la recta razon le abandonaban al instante. Hasta sus mas fieles criados se veían precisados á huir de él. Solo los que adulaban sus pasiones, merecian su cariño: así tomaba siempre partidos estre-
mados y opuestos á sus verdaderos intereses, y obligaba á todos los hombres de bien á que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre; mas al fin acabaron con él. Yo le ví morir. Atravesóle el pecho el dardo de un Fenicio; fuéronse las riendas de la mano, y cayó del carro á los pies de los caballos. Un soldado Chipriota le cortó la cabeza, y tomándola por los cabellos, la mostró como en triunfo á todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre, cerrados y amortecidos los ojos, pálido y desfigurado el rostro: aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas; y aquel gesto altivo y amenazador, que ni aun la muerte habia podido borrar. Toda mi vida le tendré presente. Y si los dioses me concediesen que reine algun dia, me servirá tan funesto ejemplo de un continuó recuerdo de que un rey no es digno de serlo, ni su poder le hace feliz, sino en cuanto le somete á la razon. Porque, ¿qué mayor desgracia para un hombre destinado á ser el autor de la felicidad pública, que ejercer el poder que tiene sobre tantos hombres en labrarles su desventura!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que el sucesor de Boccoris volvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fué conducido á Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que este le hizo de Pigmalion, su rey, temible por su avaricia. Refiere tambien que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba á embarcarse en un navío de Chipre para ir por esta isla á la de Itaca, cuando descubrió Pigmalion que era extranjero, y quiso ponerle preso: que estuvo entonces á pique de perecer; pero que Astarbe, dama del tirano, le libertó, haciendo morir en su lugar á un jóven que la tenia irritada porque habia despreciado su amor.

ADMIRADA estaba Calipso oyendo tan bien razonados discursos; y lo que mas la agradaba era la ingenuidad con que Telémaco referia los defectos en que habia incurrido por su ligereza, y por falta de docilidad á los consejos del sabio Mentor. Hallaba la diosa una generosidad y grandeza de alma extraordinaria en un jóven, que no se perdonaba á sí mismo, y que tan bien habia reflexionado sobre sus mismas imprudencias, que de ellas habia aprendido á ser sabio, prudente y moderado. Continua, le dijo, mi querido Telémaco, que deseo con impaciencia saber como salistes de Egipto,

y donde encontraste al sabio Mentor , cuya pérdida tan justamente sentias.

Telémaco continuó así su historia. Como los Egipcios , que seguian el partido del rey , fuesen , aunque los mas virtuosos y leales , los ménos poderosos ; y por otra parte le viesen ya muerto , se halláron reducidos á ceder. Elegióse otro rey llamado Termutis ; y hecha alianza entre él y los Fenicios , se retiráron estos con las tropas de Chipre , y todos los prisioneros de su nacion , que el nuevo rey les habia devuelto ; y á mí , como si lo fuese , se me incluyó en el número de ellos , me sacáron de la torre , me embarqué con los demas , y volvió á renacer en mi pecho la esperanza. Ya henchia nuestras velas un viento favorable , los remeros hendian las ondas espumosas ; el anchuroso mar estaba cubierto de naves ; los marineros daban gritos de alegría ; las riberas de Egipto se alejaban de nosotros ; las colinas y los montes se iban poco á poco aplanando ; é ya empezábamos á no ver mas que cielo y agua ; cuando el nuevo sol , despidiendo del centro del mar sus fuegos resplandecientes , doraba con sus luminosos rayos la cima de los montes , que aun divisábamos algun tanto ; y el cielo todo vestido de azul oscuro nos prometia una feliz navegacion.

Aunque yo fui devuelto como Fenicio , ninguno de los que iban conmigo me conocia. Narbal , comandante del navío á que se me destinó , quiso saber mi nombre y patria. ¿ De qué ciudad sois de la Fenicia ? me preguntó. « Yo no soy Fenicio , le respondí ; pero los Egipcios me apresáron en una nave que lo era , y como Fenicio he permanecido cautivo en Egipto ; en concepto de tal he padecido largo tiempo , y en el mismo concepto he sido libertado. » ¿ Pues de que país sois ?

volvió Narbal á preguntarme : é yo le contesté en estos términos : « Yo soy Telémaco , hijo de Ulises , rey de Itaca en Grecia. Mi padre se hizo famoso entre todos los reyes que sitiáron á la ciudad de Troya , mas los dioses no le han concedido que vuelva á ver su patria. Yo le he buscado por muchos paises , pero la fortuna me persigue como á él : ved aquí un desgraciado , que solo anhela por la felicidad de volverse á ver entre los suyos , y de hallar á su padre. »

Mirábame Narbal con admiracion , y le pareció descubrir en mí un no sé que de feliz , don del cielo , y que no se halla en el comun de los hombres. Y como naturalmente era sincero y generoso , se compadeció de mi desgracia , y me habló con una confianza iuspirada sin duda por los dioses , para salvarme de un gran peligro.

« No dudo , me dijo , ni acertaria á dudar de lo que me decís , porque el quebranto y la virtud retratados en vuestro semblante no me permiten tal desconfianza. Ademas presiento que los dioses , á quienes siempre he servido , os aman , y quieren que yo tambien os ame como si fuerais mi hijo. Voy á daros un consejo saludable , y en recompensa solo exijo el secreto. » —

« No temais , le dije , que me sea violento callar lo que querais confiarme , pues aunque jóven , he envejecido ya en la costumbre de no fiar jamas mi secreto , y mucho mas en la de no revelar el de otro por ningun pretexto. » — « ¿ Pues como habeis podido , me replicó , acostumbraros , siendo tan jóven , á guardar secreto ? mucho me alegraré saber por qué medios habeis adquirido esta calidad , que es la base de la mas sabia conducta , y sin la cual son inútiles todos los talentos. »

Al partir Ulises para el sitio de Troya , le respondí ,

me puso sobre sus rodillas, y me estrechó entre sus brazos: así es como me lo han referido. Después de haberme besado tiernamente, me dijo estas palabras, aunque yo todavía no podía entenderlas: Hijo mío, no permitan los dioses que te vuelva á ver; antes la guadaña de la parca corte el hilo apenas formado de tus dias, así como el segador corta con la hoz la tierna flor que empieza á desplegarse; ántes mis enemigos te despedacen á mi vista y la de tu madre, si ha de llegar dia en que tu corazon se corrompa; y abandone la virtud. Amigos míos, continuó: ahí os dejo este hijo que tanto amo, cuidad de su infancia; y si es que me amais, alejad de él la perniciosa lisonja; enseñadle á que á sí mismo se venza. Sea en vuestras maños como un tierno arbolillo que se le doblega para enderezarle; y sobre todo no omitais nada para hacerle justo, benéfico, sincero y fiel en guardar secreto: que el que es capaz de mentir, es indigno de que se le cuente en el número de los hombres; y el que no sabe callar, es indigno de gobernar.

Os refiero así sus palabras, porque habiendo cuidado de repetírmelas mucho, han llegado á grabarse en lo íntimo de mi corazon; é yo á mí mismo me las repito á cada paso.

Los amigos de mi padre procuráron con efecto ejercitarme con tiempo en guardar secreto. Aun estaba yo en la mas tierna infancia, cuando ya me confiaban los disgustos que padecia en ver á mi madre espuesta á la muchedumbre de temerarios que la solicitaban para esposa; y desde entónces me trataban como á un hombre de razon y confianza. Hablabanme en secreto de los mas importantes negocios, y me comunicaban lo que resolvian para desviar á los pretendientes. Ufano

con que de mí se hiciese esta confianza, me tenía ya por un hombre. Jamas abusé de ella, ni se me escapó jamas palabra que pudiese dar el menor indicio de lo que callaba. Muchas veces los pretendientes de mi madre me estimulaban á que hablase, persuadidos de que un niño que podia haber visto ú oido alguna cosa de importancia, no seria capaz de reservarla; pero yo sabia muy bien responderles sin mentir, ni manifestarles lo que no debia decirles.

Luego que Narbal me oyó, me dijo: Ya veis, Telémaco, el poder de los Fenicios, formidables por sus innumerables escuadras á todas las naciones vecinas. El comercio que hacen hasta las columnas de Hércules (1), les produce tantas riquezas, que exceden á las de los pueblos mas florecientes. El gran Sesostris, que jamas hubiera podido vencerlos por mar, trabajó no poco para rendirlos por tierra con unos ejércitos que habian conquistado todo el Oriente: impúsonos un tributo, que no pagamos mucho tiempo, porque era demasiado el poder y riquezas de los Fenicios para soportar con paciencia el yugo y la esclavitud; y así fué que muy pronto recobramos la libertad. No le dió tiempo la muerte para que acabase la guerra contra nosotros. Y si bien es verdad que debíamos temerlo todo de su sabiduría aun mucho mas que de su poder, habiendo pasado este á manos de su hijo enteramente falto de prudencia, concluimos que ya nada teníamos que recelar. En efecto,

(1) Las columnas de Hércules son las montañas de Calpe y Avila, en el estrecho de Gibraltar, donde entra el océano en el mediterráneo, y limitó Hércules sus viages. Se llaman así por parecerse de léjos á dos columnas á los ojos de los viageros.

léjos de volver los Egipcios á entrar con las armas en nuestra tierra para subyugarnos de nuevo, se han visto precisados á llamarnos en su socorro para que les libremos de un rey tan impío y furioso. Nosotros hemos sido sus libertadores: ¡Qué gloria agregada á la libertad y á la opulencia de los Fenicios!

Mas al paso que damos la libertad á los demas, somos nosotros esclavos. Temed, Telémaco, caer en las manos de Pigmalion nuestro rey: en aquellas crueles manos bañadas en la sangre de Siqueo, esposo de su hermana Dido (1); la cual, poseida del deseo de venganza, se salvó huyendo de Tiro con muchas naves, y con la mayor parte de los que aman la virtud y la libertad, que la siguiéron hasta la costa de Africa, en que ha fundado una soberbia ciudad llamada Cartago (2). Atormentado Pigmalion de una insaciable sed de riquezas, se hace cada vez mas despreciable y odioso á sus vasallos. Es un crimen en Tiro poseer muchos bienes: la avaricia le hace desconfiado, sospechoso y cruel: persigue á los ricos, y teme á los pobres.

Aun es mayor crimen ser virtuoso, porque supone que los buenos no podrán sufrir sus injusticias é infamias: la virtud le condena, y así es que se irrita y enfurece contra ella. Todo le agita, todo le inquieta, todo le atormenta: de su misma sombra tiene miedo. No duerme de día ni de noche; y los dioses para con-

(1) Dido era hija de Belo, rey de Tiro y de Sidon. Pigmalion hizo morir á su marido Siqueo para apoderarse de sus riquezas.

(2) Esta ciudad, edificada en la costa de Africa, en frente de Roma, de la cual era émula, fué asolada por Escipion el Africano.

fundirle, le abruman con tesoros, de que no se atreve á gozar. Lo que busca para ser dichoso es precisamente lo que le impide que lo sea. Le pesa de lo que da, siempre teme perder y se fatiga por ganar.

Casí nunca se le ve: solo, triste y abatido vive en el centro de su palacio. Sus mismos amigos no se atreven á llegarse á él, porque temen hacerse sospechosos. Una guardia formidable con espadas desnudas y picas levantadas rodea su palacio. Treinta cámaras que se comunican unas con otras, y que cada una tiene su puerta de hierro con seis gruesos cerrojos, son la estancia en que se encierra: jamas se sabe en cual de ellas duerme; pero se asegura que nunca dos noches seguidas en una misma, de miedo de ser en ella degollado. Los inocentes placeres y la amistad, que aun es mas dulce, le son desconocidos. Si se le dice que procure alegrarse, siente que la alegría huye léjos de él, y que rehusa entrar en su corazon. Sus ojos sumidos y vagorosos centellean un fuego voraz y feroz; al menor ruido aplica el oido, y se conmueve. Está pálido y atenuado; y en su rostro, siempre torvo y arrugado, lleva pintados los remordimientos que le atormentan. Calla, suspira, y arranca del pecho los mas profundos gemidos, no siéndole posible ocultar los remordimientos que despedazan sus entrañas. Disgustarle los manjares mas exquisitos. Sus hijos, que debían ser el apoyo de su esperanza, son el motivo de su terror, y hace de ellos sus mas temibles enemigos. En toda su vida ha tenido un momento de seguridad; y solo se conserva á fuerza de verter la sangre de todos los que le causan algun temor. ¡Insensato, que no ve que la misma crueldad en que tanto confia, será la que le conduzca á su ruina! Cualquiera de sus

domésticos, que sea tan desconfiado como él, se apresurará á librar al mundo de este monstruo.

Por mí, temo á los dioses, y á toda costa seré fiel al rey que ellos me han dado; y ántes sufriera que me diese la muerte, que quitarle yo la vida, y aun que dejar de defenderle. Pero vos, Telémaco, guardaos de decirle quien sois; porque con la esperanza de que vuelto Ulises á Itaca le daría una gran suma por vuestro rescate, os tendrá hasta entónces preso.

Cuando llegamos á Tiro, seguí los consejos de Narbal, y reconocí la verdad de cuanto me había dicho. Yo no podía comprender que un hombre pudiera hacerse tan despreciable como me lo pareció Pigmalion.

Horrorizado de un ejemplo tan terrible, y para mí tan nuevo, me decía á mí mismo: he aquí un hombre que anhelando á ser feliz, ha equivocado los medios. Creyó conseguirlo teniendo un cúmulo de riquezas y una autoridad absoluta: posee con efecto todo lo que puede desear; y sin embargo esas mismas riquezas y esa misma autoridad causan su desgracia. Si fuera pastor, como no ha mucho tiempo que yo lo fuí, sería tan feliz como yo lo era: gozara de los inocentes placeres del campo, y los gozaria sin remordimientos: no temiera el hierro ni el veneno: amara á los hombres, y fuera de ellos amado. Es verdad que no tendría esas grandes riquezas que en realidad le son tan inútiles como si fuesen de cieno, pues que no se atreve á tocarlas; pero gozaria libremente de los frutos de la tierra, y no padecería ninguna necesidad verdadera. Parece que este hombre hace cuanto quiere; pero nada ménos: lo que hace es todo cuanto quieren sus pasiones feroces, siempre impelido de la avaricia, del temor, y de las sospechas. Parece dueño de los demas hom-

bres, y ni aun de sí mismo lo es; pues son tantos sus dueños y verdugos, cuantos sus deseos violentos.

Así discurría yo acerca de Pigmalion, sin verle, porque nunca se dejaba ver: solo se veían, y no sin miedo, las altas torres noche y día rodeadas de guardias, donde él mismo encerrado con sus tesoros, se tenía como en prision. Comparaba yo este rey invisible con el gran Sesostris, tan humano, tan accesible, tan afable, tan amigo de ver á los estrangeros, tan atento á oír á todo el mundo, y sacar del corazon de los hombres la verdad que se oculta á los reyes. Sesostris, decía yo, nada temía, ni tenía que temer nada. Presentábase á sus vasallos como á sus propios hijos; pero este rey malvado todo lo teme, y todo lo tiene que temer. Siempre está espuesto á una muerte desastrada, aun en su palacio inaccesible, rodeado de guardias: al contrario que el buen Sesostris, que entre la multitud de sus pueblos estaba tan seguro, como un buen padre lo está en su casa rodeado de su familia.

Dió orden Pigmalion de que se volviesen á su isla las tropas Chipriotas sus aliadas; y Narbal se valió de esta ocasion para ponerme en libertad, haciéndome pasar revista entre los soldados de Chipre, porque el rey hasta de las cosas mas mínimas recelaba.

El defecto comun á todos los príncipes fáciles y desahucados es entregarse con una ciega confianza á favoritos artificiosos y corrompidos: él de este, por el contrario, era desconfiar de los mas virtuosos. No sabia discernir los hombres rectos y sencillos que obran sin disfraz: ni les había visto nunca, porque estos no van á buscar un rey tan corrompido. Por otra parte desde que ocupaba el trono, había visto tanta simulacion y tanta perfidia en cuantos le servian, y tan horrosos vicios,

disfrazados con apariencias de virtud , que á todos los hombres , sin escepcion , les miraba como simulados. Suponia que no habia sobre la tierra virtud alguna sincera , y por eso les miraba á todos como iguales con corta diferencia. Cuando hallaba uno falso y corrompido , no se tomaba el trabajo de buscar otro , suponiendo que este no seria mejor que aquel. Los buenos le parecian peores que los malvados mas rematados , porque les tenia por tan infames , y por mas engañosos.

Pero volviendo á mí , fui con efecto confundido entre los soldados Chipriotas , y así escapé á la perspicaz desconfianza del rey. Temblaba Narbal que yo fuese descubierto , porque á ámbos nos hubiera costado la vida ; y por eso era increíble la impaciencia con que deseaba vernos partir ; pero los vientos contrarios nos detuviéron mucho tiempo en Tiro.

Yo me aproveché de esta detencion para instruirme de las costumbres de los Fenicios , tan célebres entre todas las naciones conocidas. Admiraba la ventajosa posicion en que se halla aquella ciudad , situada en una isla que está en medio del mar. La costa vecina es sumamente deliciosa por su fertilidad , por los exquisitos frutos que produce , por el gran número de ciudades y aldeas que casi se juntan , y en fin por la benignidad de su clima ; pues los montes ponen la costa al abrigo de los ardientes vientos de mediodia ; y la refrescan los del norte que soplan del lado del mar. Este pais está al pie del Libano , cuya cima hiende las nubes , y va á tocar con los astros. Un perenne yelo ciñe su frente , y de la punta de los peñascos que le coronan se desprenden en torrentes arroyos llenos de nieve. Debajo se vé un espacioso bosque de cedros antiguos , cuyas espesas ramas llegan á las nubes , y pare-

cen tan viejos como la tierra que los sustenta. Al pie de este bosque , en la misma ladera del monte , se encuentran abundantes pastos , donde se ven andar errantes los toros dando bramidos , y las ovejas balando con sus tiernos corderillos que retozan por la yerba. Mil arroyuelos de agua cristalina corren por todas partes , y en fin debajo de estos pastos está el pie de la montaña , semejante á un jardín , en el que la primavera y el otoño reinan juntos para reunir las flores y los frutos. Jamas el pestilente viento de mediodia , que todo lo seca y abrasa , ni el riguroso aquilon , han osado marchitar los vivos colores que adornan este jardín.

Junto á esta hermosa ribera es , pues , donde se levanta en el mar la isla en que está fundada la gran ciudad de Tiro ; de modo que parece anda nadando sobre las aguas , y que es la reina del mar. Frecuentanla comerciantes de todo el mundo , y los mas célebres del universo son sus mismos habitantes. Al entrar en ella no parece ciudad perteneciente á un pueblo particular , sino comun á todas las naciones , y el centro de su comercio. Tiene dos grandes muelles , semejantes á dos brazos , que se internan en el mar , ciñen un anchuroso puerto , é impiden la entrada á los vientos. Vense en este puerto tantos mástiles de navío que figuran un bosque , y tan espeso que apenas se vé el agua que los sostiene. Todos los ciudadanos se aplican al comercio ; y no por sus grandes riquezas se desdeñan de trabajar incesantemente para aumentarlas. Allí se vé por todas partes el suave lino de Egipto , y la púrpura de Tiro , dos veces teñida , de un maravilloso brillo : este doble tinte es tan vivo y permanente , que ni el tiempo basta á deslucirle : em-

pléase en las lanas finas que bordadas de oro y plata adquieren un nuevo realce. Los Fenicios comercian con todos los pueblos hasta el estrecho de Gades (1), y se han internado en el vasto océano, que rodea toda la tierra. También han hecho largas navegaciones en el mar rojo, y por él es por donde van á buscar á islas desconocidas el oro, los aromas, y varios animales que no se encuentran en otros países.

No se saciaban mis ojos de ver el magnífico espectáculo de esta gran ciudad, en que todo está en movimiento. Allí no se ven, como en las ciudades de la Grecia, hombres ociosos y noveleros, que van á buscar noticias á la plaza pública, ó á ver los extranjeros que llegan al puerto. Los hombres se ocupan en descargar las naves, transportar ó vender las mercancías, arreglar sus almacenes, y en llevar cuentas exáctas de lo que les deben los negociantes extranjeros; y las mugeres en hilar las lanas, hacer dibujos para bordar, ó en plegar las telas preciosas.

¿De qué proviene, le pregunté á Narbal, que los Fenicios se hayan hecho dueños del comercio de todo el mundo, y que se enriquezcan por este medio á espensas de todos los demas pueblos? — Ya lo veis, me respondió: la situacion de Tiro es ventajosa para el comercio. Nuestra pátria tiene la gloria de haber inventado la navegacion. Si hemos de creer la tradicion de la mas remota antigüedad, los Tirios fuéron los primeros que domáron las olas mucho ántes que Tifis y los Ar-

(1) Gades ó Gadir, hoy Cadiz, es una pequeña isla de la España Bética, cercana del continente, en frente del puerto de Muesteo; fué fundada por los Tirios, y es una de sus mas antiguas colonias.

gonautas (1), tan ponderados en la Grecia; quiero decir, que ellos fuéron los primeros que osáron esponerse en una débil embarcacion al arbitrio de las olas y de las tempestades: los primeros que sondeáron los abismos del mar: que observáron los astros léjos de la tierra, segun la ciencia de los Egipcios y Babilonios: los primeros en fin que reuniéron tantos pueblos, que el mar tenia separados. Los Tirios son industriosos, pacientes, laboriosos, capaces, sobrios y económicos: tienen una exácta policia: viven perfectamente unidos entre sí; y jamas se ha conocido un pueblo mas constante y sincero, mas fiel y seguro, ni mas cómodo para los extranjeros.

Ved aquí, sin ir á buscar otra cosa, lo que les da el imperio del mar, y hace que florezca en su puerto un comercio tan útil. Pero si se introdujesen entre ellos la division y los zelos: si se empezasen á afeminar con los deleites y la ociosidad: si los próceres de la nacion despreciasen el trabajo y la economía, si se dejasen de honrar las artes: si faltaran á la buena fé con los extranjeros: si alterasen en lo mas mínimo las reglas de un comercio libre: si descuidasen sus manufacturas, y dejasen de hacer las cuantiosas anticipaciones que se necesitan para que sus artefactos tengan cada uno en su clase la posible perfeccion; bien pronto veriais caer este colosal poder que admirais.

Mas esplicadme, le dije, los verdaderos medios de establecer algun dia en Itaca un comercio semejante. —

(1) Los Argonautas eran los héroes de la Grecia que fuéron á Colcos con Jason para llevarse el vello de oro. Su nave habia sido construida en Tesalia por la misma Palas. Llamábase Argo, y su piloto Tifis.

Haced, me respondió, lo que aquí se hace. Recibid bien y fácilmente á todos los estrangeros: haced que encuentren en vuestros puertos seguridad, comodidad y entera libertad: no os dejéis arrastrar de la avaricia, ni del orgullo. El verdadero medio de ganar mucho, es no querer ganar demasiado, y saber perder á tiempo. Hacedos amar de los estrangeros; y si es menester, toleradles alguna cosa. Temed excitar sus zelos con vuestra altanería. Estableced unas reglas de comercio, que sean constantes, sencillas y fáciles: acostumbra á vuestros pueblos á observarlas inviolablemente: castigad con rigor el fraude, y aun la negligencia, ó el fausto de los mercaderes que arruina el comercio, arruinando á los que lo hacen.

Sobre todo absteneos de ponerle trabas para inclinarle segun vuestras miras. El príncipe no se ha de mezclar en él, si no quiere entorpecerle. Todo el provecho debe dejarle á sus vasallos, que son los que tienen el trabajo: lo contrario seria desanimarlos: bastantes utilidades le producirán las muchas riquezas que entrarán en sus estados. Es el comercio como ciertas fuentes, que si se las quiere mudar su curso, se secan. Para atraer á los estrangeros, proporcionadles provecho y comodidad. Si les haceis el comercio ménos cómodo y útil, se retirarán insensiblemente, y no volverán jamas; porque otros pueblos, aprovechándose de vuestra imprudencia, les atraerán á sus puertos, y les acostumbrarán á no echaros de ménos. Es necesario confesaros que de algun tiempo á esta parte se ha oscurecido no poco la gloria de Tiro. ¡O, cuanto mas os hubiera admirado, si hubierais visto esta ciudad antes del reinado de Pigmalion! ¡Pero, ya, ya no han quedado mas que los tristes restos de una grandeza que amenaza

ruina. ¡Ah, infortunada Tiro! ¡en que manos has caido! ¡Ya se pasó el tiempo en que la mar te traia el tributo de todos los pueblos del mundo!

Pigmalion todo lo teme, así de los estrangeros, como de sus vasallos; y en vez de abrir sus puertos, segun nuestra antigua costumbre, á las naciones mas lejanas con una absoluta franqueza, quiere saber el número de naves que arriban, de donde son, el nombre de los que en ellas vienen, su género de comercio, las clases y precios de sus mercancías y el tiempo que deben de permanecer aquí. Aun hace otra cosa peor: hostiga á los que le parecen mas opulentos, y bajo diversos pretextos impone nuevas gabelas. Quiere tambien entrar en comercio; pero todo el mundo huye de mezclarse en nada con él. Así decae el comercio: los estrangeros olvidan poco á poco el camino de Tiro; que en otro tiempo les era tan grato; y si Pigmalion no muda de conducta, no tardarán mucho en transferirse nuestra gloria y nuestro poder á otro pueblo mejor gobernado que el nuestro.

Seguí preguntando á Narbal como se habian hecho los Tirios tan poderosos en el mar, pues no queria ignorar nada de todo cuanto conduce al gobierno de un reino. — Nosotros, me respondió, tenemos los montes del Líbano que nos proveen de maderas para navíos; y para solo este uso las reservamos tan cuidadosamente, que nunca se cortan sino para las necesidades públicas. Para la construccion de las naves logramos la ventaja de tener artifices hábiles.

¿Cómo, le dije, habeis podido hallarlos? — En el pais mismo se han ido poco á poco formando, me respondió Narbal. Cuando se recompensa bien á los que sobresalen en las artes, hay seguridad de tener

bien pronto á quien las lleve á su última perfeccion, porque los hombres mas sabios y de mayor talento se dedican gustosos á aquellas á que están anejas las grandes recompensas. Aquí se trata con honor á todos los que sobresalen en las artes y en las ciencias útiles á la navegacion. Se tiene en consideracion á un buen geómetra: se estima mucho á un hábil astrónomo: se colma de bienes al piloto que sobrepuja á los otros en su ejercicio: no se desprecia á un buen carpintero, ántes por el contrario se le paga y trata bien. Hasta los buenos remeros tienen recompensas seguras y proporcionadas á sus servicios: se les mantiene bien: se les cuida en sus enfermedades, y en su ausencia se tiene cuidado de sus mugeres y de sus hijos. Si perecen en algun naufragio, se indemniza á su familia; y despues de servir cierto tiempo, se les da licencia para que se vuelvan á sus casas. Así es como tenemos cuantos marineros queremos, porque el padre cria con gusto á su hijo para tan buen oficio, y se apresura á instruirle desde su mas tierna edad en el manejo del remo y de los cables, y á despreciar las borrascas. Así es como se conduce á los hombres sin violencia por medio de las recompensas y del buen orden, lo que no conseguiria la autoridad por sí sola, ni se adelanta mucho con una sumision forzada: es necesario ganar los corazones, y hacer que los hombres encuentren ventajas en aquellas mismas cosas en que se les quiere hacer servir con su industria.

Despues de estos discursos me llevó Narbal á ver los almacenes, los arsenales, y todos los oficios que se emplean en la construccion de navíos. Procuré informarme del por menor de las cosas mas mínimas, y todo cuanto aprendí, lo puse por escrito, para que no se me olvidase ninguna circunstancia útil.

Entretanto, como Narbal me amaba, y conocia á Pigmalion, esperaba con impaciencia mi partida, temeroso de que me descubriesen las espías del rey, que andaban dia y noche por la ciudad; pero aun no lo permitian los vientos. Estando un dia exáminando con curiosidad el puerto, y preguntando á varios comerciantes, vimos que se dirigia á nosotros un oficial de Pigmalion, que le dijo á Narbal: El rey acaba de saber por uno de los capitanes de navío que con vos han vuelto de Egipto, que habeis traído un extranjero que pasa por Chipriota: quiere que se le arreste, y que se sepa con certeza de que pais es: Vos responderéis de él con vuestra cabeza. Me habia yo á la sazón apartado un poco á observar mas de cerca las proporciones de un navío casi nuevo, que segun decian, era el mas velero que jamas se habia visto en el puerto, y lo atribuian á la exácta proporcion que guardaba en todas sus partes; acerca de lo cual le estaba yo haciendo varias preguntas al que le habia hecho.

Sorprendido y asustado Narbal, respondió al oficial: voy á buscar á ese extranjero, que es de la isla de Chipre. Mas luego que le perdió de vista, se vino corriendo hácia mí para avisarme del riesgo en que me hallaba. ¡Demasiado previsto lo tenia yo, mi querido Telémaco, me dijo: ¡perdidos somos! El rey, atormentado de dia y de noche por sus desconfianças, ha llegado á sospechar que no sois Chipriota: manda que se os prenda, y me amenaza con la muerte si no os pongo en sus manos. ¿Qué harémos? ¡ó dioses! dadnos acierto para salir de este peligro. Será preciso que yo os lleve á palacio, Telémaco; y que sostengais que sois Chipriota, de la ciudad de Amatunta, hijo de un estuario de Vénus, que yo declararé haber cono-

cido tiempo hace á vuestro padre. Acaso el rey, satisfecho con esto, os dejará partir. Yo no hallo otro medio de salvar vuestra vida y la mia.

Dejad, le respondí á Narbal; dejad perecer á un desgraciado que el destino quiere que perezca. Yo sabré morir, Narbal; y es mucho lo que os debo para envolveros en mi desgracia. Pero no puedo resolverme á mentir; y no siendo Chipriota, no podré decir que lo soy. Los dioses ven mi sinceridad: si quieren conservar mi vida, á ellos les toca; ellos lo pueden; pero yo no quiero salvarla por medio de una mentira.

Esta mentira, repuso Narbal, nada tiene que no sea inocente: ni los mismos dioses pueden reprobarla, porque á nadie perjudica; salva la vida de dos inocentes, y si engaña al rey, es solo para evitar que cometa un gran crimen. Muy al extremo lleváis, Telémaco, el amor de la virtud, y el temor de violar la religión.

Basta, le dije, que la mentira sea mentira para ser indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El que á ella falta, ofende á los dioses, y se perjudica á sí mismo, porque habla contra su conciencia. Dejad, Narbal, de proponerme lo que es indigno de vos y de mí. Si los dioses se apiadan de nosotros, sabrán los medios de librarnos, y si quieren que perezcamos, seremos muriendo víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres el ejemplo de preferir la virtud sin tacha á una larga vida: la mia lo es ya demasiado siendo tan desgraciada. Por vos solo es por quien mi corazón se enternece, mi querido Narbal. ¡Quién creyera que vuestra amistad por un infeliz extranjero os habia de ser tan funesta!

Largo rato estuvimos en esta especie de contienda,

cuando al fin vimos llegar un hombre que corria desalentado, y era otro oficial del rey que venia de parte de Astarbe.

Esta muger, hermosa como una deidad, unia á los hechizos del cuerpo todos los del espíritu. Era festiva, lisongera, é insinuante. Con tantos atractivos seductores tenia como las Sirenas un corazón cruel y maligno, y la mas refinada astucia para ocultar sus infames sentimientos con un profundo artificio. Su estremada hermosura, su talento, su dulce voz, y la armonia de su lira de tal modo tenian ganado el corazón del rey, que ciego de amor por ella habia abandonado á la reina Tofa su esposa, y solo pensaba en satisfacer las pasiones de Astarbe, cuyo amor no le era ménos funesto que su infame avaricia. Pero aunque el rey la amaba con tanta pasión, ella le despreciaba íntimamente; pero cuidando siempre ocultarlo, bajo la apariencia de no querer vivir sino para él, al paso que no le podia sufrir.

Habia en Tiro un jóven Lidio, llamado Malachon, de una extraordinaria belleza; pero muelle, afeminado, y encenagado en los deleites. Solo pensaba en conservar la delicadeza de su tez, en peinar el rubio cabello, que ondeaba sobre la espalda, en perfumarse, y dar un aire gracioso á los pliegues de su ropa; y en fin en cantar sus amores á la lira. Vió Astarbe, y le amó con tal extremo, que degeneró en furor; pero él la despreció, porque estaba apasionado de otra, y porque ademas temia esponerse á los crueles zelos del rey. Viéndose Astarbe despreciada, se abandonó á su resentimiento, y en los raptos de su desesperacion concibió el proyecto de hacer pasar á Malachon por el extranjero que el rey mandaba buscar, y que se decia haber venido con Narbal.

Con efecto, así se lo persuadió á Pígalion, y sobornó á todos los que hubieran podido desengañarle. Como el rey no amaba á los virtuosos, ni sabía distinguirlos; solo lo rodeaban gentes interesadas, artificiosas y dispuestas á ejecutar sus órdenes injustas y sanguinarias. Estas gentes temían la autoridad de Astarbe, y la ayudaban á engañar al rey, por no desagradar á una muger tan altanera que poseía toda su confianza. Así Malachon, aunque conocido por Lidio en toda la ciudad, pasó por el jóven extranjero que Narbal habia traído de Egipto, y fué puesto en prision.

Pero temiendo Astarbe que fuese Narbal á hablar al rey, y que descubriese su impostura, le envió á toda priesa aquel oficial para que le dijese: Astarbe os prohíbe que descubrais al rey quien es vuestro extranjero; solo os pide el silencio, quedando á su cuidado hacer que el rey quede de vos satisfecho. Sin embargo haced que ese jóven que habeis traído de Egipto se embarque prontamente con los Chipriotas, para que no se le vuelva á ver en la ciudad. Gozoso Narbal de poder salvar así su vida y la mia, ofreció guardar secreto: y el oficial, satisfecho del buen éxito de su comision, se volvió á dar cuenta de ella á Astarbe, mientras nosotros admirábamos la bondad de los dioses, que así recompensaban nuestra sinceridad, y que tan particularmente cuidan de los que todo lo arriesgan por la virtud.

Mirábamos con horror á un rey entregado á la avaricia y á la voluptuosidad. El que con tanto exceso teme ser engañado, decíamos, merece serlo, y casi siempre lo es groseramente: desconfía de los buenos, y se entrega á los malvados; y de aquí nace que solo él ignora lo que á nadie importa tanto saber. Ved á Pig-

malion ser el juguete de una muger liviana; pero admiremos la sabiduría con que los dioses se valen de la mentira de los malvados para salvar á los buenos, que prefieren la verdad á la vida.

Advertimos mudanza en los vientos favorable á las naves de Chipre. Los dioses se declaran, exclamó Narbal, y quieren ponerlos en salvo: huid de esta tierra cruel y maldita. ¡Quién pudiera seguiros, aunque fuese á las mas incógnitas riberas! ¡Qué felicidad la de poder vivir y morir con vos! Pero un rigoroso destino me liga á esta desgraciada pátria, y es necesario sufrir con ella, y acaso lo será el ser sepultado en sus ruinas; pero no importa, con tal que mi lengua sirva constantemente de instrumento á la verdad, y mi corazon de templo á la justicia.

En cuanto á vos, mi amado Telémaco, ruego á los dioses, que os conducen como por la mano, que os otorguen hasta la muerte el mas precioso de todos los dones, que es la virtud pura y sin tacha. Vivid, volved á Itaca, consolad á Penelope, libradla de sus temerarios amantes. Vean vuestros ojos, y estrechen vuestros brazos al sabio Ulises: halle este en vos un hijo que se le iguale en prudencia; mas en medio de vuestra prosperidad acordaos del desgraciado Narbal, y nunca dejeis de amarme.

Acabó estas palabras, é yo le regué con mis lágrimas sin poderle responder, porque me lo impedían los sollozos. Abrasámonos sin hablarnos; me condujo hasta el navío; quedóse en la playa, y desde que la nave se hizo á la vela, no dejamos de mirarnos mientras nos pudimos ver.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

SUMARIO.

Interrumpe Calipso á Telémaco para que se descanse. Repréndele Mentor á solas, porque habia hecho tan exácta narracion de sus aventuras, y le aconseja que las acabe de contar, pues que ya las habia empezado. Telémaco refiere que durante su navegacion desde Tiro hasta Chipre tuvo un sueño en que vió á Vénus y Cupido, contra quienes le protegía Minerva: que despues le pareció haber visto tambien á Mentor que le exhortaba á que huyese de aquella isla: que al despertar, halló que se habia levantado una borrasca, en que sin duda hubiera naufragado el navío, si él mismo no hubiera tomado el timon; porque los Chipriotas se habrian embriagado de modo, que no estaban en estado de dirigirle: que á su arribo á la isla vió con horror los ejemplos mas contagiosos; pero que hallándose tambien en ella el sirio Hazaël, de quien Mentor habia venido á ser esclavo, le devolvió este su sabio director, y los embarcó en su navío para llevarlos á Creta, en cuya travesía viéron el hermoso espectáculo de Amphitrite en su carro tirado de caballos marinos.

ENAGENADA Calipso del placer de oír contar así á Telémaco sus aventuras, se habia estado inmóvil hasta este momento, en que le interrumpió para hacerle tomar algun descanso: ya es hora, le dijo, de que despues

de tantos trabajos vayas á gozar de las dulzuras del sueño: aquí nada tienes que temer: todo te es favorable abandónate, pues, á la alegría; goza de la paz y los demas dones de que te colman los dioses: que mañana, cuando la aurora entreabra con sus rosados dedos las puertas doradas del oriente, y los caballos del sol, saliendo de las ondas saladas, esparzan las luces del dia para ahuyentar las estrellas del cielo, proseguirémos, mi querido Telémaco, la historia de tus infortunios. Jamas tu padre te fué igual en prudencia ni en valor: ni Aquiles (1), vencedor de Hector; ni Teseo (2) vuelto de los infiernos; ni aun el grande Alcides (3), que purgó la tierra de tantos monstruos, han manifestado tanto heroismo y tanta virtud como tú. Te deseo un profundo sueño que te haga la noche corta. Mas ¡ah! ¡qué larga será para mí! ¡Qué tarde se me hará el volver á verte y oírte, el hacerte repetir lo que ya sé, y preguntarte lo que no sé todavía! Ve, mi querido Telémaco, ve con el sabio Mentor, que los dioses te han devuelto: entra en esa gruta retirada, donde todo está dispuesto para vuestro descanso. Ruego á Morfeo que

(1) Aquiles era hijo de Peleo, rey de Tesalia, y de Tétis, hija de Nereo. Le mató Paris, hermano de Hector, en el templo de Apolo, mientras se casaba con Polixena, hija de Priamo.

(2) Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, bajó á los infiernos para robar á Proserpina; pero fué encadenado por orden de Pluton hasta que vino á librarle Hércules.

(3) Es Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena, muger de Amfitrion. Fué aborrecido de Juno, quien le hizo esponer á varios monstruos que venció sin embargo.

derrame sus mas dulces encantos sobre vuestros cargados ojos : que haga discurrir un vapor divino por vuestros cansados miembros ; y que os envíe sueños ligeros , que girando en torno de vos , halaguen vuestros sentidos con las mas risueñas imágenes , y alejen de vosotros todo lo que pueda despertaros demasiado temprano.

Condujó la diosa por sí misma á Telémaco á una gruta separada de la suya , que no era ménos rústica ni ménos agradable : de un ángulo de ella salia una fuente , cuyo suave murmullo convidaba al sueño : tenían preparados las ninfas dos lechos de blanda yerba , y en ellos habian tendido dos grandes pieles , la una de leon para Telémaco , y de oso la otra para Mentor.

Peró antes de entregarse al sueño , habló Mentor á Telémaco de este modo : ! Como te has dejado arrastrar del placer de contar tus aventuras ! Encantada dejas á la diosa con la pintura que la has hecho de los peligros de que tu valor y tu industria te han sacado ; y lo que has adelantado con eso ha sido inflamar mas y mas su corazon ; y prepararte un cautiverio mas peligroso : porque , ¿ cómo quieres ahora que te deje salir de su isla despues de haberla embelesado con la narracion de tus sucesos ? el amor de una gloria vana te ha hecho hablar sin prudencia. Calipso se habia ofrecido á contarte varias historias , y decirte cual ha sido el destino de Ulises ; pero ella ha sabido hallar el medio de hablar mucho tiempo sin decir nada , y el de empeñarte en que la espliques todo cuanto desea saber : tal es el arte de las mugeres lisongeras y apasionadas. ¡ A cuando esperas á tener la prudencia necesaria para no hablar por vanidad , y saber callar lo que te ensalce , cuando no te sea útil decirlo ! Los demas admiran tu

prudencia en una edad en que es disimulable no tenerla ; pero yo no te puedo disimular nada , porque soy el único que te conoce , y el único que te ama todo lo que es necesario para advertirte de todos tus defectos. ¡ Cuánto te falta todavía para llegar á la prudencia de tu padre !

¿ Pues que , respondió Telémaco , podia yo negarme á contar á Calipso mis desgracias ? No , replicó Mentor , fuerza era contarselas ; pero debiste hacerlos solo en aquella parte que hubiera podido moverla á compasion. Hubierasla dicho que anduviste tan pronto errante como cautivo , ántes en Sicilia , despues en Egipto , y esto bastaba : lo demas solo ha servido de aumentar el incendio que ya abrasaba su corazon. Plegue á los dioses que el tuyo se preserve.

¿ Qué he de hacer pues ? preguntó Telémaco con moderacion y docilidad. Ya no es tiempo , le respondió Mentor , de ocultarla lo que falta de tus aventuras : sabe ya de ellas lo bastante para no poder ser engañada acerca de lo que todavía no sabe , y esta reserva solo serviria de irritarla. Acaba pues mañana de contarla lo que los dioses han obrado en tu favor ; y aprende para otra vez á hablar con mas moderacion de cuanto pueda atraerte alguna alabanza.

Recibió Telémaco amistosamente tan saludable consejo , y se echaron á descansar.

No muy bien habia empezado Febo á esparcir por el mundo sus primeros rayos , cuando oyó Mentor que la diosa andaba por el bosque llamando á las ninfas : al instante despertó á Telémaco , y le dijo : Ya es hora de sacudir el sueño , y de que volvamos á ver á Calipso : pero desconfia de sus halagüenas palabras : no le descubras jamas tu pecho : teme el veneno de sus lisongeras ala-

banzas. Ya viste que ayer te ensalzó sobre tu sabio padre, sobre el invencible Aquiles, sobre el famoso Teseo, y aun sobre el inmortal Hércules. ¿No correes cuan excesiva es esta alabanza? ¿Pudistes creer lo que te dijo? Pues sabe que ni ella misma lo cree. Si te alaba así es porque te juzga harto débil y vano, capaz de dejarte engañar con elogios desproporcionados á tus acciones.

Dicho esto, se fuéron adonde la diosa los esperaba. Sonrióse al verlos, y ocultó bajo la apariencia del contento el temor y la inquietud que turbaban su corazón; pues preveía que dirigido Telémaco por Mentor, se le escaparía como Ulises. No dilates, le dijo, mi querido Telémaco, satisfacer mi curiosidad: toda la noche he estado creyendo verte partir de Fenicia, y buscar un nuevo destino en Chipre: cuéntanos, pues, tu viage, y no perdamos un momento. Sentáronse en la yerba entremezclada de violetas, á la sombra de un espeso bosque.

Poco dueña Calipso de sus acciones, la era como imposible contener las tiernas y afectuosas miradas que incesantemente dirigía á Telémaco, á pesar de la indignación con que veía que Mentor observaba hasta el menor movimiento de sus ojos. Entretanto las ninfas, guardando el mayor silencio, inclinaban la cabeza para aplicar el oído, y formaban una especie de semicírculo para oír y ver mejor. Y todos sin pestañear tenían fijos los ojos en el jóven Telémaco, el cual, bajando los suyos, y sonrojándose con mucha gracia, continuó así su historia:

Apénas el dulce soplo de un viento favorable empezó á henchir nuestras velas, cuando desapareció de nuestra vista la tierra de Fenicia. Como me hallaba entre

Chipriotas, cuyas costumbres ignoraba, resolví callar, notarlo todo, y observar aquellas reglas que dicta la prudencia para grangearme su estimacion. En este estado se apoderó de mí un tan dulce é irresistible sueño, que mis sentidos quedáron sin accion embargados y suspensos; y mi corazón rebozando de alegría en una calma profunda, cuando de repente me pareció ver á la diosa Vénus hendiendo las nubes en su carro volante tirado de palomas. Conservábanse en ella aquella singular hermosura, aquella tierna juventud, aquellas delicadas gracias con que salió de la espuma del océano, aquellas mismas con que deslumbró al propio Jove. Desciende pues, en un rápido vuelo hasta cerca de mí: póneme sonriéndose la mano sobre el hombro, y nombrándome, me dijo: Jóven Griego, tú vas á entrar en mi imperio: muy pronto llegarás á esa isla venturosa en que los placeres, las risas y los regocijos nacen bajo mis pies. En los altares que en ella tengo quemarás olorosos perfumes, é yo en premio te ofrezco un mar de delicias, en que vivas anegado. Abre tu corazón á las mas lisongeras esperanzas y guárdate de oponerte á la mas poderosa entre todas las diosas, que quiere hacerte feliz.

Al mismo tiempo divisé al niño Cupido, que, batiendo sus pequeñas alas, volaba al rededor de su madre. Aunque en su rostro tenia la ternura, las gracias y la alegría de la infancia, se descubria un no sé que en sus penetrantes ojos que me causaba miedo. Reíase al mirarme; pero su risa era maligna, burlesca y cruel. Sacó de su aljaba de oro la mas aguda de sus flechas: templó su arco, y se dispuso á atravesarme, cuando he aquí que repentinamente se interpone Minerva para cubrirme con su egida. El rostro de esta diosa no tenia

aquella belleza afeminada , ni aquella afectuosa languidez que habia notado en el de Vénus y en sus actitudes : ántes por el contrario era esta una hermosura sencilla , descuidada y modesta : todo en ella era grave , vigoroso , noble , lleno de fuerza y de magestad. No pudo la flecha penetrar la egida , y cayó en tierra. Y Cupido indignado suspira amargamente , y se avergüenza de verse vencido. Léjos de aquí , exclamó Minerva : léjos de aquí , temerario rapaz : jamas alcanzarás victoria sino de las almas viles , de aquellas que prefieren tus vergonzosos placeres á la sabiduría , á la virtud y á la gloria.

A estas palabras se huyó de un vuelo el amor irritado ; y Vénus se subió al Olimpo. Largo rato estuve viendo el carro con las palomas en una nube de oro y azul , y luego desapareció. Bajé los ojos , é ya no encontré á Minerva.

Parecióme que me hallaba transportado á un jardín delicioso , cual pintan los campos eliseos ; y que en él reconocí á Mentor , que me dijo : Huye de esta tierra cruel , de esta isla corrompida , en que solo se respira deleite. La virtud mas animosa debe temblar en ella ; y solo huyendo , podrá salvarse. Luego que le ví , quise echarme á su cuello para abrazarle ; pero ni pude mover los pies : las rodillas me flaqueaban , y esforzándome para asirle , solo encontraba una sombra vana que se me huía de entre las manos. Haciendo estos esfuerzos desperté y conocí que este sueño misterioso era un aviso celestial. Sentíme con él lleno de valor para resistir los placeres , de desconfianza de mí mismo para detestar la vida muelle de los Chipriotas.

Pero lo que me atravesó el corazon fué que creí que Mentor habia salido de esta vida , y que pasadas las aguas

de la Estigia (1) , descansaba ya en la venturosa mansion de las almas justas.

Esta idea me hizo derramar un torrente de lágrimas. Preguntáronme la causa , é yo les respondí : á nadie mejor convienen las lágrimas que á un infeliz estrangero que anda errante , sin esperanza de volver á su patria. Entretanto todos los Chipriotas que iban en el navío se abandonáron á una loca alegría. Los remeros , enemigos del trabajo , se durmiéron sobre los remos. El piloto , coronado de flores , y dejado el timon , tenia en la mano una gran copa de vino que habia ya casi apurado ; y él y todos los demas agitados del furor de Baco cantaban en loor de Vénus y Cupido tales versos , que debian horrorizar á cuantos amasen la virtud.

Miéntas que así se olvidaban de los riesgos de la navegacion , una repentina tempestad oscureció el cielo , y alborotó el mar : desencadenados los vientos bramaban furiosos contra las velas : las negras oleadas batian los costados del navío , que crujía con sus golpes. Tan pronto nos veíamos levantados por las olas hasta el cielo , como parecia que el mar se sumergia , é iba á precipitarnos en los abismos. Cerca de nosotros divisamos unas rocas , contra las que se estrellaban con horrible estruendo las olas irritadas. En esta ocasion me confirmó la esperiencia lo que tantas veces habia oido á Mentor ; esto es , que los hombres muelles y entregados á los

(1) La Estigia es una fuente á la falda del monte Nopácris en Arcadia , cuyas aguas son ponzoñosas y tan frias que hacen morir al punto que se han bebido. Fingen los poetas que es un rio ó una laguna del infierno , por el cual juran los dioses del cielo con tanto respeto , que no se atreverian á quebrantar su juramento.

placeres son los mas cobardes en los peligros. Así era que abatidos los Chipriotas, lloraban como mugeres. Yo no oía mas que gritos lamentables y sentimientos de dejar la vida, y vanas promesas á los dioses de hacerles sacrificios, si lograban arribar al puerto. Ninguno tenia la presencia de ánimo que se necesitaba para mandar las maniobras, ni para hacerlas. En esta situación me creí obligado á salvar mi vida y la suya; y para conseguirlo me puse al timon, porque el piloto, turbado con el vino como una Bacante (1), no se hallaba en estado de conocer el riesgo de la nave: animé á los marineros consternados: hícelos amainar velas, y remaron briosamente: pasamos al traves de los escollos, y vimos de cerca todos los horrores de la muerte.

Esta aventura pareció un sueño á todos los que me debian su conservacion. Arribamos por fin á la isla de Chipre (2) en el mes de la primavera que está consagrado á Vénus. Esta es, decian los Chipriotas, la estación que mas conviene á la diosa; pues ella parece que es la que reanima toda la naturaleza, y hace nacer los placeres así como las flores.

Al llegar á la isla sentí un aire suave que al mismo tiempo que laja y enerva los cuerpos, inspira un humor alegre y liviano. Noté que la campiña, naturalmente fértil y agradable, estaba casi inculta: tan ene-

(1) Eran las Bacantes unas mugeres que sacrificaban á Baco, en el monte Citeron, cerca de Tebas, ó en otros montes de Tracia. Llevaban unos bastones cubiertos de yedra, llamados tírsos, y parecían poseidas de un furor divino.

(2) Chipre es una isla del mar mediterráneo, muy fértil y amena, consagrada á Vénus.

migos del trabajo son sus habitantes. Por todas partes veía mugeres y jóvenes delicados, livianamente engalanados, que cantando los loores de Vénus, se le iban á dedicar en su templo. La hermosura, las gracias, la alegría, los placeres, todo á porfía brillaba en sus rostros; pero eran estas unas gracias afectadas, en que se echaba de ménos aquella noble sencillez, aquel amable pudor, que es el mayor atractivo de la hermosura. Su aire muelle, la artificiosa compostura de sus rostros, sus vanos atavíos, su andar lánguido, sus miradas que parecian buscar las de los hombres, sus mutuos zelos por encender grandes pasiones, en una palabra, todo cuanto veía en estas mugeres me parecia vil y despreciable: cuanto mas se esmeraban en agradar tanto mas me disgustaban.

Condujéronme á uno de los muchos templos que allí tiene la diosa: venérasela particularmente en Citeres, en Idalia, y en Pafos, y adonde me llevaron fué al de Citeres (1), que es todo de mármol y forma un perfecto peristilo: el grueso y la altura de las columnas hacen magestuosísimo el edificio: sobre el alquitrahe y el friso hay en cada fachada unos grandes frontones, en que se ven esculpidas de bajo relieve las mas agradables aventuras de la diosa. A la puerta del templo hay continuamente una multitud de pueblos que van á presentar sus ofrendas.

En el recinto de aquel sagrado lugar jamas se degüella ninguna víctima, ni se quema como en otros templos la grosura de las terneras, ni de los toros, ni se derrama su sangre: solo se presentan ante el altar las

(1) Citeres está cerca de Candia. Allí aportó Vénus en una concha marina.

víctimas que se ofrecen, que precisamente han de ser nuevas, blancas, y sin defecto ni mancha: cúbre las con bandas de púrpura, bordadas de oro: se les doran las astas, y se les adorna con guirnaldas de flores olorosas; y despues se envían á un lugar apartado, en que son degolladas para los banquetes de los sacerdotes de la diosa.

Tambien se ofrece toda especie de aguas olorosas, y un vino mas dulce que el nectar. Los sacerdotes están revestidos de largas túnicas blancas, bordadas de oro, y cinturones de lo mismo. En los altares arden noche y dia los mas exquisitos aromas del oriente, cuyo humo forma una especie de nube que se eleva hácia el cielo. Todas las columnas del templo están adornadas de festones. Los vasos que sirven al sacrificio son de oro. Un bosque sagrado de mirtos rodea por todos lados el edificio. Allí solo los jóvenes de uno y otro sexo, y de una extraordinaria belleza, pueden presentar las víctimas á los sacerdotes, y atreverse á encender el fuego de los altares. Pero la impudicia y la disolucion deshonoraron un templo tan magnífico.

Al principio me horrorizaba cuanto veía; pero insensiblemente me hizo la costumbre ir perdiendo este horror. Ya no me espantaba el vicio: todas las compañías me inspiraban no sé que inclinacion al desorden. Burlábase de mi inocencia, y mi encogimiento y mi pudor servian de ludibrio á aquellos pueblos disolutos. Nada omitieron para excitar mis pasiones, ponerme lazos, y despertar en mí el gusto al deleite. Cada dia me sentia mas débil: la buena educacion que habia recibido me sostenia bien poco: todos mis buenos propósitos se desvanecian. Sentíame ya sin fuerza para resistir al mar que por todas partes me estrechaba, y aun me avergonzaba de ser virtuoso: semejante al que nada en la rápida cor-

riente de un profundo rio, que al principio hiende las aguas, y sube contra su torrente; pero si la orilla es escarpada, y no puede descansar en ella, se cansa al fin poco á poco, sus fuerzas le abandonan, sus miembros fatigados se entorpecen, y el curso del agua le arrebatada.

Así que mis ojos empezaban á oscurecerse, mi corazon desfallecia, é ya no era posible llamar en mi socorro á mi propia razon, ni á la memoria de las virtudes de mi padre, y lo que mas acababa de desanimarme, era el sueño en que creía haber visto que el sabio Mentor habia descendido á los Campos eliseos. Una oculta y suave languidez se apoderaba de mí. Ya amaba la engañosa ponzoña, que discurriendo de vena en vena, penetraba hasta la médula de mis huesos. Mas no por eso dejaba de dar profundos suspiros, derramaba amargas lágrimas, y furioso rugia como un leon....; ó desgraciada juventud! decia: ¡ó dioses! ¡qué cruelmente os burlais de los hombres! ¡porqué les haceis pasar por esta edad, edad de locura, de ardiente fiebre y de frenesí? ¡Ah! ¡quién estuviera ya cubierto de canas, encorvado, y cerca del sepulcro, como mi abuelo Laertes! La muerte me seria mas dulce que la vergonzosa languidez en que me veo.

Apénas hube dicho esto, cuando se templó mi dolor; y mi corazon, embriagado de una loca pasion, sacudia casi enteramente el pudor; y me volví á quedar sumergido en un abismo de remordimientos. Durante esta agitacion corria incierto por uno y otro lado del bosque sagrado, semejante á una cierva herida, que corriendo atraviesa montes y selvas por aliviar su dolor; pero como la flecha que la ha herido el costado va siempre con ella, y á cualquiera parte que vaya, lleva consigo el tiro mortal: así yo corria en vano por olvidarme

de mí mismo : nada aplacaba la llaga de mi corazón.

En este momento percibí bastante lejos de mí en lo sombrío del bosque la figura del sabio Mentor : me pareció su rostro tan pálido , tan triste y tan austero , que no sentí contento alguno en verle. ¿ Sois vos , exclamé , mi caro amigo , mi única esperanza ? ¿ sois con efecto vos mismo ? ¿ ó es acaso alguna engañosa imágen que viene á engañar mis ojos ? ¿ sois vos , Mentor ? ¿ ó es vuestra sombra todavía sensible á mis males ? ¿ Es verdad que aun no estais entre el número de las almas venturosas que gozan el premio de su virtud , y á quienes colman los dioses de placeres puros , y de eterna paz para disfrutarlos en los Campos eliseos (1) ? Hablad , Mentor : ¿ vivís todavía ? ¿ soy tan dichoso que merezca poseeros ; ó no es esto mas que una sombra de mi amigo ? Hablando así , corría desalentado hácia él , que me esperó tranquilamente , y sin dar un paso hácia mí. ¡ O dioses ! vos sabeis , cual fué mi alegría cuando le palpáron mis manos. No , no es una vana sombra : asido le tengo y abrazado. ¡ Mentor mio ! Así exclamaba yo , regando su rostro con un torrente de lágrimas , y así me quedé asido de su cuello sin poder articular palabra. Mentor me miraba tristemente con ojos de la mas tierna compasion.

En fin rompiendo el silencio , le dije : ¡ ay de mí ! ¿ de donde venís ? ¿ á qué peligros no me habeis dejado expuesto durante vuestra ausencia ! ¿ Y ahora mismo , que fuera de mí sin vos ? Pero Mentor , sin responder á lo que le preguntaba : huye , me dijo , con voz terrible :

(1) Los Campos eliseos eran , segun los poetas , la morada de los bienaventurados. Se puede ver su descripción en el libro VI de la Encida.

huye , apresúrate á huir. Aquí la tierra no lleva otro fruto que ponzoña : el aire que en ella se respira está corrompido : los hombres contagiados no se hablan sino para comunicarse un veneno mortífero : la voluptuosidad vil é infame , que es el mas horrible de cuantos males han salido de la caja de Pandora , debilita los corazones , y no sufre aquí virtud alguna. Huye , pues : ¿ que te detiene ? Ni aun mires atrás en tu fuga : borra el mas mínimo recuerdo de esta isla exécrable.

Dijo : y al instante sentí como una espesa nube que se dissipaba de encima de mis ojos , y me dejaba ver pura la luz : una alegría dulce y vigorosa renacia en mi corazón : no era esta como aquella otra afeminada y loca , que al principio habia emponzoñado mis sentidos : la una es alegría de embriaguez y turbacion , interrumpida de pasiones furiosas y de crueles remordimientos ; y la otra una alegría racional : alegría que tiene parte de bienaventuranza celestial , que siempre es pura , igual é inagotable : que cuanto uno mas se entrega á ella , es tanto mas dulce : una alegría por fin que enajena el alma sin perturbarla. Entónces derramé lágrimas de contento , y conocí que nada hay tan dulce como este llanto. ¡ Dichosos los hombres , decia yo , á quienes se manifiesta la virtud en toda su belleza ! ¿ Es posible verla sin amarla ! ¿ y se la podrá amar sin ser feliz !

Mentor me dijo : me es preciso dejarte : en este momento tengo que marcharme : no se me permite detenerme mas. ¿ Pues adonde vais ? le repliqué. ¿ A qué tierra iréis , por inhabitable que sea , que yo no os siga ? No creais iros sin mí , ántes moriré siguiendo vuestros pasos. Decíale yo esto teniéndole abrazado con todas mis fuerzas. En vano , me dijo , esperas detenerme. El cruel Métosis me vendió á unos Etiopes ó Arabes : y

como estos fuesen á hacer su comercio á Damasco en Siria, dispusieron deshacerse de mí, creyendo sacar una gran suma á un tal Hazael, que buscaba un esclavo griego para instruirse de las costumbres y ciencias de la Grecia. En efecto, me compró Hazael á buen precio; y lo que le he dicho acerca de nuestras costumbres le ha movido la curiosidad de pasar á la isla de Creta á estudiar las sabias leyes de Minos; pero el temporal nos ha obligado á tocar en esta de Chipre, y mientras se levanta un viento favorable, ha venido á hacer sus ofrendas al templo. Véle allí salir de él: vé tambien como ya el viento nos llama hinchendo nuestras velas: á dios, mi amado Telémaco, que un esclavo que teme á los dioses, debe seguir fielmente á su señor. Los dioses no me permiten ser mio: si lo fuera, ellos saben que solo fuera tuyo. A dios: acuérdate de los trabajos de Ulises, y de las lágrimas de Penelope: acuérdate de los justos dioses. ¡O dioses, protectores de la inocencia, en qué tierra me veo precisado á dejar á Telémaco!

No así, le dije yo, mi querido Mentor; no así dependerá de vos dejarme en ella: antes moriré que veros partir sin mí. ¿Es algun monstruo ese Sirio vuestro dueño? ¿ha mamado de alguna tigre? ¿querrá arrancaros de entre mis brazos? Eso no: ó me ha de dar la muerte, ó permitir que yo os siga. Vos mismo me exhortais á que huya, y no quereis que huya siguiendo vuestros pasos... Voy á hablar á Hazael: quizá se compadecerá de mi juventud y de mis lágrimas: sí, que pues es tan amante de la sabiduría, que va tan lejos á buscarla, no es posible que tenga un corazon feroz é insensible. Yo me arrojaré á sus pies, abrazaré sus rodillas, y no le dejaré hasta que me permita seguiros. Mi amado Mentor, yo me haré su esclavo con vos: voy á ofre-

cérselo; y si no como tal me recibe, ya está decidida mi suerte; me quitaré la vida.

A este tiempo llamó Hazael á Mentor, é yo me arrojé á sus pies. Quedó sorprendido al ver á un incógnito en tal postura. ¿Qué quereis? me dijo: la vida, le respondí, pues no puedo vivir, si no me permitis que siga á vuestro Mentor. Yo soy el hijo del grande Ulises, el mas sabio entre los reyes de Grecia, que arruinaron la soberbia Troya, famosa en toda el Asia. No os digo esto por jactarme de mi nacimiento, sino por inspiraros alguna compasion de mis desgracias. En vano he recorrido todos los mares buscando á mi padre en compañía de este hombre virtuoso, que ha sido para mí un segundo padre: tambien me lo robó la fortuna para colmo de mis males; y pues le ha hecho vuestro esclavo, permitidme que yo tambien lo sea. Y si es cierto que amais la justicia, y que vais á Creta á aprender las leyes del buen rey Minos, no endurezcáis vuestro corazon á mis suspiros y á mis lágrimas. Ved al hijo de un rey reducido á solicitar la servidumbre como su único recurso: acuérdome que en Sicilia preferí la muerte á la esclavitud; pero mis primeras desgracias no eran mas que unos ligeros ensayos de los ultrages que la fortuna me preparaba; así es que ahora temo no poder conseguir que me recibais entre vuestros siervos. ¡O dioses, ved mis males! Y vos, Hazael, acordaos de Minos, cuya sabiduría admirais, y de que llegará dia en que todos seamos juzgados por él en el reino de Pluton (1).

(1) Minos era hijo de Júpiter y de Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia. Era rey de Creta, y como fué muy justo, se ha fingido que le eligió Pluton para que fuese juez en los infiernos.

Oyóme Hazael compasivo; y mirándome con semblante afable y benéfico, me alargó la mano, me levantó del suelo, y me dijo: no ignoro la sabiduría y la virtud de Ulises; porque además de que Mentor me ha contado muchas veces la gloria que se ha adquirido entre los Griegos, no hay pueblo en todo el oriente donde la voladora fama no haya hecho resonar su nombre. Así que seguidme, hijo de Ulises: en mí tendréis otro padre hasta que halleis al que os ha dado el Ser; y sabed que aun cuando á ello no me moviese su fama, sus desgracias y las vuestras, la amistad que profeso á Mentor, sobra para empeñarme en protegeros: porque aunque es cierto que le compré como esclavo, le conservo como á fiel amigo. El dinero que me costó me ha proporcionado el mas apreciable y digno amigo que subsiste sobre la tierra: en él he hallado la sabiduría, y á él debo todo el amor que profeso á la virtud. Ya es libre desde este momento, y vos con él; y solo exijo el amor de ámbos.

En un instante pasé del mas amargo dolor á la mayor alegría de que son capaces los mortales: veíame fuera de un inminente peligro; me acercaba á mi patria, hallaba un auxilio para volver á ella, y tenia el consuelo de estar al lado de un hombre que ya me amaba por el amor que profesaba á la virtud en sí misma; en una palabra, todo lo hallaba hallando á Mentor para no dejarle mas.

Diríjese Hazael á la orilla del mar, y nosotros le seguimos. Entramos en la náve: hienden los remos las sosegadas ondas: un blando céfiro juguetea con las velas, y anima todo el navío, dándole un suave movimiento; y la isla de Chipre desaparece bien pronto. Hazael, que deseaba con impaciencia saber mi modo de

pensar, me preguntó que me parecia de las costumbres de aquella isla. Yo le confesé ingenuamente los peligros á que mi juventud habia estado espuesta, y el combate que en mi interior habia sostenido. Quedó prendado de mi horror al vicio, y exclamó: ¡ó Vénus! reconozco tu poder y el de tu hijo: en tus altares he quemado incienso: permíteme sin embargo que deteste la infame molicie de los habitantes de tu isla, y la brutal impudicia con que celebran tus fiestas.

Después se puso á hablar con Mentor acerca de la primera causa que creó los cielos y la tierra: de la luz infinita é inmutable que á todos se comunica sin dividirse: de aquella verdad soberana y universal que ilumina los espíritus, así como el sol los cuerpos. El que jamas ha visto, decia, esta luz pura, es tan ciego como él que lo es de nacimiento: pasa su vida en una profunda noche como los pueblos á quienes no alumbró el sol en muchos meses del año: cree ser sabio, y es insensato: todo cree verlo, y no ve nada; y muere por fin sin haber visto jamas cosa alguna, ó cuando mas, ha llegado á entrever oscuridades, falsas luces, vanas sombras y fantasmas, que nada tienen de realidad. Así son todos los hombres que se dejan arrastrar del placer de los sentidos, y del embeleso de la imaginación. No hay mas hombres verdaderamente tales sobre la tierra que los que consultan, aman y siguen á esta razón eterna: ella es la que nos inspira los buenos pensamientos, y la que nos retrae de los malos: de ella recibimos igualmente la razón que la vida: ella es como un gran océano de luz, y nuestros entendimientos como pequeños arroyos que de él salen, y á él vuelven á confundirse.

Aunque yo no me hallaba todavía en estado de comprender perfectamente la profunda sabiduría que en

estos discursos se encerraba, no por eso dejaba de percibir en ellos un no sé que de puro y sublime que inflamaba mi corazón: la verdad misma parecía que brillaba en todas sus palabras. Prosiguieron hablando del origen de los dioses; trataron de los héroes, de los poetas, de la edad de oro, del diluvio, de las primeras historias del género humano, del río del olvido (1) en que se sumergen las almas de los muertos, de las penas eternas preparadas á los impíos en el negro abismo del Tártaro (2), y de la venturosa paz que gozan los justos en los Campos eliseos sin temor de perderla.

Mientras hablaban Hazael y Mentor, percibimos los delfines cubiertos de una escama, que parecía de oro y azul, los cuales con sus retozos levantaban espumosas ondas. En su seguimiento venian los tritones tocando sus tortuosas caracolas al rededor del carro de Amfitrite (3), tirado de caballos marinos mas blancos que la nieve, los cuales, hendiendo las saladas ondas, dejaban tras de sí un lar ó surco en el mar: sus ojos estaban encendidos, y por la boca arrojaban humo. Era el carro una concha de maravillosa figura; su blancura mas resplandeciente que la del márfil; las ruedas eran de oro, y tal su ligereza, que parecía que volaba por la superficie

(1) Los poetas han llamado *Lethe* á este río, de una voz griega que significa *olvido*, como que fingen que sus aguas quitan la memoria de lo pasado.

(2) Es el Tártaro un lugar en los infiernos en que son atormentados los malos. Su nombre le viene de una voz griega cuyo sentido es *perturbar*, ó de otra que significa *temblar de frio*.

(3) Amfitrite, hija del Océano y de Dóris, muger de Neptuno, es la diosa del mar.

de las sosegadas aguas. Una multitud de ninfas coronadas de flores iban en tropel nadando detras del carro: sus hermosos cabellos, tendidos por la espalda, ondeaban al arbitrio del viento. La diosa llevaba en una mano el cetro de oro con que manda las olas, y con la otra sostenia sobre sus rodillas, y asido al pecho, á su pequeño hijo el dios Palemon: con la serenidad de su semblante, y la afable magestad que en él resplandecian, ahuyentaba los sediciosos vientos y las negras tempestades. Los tritones dirigian los caballos, llevando en la mano las doradas riendas. Por cima del carro desplegaba el viento un gran velo de púrpura, que una multitud de cefirillos se esforzaban á mantener con sus soplos en continuo movimiento. En medio de los aires se veía á Eolo (1) presuroso, inquieto, y lleno de furor: su rostro arrugado y melancólico, su voz amenazadora, las cejas espesas y largas, los ojos llenos de un fuego opaco y macilento, tenian en calma á los fieros aquilones, y alejaban las nubes. Las enormes ballenas, y los demás monstruos marinos, causando con sus narices un vistoso flujo y reflujó, se apresuraban á dejar sus profundas grutas por ver á la diosa.

(1) Eolo era hijo de Júpiter y de Acesta, hija de Hipotas, trojano. Los poetas le han hecho dios de los vientos, porque sabia pronosticar los vientos segun las estaciones.

LIBRO QUINTO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que al llegar á Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, habia sacrificado su hijo único por cumplir un voto indiscreto; que los Cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habian obligado al padre á que dejase el pais; y que despues de largas deliberaciones se hallaban á la sazón congregados para elegir otro rey. Asimismo refiere que los Cretenses le recibieron en aquella asamblea; que ganó el premio en diferentes juegos; que resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes; y que vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo, le quisieron hacer rey.

DESPUES de haber visto con admiracion este espectáculo, empezamos á percibir las montañas de Creta (1), que apenas podíamos distinguir de las nubes del cielo, y de las olas del mar. Muy luego vimos la cima del monte Ida, que sobresale de los demas de la isla, así como un ciervo viejo levanta en un bosque su ramosa cabeza sobre las de los otros cervatillos que le siguen. Poco á poco fuimos divisando mas claramente las costas de la isla, que se ofrecian á nuestra vista como un anfiteatro. Tan

(1) Creta, hoy Candia, isla del mar mediterráneo, célebre por sus vinos exquisitos, y donde habia en otro tiempo cien ciudades.

descuidado é inculto como nos habia parecido el terreno de Chipre, tan fértil y adornado de todos los frutos estaba el de Creta á beneficio del trabajo de sus habitantes.

Por todas partes veíamos aldeas bien construidas, villas que competian con las ciudades, y ciudades suntuosas: no veíamos campo alguno en que no estuviese impresa la mano del activo labrador, ni donde el corvo arado no hubiese hecho hondos surcos: los abrojos, las espinas, y las demas yerbas, que inútilmente ocupan la tierra, son allí desconocidas. Divértanos la vista de los hondos valles, en que vacadas inmensas disfrutaban abundosos pastos á la orilla de los arroyos: los rebaños se apacentaban en el declive de una colina: los espaciosos campos estaban cubiertos de doradas espigas, preciosos dones de la fecunda Ceres; y en fin los montes, adornados de pámpanos y racimos, prometian á los vendimiadores los gratos dones de Baco para alivio de los hombres.

Dijonos Mentor, que ya otra vez habia estado en Creta, y nos refirió lo que de ella sabia. Esta isla, decia, admirada de todos los extranjeros, y famosa por sus cien ciudades, mantiene cómodamente á todos los habitantes, sin embargo de que son innumerables: esto consiste en que la tierra no se cansa jamas de derramar sus frutos entre los que la cultivan. Es inagotable la fecundidad de su seno: cuantos mas son los habitantes de un pais, siempre que sean laboriosos, tanto mayor es la abundancia de que gozan sin verse jamas necesitados á envidiarse nada los unos á los otros; porque la tierra, esta benéfica madre, multiplica sus dones segun el número de hijos, que se hacen acreedores á sus frutos por medio del trabajo. La ambicion y la avaricia son el único origen de sus males: todo lo quieren, y el ansia con

que desean lo que no necesitan, les hace infelices. Si se contentaran con tener una vida sencilla, y con satisfacer sus verdaderas necesidades, se vería por todas partes rebosar la abundancia, la alegría, la paz y la union.

Así lo juzgó Minos, el mas sabio y el mejor de todos los reyes. Lo mas maravilloso que veais en esta isla, es fruto de sus leyes. La educacion de los niños, establecida por ellas, les cria sanos y robustos: acostúbraseles desde luego á una vida simple, frugal y laboriosa; y porque se supone que toda voluptuosidad enerva el cuerpo y el espíritu, jamas se les proponen otros placeres que el de hacerse invencibles por la virtud, y el de adquirir mucha gloria. Aquí no se hace consistir el valor en solo despreciar la muerte en los peligros de la guerra, sino principalmente en despreciar tambien las grandes riquezas y los deleites vergonzosos. Aquí se castigan tres vicios, que en otros pueblos son impunes: la ingratitude, la simulacion y la avaricia.

Por lo que hace al fausto y á la molicie, no hay necesidad de contenerlos, porque se desconocen en Creta. Aquí todos trabajan, y nadie aspira á enriquecerse. Cada uno se cree suficientemente pagado de su trabajo con una vida tranquila y arreglada, en la cual goza en paz y con abundancia de todo lo realmente necesario. Aquí no se permiten muebles preciosos, ni trages magníficos, deliciosos festines, ni palacios dorados. Los vestidos son de lana fina de hermosos colores; pero lisos y sin bordados. En las comidas hay la mayor sobriedad: bébese poco vino: el buen pan; los frutos que los árboles ofrecen como por sí mismos, y la leche de los ganados, son los principales manjares. Cuando mas, se come un poco de carne, pero sin aliños ni salsas; te-

niendo siempre el mayor cuidado de reservar para la agricultura las mejores reses de las grandes vacadas, á fin de que siempre esté floreciente. Las casas están aseadas, son cómodas y alegres, pero sin adornos. No se ignora la sublime arquitectura; pero está reservada á los templos, y no se atreverían los hombres á tener casas semejantes á las de los dioses. Los grandes bienes de los Cretenses consisten en la salud, la fuerza, el valor, la paz, y la union de las familias, la libertad de los ciudadanos, la abundancia de todo lo necesario, y el menosprecio de lo superfluo, el hábito al trabajo, y el horror á la ociosidad, la emulacion por la virtud, la submission á las leyes, y el temor de los justos dioses.

Yo le pregunté en que consistia la autoridad del rey: y me respondió, en que todo lo puede sobre los pueblos; mas las leyes lo pueden todo sobre él. Su poder es absoluto por hacer bien; pero tiene las manos atadas cuando quiere hacer mal. Las leyes le confían el gobierno de los pueblos como el mas sagrado de todos los depósitos, pero con la condicion de que sea el padre de sus vasallos. Quieren que un solo hombre sirva con su sabiduría y con su moderacion á la felicidad de tantos otros, y no que tantos hombres sirvan con su miseria é infame esclavitud de lisongear el orgullo y la molicie de uno solo. Un rey no debe tener mas que sus vasallos, sino aquello que le sea absolutamente preciso para alivio de sus penosas funciones, ó para inspirar á los pueblos el respeto que deben al que es el apoyo de las leyes. Por lo demas, debe ser mas sobrio, mas enemigo de la molicie, y estar mas exento de fausto y altanería que ningun otro. No debe tener mas riquezas ni mas placeres, pero sí mas sabiduría, mas virtud, y mas gloria que los demas. Fuera de sus estados debe ser el defensor de la

patria, mandando los ejércitos; y dentro el juez de sus pueblos, que les haga buenos, sabios y felices. No le hacen los dioses rey para sí propio, ni lo es mas que para ser el númen tutelar de sus pueblos, á ellos debe todo su tiempo, todos sus cuidados y todo su afecto, y en tanto será digno del trono, en cuanto se olvide de sí mismo por sacrificarse al bien público.

Minos, que amaba mas á su pueblo que á su propia familia, no quiso que le sucediesen sus hijos, sino con la condicion de que reinarian segun sus máximas, por medio de las cuales elevó el poder y la felicidad de Creta á tan alto grado, así como eclipsó con su moderacion la gloria de los conquistadores que fundan la suya en hacer que los pueblos sirvan á su propia grandeza, esto es, á su vanidad; y en fin así fué como por su rectitud mereció que en los infiernos se le hiciese supremo juez de los muertos.

Mientras que Mentor nos decia esto, arribamos á la isla. Vimos el famoso laberinto, obra del ingenioso Dédalo (1), el cual era una imitacion del gran laberinto que habíamos visto en Egipto. Estando contemplando este curioso edificio, notamos que el pueblo cubria la playa, y que corria en tropel á un parage bastante in-

(1) Dédalo, hijo de Hymetion y padre de Icaro, fué un artifice famosísimo. Dejó Atenas su patria, y vino á ponerse al servicio de Minos, por cuyo mandato ejecutó aquel famoso laberinto con tanta arte y tantos rodeos, que no podian salirse de él los que habian entrado. Allí fué el mismo detenido preso con su hijo Icaro por haber ofendido al rey, pero halló medio de hacerse unas alas para escaparse volando por los aires; ó mas bien así es que han llamado las velas de un navío cuyo uso inventó cuando quiso retirarse de Creta.

mediato á la orilla del mar. Preguntamos la causa, y he aquí lo que nos refirió un Cretense llamado Nausicrates.

Idomeneo, hijo de Deucalion, y nieto de Minos, fué como los demas reyes de la Grecia al sitio de Troya. Despues de la ruina de aquella ciudad se hizo á la vela para volver á Creta; pero fué tan violenta la tempestad que sobrevino, que el piloto de su nave y los demas espertos en la navegacion creyeron inevitable el naufragio. Todos veían la muerte ante sus ojos, y abiertos los abismos para tragarles, y todos lloraban su desgracia, no esperando ni aun el triste reposo que alcanzan los manes de los que logran ser sepultados para pasar la Estigia. En esta situacion levanta Idomeneo los ojos y las manos al cielo, y esclama invocando á Neptuno: ¡O poderoso dios! tú, que tienes el imperio de las ondas, dignate de oír á un desgraciado. Si me concedes que vuelva á ver la isla de Creta, á pesar del furor de los vientos, te ofrezco en sacrificio la primera cabeza que se presente á mi vista.

Entretanto su hijo, impaciente por verle, se apresura á salir á recibirle para abrazarle: ¡infeliz! no sabia que esto era correr á su perdicion. Fuera Idomeneo del peligro, arriba al deseado puerto: da gracias á Neptuno porque oyó sus plegarias; pero bien pronto conoció cuan funestas le eran. Un presentimiento de su desgracia le causaba el mas ítilimo arrepentimiento de su voto indiscreto: tenia llegar al seno de su familia, y ver lo que mas amaba en el mundo; pero la cruel Nemesis (1),

(1) Nemesis, hija de Júpiter y de la Necesidad, presidia al castigo de los delitos. Tenia un templo famoso en Ramno, ciudad del Atica.

diosa implacable, siempre atenta á castigar á los hombres, y particularmente á los reyes orgullosos, impelia á Idomeneo con mano fatal é invisible. Llega, y apenas se atreve á levantar la vista, vé á su hijo, y retrocede horrorizado: en vano buscan sus ojos alguna otra cabeza ménos querida que pueda servir de víctima.

No obstante el hijo se arroja á sus brazos, y queda sorprendido de que su padre corresponda tan mal á su ternura: véle anegado en lágrimas, y le dice: Padre mio, ¿de qué proviene esta tristeza? ¿será posible que despues de tan larga ausencia sintais el volveros á ver en vuestro reino, y causar la alegría de vuestro hijo? ¿en que he podido ofenderos? ¿tanto horror os causa mi presencia que volveis los ojos por no verme? Oprinido de dolor el padre no le responde. Por fin despues de exhalar profundos suspiros: ¡Ah, Neptuno! exclamó, ¿qué es lo que te he prometido? ¡A cuanta costa me has librado del naufragio! Vuélveme á las olas, que estrellándome contra las rocas debian acabar con mi vida; pero conserva la de mi hijo. ¡O dios cruel! recibe, aquí tienes mi sangre, no se derrame la suya. Dicho esto sacó la espada para traspasarse; pero se lo impidieron los que allí estaban.

El anciano Sofrónimo, intérprete de la voluntad de los dioses, le aseguró que podia aplacar á Neptuno sin dar la muerte á su hijo. Vuestra promesa, le dijo, ha sido imprudente: á los dioses no se les honra, se les ofende con crueldades: guardaos de añadir á la imprudencia del voto la temeridad de cumplirle contra las leyes de la naturaleza. Ofreced á Neptuno cien toros blancos como la nieve: haced que corra su sangre al rededor de su altar adornado de flores; y quemad en su honor olorosos incienso.

Oíalo Idomeneo con la cabeza baja, y sin responder palabra: sus ojos estaban incendidos de furor, y su rostro pálido y desfigurado mudaba de color á cada instante: un temblor continuo se habia apoderado de sus miembros. Viéndole su hijo en este estado, le dijo: aquí me teneis, padre mio, dispuesto á morir por aplacar á Neptuno; no os espongaís á ser víctima de su enojo: yo moriré contento por salvar vuestra vida. Herid, padre mio; no temais hallar en mí un hijo indigno de vos: la muerte no le intimida.

En el momento en que acabó de hablar, Idomeneo cayó desmayado, y como agitado por las furias infernales, se arrojó á los que le observan de cerca, y traspasa el corazón de su hijo: retírala humeando para atravesarse con ella las entrañas; y se esfuerza á contener los que le asistian. La tierra bañado en su sangre; las sombras cubren sus ojos; entredobros busquen bien la halla, cuando la pierde para caer en medio del campo, arrancado de raíz, que macilento desfallece sin poderse sostener: si bien no ha perdido aquella hermosa vista que tanto agrada á la vista, queda no obstante porque ya la tierra no le sustenta: así al hijo Idomeneo, semejante á una delicada y tierna flor, le arranca la suya en la primavera de sus años. El padre queda insensible en fuerza de su dolor: ni sabe donde está, ni lo que ha becho, ni lo que debe hacer: marcha trémulo á la ciudad, y pide su hijo. Pero el pueblo, compadecido de este y horrorizado de la bárbara accion del padre, grita que los justos dioses le habian abandonado á las furias. El furor les provee de armas: toman palos y piedras, y la discordia der-

rama en los corazones el mortífero veneno de la venganza. Y en este momento los Cretenses, los sabios Cretenses, se olvidan de la sabiduría que les caracteriza, y desconocen al nieto del sabio rey Minos: los amigos de Idomeneo no hallan otro medio de salvarle que volverle á las naves: embárcanse con él, y huyen adonde el viento quiera llevarlos. Vuelto en sí Idomeneo, les agradeció que le hubiesen sacado de una tierra regada con la sangre de su hijo, y en la que le hubiera sido imposible permanecer. El viento les conduce hácia la Esperia, y van á fundar un nuevo reino en el país de los Salentinos (1).

Viéndose los Cretenses sin rey que los gobierne, han acordado elegir uno que mantenga en todo su vigor las leyes establecidas; y ved aquí los medios de que se valen para la elección. Ya están juntos todos los principales ciudadanos de las cien ciudades, y se ha dado principio á las sesiones por los sacrificios: convócanse á los sabios mas famosos de los países vecinos, para que juzguen de la sabiduría de aquellos que parezcan dignos del mando. Dispónense juegos públicos en que los concurrentes puedan dar muestras de su valor, porque el cetro que se ofrece por premio, se ha de adjudicar al que mas se aventaje en los dotes del alma y del cuerpo. Los Cretenses quieren un rey ágil y robusto, sabio y virtuoso; sin que el ser extranjero sirva de obstáculo, pues á todos se llama.

Despues que Nausicrates nos refirió esta maravillosa

(1) El país de los Salentinos es hoy la parte meridional de la tierra de Otranto, sobre el mar Ionio, en el reino de Nápoles.

historia: apésuraos, nos dijo, á venir á nuestra asamblea, combatiréis con los demas; y si los dioses destinan la victoria para alguno de vosotros, será rey de esta isla. Seguámosle, no con deseo de vencer, sino movidos de la curiosidad de ver una cosa tan extraordinaria.

Llegamos, pues, á una especie de circo muy capaz, situado en el centro de un espeño bosque; y en medio del circo estaba el palenque para los combatientes, y á su rededor levantado un grande anfiteatro de verdes céspedes, en el cual estaba sentado por su orden innumerable pueblo. Cuando llegamos, fuimos honoríficamente recibidos de los Cretenses, los cuales ejercen la hospitalidad mas noble y religiosamente que ningun otro pueblo del mundo. Hiciéronnos sentar, y nos convidaron á combatir. Mentor halló escusa en su edad y Hazael en su quebrantada salud.

Pero á mi juventud y vigor ninguna escusa les quedaba: sin embargo miré á Mentor por si descubria su dictámen; y luego que le conocí acepté la oferta, y me despojé de mis ropas: derramaron con abundancia aceite suave y lustroso por todos mis miembros, y me incorporé con los demas combatientes. Por todas partes oí que se decia: este es el hijo de Ulises que aspira á ganar el premio. Conociéronme muchos Cretenses, que durante mi niñez habian estado en Itaca.

El primer combate fué él de la lucha. Un Rodio, como de treinta y cinco años de edad, venció á cuantos osaron ponersele delante. Conservaba todavia el vigor de la juventud: eran sus brazos nerviosos y robustos: al menor movimiento se le descubrían todos los músculos, y su agilidad era igual á su fuerza. Yo no le parecí digno de ser vencido; y así fué que, compadeciéndose de mis pocos años, quiso retirarse; mas yo me avancé á él, y

entonces nos asimos, y nos estrechamos tanto, que ni aun podíamos respirar. Oprimíamos nuestros pechos el uno con el del otro, y cada uno afirmaba sus pies en los de su adversario. Teníamos los nervios en toda su rigidez, y con los brazos entrelazados como serpientes hacíamos mutuamente el último esfuerzo para hacernos perder tierra. Tan pronto intentaba el Rodio sorprenderme, impeliéndome hácia un lado, como se esforzaba á doblegarme hácia otro. Pero mientras que así me tanteaba, me ceñí tan estrechamente á su cintura, que logré quebrantándosela, dar con él de espaldas en la arena, y en su caída me llevó tras sí. En vano anhelaba á ponerse encima, ni aun moverse le dejé, hasta que el pueblo exclamó: victoria por el hijo de Ulises; que entonces le ayudé á levantarse al avergonzado Rodio.

Mas peligroso fué el combate del cesto (1): habíase adquirido en él la mas alta reputacion el hijo de un rico ciudadano de Samos: todos le cediéron la victoria, menos yo que esperaba alcanzarla. Dióme al principio dos golpes, uno en la cabeza, y otro en el pecho, que me hicieron vomitar sangre, y me perturbáron la vista. Ya empecé á vacilar viéndome estrechado por todas partes, y que me iba faltando hasta el aliento; pero me reanimó una voz de Mentor, en que me dijo: hijo de Ulises, ¿serás tú acaso el vencido?

La ira me suministró nuevas fuerzas: evité muchos golpes que me hubieran abrumado: tiróme uno con tal violencia que dando por mi fortuna en vago, quedó con

(1) Era propiamente una especie de esgrima que se hacia á puñetazos. Armábanse las manos los atletas con unas gruesas correas de vaqueta, y esto se llamaba el cesto.

el brazo tendido, y el cuerpo inclinado: sorprendíle en esta actitud, é ya empezaba á retroceder, cuando alcé mi cesto para caer sobre él con mas fuerza: quiso evitarlo; pero perdiendo el equilibrio, me ofreció el medio de aterrarle: cayó con efecto, y al instante le alargué la mano para levantarle; mas hízolo él por sí solo, aunque cubierto de polvo y de sangre, no ménos que de vergüenza, sin atreverse á renovar el combate.

Inmediatamente se dió principio á la carrera de los carros, los cuales se repartieron por suerte. El que á mí me tocó fué el mas inferior, así en la ligereza de las ruedas, como en el brio de los caballos. Partimos, pues; y muy luego se levantó una nube de polvo que ocultó el cielo. Al principio les dejé á todos pasar delante, pero un jóven Lacedemonio, llamado Crantor, á todos iba dejando atrás: el que le seguía mas de cerca era un Cretense, llamado Policlete. Hipomaco, pariente de Idomeneo, y que aspiraba á sucederle, dando rienda á sus caballos, cubiertos de humo de su propio sudor, iba todo ya reclinado sobre sus flotantes crines, y era tan rápido, que no se veía el movimiento de las ruedas de su carro, así como no se vé él de las alas del águila cuando hienden los aires. Animáronse mis caballos, fuéron poco á poco cobrando aliento, y dejando atrás á casi todos los que habian partido con tanto ardor. El exceso con que el pariente de Idomeneo, Hipomaco, heria sus caballos, fué causa de que tropezase el mas valiente, y con su caída quitase á su dueño la esperanza de reinar.

No fué mas dichoso Policlete, que por inclinarse demasiado sobre los suyos, no se pudo sostener en un tropezon que dió su carro: cayó, fuéronse las riendas, y no fué poca su fortuna en salvar la vida. Viendo

Crantor con la mayor indignacion que yo le iba muy á los alcances, redobla su corage; é ya invoca á los dioses prometiéndoles ricas ofrendas, é ya grita á sus caballos para reanimarlos. Temia, y con razon, que yo pasase entre él y la meta; porque mis caballos, ménos fatigados que los suyos, estaban en estado de ponerse delante, sin que le quedase otro arbitrio para evitarlo que él de cerrarme el paso. Y así fué que por conseguirlo, se espuso á estrellarse contra la meta, y con efecto se le rompió en ella una rueda. Yo entónces, aprovechándome del favor que la suerte me ofrecia, tomé prontamente la vuelta, para que el desórden de mi adversario no me impidiese llegar al fin de la carrera, donde con efecto me vió un momento despues. Y el pueblo esclamó segunda vez: victoria por el hijo de Ulises: él es el rey que los dioses nos destinan.

Acabado esto, fuimos conducidos por los mas ilustres y sabios Cretenses á un bosque sagrado apartado de la vista de los hombres profanos: en él nos reuniéron los ancianos que Minos habia instituido jueces del pueblo y guardas de las leyes, y no admiliéron sino á los que habíamos combatido en los juegos. Abriéron los sabios el libro en que estaban recopiladas todas las leyes de Minos. Sentíme llenar de respeto y de confusion al acercarme de aquellos ancianos, á quienes hacia venerables la edad, sin enervarles el vigor del espíritu. Estaban sentados por su órden, é inmóviles en sus asientos. El cabello les habia encanecido con los años, y muchos de ellos le tenian ya casi todo caido. Veíase resplandecer en sus semblantes la circunspeccion, el agrado y la tranquilidad, compañeros inseparables de la verdadera sabiduría: ni se apresuraban por hablar: ni cuando hablaban, decian mas que lo que llevaban resuelto. Si dis-

cordaban en los dictámenes, era tal la moderacion con que cada uno sostenia el suyo, que cualquiera hubiera creido que eran todos de una misma opinion. La larga esperiencia de lo pasado, y el hábito al trabajo, les daban grandes conocimientos sobre cualquiera materia: y lo que mas rectificaba su razon era la tranquilidad del ánimo, exento ya de las locas pasiones, y de los caprichos de la fogosa juventud. La prudencia era el único móvil de sus acciones, y el fruto de su constante virtud tener tan sugetos á la razon sus deseos, que ya gozaban, sin trabajo, del noble placer de seguirla en todas sus operaciones. La admiracion que me causaron hizo nacer en mí el deseo de que se me cortase la vida por llegar cuanto ántes á una tan apreciable vejez. Parecíame desgraciada la juventud, por ser tan impetuosa, y estar tan distante de aquella virtud consumada, de aquella tranquilidad que nacen de la esperiencia.

El principal de los ancianos abrió el libro, que era un gran volumen, y se custodiaba de ordinario en una caja de oro, envuelto en aromas.

Todos los ancianos le besáron con respeto porque decian, que despues de los dioses, de quienes emanan las buenas leyes, nada debe ser tan sagrado para los hombres como aquellas que se dirigen á hacerlos justos, sabios y felices. Los que tienen á su cargo el juzgar por ellas á los pueblos, deben ser los primeros en respetarlas y obedecerlas; porque no ha de ser el hombre el que reine, sino la ley. Este era su dictámen. Despues propuso él que presidia tres cuestiones, que debian resolverse segun las máximas de Minos.

Era la primera saber cual fuese el mas libre de todos los hombres. Unos respondiéron, que era un rey que tuviese un imperio absoluto sobre sus pueblos, y que al

mismo tiempo fuese vencedor de todos sus enemigos. Otros sostuvieron que él que tuviese las riquezas necesarias para satisfacer sus deseos. Otros, que era el mas libre el que nunca se casaba, y empleaba toda la vida en viajar por diferentes países, sin estar sujeto á las leyes de ninguno. Otros, que lo era el salvaje, que, manteniéndose de la caza, vivia en los bosques independiente de toda necesidad y policia. Creyeron otros, que era el recién liberto, que pasando de los rigores de la esclavitud á las dulzuras de la libertad, sabia disfrutarlas mejor que otro ninguno. En fin, otros opinaron que un moribundo era el mas libre, porque la muerte de todo le libraba, y despues todos los hombres juntos no tenian sobre él poder alguno.

Quando me tocó hablar, no me costó trabajo responder, porque tenia presente lo que tantas veces me habia dicho Mentor. El mas libre de todos, respondí, es el que sabe serlo en la esclavitud misma. En cualquier país, en todos los estados, es libre el hombre que teme á los dioses, y á nadie teme sino á ellos. En una palabra, el hombre verdaderamente libre es aquel que nada teme, ni desea nada, y que solo se somete á los dioses y á la razon. Miráronse los ancianos unos á otros, sonriéndose, y se maravillaron de que mi respuesta fuese precisamente la de Minos.

Propúsose despues la segunda cuestion en estos términos: ¿Quién es el mas infeliz de todos los hombres? cada uno dijo lo que le ocurrió: uno, que él mas infeliz era él que no tenia bienes, salud ni honra: otro, que lo era él que no tenia ningun amigo: otro, que él que tenia hijos ingratos é indignos de él. Un sabio de la isla de Lesbos dijo: El mas infeliz de todos los hombres es él que cree serlo: porque la infelicidad depende ménos

de lo que el hombre padece, que de la impaciencia con que aumenta su desdicha.

Al oír este dictámen, toda la asamblea prorumpió en aplausos: cada cual creyó que este sabio ganaria el premio de esta cuestion. Sin embargo me preguntaron cual era mi parecer; y siguiendo las máximas de Mentor, respondí: el mas infeliz de todos los hombres es un rey que cree que su felicidad consiste en hacer miserables á los demas hombres. Su ceguedad duplica su desgracia; porque como no conoce el mal que padece, no solo le es imposible curársele, sino que teme conocerle. La verdad no puede penetrar hasta él por entre tanta turba de aduladores como le rodea. Tiranízale sus pasiones: no conoce las obligaciones que tiene: jamas ha sentido el placer que resulta de hacer bien, ni él que inspira la santa virtud á los que la profesan. Este sí que es infeliz, y merece serlo: su desdicha va siempre en aumento: corre á su perdicion, y los dioses se preparan á confundirle con un castigo eterno. Oido mi parecer, toda la asamblea tuvo por vencido al sabio Lesbio; y los ancianos declararon que yo habia con efecto acertado con el dictámen de Minos.

Por tercera cuestion se propuso: ¿Cuál era preferible, un rey conquistador é invencible en la guerra, ó el que sin esperiencia de ella fuese á propósito para gobernar sus pueblos, y civilizarlos en la paz? Los mas estuviéron por el primero: ¿porqué de que sirve, decian, que un rey gobierne bien en paz, si en tiempo de guerra no sabe defender sus estados? en este caso él quedará vencido, y su pueblo esclavizado. Otros por el contrario sostenian que el rey pacífico seria mejor, porque temiendo la guerra, procuraria evitarla. A otros les parecia que el rey conquistador, al paso que exáltase su

gloria, acrecentaria la felicidad de sus vasallos, haciéndoles dueños de otras naciones, en vez de que el rey pacífico les tendria en una vergonzosa ociosidad. Quisieron saber mi parecer y le espuse de esta suerte.

Un rey que no sabe gobernar siub en la paz, ó en la guerra, y que no es capaz de hacerlo en ámbos estados, no es mas que rey á medias. Pero comparado el que no sabe mas que el arte de la guerra con un rey sabio, que sin entender de ella sea capaz de sostenerla por medio de sus generales, hallo que este es preferible á aquel. Un rey enteramente decidido por la guerra, querrá estar siempre en ella para estender sus dominios, y acrecentar su gloria; y de este modo arruinará á su pueblo. ¿Qué interes tiene este en que su rey subyugue á otras naciones, si él vive infeliz bajo de su dominacion? Además de que las largas guerras traen siempre consigo muchos desórdenes, los mismos vencedores incurren en ellos durante este tiempo de confusion. ¿Cuanto no ha costado á la Grecia el haber triunfado de Troya? ¿cuanto no ha padecido en los años que se ha visto privada de sus reyes? Cuando la guerra todo lo contamina, lo mas sagrado no está á cubierto de sus lastimosos efectos: las leyes desfallecen, las artes se desquidan, y la agricultura se arruina. En la guerra aun los mejores príncipes se ven precisados á hacer el mayor de todos los males, cual es tolerar la licencia, y servirse de los perversos. ¿Cuantos malvados hay á quienes se castigaria en tiempo de paz, y que mientras duran los desórdenes de la guerra se hace preciso, no solo disimular, sino aun premiar su audacia! Jamas ha existido un pueblo que teniendo un rey conquistador, no haya sufrido infinito por su ambicion. Un conquistador, embriagado de su propia gloria, casi tanto arruina á su na-

cion victoriosa, como á las naciones vencidas. Un príncipe que no tenga las cualidades necesarias para la paz, mal podrá disponer á sus vasallos á que gocen los frutos de una guerra felizmente concluida. Seria semejante á uno que defendiese su heredad contra las invasiones de su vecino, y á este le usurpase la suya; pero que no supiese cultivar ni sembrar para coger fruto alguno. De un hombre semejante diriamos con razon, que mas parecia haber nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, que para hacer feliz un pueblo por medio de un sabio gobierno.

Vengamos ahora al rey pacífico. Es cierto que no es á propósito para grandes conquistas, esto es, no ha nacido para turbar la tranquilidad de su pueblo, queriendo subyugar á las naciones que la justicia ha negado á su dominio; pero si es verdaderamente apto para gobernar en paz, tiene cuanto necesita para defender su reino de sus enemigos. Ved aquí como siendo justo, moderado y tratable con sus vecinos, no es posible que emprenda contra ellos cosa alguna que pueda alterar la paz: siendo fiel en sus alianzas, será amado, no temido de sus aliados, y tendrán en él una plena confianza: si tuviese algun vecino inquieto, altivo y ambicioso, todos los reyes vecinos, que necesariamente estarán alarmados contra él, se unirán al rey pacífico, que no les da zelos para impedir que aquel le oprima. La probidad, la buena fé y la moderacion le harán árbitro entre los estados que rodeen el suyo. Y mientras que el rey emprendedor es odioso á los demas, y está siempre espuesto á sus ligas, el pacífico tiene la gloria de ser como un padre y tutor de los otros reyes. Estas son las ventajas que goza fuera de su reino.

Pero aun son mas sólidas las que logra dentro. Supo-

niéndole apto para gobernar en paz, es consiguiente que lo haga por medio de las mas sabias leyes; y como estas condenan el fausto, la molicie y todas las artes que no sirven mas que de lisongear los vicios, es preciso que ponga sus conatos en que florezcan las que son útiles y realmente necesarias á la vida, particularmente la agricultura; por cuyo medio proporcionará á sus vasallos la abundancia de todo lo necesario. Un pueblo laborioso, de costumbres sencillas, y enseñado á vivir con poco, como que cultivando la tierra adquiere fácilmente lo que necesita, se multiplica hasta el infinito: y ved ahí como se puebla prodigiosamente un estado de ciudadanos vigorosos y robustos, no afeminados con los deleites, sino endurecidos en el ejercicio de la virtud: no apegados á las delicias de una vida muelle y regalada, sino dispuestos á despreciar la muerte, y que mas bien querrian perder la vida que la libertad que gozan bajo el gobierno de un rey sabio, que solo desea reinar porque reine la razon. Que se venga un conquistador á invadir este pueblo, acaso no le hallará bastante instruído en acamparse, ponerse en orden de batalla ni en el manejo de las máquinas de sitio; pero le hallará invencible por su muchedumbre; y por su valor: por su paciencia en las fatigas, y por la costumbre de sufrir la pobreza: por su intrépidez en los combates; y lo que es mas, por una virtud que jamas sucumbirá á la adversidad de los sucesos. Ademas, si este rey no tiene toda la experiencia necesaria para mandar por sí los ejércitos, sabrá á lo ménos elegir sugetos capaces y servirse de ellos, sin perder nada de su autoridad. Sus aliados le darán auxilios: sus vasallos ántes querrán morir que pasar al dominio de otro rey violento é injusto; los mismos dioses combatirán

por él. ; Ved qué recursos no tendrá aun en medio de los mayores peligros!

De todo concluyo que el rey pacífico, que ignora el arte de la guerra, es un rey muy imperfecto, pues no sabe desempeñar una de sus mas principales obligaciones, cual es la de vencer á sus enemigos; pero añado, que sin embargo es infinitamente superior al rey conquistador, que carece de las cualidades necesarias para gobernar en tiempo de paz, y que solo las tiene para mandar en la guerra.

Advertí que á muchos de la asamblea no satisfizo mi dictámen, porque la mayor parte de los hombres, deslumbrados con el esplendor de las cosas brillantes, como las victorias y las conquistas, prefieren esto á lo que de suyo es sencillo, tranquilo y solido, como la paz y la buena policía de los pueblos; mas todos los ancianos declararon que mi parecer era conforme al de Minos.

El principal de ellos exclamó: Ya veo cumplido el oráculo de Apolo, sabido por toda nuestra isla. Habia consultado Minos á este dios para saber cuanto tiempo reinaria su estirpe, segun las leyes que acababa de establecer; y le fué respondido: Los tuyos dejarán de reinar cuando un extranjero entre en tu isla para hacer reinar en ella tus leyes. Nosotros temíamos que algun extranjero viniese á conquistar á Creta, mas la desgracia de Ido-meneo, y la sabiduría del hijo de Ulises, que es entre los mortales él que mejor entiende las leyes de Minos, nos aclaran el sentido del oráculo. ¿En qué nos detenemos pues, que no coronamos al rey que nos da el destino?

FIN DEL LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que rehusó la corona de Creta por volver á Itaca: que tambien la rehusó Mentor, á quien con este motivo instó la asamblea á que en nombre de la nacion nombrase el que le pareciese mas digno. Que á este fin espuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual con efecto fué al instante proclamado rey: y que finalmente se embarcáron para Itaca; pero que Neptuno, por complacer á Venus irritada, les hizo padecer naufragio, de cuyas resultas acababa de recibirles Calipso en su isla.

INMEDIATAMENTE salieron los ancianos del recinto del bosque, y tomándome el principal por la mano, anunció al pueblo impaciente por saber la decision, que yo habia ganado el premio. Apenas acabó de hablar, cuando se oyó entre el concurso un confuso murmullo que terminó en gritos de alegría, haciendo resonar en toda la ribera y en los montes vecinos esta aclamacion: Sea rey de los Cretenses el hijo de Ulises semejante á Minos.

Yo esperaba un momento de silencio, y hacia señal con la mano suplicando que me oyesen. Entretanto me decia Mentor al oído: ¡qué serás capaz de renunciar á tu pátria! ¡podrá mas contigo la ambicion de reinar que las lágrimas de Penelope, que funda en tu regreso su única esperanza! ¡podrá mas que los votos del grande

Ulises, que los dioses han decretado volverte? Estas palabras penetráron mi corazon, y me sostuvieron contra el vano deseo de reinar.

Por fin, un profundo silencio de todos me dió lugar á que les hablase de esta manera: Ilustres Cretenses, yo no soy digno de mandaros. Es cierto que el oráculo que se acaba de referir no deja duda en que la estirpe de Minos cesaria de reinar cuando un estrangero entrase en esta isla, é hiciese que en ella reinasen las leyes de aquel sabio rey, pero no por eso dice que reinará el mismo estrangero. Yo quiero convenir en que soy el predicho por el oráculo, porque en mí se ha cumplido la prediccion de venir á esta isla, y descubrir el verdadero sentido de las leyes, ¡y ojalá que mi esplicacion sirva para que reinen en ella con el hombre que elijais! Pero por lo que á mí hace, prefiero mi pátria, la pobre y pequeña isla de Itaca, la prefiero á las cien ciudades de Creta, y á la gloria y opulencia de este hermoso reino. Permitidme que siga lo que me tienen indicado los hados; y creed que si he combatido en vuestros juegos, no ha sido con el deseo de reinar, sino por merecer vuestro afecto y compasion, y porque me faciliteis los medios de volver cuanto ántes á mi nativo suelo, que mas quiero vivir bajo la obediencia de mi padre Ulises, y servir de consuelo á mi madre Penelope, que ser rey de todas las naciones del mundo. Ya veis, Cretenses, cuan justos son mis deseos, y que me es preciso dejaros; pero solo la muerte pondrá término á mi reconocimiento. No lo dudeis: Telémaco amará á los Cretenses hasta el último instante de su vida, y no se interesará ménos en la gloria de ellos, que en la suya propia.

Apénas hube dicho esto, se levantó un sordo ruido, semejante al de las olas del mar cuando se entrecuecan

en una tempestad. Unos decian : ¿será este alguna deidad bajo la figura humana? Otros sostenian que me habian visto en otros países, y que me conocian; y no faltó quien esclamase que se me debia obligar á aceptar el cetro. En fin volví á tomar la palabra, y cada cual procuró guardar silencio, dudando si mi nuevo discurso se dirigia á aceptar lo que rehusé al principio.

Permitid, les dije, ó Cretenses, que os diga lo que de vosotros pienso. No tiene duda que componeis la nacion mas sabia del mundo, pero la sabiduría exige, á mi parecer, una precaucion que no os ocurre. Debeis elegir, no al que mejor discorra acerca de las leyes, sino al que tenga la virtud de observarlas con mas constancia. Yo, ya veis que soy un jóven, por consiguiente sin esperiencia, espuesto á la violencia de las pasiones, y mas en estado de aprender á mandar obedeciendo, que de mandar por ahora. No deis la preferencia al que venza á los demas en ingenio y robustez, sino al que á sí mismo haya sabido vencerse. Buscad pues quien tenga grabadas vuestras leyes en lo íntimo del corazón, y cuyas costumbres sean un ejemplo vivo del modo de observarlas; y sean sus acciones, mas bien que sus palabras, las que os determinen á la eleccion.

Admirados los ancianos de este discurso, y viendo que cada vez crecian mas los aplausos de la asamblea, me dijéron: Pues los dioses nos quitan la esperanza de que seais nuestro rey, á lo ménos ayudadnos á encontrar uno que empeñe principalmente su autoridad en que reinen nuestras leyes. ¿Le conoceis por ventura?—Sí, les respondí inmediatamente. Le conozco tanto, como que es á quien debo cuanto en mí habeis admirado: su sabiduría, no la mia, es la que ha ha-

bladó por mi boca: él es el que me ha inspirado cuantas respuestas me habeis oido.

Al instante fijaron todos en Mentor los ojos, al cual designaba yo teniéndole cogida la mano. Refirió lo mucho que habia cuidado de mi infancia; los peligros de que me habian librado sus consejos; y los males que habian sobrevenido si alguna vez no los habia seguido.

Al principio nadie habia reparado en él, porque su traje sencillo y descuidado, su modesto continente, su silencio casi continuo, y su semblante tranquilo y reservado llamaban poco la atención. Pero luego que mas detenidamente le miraron, descubrieron en su rostro no sé que de firme y elevado: notaron la vivacidad de sus ojos, y el aire brioso que daba á la mas mínima de sus acciones. Hicieronle varias preguntas, y admiró con sus respuestas. Resuelven hacerle rey: lo agradece con moderacion, y se escusa con serenidad. Dijoles que preferia el sosiego de la vida privada al esplendor de la magestad: que los mejores reyes son infelices en cuanto nunca hacen el bien que quisieran, y por lo comun hacen el mal que no querrian, porque se les disfrazan los aduladores que les rodean. Y añadió: que si la esclavitud es miserable, no lo era ménos la soberanía, verdadera esclavitud: aunque disfrazada. Un rey, decia, depende de todos aquellos de quienes necesita para hacerse obedecer. ¿Feliz mil veces el que no se vé obligado á mandar! sola nuestra patria, ella sola es acreedora, si nos confia la autoridad suprema, á que en su beneficio sacrifiquemos nuestra libertad.

Apénas los Cretenses pudieron volver en sí del asombro que tales razones les causaron; y preguntándole ¿á quien debian escoger?—A quien mejor os conozca, les respondió, y pues para gobernaros es preciso cono-

ceros, escoged á quien conociéndoos tema gobernaros. El que desea el cetro, no le conoce; ¿y cómo desempeñará sus obligaciones no conociéndolas? Este tal le buscará para sí, y vosotros necesitais quien por solo vuestro amor le acepte.

En gran manera maravillados quedáron los Cretenses al ver á dos estrangeros rehusar la diadema de tantos codiciada. Quisiéron saber con quien habíamos ido á Creta, y Nausicrates, que nos condujo desde el puerto al circo, les mostró á Hazael, con quien Mentor é yo habíamos ido á la isla de Chipre. Pero su admiracion fué mucho mayor cuando supiéron que Mentor habia sido esclavo de Hazael, el cual prendado de su sabiduría y de su virtud, de su esclavo le habia hecho su consejero, y tenia en él su mejor amigo: que este mismo esclavo recién liberto era él que acababa de resistirse á aceptar un reino; y que Hazael habia ido desde Damasco de Siria á instruirse en las leyes de Minos, arrastrado del amor que profesaba á la sabiduría.

Los ancianos le dijeron á Hazael: no nos atrevemos á suplicaros que nos gobernéis, porque os creemos con las mismas ideas que á Mentor: despreciáis demasiado á los hombres para encargaros de dirigirlos. Ademas mirais con despego las riquezas y el esplendor del trono, para que querais adquirirlas á costa de las fatigas anejas al gobierno. — No creais, Cretenses, respondió Hazael, que desprecio á los hombres: nada ménos. Yo sé muy bien cuan glorioso es emplearse en hacerles buenos y felices; mas este empleo trae consigo infinitos disgustos y peligros, y el esplendor que le rodea es falso, incapaz de deslumbrar á quien no sea un presuntuoso desvanecido. La vida es corta, las grandezas irritan mas que satisfacen las pasiones. Por aprender á pasarme

sin esos aparentes bienes he venido de tan léjos, no por adquirirlos. Saben los dioses que mis deseos se reducen á volver á mi pátria para pasar en ella una vida pacífica y retirada, en la cual la sabiduría alimente mi espíritu, y las esperanzas que da la virtud de gozar otra mejor vida me consuelen de los disgustos de la vejez. Si yo tuviera algo que desear, no seria el trono: fuera sí, él no separarme jamas de estos dos hombres que veis conmigo.

En fin los Cretenses, dirigiéndose á Mentor, esclamaron: ; O tú, el mas sabio y grande de los mortales! dínos pues á quien podrémos elegir. No penseis partir sin habernos dicho en quien debemos hacer esta eleccion. Mentor les respondió: Estando entre la multitud de los espectadores, me llamó la atencion la tranquilidad de un anciano, en quien, á pesar de los años, se descubria mucho vigor. Pregunté quien era, y me respondieron que se llamaba Aristodemo. Despues oí que le dijéron que sus dos hijos eran del número de los combatientes; mas no por eso dió señas de alegrarse: dijo sí que al uno no le deseaba los riesgos del trono, y que amaba mucho su pátria para desear que reinase el otro. De esto inferí que este padre amaba con un amor racional á uno de sus hijos que era virtuoso, y que no disimulaba los estravios del otro. Aumentóse mi curiosidad, y pregunté qué género de vida era la de aquel anciano; y uno de vuestros ciudadanos me respondió: que habia militado muchos años, y tenia el cuerpo cubierto de cicatrices; pero que por su virtud sincera y enemiga de la adulacion habia venido á ser incómodo á Idomeneo, que por esto no se sirvió de él para el sitio de Troya. Temió un hombre, cuyos consejos no podia resolverse á seguir, y ade-

mas tuvo envidia de la gloria que no hubiera tardado en adquirirse. Ello fué que olvidando todos sus servicios, se le dejó aquí pobre y despreciado de los hombres groseros é infames, que solo dan estimacion á las riquezas. Mas él vive alegremente contento con su pobreza en un parage retirado de la isla, donde por sí mismo cultiva una tierra propia suya. Ayúdale un hijo; se aman con la mayor ternura, y son felices. Por su frugalidad y su trabajo se han adquirido la abundancia de lo necesario á una vida sencilla. El sabio anciano reparte entre los pobres enfermos de su vecindad lo que le sobra: persuade á los jóvenes á que trabajen: les exhorta y les instruye. Es el juez de las diferencias que ocurren en el vecindario, y el padre de todas las familias. La desgracia de la suya es tener un hijo segundo, que no ha querido seguir sus consejos. El padre, harto de tolerarle mucho tiempo por si podría corregirle, ha tenido al fin que echarle de su casa, fuera de la cual vive abandonado á una loca ambicion y á todos los placeres.

Esto es lo que me han referido: á vosotros toca saber si es verdad. Mas si este hombre es como le pintan, ¿á qué celebrar juegos ni juntar tantos desconocidos? Entre vosotros teneis uno que os conoce, y que os es conocido: instruido en la guerra; que ha dado pruebas de su valor, no solo contra las flechas y los dardos, sino contra la horrorosa pobreza; que ha despreciado las riquezas que se adquieren con la lisonja; que ama el trabajo, y sabe cuan útil es al estado la agricultura: que detesta el lujo; que no se deja llevar de un ciego amor por sus hijos; que ama la virtud del uno y condena el vicio en el otro: en una palabra, un hombre que es ya padre del pueblo. En él

teneis vuestro rey, si de veras deseais que reinen las leyes del sabio Minos.

Es cierto, exclamó todo el pueblo, que Aristodemo es cual vos decís: él es quien merece reinar. Hicieronle llamar los ancianos, búscanle entre la turba, y en ella le hallan confundido con los de la última plebe. Presentase tranquilo, hácesele saber que es el elegido rey, y responde de esta suerte: No admitiré la eleccion sino con tres condiciones. La primera, que dentro de dos años dejaré el cetro, si en ellos no logro haceros mejores que lo que sois, ó si os oponéis á las leyes. La segunda, que he de ser dueño de continuar teniendo una vida sencilla y frugal: y la tercera, que mis hijos, por serlo, no tendrán distincion alguna, y que despues de mi muerte serán tratados segun lo hubieren merecido; esto es, como los demas ciudadanos.

Al concluir estas palabras resonaron por el aire mil gritos de alegría. El principal de los ancianos, guardas de las leyes, ciñó con la diadema (1) las sienes de Aristodemo; y por fin se hicieron solemnes sacrificios á Júpiter y á los otros dioses supremos. Aristodemo nos hizo varios presentes, no con la magnificencia ordinaria á los reyes, sino con una noble sencillez. Dióle á Hazael las leyes de Minos escritas de propio puño de aquel sabio rey: dióle un compendio de toda la historia de Creta desde el tiempo de Saturno y la edad de oro: hizo poner en su nave de todas las especies

(1) Era la diadema una cintilla en los tiempos mas remotos, una venda ancha en los posteriores, con que ceñían sus sienes los reyes, y con especialidad los de Oriente.

de buenos frutos que hay en Creta, y no se conocen en Siria, y le ofreció cuanto pudiese necesitar.

Como nosotros apresurásemos nuestra partida, dispuso que se nos equipará un navío bien tripulado de remeros y tropas, y nos proveyó de ropas y bastimentos. Levantóse al instante un viento favorable para Itaca, pero contrario á Hazael; por lo que tuvo que detenerse. Viónos partir, y nos abrazó como amigos, á quienes jamas volvería á ver. Los dioses son justos, decía: bien ven una amistad que solo se funda en la virtud: algun dia nos reunirán; y esos campos fortunados, en donde se dice que los justos gozan despues de la muerte de una paz eterna, verán juntarse nuestras almas para no separarse jamas. ¡Ojalá pudiesen tambien ser mis cenizas recogidas con las vuestras! decía ya esto deshecho en lágrimas y suspiros. No lloramos ménos nosotros; y así nos condujo al navío.

Por lo que respecta á Aristodemo, nos dijo: Vos sois los que acabais de hacerme rey: acordaos de los riesgos en que me habeis puesto. Rogad á los dioses que me inspiren la verdadera sabiduría, y que exceda tanto en moderacion á los demas hombres, quanto los excedo en autoridad. Yo por mí les rogaré que os conduzcan con felicidad á vuestra pátria: que confundan la insolencia de vuestros enemigos, y que os concedan ver en ella á Ulises reinando en paz con su amada Penelope. El navío que os doy va bien tripulado de remeros y de tropas, de las que os podeis servir contra esos hombres injustos que persiguen á vuestra madre. Por vos, Mentor, como vuestra sabiduría de nada necesita, nada me deja que desearos. Andad, vivid juntos y felices: acordaos de Aristodemo, y si en algun tiempo los de Itaca necesitasen de los Cretenses, contad con-

migo hasta mi postrimer aliento. Abrazónos; y al querer nosotros manifestarle nuestro agradecimiento, no pudimos contener las lágrimas.

Entretanto el viento que linchaba nuestras velas, nos prometia una feliz navegacion. Ya el monte Ida no era á nuestra vista mas que una colina; las riberas desaparecian, y las costas del Peloponeso (1) como que se venian por el mar acercando á nosotros; cuando de repente una negra tempestad oculta el cielo, é irrita las olas: el dia se nos convierte en noche; y la muerte se nos presenta. ¡O Neptuno! tú fuiste él que con el sorberbio tridente alborotaste las aguas de tu imperio. Por vengarse Vénus del desprecio que de ella hicimos hasta en su templo de Citerea, fué á buscar á este dios: háblale enternecida, dando con las lágrimas que corrian de sus hermosos ojos mayor realce á su belleza, y energía á sus razones. Por lo ménos así me lo ha asegurado Mentor, que conoce las cosas divinas. ¿Consentiréis, ó Neptuno, le dice, que estos impíos se hurlen impunemente de mi poder? Los mismos dioses le reconocen, y estos temerarios mortales se han atrevido á vituperar todo quanto en mi obsequio se hace en mi isla. Se jactan de una consumada sabiduría, y tratan al amor de locura. ¿Os habeis olvidado de que he nacido en vuestro imperio? ¿por qué, pues, os deteneis en sepultar en vuestros profundos abismos á esos dos hombres que me son insufribles?

Apénas lo hubo dicho, cuando Neptuno sublevó las

(1) El Peloponeso, en el dia la Morea, es la parte meridional de la Grecia: es una península que comunica con la Grecia septentrional por el istmo de Corinto. Rodéanla el golfo de Lepanto, el mar de Grecia y el Archipiélago.

olas hasta el cielo, y Vénus se alegró, creyendo inevitable nuestro naufragio. Turbado el piloto, esclama que ya no puede resistir al ímpetu de los vientos, que con tanta violencia nos impelían hácia las rocas. Una ráfaga rompió el mástil, y poco despues advertimos que las puntas de los peñascos habian roto el casco. Entra el agua por todas partes, húndese el navio, y los remeros dirigen al cielo lamentables gritos. Abrázome á Mentor, y le digo: He aquí la muerte: recibámosla con valor. Los dioses nos han sacado de tantos peligros para que hoy perezcamos. Muramos pues, Mentor, muramos: á mí me sirve de consuelo morir con vos: nuestros esfuerzos para salvar nuestra vida serán inútiles.

El verdadero valor, me respondió Mentor, siempre encuentra algun arbitrio. No basta estar dispuesto á recibir con tranquilidad la muerte; es necesario hacer, sin temerla, todos los esfuerzos para rechazarla. Tomemos nosotros uno de esos bancos de los remeros, y mientras que esa multitud de hombres tímidos y perturbados suspira por la vida sin buscar los medios de conservarla, no perdamos un momento en salvar la nuestra. Inmediatamente tomó un hacha, y acabó de cortar el mástil roto, cuyo peso casi volcaba el navio: échale fuera, y se arroja sobre él á las furiosas olas. Llámame por mi nombre, y me anima á que le siga. Así como un grande árbol, contra quien se han conjurado los vientos, permanece inmóvil asegurado en sus profundas raíces, de suerte que la mayor tempestad no hace más que agitar sus hojas: así Mentor, no solo firme y valeroso, sino afable y tranquilo, parecia que mandaba á los vientos y á las olas. Yo le seguí, y ¿quién animado por él no le hubiera seguido?

Nosotros procuramos asegurarnos sobre este mástil

flotante, que nos fué de un gran socorro, porque podíamos sentarnos en él, que si hubiéramos tenido que nadar de continuo, bien pronto nos hubieran faltado las fuerzas. Pero la cruel borrasca volteaba muchas veces este gran madero, y con sus vueltas nos sumergía en el mar, haciéndonos tragar el agua salada, que arrojábamos despues por boca, oídos y narices; y poniéndonos en la precision de disputar á las olas la posesion del mástil. A veces vino tambien alguna ola tan alta como una montaña, y pasó por cima de nosotros: entónces redoblábamos nuestros esfuerzos para evitar que con los vaivenes del violento choque se nos escapase el mástil, que era nuestra única esperanza.

Estando en esta terrible situacion, me decia Mentor con la misma serenidad que está ahora sobre estos céspedes: ¿Crees por ventura que tu vida está abandonada á los vientos y á las olas? ¿y qué las olas ni los vientos pueden nada contra tí sin orden de los dioses? De ningun modo. A ellos toca decidir de todo. Temamos pues á los dioses, y no al mar. Aunque estuvieses en lo profundo de los abismos, la mano de Júpiter podria sacarte de ellos: así como, aunque estuvieras en el Olimpo, viendo á tus pies los astros, podria sepultarte en lo mas profundo de los abismos, ó precipitarte á las llamas del negro Tártaro. Escuchaba yo, y admiraba este discurso, que no dejaba de consolarme algun tanto; pero me faltaba serenidad para responder. Ni Mentor me veía, ni yo podia verle. Pasamos toda la noche erizados de frio y medio muertos, sin saber todavía donde nos arrojaría la borrasca. Por fin empezó á calmar el viento, y el mar, aunque bramando, era semejante á quien despues de haber

estado mucho tiempo irritado, no le queda, de cansado, mas que algun resto de turbacion é inquietud: bramaba sordamente, y sus olas no eran ya con corta diferencia mas que como los surcos que en un espaciado campo deja el arado impresos.

Entretanto viene la Aurora á abrir al sol las puertas del cielo, y nos anuncia un hermoso dia. Estaba todo el Oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habian estado ocultas, volviéron á parecer, y se retiráron á la llegada de Febo. Divisamos la tierra á lo léjos, y el viento nos iba acercando á ella, y con esto sentí renacer la esperanza en mi corazon; mas no percibimos ninguno de nuestros compañeros; y segun las apariencias perdiéron el valor, y quedáron sumergidos con la nave. Cuando estábamos ya cerca de tierra, nos impelia el mar contra las rocas, donde sin duda nos estrelláramos, si no hubiéramos tenido la advertencia de presentarlas la punta de nuestro mástil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timón. Así nos libramos de aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, por la cual, nadando sin trabajo, llegamos á la arena. Allí fué, ó gran diosa, donde nos visteis, y allí donde os dignasteis de recibirnos.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

Admira Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, y empeñarle en su amor. Sostiénese Mentor contra sus artificios y contra Cupido, que Vénus llevó consigo para socorrerla. Sin embargo Telémaco y la ninfa Eucaris conciben una mutua pasion, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ámbos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus ninfas á que mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que á este fin habia hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verte arder, y conociéndolo Mentor, le precipita consigo al mar para ganar á nado otro navío que veía cerca de la costa.

ACABÓ Telémaco su discurso, y admiradas las ninfas se miraban unas á otras, y se decian: ¿ Quiénes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿ Cuándo se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? ¿ Sin duda que el hijo de Ulises ya se aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor! ¿ No veis qué semblante, qué hermosura, qué afabilidad y qué modestia? ¿ y no veis tambien qué heroismo y qué grandeza? Si no supiéramos que era hijo de un mortal, era fácil que le tuviésemos por un dios: le tendríamos por

estado mucho tiempo irritado, no le queda, de cansado, mas que algun resto de turbacion é inquietud: bramaba sordamente, y sus olas no eran ya con corta diferencia mas que como los surcos que en un espaciado campo deja el arado impresos.

Entretanto viene la Aurora á abrir al sol las puertas del cielo, y nos anuncia un hermoso dia. Estaba todo el Oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habian estado ocultas, volviéron á parecer, y se retiráron á la llegada de Febo. Divisamos la tierra á lo léjos, y el viento nos iba acercando á ella, y con esto sentí renacer la esperanza en mi corazon; mas no percibimos ninguno de nuestros compañeros; y segun las apariencias perdiéron el valor, y quedáron sumergidos con la nave. Cuando estábamos ya cerca de tierra, nos impelia el mar contra las rocas, donde sin duda nos estrelláramos, si no hubiéramos tenido la advertencia de presentarlas la punta de nuestro mástil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timón. Así nos libramos de aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, por la cual, nadando sin trabajo, llegamos á la arena. Allí fué, ó gran diosa, donde nos visteis, y allí donde os dignasteis de recibirnos.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

Admira Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, y empeñarle en su amor. Sostiénese Mentor contra sus artificios y contra Cupido, que Vénus llevó consigo para socorrerla. Sin embargo Telémaco y la ninfa Eucaris conciben una mutua pasion, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ámbos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus ninfas á que mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que á este fin habia hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verte arder, y conociéndolo Mentor, le precipita consigo al mar para ganar á nado otro navío que veía cerca de la costa.

ACABÓ Telémaco su discurso, y admiradas las ninfas se miraban unas á otras, y se decian: ¿ Quiénes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿ Cuándo se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? ¿ Sin duda que el hijo de Ulises ya se aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor! ¿ No veis qué semblante, qué hermosura, qué afabilidad y qué modestia? ¿ y no veis tambien qué heroismo y qué grandeza? Si no supiéramos que era hijo de un mortal, era fácil que le tuviésemos por un dios: le tendríamos por

Baco (1) ó Mercurio (2), ó acaso por el mismo Apolo (3). Pero quién será este Mentor, que á primera vista parece un hombre sencillo, oscuro y de una mediana condicion, y mirado detenidamente se descubre en él no sé que de superior al hombre?

No podia Calipso disimular la turbacion que estos discursos la causaban. Sus ojos vagarosos andaban de Mentor en Telémaco sin hallar descanso, ni atreverse á fijar en ninguno. Tan pronto quisiera que este volviese á empezar la historia de sus largas aventuras, como mudaba de dictámen. En fin levantándose precipitadamente, se apartó con él á un bosque de arrayanes, á fin de saber si Mentor era alguna divinidad oculta bajo la figura humana. Pero Telémaco no podia satisfacerla, porque aunque con efecto era Minerva la que bajo la figura de Mentor le acompañaba, era para él un misterio que no le habia revelado la diosa, pareciéndole todavía de pocos años. Ademas de que queria probar su sufrimiento esponiéndole á los mayores riesgos: y si Telémaco supiera que llevaba consigo á Minerva, no reparara en despre-

(1) Baco, hijo de Júpiter y de Semele, hija de Cadmo, rey de Tebas, inventó el uso del vino, del cual los poetas le han hecho la divinidad. Le inmolaban asnos y machos cabrios para significar que los que se dan con exceso al vino se vuelven estúpidos é injuriosos.

(2) Mercurio, hijo de Júpiter y de Maia, hija de Atlas, era el intérprete y mensajero de los dioses. Era el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

(3) Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, se llama el inventor de la medicina, de la lira, de la poesia y del arte de adivinar. Es tambien príncipe de las musas.

ciar los mayores peligros fiado en su proteccion. Así era que lo ignoraba, y de consiguiente fuéron inútiles los artificios de Calipso.

Miéntas tanto las ninfas juntas al rededor de Mentor se divertian en hacerle preguntas. Esta queria saber las circunstancias de su viage á Etiopia; aquella lo que habia visto en Damasco: esotra le preguntaba si habia conocido á Ulises ántes de partir para Troya. A todas satisfizo con afabilidad, y en términos, aunque sencillos, agradables.

No dió lugar Calipso á que esta conversacion durase mucho. Volvió, y miéntas las ninfas cogian flores, y cantaban para divertir á Telémaco, se apartó con Mentor para estimularle á que hablase. No es mas agradable el sueño á un hombre rendido del trabajo, ni discurre por sus fatigados miembros con mas suavidad, que se deslizaban las palabras de Calipso para insinuarse en el corazon de Mentor; mas ella veía que sus esfuerzos encontraban siempre con un no sé qué que los hacia inútiles, y que se burlaba de todos sus atractivos. Semejante Mentor á una roca escarpada, que esconde su cima en las nubes, y que se burla del furor de los vientos, permanecia constante en sus sabios designios, y permitia que le estrechase Calipso. Alguna vez la hizo creer que se hallaba ya tan embarazado con la fuerza de sus discursos, que estaba muy cerca de descubrir los secretos que en su pecho escondia. Pero en aquel momento en que creía satisfacer su curiosidad, en aquel mismo quedaban desvanecidas sus esperanzas: todo lo que pensaba haber adelantado, se deshacia como el humo con una breve respuesta de Mentor, que volvía á sumergirla en sus primeras dudas.

Así pasaba los dias, ya adulando á Telémaco, é ya

discurriendo en los medios de separarle de Mentor, de quien no esperaba sacar partido. Valiase de las ninfas mas bellas, para que encendiesen la llama de amor en el corazon de aquel jóven; y para que mas bien lo consiguiese, vino en su socorro otra deidad mas poderosa.

Implacable Vénus contra Mentor y Telémaco, por el desprecio que hicieron del culto que se la daba en Chipre, no podia ver sin dolor que estos dos hombres temerarios hubiesen resistido al furor de los vientos y del mar en la tempestad que á sus ruegos excitó Neptuno contra ellos. Quéjase al mismo Júpiter: sonriese el padre de los dioses, y sin revelarla que era Minerva la que bajo la figura de Mentor habia salvado al hijo de Ulises, deja á su arbitrio los medios de vengarse de ámbos.

Desciende Vénus del alto Olimpo, y olvida los suaves perfumes que se queman en sus altares de Pafos, Cítarea é Idalia: vuela en su carro tirado de palomas, llama á su hijo, é cobrando con el dolor nuevas gracias su hermosura, le dice así:

¿No ves, hijo mio, esos dos hombres que desprecian tu poder y el mio? ¿Quién de hoy mas querrá darnos adoracion? Ven, no te detengas: atraviesa con tus flechas sus insensibles corazones: descende conmigo á esta isla, que yo te ofrezco hablar á Calipso. Dijo: y hendiendo los aires en una dorada nube, descende á vista de ella, que se hallaba sola á la orilla de una fuente, bastante léjos de su gruta.

¡Desgraciada diosa! le dijo, el ingrato Ulises te ha despreciado; y su hijo, que aun es mas cruel, te prepara iguales desprecios: mas el Amor mismo viene á vengarte: ahí te le dejo: él vivirá entre tus ninfas, como en otro tiempo el niño Baco entre las de la isla de

Naxo (1) que le educaron. Le verá Telémaco de modo que le parezca un niño cualquiera, para que no se recete de él: mas yo te ofrezco que bien pronto reconocerá su poder. Dijo: y volviéndose á la dorada nube de que habia salido, dejó el ambiente embalsamado de tan olorosa ambrosía, que se esparció su fragancia por todos aquellos bosques.

Quedóse el Amor entre los brazos de Calipso, que si bien era una diosa, no tardó en sentir la llama que ya empezaba á incendiar su pecho, y tanto que para templarla tuvo que alargársele al instante á la ninfa que halló mas cerca, y era la llamada Eucaris: mas ¡ha, cuántas veces la pesó despues! Al principio nada parecia mas inocente ni mas jovial, mas sencillo ni mas gracioso que este niño. Al verle tan divertido y complaciente, y siempre risueño, era imposible sospechar que pudiese producir mas que placeres; pero el que se fie en sus caricias, pronto percibirá en ellas cierto veneno que perturbe su espíritu; porque este maligno y engañoso rapaz atrae con halagos á los que luego vende; y si se rie, es de los crueles males que ha causado, ó de los que intenta causar.

No se atrevia á llegarse á Mentor, cuya severidad le arredraba: bien conocia que era invulnerable, y que estaba fuera del alcance de sus flechas. Mas las ninfas sintieron muy luego los efectos del fuego que este rapaz enciende: no obstante procuraban ocultar la profunda llaga que les corroia el corazon.

(1) Esas ninfas de la isla de Naxo, en el mar Egeo, una de las Cieladas, en premio del cuidado que habian tenido de criar á Baco, fuéron trasladadas al cielo, y mudadas en unas estrellas que llaman las Hiadas.

Entretanto estaba Telémaco admirado de la amabilidad y hermosura de este niño que se entretenía con las ninfas: aficionábase á él, y tomándole en brazos; ya le sienta en las rodillas, é ya le abraza para estrecharle mas con su pecho. Siéntese agitado de una inquietud interior, sin poder atinar la causa. Cuanto mas procura divertirse en aquellos juegos, al parecer inocentes, tanto mas se aumenta su inquietud, y decae su valor. ¿No veis, Mentor, estas ninfas? le decía: ¿cuán diferentes son de aquellas mugeres de la isla de Chipre que con su poca modestia hacian tan chocante su belleza! Cierito que estas hermosuras inmortales manifiestan una inocencia, una honestidad y una sencillez que encanta. Hablaba, y se llenaba de rubor, sin saber por que. No podía callar; y apenas empezaba á hablar, cuando no acertaba á proseguir. Unas veces dejaba á medio decir las palabras, otras eran indeterminadas y oscuras, y otras carecian de sentido.

Viéndole en tal estado, le dijo Mentor: ¡Ah, Telémaco! los peligros de la isla de Chipre eran ningunos comparados á los que ahora te cercan y contra los que no te precaves. El vicio grosero horroriza; la impudicia brutal indigna; en donde está el peligro es en la hermosura modesta, porque se cree que en amarla solo se ama la virtud; y así se presta el corazon fácilmente á los engañosos atractivos de una pasión, que no se echa de ver hasta que ya casi no es posible sofocarla. Huye, pues, mi querido Telémaco: huye de esas ninfas, que solo por engañarte mejor se te presentan tan discretas: conoce los peligros á que tu edad te espone, y huya de ellos; pero huye particularmente de ese rapaz que no conoces. Ese es Amor mismo, traído por su madre Vénus para vengarse del desprecio que hiciste del culto

que se le daba en Citerea. Ya ha herido con sus flechas el corazon de Calipso, que está de tí apasionada: él ha incendiado él de todas las ninfas que le rodean; y tú mismo, desgraciado jóven, tú mismo ardes casi sin saberlo.

Interrupcia Telémaco muchas veces á Mentor, diciéndole: ¿pero por qué no hemos de establecernos en esta isla? Ulises ya no vive: ¿cuánto tiempo hace que debe de estar sepultado en los abismos del mar! Penelope, viendo que ni él ni yo hemos vuelto, no habrá podido resistirse á tantos pretendientes: su padre Icaro la habrá precisado á aceptar un nuevo esposo. ¿Y en este caso á que hemos de volver á Itaca? ¿á verla en otros lazos, faltando á la fé que prometió á mi padre? Los Itacenses han olvidado á Ulises; y si nosotros vamos, será solo á hallar una muerte cierta, porque los amantes de Penelope tienen ocupadas las avenidas del puerto para asegurar mejor nuestra ruina en caso de que volvámos.

En tí se ven ahora, le respondió Mentor, los efectos de una ciega pasión: ejercítase el ingenio en hallar todas las razones que la favorecen, mientras el juicio permanece ocioso, temiendo encontrar las que la condenan. Para nada es uno mas sagaz que para engañarse á sí mismo, y sofocar sus remordimientos. ¿Por desgracia te has olvidado de cuanto han hecho los dioses por restituirte á tu pátria? ¿ya no te acuerdas como saliste de Sicilia? ¿las desgracias que padeciste en Egipto no se trocaron repentinamente en prosperidades? ¿qué mano invisible te sacó de los peligros que en Tiro amenazaban tu cabeza? ¿y despues de tantas maravillas ignoras aun lo que te tienen reservado los dioses? pero ¿qué es lo que digo? tú eres indigno de su cuidado.

Por mí, á partir voy en este momento : yo sabré hallar los medios de salir de la isla. Y tú, indigno hijo de un padre tan sabio y generoso, quédate aquí entre mugeres: quédate á pasar con ellas una vida muelle y sin honor: haz, á pesar de los dioses, lo que tu padre tuvo por indigno de sí.

Estas palabras de desprecio le llegaron al corazon : amaba á Mentor, sentia su disgusto, y se avergonzaba de habérsele causado : temia el enojo y la ausencia de un sabio á quien tanto debia; pero una pasion, que empezaba á desenvolverse en su corazon, le tenia tan trastornado, sin que él lo conociese, que ya no era el mismo hombre. ¿Pues qué, decia á Mentor bañados los ojos en lágrimas, en nada tenéis la inmortalidad que la diosa me ofrece? Yo tengo en nada, le respondió, todo lo que se opone á la virtud y á los decretos de los dioses. La virtud te está llamando á tu pátria para que veas á Ulises y á Penelope. La santa virtud te prohíbe que te abandones á una loca pasion. Los dioses que te han sacado de tantos peligros, y que te tienen reservada igual gloria que á tu padre, te ordenan que salgas de esta isla. Solo el amor, ese vergonzoso tirano, puede retenerte en ella. ¿De qué te aprovechará una vida inmortal sin libertad, sin virtud y sin gloria? Semejante vida seria tanto mas desgraciada, cuanto no tendria término.

Telémaco solo respondía con suspiros : algunas veces se alegrará de que á su pesar le sacase de la isla : otras le parecia que tardaba en marcharse de ella, y en verse libre de un amigo tan severo, que con solo su presencia vituperaba su flaqueza. Alternaban en su corazon estos contrarios deseos, y en ninguno permanecia constante, semejante á la mar que sirve de juguete á vientos con-

trarios. Unas veces se quedaba inmóvil tendido en la playa del mar; y otras se encerraba en lo interior de los bosques, y allí lloraba amargamente, y daba gritos semejantes á los rugidos de un leon. Habíase enflaquecido tanto, tenia tan hundidos los ojos, y se descubria en ellos una ferocidad, que al verle así tan pálido, abatido y desfigurado, con dificultad se hubiera creído que era Telémaco. De cada vez iba perdiendo mas de su hermosura, de su natural agrado, y de su heroico valor. Como una flor que por la mañana sale de su capullo, llena el campo de fragancia; y á proporcion que se avecina á la tarde, se va poco á poco amortiguando, y marchitándose sus vivos colores, hasta que por fin desfallecida inclina la cabeza, perece y se seca : así el hijo de Ulises se hallaba á los umbrales de la muerte.

Conociendo Mentor que Telémaco no podia resistir á la fuerza de su pasion, concibió para librarle de tan eminente peligro el mas acertado proyecto. Conocia que Calipso le amaba estremadamente, y que él no amaba ménos á la ninfa Eucaris : disposiciones todas del cruel Amor, que para mayor tormento de los hombres hace que uno desdeñe el cariño de quien mas le ama. Resuelve, pues, excitar los zelos; y sabiendo que Eucaris tenia dispuesta una cacería con Telémaco, dijo á la diosa : he notado en este jóven una pasion por la caza que me parece nueva. Esta diversion empieza á hacerle mirar con disgusto todas las demas : solo en los bosques, y en los montes vive contento : ¿sois vos ó diosa, por ventura la que le inspira esta pasion?

No pudo Calipso disimular el enojo que la causó esta queja, y así le respondió : Yo no sé qué juicio hacer del tal Telémaco, que habiendo despreciado los placeres que ofrece la isla de Chipre, no puede resistirse

ahora al encanto de la mediana hermosura de una de mis niñas. Ni sé como se atreve á lisonjearse en mi presencia de tantas acciones heroicas un hombre cuyo corazon tan vilmente se entrega á la voluptuosidad, y que solo parece haber nacido para tener una vida oscura entre mugeres. Notando Mentor quanto la inquietaban los zelos, no se atrevió á añadir ni una palabra, temiendo desconfiarla; y se contentó con dar á entender su tristeza en el abatimiento del semblante. La diosa le manifestó las quejas que tenia de quanto á su vista pasaba, prorumpiendo cada instante en nuevas amenazas, furiosa ya con la noticia que de tal caza acababa Mentor de darla: despues supo que el principal cuidado de Telémaco habia sido ocultarse de las otras niñas para hablar á solas á Encaris. Supo tambien que se proyectaba segunda cacería, en la que no dudaba que tendria Telémaco la misma conducta que en la primera: y para desconcertar sus ideas, declaró abiertamente que queria asistir á ella. Pero en el mismo instante, y sin poder disimular por mas tiempo su resentimiento, le habló de esta manera:

¿A qué has venido, jóven temerario, á qué has venido á esta isla? ¿No viniste buscando un auxilio contra el justo naufragio que te prevenia Neptuno, y donde substraerte de la venganza de los dioses? ¿ó has venido á mi isla, inaccesible á todo mortal, á despreciar mi poder, y el amor que te he manifestado? ¿Divinidades del Olimpo y de la Estigia, oid los votos de una desgraciada diosa! ¿Confundid á este pérfido, á este hombre ingrato, á este impío! Y pues es mas cruel y mas injusto que su padre, sean mayores y mas crueles sus trabajos. No permitais, justos dioses, que vuelva á ver su patria, esa isla miserable, que este impío ha tenido

la audacia de preferir á la inmortalidad; ó mas bien, perezca estándola viendo desde el medio del mar; y que su cuerpo, hecho el juguete de las olas, sea arrojado sin esperanza de sepultura á las arenas de esta playa. Véanle mis ojos servir de pasto á las fieras y á los buytres; y véalo tambien la misma á quien tanto ama: véalo, y sienta despedazarse su corazon de dolor: sírvame de consuelo su desesperacion.

Así hablaba Calipso, teniendo encendidos de furor los ojos, vaga la vista, sin fijarla en nada, con un aire sombrío y feroz que causaba espanto. Temblábase la barba, y mudaba de color á cada instante. Alguna vez la cubria el rostro una mortal palidez: sus lágrimas no corrian como otras veces con libertad y abundancia, sino con escasez y opresion: habianlas agotado la rabia y la desesperacion. La voz salia ronca, trémula é interrumpida.

Mentor lo observaba todo; y si no hablaba con Telémaco, era porque le trataba ya como á un enfermo, que por no dar esperanzas, se le abandona. Sin embargo no dejaba de echarle algunas miradas de compasion.

Bien conocia Telémaco su culpa, y cuan indigno era de la amistad de Mentor; y así era que no se alivia á levantar los ojos para mirarle, temiendo encontrarse con los de su amigo, que hasta con el silencio reprehendia su debilidad. No le faltaban impulsos para arrojarle á sus brazos, y manifestarle su arrepentimiento; pero le contenia una reprehensible cortedad, y por otra parte temia dar lugar con esta demostracion á que le sacase ántes que quisiera del peligro en que se hallaba, porque léjos de temerle, le amaba; y si bien le conocia, le faltaba valor para resolverse á abandonar su loca pasion.

Congregados los dioses y diosas del Olimpo, tenían fijos los ojos en la isla de Calipso, esperando ver por quien quedaba la victoria entre Minerva y el Amor. Este dios todo lo habia incendiado con sus fuegos; y Minerva, bajo la figura de Mentor, se servia de los zelos, inseparables del Amor, contra el Amor mismo: Júpiter habia resuelto ser un espectador neutral de este combate.

Entretanto, temiendo Eucaris que se le escapase Telémaco, se valia de mil artificios para retenerle en sus redes. Estaba ya para salir con él á la segunda cacería, y su traje era semejante al de Diana: Vénus y Cupido habian cuidado de derramar sobre ella nuevas gracias, de modo que aquel dia eclipsaba su hermosura á la de la misma Calipso, que viéndola de lejos, y mirándose al mismo tiempo en la mas cristalina de sus fuentes, se avergonzó de verse, y tomó el partido de ocultarse en lo interior de su gruta, donde, dando rienda á su dolor, exclamó á solas en estos términos:

¡Qué mal he conseguido desconcertar las ideas de los dos amantes, declarando que queria concurrir á la cacería! Sin embargo deberé ir? ¿pero á qué? ¿á contribuir á su triunfo, haciendo que sirva mi hermosura de realzar la de Eucaris? ¿á qué viéndome Telémaco, se encienda mas en su amor? ¡O desgraciada Calipso! ¿qué has hecho? No, no iré; pero ni ellos tampoco: yo sabré impedirlo. A buscar voy á Mentor para decirle que saque de aquí á Telémaco, y le conduzca á Itaca. ¡Mas ah! ¿qué será de mí sin él? ¿Donde estoy? ¿qué haré? ¡O cruel Vénus, como me engañaste! ¿qué presente tan funesto me hiciste! ¡Pernicioso rapaz, pérfido Amor, yo te entregué mi corazón con la esperanza de ser feliz viviendo con Telémaco; pero tú abusaste de

mi credulidad, dándome, en cambio de la dicha que me ofreciste, inquietud y desesperacion! Mis ninfas se han rebelado contra mí: mi divinidad solo me sirve de hacer eterno mi mal. ¡Ojalá pudiera darme la muerte, y con ella fin á mi tormento! Pero ya que yo no puedo, morirás tú, Telémaco: sí, preciso es que mueras. Yo me vengaré de tu ingratitud: tu ninfa lo verá: á su vista te daré muerte. Pero ¿qué es lo que digo! ¿Tú deliras, infortunada Calipso? ¿qué es lo que quieres hacer? ¿qué perezca un inocente, que tú misma has sumergido en un abismo de desgracias! ¿no eres tú la que encendiste la llama fatal en el casto pecho de Telémaco? ¿Qué inocencia la suya! ¿qué virtud, y qué horror al vicio! ¿qué oposicion á los vergonzosos placeres! ¿A qué, pues, haber emponzoñado su corazón! Es verdad que me hubiera dejado; ¿pero ahora no es preciso que me deje, ó que yo, siendo el objeto de su desprecio, le vea vivir solo para mi rival? En verdad que no padezco cosa que no merezca. Partid, Telémaco: alejaos de mí: sirva el mar de barrera á mi amor: deja á Calipso sin consuelo, sin poder soportar la vida, ni darse la muerte: déjala inconsolable, cubierta de oprobio, y desesperada: déjala para mayor tormento en compañía de tu orgullosa Eucaris.

Así razonaba á solas en su gruta; mas de improvviso sale impetuosamente, llamando á voces á Mentor. ¿Dónde estais, Mentor? ¿Así sosteneis á Telémaco contra el vicio que le rinde? ¿así os dormis mientras vela contra vos el Amor? Ya no puedo tolerar por mas tiempo la vil indiferencia con que le mirais. ¿Tendréis valor para ver con tranquilidad como el hijo de Ulises deshonra á su padre, y como se hace indigno del alto destino que le está reservado? ¿es á vos, ó á mí, á quien sus padres

han confiado su conducta? ¿os parece justo que yo busque los medios de curar su mal, y estaros vos miéntas tanto en esta reprehensible inacción? En lo mas espeso de ese bosque se crían gruesos árboles á propósito para la construcción de navíos: de ellos hizo Ulises él que le sirvió para salir de esta isla: allí mismo hallaréis una profunda caverna, y en ella todo lo necesario para cortar y unir las piezas de que debe componerse.

No bien lo hubo dicho, cuando se arrepintió. Pero Mentor, sin perder momento, fué, halló la cueva, encontró los instrumentos; cortó los árboles, y en solo un día puso una nave en estado de navegar, porque el poder y la industria de Minerva, no necesitan mucho tiempo para acabar las mas grandes empresas.

Calipso miéntas tanto se hallaba en el mas terrible compromiso. Por una parte quisiera ver si Mentor adelantaba su obra, y por otra no podia resolverse á dejar á Eucaris en plena libertad con Telémaco. Los zelos no la permitian que les perdiese de vista ni un instante. Para ocurrir á uno y otro, procuraba que la caza se hiciese por aquel lado en que sabia que estaba Mentor trabajando. Así, pues, oía el hacha y el martillo, aplicaba el oído, y cada golpe la estremecía: mas en el mismo instante receleba si Telémaco se habia aprovechado de esta distracción para hacer alguna seña, ó hechar alguna mirada á la ninfa.

Con efecto, Eucaris se valió de estos y otros intervalos para decirle en tono de mofa: ¿No temeis que despues os riña Mentor porque habeis venido sin él á caza? ¡O, cuanta lástima me causa véros vivir bajo la dirección de tan severo maestro! Nada basta á templar su austeridad: afecta ser enemigo de los placeres, y no permite que disfruteis de ninguno: del mas inocente os

reprende como de un crimen. Está bien que os dirigiese, miéntas no estuvisteis en estado de hacerlo por vos solo; pero despues de haber dado tantas pruebas de prudencia, no debeis permitir que os trate como á un niño.

De este modo logró Eucaris inspirarle cierta aversión á Mentor, y fomentar el deseo que tenia de sacudir su yugo. Sin embargo temia volverle á ver, y por lo mismo no se atrevió á responder á la ninfa: tanta era la irresolución en que se hallaba. Por fin retirándose al anochechar, despues de haber estado unos y otros mas que divirtiéndose, violentándose continuamente, viniéron á dar á un lado del bosque cerca de donde Mentor habia estado todo el dia trabajando; y desde allí alcanzó á ver Calipso acabado el navío: al instante se le cubrieron los ojos de una densa niebla, semejante á las sombras de la muerte: las rodillas de temblor no la podian sostener: un sudor frio la corria por todos los miembros: vióse precisada á apoyarse en las ninfas que la asistian; y alargando Eucaris la mano para sostenerla, la repelió con desprecio, mirándola con indignación.

Cuando vió Telémaco el navío, y no á Mentor, que se retiró luego que le hubo acabado, preguntó á la diosa, de quien era, y que destino tenia. Apenas acertaba Calipso á responderle: mas, recobrada un poco, le dijo: le he mandado construir para que Mentor se retire; con lo cual quedarás libre de la severidad de un amigo que se opone á tu felicidad, y que precisamente te mirará con envidia si te vieses revestido de la inmortalidad.

¡Mentor me abandona! ¿pues qué será de mí? exclamó Telémaco. Eucaris, si me deja Mentor, ya no me queda mas que vos. Escapáronse estas palabras en el

arrebato de su pasión: conoció lo mal que había hecho en decir las; pero no lo previó, ni estuvo en su mano reprimirse. Quedáronse todos admirados, sin que nadie se atreviese á hablar. Avergonzada Eucaris, y no osando levantar los ojos del suelo, ni presentarse á las otras, se quedó detras de todos: mas aunque su rostro daba señas de rubor, ella se alegraba interiormente. Telémaco no sabia lo que le pasaba ni como pudo andar tan indiscreto. Lo que había hecho le parecía un sueño; pero un sueño que le dejaba confuso y turbado.

Mas furiosa Calipso que una leona á quien han robado sus cachorros, corre al traves del bosque sin seguir ningun camino, ni saber donde va. Hállase por fin á la entrada de su gruta, donde Mentor la estaba esperando. Salid, le dijo, de mi isla, á la que parece que habeis venido solo para alterar mi reposo. Alejad de mí ese insensato jóven, si vos, imprudente viejo, no quereis esponeros á ser víctima del enojo de una diosa irritada. Yo no quiero volver á verle; no quiero que le hable, ni le mire ninguna de mis ninfas. Así lo juro por las ondas de la Estigia, juramento que hace temblar á los mismos dioses. Mas sabe, Telémaco, sabe que no se han acabado tus trabajos. No, ingrato; no saldrás de mi isla sino para padecer nuevas desgracias. Yo me veré vengada, y tú echarás ménos á Calipso, pero en vano. Irritado todavía Neptuno contra tu padre por las ofensas que le hizo en Sicilia, é instigado por Venus, á quien tú despreciaste en Chipre, te prepara nuevas borrascas. Verás á tu padre, que aun vive: sí; pero le verás sin conocerle. Te unirás á él en Itaca, pero serás despues de haber experimentado la mas enemiga fortuna. Vete, sal de aquí; pero yo invoco en mi venganza todo el poder de los dioses inmortales. ¡Ojalá yo te

viese en medio de los mares, pendiente de la mas alta roca, herido de un rayo, invocando en vano el nombre de Calipso! que tu suplicio causara mi alegría.

No bien acabadas estas exêcraciones, ya estaba dispuesta á resoluciones contrarias. El amor renovó en su corazon el deseo de retener á Telémaco. Viva, pues, decía en su interior, y permanezca en mi isla: acaso llegará á conocer cuanto he hecho por él, y que Eucaris no podrá, como yo, darle la inmortalidad. Mas ¡ah! qué mi ceguedad me ha precipitado! el juramento que he hecho por las ondas de la Estigia me quita toda esperanza! Aunque nadie oia estos discursos, veíanse no obstante pintadas en su rostro las furias, y todo el pestifero veneno del negro Cócito parecia que se exhalaba de su corazon.

Estaba Telémaco sobrecogido de horror, y no se le ocultaba á Calipso; porque, ¡qué no descubre el amor zeloso! y este mismo asombro de Telémaco redobló el furor de la diosa, que como una Bacante, que con sus alaridos hiera el aire, y hace estremecer los altos montes de la Tracia, así corria al traves de los bosques con un dardo en la mano, llamando á todas las ninfas, y amenazando traspasar á las que no la siguiesen. Acuden todas temiendo la amenaza; y hasta la misma Eucaris la sigue bañados los ojos en llanto, y mirando de léjos á Telémaco, pero sin atreverse á hablarle. Estremecióse la diosa al verla cerca de sí; y en lugar de aplacarse con la sumision de la ninfa, concibe nuevo furor de ver que la afliccion acrescentaba su hermosura.

Telémaco, viéndose á solas con Mentor, se echa á sus pies, no atreviéndose á arrojarse á sus brazos, ni aun á mirarle; y hecho un mar de lágrimas quiere

hablar, y le falta la voz; no encuentra con las palabras, no sabe lo que debe hacer, ni lo que hace, ni aun sabe lo que quiere. Por fin rompe en esta exclamacion: Padre mio! mi verdadero padre! mi Mentor! libradme de tantos peligros. Yo no puedo dejaros, ni seguiros. Libradme de tantos riesgos; libradme de mí mismo; dadme la muerte.

Abrázale Mentor, le consuela, le anima, le enseña á sufrirse á sí mismo; sin lisongear sus pasiones, y le dice: Hijo del sabio Ulises, que tan amado has sido, y aun eres, de los dioses, sabe que por un efecto de su amor padeces tan crueles tormentos. El que no ha conocido su propia debilidad y la violencia de sus pasiones, no es todavía sabio; porque ni puede conocerse, ni tener de sí desconfianza. Los dioses te han conducido como por la mano hasta la horrorosa boca del abismo, para que veas su espantosa profundidad, no para precipitarte á ella. Aprovechate pues ahora de lo que sin el socorro de la experiencia nunca hubieras aprendido. En vano se te hablara del Amor y de sus traiciones, de ese Amor corruptor, que halaga para matar, y que bajo la apariencia del contento oculta la mas cruel amargura. Acuérdate de como vino ese rapaz lleno de alegría, inspirando risas, conuilando con juegos, y adornado de todas las gracias. Le viste, te robó el corazon, y tú sentiste un placer en que te le robase. Despues buscabas pretextos para no resentirte de la herida que te hizo, procurando engañarme, y triunfar del engaño. Nada tenias; ¿Y cuál ha sido el fruto de semejante demencia? tú pides la muerte como la única esperanza que te queda. Calipso parece agitada por una furia infernal. Eucaris se abraza en el fuego mas voraz, y padece dolores mas crueles que los de la

misma muerte: en una palabra, todas las ninfas rabiosas con los zelos están para despedazarse entre sí propias. Este es, este es el fruto: esto lo que hace, y esto lo que desea hacer el traidor Cupido, que al principio se presenta tan afable y lisongero. Recobra pues, Telémaco, recobra el perdido aliento. Reconoce cuanto debes á los dioses, y cuanto te aman, pues te abren tan seguro camino para que huyas del Amor, y vuelvas á tu patria. Ya Calipso se ve precisada á echarte de la isla: el navio está pronto: ¿qué es pues lo que nos detiene? huyamos de una isla en que no puede habitar la virtud.

Dicho esto, le tomó de la mano, y se le llevaba hácia la playa: Telémaco le seguia como por fuerza, mirando siempre atras. Veía á su Eucaris que se alejaba de él; é ya que no podia verla bien el rostro, contemplaba sus hermosos cabellos, su ropa flotante, y su noble modo de andar: quisiera en aquel momento poder estampar los labios donde ella ponía los pies: ya no la veía, y aun aplicaba el oido, creyendo oir su voz. Aunque ausente, la estaba viendo: representábasela su imaginacion: parecíale que hablaba con ella, no sabiendo donde se hallaba, ni oyendo lo que Mentor le decia.

En fin volviendo en sí como de un profundo sueño, dijo á Mentor: Estoy resuelto á seguiros, pero aun no me he despedido de Eucaris: é ya que la abandone, no quisiera hacerlo con esa ingratitud de ningun modo. Permitidme que la vea por última vez, y que la dé un eterno á dios, ó que pueda á lo ménos decirle: Ninfa, los dioses crueles, los dioses, envidiosos de mi dicha, me precisan á que te deje; mas ántes me arrancarán la vida que tu nombre de mi memoria. Padre

mio, ó dadme este último consuelo, que es tan justo, ó la muerte. No creais que quiero permanecer aquí, ni abandonarme al amor: nada ménos. Mi corazón le desconoce; es amistad y reconocimiento el que á Eucaris profeso. Bástame decirla á dios, y al momento partimos.

¡Cuanto te compadezco! le respondió Mentor. Es tan furiosa tu pasión, que no la conoces. Ya lo ves, tú te crees tranquilo, y deseas la muerte: te atreves á lisongearte de que no conoces al amor, y no tienes valor para dejar á esa ninfa que amas: solo á ella ves, á ella oyes, y para todo lo demas estás sordo y ciego. El enfermo que delira en fuerza de la calentura, dice que no está enfermo. ¡Ah, ciego Telémaco, estabas dispuesto á renunciar á Penelope que te espera, á no ver ni conocer á Ulises, á olvidar á Itaca tu patria, en que has de reinar: dispuesto estabas á renunciar á la gloria, y al alto destino que los dioses te han prometido por medio de tantas maravillas obradas en tu favor: todo lo renunciabas por vivir sin honor con Eucaris, y dices sin embargo que no es amor el que á ella te aficiona! Si esto no, ¿qué es pues lo que te inquieta? ¿por qué apeteces la muerte? ¿qué te estimuló á prorumpir de aquel modo en presencia de la diosa? No te acuso de mala fé, compadezco tu ceguedad. Huye, Telémaco, huye: en la fuga está la victoria. Contra semejante enemigo el verdadero valor consiste en temer y huir; y no así como quiera, sino en huir sin pararse á deliberar, ni aun á mirar atrás. No creo que hayas olvidado los desvelos que me has costado desde tu infancia, y los peligros de que mis consejos te han sacado. Así que no hay medio, ó creerme tambien ahora,

ó permitirme que te abandone. ¡Si tú supieras cuán doloroso me es verte correr á tu precipicio! ¡y cuanto he sufrido en todo el tiempo que no me he atrevido á hablarte! no le costó tanto darte á luz á la madre que te dió el ser. Yo he callado, he disimulado mi pena, hasta los suspiros he sofocado á ver si te resolvias por tí mismo á buscarme. ¡Ay, hijo mio! consuela mi corazón, vuélveme lo que mas amo, restitúyeme á Telémaco; sí, restitúyete á tí mismo. Si puede mas contigo la sabiduría que el amor, viviré, y viviré feliz; pero si te arrastra el amor á despecho de la sabiduría, ya no hay vida para Mentor.

Miéntas que así le hablaba, le iba conduciendo hácia el mar, y aunque Telémaco no tenia el valor necesario para seguirle de su motivo, tenia ya el que bastaba para dejarse llevar sin resistencia. Minerva, siempre oculta bajo la figura de Mentor, invisiblemente cubria con su egida á Telémaco, y le comunicó un rayo de luz divina, y en él cierto valor, que no habia sentido desde que entró en la isla. Por último llegaron á la ribera; y queriendo ver si el navío que Mentor habia hecho estaba en el mismo lugar en que le dejó, subieron á una montaña escarpada, ó mas bien á una eminente roca, baticida siempre del mar, desde donde vieron el mas triste espectáculo.

Resentido vivamente el Amor, no solo de que un viejo desconocido fuese insensible á sus flechas, sino aun mucho mas de que substrajese á Telémaco de su dominio, lloraba de despecho; y se fué á ver con Calipso, que andaba vagando por lo mas intrincado de las selvas. No pudo la diosa verle sin gemir: á su vista se renovaron las heridas que la habia hecho. ¿Es posible que siendo vos una diosa, le dijo el Amor, os dejeis vencer de un

débil mortal, que es ademas vuestro prisionero? ¿por qué le dejais salir?— O perfido Amor, le respondió Calipso, ya estoy escarmentada de tus perniciosos consejos; tú me sacaste del seno de la paz en que descansaba para precipitarme en un abismo de males. Ya está resuelto. Jurado tengo por las aguas de la Estigia, dejar partir á Telémaco. El mismo Júpiter, el padre de los dioses con todo su poder no se atreviera á violar tan solemne juramento. Salga pues Telémaco de mi isla: y tú, infame rapaz, sal tambien: mayores males me has hecho tú que él.

Enjugándose el Amor las lágrimas, le dijo con una maligna sonrisa: en verdad, Calipso, que es grande ese obstáculo: sin embargo dejadlo á mi cuidado, cumplid vuestro juramento, no os pongais á que Telémaco parta; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Estigia dejarle salir. Yo les inspiraré el designio de quemar el navío tan velozmente construido por Mentor; y si entónces os sorprendió tanto su diligencia, yo os ofrezco que no quedará él ménos sorprendido de la prontitud con que yo la inutilice, sin que despues le reste ningun arbitrio para llevaros á Telémaco.

Estas lisongeras palabras hicieron renacer en Calipso la esperanza y la alegría. Como un blando céfiro á la márgen de un arroyo recrea con su frescura el caluroso rebaño, que con los ardores del estío está ya desmayado y abatido, así este discurso del Amor vivificó las esperanzas de la diosa. Serenócela el rostro, los ojos recobraron su alegría, y los crueles cuidados que la devoraban se alejaron de ella por aquel momento. Sonrióse é hizo mil caricias á aquel festivo niño, pero estas mismas caricias la preparaban nuevos disgustos.

Satisfecho el Amor de haber persuadido á la diosa, partió á persuadir tambien á las ninfas, que andaban errantes y dispersas por aquellos montes como anda un rebaño que la rabia de los hambrientos lobos ha hecho huir léjos de su pastor. Congrégalas Cupido, y les dice: Aun está Telémaco en vuestro poder. No perdais momento en poner fuego á esa nave que el temerario Mentor ha hecho para llevársele. Inflamadas las ninfas encienden con presteza antorchas, corren furiosas á la playa dando terribles alaridos, y entregan al aire el cabello como unas bacantes. Ya suben al cielo las llamas que consumen la nave hecha de maderas secas y embreadas, é ya los remolinos de humo oscurecen la luz, forinando una densa nube.

Desde la roca en que estaban Telémaco y Mentor veían el incendio, y oían la algazara de las ninfas. No le saltó mucho á Telémaco para alegrarse tambien, porque su mal aun no estaba curado, y á Mentor no se le ocultaba que su pasion era como un fuego mal apagado que de cuando en cuando se deja ver entre sus cenizas. ¡Vedme, dijo Telémaco, otra vez preso en las mismas redes! Ya no nos queda esperanza alguna de salir de esta isla.

Conoció Mentor su espíritu, y lo espuesto que estaba á reincidir si perdía un momento en evitarlo. Y alcanzando á ver á lo léjos en medio del mar un navío parado, que no se atrevía á acercarse á la isla, porque sabian todos los pilotos que era inaccesible á los hombres, impele á Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipita al mar, y se arroja tras él. Quedó Telémaco tan aturdido de esta violenta caída, que bebió del agua salada, y vino á ser el juguete de las ondas. Pero vuelto en sí, y viendo que Mentor le alar-

gaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensaba mas que en alejarse de la isla fatal.

Cuando las niñas creían tenerles mas seguros, y viéron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso inconsolable se volvió á su gruta, ocupando todos los ámbitos de ella con espantosos alaridos; y el Amor, viendo su triunfo trocado en vergonzoso vencimiento, se remontó en los aires, batiendo las alas, y se huyó al frondoso bosque de Idalia, donde le esperaba su madre; el hijo, aun mas cruel, no tuvo consuelo, sino riéndose con ella de todos los males que habia causado.

A proporción que Telémaco se apartaba de la isla, sentia con placer que iba recobrando el esfuerzo y su antiguo amor á la virtud. Ahora conozco, le decia á Mentor, la justicia de vuestros consejos, que mi inesperienza no me dejaba conocer entónces: ahora conozco no se vence el vicio sino huyendo. Ahora reconozco tambien quanto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilios, cuando tan justamente merecia que me privasen de ellos, y me abandonasen á mí mismo. Pero ya no temo al mar, ni á los vientos, ni á las tempestades: á nada temo ya sino á mis pasiones: el amor por sí solo es mas temible que todos los naufragios.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO.

El navío que desde la roca alcanzó á ver Mentor era Tiro, y su capitan un hermano de Narbal, llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente; y reconociendo á Telémaco, le refirió la muerte trágica de Pigmalion y de Astarbe: la elevacion de Baleazar, que á persuasion de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras da Adoam un refresco á Telémaco y Mentor, se llegan al rededor del navío los Tritones, las Nereidas, y las demas divinidades del mar atraidas del dulce cántico de Aquitoas: toma Mentor una lira, y le hace muchas ventajas. Despues refiere Adoam las maravillas de la Bética: describe el suave temperamento del aire, y las demas circunstancias recomendables de aquel pais, la vida tranquila de sus habitantes, y la simplicidad de sus costumbres.

EL navío que estaba parado, y hácia el cual se dirigian, era Fenicio, con rumbo á Epiro. Los Fenicios que en él iban habian visto á Telémaco en su viage á Egipto; pero no era fácil que entónces le conociesen, viéndole en medio del mar. Luego que Mentor se acercó á distancia de poder ser oido, levantó la cabeza sobre las aguas, y exclamó: Fenicios, protectores de todas las naciones, no negueis la vida á dos hombres que esperan obtenerla de vuestra humanidad. Si temeis á los dioses, recibid-

gaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensaba mas que en alejarse de la isla fatal.

Cuando las niñas creían tenerles mas seguros, y viéron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso inconsolable se volvió á su gruta, ocupando todos los ámbitos de ella con espantosos alaridos; y el Amor, viendo su triunfo trocado en vergonzoso vencimiento, se remontó en los aires, batiendo las alas, y se huyó al frondoso bosque de Idalia, donde le esperaba su madre; el hijo, aun mas cruel, no tuvo consuelo, sino riéndose con ella de todos los males que habia causado.

A proporción que Telémaco se apartaba de la isla, sentia con placer que iba recobrando el esfuerzo y su antiguo amor á la virtud. Ahora conozco, le decia á Mentor, la justicia de vuestros consejos, que mi inesperienza no me dejaba conocer entónces: ahora conozco no se vence el vicio sino huyendo. Ahora reconozco tambien quanto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilios, cuando tan justamente merecia que me privasen de ellos, y me abandonasen á mí mismo. Pero ya no temo al mar, ni á los vientos, ni á las tempestades: á nada temo ya sino á mis pasiones: el amor por sí solo es mas temible que todos los naufragios.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO.

El navío que desde la roca alcanzó á ver Mentor era Tiro, y su capitan un hermano de Narbal, llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente; y reconociendo á Telémaco, le refirió la muerte trágica de Pigmalion y de Astarbe: la elevacion de Baleazar, que á persuasion de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras da Adoam un refresco á Telémaco y Mentor, se llegan al rededor del navío los Tritones, las Nereidas, y las demas divinidades del mar atraidas del dulce cántico de Aquitoas: toma Mentor una lira, y le hace muchas ventajas. Despues refiere Adoam las maravillas de la Bética: describe el suave temperamento del aire, y las demas circunstancias recomendables de aquel pais, la vida tranquila de sus habitantes, y la simplicidad de sus costumbres.

EL navío que estaba parado, y hácia el cual se dirigian, era Fenicio, con rumbo á Epiro. Los Fenicios que en él iban habian visto á Telémaco en su viage á Egipto; pero no era fácil que entónces le conociesen, viéndole en medio del mar. Luego que Mentor se acercó á distancia de poder ser oido, levantó la cabeza sobre las aguas, y exclamó: Fenicios, protectores de todas las naciones, no negueis la vida á dos hombres que esperan obtenerla de vuestra humanidad. Si temeis á los dioses, recibid-

nos en vuestra nave; que nosotros os seguiremos adonde quiera que vayais. El comandante del navío respondió compadecido: Nosotros tenemos la mayor satisfacción en recibirlos; sabemos respetar la desgracia aun en los que no conocemos: y con efecto así lo hizo.

Pero apenas entraron, cuando faltos de fuerzas, y aun de respiracion, se quedaron casi exánimes de resultas de lo mucho que habian nadado, y de los reiterados esfuerzos con que resistieron á las olas. Fueronse recobrando poco á poco: les diéron vestidos para que se quitasen los que traian empapados y rebosando el agua por todas partes; y cuando estuvieron en estado de hablar, vieron al rededor de sí á toda la tripulacion impaciente por saber sus aventuras. Preguntóles el comandante, ¿cómo habian podido entrar en aquella isla, en la cual era fama reinaba una diosa cruel que jamas permitía que nadie se acercase? Por otra parte son tan escarpadas las rocas que la ciñen, que se burlan de la locura con que el mar las combate, y no es posible acercarse á ellas sin naufragar.

Por un naufragio fuimos con efecto arrojados, les respondió Mentor: nosotros somos Griegos, naturales de Itaca, isla inmediata á Epiro, adonde acaso dirigis vuestro rumbo; pero aun cuando no querais tocar en ella, que se encuentra al paso, contentariámonos que nos condujeseis á Epiro, donde hallaremos amigos que nos proporcionen hacer tan corta travesía, y os seremos deudores de la dicha de volver á ver lo que mas estimamos en el mundo.

Así se esplicó Mentor; y entretanto guardaba Telémaco silencio, sin atreverse á hablar una palabra, porque las flaquezas en que habia incurrido en la isla de Calipso le hacian mas prudente. Desconfiaba de sí, y

conocia la necesidad de seguir en todo los sabios consejos de Mentor; y cuando no podia pedirselos de palabra, procuraba consultando sus ojos, adivinarle los pensamientos.

Mirando mas despacio á Telémaco el capitán Fenicio, queria como hacer memoria de haberle visto ántes; pero tan confusamente, que no le era posible asegurarse. Permittedme, le dijo, que os pregunte si os acordais de haberme visto alguna otra vez, así como yo quiero hacer memoria de haberos visto ántes de ahora: vuestras facciones no me son desconocidas, y así fué que al instante me llamaron la atencion: sin embargo yo no sé donde os he visto: recorred, si gustais, vuestra memoria, que acaso ayudará á la mia. Respondióle Telémaco con una admiracion envuelta en alegría: á mí me ha sucedido al veros puntualmente lo mismo: yo os he visto: yo os he hablado; pero no puedo asegurar si en Egipto ó en Tiro. Con esto el Fenicio, semejante al que al despertar temprano se le huye un grato sueño, y va acordándose poco á poco, y como trayéndole de léjos, exclamó alborozado: Vos sois Telémaco, con quien Narbal asentó amistad á nuestra vuelta de Egipto. Yo soy su hermano, de quien regularmente os hablaria muchas veces: aun me acuerdo que os dejé con él, cuando despues de la expedicion de Egipto tuve que ir á la famosa Bética (1), del otro lado de los mares, cerca de las columnas de Hércules; y esto fué la causa de que os viese tan poco, que no es extraño que ahora haya estado tan tarde en reconocerlos.

(1) La Bética era una parte de España compuesta de las provincias llamadas en el día Andalucía y Granada.

Yo tambien me aseguro ahora, respondió Telémaco, que sois Adoam: ya os acordaréis de que entónces apenas os ví; pero os conocí bastante por las noticias que me dió Narbal. ¡Qué satisfaccion para mí la de saber por vos de tan digno amigo! ¿Permanece en Tiro? ¿ó ha sido acaso víctima de las sospechas del cruel Pigmalion? Interrumpióle Adoam, para que no siguiese, diciéndole: sabed, Telémaco, que no sé cual de los dos debemos mas á la fortuna: si vos en veros entre quienes no habrá peligro á que no se espongan por restituirlos á vuestra patria, ó yo en poderos proporcionar esta dicha: no lo dudeis: ántes de ir á Egipto os dejaré en Itaca: y creed que en el hermano de Narbal tendréis otro amigo que no hará ménos por vos que Narbal mismo.

A este tiempo notó que apuntaba el viento que esperaban: hizo levar el áncora, desplegar velas, y surcar el mar á fuerza de remo; y apartándose con Mentor y Telémaco, le dijo á este:

Ahora satisfaré vuestra curiosidad. Pigmalion ya no existe: los justos dioses libraron de él al mundo. Como desconfiaba de todos, nadie se fiaba de él. Los buenos se contentaban con gemir y librarse de sus crueldades sin intentar hacerle ningun mal; pero los malos no creían tener segura la vida sino quitándole la suya: unos y otros vivian siempre espuestos á ser objeto de sus sospechas, y mas que todos, sus guardias; porque como tenian la vida del tirano en sus manos, les tenia mas que al resto de los hombres, y á la mas mínima sospecha les sacrificaba á su seguridad. ¿Mas cómo era posible que la hallase quien así la buscaba? Su desconfianza tenia en un continuo peligro á los depositarios de su existencia; y estos no tenian otro medio de salir de

tan horrible situacion, que previniendo con la muerte del tirano sus crueles sospechas.

Ya oíais hablar de la infame Astarbe; pues ella misma fué la que dió el primer paso para la ruina del rey. Amaba con estremo á un Tirio, jóven muy rico, llamado Joazar; y proyectaba elevarle al trono. Para mejor conseguirlo, persuadió al rey que el mayor de sus dos hijos, llamado Fadael, impaciente por sucederle, conspiraba contra él; y no le faltaron testigos que apoyasen la calumnia. Creyólo el desgraciado rey, é hizo matar á su hijo inocente. Al segundo, llamado Balcazar, le envió á Samos con el pretexto de que aprendiese las costumbres y las ciencias de Grecia; pero en la realidad porque Astarbe le sugirió que convenia alejarle para que no entrase en medidas con los descontentos. Partió con efecto para aquella isla; pero los que le conducian, corrompidos por esta iudigua muger, dispusieron por la noche un aparente naufragio de que todos se salvaron á nado en unas barcas estrangeras que á este fin los esperaban, y al jóven príncipe le precipitaron al mar.

Entretanto nadie sino Pigmalion ignoraba los amores de Astarbe; teniala por incapaz de amar á otro, y solo de este modo se puede concebir como un príncipe, que de nadie se fiaba, vivia tan satisfecho de esta infame muger: solo el amor pudo cegarle hasta este estremo. Al mismo tiempo buscaba su codicia pretextos para dar muerte á Joazar, de quien Astarbe estaba tan apasionada, y apoderarse de sus riquezas.

Pero mientras Pigmalion estaba poseido de la desconfianza, del amor y de la avaricia, se ocupaba Astarbe en los medios de quitarle prontamente la vida, porque recelaba si tendria alguna noticia de sus infames amores.

Por otra parte sabia que no necesitaba su favorito mas delitos que sus riquezas para que la avaricia del rey ejerciese en él sus crueldades; y de todo concluyó, que era necesario aprovechar los momentos para evitarlo, anticipándose. Ella veía á los principales oficiales de palacio dispuestos á manchar sus manos con la sangre del rey: oía todos los dias tratarse de nuevas conjuraciones; pero no se atrevia á fiarse de nadie por no ser descubierta: y por último la pareció mas seguro servirse de un veneno.

Regularmente comian solos ámbos lo que él mismo componia, porque no se fiaba mas que de sus manos: encerrábase en lo interior de palacio para ocultar mejor su desconfianza, y porque nadie le pudiese acechar cuando preparaba la comida: privábase de todos los placeres de la mesa, y de todo cuanto no sabia componer, de modo que no solo las viandas alinadas por los cocineros, pero ni aun el vino, el pan, la sal, el aceite, la leche, ni los demas alimentos ordinarios no eran de su uso. En una palabra, solo comia las frutas que cogia en su jardín, ó las legumbres sembradas y cocidas por sí mismo, ni bebia mas agua que la de una fuente, que tenia cerrada, y cuya llave traía siempre consigo. Aunque parecian satisfecho de Astarbe, no por eso dejaba de tomar contra ella ciertas precauciones, pues la hacia que bebiese y comiese ántes de todo lo que él habia de comer y beber para que en el caso muriesen ámbos envenenados; y para quitarla toda esperanza de sobrevivirle; pero ella supo inutilizar su diligencia con antidoto que la suministró una vieja aun mas infame que ella, y que era la confidenta de sus amores; y con este preparativo ya no dudó envenenar al rey.

Ahora veréis como lo consiguió. Al ponerse ámbos

comer, se oyó un ruido hácia una puerta. El rey, temeroso siempre de que le fuesen á matar, se sobresaltó, y fué hácia ella por ver si estaba bien cerrada. Retiróse la vieja que le habia hecho, y era la misma de quien acabo de hablaros. Permanece el rey indeciso sin saber á que atribuir lo que habia oido, ni atreverse á abrir la puerta para averiguarlo. Procura Astarbe sosigarle, le acaricia y le insta á que coma; pero ya le habia envenenado la copa miéntras fué á exâminar la puerta; y aunque siguiendo su costumbre la hizo beber primero; ella lo hizo sin recelo, fiada en el antidoto. Bebió tambien Pigmalion, y á poco tiempo le dió un desmayo.

Astarbe, que conocía que la menor sospecha le obrará para matarla, empezó á rasgar sus vestidos, arrancarse el cabello, y dar lastimosos gritos: abraza el moribundo rey, le estrecha entre sus brazos, y derrama sobre él un torrente de lágrimas, sin que la costase ninguna violencia usar de semejantes artificios: tal era su simulacion. Por último, cuando conoció que ya estaba sin fuerzas, y casi agonizando, pasó de las caricias y de las mas tiernas demonstraciones de amistad á la crueldad mas horrorosa: arrojase á él y le ahoga: arráncale del dedo el anillo real: róble la diadema: manda entrar á Joazar, y le entrega uno y otro con la esperanza de verle proclamado rey; pero los que la habian sido mas adictos, y en quienes ella tenia toda su confianza, como que eran unas almas bajas y mercenarias, incapaces por lo mismo de una sincera amistad, la faltaron en la ocasion: faltábales á ellos el valor, y temian á los enemigos que Astarbe se habia grangeado; y mas que todo temian la altanería, la simulacion y la crueldad de tan impía muger; y cada uno por su propia seguridad deseaba que pereziese.

Entretanto todo palacio era una confusion, un horroroso tumulto: por todas partes se oye á gritos que el rey ha muerto: unos se asombran: otros corren á las armas, y el temor de las resultas anda en todos mezclado con la alegría de la noticia: hácela correr la fama de uno en otro por toda la gran ciudad de Tiro, y en toda ella no se encontró ninguno que se doliese de la desgracia del rey: en su muerte estaba la seguridad y el consuelo de todo el reino.

Sorprendióle á Narbal un accidente tan horroroso: sintió como hombre de bien la desventura de Pigmalion, que se vendió á sí mismo, entregándose á aquella infame, y que había querido mas ser un monstruoso tirano que el padre de sus vasallos, á que como rey estaba obligado. Pero no pudiendo mirar con indiferencia la felicidad de su patria, reune á los hombres de bien para oponerse á la orgullosa Astarbe, en cuyas manos hubiera sido aun mas duro el cetro que en las del mismo Pigmalion.

Sabia Narbal que Baleazar vivia; pues aunque á Astarbe la aseguraron su muerte, y así lo creyeron los que con este fin le precipitaron, lo cierto fué que el príncipe con el favor de la noche pudo, sin ser de ellos sentido, llegar á nado adonde unos comerciantes cretenses, movidos de compasion, le recibieron en su barco; y no se atrevió á volver á Tiro, sospechando que se habia concertado su muerte en aquel supuesto naufragio, y porque temia tanto las desconfianzas de su padre, como los artificios de Astarbe. Detúvose mucho tiempo disfrazado en las riberas del mar de Siria, en donde le dejaron los comerciantes cretenses, hasta que por fin se vió reducido á adquirir el sustento guardando un rebaño; mas luego que encontró medio, comunicó á Narbal

el estado en que se hallaba, no dudando descubrir el secreto, y poner la vida en manos de un hombre de tan acrisolada virtud; y con efecto, aunque mi hermano estaba agraviado del padre, no por eso dejó de amar al hijo, y de cuidar de sus intereses, pero sin mas fin que él de contenerle para que no entrase en otros empeños, faltando á lo que á su padre debía; y así lo consiguió esforzándole á sufrir en la adversidad.

Hábale prevenido Baleazar que, cuando tuviese por oportuno su regreso á Tiro, le enviase un anillo de oro, y con él se daría por avisado. No tuvo Narbal por conducente su vuelta mientras Pigmalion viviese: arriesgará inútilmente la vida del príncipe y la suya propia: tan difícil era precaucionarse contra las rigurosas pesquisas del rey. Pero en el momento en que se verificó su desastrosa muerte, digna por cierto de sus crímenes, le envió el anillo, se puso Baleazar en marcha, y llegó á las puertas de Tiro á tiempo que toda la ciudad estaba en movimiento deseando saber quien sucederia á Pigmalion. Dejóse ver su hijo; y fué reconocido sin dificultad por sus magnates y por el pueblo. Amábane todos, no por su padre, á quien mortalmente aborrecian, sino porque con su afabilidad y moderacion se lo habia granjeado, y porque sus mismas desgracias daban nuevo realce á sus prendas, y les disponian en su favor.

Congregó Narbal los magistrados, los ancianos que componian el consejo, y los sacerdotes de la gran diosa de Fenicia. Púsoles delante á Baleazar, y todos á porfia le saludaron como á un rey; por tal le proclamaron los reyes de armas, y el pueblo correspondió con mil aclamaciones de contento. Oíalo Astarbe desde lo interior de palacio, donde permanecia encerrada con su vil é infame Joazar; abandonáronla todos aquellos pérfidos

de quienes se habia servido en vida de Pigmalion , porque los malvados recíprocamente se temen , desconfian unos de otros , y no quisieran ver el poder en manos de ninguno de ellos , porque conocen cuan indignamente usarian de él , y hasta qué extremo llevarian sus violencias. Mas quieren verle en los buenos , de quienes lo ménos que esperan es moderacion é indulgencia. Por esta razon la abandonáron todos , ménos aquellos cómplices de sus mas horrorosos crímenes , que no esperaban otro premio que un suplicio.

No costó mucho forzar las puertas de palacio , porque aquella vil y afeminada gente mas pensaba en la fuga que en la resistencia. Tambien quiso huir Astarbe disfrazada de esclava ; pero conocióla un soldado , la detuvo , y no fué poco librarla del populacho , que furioso queria despedazarla. Ya habian empezado á arrastrarla , cuando Narbal la sacó de entre sus manos. Pide audiencia al nuevo rey , esperando deslumbrarle con sus hechizos , y disponerle en su favor , prometiéndole descubrir secretos importantísimos. Concédesele Balezar , y ella se le presenta tan bien adornada de modestia su hermosura , que bastaba su presencia á desarmar los mas irritados corazones. Da principio á su defensa por las alabanzas del príncipe ; pero insinuando con tanta delicadeza los elogios , que no pudiese darse por ofendida su modestia : tanta era su astucia. Hízole presente cuanto la habia amado su padre : puso por medianeras sus cenizas para moverle á que se apiadase : invocó á los dioses como si los hubiera sinceramente adorado : hecha un mar de lágrimas , se arroja á sus pies : pide , ruega , clama ; y por fin no perdonó medio de interesarle en su favor , ni tampoco de hacerle sospechosos y aborrecibles todos los que le eran mas afectos , y le

habian mejor servido. Acusó á Narbal de haber tenido parte en una conjuracion tramada contra el rey difunto , y de haber procurado sobornar los pueblos para usurparle á él el trono ; y aun añadió que habia tratado de envenenarle. Por fin no hubo Tirio virtuoso á quien no comprendiese la calumnia ; sin duda porque creía hallar en este príncipe la misma disposicion á desconfiar de todos , que habia encontrado en su padre. Pero no pudiendo Balezar soportar mas la malignidad de tan infame muger , la interrumpe : llama á la guardia : se la asegura , y comete el exámen de su conducta á la prudencia de los mas sabios ancianos.

No tardáron estos en descubrir que ella misma habia atosigado y sofocado al infeliz Pigmalion , y que todo el discurso de su vida habia sido un eslabonamiento de los mas monstruosos crímenes. Ibasela á condenar al fuego lento con que en Fenicia se castigan los delitos atroces ; mas luego que conoció que no la quedaba ninguna esperanza , hecha una furia abortada del infierno , tomó el veneno que á prevencion traía siempre consigo por si se la queria precisar á padecer largos tormentos. Notáron los que la guardaban las ansias que padecía , y quisieron socorrerla ; pero ella ni quiso hablarles , ni admitir su socorro , dándoles á entender por señas que no buscaba ningun alivio. Habláronla de los justos dioses , que tan ofendidos tenia ; pero léjos de manifestar la sumision y el arrepentimiento que sus culpas exigian , miró al cielo con desprecio y arrogancia , como insultando á los dioses.

La rabia y la impiedad estaban pintadas en su semblante : ningun resto la quedó de aquella hermosura que fué el precipicio de tantos hombres : todas sus gracias desaparecieron : sus ojos moribundos giraban

en horroroso desconcierto al rededor de sus orbitas : un movimiento convulsivo agitaba sus labios : tenia tan abierta la boca que causaba espanto : el rostro todo contraido y erizado hacia los mas horribles movimientos : una lívida palidez, y un frío mortal se apoderaron de sus miembros. Alguna vez parecia que se reanimaba ; pero no era mas que para horrorizar con alaridos , hasta que por fin espiró entre las convulsiones de la desesperacion , dejando sobrecogidos y atemorizados á cuantos la estuviéron viendo. Sus impíos manes descenderian sin duda á aquellas tristes estancias en donde las alevosas Danaides (1) pagan en inútiles afañes é interminables fatigas su perfidia : en donde el obscuro Ixíon (2) atado á la incansable rueda girará con ella por toda la duracion de los siglos : en donde el impío Tántalo (3) vivirá , con los labios en el agua , rabiando de

(1) Las Danaides eran cincuenta hijas de Danao, rey de Argos, casadas con otros tantos hijos de Egipto sus primos. Mataron á sus maridos la primera noche de sus bodas, excepto Hipermnestra que perdonó al suyo llamado Lincoo. Fingen los poetas que en los infiernos se afanan incesantemente en llenar de agua unos toneles horadados.

(2) Ixíon, hijo de Flegias, rey de Tesalia, movido de un violento amor para Juno, abrazó una nube que Júpiter habia formado para engañarle, de donde nacieron los Centauros. Luego fué precipitado á los infiernos, donde se finge que anda sin cesar una rueda.

(3) Tántalo, hijo de Júpiter y de la ninfa Flora, habiendo dispuesto un convite para los dioses, quiso probar su divinidad. A cuyo efecto les presentó un plato lleno de los miembros de su hijo Pelops que habia destrozado. Júpiter,

eterna sed : en donde rueda Sisifo (1) inútilmente una roca que sin cesar vuelve á despeñarse ; y en donde Ticio (2) sentirá eternamente devoradas sus siempre renacientes entrañas por el mas insaciable buytre.

Desembarazado Baleazar de tan abominable monstruo , dedicó todo su cuidado á dar gracias á los dioses , y á desagruarles con innumerables sacrificios. Desde luego empezó á dar muestras de una conducta diametralmente opuesta á la de su padre, aplicándose á restablecer el comercio que por instantes iba decayendo. Se aconseja de Narbal en los asuntos de mayor importancia ; mas no por eso se deja gobernar de él , pues todo lo vé , y lo examina todo por sí mismo : oye los consejos que le dan , y se declara por él que mejor le parece : ámanle los pueblos , y en su amor posee mas copiosos tesoros que los que amontonó la cruel avaricia de su padre : no habrá ni una sola familia , que , si le viera necesitado , no le diera cuanto tuviese , de modo que es mas dueño de lo que les deja , que si se lo quitará. No necesita de tomar precauciones para la seguridad

habiendo conocido el delito, derribó con un rayo á Tántalo á los infiernos, donde se finge que padece hambre y sed eternamente.

(1) Sisifo, hijo de Eolo, ejercia el oficio de ladrón en el Atica, donde le mató Teseo. La fábula le hace rodar en los infiernos una peña del pie de un monte hasta la cumbre, de donde vuelve á caer sin cesar.

(2) Ticio, hijo de Júpiter y de Elara, habiendo osado solicitar á Latona, fué muerto á flechazos por Apolo, y precipitado á los infiernos, donde un buytre le roe el corazon que sin cesar renace.

de su persona , porque vela sobre ella el amor de los vasallos , que le custodia mejor que la mas aguerrida guardia. A todos contrista la idea de perderle , y no habrá vasallo suyo que no arriesgue la vida por conservar la de un rey tan digno de serlo. Es feliz , y sus pueblos con él : teme exigirles mucho , y ellos sienten no ofrecerle la mayor parte de lo que tienen : les deja en la abundancia , y no por eso son indóciles , ni insolentes ; ántes sí mas laboriosos , adictos al comercio , y constantes en conservar la pureza de sus antiguas leyes. De este modo ha vuelto la Fenicia á subir al mas alto punto de grandeza y de gloria ; y toda esta prosperidad se la debe á su jóven rey.

Narbal es su teniente. ¡ Ah ! ¡ cuanta fuera su alegría si ahora os viera para colmaros de presentes ! ¡ con qué gusto , Telémaco , con cuanta satisfaccion dispusiera restituiros con decoro á vuestra pátria ! ¡ qué felicidad la mia en hacer lo que él haria si pudiese ! ¡ qué dicha la de ir á Itaca á poner en el trono de Ulises á su hijo Telémaco , desde donde pueda , como Baleazar en Tiro , dictar sabias leyes á sus pueblos !

Satisfecho Telémaco de la puntualidad con que Adoam acababa de referir tan singulares sucesos , y mucho mas por las apreciables demostraciones de cariño con que en medio de sus infortunios alentaba su esperanza , le abrazó tiernamente. Despues le preguntó Adoam , por que acaso habia entrado en la isla de Calipso ; y Telémaco le correspondió , dándole cuenta de todos sus acontecimientos desde que salió de Tiro ; su paso por la isla de Chipre ; como volvió á hallar á Mentor ; su viage á Creta ; los juegos públicos que en aquella isla se hicieron para la eleccion del nuevo rey despues de la fuga de Idomeneo ; la venganza de Vénus ; su naufragio ;

la buena acogida que les hizo Calipso ; los zelos que concibió esta diosa de una de sus ninfas ; y la accion de Mentor , que le arrojó al mar luego que vió el navío Fenicio.

Acabados estos discursos , dispuso Adoam en prueba de su estraordinario contento dar á sus amigos un espléndido refresco , y proporcionarles en él todos los placeres que la situación permitia : hizole servir por jóvenes Fenicios vestidos de blanco , y coronados de flores : quemáronse aromas de los mas esquisitos del oriente. Ocupaban los bancos de los remeros diestros tocadores de flauta , á quienes de cuando en cuando interrumpia Aquitoas con los dulces acentos de su voz y de su lira , dignas por cierto de ser oidas en la mesa de los dioses , y capaces de arrebatár al mismo Apolo. Los tritones , las nereidas , las divinidades todas que reconocen el imperio de Neptuno , hasta los monstruos marinos , atraidos por la melodía , dejaban sus húmedas y profundas grutas , y se atropellaban por llegar al rededor del navío. Un coro de mancebos Fenicios , de gentil disposicion , vestidos de finísimo lienzo mas blanco que la nieve , danzáron largo rato al uso de su pais , al de Egipto , y por ultimo al de la Grecia. De cuando en cuando se oía repetido el eco de las trompas , llevado por las olas hasta las mas distantes riberas. El silencio de la noche , la calma del mar , la trémula luz de la luna , que reverberaba en la superficie de las aguas , el oscuro azul del cielo matizado de brillantes estrellas , todo contribuía á hacer el festin mas agradable.

Telémaco , dotado de un natural vivo y sensible , gustaba de esta diversion ; pero no se atrevia á soltar la rienda á la alegría , porque desde que con tanta vergüenza suya esperiméntó en la isla de Calipso cuan dis-

puesta se halla la juventud á inflamarse, los mas inocentes placeres alarmaban su cuidado: todo le era sospechoso. Miraba á Mentor, y examinábale el rostro y los ojos para inferir el juicio que debia hacer de estos placeres.

Alegrábase Mentor de verle en esta incertidumbre, y hacia como que no lo notaba, hasta que movido por fin de la moderacion de Telémaco, le dijo sonriéndose: Bien conozco tu temor, y lo digno de alabanza que por él eres; pero no se ha de llevar al extremo. Nadie en el mundo se interesa mas que yo en que disfrutes de los placeres, pero de unos placeres que no te exciten pasiones violentas, ni enerven tu valor. Estos son los que te convienen, porque son los únicos capaces de divertir sin enagenar: placeres sencillos y moderados que no te priven de la razon, ni te transformen en fiera. Ahora es justamente cuando, para alivio de tus penas, y en obsequio de Adoam, debes disfrutar de estos con que su generosidad te convida: sí, Telémaco, alégrate, regocíjate, que la sabiduría nada tiene de austera ni de afectada; ántes por el contrario ella es la que ofrece los verdaderos placeres: ella la que los sazona, y los hace puros y duraderos: ella la que sabe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones graves y sérias: preparar el placer en el trabajo, y aliviar el trabajo con el placer. Así es: la sabiduría no se avergüenza de presentarse festiva cuando es necesario.

En prueba de ello tomó Mentor una lira, y la tocó con tal arte, que envidioso Aquitoas, arrojó la suya de despecho: encendiéronsele los ojos: mudósele el color, y todos hubieran advertido su resentimiento y su vergüenza, si la lira de Mentor no les tuviera tan suspensos y enagenados, que ni á respirar se atrevian por

no interrumpir el silencio, y por no perder el mas mínimo acento de aquella voz celestial: á cada instante temian que lo iba á dejar. No tenia su voz ninguna dulzura afeminada: era sí flexible, pero llena, y capaz de mover y hacer sensibles las mas mínimas cosas.

Al principio cantó los loores de Júpiter, padre y rey de los dioses y los hombres, que con un movimiento de su cabeza hace estremecer el universo: representó á Minerva, nacida de la cabeza de Jove; esto es, á la sabiduría engendrada en sí mismo, y de él emanada para instruir á los hombres dóciles. Cantó Mentor estas verdades en un tono tan sublime y religioso, que todos se creyeron transportados á lo mas alto del Olimpo en presencia de Júpiter, cuyas miradas son mas penetrantes que sus truenos. Despues cantó la desgracia del jóven Narciso (1), que neciamente enamorado de su misma hermosura, pasaba su vida en admirarla en una cristalina fuente, hasta que consumido de tristeza, fué convertido en la flor que tiene su nombre. Por último cantó tambien la funesta muerte que un javalí dió al bello Adonis (2), á quien Vénus no pudo restituir la vida por mas que le amaba, y por mas amargas quejas que por ello dirigió al cielo.

Nadie pudo contener las lágrimas, y todos sentian

(1) Narciso, hijo de Cefiso y de Liriopa, era un mozo hermosísimo, quien despreció á Eco y otras ninfas prendadas de él. Lo demas de su historia está descrito en esta planta.

(2) Adonis, hijo de Cinira, rey de Cipro, y de Mirra, fué muy amado de Vénus, que le transformó en una anemona encarnada despues de muerto.

cierto placer en el llanto. Cuando acabó de cantar, admirados los Fenicios, se miraban unos á otros, y se decian: unos que era Orfeo, porque así es, decian, como con la lira amansaba las fieras, y arrastraba tras sí los montes y las rocas: así como encantó al Cerbero (1), y como suspendió los tormentos de Ixión y de las Danaides; y así finalmente como movió al inexorable Pluton á que le dejase sacar de los infiernos á la hermosa Euridice. Otros decian que era Lino, hijo de Apolo; y otros le tuvieron por Apolo mismo. No estaba Telémaco ménos admirado que los demas, porque ignoraba que Mentor supiese con tanta perfeccion cantar y tocar la lira.

Mas Aquitoas, como tuvo todo el tiempo necesario para ocultar sus zelos, empezó á aplaudir á Mentor; pero estaba tan cortado, que no podia acabar el elogio: no dió lugar Mentor á que se conociese su turbacion, porque tomando la palabra, como si le hubiera interrumpido, procuró consolarle, dándole las justas alabanzas que merecia; pero no por eso se consoló Aquitoas, sentido mas de que Mentor se le aventajase en modestia, que en los encantos de la voz.

Entretanto le dijo Telémaco á Adoam: Acuérdomme que me habias insinuado que hiciste no sé que viage á la Bética, despues que salimos de Egipto; y como de ella se cuentan tantas maravillas que apenas son creibles, me alegrará saber de vos si es verdad todo lo que se dice. De muy buena gana, respondió Adoam, os haré una exacta descripción de aquella venturosa tierra, digna

(1) Cerbero, perro con tres cabezas, que ponen los poetas á la entrada de los infiernos.

de vuestra curiosidad, y que excede á todos los encarecimientos de la fama.

Atraviesa el rio Bétis este fértil pais bajo un cielo siempre apacible, sereno siempre, y el pais mismo ha tomado el nombre del rio que desemboca en el Océano cerca de las columnas de Hércules, y de aquella parte en donde rompiendo sus diques el furioso mar separó en otro tiempo la tierra de Tarsis de la grande Africa. En la Bética pues parece haberse conservado las delicias del siglo de oro (1). Los inviernos son allí templados, y los rigurosos aquilones desconocidos. Los ardores del estío se mitigan con los frescos céfiros, que en lo mas caluroso del dia vienen á suavizar el aire; de modo que todo el año se compone de solas dos estaciones, que al parecer se están dando la mano; esto es, la primavera y el otoño. Las vegas y los valles producen cada año duplicada la cosecha. Los caminos son unas verdaderas calles de jazmines, laureles, granados, y otros árboles siempre verdes, siempre floridos. Las montañas están cubiertas de rebaños, cuyas finísimas lanas son tan codiciadas de todas las naciones conocidas. Abunda este pais de minas de oro y plata; pero los habitantes sencillos, y felices en su sencillez, no se dignan de incluir la plata ni el oro en el número de sus riquezas: solo aprecian lo que verdaderamente sirve á las necesidades de la vida.

(1) La edad de oro se atribuia al reinado de Saturno, porque de su tiempo Jano trajo al mundo aquel siglo fortunado en que la tierra, sin cultivo, producía toda suerte de bienes. Astrea, esto es, la justicia, reinaba acá en la tierra, y vivían todos los hombres en comun en una amistad perfecta.

Cuando empezamos á comerciar con ellos, vimos, no sin admiracion, que hacian el mismo uso del oro y de la plata que del hierro: empleábanle hasta en las rejas de los arados. Como no hacian ningun comercio exterior, no necesitaban de moneda alguna: casi todos son pastores ó labradores, y muy pocos artesanos, porque no permiten mas artes que las que son realmente necesarias: ademas de que aunque la mayor parte de los hombres se dedican á la agricultura, ó á la cria de ganados, no dejan por eso de ejercer las artes de que necesita su vida sencilla y frugal. Las mugeres hilan aquella bellissima lana, y hacen de ella paños finos de extraordinaria blancura: amasan el pan, y componen la comida; pero esto las es fácil, porque allí mas se vive de frutas y de leches que de carnes. Sirvense de las pieles de los carneros para calzarse á sí, á sus maridos y á sus hijos: empléanse ademas en hacer tiendas de pieles enceradas y de cortezas de árboles: en hacer y lavar la ropa de la familia, y tener las casas en un orden, y con una admirable limpieza. Sus vestidos son fáciles de hacer, porque en un país tan templado basta para la decencia una tela fina y ligera, que acomodan á su talle en largos pliegues, dándole cada una el aire que mas le agrada.

Las artes que allí se conocen, si se exceptua la agricultura y la pastoría, quedan reducidas á labrar la madera y el hierro; y aun de este apénas se sirven mas que para hacer los instrumentos indispensables á la agricultura. Todas las artes que tienen por objeto la arquitectura les son inútiles, porque nunca construyen casa alguna: segun ellos es demasiado apegarse á la tierra hacer una habitacion que dure mas que su dueño; y por eso se contentan con la que baste á defenderlos de las

intemperies. Las otras artes, que tan estimadas son de los Griegos, de los Egipcios, y de las demas naciones cultas, las detestan como invenciones de la vanidad y de la molicie.

Cuando se les habla de las naciones que poseen el arte de construir soberbios palacios, muebles de oro y plata, telas guarnecidas de bordados y de preciosas pedrerías, de olorosos perfumes, delicados manjares, y de instrumentos que encantan con su armonía, responden compadecidos: ¡harto infelices son en haber empleado tanto trabajo é industria en corromperse! Lo superfluo afemina, enerva y atormenta á los que lo tienen: provoca á los que de ello carecen á que lo adquieran, aunque sea con violencia, y en ultrage de la justicia. ¿Y podrá darse el nombre de bienes á una superfluidad que solo produce males? ¿Los habitantes de esos países son por ventura mas sanos y robustos que nosotros? ¿viven mas largo tiempo? ¿están mas unidos en sí? ¿tienen una vida mas libre, mas tranquila, ni mas agradable? Antes, por el contrario, deben estar zelosos los unos de los otros, corroidos de una vil y negra envidia, siempre agitados de la ambicion, del miedo y de la avaricia, incapaces de gozar de los placeres puros é inocentes, viles esclavos de tantas falsas necesidades de que hacen depender su felicidad.

Estos son, continuó Adoam, los sentimientos de aquellos hombres, á quienes ha hecho tan sabios solo el estudio de la sencilla naturaleza: nuestra civilidad es mirada por ellos con horror; y es preciso convenir en que es muy grande la suya en su amable sencillez. Todos viven juntos sin repartir las tierras; y cada familia está gobernada por su gefe, que es de ella el verdadero rey. El padre de familias tiene derecho de castigar los

delitos de sus hijos y nietos; mas ántes de imponer el castigo, toma el dictámen del resto de la familia. Es verdad que allí son muy raros los delitos, porque la inocencia de costumbres, la buena fé, la obediencia y el horror al vicio habitan en aquella afortunada tierra. No parece sino que Astrea (1), que dicen se retiró al cielo, sin duda porque en ninguna parte se la halla, vive oculta entre aquellos hombres. Ellos no necesitan jueces, porque su propia conciencia les juzga. Todos los bienes son comunes; y las frutas, las legumbres y las leches, son riquezas tan abundantes, que unos pueblos tan sobrios y moderados no necesitan dividir las. Cuando una familia ha consumido los frutos y los pastos del parage en que se ha establecido, se muda con sus tiendas á otro: así es como no teniendo interes que sostener unos con otros, se aman con un amor puro, fraternal, inalterable; y esta paz, esta union, y esta libertad se deben á la privacion de las vanas riquezas y de los engañosos placeres: todos son libres, iguales todos.

Toda distincion es desconocida sino la que procede de la esperiencia de los sabios ancianos, ó de la extraordinaria sabiduría de algunos jóvenes que se igualan á los ancianos mas consumados en la virtud. En una tierra tan favorecida de los dioses jamas se oye la mortífera y pestilente voz del fraude, la violencia, el perjurio, los procesos, ni las guerras: jamas se vió teñida de sangre humana, y muy pocas veces de la de los animales. Cuando

(1) Astrea era hija de Júpiter y de Thémis. Despues que hubo habitado en la tierra por toda la edad de oro, se volvió al cielo luego que empezaron á corromperse los hombres.

se les habla de las sangrientas batallas, de las rápidas conquistas, de las ruinas de los estados que se ven en otras naciones, apénas saben como explicar su admiracion. ¡Qué, dicen absortos, no son por naturaleza bastante perecedores los hombres, sin que los unos anticipen la muerte á los otros! ¡les parece demasiado larga una vida tan corta, ó viven solo para despedazarse mutuamente, y mutuamente hacerse infelices!

Tampoco comprenden por que se admira tanto á los conquistadores que subyugan los grandes imperios. ¡Qué locura! ¡Hacer consistir su felicidad en gobernar á otros hombres, cuyo gobierno, si ha de ser segun las leyes de la razon y de la justicia, cuesta tantos cuidados y fatigas! Mas ¿quién gusta de gobernarlos á su pesar, cuando es el mayor esfuerzo de la sabiduría y de la virtud de un hombre sujetarse á gobernar un pueblo dócil, ó porque los dioses le ponen á su cuidado, ó porque el mismo pueblo le elige, y le ruega que le sirva de padre y de protector? Gobernar un estado contra su voluntad, es hacerse miserable por gozar la aparente gloria de tenerle esclavo: ¡gloria digna de un conquistador! de esos hombres de quienes se sirven los dioses, cuando, irritados contra el género humano, quieren afligirle, destruyendo reinos, difundiendo por todas partes el espanto, la miseria y la desesperacion, y haciendo tantos esclavos como hay hombres libres. El que busca la gloria, no encuentra la mas sólida en gobernar dignamente el pueblo que los dioses han puesto á su cuidado? ¿ó cree no ser digno de elogio sino haciéndose violento, injusto, altivo, usurpador y tirano de sus vecinos? Nunca es lícita la guerra sino en defensa de la libertad. ¡Dichoso aquel que, no siendo esclavo de nadie, no tiene la necia ambicion de hacer á nadie su es-

clavo! Esos grandes conquistadores, que tan gloriosos nos representan, son semejantes á los rios que salen de madre, y parecen tan magestuosos; pero que inundan, arrollan y destruyen las fértiles campiñas que debian solo regar.

Encantado Telémaco de las costumbres de la Bética, que tan bien acababa de describir Adoam, le hizo varias preguntas curiosas. Fué la primera, si bebian vino sus habitantes.

Ni lo beben, ni lo han bebido nunca, le respondió Adoam: no porque les falten uvas, que en ninguna parte se crian mas dulces, sino porque se las comen como las demas frutas, temiendo al vino como á un corruptor. Este, dicen, es un veneno que pone al hombre furioso, y si bien no le mata le transforma en bestia. Sin su uso pueden conservarse la salud y las fuerzas; y usando de él, se está muy á pique de arruinar la salud y las buenas costumbres.

Yo quisiera saber, siguió Telémaco preguntando, que leyes reglan sus matrimonios. A nadie, le respondió Adoam, se le permite mas de una muger, que se obliga á conservar mientras le dure la vida. Allí tanto depende el honor de los hombres de su fidelidad respecto de las mugeres, como en otras naciones depende el honor de las mugeres de ser fieles á sus maridos. Jamas hubo pueblo tan honesto ni tan zeloso de la pureza. Las mugeres son hermosas y agradables; mas sencillas, modestas y laboriosas. Los consortes son pacíficos, fecundos y sin defectos: una alma sola parece que anima ámbos cuerpos: reparten entre sí los cuidados domésticos: encárgase el marido de los de fuera, y la muger de los de la casa: alivia á su marido, y parece que solo ha nacido para agradarle: merece su confianza, la cual se la ha

procurado ménos con su hermosura que con su virtud; haciendo que dure tanto el contento de su union como la vida, que siempre es allí larga á beneficio de la sobriedad, la moderacion, y las costumbres puras, que les precaven de enfermedades. Vense ancianos de ciento, y de ciento y veinte años, que todavía respiran alegría y valor.

Réstame aun saber, añadió Telémaco, de qué modo evitan la guerra con sus vecinos.

La naturaleza, le respondió Adoam, les ha separado de los otros pueblos por una parte con el mar, y por el norte con altas montañas. Ademas las otras naciones respetan su virtud. Muchas veces, cuando ellas no se convienen en sus diferencias, les eligen por árbitros, y les confian las tierras y las ciudades, cuya posesion disputan: y como jamas han hecho violencia á nadie, nadie desconfia de ellos. Rfense cuando se les habla de aquellos reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus estados. ¿ Temen por ventura, dicen, que falte tierra á los hombres? siempre tendrán de sobra mas de lo que puedan cultivar. Mientras hubiese en el mundo tierras libres é incultas, no defenderíamos nosotros las nuestras contra cualquiera que viniese á ocuparlas. No tiene la Bética orgullo, altanería, mala fé, ni codicia en estender su dominio; y por consiguiente, como ni sus vecinos tienen que temer de ella, ni ellos tienen para que hacerse temer, la dejan vivir en paz y tranquilidad. Es este un pueblo que abandonaria su pais, y se entregaria á la muerte ántes que rendirse á la esclavitud: tan difícil es subyugarle, como que él piense en subyugar; y este sistema es el que constituye una paz inalterable entre él y sus vecinos.

Concluyo Adoam refiriendo el modo con que hacian

los Fenicios su comercio en la Bética. Admiráronse, dijo, estos pueblos al vernos ir de tan léjos atravesando mares: dejáronnos fundar una ciudad en la isla de Gades (1): nos recibieron con la mayor beneficencia, y aun nos diéron generosamente parte de cuanto tenían. Ofreciéronnos ademas todas las lanas que les sobrasen; y con efecto nos hicieron de ella un rico presente, porque es mucho el placer que tienen en dar á los estrangeros lo que les sobra.

Sus minas nos las abandonáron sin dificultad, porque á ellos les eran inútiles. Parecía poca prudencia la de unos hombres que por entre tantos trabajos iban de tan léjos á buscar en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerles felices, ni satisfacer ninguna de sus verdaderas necesidades. No caveis, nos decian, tan profundamente la tierra: contentaos con labrarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten: de ella sacaréis frutos, que valen mas que el oro y la plata; pues que el hombre no busca estos metales mas que para comprar con ellos los alimentos que sustentan la vida.

Muchas veces quisimos enseñarles el arte de la navegacion, y llevar algunos jóvenes á Fenicia; pero jamas permitiéron que sus hijos aprendiesen á vivir como nosotros. Así fuera, nos decian, como ellos se enseñarian á tener por precisas esas cosas que ya se os han hecho necesarias: querrian adquirirlas; y si no hubiera otro medio de obtenerlas, á despecho de la virtud, se valdrian de la violencia. Vendrian á ser como el que teniendo buenas las piernas, por no andar ha perdido el uso de ellas, y tiene en fin que acostumbrarse á la

(1) Esta es Cadiz, como se ha notado ya.

necesidad de que otro le lleve como á un enfermo. Miran la navegacion como un arte admirable por su industria; sin embargo le miran como pernicioso. Si estas gentes, dicen, tienen en su tierra con abundancia lo que es necesario para la vida, ¿qué es lo que van á buscar en las estrañas? ¿Acaso lo que basta á satisfacer las verdaderas necesidades no les es á ellos suficiente? En verdad que merecen mil naufragios los que así exponen la vida al rigor de las horrascas por saciar la codicia de los comerciantes, y lisongear las pasiones de los demas hombres.

Fuera de sí Telémaco del regocijo que le causó la noticia de que aun hubiese en el mundo una nacion que, gobernada por las leyes de la sencilla naturaleza, fuese á un mismo tiempo tan sabia y tan dichosa, exclamó: ¡O, cuanto se desemejan sus costumbres de las de los pueblos que tenemos por los mas sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos persuadirnos que subsista una sencillez tan natural: nosotros miramos las costumbres de ese pueblo como una ingeniosa fábula, y el debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

LIBRO NONO.

SUMARIO.

Siempre indignada Vénus contra Telémaco, pide á Júpiter que le destruya; pero no permitiéndolo los hados, concierta con Neptuno que á lo ménos le aleje de Itaca y donde Adoam le conducia. Valense para ello de una engañosa divinidad, que haga al piloto Atamas entrar á toda vela en el puerto de Salento, creyendo arribar á la isla de Itaca. Entran con efecto, y el rey Idomeneo recibe en su nueva ciudad á Telémaco á tiempo que estaba preparando un sacrificio á Júpiter por el suceso de la guerra que tenia con los Mandurienses. Consultando el sacerdote las entrañas de las víctimas, da al rey las mayores esperanzas, y le persuade que á los dos nuevos huéspedes les será deudor de su felicidad.

MIENTRAS que Telémaco y Adoam se entretenian en estos discursos, olvidados del sueño, y sin echar de ver que iba ya pasada la mitad de la noche, una deidad enigmática y engañosa les alejaba de Itaca, cuya isla buscaba en vano el piloto Atamas; porque si bien Neptuno protegía á los Fenicios, no podía tolerar por mas tiempo ver á Telémaco libre del naufragio que les arrojó á las rocas de la isla de Calipso. Pero aun estaba mas resentida Vénus de ver que aquel jóven triunfase á su despecho del amor y de todos sus encantos: y en un arrebatado de su enojo deja á Citerea, deja á Pafos é Idalia,

y los honores con que se le honra en Chipre: la eran ya insoportables unos sitios que la recordaban el desprecio que en ellos habia hecho Telémaco de su imperio. Sube al resplandeciente Olimpo, donde se habian juntado los dioses cerca del trono de Júpiter, y desde donde ven á sus pies girar en torno á los astros: el globo de la tierra no les parece mayor que un montoncito de lodo, y los inmensos mares no les parecen sino unas gotas de agua que le humedecen: á sus ojos no son los grandes imperios mas que un poco de arena que cubre la superficie de aquella porcioncita de lodo: los pueblos numerosos, y los mayores ejércitos, hormigas que se disputan un arista de paja. Riense de los negocios mas serios en que se agitan los hombres, y les parecen juegos de niños; y lo que los hombres llaman grandeza, poder y profunda política, no les parece á aquellas supremas divindades sino miseria y flaqueza.

En mansion tan encumbrada sobre la tierra colocó Júpiter su inmutable trono: sus ojos penetran hasta el abismo, y ven los mas ocultos secretos de los corazones: todo le está presente: sus miradas apacibles y serenas difunden por el orbe entero la calma y la alegría: por el contrario, cuando ceñudo mueve su cabelleira, se estremecen los cielos y la tierra: los mismos dioses, deslumbrados con los rayos de gloria que de él emanan, tiemblan al acercársele.

En el momento pues en que llegó Vénus asistian al rededor de su trono todas las deidades celestes: presentase la diosa con todos los hechizos que nacen en su seno: su airoso ropage aun brillaba mas que todos los colores de que se viste Iris entre la opacidad de las nubes cuando viene á prometer á los amedrentados mortales el fin de la tempestad, y á anunciarles la sere-

nidad : llevábale ceñido con aquel famoso cinto en que se veían retratadas las gracias (1), y el cabello atado con gracioso descuido con un cordon de oro. A todos los dioses sorprendió su hermosura, como si nunca la hubiesen visto; y no les deslumbró ménos que Febo á los hombres, cuando despues de una larga noche les da en los ojos con sus rayos. Mirábanse unos á otros con admiracion, y las miradas de todos terminaban siempre en la diosa. Repararon que llevaba arrasados los ojos en lágrimas, y pintado en el rostro un profundo dolor.

Ibase acercando la diosa al trono de Júpiter con sereno y ligero paso, semejante al ave que con rápido vuelo hiende el inmenso espacio de los aires. Miróla Jove con agrado : sonrióse, se levantó, y la recibió con los brazos. Querida hija mía, la digo, ¿qué te aflige? Al ver tus lágrimas se contrista mi corazon : no dudas descubrirme el tuyo, pues no dudas de mi cariño.

¿Es posible, padre de los dioses y de los hombres, le respondió Vénus con voz dulce, aunque interrumpida de suspiros, que á vos, que todo os está presente, se os oculte la causa de mi dolor? No contenta Minerva con haber destruido hasta los cimientos la opulenta ciudad de Troya, que yo protegía; y de haberse vengado de París (2), porque prefirió mi hermosura á la suya,

(1) Vénus engendró á las tres Carites ó Gracias que la acompañaban regularmente : lo que ha dado á los poetas la idea de esa cinta misteriosa de que se habla aquí.

(2) Habiendo echado la Discordia una manzana de oro en medio de los convidados á las bodas de Peleo y de Tétis, cuya manzana, segun el rotulo que llevaba, se debía adjudicar á la mas hermosa, disputárouse la Juno, Palas y Vénus,

conduce por sí misma á todas partes y por todas tierras y mares al hijo de Ulises, del cruel destructor de Troya : ella es la que acompaña á Telémaco, y está la causa de que hoy no asista aquí, en el lugar que la corresponde entre las demas divinidades; y ella la que para mí ultrage condujo á ese temerario jóven á la isla de Chipre : él se ha burlado de mi poder, no dignándose ni aun de quemar incienso en mis aras : él ha manifestado el mayor horror á las fiestas que en mi honor se celebran, y él por fin se ha negado á todos los placeres que mi divinidad consagra. En vano Neptuno, para castigarle, á mi instancia sublevó contra él los vientos y las olas : arrojóle en un naufragio á la isla de Calipso, y en ella triunfó del Amor mismo que yo envié para que se apoderase de su corazon. Ni su juventud, ni las gracias de la diosa y de sus ninfas, ni lo que es mas, las encendidas flechas del Amor, pudieron contrarestar los artificios de Minerva : arrancole de la isla, y así logró dejarme confundida y afrentada. Ved á un niño triunfar de la diosa Vénus.

Júpiter, para consolarla, la dijo : Verdad es, hija mía, que Minerva defiende á ese jóven de las flechas de tu hijo, y que le prepara una gloria que jamas ha merecido jóven alguno. Yo siento que despreciase tus altares; pero no puedo someterle á tu poder. Lo único que me es posible hacer, y haré por tu amor, será traerle todavía vagando por mares y tierras, hacerle vivir lejos de su pátria y espuesto á toda suerte de trabajos y

y tomaron á París por juez de su contienda. Seducido este por los atractivos de Vénus, se decidió á su favor, lo que le acarreo el odio de las otras dos diosas.

peligros, pero que perezca, ni que su virtud sucumba á los placeres con que halagas los hombres, no lo permiten los hados. Consolaos pues, hija mia: contentaos con tener bajo vuestro imperio tantos otros héroes, y tantos inmortales.

Diciéndola esto, la miró, sonriéndose con la mayor gracia y magestad, y despidió de sus ojos un rayo de luz mas luminoso que el mas encendido relámpago. Dió á Vénus un tierno ósculo, y difundió un olor de ambrosia, que embalsamó el Olimpo. No pudo la diosa ser insensible á semejante demostracion de cariño del máximo de los dioses: á pesar de sus lágrimas y de su dolor se vió sobresalir en su rostro la alegría, y se echó el velo para ocultar el rubor que la encendia las mejillas y la confusion en que se hallaba. Toda la asamblea de los dioses aplaudió la determinacion de Júpiter; y Vénus, sin perder momento, fué á concertar con Neptuno los medios de vengarse de Telémaco.

Contóle lo que Júpiter la habia dicho, y Neptuno la respondió: Ya sabia yo la órden inmutable de los hados; mas ya que no podemos abismar á Telémaco en las olas del mar, empleemos todos los medios de hacerle infeliz, y de retardar su regreso á Itaca. No consentiré que perezca el navío Fenicio en que va embarcado, eso no: amo á los Fenicios: la Fenicia es mi pueblo, y ella es la nacion que mas frecuenta mi imperio: á ella se debe que por medio del mar se asocien todas las naciones del mundo: ella frecuenta mis altares, haciéndome continuos sacrificios: los Fenicios son justificados, sabios y laboriosos en el comercio, y por medio de él llevan á todas partes la comodidad y la abundancia. Por ningun motivo daré lugar á que naufrague ninguna de sus naves: lo que sí haré, será ofus-

car al piloto de tal modo, que en lugar de arribar se aleje de Itaca.

Contenta Vénus con esta oferta, desplegó una risa maligna, y se volvió en su carro volante á los floridos prados de Idalia, en donde las gracias, los juegos y las risas diéron pruebas de la alegría que su vista le causaba, danzando al rededor de la diosa sobre las flores, que llenan de fragancia aquella deliciosa mansion.

Inmediatamente envió Neptuno una divinidad engañosa, que así como los sueños engañan al dormido, engañase á Atamas despierto. Llegó pues la deidad malhechora con una multitud de aladas ficciones que volaban á su rededor, y derramó un suave y encantado licor en los ojos del piloto, el cual examinaba atentamente la claridad de la luna, el curso de las estrellas, y la playa de Itaca, cuyas escarpadas rocas veía ya bastante cerca.

Desde aquel momento era todo fingido: nada de verdadero le representaban los ojos: fingido era el cielo, y fingida la tierra que miraba: las estrellas se le representaban como si hubiesen mudado y retrocedido en su curso: el movimiento del Olimpo parecia seguir nuevas leyes: hasta la tierra estaba mudada: una supuesta Itaca que le engañase tenia presente el piloto mientras se alejaba de la verdadera. Cuanto mas se adelantaba hácia la engañosa playa, tanto mas ella se retiraba: huía de delante de él, y no sabia á que atribuir la fuga: alguna vez llegó á creer que ya oía aquel murmullo que comunmente anda en los puertos; y se disponia, segun la órden que se le habia dado, á ir secretamente á desembarcar en una pequeña isla, inmediata á la grande, con el fin de ocultar á los amantes de Penelope, conjurados contra Telémaco, el regreso de este príncipe.

Otras temía los escollos que rodean aquella costa, y le parecía oír el espantoso bramido de las olas que contra ellos se estrellan: luego notaba repentinamente que la tierra aun estaba muy distante, y en esta distancia no eran las montañas mayores á sus ojos que las pequeñas nubecillas que al ponerse el sol suelen oscurecer el horizonte. Atónito se hallaba Atamas; y era tal la impresión que le causaba la engañosa deidad, que llegó á sentirse sobrecogido de un cierto modo, desconocido de él hasta entónces. Tentado estuvo á creer que no estaba despierto, y que todo aquello se le representaba en la fantasía por las ilusiones del sueño.

Entretanto mandó Neptuno al viento de oriente que soprase hácia las costas de la Hesperia (1); y el viento obedeció con tanta violencia, que tardó bien poco en poner el navío en la ribera que Neptuno le había mandado. Ya la aurora anunciaba el día, y las estrellas, temerosas de los rayos que envidian al sol, iban á ocultar en el océano su escasa brillantez, cuando gritó el piloto: ¡ya en fin no me queda duda de que estamos casi tocando en la isla de Itaca! Alegraos, Telémaco, que dentro de una hora podréis ver á Penelope, y acaso hallaréis á Ulises restituido á su trono.

A esta lisongera voz, despierta Telémaco, que descansaba en brazos del sueño: se levanta, salta al timón, abraza al piloto, y fija los ojos apenas abiertos en la vecina costa; y como en ella no reconoce las de su patria, exclama, dando un suspiro: ¡ay de mí! ¡donde estamos! ¡esta no es mi patria querida! os habeis en-

(1) La Hesperia es aqui la Italia llamada así por los Griegos, por estar al poniente respecto á ellos.

gañado Atamas: mal conocéis esta costa tan apartada de vuestro país. No me engaño, le respondió Atamas, ni es posible engañarme, cuando estoy reconociendo la isla por la ribera. ¡Cuántas veces he entrado en vuestro puerto! conozco hasta sus rocas mas pequeñas, tanto que no me son mas familiares las de Tiro; y en prueba de ello, ¿no veis esta montaña que se acerca, y aquel peñasco que parece una torre? ¿no oís las olas que rompen en estas rocas, y parecen que en su caída amenazan al mar? ¿no veis allí el templo de Minerva, cuya altura se pierde en las nubes? Ved á ese otro lado la fortaleza palacio de Ulises vuestro padre.

Os engaiais, Atamas, le respondió Telémaco: yo veo por el contrario una costa elevada; pero llana: veo muy bien una ciudad; pero que no es la de Itaca. ¡O dioses, de este modo os burlais de los hombres!

Miéntas Telémaco así se lamentaba, se hizo en los ojos de Atamas una mutacion repentina: rompióse el velo, y deshízose el engaño, y entónces vió la playa tal, cual verdaderamente era, y reconoció su error. Yo lo confieso, Telémaco, dijo: Algun dios enemigo ofuscaba mi vista: creía estar viendo á Itaca, y tener delante su imágen; pero en este instante desaparece como un sueño, é ya estoy viendo otra ciudad, que sin duda es la de Salento (1), la cual acaba de fundar en la Hesperia Idomeo fugitivo de Creta. Veo los muros que aun le faltan que concluir, y veo el puerto que aun no está enteramente fortificado.

Miéntas que Atamas notaba las diferentes obras nue-

(1) Salento, ciudad Capital del país de los Salentinos, hoy la tierra de Otranto en la Pulla, en el reino de Nápoles.

vamente hechas en aquella ciudad, y Telémaco lloraba su desgracia, el viento que Neptuno hacia soplar les metió á toda vela en una rada, donde se hallaron al abrigo, y muy inmediatos al puerto.

Mentor que no ignoraba ni la venganza de Neptuno, ni el cruel artificio de Vénus, no habia hecho mas que reirse del error de Atamas; y cuando se hallaron en la rada, le dijo á Telémaco: Júpiter te prueba, pero no quiere tu ruina; ántes por el contrario quiere probándote abrirte camino para la gloria. Acuérdate de los trabajos de Hércules: ten presentes los de tu padre; y no te olvides de que la falta de sufrimiento prueba la falta de magnanimidad. Con la paciencia y el valor debes cansar la cruel fortuna, que se complace en perseguirte. Mas quiero verte ser el objeto de la venganza de Neptuno, que satisfecho con las lisongeras caricias de la diosa que en su isla te retenia: ¿qué nos detiene? entremos en el puerto, y hallaremos un pueblo amigo: un pueblo griego. Idomeneo, tan perseguido de la fortuna, necesariamente se compadecerá de los desgraciados. Inmediatamente entraron en el puerto, donde no hubo dificultad en recibirlos, porque los Fenicios están en paz, y hacen el comercio con todas las naciones del mundo.

Miraba Telémaco con admiracion esta naciente ciudad semejante á una nueva planta, que refrigerada con el rocío de la noche presente desde la mañana los rayos del sol que se acercan á embellecerla, crece con ellos, abre sus tiernos capullos, estiende sus verdes hojas, y presenta sus olorosas flores esmaltadas con infinita variedad de colores; y cada vez que se la mira, se la encuentra un nuevo adorno: así florecia en la playa la nueva ciudad de Idomeneo: por instantes crecia su magnificencia, y en los nuevos ornatos de arquitectura

que se elevaban hasta el cielo daba bien que mirar á los navegantes que la veían de lejos. En toda la costa resonaba el murmullo y el martillo de los trabajadores: veíanse piedras enormes suspendidas en el aire, pendientes de gruesas maromas, por medio de las máquinas: los principales de la ciudad animaban al pueblo á trabajar desde que salia la aurora; y el mismo rey Idomeneo, distribuyendo por todas partes sus órdenes hacia adelantar la obra con una increíble presteza.

Luego que arribó el navío Fenicio, diéron los Cvetenses á Telémaco y á Mentor todas las muestras de una sincera amistad, y fuéron al instante á dar al rey noticia de la llegada del hijo de Ulises. ¡El hijo de Ulises! exclamó Idomeneo, ¡de Ulises, aquel caro amigo, aquel sabio héroe, por cuya virtud conseguimos arruinar á Troya! Conducídmeme aquí para darle pruebas de lo que amé á su padre. Inmediatamente le presentaron á Telémaco, quien, diciéndole su nombre, le pidió la hospitalidad.

Idomeneo le respondió con semblante afable y risueño: aun quando no me hubieran dicho quien erais, creo que os hubiera conocido; porque sois tan semejante á vuestro padre, que en vos estoy viendo sus ojos llenos de fuego, y cuyas miradas eran tan penetrantes: su aire á primera vista frio y reservado, pero que escondia tanta vivacidad y gracia: veo tambien en vos aquella fina sonrisa, la dulzura de sus palabras sencillas y significativas que persuadian sin dejar tiempo para desconfiar. Con efecto, vos sois el hijo de Ulises, y tambien lo seréis mio. Si, Telémaco, vos seréis mi hijo querido. ¿Pero qué casualidad os conduce á estas riberas? ¿venis acaso buscando á vuestro padre? Mas ah! que yo no tengo de él ninguna noticia. Ambos hemos sido per-

seguidos de la fortuna, él en no poder restituirse á su patria, é yo en haber hallado en la mia irritados contra mí á los dioses.

Miéntras que Idomeneo decia esto, miraba fijamente á Mentor como queriendo conocerle; pero no acordándose de su nombre.

Telémaco le respondió bañados en lágrimas los ojos: ¡O rey! perdonad si no puedo disimular el dolor que me aflige, cuando solo debiera manifestar con la alegría el reconocimiento que debo á vuestras bondades. Por el sentimiento que haceis de la pérdida de Ulises, me enseñais vos mismo á sentir la desgracia de no hallarle. Ya hace mucho tiempo que le ando buscando por todos los mares; pero irritados los dioses no permiten que le halle, ni que sepa si ha naufragado: se oponen á que yo vuelva á Itaca, donde Penelope se consume en deseos de verse libre de sus amantes. Yo creí hallaros en la isla de Creta, y en ella supe vuestro cruel destino: jamas pensé llegar á ver el nuevo reino que habeis fundado en la Hesperia, pero la fortuna, que se burla de los hombres, y que me trae vagando por el mundo, y tan léjos de mi patria, me ha arrojado á vuestras costas; y entre todos los males que me ha causado, me es este el mas soportable, porque si me aleja de mi patria, tambien me da á conocer el mas generoso de los reyes.

Idomeneo le respondió con un estrecho abrazo, y conduciéndole á su palacio, le preguntó: ¿quién es ese venerable anciano que os acompaña? A mí me parece haberle visto ántes de ahora muchas veces. Es Mentor, le respondió Telémaco, digno amigo de Ulises, á quien dejó confiada mi educacion, y á quien soy deudor de mas de lo que es posible decir.

Inmediatamente se le acercó Idomeneo, le alargó la

mano, y le dijo: Nosotros nos hemos visto ántes de ahora. ¿Os acordais del viage que hicisteis á Creta, y de los buenos consejos que me disteis? Mas entónces me arrastraba el ardor de la juventud, y la propension que ella tiene á los deleites, y se oponian á que los siguiese. Ha sido necesario que aprenda en mis infortunios lo que en la prosperidad me hubiera sido imposible: ¡pluguiese á los dioses que os hubiera creído! Mas estoy reparando, no sin admiracion, cuan poco se ha alterado vuestro semblante, á pesar de tantos años como desde entónces han discurrido: conservais la misma frescura, el mismo vigor, la misma agilidad: solo advierto que vuestros cabellos se han encanecido un poco.

Gran rey, le respondió Mentor, si yo fuese adulator, os diria tambien que conservabais aquellas gracias de la juventud, que resplandecian en vuestro rostro ántes del sitio de Troya; pero mas quiero desagradaros, que ofender á la verdad: ademas de que, por lo que acabo de oiros, conozco que huis de la lisonja, y que nada se aventura en hablaros con sinceridad. Vos habeis decaído tanto, que con dificultad os hubiera conocido. Bien claramente se deja inferir ser la causa los trabajos que habeis padecido, pero no habeis ganado poco en tolerarlos, pues os han enseñado á ser prudente. El hombre debe consolarse fácilmente de que las arrugas afeen su rostro, miéntras el ánimo se acostumbra y fortifica en la virtud. Ademas de que los reyes se consumen mas que los otros hombres, porque la adversidad, la afliccion del espíritu y los trabajos del cuerpo les envejecen ántes de tiempo; y en la prosperidad les aniquilan mas las delicias de una vida afeminada, que los trabajos de la guerra. Nada hay tan mal sano como el deleite en que el hombre no puede conte-

nerse. De aquí procede que los reyes, sea en paz ó en guerra, tienen siempre disgustos y complacencias que les aceleren la vejez ántes que debiese naturalmente venir. Una vida sobria, moderada, sencilla, exenta de inquietudes y pasiones, arreglada y laboriosa, conserva en los miembros del sabio la frescura de la juventud, que sin estas precauciones está siempre dispuesta á huir en alas del tiempo.

Oíale Idomeneo con la mayor complacencia, y no hubiera querido que cesase, si no le hubieran advertido los suyos que era la hora de hacer el sacrificio que á Júpiter tenia ofrecido. Siguiéronle Telémaco y Mentor entre una multitud del pueblo que atrajo la curiosidad á ver aquellos dos extranjeros: mirábanles detenidamente y con reflexion, y se decian unos á otros: ved aquí dos hombres bien diferentes. El jóven tiene cierta viveza y amabilidad en el semblante, y en todo su aspecto y su persona brillan las gracias de la hermosura y de la juventud, sin que se descubra nada de flojo, ni afeminado; y sin embargo de sus pocos años, parece robusto, esforzado y endurecido para el trabajo. El otro, aunque de mucha mas edad, no ha perdido nada de su vigor: á primera vista parece ménos alto y áiroso; pero mirado despacio, da en su sencillez indicios ciertos de sabiduría y de virtud, y de una grandeza que admira. Cuando los dioses han descendido á la tierra á comunicar con los mortales, no tiene duda que han tomado semejantes figuras de extranjeros y viageros.

Llegaron por fin al templo de Júpiter, que Idomeneo, su descendiente, habia adornado con extraordinaria magnificencia. Estaba rodeado de dos órdenes de columnas de mármol jaspeado: eran de plata los chapiteles, y todo el incrustado de mármol con bajos re-

lieves, que representaban á Júpiter transformado en toro, llevándose robada á Europa (1), por medio de las ondas, que le respetaban, sin embargo de la estraña forma que habia tomado. Vefase despues el nacimiento y la juventud de Minos; y en edad mas avanzada dar leyes á su isla para perpetuar en ella la felicidad y la abundancia. Notó tambien Telémaco los principales sucesos del asedio de Troya, en que adquirió Idomeneo la reputacion de gran capitán. Entre los combates representados buscó cuidadosamente á su padre, y le halló con efecto cogiendo los caballos de Reso, á quien Diómedes (2) acababa de matar, y en otra accion disputando con Ajax las armas de Aquiles en presencia de todos los oficiales del exercito griego. Vió en fin salir del fatal caballo á derramar tanta sangre troyana.

Inmediatamente le conoció Telémaco por aquellas proezas de que muchas veces habia oído hablar, y que Mentor mismo le habia referido. A su vista se le cayéron las lágrimas, mudó de color, y en el rostro mostró su turbacion. Advirtiolo Idomeneo, por mas que hizo Telémaco por ocultarlo, y le dijo: No os avergonceis de parecer sensible á la gloria y á los infortunios de nuestro padre.

Entretanto se iba juntando el pueblo en los vastos pórticos que formaban los dos órdenes de columnas que

(1) Europa era hija de Agenor, rey de los Fenicios y hermana de Cadmo. Robóla Júpiter transformado en toro. Ella fué quien dió su nombre á la primera de las cuatro partes del mundo.

(2) Diómedes, rey de Etolia, hijo de Tideo, se distinguió mucho en el asedio de Troya, y fué uno de los que se llevaron el Paladio.

rodeaban el templo, en el cual habia dos coros de jóvenes de ámbos sexos, que entonaban himnos en loor del dios que tiene en la mano los rayos. Estos niños, escogidos al intento de la figura mas agradable, estaban vestidos de blanco, el cabello suelto por la espalda, y coronados de rosas. Hacia Idomeneo al dios Júpiter este sacrificio de cien toros para que le fuera propicio en la guerra que contra sus vecinos habia emprendido. Véase humear por todas partes la sangre de las víctimas, y correr en las grandes copas de oro y plata destinadas á este fin.

El anciano Teofanes, amigo de los dioses, y sacerdote del templo, tenia durante el sacrificio cubierta la cabeza con una estremidad de su vestidura de púrpura: pasa á examinar las entrañas, aun palpitantes de las víctimas, y sentándose despues en el sagrado trípode, esclama: ¡O dioses! ¡quienes son estos dos extranjeros que el cielo nos envia? ¡qué funesta nos fuera sin ellos la guerra! Salento seria arruinada ántes que concluida. Yo veo un héroe joven, á quien la sabiduría conduce por la mano..... pero no le es dado á un mortal decir mas.....

Al llegar á pronunciar estas palabras, miraba con fiereza, le centelleaban los ojos, y parecia ver otros objetos que los que tenia presentes: encendiósele el rostro: estaba conmovido y como fuera de sí: se le erizó el cabello, y tenia alzados é inmóviles los brazos, alterada la voz, y mas fuerte que la humana: faltábale el aliento; y no pudiendo contener en el pecho el espíritu divino que le agitaba, volvió á esclamar:

¡O feliz Idomeneo! ¡qué es lo que estoy viendo! ¡cuántas desgracias evitadas! ¡qué dulce paz en lo interior! ¡y cuántos combates y victorias por desuera!

¡O Telémaco! tus trabajos exceden á los de tu padre: el fiero enemigo gime abatido bajo los golpes de tu espada: las puertas de hierro, y las inaccesibles murallas caen á tus pies. ¡O gran diosa! á quien su padre..... ¡ó joven! tú en fin volverás á ver..... Al decir esto espiran las palabras entre los labios, y queda á pesar suyo, como en un respetuoso silencio.

Todo el pueblo estaba sobrecogido de temor: Idomeneo asombrado no se atreve á pedirle que acabe: hasta el mismo Telémaco sorprendido apenas comprende, ni cree las sublimes predicciones que oye. Solo Mentor es él que no se admira del espíritu divino. Ya sabeis, le dijo á Idomeneo, los decretos de los dioses. Con cualquiera nacion que tengais que combatir, en vuestras manos tendréis la victoria, y al hijo de vuestro amigo seréis deudor de la prosperidad de vuestras armas. No le envidieis esta dicha: contentaos con lo que los dioses por él os otorgan.

No habiéndose aun recobrado Idomeneo de su asombro, buscaba en vano palabras con que responder, tanto se le habia entorpecido la lengua; pero mas pronto Telémaco dijo á Mentor: nada me interesa toda esa gloria que se me promete: ¡mas á quien harán relacion aquellas últimas palabras: tú volveras á ver..... será á mi padre, ó solo á Itaca? ¡Ay de mí! ¡qué no las acabase! En mayor incertidumbre he quedado que estaba. ¡O Ulises, padre mio! ¡seréis vos á quien he de volver á ver? ¡será esto verdad? pero el deseo me lisongea. ¡Cruel oráculo, tú te complaces en burlarte de un desdichado! Con una palabra mas me hubieras hecho el mas afortunado de los hombres.

Respetá, le dijo Mentor, lo que los dioses revelan, y no intentes descubrir lo que quieren ocultar. Una te-

meraria curiosidad merece que se la confunda. Los dioses, por un efecto de su infinita sabiduría y bondad, ocultan á los débiles mortales su destino en una oscuridad impenetrable. Está bien que el hombre procure saber lo que de él depende para desempeñarlo con religiosa exáctitud; pero no que se atreva á investigar lo que no está á su cuidado, ni lo que de él quieren hacer los dioses.

Penetrado de estas verdades, se aquietó Telémaco, aunque no sin violentarse.

Mas Idomeueo, recobrado de su asombro, empezó por su parte á dar á Júpiter alabanzas, porque le enviaba al jóven Telémaco y al sabio Mentor para que triunfase de sus enemigos. Despues de un abundante convite, que sucedió al sacrificio, se volvió á sus huéspedes, y les dijo:

Yo confieso que no conocia aun bastante el arte de reinar, cuando despues del sitio de Troya volví á Creta. Ya sabeis, amigos míos, los azares que me privaron de reinar en aquella gran isla, pues habeis estado en ella despues de mi partida. ¡Pero felice yo si los reveses de la mas adversa fortuna han contribuido á enseñarme, y hacerme mas moderado! Como un fugitivo, perseguido de la venganza de los dioses y de los hombres, he atravesado los mares: toda mi grandeza pasada solo me servia de hacerme mas vergonzosa y ménos soportable mi caída. Llegué por fin á poner en salvo mis dioses Penates (1) en esta costa desierta, en que no hallé mas

(1) Los dioses Penates, llamados tambien Lares y Domésticos, eran honrados por los Paganos como los protectores de sus casas, y les ofrecian vino é incienso en sacrificio.

que terrenos incultos, cubiertos de zarzas y espinas; bosques tan antiguos como la tierra que les sustenta, y rocas casi inaccesibles abrigo de fieras bravas. Víme reducido á alegrarme de poseer con el corte número de soldados y compañeros que quisiéron seguirme en la desgracia esta tierra salvage, y hacer de ella mi pátria, pues que ya no me era posible volver á aquella fortunada isla en que me hizo el cielo nacer para reinar. ¡Ah, decia entre mí, qué mudanza! ¡de qué ejemplo tan terrible debo yo servir á los reyes! ¡cuanto vendria que todos los que en el mundo reinan me viesesen, para que en mí escarmentasen! Ellos creen que su elevacion sobre el resto de los hombres nada les deja que temer, siendo su misma elevacion por la que deben temerlo todo. Yo era temido de mis enemigos, y amado de mis vasallos: mandaba á una nacion poderosa y aguerrida: la fama habia hecho resonar mi nombre por todos los ángulos del mundo: reinaba en una isla fértil y deliciosa: cien ciudades me pagaban anualmente un tributo de sus riquezas, y me reconocian por descendiente de Júpiter, nacido en su pais: me amaban como al nieto del sabio Minos, á cuyas leyes debian su poder y su prosperidad. ¿Qué me faltaba para ser feliz mas que saber gozar con moderacion de tanta fortuna? Pero mi orgullo, y la lisonja á que di oídos, derribáron mi trono. Así caerán tambien los reyes que se gobiernen por sus pasiones, y por los consejos de los aduladores.

Miéntas duraba el día procuraba con semblante alegre y lleno de esperanza alentar á los que me habian seguido. Fundemos, les decia, una nueva ciudad que nos consuele de todas nuestras pérdidas. Rodeados estamos de pueblos que con su ejemplo nos animan á

emprenderlo. Bien cerca de nosotros tenemos á Taranto, fundada por Falanto con sus Lacedemonios. Filoctetes da el nombre de Petilia á la gran ciudad que ha fundado en la misma costa. Metaponto es tambien otra colonia. ¿Y harémos por ventura ménos que todos esos extranjeros, errantes como nosotros? Animo, pues que ya la fortuna se ha cansado de perseguirnos.

Así procuraba suavizar los trabajos de mis compañeros, al paso que mi corazon padecia mortales aflicciones. Era para mí un consuelo que se alejase la luz del dia, y se apresurasen las tinieblas á envolverme en sus sombras para llorar con libertad mi desventura: mis ojos, hechos fuentes de lágrimas, desconocian el sueño; y cuando ya volvía la luz del nuevo dia á disipar la oscuridad de la fugitiva noche, volvía yo tambien con nuevo fervor á mis acostumbradas tareas. Esta es, Mentor, la causa de que me veais tan envejecido.

Acabó Idomeneo de referir sus trabajos, y pidió á Telémaco y á Mentor que le ayudasen en la guerra en que se hallaba comprometido, y fenecida que sea, les dijo, os restituiré á Itaca. Entretanto recorrerán mis naves las costas mas lejanas para adquirir noticias del paradero de Ulises; y os ofrezco sacarle de cualquier parte del mundo conocido á que le haya arrojado cualquiera borrasca, ó la cólera de los dioses. Ojalá que aún sea vivo. A vos os enviaré en las mejores que se hayan construido en Creta de las maderas del monte Ida en que nació Júpiter, las cuales son innaufcagables: los vientos y las rocas las temen y respetan: el mismo Neptuno en su mayor cólera no se atreviera á conmovier las olas contra ellas. Estad cierto que volveréis felizmente y sin dificultad á Itaca, y que no habrá nin-

guna enemiga deidad que pueda hacer os andar errantes por mas tiempo: la travesía es corta y fácil: despedid el navío Fenicio que aquí os ha conducido: por ahora no penseis mas que en adquirir la gloria de establecer el nuevo reino de Idomeneo, para reparar por este medio sus pasadas desgracias. Este es, hijo de Ulises, el medio para que seais tenido por digno de vuestro padre; y aun cuando los rigurosos hados le hubiesen hecho descender al tenebroso reino de Pluton, toda la Grecia se regocijaria creyendo verle en vos.

Aquí llegaba Idomeneo, cuando le interrumpió Telémaco: despedamos, dijo, el navío Fenicio. ¿Qué nos impide correr á las armas y atacar vuestros enemigos? ya lo son nuestros. ¿Si vencimos en Sicilia peleando por Acestes, siendo Troyano, y enemigo de los Griegos, con cuanto mas ardor combatiémos ahora favorecidos de los dioses por uno de los héroes griegos que destruyéron la ciudad de Priamo? El oráculo que acabo de oír no nos lo deja dudar.

FIN DEL LIBRO NOVENO.

LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO.

Informa Idomeneo á Mentor del motivo de la guerra. Cuéntale como los Mandurienses le cediéron desde luego la costa en que fundó la ciudad, y ellos se retiráron á los montes vecinos; y que habiendo sido maltratados algunos por los suyos, le diputáron dos ancianos, con quienes arregló los tratados de la paz que hicieron: que despues de una infraccion de estos tratados hecha por ciertos vasallos suyos que los ignoraban, se disponian á hacerle la guerra. Estándolo refiriendo Idomeneo se presentáron los Mandurienses á las puertas de Salento, trayendo en su ejército á Nestor, Filoctetes y Falanto, á quienes Idomeneo creía neutrales. Sale Mentor de la ciudad, y solo va á proponer á los enemigos condiciones de paz.

CONOCIENDO Mentor el noble ardor de que ya estaba inflamado Telémaco, le miró con afabilidad, y le habló en estos términos: Alégrome, hijo de Ulises, de verte tan deseoso de gloria; mas acuérdate que no alcanzó tu padre en el sitio de Troya una reputacion como la que tiene entre los Griegos, sino mostrándose el mas sabio y moderado de todos ellos. Aunque invencible Aquiles é invulnerable, y aunque cierto de llevar el terror y la muerte adonde quiera que combatiere, no pudo sin embargo tomar á Troya; antes por el con-

trario le vió aquella ciudad muerto al pie de sus muros, triunfando al fin del vencedor de Hector. Pero Ulises, en quien la prudencia ordenaba el valor, condujo el fuego y el hierro hasta en medio de sus plazas, y á él se le debió la caída de aquellas altas y soberbias torres, que por espacio de diez años amenazáron á toda la Grecia conjurada. Tan superior es Minerva á Marte, como el valor dirigido por la prudencia, y la precaucion lo es á un esfuerzo impetuoso y feroz. Empecemos pues, ó Idomeneo, por saber las causas que motivan esta guerra; no porque yo rebuse entrar en ningun peligro, pero creo que debeis instruirnos previamente de la justicia con que la hacéis, contra quien, y de las fuerzas con que os hallais para esperar un feliz suceso.

Cuando llegamos á esta costa, le respondió Idomeneo, hallamos en ella un pueblo salvaje, que habitaba las selvas, y vivia de la caza y de la fruta que espontáneamente producen los árboles. Estos pueblos, llamados Mandurios (1) asombrados de ver nuestras naves y nuestras armas, se retiráron á los montes; pero movidos nuestros soldados de la curiosidad de ver el pais, se encontráron, persiguiendo unos ciervos, con estos salvages fugitivos, cuyo gefe les dijo: Nosotros hemos abandonado, y os hemos cedido las apacibles costas del mar, sin que nos queden mas que estas montañas casi inaccesibles; y parece justo que nos dejeis vivir en ellas en paz y en libertad. Ahora os halla-

(1) Los Mandurios eran unos pueblos de la Pulla en el reino de Nápoles, que sacáron su nombre de lago Andario, del cual habla Plinio, y cuyas aguas saladas nunca menguaban ni crecian.

nos errantes, dispersos, y tan inferiores en fuerzas á nosotros, que está en nuestra mano no solo quitaros la vida: sino impedir que llegue á vuestros compañeros la noticia de vuestra desgracia; pero no queremos manchar nuestras manos con la sangre de nuestros semejantes. Id en paz: acordaos que debeis la vida á nuestros sentimientos de humanidad; y nunca os olvidéis que es de un pueblo, que vosotros llamáis grosero y salvaje, de quien recibis esta leccion de moderación y generosidad.

Vueltos al campo los nuestros, contáron lo que les habia acaecido: irritáronse los soldados, y tuviéron á ménos que unos Cretenses fuesen deudores de la vida á una caterva de fugitivos, que mas les parecian osos que hombres. Vuelven á caza en mayor número, prevenidos de todo género de armas, y á muy poco se encontráron, y diéron sobre los salvages. El combate fué cruel. Volaban los dardos de una y otra parte como en una tempestad cae granizo en un campo. Viéronse por fin precisados aquellos á refugiarse en sus fragosas montañas, donde no se atreviéron á empeñarse los nuestros.

A poco tiempo me enviáron á pedir la paz por dos de sus mas sabios ancianos: trajéronme en presente pieles de las fieras que cazan, y frutas del pais; y despues de ofrecérmele, habláron de este modo.

Ya ves, ó rey, que en una mano tenemos la espada, y un ramo de oliva en la otra (teníanlo en efecto): he aquí la paz y la guerra, escóge. Nosotros mas queremos la paz: por conservarla no hemos tenido á ménos cederte esta hermosa ribera que fertiliza el sol, y la hace llevar tan delicados frutos, porque nos son mas apreciables los que la paz produce: por ella nos hemos

retirado á esas escarpadas montañas, siempre cubiertas de yelos y nieve, y donde nunca se ven las flores de la primavera, ni los sazonados frutos del otoño. A nosotros nos horroriza esa brutalidad, que disfrazada con los bellos nombres de ambicion y de gloria, anima á esas fieras humanas á devastar las provincias, y regarlas con sangre de los que son sus hermanos. Si te inflama esa gloria, no te la envidiamos; te compadecerémos y rogarémos á los dioses que nos preserven de semejante furor. Si las ciencias que aprenden los Griegos con tanta aplicacion, y la cultura de que hacen tanto alarde, no les inspiran mas que esa detestable injusticia, nosotros nos creemos muy felices en carecer de esas ventajas, y nos gloriaremos de ser ignorantes y bárbaros; pero justos, humanos, fieles, desinteresados, acostumbrados á contentarnos con poco, y á despreciar la liviana delicadeza que hace se necesite de mucho. Lo que estimamos es la salud, la frugalidad, la libertad, la robustez del cuerpo y el vigor del espíritu: el amor de la virtud, el temor de los dioses, el afecto á nuestros parientes, la inclinacion á los amigos, la fidelidad con todos, la moderacion en la prosperidad, la constancia en la adversidad, y la firmeza para decir siempre osadamente la verdad, y detestar la lisonja. Tales son los pueblos que te ofrecemos por vecinos y aliados. Si los dioses, irritados contra tí, te ciegan hasta el extremo de que desprecies su amistad, aprenderás, aunque tarde, que los que por moderacion buscan la paz, son los mas temibles en la guerra.

Miéntnas que así me habláron, estúveles yo mirando atentamente, y no me hartaba de verlos. Tenian larga y descuidada la barba, corto y encanecido el cabello, pobladas las cejas, ojos vivos, un mirar y un aspecto

denodado, el modo de hablar grave y lleno de autoridad, y sus modales sencillos é ingenuos. Estaban vestidos de pieles anudadas á la espalda, que les dejaban descubiertos los brazos, mas nerviosos y robustos que los de nuestros atletas. Yo les respondí que deseaba la paz; y en consecuencia procedimos de buena fé al arreglo de muchos artículos y condiciones; y ajustadas que fuéron, tomamos á los dioses por testigos, y se volviéron contentos y regalados.

Pero los dioses, que me arrojáron del trono de mis mayores, aun no estaban cansados de perseguirme. Nuestros cazadores, que todavía no podían tener noticia de la paz ajustada, encontráron en el mismo dia una multitud de éstos bárbaros que iban acompañando á sus enviados vueltos de nuestro campo: les atacáron vivamente, matáron una parte de ellos, y persiguieron la otra hasta los bosques; y ved aquí nuevamente encendida la guerra, creyendo que ni pueden fiarse de vuestras promesas, ni aun de nuestros juramentos.

Para sermos mas temibles. han llamado, y vienen con efecto en su socorro los Locreses, Apulleses, Lucanienses, Brucios y los pueblos de Croton, Nerita, Mesapia y Brindez. Los Lucanienses traen carros armados de cortantes hoces: de los Apulleses cada uno viste la piel de la fiera que mata, y se arma de una nudosa maza, guarnecida de puntas de hierro: su estatura es casi agigantada, y sus cuerpos tan robustos con los penosos trabajos en que se ejercitan, que con solo la vista espantan. Los Locreses (1), originarios de

(1) Los Locreses eran unos pueblos de la Focida que habitaban en ámbos lados del monte Parnaso.

la Grecia, aun se resenten de su origen, siendo mas humanos que los otros; pero á la exácta disciplina de las tropas Griegas juntan el vigor de los bárbaros, y el ejercicio de una vida dura, lo cual les hace invencibles: ármanse de ligeros escudos, tejidos de mimbres, cubiertos de pieles, y de largas espadas. Los Brucios (1) son tan ligeros en la carrera como los ciervos y los gamos: apénas dejan en la arena señal de sus pasos; y es tal la prontitud con que cargan, y se retiran, que todo parece á un tiempo. Los Crotoneses (2) son tan diestros arqueros, que no tenderá un Griego mejor el arco que le tienden ellos; y si se dedicaran á nuestros juegos, no habria premio que no ganasen: tienen sus flechas con el jugo de ciertas yerbas venenosas que vienen, segun dicen, de las márgenes del Averno, y su veneno es mortífero. Por lo que respecta á los de Nerita (3), de Mesapia (4) y de Brindez (5), aunque fuertes y animosos, carecen de disciplina: al avistar al enemigo despiden hasta el cielo espantosos gritos. Sir-

(1) Los Brucios eran unos pueblos de Italia habitantes de una península de la Calabria ulterior que forma el golfo llamado actualmente Gioia en el desembocadero del rio Meiro ó Metauro.

(2) Croton ó Cortona, es una ciudad del reino de Nápoles en el golfo de Tarento.

(3) Nerita, hoy Nardo, es una pequeña villa de la Calabria, en el reino de Nápoles.

(4) Mesapia, comarca de Italia entre Brindez y Tarento, hoy la Calabria.

(5) Brindez ó Brindisi, ciudad de Calabria, sobre el mar Adriático.

vense tan bien de la honda, que sus descargas parecen tempestades de piedra que oscurecen la luz; pero pelean sin orden.

Ya sabéis, Mentor, lo que deseabais; sabéis el origen que ha tenido la guerra, y sabéis cuales son los enemigos contra quienes hemos de sustentarla.

Hecha esta declaracion, le pareció á Telémaco, impaciente ya por hallarse en ella, que solo faltaba tomar las armas; pero Mentor volvió á contenerle, y habló así á Idomeneo.

¿En qué consiste que los Locreses, originarios de Grecia, se unan á los bárbaros contra los Griegos? ¿en qué consiste que florezcan en esta costa tantas colonias Griegas, sin que nadie les incomode? ¡Ay, Idomeneo! os quejáis de que los dioses aun no se han cansado de perseguiros, é yo me lastimo de que aun no hayan acabado de enseñaros. Tantos trabajos como habeis padecido aun no han bastado á instruiros de cuanto es bien que se haga por evitar la guerra. Lo que vos mismo decis de la buena fé de esos bárbaros, prueba lo fácil que os hubiera sido vivir con ellos en paz; pero la altivez y la soberbia producen y agitan aquel temible azote. Hubierais podido muy bien darles y recibir rehenes; enviar con sus embajadores algunos de vuestros capitanes que les condujesen con seguridad; y aun despues de renovada la guerra pudisteis y debisteis aplacarlos, dándoles satisfaccion de aquel inopinado é involuntario incidente: debisteis ofrecerles cuantas seguridades hubiesen querido, é imponer las mas rigurosas penas contra cualquiera de vuestros vasallos que violara las leyes de la alianza. Mas decidme, ¿qué sucesos ha habido desde que se empezaron las hostilidades?

Yo creí, respondió Idomeneo, que nos era indecoroso dar satisfaccion á esos bárbaros, de los cuales se armáron inmediatamente todos los que se hallaban en estado, é imploráron el socorro de los pueblos vecinos, haciéndonos á ellos sospechosos y aborrecibles. Y en este estado me pareció lo mas seguro ocupar prontamente en las montañas ciertos pasos mal guardados: conseguínoslo sin dificultad, y nos pusimos en estado de esterminar á nuestros enemigos. En las mismas montañas hice levantar unas torres, desde donde no solo pueden nuestros soldados oprimir con los dardos á cuantos se aventuren á descender por ellas á nuestro pais, sino asegurar la entrada de los nuestros en el suyo, y saquear cuando quieran sus principales habitaciones. Así es como, aunque con fuerzas tan desiguales, podemos resistir á esa multitud que nos rodea. Por último nuestra reconciliacion viene á ser ya muy difícil, porque nosotros no podemos abandonarles aquellas torres sin esponernos á sus incursiones, y ellos las miran en nuestro poder como amenazas de su libertad.

Instruido Mentor como deseaba del origen, progresos y estado de la guerra, dirigió á Idomeneo este discurso. Vos sois un rey sabio, y como tal quereis que se os diga la verdad como ella es en sí: no sois como esos hombres débiles que temen verla, porque les falta valor para reconocerse, y solo le tienen para emplear su autoridad en sostener sus desaciertos. Así que no dudaré deciros que ese pueblo bárbaro os dió una admirable leccion cuando vino á pedirlos la paz. ¿Os la pidió acaso por flaqueza, ó por falta de valor y de medios con que hacerlos la guerra? Ya veis por el contrario euan aguerrido se halla, y como le sostienen

tantos y tan formidables vecinos. ¡Ojalá hubierais imitado su moderacion! pero una dañosa vergüenza y una presuncion detestable os atrajeron esta desgracia: temisteis engrerle con vuestra moderacion, y no recelasteis hacerle con vuestra injusta altivez tan poderoso y formidable en vuestro daño. ¿De qué sirven esas torres de que tanto blasonais, sino de ponerles en la alternativa de morir ó mataros para preservarse de una inminente servidumbre? Esas torres levantadas para vuestra seguridad son las que os tienen en el peligro en que os veis.

La mas segura defensa de un estado es la justicia, la moderacion, la buena fé, y la seguridad que debe inspirar á los comarcanos de que es incapaz de usurparles los suyos. Las mas fuertes murallas se arruinan por mil accidentes imprevistos; la fortuna es caprichosa é inconstante en la guerra; pero ganando con la moderacion é integridad el amor y la confianza de las naciones inmediatas, asegúrese un príncipe de que jamas será de otro vencido, ni casi nunca atacado; pues aun cuando hubiese alguno tan injusto que lo intentase, saldrian inmediatamente á la defensa todos los otros, interesados en la conservacion de su digno aliado. Un apoyo como él de tantos pueblos, que encontrasen sus verdaderos intereses en sostener los vuestros, os hubiera hecho mucho mas poderoso que esas torres que hacen irremediables vuestros males. Si desde el principio hubierais cuidado de no haceros sospechoso, creciera vuestra ciudad á la sombra de una dichosa paz, y seriais el árbitro de todas las naciones de la Hesperia.

Por esto debemos ahora circunscribirnos á examinar los medios de reparar en lo venidero los perjuicios de lo pasado.

Empezasteis á decirme que hay en estas costas algunas colonias Griegas; é yo creo que deberán estar dispuestas á socorrerlos, así porque no habrán olvidado el gran nombre de Minos, hijo de Júpiter, como por él que vos mismo os adquiristeis, distinguiéndoos tantas veces entre los príncipes Griegos, con quienes concurristeis por la causa comun de la Grecia al sitio de la formidable Troya. ¿Por qué, pues, no procurais atraerlas á vuestro partido?

Porque todas, respondió Idomeneo, han resuelto permanecer neutrales; no porque les falte inclinacion á socorrerme, sino porque la gran magnificencia con que se empezó, y se continua esta ciudad, les asombra, y hace recelar no ménos que á los otros que concibamos designios contra su libertad. Temen que despues de subyugar á los bárbaros de las montañas, llevemos adelante la ambicion. En una palabra, todo está contra nosotros; pues los que no nos hacen una guerra abierta, desean cuando ménos vernos abatidos; y el miedo de todos impide que nadie nos ayude.

¡Raro extremo! replicó Mentor: por querer parecer muy poderoso destruis vuestro poder; y miéntras que sois en lo exterior y para vuestros vecinos un objeto de temor y de odio, os estais interiormente aniquilando y consumiendo en los esfuerzos que necesitais hacer para sostener esta guerra. O una y mil veces desgraciado Idomeneo, á quien la misma desgracia no ha podido instruir mas que á medias! ¿Necesitais acaso una segunda caída para prever los riesgos que amenazan aun á los mayores reyes de la tierra? Dejadlo no obstante á mi cuidado, y decidme circunstanciadamente cuales son esas ciudades Griegas que rehusan vuestra alianza.

La principal, le respondió Idomeneo, es Tarento (1), fundada tres años hace por Falanto con un gran número de jóvenes que juntó en Laconia (2), nacidos de las mugeres que olvidaron á sus maridos ausentes en el sitio de Troya; las cuales se los facilitaron para poder mejor ocultar su delito, y aplacar á sus maridos. Como que esta multitud de jóvenes nacidos fuera de matrimonio no reconocia padre ni madre, vivia con el mayor desenfreno: pero contiúvoles la severidad de las leyes, y reunidos que fueron á Falanto, capitan atrevido, intrépido, ambicioso, y diestro en ganar voluntades, los atrajo á esta costa, donde con ellos ha hecho de Tarento una segunda Lacedemonia. Tambien Filoctetes (3) que ganó en el sitio de Troya tanta reputacion con las flechas de Hércules, ha levantado no léjos de aquí los muros de Petilia (4) ménos poderosa, pero mejor gobernada que Tarento. Finalmente tenemos á poca distancia la ciudad de Metaponto (5) fundada por Nestor con sus Pilios.

¡Cómo! replicó Mentor, ¡tenéis á Nestor en la Hesperia, y no habéis sabido interesarle en vuestra defensa!

(1) Tarento, ciudad de los Salentinos, en la provincia de Mesapia, hoy ciudad arzobispal de la tierra de Otranto en la costa meridional, en el reino de Nápoles.

(2) La Laconia era una provincia del Peloponeso; hoy es Zaconia, en la Morea.

(3) Filoctetes, amigo y compañero de Hércules, á quien hizo jurar que á nadie descubriría el lugar de su sepultura, y á quien regaló sus flechas teñidas en la sangre del hidra.

(4) Petilia, hoy Petillano, en la Toscana.

(5) Metaponto, en el golfo de Tarento.

¡Al gran Nestor, que tantas veces ha sido testigo de vuestras hazañas en el sitio de Troya, y que con vos tenia tan estrecha amistad! Yo la he perdido, respondió Idomeneo, por el artificio de esos pueblos, que no tienen de bárbaros mas que el nombre: tan sagaces que han logrado persuadirle que yo proyectaba tiranizar la Hesperia. Nosotros le desengañaremos, dijo Mentor. Telémaco le vió en Pilos ántes que viniese á fundar esta colonia, y ántes que nosotros emprendiésemos nuestros largos viages en busca de Ulises; y no creo que haya olvidado la memoria de este héroe, ni las demostraciones de cariño que hizo á su hijo; mas lo que importa es desvanecer sus sospechas: y pues las que habeis hecho concebir á todos han encendido la guerra, disipándolas podremos apagarla. Vuelvo á decirlo que lo dejéis á mi cuidado.

Fuera de sí de contento abrazó á Mentor Idomeneo con tanta ternura, que apenas pudo decirle: ¡O sabio anciano, enviado de los dioses para enmendar mis desaciertos! confieso que me hubiera irritado contra cualquier otro que me hablara con tanta libertad, y tambien confieso que solo vos pudierais reducirme á pedir la paz. Resuelto estaba á morir ó vencer; pero la razon exige que prefiera vuestros sabios consejos á mis apasionados dictámenes. ¡Feliz de vos, Telémaco, que no podréis con semejante guia desviaros como yo de la senda de la justicia! Vos sois, Mentor, el árbitro: en vos se contiene toda la sabiduría de los dioses: la misma Minerva no daría mas saludables consejos. Id, prometed, concludid, dad todo lo que de mí depende, que Idomeneo os ofrece aprobar todo lo que viereis que es conveniente que se haga.

Hablando estaban, cuando de improviso oyeron el

confuso crujir de los carros, el relinchar de los caballos, la espantosa gritería de los soldados, y el ronco son de las trompas que ocupaban el aire de marcial estruendo. Todos sorprendidos gritan á una: ¡ya estan aquí los enemigos que por medio de un rodeo han evitado el paso de los desfiladeros tan cuidadosamente guardados! Ya sitian á Salento. Consternados los ancianos y las mugeres, esclamaban: ¡infelices de nosotros, que dejamos nuestra cara pátria, la fértil Creta, y seguimos á un desgraciado rey atravesando los mares para fundar una ciudad, que como otra Troya se convertirá en cenizas! Desde las murallas nuevamente construidas se veían en la vasta campaña los cascós, las corazas y broqueles de los enemigos que brillaban al sol tanto que deslumbaban. Veíanse también las picas levantadas en tanto número, que cubrían la tierra, así como en el estío la cubre una abundante cosecha con que en los campos de Enna en Sicilia recompensa Ceres las fatigas del labrador. Por último se descubrian los carros armados de cortantes hoces, y se distinguían fácilmente las tropas que cada nacion enviaba.

Para conocerlas mejor sube Mentor á una alta torre, y le siguen Idomeneo y Telémaco; y apenas llega, cuando descubre á un lado á Filoctetes, y á otro á Nestor (1), fácil de conocer por su venerable ancianidad, con su hijo Pisítrato. ¡Qué es lo que veo! esclamó Mentor: vos, Idomeneo, habiais creído que Filoctetes y Nestor se contentaban con no ayudaros:

(1) Nestor, hijo de Neleo, rey de Pilos, ciudad de Mesenia, hoy la Morea, célebre por su prudencia, elocuencia y larga vida, que dicen los mitólogos haber durado trecentos años.

mas vedlos allí que han tomado contra vos las armas, y si no me engaño, esas otras tropas, que marchan tan despacio y en tan buen orden, son lacedemonias, mandadas por Falanto. Todos son contra vos: no hay ningún pueblo en toda la costa de quien sin querer no os hayais hecho un enemigo.

Diciendo esto, desciende presurosamente, y se dirige á la puerta de la ciudad, hácia donde avanzaba el enemigo: hácesela abrir; y queda tan absorto Idomeneo de la magestad con que lo manda, que ni aun se atreve á preguntarle el fin que en ello se propone. Hace Mentor seña de que nadie se atreva á seguirle: acércase á los enemigos, asombrados ya de la resolucion de un hombre solo que se les presenta: enseñales desde lejos un ramo de oliva en señal de paz; y cuando llegó á distancia de que pudiesen oírle, les pide que se junten todos los cabos del ejército: júntanse, y les habla en estos términos:

Generosos varones, caudillos de tantas naciones como florecen en la rica Hesperia, yo sé muy bien que solo os ha movido á reuniros el interes comun de la libertad: alabo tan digno zelo; mas permitidme que os haga presente un medio fácil de conservarla con gloria de vuestros pueblos sin derramar la sangre humana. Nestor, sabio Nestor, á quien veo en esta asamblea, no ignorais cuan funesta es la guerra á los mismos que la emprenden con justicia, y bajo la proteccion de los dioses, ella es el mayor mal con que afligen á los hombres. Jamas podreis olvidar lo que por espacio de diez años sufrieron los Griegos ante la infeliz Troya. ¡Qué divisiones entre los capitanes! ¡qué caprichos de la fortuna! qué estragos hizo en ellos Hector por su mano! qué desgracias no causó en las ciudades mas opulentas

la larga ausencia de sus reyes! ¡A su vuelta naufragaron unos en el promontorio de Cafarea (1), y otros encontraron una lastimosa muerte en el seno de sus mismas esposas. ¡O dioses! ¡preciso es que vuestro enojo armase á los Griegos para esta famosa expedición! Dignaos de no conceder jamas á los pueblos de la Hesperia tan funestas victorias. Yace Troya en cenizas, verdad es; pero mejor les fuera á los que á tanta costa la incendiaron que se conservase con todo su esplendor, y que el afeminado París gozase con Elena de sus infames amores. ¡Díganlo los pueblos de la Laconia en lo que padecieron por saltarles sus príncipes, capitanes y soldados! Y vos, Filoctetes, por tanto tiempo infeliz y abandonado en la isla de Lemnos (2), ¿no teméis que en una tan semejante guerra os sucedan desgracias semejantes? Y todos vosotros, Griegos, ¿qué habéis venido á fundar en la Hesperia, ¡qué otra causa os ha precisado á hacerlo sino una consecuencia de las desgracias que produjo aquella misma guerra!

Después de haber discurrido así, se dirigió hácia los Pilios; y Nestor, que ya le habia conocido, se vino para él á saludarle, y le dijo: ¡Con cuanto gusto vuelvo á veros sabio Mentor! Muchos años hace que os ví por primera vez en la Focida (3), cuando solo tenáis quince años, y desde entonces preví que llegaríais á ser tan sa-

(1) Cafarea es el cabo mas occidental de la isla de Negroponte, hoy *Cabo Figuera ó del Oro*.

(2) Lemnos, isla del mar Egeo, hoy Estalimeno.

(3) La Focida era un país del Acaia en Grecia; es hoy una parte de la Livadia y Siramulipa, ó el Acaia moderna, dependiente de la Turquía de Europa.

bio como lo ha acreditado la esperiencia. ¿Pero por qué casualidad os hallamos aquí, y cuales son los medios que tenéis de terminar esta guerra? Idomeneo nos ha precisado á que se la hagamos, á pesar de que todos la huimos, y del interes con que solicitábamos la paz; pero con él no podemos tener ninguna seguridad: ha violado cuantas promesas ha hecho á sus mas inmediatos vecinos, y debemos recelar que ahora solo desee la paz para desunir y desarmar la liga que es nuestra única defensa contra el designio ambicioso que manifiesta de subyugar á todos los pueblos: en una palabra, no nos ha dejado otro medio de conservar la libertad que destruir su nuevo reino: su mala fé nos ha puesto en el compromiso de aniquilarle, ó sufrir el yugo de la esclavitud con que nos amenaza. Si encontráis algun expediente que nos ponga á cubierto de sus intenciones, y nos asegure de la solidez de la paz que con él se haga, todos los pueblos que aquí veis dejarán gustosos las armas, y todos confesarémos con júbilo las ventajas que vuestra sabiduría nos hace.

Mentor le respondió: Ya sabéis que Ulises fió de mi cuidado la educacion de su hijo Telémaco, y que impaciente este jóven por averiguar la suerte de su padre, pasó á veros á Pilos, donde le recibisteis con toda la consideracion que podia esperar de un fiel amigo de su padre, dándole á vuestro propio hijo para que le acompañase á Esparta. Desde entonces ha hecho largos viajes por mar: ha estado en Sicilia, en Egipto, en la isla de Chipre y en la de Creta; y ahora que creía volver á su patria, le han arrojado los vientos, ó por decirlo mejor los dioses, á esta costa; pero tan á buen tiempo que espero evitar con nuestra llegada los horrores de una guerra cruel. Ya no es, pues, Idomeneo,

sino el hijo del prudente Ulises : yo mismo soy el que os responde de la seguridad de lo que se concertare.

Estaban Idomeneo y Telémaco con el ejército Cretese viendo desde los muros de Salento como Mentor en medio de las tropas confederadas hablaba con el venerable Nestor , y desde allí procuraba percibir al ménos de qué modo eran recibidas las ofertas de su mediador , ya que no podian , como deseaban , oír los discursos de dos tan sabios ancianos ; porque Nestor fué siempre tenido por el mas experimentado y elocuente de los reyes de Grecia. El era el que en el sitio de Troya templaba la fogosa saña de Aquiles , el orgullo de Agamenon (1) , la fiereza de Ajax (2) , y el impetuoso valor de Diomedes. Sus labios destilaban la dulce miel de la persuasion : sola su voz era oída : solo él merecia que cuando hablaba guardasen los demas silencio ; y él por fin era el único que sabia ahuyentar del campo la feroz discordia. Y sin embargo de que ya empezaba á sentir las injurias de los años , todavía tenian sus razones la misma dulzura y energía : contaba las cosas pasadas para instruir con sus esperiencias á los jóvenes ; y aunque con alguna lentitud , lo hacia con suma gracia.

Pero este mismo anciano , tan justamente admirado de la Grecia entera , todo parecia haberlo perdido al lado de Mentor : su ancianidad era lánguida y abatida

(1) Agamenon , rey de Micenas , fué elegido general del ejército de los Griegos en el asedio de Troya.

(2) Ajax , hijo de Oileo , rey de los Locreses , deshonró á Casandro en el templo de Pallas despues de la toma de Troya ; pero fué en castigo herido de un rayo.

comparada con la de este , en quien los años respetaban la fuerza y el vigor del temperamento : las palabras del uno , aunque graves y sencillas , tenian un vigor y autoridad que empezaba á echarse de ménos en las del otro. Sus discursos eran breves , precisos y nerviosos. Nunca repetía lo que una vez habia dicho , ni se distraía del punto principal que se trataba ; y si alguna vez para persuadir una cosa tenia que inculcarla , hacía lo siempre con cierta novedad , valiéndose de comparaciones sensibles ; y al mismo tiempo tenia un no sé qué de complaciente y festivo con que se acomodaba á los alcances de todos para hacerles perceptibles las verdades que les enseñaba. Tales eran los dos hombres venerables que sirvieron de agradable espectáculo á todos aquellos pueblos reunidos , que se impelían é incomodaban unos á otros por verlos mas de cerca , y oír si podian sus sabios discursos , mientras que Idomeneo y los suyos ansiaban ver para interpretar el aire y semblante de sus enemigos.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LIBRO ONCE.

SUMARIO.

Viendo Mentor á Telémaco en el campo de los aliados, vese á juntar con él, y su presencia contribuye á que se acepten las condiciones de paz que aquel les habia propuesto en nombre de Idomeneo. Entran los reyes como amigos en Salento: ratificanse los tratados, se dan recíprocos rehenes, y hacen un sacrificio entre la ciudad y el campo en confirmacion de la alianza.

No ménos impaciente Telémaco que los demas por saber lo que en el campo se deliberaba, corre sin ser sentido de la multitud que le rodea hácia la puerta por donde Mentor habia salido; y revistiéndose de autoridad, hace que se la abran. Idomeneo, que creía tenerle cerca de sí, se quedó admirado viéndole fuera de la ciudad dirigirse al campo enemigo, y que ya llegaba cerca de Nestor, el cual, conociéndole, se adelanta á recibirle, acelerando lo posible sus tardos y lentos pasos. Arrojàse Telémaco á sus brazos, y le estrecha en los suyos, sin hablarle, hasta que por fin esclama enternecido: ¡Padre mio! ¡no dudo apellidaros así, porque la desgracia de no hallar al que verdaderamente lo es, y la bondad de que me habeis dado tantas pruebas, me autorizan en cierto modo á servirme de tan cariñoso nombre! ¡Pero es verdad que vuelvo á veros! Así lo fuera que volviera á ver á Ulises! Mas yo os protesto que si en el mundo hubiera alguna cosa

capaz de consolarme de pérdida tan irreparable, lo sería tener en vos otro Ulises, otro padre.

No pudo Nestor dejar de enternecerse y de sentir una secreta alegría viendo las mejillas de Telémaco regadas con sus lágrimas. La hermosura, la afabilidad y la noble confianza con que este desconocido jóven atravesaba sin mas precaucion por el campo de tantas tropas enemigas, las puso en admiracion á todas. ¡Será, decian, el hijo de este anciano que ha venido á hablar á Nestor! Lo cierto es que ámbos manifiestan la misma sabiduría en las dos mas opuestas edades de la vida; en el uno solo florece ahora, y en el otro produce con abundancia los mas sazonados frutos.

Mentor, que veía con gusto el cariño con que Telémaco era recibido de Nestor, se aprovechó de tan feliz disposicion para decirle: Ved ahí el hijo de Ulises, tan querido de toda la Grecia, y tan amado de vos mismo. Yo os le entrego como la prenda mas segura que se os puede dar de la fidelidad de las promesas de Idomeneo. Bien conoceis que por el mundo entero no querria yo que á la pérdida del padre se siguiese la del hijo, ni que la desgraciada Penelope reconviniere justamente á Mentor de haber sacrificado su hijo á la ambicion del nuevo rey de Salento. Con tan digno fiador, que por sí mismo se os ha venido á ofrecer, y que os envian los dioses amantes de la paz, empiezo, ó pueblos de tantas naciones reunidos, á proponeros los medios de establecer una sólida y permanente.

Al nombre de paz se oyó un confuso rumor de disgusto que se propagó de fila en fila por todo el ejército, compuesto de aquellas varias naciones que ardian en ira, y tenian por perdido el tiempo que se diferia el combate, sospechando que estas pláticas no tenian otro

objeto que aplacar su furor, y quitarles la presa que ya creían entre sus manos; particularmente los Mandurienses se irritaban mas y mas de que con aquel pretexto esperase Idomeneo volver á engañarlos; y para evitarlo, emprendieron mas de una vez interrumpir á Mentor, temiendo que con la sabiduría de sus discursos persuadiese á aquellas naciones á que se separasen de su alianza. Ya empezaban á desconfiar de todos los Griegos que en ella habia, cuando conociéndolo Mentor, procuró avivar esta desconfianza, é introducir en todos el espíritu de division.

Confieso, decia, que los Mandurienses tienen motivos para quejarse, y para pedir satisfaccion de los daños que se les han causado; pero no por eso es justo que los Griegos que han venido á establecer aquí sus colonias sean sospechosos y aborrecidos de las antiguas naciones del pais; ántes por el contrario deben, uniéndose, hacerse respetar de ellas: basta que sean moderados, y que se abstengan de usurpar las tierras de sus vecinos. Yo sé que Idomeneo ha tenido la desgracia de hacerseos sospechoso; pero como que no ha sido ese su ánimo, es muy fácil satisfacer vuestra desconfianza. Aquí nos teneis á Telémaco y á mí, que en prueba de su buena fé nos ofrecemos á permanecer en vuestro poder, interin que fielmente se cumpla quanto en su nombre se os prometa. Yo bien sé; ó Mandurienses, les dijo, esforzando mas la voz; sé muy bien que lo que mas os incomoda es que las tropas Cretenses hayan ocupado por sorpresa los desfiladeros de vuestras montañas, hallándose por este medio en estado de invadir, á vuestro pesar, cuantas veces quieran el pais á que os retirasteis por dejarles las llanuras de la costa. Respondedme: ¿no son estos desfiladeros fortificados con altas torres,

guarnecidas de tropas, el verdadero motivo de la guerra? ¿teneis ademas algun otro?

Acercóse á contestarle el gefe de aquel pueblo, y lo hizo, diciendo: ¡Cuanto no hemos hecho por evitarla! Los dioses nos son testigos de que no hemos renunciado á la paz sino cuando la habemos visto escapárenos de entre las manos, quitándonos hasta la esperanza de recobrarla la desordenada ambicion de los Cretenses, y cuando no nos es posible fiarnos ni de sus juramentos. ¡Nacion insensata! quien nos ha reducido, á pesar nuestro, á la horrorosa necesidad de tomar contra tí un partido tan desesperado, como lo es el de no hallar seguridad sino en tu destruccion. Mientras que ella sea dueña del paso de las montañas, viviremos con la desconfianza de que aspira á usurpar nuestras tierras, y reducirnos á esclavitud. Si no desea mas que vivir en paz con sus vecinos, ¿porqué no se contenta con lo que voluntariamente la cedimos? ¿por qué tanto empeño en mantener las entradas de un pais, si contra él no tiene ningun designio ambicioso? Pero, ó sabio anciano! ¿vos no la conoceis; y ojalá que tampoco nosotros la conociéramos! No os empeñeis en retardar una guerra justa y necesaria, único medio de asegurar en la Hesperia una paz constante. Y tí, nacion ingrata, falsa y cruel, enviada aquí por los dioses irritados para alterar la paz que disfrutábamos, y castigar nuestras culpas, teme su enojo; y que despues de nuestro castigo nos venguen con el vuestro, porque no es posible que sean ménos justos con nosotros que con nuestros enemigos.

A toda la asamblea conmovió este discurso: no parecia sino que Marte y Belona iban excitando de fila en fila el furor bélico que Mentor trataba de aplacar;

por lo que les habló de nuevo en estos términos :
 Si las promesas que yo os hago consistiesen únicamente en palabras, estaba bien que desconfiaseis de ellas : pero lo que os ofrezco son cosas reales y presentes. Si no os basta tenernos á Telémaco y á mí en rehenes, yo haré que se os entreguen doce de los más nobles Cretenses ; pero la razon exige que vosotros por vuestra parte deis tambien á Idomeneo las correspondientes seguridades ; porque aunque es cierto que desea sinceramente la paz, la desea sin miedo y sin baja, así como vosotros decís que la habeis buscado por prudencia y moderacion, y no por el deseo de una vida muelle, ni porque os desaliente la vista de los peligros con que amenaza la guerra. Idomeneo está dispuesto á morir ó vencer ; pero antepone la paz á la mas completa victoria. Se avergonzaria de temer ser vencido ; pero teme ser injusto, y no se averguenza de reconocer y procurar reparar sus defectos. Ofréceos la paz con las armas en la mano : no trata de imponeros gravosas condiciones, porque hace poca cuenta de una paz forzada : quiérela sí de modo que á todos satisfaga, que ponga fin á los recelos, destierre todo resentimiento, y quite todo motivo de desconfianza : en una palabra, los sentimientos de Idomeneo son cual vosotros mismos queriais que fuesen : lo que resta es, que os lo persuadais así tanto como yo lo estoy : y me parece fácil, si me oís con ánimo tranquilo y libre de toda prevencion.

Oidme pues naciones valerosas, y vosotros caudillos tan sabios, y estrechamente unidos, oid lo que en nombre de Idomeneo os ofrezco. No es justo que él pueda entrar en territorio de sus vecinos, así como no lo es que estos puedan entrar en el suyo. Para evitarlo,

desde luego consiente que los desfiladeros, fortificados con las altas torres que han dado motivo á esta guerra, se depositen y guarnezcan con tropas neutrales. Vosotros, Nestor y Filoctetes, aunque Griegos de origen, no podeis ser sospechosos de inclinados á Idomeneo, cuando declarándoos contra él habeis dado la mayor prueba de que solo os mueve el interes comun de la paz y de la libertad de la Hesperia. Sed vosotros los depositarios, pues que no teneis ménos interes en evitar que las antiguas naciones de la Hesperia destruyan á Salento, que en impedir á Idomeneo que usurpe los estados de sus vecinos. Mantened el equilibrio entre unos y otros ; y en lugar de llevar á fuego y sangre una nacion que debeis amar, reservaos la gloria de ser jueces y medianeros. Acaso diréis que es tan justo lo que os ofrezco, que dudáis que Idomeneo lo cumpla de buena fé : voy á satisfaceros sobre este punto.

Sirvan de recíproca seguridad los rehenes, hasta que los desfiladeros se tomen y guarnezcan por vuestras tropas ; y teniendo así en vuestras manos la felicidad de toda la Hesperia, la de Salento, y aun la del mismo Idomeneo, se satisfarán vuestros recelos : ¿ porqué de quien podréis entónces desconfiar, si de vosotros mismos no desconfiáis ? No os atreveis á fiaros de Idomeneo, y es Idomeneo tan incapaz de engañaros, que no duda fiarse de vosotros. Ningun reparo tiene en confiaros la tranquilidad, la vida y la libertad de todo su pueblo, y aun la suya propia. Ahora bien : si es cierto que solo os mueve el deseo de una paz justa, ya se os ofrece, y tal, que no os deja pretexto para arrepentiros, ni desestimarla. Y vuelvo á repetirlo, que no la creais efecto del miedo que habeis podido inspirarle, sino de la prudencia y de la justicia, cui-

dando poco de sí atribuiréis, ó no, á flaqueza lo que realmente es virtud. Conoce que en los principios tuvo algunas faltas, y ahora funda su gloria en reconocerlas, anticipándose á haceros unas ofertas como las que os hace; porque está bien convencido de que el querer ocultar y sostener con ridículo teson y orgullo los errores que se cometen, es la mayor debilidad, la vanidad mayor, y la mas grosera ignorancia de sus propios intereses. El que confiesa sus faltas á su enemigo, y le ofrece repararlas, en eso mismo prueba que es incapaz de incurrir en otras. Y si el enemigo rehusa la paz con que le convida, tiene mucho que temer de quien manifiesta una conducta tan sabia y virtuosa. Guardaos de dar lugar á que os ponga con su reconocimiento en el mismo peligro en que vosotros le pusisteis con vuestra moderacion; porque si rehusais admitir la paz que con la justicia vienen á buscaros, la justicia y la paz tomarán venganza; y él que debia temer hallar irritados contra sí á los dioses, les pondrá de su parte, y militarán contra vosotros. Telémaco é yo defendéremos la causa de la razon; y pongo por testigos á los dioses del cielo y de los infernos de las justas proposiciones que acabo de haceros.

Dijo: y levantó los brazos en alto para que todos viesen el ramo de oliva que en señal de paz tenia en la mano. Los cabos que le miraban de cerca quedaron absortos y deslumbrados del fuego divino que brillaba en sus ojos. Parecióles con una dignidad y grandeza superior á la de los mas dignos héroes. La persuasion que envolvian sus discursos sencillos y enérgicos atraía los corazones: eran sus palabras semejantes á las de los mágicos, que en el mas profundo silencio de la noche suspenden repentinamente en medio del Olympo

el curso de la luna y de las estrellas, calman el mar iritado, amansan los vientos y las olas, y detienen la corriente de los mas rápidos rios.

Estaba Mentor en medio de aquellos enfurecidos pueblos, como Baco rodeado de tigres, que depuesta su voracidad, venian al encanto de su dulce voz á lamerle los pies, sometiendo con halagos. Todo el ejército guardaba el mayor silencio, y sus gefes se miraban unos á otros, sin tener que oponer á este hombre prodigioso, ni penetrar quien fuese: inmóviles las tropas, tenian fijos en él los ojos. Nadie se atrevia á hablar, temiendo impedir que se le oyese si aun tenia algo que decir; y aunque todos conocian que nada podia añadir, se alegrarán de que hablara por mas tiempo. Todo lo que dijo quedó grabado en los corazones: cuando hablaba, se atraía el amor y el asenso de los que le oían: y todos estaban deseosos y como suspensos para no perder ni aun la mas mínima palabra que saliese de su boca.

Por último, despues de un largo silencio, se oyó un sordo murmullo muy desemejante de aquel rumor confuso que procede del enojo de los pueblos enfurecidos: era este por el contrario aquel blando susurro con que se suele anunciar la aprobacion. Descubriase en los semblantes cierta serenidad y templanza, hasta los irritados Mandurienses sentian caérseles las armas de las manos. El feroz Falanto con sus Lacedemonios se admiraron al sentir su corazon conmovido, y los demas empezaron á suspirar por una paz como la que Mentor les ofrecia. Filoctetes, mas sensible que ningun otro por la esperiencia de sus pasadas desgracias, no pudo contener las lágrimas; y Nestor, no siéndole posible hablar por la conmocion de afectos que le

causó el discurso de Mentor, dió á entender sus sentimientos abrazándole tiernamente, con lo cual todas las naciones á una voz, como si esto les hubiese servido de seña, esclamaron alborozadas: ¡O sabio anciano! vuestra virtud nos desarma. ¡La paz! ¡la paz!

Un momento despues quiso Nestor empezar un discurso; pero impacientes las tropas, y temerosas de que quisiese oponer alguna dificultad, volviéron á esclamar: ¡la paz! ¡la paz!

Viendo, pues, que no le era posible hacer un discurso seguido, se contentó con decir: Ya veis, ó Mentor, cuanto poder tiene la palabra de un varon justo. No hay pasion que no se humille á la voz de la sabiduría y de la virtud. Ya veis trocados nuestros justos resentimientos en amistad, y en deseos de que se realice una paz tan sólida como la que nos ofreceis, y nosotros aceptamos. Al mismo tiempo tendiéron la mano todos los gefes del ejército en señal de aprobacion.

Así conyenidos, corre Mentor hácia la puerta de Salento para mandar que la dejen abierta, y persuadir á Idomeneo que salga de la ciudad sin precaucion. Entre tanto abraza Nestor á Telémaco, y le dice: ¡O amable hijo del mas sabio de todos los Griegos! ¡plegue á los dioses que seáis tan sabio, pero mas feliz que él! ¿No habeis descubierto nada acerca de su destino? La memoria de vuestro padre, á quien tanto os asemejáis, ha bastado á desarmar nuestra indignacion.

Aunque el violento y feroz Falante no habia visto jamas á Ulises, no pudo ser insensible á sus desgracias, ni á las de su hijo, el cual iba á satisfacer las instancias de todos refiriéndoles sus aventuras, cuando volvió Mentor con Idomeneo, á quien seguía toda la juventud Cretense.

Al verle se volvió á encender el enojo de los aliados;

pero las palabras de Mentor estinguiéron este fuego, pronto ya á estender sus voraces llamas. ¿En qué nos detenemos, les dijo, que no concluimos y ratificamos esta santa alianza, de la cual serán los dioses testigos y defensores? Roguémosles que la venguen de cualquier impío que se atreva á violarla, y que los horribles males inseparables de la guerra, léjos de oprimir á los inocentes que respeten los sagrados derechos de esta union, caigan sobre el perjuro y exécrable ambicioso que los menosprecie: que sea abominado de los dioses y los hombres, y que no goce jamas del fruto de su perfidia: que las furias infernales, bajo las mas horrendas figuras, exciten su rabia y su desesperacion: que muera sin esperanza alguna de sepultura; sirva su cadáver de presa á las fieras y á las aves; ¡y que bajando por fin á los infiernos, sea sepultado en los mas profundos abismos del Tártaro, donde viva toda una eternidad atormentado mas cruelmente que Tántalo, Ixion y las Danaides! Mas ántes bien permitan que esta paz sea inalterable como las rocas de Atlas (1) que sustentan el cielo: que todos los pueblos la respeten, y gocen sus frutos de generacion en generacion: que los nombres de los que las juren sean oidos con amor y veneracion de nuestra última descendencia: que esta paz, establecida segun las leyes de la justicia y de la buena fé, sirva de modelo á todas las naciones del mundo, y que las que quieran hacerse felices reuniéndose, imiten á los pueblos de la Hesperia.

Hecha esta deprecacion, prestaron su juramento Ido-

(1) Atlas, rey de Mauritania, grande astrólogo que transformó la fábula en un peñasco elevado hasta el cielo, el cual se ha fingido que sustentaba con sus hombros.

meneo y los otros reyes. Diéronse mutuamente doce rehenes, y Telémaco quiso ser del número de los que dió Idomeneo; pero no permitiéron los aliados que lo fuese tambien Mentor, porque mas bien le querian cerca de Idomeneo para estar mas seguros de su conducta y la de sus consejeros. Inmoláronse entre la ciudad y el ejército cien terneras blancas como la nieve, y cien toros del mismo color, con las astas doradas y guarnecidas de flores. Oíase resonar en los montes vecinos el horrísono mugido de las víctimas que caían al golpe del sagrado cuchillo; por todas partes humeaba la sangre, y para las libaciones (1) corría en abundancia el mas exquisito vino. Consultaban los Arúspices (2) las entrañas aun palpitantes, mientras los sacrificadores quemaban en las aras inciensos, cuyo humo formaba una densa nube, y esparcía su fragancia por toda la campaña.

Mientras tanto, no mirándose ya los soldados como enemigos, empezaron á contarse sus aventuras, descansando así de sus trabajos, y disfrutando de antemano de las satisfacciones que nacen de la paz. Muchos de los que acompañaron á Idomeneo al sitio de Troya reconocieron á los que con Nestor sirvieron en la misma guerra: abrazáronse tiernamente, y se contaron lo que les había sucedido despues que arruinaron aquella opulenta ciudad, que era el ornamento de toda el Asia. Ya se tendian por la blanda yerba, se coronaban de flores, y bebian

(1) Las libaciones eran unas efusiones de vino, ó de otro licor cualquiera hechas en honor de las falsas divinidades.

(2) Los Arúspices eran unos adivinos que interpretaban los prodigios, y predaban lo venidero al considerar las entrañas de las víctimas degolladas.

juntos el vino que en abundancia se les traía de Salento para que celebrasen tan feliz espedicion; cuando volviéndose Mentor á los reyes y capitanes de la liga, les dijo: De hoy en adelante no compondréis mas que un solo pueblo bajo diversos nombres y caudillos. Así es como los justos dioses, amantes de sus criaturas, se complacen en estrecharlas con el eterno lazo de la perfecta concordia. Todo el género humano no es mas que una sola familia dispersa sobre la faz de la tierra; y los pueblos hermanos, y como tales deben amarse. ¡Ay de los impíos que buscan la cruel gloria de derramar la sangre de sus hermanos!

Es cierto que la guerra es algunas veces necesaria; pero que verguenza para el género humano que haya ocasiones en que lo sea! Reyes de la tierra, no os sirve de pretexto el deseo de adquirir reputacion; que la verdadera gloria es incompatible con la inhumanidad. El rey que por su reputacion atropella por los sentimientos de humanidad es un monstruo de orgullo, no un hombre: ni llegará á conseguir mas que una falsa gloria, porque la verdadera está reservada á la moderacion y la beneficencia. Bien podrá ser que por satisfacer su loca vanidad le adulen; pero no que aun los mismos que lo hagan dejen de tenerle por tan indigno de la gloria, cuanto es injusta la pasión con que la busca. Se hace acreedor al desprecio de sus vasallos y de todos los hombres: pues les tiene en tan poco, que no repara en prodigar su sangre por una brutal vanidad. Dichoso el rey que ama á su pueblo, y es de él amado; que se fia de sus vecinos, y merece su confianza; que léjos de hacerles la guerra, impide que la tengan entre sí, y hace que las naciones extranjeras envidien á sus vasallos la felicidad de tenerle por rey.

Cuidad vosotros , caudillos de las poderosas naciones de la Hesperia , cuidad de reuniros , celebrando de tres en tres años una asamblea general á que concurran los reyes que están aquí presentes para renovar con nuevo juramento esta alianza, confirmar la amistad prometida, y deliberar sobre los intereses comunes. Mientras vivais así unidos habitarán con vosotros en este hermoso pais la paz, la gloria y la abundancia; y fuera de él seréis respetados é invencibles. Solo la discordia, abortada del infierno para tormento de los insensatos, podrá turbar la felicidad que los dioses os preparan.

Por la facilidad y prontitud con que admitimos la paz, le respondió Nestor, conoceréis lo distante que estamos de querer hacer la guerra por esa falsa gloria, ni por la injusta codicia de engrandecernos á espensas de nuestros vecinos. ¿Pero qué partido le queda á una nacion que confina con un príncipe violento, que no conoce mas ley que la del interes propio, ni pierde ocasion de invadir los estados ajenos? No creais que hablo de Idomeneo, á quien ya tengo en bien distinto concepto. De Adrasto, rey de los Daunos es de quien todo lo debemos temer: de ese impío que desprecia los dioses, y cree que todo el género humano ha sido criado solo para que con su esclavitud sostenga su soberbia. No quiere súbditos de quien ser rey y padre, quiere esclavos de quienes, como un dios, exigir adoraciones. La ciega fortuna ha favorecido hasta ahora sus mas injustas empresas. Nuestra celeridad en venir á atacar á Salento era por deshacernos como de paso del mas débil de nuestros enemigos, para volver enteras nuestras fuerzas contra el otro mas temible por mas poderoso, que ya ocupa muchas ciudades de nuestros aliados, y ha ganado dos batallas á los de Crotona. Válese de todos los medios de satisfacer su am-

bicion: igualmente se sirve del engaño que de la fuerza; en nada repara: todo se lo permite, siempre que consiga oprimir á sus enemigos. Sus tesoros son inmensos; sus tropas están bien disciplinadas y aguerridas; sus capitanes experimentados, y él bien servido: vela continuamente sobre los que ejecutan sus órdenes; castiga severamente las mas leves faltas, y recompensa con su liberalidad. Con su valor sostiene y anima él de sus tropas. Fuera un perfecto rey, si la justicia y la buena fé reglaran su conducta; pero ni teme á los dioses, ni los remordimientos de su conciencia: tiene en poco la reputacion, y la mira como una fantasma incapaz de contener mas que á las almas débiles. Solo aprecia como bienes sólidos y reales las grandes riquezas, el ser temido, abatir y despreciar al género humano. No tardará en parecer con su ejército en nuestras tierras; y si la union de tantos pueblos no nos pone en estado de resistirle, ninguna esperanza nos queda de conservar la libertad. Así que tanto interesa Idomeneo como nosotros en oponerse á este tirano, á quien es insufrible la libertad de sus vecinos; porque si nosotros somos vencidos, la misma suerte amenaza á Salento. Apresurémonos, pues, y anticipémonos todos juntos á acometerle.

Mientras Nestor así discurría, se iba encaminando á la ciudad con los demas reyes y cabos principales del ejército, á quienes Idomeneo habia pedido entrasen á pasar en ella la noche.

LIBRO DOCE.

SUMARIO.

Nestor pide á Idomeneo que les ayude contra los Daunos; pero Mentor, que quiere establecer el mejor orden en la ciudad, y hacerla agricultora, les contenta con cien nobles Cretenses capitaneados por Telémaco. Parten con efecto, y empieza Mentor á realizar su proyecto por una exácta revista de la ciudad y del puerto: infórmase de todo: hace que Idomeneo establezca nuevas reglas de comercio y de policía: que divida el pueblo en siete clases, cuya gerarquía y nacimiento se distinga por la diversidad de los trages; y hácele por último que modere el lujo y las artes inútiles para que sus profesores se dediquen á la agricultura.

QUEDÓSE el ejército aliado levantando sus tiendas, que eran en tanto número, que cubrían la campaña, y la hermo seab a la infinita variedad de colores de los ricos pabellones, bajo de los cuales esperaba el sueño la fatigada tropa. Los reyes y su comitiva entraron en la ciudad; pero cual fué su asombro al ver tantos y tan magníficos edificios contruidos en tan poco tiempo, sin que una guerra tan considerable hubiese impedido á esta recién nacida ciudad crecer y adornarse á un mismo tiempo.

Admiraron la sabiduría y vigilancia de Idomeneo, que habia sabido fundar un reino tan hermoso; y todos concluyeron que hecha la paz con él se acrecentaría

mucho el poder de los aliados, si á ellos se uniese contra los Daunos. Propusieronse, y no pudiendo escusarse á tan justa solicitud, ofreció dar tropas.

Pero como Mentor sabia cuanto se necesitaba para hacer un estado floreciente, y que las fuerzas de Idomeneo no podrian ser tan grandes como lo parecian, le habló á solas en estos términos:

Ya veis que no os son inútiles nuestras diligencias, pues por ellas se ha libertado Salento de las desgracias que la amenazaban. Ya no teneis quien os impida elevar su felicidad al mas alto grado, y que en el gobierno de vuestros pueblos os adquirais tanta gloria como Minos, vuestro abuelo. Yo continuo hablándoos con libertad, porque supongo que lo queréis así, y que detestais toda lisonja. Bajo este principio debo confesaros, que mientras estos reyes apenas acertaban á encarecer vuestra magnificencia, estaba yo en mi interior calificando de temeraria vuestra conducta.

Al oír Idomeneo el nombre de temeridad mudó de semblante, salieronse los colores al rostro, y no le faltó mucho para interrumpirle y darle á entender su resentimiento. Conociéndolo Mentor, le dijo en un tono modesto y respetuoso, aunque siempre firme y denodado:

Bien veo que os choca este nombre de temeridad, y que otro que yo hubiera hecho mal en servirse de él, porque se debe respetar á los reyes, y acomodarse á su delicadeza, aun cuando se les reprende: bastante les ofende por sí sola la verdad, sin añadir al modo la dureza; pero yo creí que de mí sufríeis que os hablase sin disfraz, para que pudieseis conocer mejor vuestros defectos. Mi intencion era acostumaros á que oyeseis llamar las cosas por sus nombres, y á que creyeseis,

que cuando los demas os hablen en orden á vuestra conducta no se atreverán nunca á hacerlo , ni deciros con franqueza su dictámen; y si no quereis engañaros sobre punto tan interesante , debéis entender mucho mas de lo que os digan acerca de aquello que ménos favor os haga. A mí me es fácil , y estoy pronto á suavizar los términos segun vuestra necesidad ; pero os importa mucho que un hombre desinteresado , y que por sus circunstancias no debe daros ningun recelo , se sirva para hablaros en secreto de un language duro , en la inteligencia de que ningun otro se atreverá jamas á usar con vos de él ; no veréis la verdad mas que á medias , y eso bajo los mas bellos adornos que la desfiguren.

Estas reflexiones templaron en Idomeo aquel primer ímpetu de su enojo , tanto que avergonzado de su delicadeza : ved aquí , le dijo , los efectos de la costumbre de ser adulado. A pesar de ella confieso que os debo la salud de mi nuevo reino , y os protesto que no hay verdad , sea de la clase que quiera , que yo no me tenga por dichoso de oirla de vuestra boca : compadeceos , pues , de un rey alimentado con el veneno de la lisonja , y que ni aun en sus adversidades ha encontrado quien tenga la generosidad de decirle la verdad. En efecto , jamas tuve quien me amase todo lo que era menester para desagradarme , representándome la cual ella es en sí.

Decia esto teniendo los ojos arrasados en lágrimas : abrazó tiernamente á Mentor ; y este sabio anciano le dijo : No me es poco sensible tener que deciros algunas cosas que os serán desagradables ; sin embargo , ¿ cómo os habia de hacer la traición de ocultaros la verdad ? Poneos en mi lugar. No dudeis que si hasta aquí habeis

sido engañado , es porque habeis querido serlo , porque habeis temido tener consejeros que os hablen con sinceridad. Y sino ¿ decidme , qué diligencias habeis hecho para serviros de hombres desinteresados , y que tengan para contradeciros toda la firmeza que procede del amor á la verdad ? habeis cuidado de allegaros los ménos solícitos en complaceros , aunque los mas diligentes en serviros con amor y desinterés , y los mas capaces de condenar vuestras pasiones , y vuestros injustos deseos. Cuando habeis encontrado con algun adulator , ¿ qué habeis hecho ? ¿ le habeis alejado de vuestra persona ? ¿ le habeis siquiera mirado con desconfianza ? Nada ménos. ¿ En qué , pues , habeis manifestado vuestro amor á la verdad , ni qué méritos habeis hecho para conocerla ? Veamos ahora si teneis valor para humillaros á la razon que condena vuestras acciones.

Deciaos , que por lo que se os hacen tantos elogios , no merecis sino vituperios. Miétras que por desventura teniais tantos enemigos que amenazaban vuestro reino , aun no bien establecido , solo cuidabais de levantar magníficos edificios en lo interior de la ciudad. En estos cuidados pasasteis tan malas noches como vos mismo me habeis dicho , y en esto habeis consumido vuestras riquezas , descuidando enteramente el aumento de poblacion , y el cultivo de las fértiles tierras de esta costa. No conoceis cuanto mejor hubiera sido atender á estos dos puntos , mirándolos como el fundamento esencial de vuestro poder. En estos principios era necesaria una larga paz para que se multiplicase vuestro pueblo. Solo debisteis pensar en la agricultura y en el establecimiento de las mas sabias leyes. Pero una vana ambicion os ha arrastrado hasta las márgenes del precipicio. Por querer parecer grande , os habeis es-

puesto á arruinar vuestra verdadera grandeza. Reparad con presteza estos defectos; suspended esas grandes obras, renunciad ese fausto, que destruirá por los cimientos vuestra nueva ciudad; dejad á vuestros pueblos respirar en paz; dedicaos á hacer que abunden de cuánto les sea necesario, y con esto facilitaréis sus matrimonios: y sabed que no sois rey sino en cuanto tenéis pueblos que gobernar; y que debéis medir vuestro poder, no por la estension de tierra que ocupéis, sino por el número de hombres que la habiten, y esten propensos á obedeceros. Poseéis un buen terreno, aunque sea de mediana estension; pobladle hasta el infinito de hombres laboriosos é instruidos, y haced que os amen: entonces seréis mas poderoso y feliz, y os adquiriréis mas gloria que todos los conquistadores, que fundan la suya en aniquilar sus estados por destruir los agenos.

¿Qué es, pues, lo que he de hacer, respecto de lo que á estos reyes he ofrecido? preguntó Idomeneo. ¿Les confesaré mi debilidad? Es cierto que he descuidado la agricultura, y aun el comercio, que tan fácil me era fomentar en esta costa, y que solo he pensado en edificar con magnificencia una ciudad. ¿Pero no habrá otro arbitrio para salir de este empeño que él de desacreditarme entre tantos reyes, descubriéndoles mi imprudencia? si no hubiere otro, no dudaré adoptar este, por mas repugnante que me sea, pues estoy convencido de que, como me habeis enseñado, un verdadero rey que ha nacido para su pueblo, y que por él se debe dar á sí propio, debe preferir la salud de su reino á su propia reputacion.

Ese es un sentimiento digno de un padre de sus vasallos, le respondió Mentor; en esa bondad, y no

en la vana magnificencia de vuestra ciudad, reconozco en vos el corazón de un verdadero rey: no obstante tambien se interesa el estado en vuestra reputacion, y por lo mismo conviene que la mantengais; mas esto dejadlo á mi cuidado, que yo haré creer á estos reyes que os hallais comprometido en restablecer á Ulises, si es vivo, y sino, á su hijo, en el trono de Itaca, y echar de ella por fuerza á los amantes de Penelope. Fácilmente comprenderán que esta empresa exige gran número de tropas, y de aquí el que se contenten con el pequeño socorro que ahora les deis contra los Daunos.

Al oír Idomeneo este arbitrio, se quedó como uno á quien se le alivia de un peso que le oprime. Vos sabéis, mi caro amigo, le dijo á Mentor, lo que á mi honor conviene, y á la reputacion de esta nueva ciudad, cuya falta de fuerzas se trata de ocultar; ¿pero no parecerá inverosímil que yo quiera enviar tropas á Itaca para restablecer en ella á Ulises, ó en su defecto á Telemaco, estando este mismo comprometido en ir á la guerra contra los Daunos?

Dejado tambien á mi cuidado, le respondió Mentor; yo no propondré nada que no sea cierto. Los navíos que destineis para establecer aquí el comercio, irán á las costas de Epiro con dos objetos: el primero, atraer á vuestras costas los comerciantes estrangeros, á quienes ahuyentan de ellas los excesivos impuestos; y el segundo, adquirir noticias de Ulises. Si vive, no puede estar muy distante de estos mares que dividen la Grecia de la Italia; y aun hay quien asegure haberle visto en la Feacia. Pero aun cuando no nos den ninguna esperanza de hallarle, será importante el servicio que esta expedicion hará á su hijo, difundiendo en Itaca y en todos los países comarcanos el terror de su nombre, á quien tienen

por muerto como su padre. Temblarán los amantes de Penelope con la noticia de que se dispone á caer sobre ellos con la ayuda de su poderoso aliado. Los Itacenses no se atreverán á sacudir el yugo : consolaráse Penelope , y rehusará con mas firmeza la eleccion de nuevo esposo. De este modo favoreceis á Telémaco , miéntras que él hace vuestras veces con los demas aliados en la guerra contra los Daunos.

Satisfecho Idomeneo , no pudo ménos de exclamar : Dichoso el rey que así halla quien le sostenga por sus consejos ! Mas le vale un sabio y fiel amigo , que ejércitos victoriosos. ¡ Pero mucho mas dichoso si conoce la felicidad que en ello tiene , y sabe aprovecharse de ella haciendo buen uso de sus sabios consejos ! porque sucede muchas veces que los reyes alejan de sí á los sabios y virtuosos , temiendo su virtud ; y hacen dueños de su confianza , á lisonjeros y aduladores sin temer su perfidia. Yo mismo he incurrido en ese defecto. En ocasion mas oportuna os contaré los daños que me produjo un falso amigo que lisonjeaba mis pasiones con la esperanza de que yo lisonjeara tambien las suyas.

Fuele fácil á Mentor dar á entender á los reyes aliados que Idomeneo habia tomado á su cargo los intereses de Telémaco , miéntras este les acompañaba , y ellos se diéron por contentos de llevar en su ejército al hijo de Ulises con cien jóvenes Cretenses , que era la flor de la nobleza que Idomeneo trajo de Creta consigo. Aconsejóle Mentor que los enviase , porque si bien en tiempo de paz se debe facilitar que la poblacion se multiplique ; para que no se afemine la nacion , ni se ignore en ella el arte militar , era de suma importancia enviar jóvenes nobles que le aprendiesen prácticamente en las guerras extranjeras. Esto basta para inspirar en

el estado cierta emulacion de gloria , el amor á las armas , el desprecio de las fatigas , y aun de la muerte misma.

Llegó por fin el caso de que los reyes partiesen de Salento satisfechos de Idomeneo , y encantados de la sabiduria de Mentor : iban sobremanera contentos , porque llevaban consigo á Telémaco ; pero este no pudo disimular su sentimiento cuando hubo de separarse de su amigo. Miéntras los reyes se despedian de Idomeneo , y le juraban una eterna alianza , estrechaba Mentor entre sus brazos á Telémaco ; el cual le regaba con sus lágrimas , y deshecho en llanto , le decia : ninguna alegría siente mi corazon por la gloria que voy á buscar : solo soy sensible al dolor que nuestra separacion me causa. Paréceme estar viendo todavia aquel tiempo infeliz en que los Egipcios me arrancáron de vuestros brazos , y me alejáron de vos sin dejarme ninguna esperanza de volver á veros.

Para consolarle Mentor , le respondió con la mayor amabilidad : Ved aquí una separacion tan diferente , como que es voluntaria : será corta , y durante ella vas en busca de una victoria. Yo quisiera , hijo mio , que me amases con ménos ternura , y con mas valor : acostúmbrate á estar léjos de mí , pues que no siempre me has de tener contigo. Sean la sabiduria y la virtud mas bien que la presencia de Mentor las que reglen tu conducta.

Decíale esto la diosa cubriéndole con su egida , é infundiéndole el espíritu de sabiduria y prudencia , la intrepidez y la moderacion , que tan raro es hallar juntas.

Andad , continuó diciéndole : corred á los mayores peligros quantas veces sea conveniente ; que un prin-

cipe mas se deshonorá huyendo el riesgo de los combates, que no yendo jamas á la guerra. El valor del que manda no debe estar en opiniones; pues si un pueblo tiene necesidad de conservar su gefe ó su rey, aun le es mas necesario que no se dude de su valor. Acuérdate de que el manda debe servir de modelo á los que obedecen, y animar con su ejemplo á todo un ejército. No temas, pues, ningun peligro; prefiere morir combatiendo, ántes que dejar en duda tu valor. Los lisonjeros que mas se empeñen en disuadirte serán los primeros á vituperarte de cobarde, si sienten que con facilidad huyes de los riesgos cuando es útil arros-trarlos.

Pero tampoco los debes buscar no siguiéndose utilidad de superarlos. El valor no es virtud sino en cuanto le regla la prudencia; sin la cual es mas bien un insensato desprecio de la vida y un ardor brutal. De un precipitado valor nada se puede esperar con seguridad. El que en los peligros no es dueño de sí, mas bien es arrebatado que valiente: necesita estar fuera de sí para ser superior al temor, que no puede su corazon vencer hallándose en el estado que le es natural; y si en este estado no huye, á lo ménos se aturde, pierde el libre uso de la razon, que le sería necesaria para dar órdenes con acierto, aprovecharse de las circunstancias, derrotar al enemigo, y servir á su patria. Si tiene todo el ímpetu de soldado, le falta el discernimiento de capitán. Pero ni aun tiene el valor que conviene al simple soldado, pues este debe conservar en la batalla la presencia de ánimo y la moderación necesaria para obedecer. El que temerariamente se arroja, altera el órden de la disciplina, da un ejemplo de temeridad, y esponer muchas veces todo un ejército. Los que prefie-

ren su loca ambicion á la seguridad de la causa comun, merecen castigo, y no premio.

Guárdate, hijo mio, de buscar la gloria con impaciencia: el único modo de hallarla es esperar tranquilamente la ocasion favorable de adquirirla. La virtud tanto mas se hace respetar, quanto se manifiesta mas sencilla, mas modesta, y mas enemiga de todo fausto. A proporcion que crece la necesidad de esponerse, necesita la prudencia dictar nuevos arbitrios con que el valor vaya en aumento. Acuérdate por último de que no conviene atraerse la envidia de nadie, y por tu parte abstente de envidiar la felicidad ajena: alaba lo digno de alabanza, pero con discernimiento; refiriendo con gusto lo laudable, y ocultando lo que no lo sea, sin acordarte de ello sino para sentirlo.

No decidas de nada en presencia de esos antiguos capitanes que tienen la esperiencia que á tí te falta: oyeles con deferencia, consúltales, suplica á los mas hábiles que te instruyan, y no te avergüences de atribuir á sus lecciones tus aciertos. En fin no te prestes á oír los discursos que se dirijan á excitar tu desconfianza ó tu envidia contra ellos. Háblales con ingenuidad y confianza; y si crees que te han saltado en algo, manifiéstales con lisura la razon de tu queja; que si son capaces de apreciar la nobleza de este proceder, te atraerás con él toda su estimacion, y obtendrás todas las satisfacciones que apetezcas; y si por el contrario están tan pegados de su dictámen que rehusan ó desprecian el tuyo, en eso mismo conocerás lo que de ellos tienes que sufrir para no esponerte en lo sucesivo á obrar de manera que tengas de que arrepentirte. Pero sobre todo guárdate de confiar á ningun lisonjero, de que comunmente abundan los ejércitos, y son los que en ellos

introducen la discordia; guárdate de confiarles los motivos de disgusto ó queja que tengas de los gefes del ejército en que sirvas.

Yo me quedaré con Idomeneo, prosiguió Mentor, para ayudarle con mis consejos á proporcionar la felicidad de sus vasallos que tanto lo necesitan; y para acabar de hacerle conocer y reparar los defectos que los malos consejos y la lisonja le han hecho cometer en el establecimiento de su nuevo reino.

No pudo ménos Telémaco de dar á entender á Mentor la admiracion que le causaba, y el desprecio que le merecia la conducta de Idomeneo. Pero Mentor le reprendió con severidad diciéndole: Sabe, Telémaco, que si aun en los hombres mas estimables se descubren ciertas flaquezas, mas son dignos por ellas de nuestra indulgencia que de nuestra censura: los hombres no son mas que hombres, y muy frágil su naturaleza. Y si esto exige la prudencia respecto de todos, mucho mas disimulo nos exige la justicia con aquellos que se ven siempre rodeados de los infinitos obstáculos y asechanzas que son inseparables del trono. Idomeneo ha sido por su desgracia educado con fausto y magnificencia: ¿qué filósofo en iguales circunstancias se hubiera resistido á la lisonja? Es cierto que Idomeneo se ha entregado mas que debiera á los que han tenido su confianza; pero ¿cuántos engaños no han padecido en esto los mas sabios reyes, á pesar de las precauciones con que han procurado evitarlo? A un rey le son necesarios ministros que le ayuden, y en quien deposite la confianza, pues que no le es posible hacerlo por sí todo. Por otra parte los reyes conocen mucho ménos que los particulares á los sujetos que les rodean: en su presencia todos aparentan ser como de-

ben; y no hay astucia que no se emplee en engañarlos. ¡Ah, Telémaco, tiempo vendrá en que por tí mismo lo esperimentes! No se halla en los hombres ni la virtud ni el talento que en ellos se busca. Por mas que se les estudie para conocerlos, son infinitos los errores que se cometen en juzgarlos. Ademas de que ni aun de los mejores se puede conseguir que sean como el bien público necesita. Todos tienen sus preocupaciones, sus caprichos, sus inconsecuencias, y aun sus envidias; y á estos ni se les persuade, ni se les corrige.

Cuantos mas son los pueblos que hay que gobernar, tantos mas ministros se necesitan para hacer por medio de ellos lo que no es posible hacer por sí mismo; y de cuantos mas hombres sea necesario servirse y depositar en ellos la autoridad tanto mas espuesto se está á equivocarse en la eleccion. Uno critica hoy cruelmente á los reyes, que si gobernara mañana, no solo lo hiciera ménos bien que ellos, sino que á sus defectos añadiera otros infinitamente mayores. En un sugeto particular, si tiene un poco de talento para hablar bien, no se perciben los defectos: se gradua su talento del mas extraordinario, y se le juzga digno de todos los cargos de que no tiene. La autoridad es la piedra toque en que se prueban los talentos, y se descubren los grandes defectos.

Son las dignidades como ciertos vidrios que aumentan los objetos. En los grandes destinos se hacen mas visibles los defectos; las cosas mas mínimas producen grandes consecuencias, y de las mas leves faltas nacen los mas terribles contratiempos. El mundo entero se ocupa á todas horas en observar un solo hombre, y en juzgarle con el mayor rigor; y aunque sin esperiencia del estado en que se halla, ni conocimiento de las

dificultades que le cercan, no quieren que sea hombre: tantas son las perfecciones que de él exigen. Por bueno y sabio que un rey sea, aun es hombre. Su entendimiento y su virtud tienen límites. Le son naturales genio, costumbres y pasiones de que no siempre es dueño: los que le rodean son interesados y artificiosos, no halla los socorros que busca; y en estas circunstancias es preciso que á cada paso incurra en un defecto, ya por sus pasiones propias, ya por las de sus ministros. No bien repara una falta, cuando cae en otra: y tal es la condicion de los reyes mas esclarecidos y virtuosos.

El mas largo y mejor reinado es muy corto é imperfecto para enmendar al fin lo que sin querer se erró en los principios. Todas estas miserias son inseparables del trono. La flaqueza humana sucumbe bajo tan enorme peso. ¿Quién mas acreedor que los reyes á nuestra compasion é indulgencia? ¿Qué estado mas lamentable que él de tener que gobernar tantos hombres, cuyas necesidades son infinitas, y que tantos afanes cuestan á los que anhelan á gobernarlos bien? Y hablando con franqueza, harto dignos de compasion son los hombres en verse dirigidos por un rey, que no es mas que otro hombre semejante á ellos, cuando necesitaban dioses que les encaminasen. Pero no son ménos de compadecer los reyes, que sin ser mas que hombres, estos, débiles é imperfectos, tienen que gobernar una multitud innumerable de hombres corrompidos y engañosos.

Es verdad, respondió con vivacidad Telémaco: pero Idomeneo no solo ha perdido por su culpa el reino de sus mayores en Creta, sino que sin vuestros consejos hubiera perdido otro en Salento. Confieso, dijo Mentor, que ha incurrido en graves defectos; pero

busca en la Grecia y en las otras naciones mas cultas del mundo un rey que no los haya tenido inescusables. Aun los mas grandes hombres tienen en su constitucion física y moral, defectos que les arrastran; y como es tan difícil tener la virtud que para resistirlos se necesita, llamámosles héroes y grandes, á proporcion que se esfuerzan á conocerse y corregirse. ¿Piensas tú que Ulises, el grande Ulises, tu padre, que es un modelo de los reyes de la Grecia, no tiene sus flaquezas y defectos? ¿cuántas veces no se hubiera rendido á los peligros y obstáculos en que se ha visto, hecho juguete de la fortuna, si Minerva no le hubiese conducido como por la mano? ¿cuántas veces ha tenido que animarle y sostenerle para conducirlo al templo de la gloria por el camino de la virtud? Pues sin embargo de esto, cuando con toda su fama le ves reinar en Itaca, no esperes hallarle sin defectos: tú los advertirás: y sin embargo la Grecia, el Asía y las islas todas le han admirado justamente por mil cualidades maravillosas que ponen en olvido, ó dejan imperceptibles aquellos pequeños lunares. ¿Cuánta será tu felicidad en admirarle tambien, y estudiar incesantemente en su conducta para hacerte de ella un modelo!

Acostúmbrate, pues, Telémaco; acostúmbrate á no esperar de los mas grandes hombres lo que no es susceptible de la naturaleza humana. La inesperta juventud se arroja á criticar con demasiada presuncion: segun ella solo merecen su desprecio los modelos que necesita seguir, y de aquí el incurable estado de indocilidad á que su orgullo les precipita. No solamente á tu padre debes amar, respetar é imitar, sino hacer una alta estimacion de Idomeneo, sin embargo de todos los defectos que en él he reprendido. Es natural-

mente sincero , recto , equitativo , liberal y benéfico ; su valor sin tacha ; detesta el fraude cuando le conoce ; y sigue libremente su inclinacion natural : todas sus cualidades exteriores son dignas del lugar que ocupa. La sencillez con que confiesa sus defectos , su afabilidad , la paciencia con que sufre que yo le diga las cosas mas duras ; el valor con que emprende humillar su amor propio , corrigiendo por sí mismo públicamente sus defectos , haciéndose superior á la censura de los hombres , manifiestan una alma verdaderamente grande. La fortuna ó los consejos de otro podrán preservar de ciertas faltas á un hombre de mediana condicion ; pero empeñarse un rey , por tanto tiempo seducido por la lisonja , en enmendar sus desaciertos , es obra de una virtud extraordinaria. Mas glorioso es levantarse así que el no haber jamas caído.

Idomeneo ha incurrido en lo que casi todos los reyes incurren ; pero casi ninguno hace por corregirse , lo que él acaba de hacer. Yo por mí te aseguro que no podia ménos de admirarle en el mismo momento en que me permitia contradecirle. Admírale tú tambien , mi querido Telémaco ; y cree que para darte este consejo , ménos miro su reputacion que tu utilidad.

Por este discurso hizo conocer Mentor á Telémaco cuan arriesgado é injusto es dejarse arrastrar del furor de criticar con rigor á los demas , y particularmente á los que tienen que luchar con los obstáculos y dificultades anejas al gobierno. Despues le dijo : ya llega la hora de que partas , á dios. Yo te esperaré aquí , mi querido Telémaco. Acuérdate que él que teme á los dioses , nada tiene que temer de los hombres. Tú te hallarás en los mas inminentes peligros ; mas sabe que no te abandonará en ellos. Minerva.

Al oír Telémaco estas palabras , le pareció ver á esta diosa , y aun hubiera conocido que era ella misma la que le hablaba para llenarle de confianza , si no le hubiera fijado con viveza la idea de Mentor , diciéndole : No olvides , hijo mio , los cuidados que durante tu infancia he tenido porque llegues á ser tan sabio y valeroso como tu padre. No hagas nada que no sea digno de los heroicos ejemplos que te he dado , y de las máximas de virtud que he procurado inspirarte.

Ya se iba el sol descubriendo , y dorando con sus rayos la cima de los montes , cuando los reyes salieron de Salento , y se fueron á incorporar con sus tropas , acampadas al rededor de la ciudad. Pónense en marcha : vese por todas partes brillar el acero de las picas enarboladas : deslumbra el resplandor de los escudos , y se levanta una polvorosa nube que oscurece la luz. Idomeneo , acompañado de Mentor , conduce á los reyes hasta que ya léjos de los muros de la ciudad se despiden finalmente , dándose de una y otra parte pruebas de verdadera amistad , sin dudar los aliados de la estabilidad de la paz , luego que conocieron el bondadoso corazon de Idomeneo , que habían creído bien diferente , juzgándole no por sus sentimientos naturales , sino por los efectos de los consejos lisonjeros é injustos á que se habia entregado.

Despues que partió el ejército , condujo Idomeneo á Mentor por todos los barrios de la ciudad : sepamos , le decia este , á cuanto asciende la poblacion de la ciudad y del campo : sepamos cuantos son los que estan dedicados á la agricultura , y cuanto trigo , vino , aceite , y demas cosas útiles producen vuestras tierras en los años medianos. Por este medio averiguarémos si la tierra da lo necesario á la manutencion de sus habitantes , y si aun

produce para hacer con el extranjero un comercio útil de lo que sobre. Sepamos tambien cuantas naves y marineros teneis, para formar juicio de vuestro poder. Fué á reconocer el puerto, entró en las naves, se informó del país en que cada una hacia su comercio, de las mercaderías que llevaba y de las que traeria de retorno: se informó de los gastos que con la nave se harian en el viage, de los préstamos que los comerciantes se hacian, de las compañías que formaban, para saber si estaban fundadas sobre principios equitativos, y si estos se observaban fielmente: en fin se informó de los riesgos de la navegacion, del naufragio y las otras desgracias á que está espuesto el comercio para evitar la ruina de los que lo hacen, los cuales emprenden muchas veces por codicia lo que es superior á sus fuerzas.

Dispuso que se castigase severamente á los que hiciesen quiebra; porque aun los que están exentos de mala fé, casi nunca lo están de temeridad: al mismo tiempo dispuso medios fáciles de evitarlas, estableciendo magistrados, á quien los comerciantes diesen cuenta de sus efectos y ganancias, de sus gastos y empresas. Nunca les era permitido arriesgar los caudales ajenos, ni mas que la mitad de los propios; y así emprendian entre muchos lo que no le era posible á uno solo; y las leyes de las compañías eran inviolables por el rigor de las penas con que se castigaba á los transgresores. Por lo demas gozaba el comercio de una absoluta libertad: léjos de gravarle con impuestos, se recompensaba al que traía á Salento el comercio de cualquiera nacion.

Por este medio acudieron bien pronto á su puerto comerciantes de todas partes. El comercio que en él se hacia era semejante al flujo y reflujo del mar: como las ondas nacen y se suceden unas de otras, así á manera

de oleadas entraban en la ciudad las riquezas. Todo en ella entraba y salía libremente: lo que entraba era útil, y lo que salía dejaba en su lugar otras riquezas. La recta justicia presidia en el puerto á tantas naciones como le frecuentaban. La franqueza, la buena fé y el candor parecia que desde lo alto de aquellas soberbias torres llamaban á los comerciantes de las mas lejanas tierras. É ya viniesen de las costas orientales, donde el sol sale todos los dias del centro de las ondas, ó del otro lado de este gran mar, en que se sumerge cansado de su curso para apagar sus fuegos; tan quietos y seguros vivian en Salento como en su patria.

Visitó Mentor los almacenes que habia en lo interior de la ciudad, los talleres de los artesanos, y las plazas públicas. Prohibió todas las mercancías extranjeras que podian inspirar lujo y molicie: regló los trages, las comidas, los muebles, la estension y el ornato de las casas, segun las clases en que los ciudadanos se distinguian: desterró todo adorno de oro y plata, y dijo á Idomeneo: yo no conozco mas que un medio de que vuestro pueblo se contenga en sus gastos, y es el que vos mismo le deis el ejemplo: es cierto que necesitais de cierta magestad en lo exterior; pero en las guardias y en los personajes que os acompañen se descubrirá bastante vuestra autoridad. Contentaos con vestir de finísima lana teñida de púrpura; que los principales del estado despues de vos vistan lo mismo, sin mas diferencia que en el color y en una ligera bordadura de oro que á los cantos llevará el vuestro. La diferencia de colores servirá para distinguir las clases, sin necesidad de oro, plata ni pedrerías. Arreglad las condiciones por el nacimiento.

Dad el primer lugar á los de mas antigua y mas esclarecida nobleza. Los hombres constituidos en digui-

dad por su mérito se contentarán con un lugar inmediato á las antiguas familias que se hallan en tan larga posesion de obtener los primeros honores. Los que no tengan la misma nobleza cederán á estos sin dificultad, si no les acostumbraís á que una repentina y elevada fortuna les haga que se desconozcan, y si alabais la moderacion de los que la tengan en la prosperidad. La distincion ménos espuesta á la envidia es la que procede de una larga sucesion.

Respecto de la virtud no temais que falte quien se apresure á seguirla sirviendo al estado, si acordais coronas, y erigis estatuas á las acciones que lo merezcan, y si estas acciones se miran como un principio de nobleza en los hijos de los que las hayan hecho.

Las personas del primer rango despues de vos vestirán de blanco, con una franja de oro á los extremos: llevarán al dedo un anillo, y al cuello una medalla del mismo metal con vuestro retrato. Las del segundo vestirán de azul, la franja será de plata, y llevarán el mismo anillo; pero no la medalla. Las del tercero de verde, sin anillo, ni franja; pero sí una medalla de plata: las del cuarto de color de oro claro; las del quinto de encarnado, ó color de rosa; las del sexto de gris; y las del séptimo, que serán las últimas de la plebe, de un color entre amarillo y blanco.

Ved aquí arreglados los trages de las siete clases de hombres libres. El vestido de los esclavos será de un color ceniciento oscuro: de este modo sin gastos tendrá cada uno la distincion que corresponda á su clase, y se desterrarán de Salento las artes perniciosas, que no sirven mas que de mantener el fausto. Los artesanos que las ejerzan se dedicarán á las otras artes necesarias, que son en bien corto número, al

comercio ó á la agricultura. No se permitirá jamas que se altere la calidad ni la forma de los trages, por ser indigno de hombres destinados á una vida seria y noble el que se distraigan á inventar afectados aliños, y el que den lugar á que sus mugeres, en quienes fuera ménos vergonzoso, incurran en tales excesos.

Semejante Mentor á un diestro jardinero que corta de los árboles frutales las ramas inútiles, así procuraba cortar el fausto inútil, corruptor de las costumbres, y reducido todo á una noble y frugal sencillez. También arregló la manutencion de los ciudadanos y de los esclavos. ¡Qué vergüenza, decia, que los hombres mas principales hagan consistir su grandeza en la variedad de manjares con que debilitan y embrutecen el espíritu, y arruinan insensiblemente la salud, quando debieran hacer consistir su felicidad en la moderacion, en el poder de hacer bien, y en la reputación que con sus buenas obras se grangeasen! La sobriedad sazona agradablemente los mas simples alimentos. Ella es la que ademas de una robusta salud produce los mas puros y constantes placeres. Conviene pues, que limiteis vuestra comida á las mejores viandas, pero sazoadas sin pebres ni salsas. ¿Qué arte mas nocivo, ni mas opuesto á la salud de los hombres que el de excitarles el apetito mas de lo que verdaderamente necesitan.

Bien conoció Idomeneo cuan injusto habia sido en dar lugar á que se corrompiesen las buenas costumbres de los habitantes de su nueva ciudad por la falta de observancia de las leyes establecidas por Minos acerca de la sobriedad; pero el sabio Mentor le hizo conocer que nada aprovecharia renovar esas mismas leyes, si con su ejemplo no les daba una autoridad que no las podia venir de ningun otro. Inmediatamente arregló Idomeneo

su mesa, á la que solo se admitió en lo sucesivo un excelente pan, una pequeña cantidad de vino del país, que es muy agradable, con algunas otras viandas sencillas, como las que con los demas Griegos comia en el sitio de Troya. Nadie se atrevió á quejarse de una ley que el mismo rey se imponia; y cada uno corrigió la profusion y la delicadeza de la mesa, vicios que empezaban á hacerse demasiado comunes.

Despues prohibió la música muelle y afeminada, que solo sirve de corromper la juventud; y no condenó con ménos severidad la música baquica, que no embriaga ménos que el vino, provoca las pasiones y la desenvoltura. Redujo toda la música á las festividades de los templos para cantar en ellos himnos á los dioses, y alabanzas á los héroes que han dado ejemplo de las mas sublimes virtudes. Tampoco permitió mas que en los templos los grandes ornamentos de arquitectura, como son las columnas, los frontispicios y los pórticos: dió algunos modelos de arquitectura sencilla y vistosa para que en un mediano espacio se pudiese hacer una casa alegre y cómoda para una familia numerosa, de modo que estuviere sanamente situada, los cuartos separados unos de otros, que el órden y la limpieza se conservasen fácilmente, y que el mantenerla fuese de poco coste.

Quiso que toda casa de alguna consideracion tuviese un salon y un pequeño peristilo (1) con los cuartos necesarios para las personas libres; pero prohibió severamente la multitud superflua y la magnificencia de

(1) El Peristilo es un edificio circuido de columnas en su interior como los claustros.

las habitaciones. Con las cosas hechas por estos diversos modelos, proporcionadas á las familias que las habian de ocupar, se hermoseó á poca costa, y se dió regularidad á una parte de la ciudad: al paso que la otra, acabada ya segun el fausto y el capricho de los particulares, tenia á pesar de su magnificencia una disposicion ménos agradable y ménos cómoda. En poquísimo tiempo se halló concluida la ciudad, porque la costa vecina de la Grecia surtió de buenos arquitectos, y del Epiro y otras partes se trajéron gran número de albañiles, con la condicion de que se establecerian despues en las cercanías de Salento, se les darian tierras que cultivar, y servirian para poblar la campiña.

La pintura y la escultura le parecieron á Mentor unas artes, que si bien no debian abandonarse tampoco se debía permitir en Salento que se dedicasen muchos hombres á ellas. A este fin estableció una escuela presidida por maestros de un gusto delicado que exáminasen á los alumnos jóvenes, porque en estas artes, decia, que no son absolutamente necesarias, es insufrible aun la medianía; y de consiguiente solo se deben admitir á ellas aquellos jóvenes cuyo genio y talento den bien fundadas esperanzas de acercarse á la perfeccion. Los otros mas aptos para las artes mecánicas serán destinados mas útilmente á las necesidades ordinarias de la república. A los pintores y escultores no se les debe emplear mas que en obras que immortalicen á los grandes hombres y sus heroicas acciones; y en los edificios públicos, ó en los sepulcros, es donde se debe conservar la representacion de todo lo que con una virtud extraordinaria hicieron en servicio de la patria.

Por último la moderacion y la frugalidad de Mentor no impidieron que autorizase los grandes circos desti-

nados á la carrera de los caballos y carros, al combate de la lucha y del cesto, y á todos los otros ejercicios en que se cultivan las fuerzas, y se adquiere vigor y ligereza.

Mandó cerrar un sin número de tiendas en que se vendian telas extranjeras, bordados costosísimos, vasos de oro y plata con varias figuras de dioses, hombres y animales, y tambien licores y perfumes: quiso asimismo que los muebles de las casas fuesen sencillos y de mucha duracion, de modo que los Salentinos, que se quejaban amargamente de su pobreza, empezaron á conocer cuantas riquezas superfluas tenian; mas estas eran engañosas riquezas que les empobrecian; pero se iban haciendo efectivamente ricos á proporcion que se animaban á desprenderse de ellas. Ellos mismos decian que era enriquecerse el despreciar unas riquezas que agotaban el estado, y el disminuir sus necesidades, reduciéndolas á lo que realmente exige la naturaleza.

Con la misma diligencia visitó Mentor los arsenales y almacenes, para ver si estaban en buen estado las armas y demas necesario para la guerra; porque decia que siempre se debia estar dispuesto á hacerla para no hallarse nunca reducido á sufrirla. Halló que eran muchas las cosas de que por todas partes se carecia; y al instante dispuso juntar oficiales que trabajasen el hierro, el acero y el cobre. Empezáronse á construir fraguas, de donde se veían salir torbellinos de humo y llamas semejantes al fuego subterráneo que vomita el Etna. Hasta en los montes vecinos y en las playas inmediatas se oía el martillo, que con sus redoblados golpes hacia gemir los yunques, de modo que parecia Salento aquella isla en que Vulcano, animando á los

Ciclopes, forjaba los rayos á Júpiter. Así por una sabia providencia se veían en medio de la mas tranquila paz todos los preparativos de la guerra.

Despues salió de la ciudad con Idomeneo, y halló una gran porcion de tierra fértil inculca, y otra mal cultivada por la negligencia y pobreza de los labradores, que faltos de quien los ayudase, carecian tambien de vigor para perfeccionar las labores. Viendo Mentor este abandono, dijo al rey: Aquí la tierra está convidando con sus riquezas á los hombres; pero la faltan hombres que la pueblen. Hagamos, pues, que todos esos artesanos de la ciudad, cuyos oficios no pueden servir mas que de pervertir las costumbres, vengan á cultivarla. La desgracia está en que acostumbrados á la vida sedentaria que sus oficios necesitan, no se hallan acostumbrados al trabajo; pero el medio de remediar este inconveniente será distribuir entre ellos las tierras yelmas, y convidar á los pueblos inmediatos á que vengan á ayudarles al mas penoso trabajo, que sin duda vendrán, si de los mismos frutos que hagan producir á la tierra se les ofrecen al principio suficientes recompensas, y despues la propiedad de cierta porcion, por cuyo medio se incorporarán á vuestro pueblo, que no es tan numeroso como pudiera; y supuesto que sean laboriosos y dóciles á las leyes, no tendréis vasallos mejores, y con ellos se aumentará considerablemente vuestro poder. Trasplantados los artesanos á la campiña, enseñarán á trabajar á sus hijos, y á que gusten de la vida rural. Ademas los albañiles extranjeros empleados en la construccion de la ciudad estan comprometidos en desmontar una parte de vuestras tierras, y hacerse labradores: incorporadles á vuestro pueblo luego que acaben en la ciudad. Ellos se darán por con-

tentos de pasar su vida bajo un gobierno que ya desde ahora es tan dulce; y como que son unos hombres robustos y laboriosos, servirá su ejemplo de excitar al trabajo á los artesanos traídos de la ciudad, y con los cuales han de vivir juntos, y á poco tiempo veréis todo el país poblado de familias vigorosas y agricultoras.

Y en cuanto á la multiplicacion del pueblo, no dudeis que bien pronto se haga innumerable siempre que faciliteis, los matrimonios, á que es tan naturalmente inclinado el hombre, que solo la miseria le retrae. Si no les cargais de impuestos, les será fácil y gustoso mantener y vivir con sus mugeres é hijos; porque la tierra jamas es ingrata, siempre mantiene á los que cuidadosamente la cultivan: solo rehusa sus beneficios á los que se desdennan de ofrecerle sus fatigas. Cuantos mas hijos tenga un labrador, tanto mas rico será, si el príncipe no le empobrece; porque desde la mas tierna infancia empiezan los hijos á aliviar al padre: á los mas pequeños destina á apacentar los corderos; á los que son mayores á que cuiden de los rebaños; y á los mas capaces á que le acompañen á cultivar la tierra: entretanto la madre y toda la familia preparan una comida sencilla á su esposo y queridos hijos cansados del trabajo de todo el día; cuida de ordeñar las vacas y ovejas, que dan en abundancia la mas dulce leche; enciende una gran lumbre, á cuyo rededor se divierte la inocente y tranquila familia en cantar hasta que llega el sueño, tiéneles preparado queso, castañas y otras frutas conservadas tan frescas como si se acabaran de coger.

Viene el pastor tocando la flauta, y cantando á la familia las nuevas canciones que ha aprendido en las cabañas vecinas: entra el labrador con el arado, y los

cansados bueyes, domada la cerviz, buscan el establo con tardos y lentos pasos, á pesar del aguijon que les aqueja. Todos los afanes del trabajo se acaban con el día. Las dormideras que el sueño esparce por disposicion divina sobre la tierra, disipan con sus hechizos los mas enojosos cuidados, y tienen toda la naturaleza en un dulce encanto: todos se entregan al sueño sin acordarse de la tárea de mañana.

¡Felices hombres sin ambicion, sin desconfianzas y sin artificios! ¡felices, si los dioses les dan un buen rey que no altere su alegría inocente! ¡Mas que horrible inhumanidad la de arrancarles por ambicion, y por ostentar un fausto destructor, los frutos que solo deben á la liberal naturaleza, y á sus continuos sudores! La pródiga naturaleza, que arrogaria de su fecundo seno todo lo necesario para la manutencion de una infinidad de hombres moderados y laboriosos, aun no basta á saciar la codicia, la molicie y el orgullo de un corto número que reduce á todos los demas á una horrosa pobreza.

¿Y qué haré, preguntó Idomeneo, si estos pueblos que han de poblar la campiña descuidan su cultivo?

Haced, le respondió Mentor, todo lo contrario de lo que comunmente se hace: los príncipes avaros y sin reflexion cuidan solo de gravar con imposiciones la clase mas activa y laboriosa de sus vasallos, porque esperan ser de ellos pagados mas fácilmente; y al mismo tiempo alivian los que la pereza hace mas miserables. Trocad este mal orden que oprime á los buenos, recompensa el vicio, é introduce cierta negligencia no ménos funesta al mismo rey que á todo el estado. Envileced, multad é imponed, si fuere necesario, otras penas mas rigurosas contra los que des-

cuiden sus tierras, así como castigarais á los soldados que en campaña abandonasen sus puestos; y por el contrario, conceded gracias y exenciones á las familias, que á proporcion que se multiplique aumenten el cultivo. Este es el medio de que la poblacion se aumente, que todos se animen al trabajo, y aun de que el trabajo venga á ser honroso: dejará de estar abatida y despreciada la profesion del labrador, porque cesarán los males y miserias que le oprimen. Se dará estimacion al arado conducido por manos victoriosas que habrán defendido la pátria; y no será ménos glorioso cultivar la heredad de sus mayores en tiempo de una dichosa paz, que haberla defendido generosamente durante las turbulencias de la guerra. Florecerá toda la campiña: Céreres se coronará de doradas espigas: Baco, esprimiendo con sus pies los sazonados racimos, hará que por la falda de los montes corran arroyos de vino mas dulce que el nectar: los profundos valles repetirán los conciertos de los pastores que á lo largo de los arroyos cantarán al son de las zamponas, mientras sus ganados retocen y pasten la yerba entre flores sin temor á los lobos.

¿No os tendréis por sumamente dichoso de ser la causa de tantos bienes, y de que tanta multitud de pueblos vivan á la sombra de vuestro nombre en una envidiable tranquilidad? ¿no será mas apreciable esta gloria que la de talar la tierra y de causar así en sus propios estados, y en medio de las victorias, como en los de los enemigos vencidos, los estragos, el espanto, el horror, la consternacion, el hambre cruel y la desesperacion?

¡Feliz el rey á quien amen tanto los dioses, que le concedan el espíritu que se necesita para emprender

la grande obra de ser las delicias de los pueblos, y de ofrecer en su reinado el mas agradable espectáculo á los venideros siglos! El mundo entero, léjos de resistirse á su poder, peleando, vendria á postrarse á sus pies implorando su dominio.

Pero cuando los pueblos, dijo Idomeneo, disfruten así de la paz y la abundancia, les corromperán las delicias, y volverán contra mí las fuerzas que yo les habré dado.

No temais ese inconveniente, le respondió Mentor: ese es el pretesto con que comunmente se adula á los príncipes pródigos que quieren oprimir con exacciones á sus vasallos. Es muy fácil el remedio. Las leyes agrarias que acabamos de establecer, les harán de una vida laboriosa, y en su abundancia no tendrán mas que lo necesario, pues que desterramos como nocivas las artes que producen lo superfluo. Además, esta misma abundancia se disminuirá por la facilidad de los casamientos, y por lo mucho que se multiplicarán las familias. Siendo todas numerosas, y teniendo poca tierra, necesariamente habrán de emplear un trabajo asiduo en cultivarla. La molicie y la ociosidad son las que hacen insolentes y rebeldes á los pueblos. Los vuestros es cierto que tendrán pan, y con abundancia; pero no tendrán mas que pan, y los frutos de su propia tierra adquiridos con el sudor de su rostro.

Para mantenerles en esta moderacion se necesita arreglar desde ahora la estension de terreno que podrá poseer cada familia. Ya sabeis la clasificacion que hemos hecho de vuestros vasallos arreglada á sus diferentes condiciones. En no permitiéndolo que ninguna familia en su clase posea mas tierras que las absolutamente necesarias para la manutencion de sus individuos, y ha-

ciendo que sea inviolable esta regla, no podrán los nobles comprar á los pobres las suyas, estos habrán de conservarlas; y siendo pequeñas las porciones de todos, todos tendrán que cultivarlas bien, pues que solo de ellas han de sacar lo que á proporcion necesiten. Y si en el discurso de algunos años faltasen aquí tierras, se establecen colonias que aumentan la grandeza del estado.

Tambien creo que debeis cuidar de que no se haga demasiado comun el uso del vino. Si fuese excesivo el plantío de viñas, es necesario arrancarlas; porque el vino es el origen de los mayores males que padecen los pueblos; es causa de enfermedades, querellas y sediciones: de él proceden la ociosidad, el horror al trabajo, y el desorden de las familias. Resérvese, pues, como un remedio, ó como un licor raro, que solo se emplee en los sacrificios, ó en las fiestas extraordinarias. Pero no espereis que se observe una regla tan importante, si vos mismo no dais el ejemplo.

Es necesario ademas hacer que se guarden inviolablemente las leyes de Minos en la educacion de la juventud. Establézcanse escuelas públicas en que se enseñe el temor á los dioses, el amor á la patria, el respeto á las leyes, la preferencia del honor á los placeres, y aun á la vida misma.

Necesitanse magistrados que velen sobre las familias y sobre las costumbres de los particulares. Velad vos mismo, que no sois rey, esto es, pastor del pueblo, sino para velar noche y dia sobre vuestro rebaño, y por este medio evitaréis infinitos desórdenes y crímenes; y los que no podais evitar, castigadlos al principio severamente. Es clemencia hacer ejemplares que contengan el curso de la iniquidad. Un poco de sangre derramada á tiempo evita que se derrame mucha sin fruto,

y le pone al príncipe en estado de ser temido sin usar con frecuencia del rigor.

¿Pero qué máxima tan detestable la de no creerse seguro sino en la opresion de los vasallos? ¿El no instruirlos, ni encaminarlos á la virtud; no hacerse amar de ellos, y precipitarlos con el terror hasta la desesperacion; ponerles en el horroroso compromiso de no respirar jamas con libertad, ó sacudir el yugo de un tiránico dominio, os parece el verdadero medio de reinar sin sobresaltos? ¿es este el camino que conduce á la gloria?

Acordaos de que los estados en que los soberanos son mas absolutos, son en los que los mismos soberanos son ménos poderosos. De todo se apoderan, todo lo arruinan, y ellos solos son los dueños de todo el estado; pero tambien el estado desfallece, las tierras estan valdías, se yerman las villas, las ciudades se despieblan, y perece el comercio.

El rey (que no puede serlo sin vasallos, ni poderoso sin que ellos lo sean) se arruina poco á poco á sí mismo, aniquilando insensiblemente á los pueblos de que saca sus riquezas y su poder. Vé su estado exhausto de dinero, y aun de hombres, que es la pérdida mayor y mas irreparable. Su poder absoluto fiace tantos esclavos como tiene vasallos. Adúlante; fingien adorarle; tiemblan á la mas mínima de sus miradas; pero cuidado con la mas leve revolucion que suceda: que tan monstruoso poder, llevado á un extremo tan violento, es imposible que subsista. No espere hallar recurso en el amor de los pueblos: irritadas y oprimidas tiene todas las clases del estado; y á todas ha precisado á que anhelan y deseen que su suerte se mude. Al primer golpe veréis arruinado, destruido y hollado á este ídolo.

El desprecio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, las pasiones todas se sublevan contra tan odiosa autoridad. El rey, que en su vana prosperidad no encontraba ni un solo hombre que se atreviese á decirle la verdad, tampoco en su infortunio hallará ninguno que se digne de disculparle, ni defenderle de sus enemigos.

Persuadido Idomeneo por este discurso, distribuyó prontamente las tierras vacantes entre los artesanos inútiles, y puso en ejecucion todo lo demas que se habia resuelto, reservando solamente las destinadas á los albañiles que habian de cultivarlas, concluidas que fuesen las obras de la ciudad.

FIN DEL LIBRO DOCE.

LIBRO TRECE.

SUMARIO.

Refiere Idomeneo á Mentor la confianza que hizo de Protesilas, y los artificios con que este favorito, de concierto con Timocrates, conspiró contra Filocles. Le confiesa que engañado por ellos dió comision á Timocrates para que le matase; pero que habiendo este errado el golpe en la ejecucion, le perdonó aquel, dejó el mando que tenia de la armada, y se retiró á la isla de Samos: que sin embargo de que posteriormente descubrió Idomeneo la traicion de Protesilas, no habia tenido valor para castigar ni alejar de sí á tan pérfido valido.

ATRAIDOS de la fama que por todas partes corria de la dulzura y moderacion con que gobernaba Idomeneo, venian infinitos puehlos á incorporarse al suyo, y disfrutar la dicha de vivir bajo tan amable gobierno. Aquellas campiñas, por tanto tiempo cubiertas de abrojos y espinas, ya prometian ricas cosechas y frutos hasta entónces desconocidos. A la porfía del arado abre la tierra sus entrañas, y en ellas balla el constante labrador la esperanza con que desde luego empieza á recompensarle de sus fatigas. Vense los valles y los montes cubiertos de numerosos rebaños y vacadas, cuyos mugidos resuenan hasta en las mas altas montañas; y toda esta rica abundancia era efecto de la sabiduria de Mentor, que aconsejó á Idomeneo diese á los Peu-

El desprecio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, las pasiones todas se sublevan contra tan odiosa autoridad. El rey, que en su vana prosperidad no encontraba ni un solo hombre que se atreviese á decirle la verdad, tampoco en su infortunio hallará ninguno que se digne de disculparle, ni defenderle de sus enemigos.

Persuadido Idomeneo por este discurso, distribuyó prontamente las tierras vacantes entre los artesanos inútiles, y puso en ejecucion todo lo demas que se habia resuelto, reservando solamente las destinadas á los albañiles que habian de cultivarlas, concluidas que fuesen las obras de la ciudad.

FIN DEL LIBRO DOCE.

LIBRO TRECE.

SUMARIO.

Refiere Idomeneo á Mentor la confianza que hizo de Protesilas, y los artificios con que este favorito, de concierto con Timocrates, conspiró contra Filocles. Le confiesa que engañado por ellos dió comision á Timocrates para que le matase; pero que habiendo este errado el golpe en la ejecucion, le perdonó aquel, dejó el mando que tenia de la armada, y se retiró á la isla de Samos: que sin embargo de que posteriormente descubrió Idomeneo la traicion de Protesilas, no habia tenido valor para castigar ni alejar de sí á tan pérfido valido.

ATRAIDOS de la fama que por todas partes corria de la dulzura y moderacion con que gobernaba Idomeneo, venian infinitos puehlos á incorporarse al suyo, y disfrutar la dicha de vivir bajo tan amable gobierno. Aquellas campiñas, por tanto tiempo cubiertas de abrojos y espinas, ya prometian ricas cosechas y frutos hasta entónces desconocidos. A la porfía del arado abre la tierra sus entrañas, y en ellas balla el constante labrador la esperanza con que desde luego empieza á recompensarle de sus fatigas. Vense los valles y los montes cubiertos de numerosos rebaños y vacadas, cuyos mugidos resuenan hasta en las mas altas montañas; y toda esta rica abundancia era efecto de la sabiduria de Mentor, que aconsejó á Idomeneo diese á los Peu-

cetos (1), pueblos vecinos, por los ganados que les sobraban, mil cosas superfluas que en Salento habia, y cuyo uso estaba ya prohibido.

En la misma ciudad y en las aldeas se consumia una numerosa juventud, que por no aumentar su miseria, no se atrevia á casarse. Pero luego que viéron en Idomeneo tales sentimientos de humanidad, y que sus acciones le aclamaban por padre de sus pueblos, ya no temieron el hambre ni las otras calamidades con que el cielo aflige á la tierra. A la antigua tristeza que nace de la indigencia sucedió como repentinamente la alegría que produce la abundancia: todo era ya regocijo, todo fiestas y canciones de los ganaderos y labradores que celebraban sus himeneos. No parecia sino que habia fijado allí su asiento el dios Pan (2), con una multitud de sátiros, faunos y ninfas, que á la sombra de los bosques bailaban al son de la flauta: tal era el concierto y alegría que reinaba. Sin embargo, era aquella una alegría moderada; y como que tales placeres no tenian mas objeto que él de aliviar con ellos las penalidades del trabajo, eran por lo mismo mas vivos y mas puros.

Admirados los ancianos de ver en sus dias lo que les hubiera parecido temeridad esperar en muchos años, lloraban de alegría, levantaban las manos al cielo, y rogando al padre de los dioses: Bendecid, ó gran Júpiter, le decian, bendecid á un rey que os es tan semejante,

(1) Los Peucetos eran unos pueblos vecinos de los Daunios que habitaban en la parte de Italia, llamada hoy tierra de Barri, en el reino de Nápoles.

(2) Pan era el dios de la naturaleza particularmente adorado de los pastores. Se enamoró de la ninfa Sirinx, y habiéndola convertido en caña; hizo de ella su flauta.

y en el cual hemos recibido el mayor de vuestros dones. El ha nacido para nuestra felicidad: hacedle, pues, tantas gracias como de él recibimos beneficios. Nuestros descendientes, fruto de los matrimonios que facilita, le serán deudores hasta de su existencia, y él vendrá á ser verdaderamente el padre de sus vasallos: los recién casados manifestaban su contento en cánticos de alabanza de aquel á quien debian las dulzuras que disfrutaban. Todos tenian en la boca, y aun mas en el corazon, á su benéfico rey; todo lo ocupaba su nombre: tenianse por felices en verle, y temian su pérdida, como la mas irreparable, como la desolacion de todas las familias.

Entonces fué cuando confesó Idomeneo que en su vida habia sentido un placer comparable al de verse amado, y hacer felices á tantos hombres. Jamas, decia, lo hubiera creído: siempre juzgué que toda la grandeza de los príncipes consistia en ser temidos, y que solo para contribuir á ella habia nacido el resto de los hombres: cuanto habia oido de los reyes, que con sus desvelos se grangeáron el amor, y llegado á ser las delicias de sus pueblos, lo tuve por una fábula; mas ahora me desengaña la esperiencia. Y para que sepáis, mi amado Mentor, como desde mi niñez me hicieron concebir tan soberbias ideas, y cual ha sido la causa de todas mis desgracias, sabed que:

Protesilas, que es de algo mas edad que yo, fué siempre al que en mi infancia prefirió mi cariño. Agradábame su natural vivo y osado: se interesaba en mis placeres, y lisonjeaba mis pasiones: hizome sospechar de otro jóven, á quien yo amaba tambien, llamado Filocles, el cual era temeroso de los dioses: tenia una alma grande, y era á proporcion moderado: hacia consistir

la grandeza, no en elevarse, sino en vencerse, y en no cometer ninguna baja. Hablárame francamente de mis defectos; y cuando no se atrevía á hacerlo, en su silencio y tristeza me daba sobrado á entender lo que quería reprenderme.

Al principio me agradaba esta sinceridad, y muchas veces le protesté que toda mi vida le oiria con la misma confianza para preservarme de aduladores. Enseñábame los medios de seguir en un todo las huellas de mi abuelo Minos, y hacer mi reino feliz; y aunque es verdad, mi amado Mentor, que su sabiduría no era tan profunda como la vuestra, ahora reconozco cuan buenas eran sus máximas. Sin embargo los artificios de Protesilas, tan desconfiado como ambicioso, me hicieron que poco á poco me fuese disgustando Filocles, que como era poco introducido, dejaba triunfar al otro, contentándose con decirme la verdad siempre que yo quería oírle: en una palabra, era mi bien, no su fortuna, lo que buscaba.

A pesar de todo, insensiblemente me llegó á persuadir Protesilas que era aquel un carácter austero y soberbio, que era un censor de todas mis acciones, que nada me pedia por no tener que deberme nada, y por este medio aspiraba á la gloria de hombre superior á todos los honores: añadiendo que con la misma libertad que hablaba de mis defectos, hablaba de ellos á los demas; que daba bien á entender la poca estimacion en que me tenia; y que disminuyendo así mi reputacion, y dando á la suya el realce de una virtud austera, queria abrirse un camino al trono.

Al principio no pudo creer que en Filocles cupiese esta perfidia, porque hay en la verdadera virtud un candor y una ingenuidad que no es posible fingirse, ni

equivocarla quien con reflexion lo examine. Mas la firmeza con que se oponia á mis debilidades empezaba á molestarme; y la civilidad de Protesilas, y su ingenio inagotable en inventar medios de complacerme, contribuían no poco á que me fuese mas intolerable la austeridad del otro.

Bien lo conoció el astuto Protesilas; pero mal satisfecho de que no lo creyese ciegamente en todo cuanto de su enemigo me decia, se valió del medio de no volverme á hablar mas de él, para persuadirme por otra mas eficaz que todos los discursos. Ved, pues, como acabó de engañarme. Aconsejome que encargase á Filocles el mando de la armada que debia atacar á la de Carpathia (1), y para que me determinase, me dijo: Yo creo que no tendréis por sospechosos los elogios que de él hago; que tampoco podréis dudar de su valor, ni de sus talentos para la guerra, y ménos de que os servirá mejor que ningun otro. Yo prefiero vuestro servicio á mis resentimientos.

Estremamente complacido de la rectitud é integridad del sugeto á quien tenia confiada la administracion de mis mas importantes asuntos, le abracé trasportado de alegría, y me creí feliz en haber acertado á depositar mi confianza en quien tan bien lo merecia, y en quien tanta superioridad tenia sobre sus pasiones y particulares intereses. ¡Mas ay! ¡cuán dignos de compasion son los reyes! Este hombre me conocia aun mejor que yo mismo: sabia que los soberanos son regularmente des-

(1) Carpathia, hoy Escarpento, es una isla del mar mediterráneo, en la entrada del Archipiélago, entre Gandia y Rhodas.

confiados y negligentes : desconfiados por las reiteradas esperiencias que tienen de los artificios de los que los rodean ; y desaplicados porque los placeres arrastran , y por la costumbre que tienen de valerse de quien piense por ellos, pues aun esto les parece trabajo, y le encargan. Conoció , pues , cuan fácil le seria hacerme sospechoso un hombre , cuyas acciones habiam de ser necesariamente grandes ; y mas cuando su ausencia le facilitaria los medios de ponerle mil asechanzas.

Bien lo previó Filocles ; y así me dijo al partir : Acordaos de que yo no podré defenderme , de que solo oiréis á mi enemigo , y de que arriesgando mi vida por serviros , me espongo tambien á no tener otra recompensa que vuestra indignacion. — Os engañais , le dije : no habla de vos Protesilas como vos hablais de él ; os alaba , os estima , y os cree digno de los mas importantes empleos ; y en el momento que así no juzgase de vos , perderia mi confianza. Nada temais : id , y no penseis mas que en mi mejor servicio. Partió con efecto , y me dejó en una extraordinaria situacion.

Es preciso confesároslo , mi amado Mentor : yo veía claramente cuan necesario me era oír el dictámen de muchos , y que nada podria ser mas perjudicial á mi reputacion , y al buen éxito de los asuntos , que entregarme á uno solo. Ademas sabia por esperiencia , que los sabios consejos de Filocles me habian librado de muchos peligros en que me hubiera precipitado la altanería de Protesilas : conocia el fondo de probidad que en el uno habia , y lo equitativo de sus máximas ; y aunque nada de esto notaba en el otro , era tal el ascendiente que le habia dejado tomar , que ya casi no le podia resistir. Cansado , pues , de hallarme siempre entre dos hombres que no podia conciliar ; no halló

mi debilidad otro medio que el de arriesgar algo por respirar con alguna libertad. Mas aunque no me atrevia á reflexionar lo vergonzoso del motivo , no por eso dejaba de obrar en mi interior sus efectos , y de ser la verdadera causa de que adoptase aquel medio.

Sorprendió Filocles á los enemigos , alcanzó una completa victoria , y apresuraba su vuelta para prevenir los malos oficios que de su enemigo recelaba ; pero este , que aun no habia tenido tiempo para engañarme , le escribió : que para coger el fruto de la victoria , deseaba yo que hiciese un desembarco en la isla de Carpathia , cuya conquista me habia representado con efecto Protesilas que seria fácil ; mas lo dispuso de modo que careciese de los auxilios indispensables , prescribiéndole ciertas órdenes que le causaron en la ejecucion diversos contratiempos.

Entretanto se valió de un indigno doméstico mio , que por su destino podia observar para comunicarle hasta lo mas mínimo , como con efecto lo hacia , aunque nunca se les veía juntos , y en todo parecian discordes.

Este doméstico , llamado Timocrates , me dijo un dia , encareciéndome la importancia del secreto , que habia llegado á descubrir que se trataba de un negocio , que podria serme harto perjudicial. Filocles , me dijo , se quiere servir de vuestra armada para erigirse rey de la isla de Carpathia : los capitanes le son afectos , á los soldados les tiene ganados con sus liberalidades , y aun mas con la perniciosa licencia en que se les permite vivir : sin duda se ha desvanecido con su victoria. Ved aquí en esta carta , escrita por él á uno de sus amigos , una prueba que no deja duda de su proyecto.

Ví la carta , y me pareció escrita por Filocles ; tan

perfectamente le habian contrahecho la letra entre Protesilas y Timocrates. La lei, y me sorprendió. Volví á leer una y mil veces, y aun teniéndola por suya, no podia persuadirme que lo fuese tantas y tan sensibles eran las pruebas que me habia dado de su desinterés y de su buena fé, y entónces se me ofrecian á la memoria. Sin embargo, ¿qué podia yo hacer, ni como habia de negar su asenso á una carta que no dudaba ser de su propio puño?

Cuando conoció Timocrates el buen efecto que en mí hacia su artificio, le llevó mas adelante. ¿Me permitiréis, me dijo como con temor, que os haga notar particularmente una palabra de la carta? Dice Filocles en ella á su amigo que puede habla francamente á Protesilas acerca de una cosa que no designa sino con una cifra. Para mí, señor, no tiene duda que este ha entrado tambien en el proyecto, y que ámbos se han reconciliado á espensas vuestras. Reflexionad cuantas instancias os hizo para que le enviaseis; y que de algun tiempo á esta parte ya no os habla contra él, ántes os le alaba y le disculpa. Acordaos de que ya se veían sin horror, y se trataban con bastante confianza. Yo no dudo que están conformes en dividir entre sí la conquista de aquella isla. Porque si así no fuese, ¿cómo permitiera Protesilas que se intentase contra todas las reglas, y que Filocles espusiera vuestra armada por satisfacer solo su ambicion? ¿creéis vos que tan fácilmente lo disimulara, sino procediesen de acuerdo? De ningun modo. Lo que no se puede ya dudar es que ámbos obran de concierto para elevarse á una grande autoridad, y acaso para destruir el trono que ocupais. Yo bien sé que de hablaros con esta sinceridad me espongo á sus resentimientos, si á pesar de lo que mi zelo os comunica dejais vuestra

autoridad en sus manos; pero todo importa ménos que el serviros.

Estas últimas palabras me hicieron la mayor impresion. Ya no dudé de la traicion de Filocles, y desconfié de Protesilas como de su amigo. Ademas Timocrates no dejaba de decirme: si dáis lugar á que la conquista se verifique, no os queda despues tiempo de oponeros á sus designios: oponeos ahora, pues está en vuestra mano. Entónces manifesté mas que nunca el horror que me causaba hallar tan profunda simulacion en los hombres, que no sabia de quien fiarme. Estaba convencido de la traicion de Filocles, y no veia sobre la tierra uno de cuya virtud no dudase. Me resolví á no dilatar su castigo; pero temia á Protesilas, y no sabia que partido tomar con él: temia hallarle culpado, y tambien temia mantenerle en mi confianza.

En esta incertidumbre no pude ménos de manifestarle que Filocles se me habia hecho sospechoso. Pareció sorprenderle mi recelo; y como para desvanecerle, me representó su integridad y moderacion, me exágeró sus servicios, y finalmente hizo todo lo que se necesitaba para que no me quedase duda de su reconciliacion. Por otra parte no perdía Timocrates ocasion de hacérmelo notar, y de instarme á que ordenase miéntras podia la ruina de Filocles. ¡Ved, mi querido Mentor, si son poco desgraciados los reyes, y si estan espuestos á ser el juguete de los demas hombres, al tiempo mismo en que los demas hombres se presentan temblando á los pies de los reyes!

Yo creí dar un golpe de la mas profunda política, y desconcertar á Protesilas, enviando secretamente á Timocrates para que matase á Filocles. Protesilas llevó su disimulo hasta el estremo, y me engañó tanto mejor,

cuanto mas naturalmente pareció que se dejaba engañar. Partió con efecto Timocrates, y halló á Filocles bastante embarazado en su desembarco: de todo estaba falto; porque no sabiendo Protesilas si la carta supuesta bastaria á la ruina de su enemigo, queria tener otro arbitrio en el mal suceso de la empresa, de la cual me habia hecho concebir tales esperanzas, que frustradas, creia consiguiente que me irritase contra Filocles. Esto sostenia una guerra tan difícil con su valor y su ingenio, y por el amor que le tenian las tropas; porque aunque todos conocian que era temeraria, y les habia de ser funesta: procuraba sin embargo cada uno que se verificase el desembarco, y con tanto ahinco, como si su vida pendiese del suceso. No habia uno que no la arriesgase con gusto bajo la direccion de un gefe tan sabio y tan amable.

Ardua empresa era la de matarle Timocrates en medio de un ejército que con tanta pasion le amaba; pero es ciega la ambicion. Nada hallaba difícil por complacer á mi valido, y satisfacer el deseo de gobernarne con él absolutamente, supuesto que fuese Filocles. Érale insufrible á Protesilas un hombre, cuya presencia era un íntimo convencimiento de sus crímenes, y que podia, desengañándome, destruir sus proyectos.

Asegurado, pues, Timocrates de dos capitanes que de continuo acompañaban á su general, y á los cuales habia ofrecido de mi parte grandes recompensas, se presentó á él, y le dijo tenia que comunicarle de mi orden varios asuntos reservados en presencia de solo aquellos dos capitanes. Encerróse con ellos Filocles, y entonces le dió Timocrates una puñalada, que por fortuna encarnó poco. No se sobrecogió Filocles; le arrancó el puñal, y se sirvió de él contra todos tres. Dió voces;

acudiéron, echáron las puertas abajo, y le libráron de aquellos miserables, tan turbados, que ni herirle pudieron. Se les aseguró, y fué tanta la indignacion del ejército, que inmediatamente les hubiera despedazado, si no le contuviera Filocles. Despues cogió á solas á Timocrates, y le preguntó con afabilidad la causa que le habia movido á cometer una accion tan vil. Timocrates, que temia que le quitasen la vida, al instante manifestó la orden que yo le habia dado por escrito para que le matase; y como los traidores son siempre cobardes, cuidó de salvar su vida, descubriéndole toda la traicion de Protesilas.

Horrorizado Filocles de ver tanta malicia en los hombres, tomó un partido propio de su moderacion: declaró á todo el ejército que Timocrates estaba inocente, le puso en salvo, le envió á Creta, y transfirió el mando del ejército en Polimenes, que era él que en la orden mandaba yo que le sucediese. En fin exhortó las tropas á que me guardasen la fidelidad que me debian, y por la noche se pasó en un ligero barco á Samos, donde en medio de la pobreza y de la soledad vive tranquilo, ganando su vida á hacer estatuas, sin querer ni aun oír hablar de los hombres, y mucho ménos de los reyes, que cree son los mas desgraciados y los mas ciegos de todos.

Al llegar aquí, le detuvo Mentor para preguntarle: ¿y tardasteis mucho en descubrir la verdad?—No, le respondió Idomeneo: poco á poco fui comprendiendo los artificios de Protesilas y Timocrates: ellos mismos se desavinieron, porque á los indignos los es casi imposible vivir unidos. Su division acabó de darme á conocer el abismo á que me habian arrojado.—¿Pues como, replicó Mentor, no os deshicisteis prontamente de uno y

otro? ¡Ay de mí! exclamó Idomeneo: ¿ignorais por ventura, mi querido Mentor, la flaqueza é inaptitud de los príncipes? Una vez entregados á estos hombres osados y corrompidos que tienen ademas la habilidad de hacerse necesarios, no esperen despues tener jamas libertad. Aquellos á quienes mas aborrecen son á los que tratan mejor, y á los que colman de beneficios. A mí me horrorizaba Protesilas, y sin embargo dejaba en sus manos mi autoridad. ¡Estraña ilusion! Satisfecho con conocerle, me faltaba resolucion para recobrarla. Por otra parte me era sumamente cómodo su carácter complaciente, industrioso en lisongear mis pasiones, y activo en mis intereses. Por último, yo hallaba una razon para escusarme interiormente de mi debilidad; esto es, no conocer á ninguno verdaderamente virtuoso. Por no haberlos sabido buscar, llegué á creer que no subsistia uno sobre la tierra, y que la probidad no era mas que una bella ficcion. ¿Qué adelanto, me decia, con derribar á este estrepitosamente para salir de sus manos, si he de venir á dar en las de otro no ménos interesado y artificioso?

Por fin volvió á Creta el ejército comandado por Polimeno, é yo no volví á acordarme de la conquista de Carpathia; pero Protesilas no pudo disimular tan bien, que yo no conociese lo mucho que le pesaba de que Filocles viviera con seguridad en Samos.

Volvió Mentor á interrumpir á Idomeneo para preguntarle: si, sabida tan infame traicion, habia mantenido á Protesilas en su privanza.

Yo aborrecia, le respondió, los negocios, y era mucha mi desaplicacion para resolverme á arrancarlos de sus manos; lo cual me hubiera obligado cuando ménos á alterar el orden establecido para mi comodidad, y

á instruir al que le hubiera de suceder, y jamas tuve valor para emprenderlo; mas quise cerrar los ojos por no ver sus artificios, consolándome solo con dar á entender á ciertas personas de confianza que no ignoraba su mala fé. De este modo me persuadia que solo era engañado á medias, pues conocia el engaño. Alguna vez tambien le hacia que conociese la impaciencia con que soportaba su yugo, y me complacia en contradecirle, en vituperar públicamente algunas de sus disposiciones, y en decidir contra su dictámen; pero como conocia mi orgullo y mi pereza, le daba poco cuidado de mis enojos: insistia ya con obstinacion, ya suponiendo urgencias, ya aparentando docilidad, é ya solo insinuándose; y si me tenia descontento, entónces particularmente era cuando se esmeraba en facilitarme nuevas diversiones para distraerme, ó en empeñarme en algun asunto que le proporcionase hacerse necesario, y acreditarse de zeloso de mi reputacion.

Aunque yo desconfiase de él, con este modo de adular mis pasiones me arrastraba donde queria. Sabia mis secretos, resolvía mis dudas, me aliviaba en mis fatigas, y con mi autoridad hacia temblar el mundo. Por último jamas pude resolverme á castigarle. Pero no es esto lo peor, sino que en el hecho de conservarle en su valimiento he imposibilitado á los hombres de bien que lleguen á representarme sobre mis verdaderos intereses. Desde entónces se ahuyentó de mis consejos hasta la libertad de pensar: alejóse de mí la verdad; y el error que prepara la caida de los reyes me castigó, porque sacrificué á Filocles á la cruel ambicion de Protesilas. Aun aquellos que tenían mas zelo por el bien del estado y de mi persona, se creyeron dispensados de desengañarme despues de un ejemplo tan terrible.

Yo mismo, mi querido Mentor, yo mismo temía que la verdad disipase la nube, y que á pesar de la lisonja me iluminase; porque no teniendo valor para seguirla, su luz me ofendiera, y no me alumbrara. Conocía que sin sacarme de tan funesto compromiso me hubiera causado los mas crueles remordimientos. Mi inolicie, y el ascendiente que sin sentir habia tomado sobre mí Protesilas, me hacian caer en una especie de desesperacion de no recobrar jamas mi libertad. No queria ver el vergonzoso estado en que me hallaba, ni que los demas le viesen. Vos sabeis, mi caro Mentor, la vana altanería y la falsa estima de sí en que son educados los reyes. Nunca quieren haber errado, y por cubrir un yerro cometen ciento. Antes que confesar un engaño, y tomarse el trabajo de corregírle, se reducirán á dejarse engañar toda la vida. Ved aquí el estado de los príncipes débiles y desaplicados, y este era puntualmente el mio cuando tuve que partir al sitio de Troya.

A mi partida le dejé á Protesilas el gobierno absoluto de mis estados, que desempeñó con arrogancia é inhumanidad: bajo su tiranía gemia todo el reino de Creta; ¿pero quien se habia de atrever á comunicármelo, sabiendo que yo tenia saber la verdad, y que abandonaba á la crueldad de Protesilas á cuantos se aventuraban á hablarme contra él? Pero cuanto mas se toleraba, tanto mas violentos eran los males que se padecian. Preciséme á que desechara al valiente Merion, que con tanta gloria me habia acompañado en el sitio de Troya. Entró en celos de él así como de todos los que yo estimaba y daban muestras de alguna virtud.

Conviene que sepais, mi querido Mentor, que de esto provienen todas mis desgracias. No fué tanto la

muerte de mi hijo la que causó la rebelion de los Creteneses, como la venganza de los dioses irritados de mis flaquezas, y el aborrecimiento universal que me tenian mis vasallos por la larga esclavitud en que les tuve bajo el tiránico gobierno de Protesilas: esto tenia ya apurado su sufrimiento, y el horror de aquella última accion les animó á reunirse, y hacer juntos en público lo que en secreto deseaba cada uno, y el miedo escondia en el interior de los corazones.

Timocrates me siguió al sitio de Troya, y desde allí daba cuenta á Protesilas de todo cuanto podia descubrir. Bien conocia yo mi esclavitud; pero procuraba no pensar en ella, pues no esperaba redimirla. Cuando á mi arribo se rebeláron los Creteneses, ellos fuéron los primeros que huyéron, y sin duda me abandonarán, si no me hubieran visto reducido casi al instante á seguirlos. Creed, mi querido Mentor, que los mas insolentes en la prosperidad son en la adversidad los mas débiles y cobardes: doblan la cerviz en faltándoles la autoridad; y se les ve tan abatidos como se les conoció soberbios: en un momento pasan de un extremo á otro.

¿Pero en que consiste, preguntó Mentor, que conociendo tan intrínsecamente á estos dos inicuos, les permitais todavía á vuestro lado? Yo no estraño que os hayan seguido, pues que tanto les iba en ello. Tambien veo una accion generosa en darles un asilo en vuestro nuevo establecimiento; pero no alcanzo porque os volveis á meter en sus manos despues de tan terribles experiencias.

Vos no sabeis, respondió Idomeneo, cuan inútiles son las esperiencias á los príncipes débiles y desaplicados que viven sin reflexion. Todo les descontenta, de todo se cansan, y no tienen valor para corregir nada.

La costumbre de vivir con estos dos hombres era una cadena que me asía á ellos, y ademas me veía continuamente acechado de ámbos. A mi llegada aquí, me indujéron á que hiciese los escesivos gastos que habeis visto: estenuáron este aun no bien nacido estado, y me empeñáron en la guerra, que sin vuestra mediación me hubiera arruinado; y creo muy bien que no tardaría en experimentar en Salento las mismas desgracias que en Creta; pero vos me habeis por fin abierto los ojos, é inspirado el valor que me faltaba para salir de esclavitud. Yo no sé lo que en mí habeis hecho: lo cierto es que desde que aquí estais me desconozco: no soy él mismo.

Preguntóle Mentor que pensaba Protesilas del nuevo plan de gobierno. — Nada mas artificioso, le respondió Idomeneo, que su conducta desde que llegasteis á esta isla. Al principio no perdonó medio de inspirarme indirectamente alguna desconfianza. Por sí nada decia contra vos; pero eran muchos los que venian á representarme que los dos extranjeros eran muy de temer. El uno es, decian, el hijo del engañoso Ulises, y el otro un hombre reservado y de un saber extraordinario. ¿Quién sabe si unos hombres acostumbrados á vagar de uno en otro reino, habrán formado contra este algun designio? Ellos mismos refieren las grandes alteraciones que han causado en los países que han corrido. Este nuestro es un estado que ahora nace, y aun no ha adquirido consistencia: la menor alteracion puede destruirle.

Protesilas callaba; pero hacia porque tuviese por peligrosas estas reformas, solicitando ganarme por mi propio interes. Si dais lugar á que los pueblos vivan en la abundancia, no trabajarán, se harán altivos,

indóciles, y estarán siempre prontos á la rebelion: la flaqueza y la miseria son las que les hacen dóciles y obedientes. Muchas veces ha intentado recobrar su antigua autoridad, encubriendo la ambicion de dominarme con el pretexto de zelo por servirme. A proporcion, me decia, que alivieis los pueblos, debilitaréis la potestad real, y en eso perjudicais irreparablemente al mismo pueblo que necesita estar opreso para vivir tranquilo.

Yo le contestaba, que aunque le aliviase, le mantendría obediente sin detrimento de mi autoridad, ganándome el amor de los vasallos, castigando con rectitud á todo culpable, y proporcionando á la juventud una buena educacion, y á la nacion entera una exácta disciplina que la contuviese en una vida sencilla, sobria, y laboriosa. ¿Pues qué, le decia, no es posible gobernar un estado sin hacerle perecer de hambre? ¿Qué inhumanidad! ¿qué brutal política! ¿cuántas naciones vemos gobernadas con equidad, y sumamente fieles á sus príncipes? Lo que causa las revoluciones es la ambicion y la inquietud de los grandes, cuando es escesiva la licencia que se les da, ó no se ha puesto límite á sus pasiones: causalas tambien la multitud de grandes y pequeños que viven en la molicie, en el lujo y en la ociosidad: la multitud de hombres que hacen oficio de la guerra, y que han descuidado toda ocupacion útil en tiempo de paz, y por último la desesperacion de los pueblos maltratados, la dureza, la altanería de los reyes, y la flojedad que les hace incapaces de velar sobre los miembros del estado para prevenir los tumultos. Esto es lo que los causa, y no el pan que se deja comer en paz al labrador, despues de que le ha ganado con el sudor de su rostro.

Viendo Protesilas la constancia con que yo mantenía estos principios, ha tomado un partido opuesto á su conducta pasada: ha comenzado á adoptar lo que no ha podido resistir; finge aprobar mis máximas, estar convencido de su utilidad, y serme deudor de las luces que sobre esto le he comunicado. Hace mucho mas de lo que yo puedo desear en alivio de los pobres: es el primero en representarme sus necesidades, y en clamar contra los gastos excesivos. Vos sabéis que os elogia, que os da muestras de confianza, y que nada omite por complaceros. Timocrates empieza á separarse de él, y piensa hacerse independiente; y de aquí los zelos de Protesilas y las disensiones entre ámbos, á las que debo en parte el conocimiento de su perversidad.

Mentor le dijo sonriéndose: ¡cómo! ¿es posible que haya llegado vuestra flojedad hasta el estremo de dejaros tiranizar tantos años por dos traidores, cuya perfidia conocíais? ¡Ah! vos no sabéis, le respondió Idomeneo, el poder que tienen los artificiosos sobre un rey débil, que por su desaplicacion les ha entregado el manejo de los negocios. Y por otra parte os he dicho que Protesilas adopta ahora todas vuestras disposiciones, que se dirigen al bien público.

Mentor continuó diciendo en tono grave: demasiado bien veo como los indignos prevalecen sobre los buenos cerca de los reyes. Vos sois de esto un lastimoso ejemplo. Decis que yo os he abierto los ojos respecto de Protesilas, y aun los cerrais para dejar el gobierno en manos de un hombre indigno aun de la vida. Sabed que no son los malvados incapaces de obrar el bien: hácenle indiferentemente que el mal cuando puede servir á su ambicion. Ningun trabajo les cuesta hacer mal, porque no les contiene ningun sentimiento de

bondad, ni principio alguno de virtud; pero tampoco les es violento hacer bien, porque su perversion les incita á que parezcan buenos para engañar al resto de los hombres. Hablando con propiedad, no son capaces de virtud, aunque parezca que la práctican; pero sí lo son de añadir á sus vicios el mas detestable de todos, que es la hipocresía. En tanto que absolutamente queráis proceder con justificacion, os ayudará Protesilas, mas será por conservar su autoridad; pero por pocas disposiciones que en vos note de tibieza, no habrá ardid que no emplee para que volvais á caer en vuestros extravíos, y recobrar libremente su natural engañoso y feroz.

¿Podeis vivir con honor y tranquilidad viéndoos á todas horas sitiado por un hombre semejante, mientras que el sabio y fiel Filocles sabéis que viva pobre y abatido en la isla de Samos?

Vos conocéis muy bien que los simulados y atrevidos cerca de los príncipes débiles les arrastran donde quieren; pero debéis añadir que los reyes aun tienen otra desgracia no menor, cual es la de olvidar fácilmente la virtud y los servicios de los ausentes. La multitud que les rodea es causa de que ninguno les haga una profunda impresion: solo les llama la atencion lo presente, y lo que les adula; lo que no, se olvida pronto. Sobre todo la virtud les interesa poco: porque léjos de adularles, les contradice, y condena sus flaquezas. ¡Qué extraño es que no sean amados no siendo amables, y que no amen otra cosa que su grandeza y sus placeres!

FIN DEL LIBRO TRECE.

LIBRO CATORCE.

SUMARIO.

Persuade Mentor á Idomeneo que destierre á Protesilas y Timócrates á la isla de Samos, restituya en sus honores y traiga á su lado á Filocles. Comisionase para ello á Hegesipo, que gustoso lo pone en ejecucion. Llegan con ámbos á Samos, donde vuelve á ver á su amigo Filocles, tan contento en la pobreza y soledad, que resiste volver con los suyos; mas despues que reconoce que esta era la voluntad de los dioses, se embarca con Hegesipo, arriba á Salento, donde Idomeneo le recibe amistosamente.

DESPUES de haber hablado así, le persuadió Mentor cuan justo y necesario era echar de sí á Protesilas y Timócrates, y restablecer á Filocles, cuya severidad era lo único que á Idomeneo detenia. Confieso, decia, que aunque le amo, temo algun tanto su vuelta; porque acostumbrado desde mi niñez á ser de todos y por todo alabado y complacido, necesariamente habré de sentir no serlo tambien de Filocles. Acuérdomme que si lo que yo hacia no era de su aprobacion, en aquel mismo instante me lo daba á entender con su tristeza. Si me hablaba en particular, es cierto que lo hacia de un modo respetuoso y moderado, pero seco y desabrido.

¿No veis, le replicó Mentor, que los príncipes alimentados con la lisonja encuentran seco y austero lo

que es libre é ingenuo? Llegan hasta imaginarse que no se tiene zelo por su servicio, ni respeto á su autoridad, si con una alma servil no se alaba aun el mas tiránico abuso de su poder. No hay palabra libre é ingenua que no se tenga por atrevida, satírica y sediciosa. Vienen á hacerse tan delicados, que todo lo que no es lisonja les ofende y les irrita. Pero llevémoslo mas al extremo, y supongamos que con efecto es Filocles seco y austero: ¿no os será mas útil su austeridad que la perniciosa adulacion de vuestros consejeros? ¿dónde hallaréis un hombre sin defectos? Y el deciros con franqueza la verdad, ¿no es por ventura lo que ménos debéis temer? ¿pero que digo? ¿no es precisamente un defecto necesario para corregir los vuestros, y vencer el disgusto con que la adulacion os hace oír la verdad? Vos, Idomeneo, necesitais un hombre que solo la ame á ella y á vos, y que os ame con mas cordura que aquella con que vos mismo os amais; que os hable á pesar vuestro con resolucion; que venza vuestra repugnancia, y este hombre es cabalmente Filocles. Acordaos de que es imponderable la felicidad de un príncipe, en cuyo reino nace un solo hombre con tan generoso carácter, que es el mas precioso tesoro de un estado; y que el mayor castigo que de los dioses puede temer, es perderle, hacerse indigno de poseerle, y no saber emplearle.

Está bien que conozcais los defectos de los hombres honrados, mas no por eso dejéis de servirlos de ellos. Procurad sí corregirlos, no os entreguéis ciegamente á su zelo indiscreto, pero oídles favorablemente, honrad su virtud, manifestad al público que sabeis distinguirla, y sobre todo guardaos de permanecer mas tiempo como hasta aquí. Los príncipes, aun despues de desengañar-

dos, se contentan como vos con despreciar á los inicuos, pero sin dejar por eso de emplearlos, de honrarlos con su confianza, y aun de colmarles de beneficios: préeianse de couocer tambien á los virtuosos; pero sin darles mas que vanos elogios, no atreviéndose á emplearlos, ni á admitirlos á su trato familiar, ni á derramar sobre ellos sus beneficios.

Confesó Idomeneo que se avergonzaba de haber tardado tanto en vindicar la inocencia oprimida, y castigar á los que le engañaron; y nó le costó mucho á Mentor determinarle á que lo hiciese: porque héchole sospechoso é incómodo su valido, á nada está mas dispuesto un príncipe cansado ya de sufrirle que á derribarle. Su amistad se desvanece, olvidanse sus servicios, y mira con indiferencia su caída, con tal que no vuelva á ponersele delante.

Ordenó inmediatamente el rey á Hegesipo, uno de los principales oficiales de palacio, que prendiese á Protesilas y Timocrates, les condujese con seguridad á la isla de Samos (1), les dejase en ella, y trajese á Filocles de aquel lugar de destierro. Sorprendióle á Hegesipo tanto la novedad de esta comision, que no pudo ménos de llorar de alegría. Ahora sí, le dijo al rey, que llenais de gozo á vuestros vasallos. Esos dos hombres son el origen de todas vuestras desgracias y las de vuestros pueblos. Veinte años hace que gimen bajo su yugo todos los hombres de bien, y que apenas se determinan á gemir: tan cruel es su tiranía. Y aunque

(1) Samos es una isla del Archipiélago cerca de la costa de Natolia, á unas dos leguas de Efeso; á esta isla se debe la invencion de la vajilla de barro.

se quisiera recurrir á vos por otra via que la suya, cuánto no han oprimido á los infelices que lo han intentado!

Continuó Hegesipo descubriendo al rey un gran número de maldades cometidas por ellos, de las cuales no tenia ninguna noticia, porque nadie se atrevia á acusarlos. Díjole tambien lo que habia descubierto de cierta conjuracion tramada secretamente para que Mentor pereciese: y el rey quedó horrorizado de cuanto le dijo.

Apresuróse Hegesipo á asegurar á Protesilas en su casa; la cual, si bien no era tan grande como la del rey, era mas cómoda, mas alegre, de mejor gusto la arquitectura, y la tenia magníficamente adornada á espensas de los sudores de tantos miserables. Hallábase cuando llegó en un salon de mármol cerca de sus baños, tendido con languidez en un rico lecho de púrpura recamado de oro, como cansado y consumido de sus trabajos. En los ojos y sobrecejo se manifestaba un no sé qué de agitado, sombrío y feroz. Le estaban haciendo la corte los principales grandes del estado, los cuales cuidaban de acomodar el rostro á los movimientos que en el suyo notaban, observando para ello hasta la menor mirada. Apenas abría la boca, cuando todos se disponian á admirar lo que iba á decir. Uno de los principales de la corte le referia con ridículas exageraciones lo que habia hecho en servicio del rey: otro le aseguraba, que engañada su madre por Júpiter, le habia dado el ser, y que de consiguiente era hijo del padre de los dioses: un poeta acababa de cantar ciertos versos en que le decia, que instruido por las Musas, habia igualado á Apolo en las obras de ingenio: otro, aun mas vil y bajo, le llamaba en sus versos el inventor

de las bellas artes, el padre de los pueblos, que por su medio vivían felices, y le pintaba con la cornucopia en la mano.

Oía Protesilas estas alabanzas con aquel aire seco, distraído y desdenoso de quien sabe que es mucho más lo que merece, y que es demasiado premio del elogio el dignarse de permitirle. Hubo un adulator que se tomó la confianza de decirle al oído cierta agudeza contra la policía que Mentor trataba de establecer: sonrióse Protesilas, y toda la asamblea se echó inmediatamente á reír, sin embargo de que la mayor parte no podía saber de que. Pero recobrando al instante Protesilas su aire severo y altivo, todos volviéron al temor y al silencio. Muchos nobles anhelaban el momento en que Protesilas se dignase de echar sobre ellos una mirada y oírlos: mostrábanse confusos y embarazados, porque tenían gracias que pedirle: sus posturas suplicantes intercedían por ellos; presentábanse tan sumisos como una madre al pie de los altares, cuando pide á los dioses la salud de su hijo único. Todos parecían contentos, aficionaos, y en extremo admirados de Protesilas, aunque todos tuviesen contra él oculta en el corazón una rabia implacable.

Entra Hegesipo en este momento, tómale la espada, y le intima la orden que tenía del rey para conducirle á la isla de Samos. Al oírlo, cayó toda su arrogancia como se desgaja una roca de la cima de una inaccesible montaña. Arrojáse trémulo y turbado á los pies de Hegesipo; llora, duda, tiembla, y abraza las rodillas de quien una hora ántes no se hubiera dignado de honrar con una mirada. Viéndole perdido y sin remedio, aquellos mismos que acababan de adularle, convirtiéron las lisonjas en desapiadados insultos.

No le dió tiempo Hegesipo para que se despidiese de su familia, ni tomase ciertos papeles secretos. Todo le fué aprendido y llevado al rey. Timocrates fué preso al mismo tiempo, y sorprendido extraordinariamente: porque creía que enemistado con Protesilas, no sería comprendido en su ruina. Parten, pues, en un navío, llegan á Samos: déjales Hegesipo en aquella isla; y para colmo de su desventura les deja juntos. ¡Qué improperios, con que furor, con cuanta rabia se vituperan! Atribuye el uno al otro los males que ámbos han causado, y á ellos el motivo de su fatal caída. Vense sin esperanza de volver á Salento, condenados á vivir léjos de sus mugeres y de sus hijos: no digo que de sus amigos, porque jamás tuvieron ninguno. Déjales en un país desconocido, en que no tienen otro medio para vivir que el de trabajar aquellos mismos que habían pasado tantos años en las delicias y en el fausto; y ahora, semejantes á dos fieras, están mutuamente dispuestos á despedazarse.

Abandonados á su propio furor les dejó Hegesipo, el cual averiguó que Filocles habitaba léjos de la ciudad en una montaña, donde había una gruta que le servía de albergue. Todos le hablaban con admiración de aquel extranjero. Desde que está en la isla, decían, á nadie ha ofendido. Todos admiran su paciencia, su amor al trabajo, y su tranquilidad: nada tiene, y está siempre contento. Aunque sin intervención en los negocios, sin bienes, ni autoridad alguna, no por eso deja de favorecer á los que lo merecen, y de hallar mil medios de complacer á sus vecinos.

Con estas noticias se dirige Hegesipo á la gruta, y la halla desocupada y abierta, pues la pobreza y simplicidad de costumbres de Filocles le dispensaban de

cerrarla cuando salia. Una estera de junco le servia de cama : rara vez encendia lumbre , porque no comia nada cocido : en el estio se mantenía con frutas del tiempo , y en el invierno con dátiles é higos secos. Una fuente cristalina , que al caer de una roca formaba una cascada , le refrigeraba , y apagaba la sed. No habia en la gruta mas que los instrumentos necesarios á la escultura , y algunos libros que leía á ciertas horas , no por adornar su entendimiento , ni por curiosidad , sino por instruírse , al paso que descansaba del trabajo , y por aprender á rectificar mas sus costumbres. Si se dedicaba á la escultura , era por ejercitar las fuerzas , huir la ociosidad , y ganar la vida , sin necesitar , ni ser gravoso á nadie.

Al entrar Hegesipo en la gruta , quedó admirado á vista de ciertas estatuas que tenia empezadas. Reparó en un Júpiter , cuya serenidad de rostro , y plenitud de magestad era tal , que fácilmente se le reconocia por el padre de los hombres y los dioses. A otro lado estaba Marte , en quien se descubria una fiereza bronca y amenazadora. Pero lo mas reparable era una Minerva animando á las artes : su rostro noble y afable , alta y desembarazada estatura , y en una actitud tan viva , que no parecia sino que iba á echar á andar.

Después de haberse detenido en la gustosa contemplacion de estas estatuas , se salió de la gruta , y vió á lo léjos á Filocles leyendo á la sombra de un frondoso árbol ; dirigesese hácia él ; véle Filocles , y no sabe que creer : ¿ no es este , decia en su interior , aquel Hegesipo , con quien tanto tiempo he vivido en Creta ? ¿ pero como es creíble que haya venido á una isla tan apartada ? ¿ no es mas verosímil que sea su sombra venida de las márgenes de la Estigia ?

Mientras estaba en esta duda se acercó tanto Hegesipo , que no pudo ménos de reconocerle y abrazarle. ¿ Sois vos , decia , mi caro y antiguo amigo ? ¿ qué casualidad , que tormenta os ha arrojado á esta costa ? ¿ Por qué habeis abandonado la isla de Creta ? ¿ es acaso alguna desgracia semejante á la mia la que os arranca á nuestra patria ?

No por cierto , le respondió Hegesipo. No una desgracia , sino el favor de los dioses es el que aquí me conduce. Inmediatamente le contó la larga tiranía de Protesilas , sus intrigas con Timocrates , las desgracias en que habian precipitado á Idomeneo , la caída de este príncipe , su fuga á las costas de la Hesperia , la fundacion de Salento , la llegada de Mentor y Telémaco , las sabias máximas con que habia Mentor fortificado el espíritu del rey , y la justa caída de los dos traidores , añadiendo que les habia llevado á aquella isla para que en ella padeciesen el destierro que á él le habian hecho sufrir , y concluyó comunicándole la orden que tenia de conducirlo á Salento , donde el rey , satisfecho de su inocencia , queria honrarle con sus confianzas , y colmarle de beneficios.

¿ Veis , le respondió Filocles , esa gruta , que mas parece albergue de fieras que habitacion de hombres ? pues ya hace muchos años que disfruto en ella mas satisfacciones y tranquilidad que en los palacios dorados de la isla de Creta. Ya no me engañan los hombres : porque como no trato con ellos , estoy libre de la ponzoña lisonja que derraman en sus discursos : ni lo necesito , porque mis manos encallecidas con el trabajo me dan fácilmente la simple manutencion que me es necesaria , é ya veis cuan corta porcion de paño basta á cubrirme. Si aquí no padezco necesidades ,

gozo de una paz inalterable, y de una dulce libertad, de la cual en mis libros aprendo á hacer un buen uso. ¿Qué tengo yo que ir á buscar entre los hombres envidiosos, falaces é inconstantes? No, mi querido Hegesipo, no os pese de mi felicidad. Protesilas fué traidor á sí mismo, queriendo serlo al rey, y matarme. Pero ningun mal me hizo, ántes sí el mayor de los bienes, pues me libró del tumulto y de la servidumbre á que reduce el desempeño de los negocios: yo le debo mi amable soledad, y todos los inocentes placeres que en ella gozo.

Volved, ó Hegesipo, volved al rey: ayudadle á soportar las miserias anejas á la grandeza, y haced á su lado lo que quisierais que yo hiciese. Y pues sus ojos, por tanto tiempo cerrados á la verdad, han sido en fin abiertos por ese sabio que llamais Mentor, que le retenga cerca de sí: que á mí, despues de mi naufragio, no me conviene dejar el puerto, á que felizmente me arrojó la tormenta, para volverme á esponer á la inestabilidad de los vientos. ¡O cuan de compadecer son los reyes! ¡y cuan dignos de compasion los que les sirven! Si son inicuos; quanto hacen sufrir á los hombres, y que tormentos les aguardan en el negro tártaro! Y si son buenos; qué dificultades no tienen que vencer, qué lazos que evitar, y qué males que sufrir! Vuelvo á repetiroslo, Hegesipo, dejadme disfrutar de mi dichosa pobreza.

Mientras Filocles empleaba la mayor vehemencia en persuadir á Hegesipo, estaba este admirado de verle, acordándose de que cuando en Creta tenia á su cargo los asuntos mas graves del reino, estaba flaco y estenuado, porque su natural activo y austero le consumia: no podia ver sin indignacion el vicio impune:

queria una exáctitud en los negocios, que jamas se halla, y de aquí la decadencia de su delicada salud; pero en Samos le veía robusto y vigoroso: á pesar de los años se habia renovado la juventud en su rostro, tanto se habia mejorado su temperamento con la vida sobria, tranquila y laboriosa que disfrutaba.

Bien conozco que os admira, le dijo Filocles sonriéndose; la mudanza que en mi constitucion notais: la soledad me ha rejuvenecido, y á ella debo la perfecta salud que disfruto; gracias á mis enemigos, que me han dado lo que no hubiera conseguido en la mas próspera fortuna. ¿Cómo, pues, quereis que deje los verdaderos por los falsos bienes, y que vuelva á sumergirme en mis pasadas miserias? No seais mas cruel que Protesilas: á lo ménos no me envidieis la fortuna que le debo.

Hegesipo le representó, aunque por entónces inútilmente; todo lo que creyó propio para persuadirle. ¿Seréis por ventura, le dijo, insensible al placer de volver á ver á vuestros parientes y amigos, que tan deseada tienen vuestra vuelta, y á quienes solo la esperanza de abrazaros colma ya de alegría? ¿pero como es posible que quien como vos teme á los dioses, y faltar en lo mas mínimo á lo que está obligado, mire con indiferencia el servir á su rey, ayudarle á hacer todo el bien á que está dispuesto, y el ser el instrumento de la felicidad de sus pueblos? ¿es acaso lícito abandonarse á una filosofia salvage, preferirse al resto del género humano, y la tranquilidad y reposo propio al bien estar de todos sus conciudadanos? Si así lo hicierais, dariais lugar á que se creyera que por un efecto de resentimiento no querais ver mas al rey: que si en algun tiempo os hizo mal, fué no conocién-

doos : jamas pensó arruinar al veraz , al bueno , al justo Filocles : diferente era el hombre á quien queria castigar. Pero ahora que os conoce , y que os tiene por quien realmente sois , siente revivir en su corazon toda la amistad que ántes os profesaba. Esperándoos está , é ya le veo abrir los brazos para estrecharos en ellos tan impaciente porque se verifique , que cuenta los días y las horas que se dilata. ; Y habiais de tener un corazon tan duro , ni ser tan inexorable , que os resistieseis á los deseos del rey , y os negaseis á los de todos vuestros afectos amigos ?

Filocles , que al reconocer á Hegesipo manifestó la alegría que su vista le causaba , luego que le oyó , volvió á recobrar su aire austero. Semejante á una roca , contra la cual combaten inútilmente los vientos y las olas , así constante en sus designios , no habia ruegos que le moviesen , ni razones que le determinasen. Pero en el momento en que empezaba Hegesipo á desconfiar de convencerle , se redujo Filocles á seguirle , resignándose en la voluntad de los dioses , que así se lo ordenaban en el vuelo de las aves , en las entrañas de las víctimas , y en otros diversos presagios que consultó.

Dispónese á partir ; mas no sin sentimiento de dejar un desierto en que habia pasado tantos años. ; Cuan sensible me es dejarte , amable gruta mia , donde el tranquilo sueño venia todas las noches á buscarme , y en cuyos brazos descansaba de los trabajos del día ! Aquí las Parcas (1) , en medio de mi pobreza , me

(1) Fingen los poetas que hay tres Parcas , Cloto , Laquesis y Atropos , hijas de Erebo y de la noche , quienes

hilaban dias de oro y de seda. Prosternose bañado en llanto á adorar la Nayade , que por tanto tiempo le habia refrigerado con sus cristalinas corrientes , y las ninfas que habitaban en todos aquellos montes. Oyó Eco sus lamentos , y los repitió en triste acento á todas las divinidades campestres.

Fuéronse ámbos á la ciudad á disponer su embarco , y creyendo Filocles que el infeliz Protesilas avergonzado y resentido no querria verle , se ocultaba modestamente por no aumentar su desgracia con la presencia de un enemigo , cuya prosperidad iba elevando sobre su ruina ; pero se engañaba , porque los hombres corrompidos , como que no tienen ningun pudor , no hay bajeza á que no esten dispuestos ; y así fué que Protesilas no perdonó diligencia hasta encontrarle para moverle á compasion , y empeñarle á que le alcanzase del rey permiso para volver á Salento. Era Filocles demasiado sincero para ofrecerle semejantes oficios que no estaba dispuesto á emplear , porque conocia mejor que nadie cuan pernicioso hubiera sido su vuelta ; pero le trató con la mayor indulgencia y mansedumbre , le dió muestras de compasion , hizo por consolarle , le exhortó á que aplacase á los dioses con pureza de costumbres , y paciencia en los trabajos. Y como supiese que el rey le habia privado de todos sus bienes injustamente adquiridos , le ofreció dos cosas , que cumplió fielmente : fué la una cuidar de su muger é hijos que permanecian en Salento en la mas estrema

presiden al destino y á la muerte. Cloto arma una rueca , Laquesis hila , Atropos corta el hilo ; lo que quiere decir , que la primera preside al nacimiento , la segunda al curso de la vida , y la tercera á la muerte.

pobreza, espuestos á la indignacion pública; y la otra, enviarle algun socorro que le hiciese mas soportable su miseria.

Entretanto empieza á soplar un viento favorable; y Hegesipo, que le esperaba con impaciencia, se aprovecha de esta ocasion para hacer que se embarque Filocles. Véles partir Protesilas: fija los ojos en la ribera, y sigue con ellos el navío, que surcando las ondas va poco á poco desapareciendo á impulsos del viento, ya no le vé, y todavía se le representa en su imaginacion. Hasta que por fin conturbado, furioso, y abandonándose á su desesperacion, se arranca el cabello, se revuelca en la arena, acusa de crueles á los dioses, y llama en su socorro á la muerte, que sorda á sus ruegos, le tiene por indigno de sus auxilios, y á él le falta valor para forzarla á que le libre de los males que padece.

Favorecido el navío de Neptuno y los vientos, tardó poco en llegar á Salento: fuéronle á decir al rey que ya entraba en el puerto, y sale inmediatamente con Mentor á recibir á Filocles, le abraza tiernamente, y le manifiesta lo sensible que le era haberle perseguido tan injustamente. Esta confesion, léjos de parecer debilidad, no hubo Salentino que no la mirase como el esfuerzo de una alma grande, que superior á sus propios defectos los reconoce para repararlos. Todos lloraban de alegría al ver aquel hombre que con sus virtudes se habia grangeado el amor de los pueblos, y al oír hablar al rey con tanta sabiduría y tanta bondad.

Recibia Filocles los agasajos del rey con semblante respetuoso y modesto, y le siguió hasta palacio impaciente ya por sustraerse á las aclamaciones del pueblo. Muy luego se tratáron Mentor y él con la misma con-

fianza que si toda su vida hubieran vivido juntos; y esto consiste en que los dioses, que han negado á los inicuos ojos para conocer á los buenos, se los han dado muy perspicaces á los que lo son para conocerse mutuamente. Los que profesan la virtud, no pueden estar juntos sin vivir unidos con los vínculos de la virtud que aman.

Inmediatamente suplicó Filocles al rey que le permitiese retirarse á un lugar solitario cerca de Salento, donde poder continuar viviendo pobremente como en Samos. Concedióselo el rey, que acompañado de Mentor iba casi todos los dias á verle á su desierto. Allí exáminaban los medios de consolidar las leyes, y de dar al gobierno una forma constante para mantener la pública felicidad.

Los dos puntos principales que exámináron fuéron, la educacion de la juventud, y los ejercicios que se habian de establecer en tiempo de paz.

Los niños, decia Mentor, pertenecen ménos á sus padres que á la república. Ellos son hijos del pueblo, su esperanza, y su defensa; y no es tiempo de corregirlos despues de pervertidos. Importa poco escluirlos de los empleos cuando se han hecho indignos de ellos: mas vale prevenir el mal, que hallarse en la precision de castigarle.

El rey que es el padre de su pueblo, lo es mas particularmente de la juventud, flor de la nacion; pues así como en la flor se necesita preparar los frutos, así el rey debe velar y hacer que se vigile sobre la educacion de los jóvenes: sostener con firmeza la observancia de las leyes de Minos, que mandan imprimir en los niños el desprecio del dolor y de la muerte; hacer consistir el honor en huir las delicias y las riquezas, y que la in-

justicia, la simulacion, la ingratitude y la molicie se tengan por vicios infames; que se les enseñe desde su tierna infancia á cantar las alabanzas de los héroes amados de los dioses, que han hecho acciones generosas por su patria, y dado á conocer su valor en los combates, aficionándoles á la música, que con sus encantos dulcifique sus costumbres: que se les enseñe á ser tiernos con sus amigos, fieles á sus aliados, y equitativos con todos, aun con sus mas irreconciliables enemigos; y que teman ménos la muerte y los tormentos, que el menor remordimiento de la conciencia. Si con tiempo se imbuye á los niños en estas máximas, haciendo que sirva el canto á grabárselas en el corazon, pocos habrá que no se inflamen en el amor de la gloria y de la virtud.

Mas decia Mentor: que era de suma importancia el establecimiento de escuelas públicas en que se acostumbrase la juventud á los mas trabajosos ejercicios del cuerpo para evitar la molicie y la ociosidad. Quería que hubiese una gran variedad de juegos y de espectáculos que animasen al pueblo, y que particularmente sirviesen para ejercitar los cuerpos, y hacerles rectos, ligeros y vigorosos, señalando premios para excitar una noble emulacion. Pero lo que mas deseaba para que las buenas costumbres se mantuviesen, era que los jóvenes se casasen á su tiempo, y que los padres, postpuesto todo interes, les dejasen elegir muger, cuyas dotes de alma y cuerpo fuesen mas capaces de aficionarles, como mas conformes á su gusto.

Tratando así de los medios de conservar la juventud pura, inocente, laboriosa, dócil y amante de la gloria. Filocles, apasionado por la guerra, le decia á Mentor: En vano ocuparéis los jóvenes en esos ejercicios, si les

dejais desfallecer en una paz continuada, en que no tendrán ninguna esperiencia de la guerra, ni necesidad alguna de dar muestras de su valor. Por este medio se debilitará insensiblemente la nacion, se afeminarán los espíritus, las delicias corromperán las costumbres, y á los pueblos belicosos les será fácil vencerlos, y por querer evitar los males anejos á la guerra, se vendrá á caer en una horrorosa esclavitud.

Son los males de la guerra, le respondió Mentor, mayores de lo que pensais, Filocles: ademas de agotar de todo á un estado, le ponen en el mayor riesgo de perecer; y esto aun cuando se consigan las mas completas victorias. Empiécese la guerra con todas las ventajas que se quiera, jamas se está seguro de acabarla sin esponerse á las mas trágicas inconstancias de la fortuna. Con cualquier superioridad de fuerzas que se entre en una batalla, cualquier error, por pequeño que sea, un terror pánico, una nada arranca la victoria de la mano que creía tenerla segura, y la coloca en las del enemigo. Mas aun cuando se la tuviese encadenada, no impide que uno se destruya á sí mismo, destruyendo á los vencidos: queda el pais despoblado, las tierras incultas, se entorpece el comercio, y lo que aun es mas de llorar, las mejores leyes se debilitan, y las costumbres se pervierten, la juventud abandona las letras, la urgente necesidad hace que se relaje la disciplina militar, y se toleren licencias que la son perniciosas: la justicia, la policia, y todos los ramos de buen gobierno se resienten de este desorden. El rey que por adquirir un poco de gloria ó estension de dominios derrama la sangre de tantos hombres, y causa tantas desgracias, es indigno de la gloria que busca, y merece perder lo que posee, por haber querido usurpar lo que no le pertenece.

Mas he aquí el medio de tener en ejercicio en tiempo de paz el valor de una nacion. Ya os consta los ejercicios propuestos, los premios que han de excitar la emulacion, las máximas de gloria y de virtud que deben inflamar las almas de los niños casi desde la cuna, por medio del canto de las grandes acciones de los héroes: añadid á estos auxilios el de una vida sobria y laboriosa; pues aun hay mas: inmediatamente que una nacion aliada á la vuestra se halle en guerra, debe enviarse á ella la flor de vuestros jóvenes, particularmente aquellos en quienes se note genio marcial y mas disposicion para que aprovechen las esperiencias. Por este medio conservaréis entre vuestros aliados una alta reputacion: vuestra alianza será tan apreciable como sensible el perderla; y sin estar en guerra, ni sustentarla á vuestras expensas, tendréis siempre una juventud aguerrida é intrépida. Aunque en vuestros estados se disfrute de la paz, no por eso dejaréis de premiar con grandes honores á los inteligentes en la guerra; pues el verdadero medio de alejar esta, y conservar aquella, es cultivar la disciplina y ejercicio de las armas, honrar á los que sobresalen en esta profesion, tener quien la haya ejercido en los países estrangeros, que conozcan las fuerzas, la disciplina y táctica de los pueblos vecinos; y estar tan léjos de intentar la guerra por ambicion, como de temerla por debilidad. Y hallándose dispuesto á hacerla siempre que la necesidad lo exija, se consigue no hallarse casi nunca en semejante necesidad.

Respecto de vuestros aliados, cuando les veais en disposicion de romper entre sí, á vos os toca servir de mediador, con lo cual adquiriréis una gloria mas sólida y segura que la de los conquistadores, os grangearéis el amor y la estimacion de los estrangeros, que necesi-

tando de vos, reinaréis sobre ellos por la confianza, como reinais sobre vuestros vasallos por la autoridad. Vendréis á ser el depositario de los secretos, el árbitro de los tratados, el dueño de los corazones: vuestra reputacion se estenderá hasta los países mas remotos, y será vuestro nombre como una suave fragancia que se estienda de uno en otro país hasta las mas remotas naciones. En este estado, aun cuando un pueblo vecino os ataque contra las reglas de la justicia, os hallará aguerrido y preparado; y aun lo que es mucho mas, amado y socorrido, porque todos vuestros vecinos se apresurarán á auxiliáros, bien persuadidos á que de vuestra conservacion depende la seguridad pública. Este sí que es un apoyo que ofrece mas seguridad que todas las murallas y las plazas mas bien fortificadas; y esta sí que es verdadera gloria. ¡Mas ay!; qué pocos son los reyes que saben buscarla, y que no se apartan de ella! Corren tras una sombra engañosa, y se dejan el verdadero honor á las espaldas por no conocerle.

Despues que Mentor se esplicó en estos términos, le miraba Filocles asombrado, y se complacia del ansia con que Idomeneo depositaba en el fondo de su corazon todas las palabras, que como un rio de sabiduría salian de la boca de aquel estrangero.

Así Minerva, bajo la figura de Mentor, establecia en Salento las mejores leyes, y las mas útiles máximas de gobierno, no tanto porque floreciese el reino de Idomeneo, como por dar á Telémaco cuando volyese un ejemplo sensible de lo que un sabio gobierno puede hacer para que los pueblos sean felices, y para que un buen rey adquiera una gloria immortal.

LIBRO QUINCE.

SUMARIO.

Grangéase Telémaco la inclinacion de Filoctetes á pesar de la aversion que este tenia á su padre. Cuéntale Filoctetes sus aventuras, en que por incidencia refiere las particularidades de la muerte de Hércules, procedida de haberse vestido la túnica emponzoñada que el Centauro Neso dió á Deyanira. Cuéntale tambien como obtuvo las fatales flechas de aquel héroe, sin las cuales no se hubiera tomado la ciudad de Troya: que por haber revelado un secreto, fué castigado con los crueles males que sufrió en la isla de Lemnos; y le cuenta por fin como Ulises se valió de Neoptolemo para atraerle al sitio de Troya, donde los hijos de Esculapio le curaron su herida.

MIENTRAS se hacian en Salento tan útiles reformas, daba Telémaco pruebas de su valor en los peligros de la guerra. Luego que partió de la ciudad, volvió todo su cuidado á ganarse la estimacion de aquellos capitanes, cuyas heroicas acciones les habian hecho dignos de la reputacion que disfrutaban. Nestor, como que ya le conocia, y era tan afecto á su padre, le trataba como á hijo propio, y le daba instrucciones, que apoyaba con diferentes ejemplos: contábale los acaecimientos de su juventud, y las mas notables acciones que habia visto en los héroes de la antigüedad. Era la memoria de este

sabio (ya tan anciano, que llevaba vividas tres edades) como una historia de los tiempos pasados, grabada en el mármol y en el bronce.

No tuvo al principio Filoctetes la misma inclinacion á Telémaco, porque la aversion que por tanto tiempo habia abrigado en su pecho contra Ulises, le hacia aborrecer tambien á su hijo, causándole no poco sentimiento que le fuesen los dioses tan propicios, que ya desde entónces se traslucía que le preparaban igual gloria que á los héroes que destruyéron á Troya. Pero la moderacion de Telémaco venció en fin los resentimientos de Filoctetes, que no pudo ménos de amar la sencilla y modesta virtud de aquel jóven. Apartábase con él muchas veces, y le decia: Hijo mio (pues ya no dudo llamarte así) te confieso que tu padre é yo fuimos largo tiempo enemigos declarados; tambien te confieso que aun despues de assolada la soberbia Troya, todavía no estaba mi corazon aplacado, y que aun ahora me cuesta trabajo amar la virtud en su hijo: yo mismo me lo he afeado; pero en fin todo cede á una virtud afable, sencilla, ingenua y modesta. Despues se fué insensiblemente empeñando en referirle lo que tanto habia encendido su corazon en ira contra Ulises.

Necesito, le dijo, tomar desde muy arriba mi historia. Yo acompañaba á todas partes al grande Hércules, cuyo valor consiguió esterminar tantos monstruos como afligian la tierra, y con quien comparados los otros héroes, no eran mas que como débiles cañas al lado de una robusta encina, ó como delicados pajarillos en presencia del águila. Pero amor, esta irresistible pasion, origen de tantos males, lo fué tambien de los suyos, y de ellos nació los míos. Hércules, aquel vencedor de tantos monstruos, fué vencido de esta vergonzosa pa-

sion, y el juguete del cruel Cupido. El mismo se llenaba de rubor al acordarse de que hubo un tiempo en que se olvidó tanto de su gloria, que como el mas vil y afeminado de los hombres, hilaba al lado de la reina Onfala (1): tan esclavo fué de un amor desordenado y ciego. Mil veces me confesó que esta parte de su vida habia amancillado su virtud, y casi eclipsado la gloria de sus trabajos.

¡Mas, ó dioses! ¡tal es la flaqueza y la inconstancia de los hombres! ¡Todo se lo prometen de sí, y no son capaces de resistir nada! Dígalo el grande Hércules, que á pesar de su heroismo volvió á caer en las redes que tanto habia detestado: amó á Deyanira (2); y feliz si á lo ménos hubiera sido constante en amar á una muger que vino á ser su esposa. ¡Mas ay! que muy luego se dejó rendir de la hermosura de la jóven Iole, en cuyo rostro estaban pintadas las gracias. Zelosa Deyanira se acordó de aquella fatal túnica que al morir la dejó el Centauro Neso, como medio seguro de inflamar en su amor á Hércules siempre que por otra la desdenase. Esta túnica, empapada en la corrompida sangre del pérfido Centauro, contenia el mortífero veneno

(1) Hércules despues de tan gloriosas hazañas fué tan prendado de la hermosura de Onfala, que se vistió de muger, é hiló á su lado por agradecerle.

(2) Deyanira, hija de Eneo, rey de Etolia, por la cual, Hércules mató al Centauro Neso con una flecha teñida en la sangre de la hidra. Viéndose Neso á pique de morir dió su túnica ensangrentada á Deyanira; y esta la envió á Hércules quien habiéndose la vestido se volvió furioso y se quemó á sí mismo. Deyanira se mató despues con la clava de Hércules, su marido.

de las flechas con que Hércules le mató; é ya sabeis que estas flechas habian sido teñidas en la sangre de la hidra de Lerna (1), quedando con ella tan emponzoñadas, que eran incurables las heridas que hacian.

Inmediatamente que Hércules se vistió esta túnica, sintió la voracidad del fuego, que le penetraba hasta la médula de los huesos. A los horribles gritos que daba se estremecia el monte Oeta, y resonaban los profundos valles; hasta el mar parecia conmoverse. Ni los mas embravecidos toros hubieran causado con los bramidos que dan en sus combates un ruido tan espantoso. En un arrebató de su dolor agarró al miserable Licas, que se habia atrevido á acercársele, y que era el mismo que de parte de Deyanira le habia llevado la túnica, y le arrojó con la misma violencia que sale la piedra de la honda de un esforzado tirador. Así fué, que despedido de lo alto del monte por el fuerte brazo de Alcides, fité á caer en las olas del mar, donde transformado repentinamente en roca, aun conserva la figura humana, y desde entónces, batido continuamente por las olas irritadas, amedrenta los mas experimentados pilotos.

Despues de la desgracia de Licas, ni aun yo me tuve por seguro, y así procuré ocultarme en las mas profundas cavernas. Veíale arrancar sin trabajo con una mano los altos pinos, y las arraigadas encinas, que por siglos enteros se habian burlado de los vientos y las tempestades, miéntras con la otra hacia por desasir de sus espaldas la túnica fatal que ya se le habia identificado con el

(1) Lerna era un pantano en el territorio de Argos, célebre por aquella hidra ó serpiente de siete cabezas que Hércules venció allí mismo.

cúis, y como incorporado á sus miembros. A proporcion que la rasgaba, rompía tambien su carne, y regaba la tierra con su sangre: hasta que por fin, superando su virtud los dolores, exclamó: Ya ves, mi querido Filoctetes, los males que me hacen padecer los dioses: ellos son justos, é yo el que les ha ofendido violando el amor conyugal. Despues de haber vencido tantos enemigos, me he dejado vencer vilmente del amor de una estrangera beldad. Yo perezco, y perezco gustoso por aplacar á los dioses. ¡Mas ay de mí! ¿por qué huyes, caro amigo? Es verdad que arrebatado de mis escesivos dolores he cometido contra el miserable Licas una crueldad, que ahora me pesa; porque no sabiendo él que la túnica envolviese tal ponzoña, el menor castigo hubiera sido injusto: así lo conozco; sin embargo, ¿cómo puedes tú persuadirte que yo soy capaz de olvidar la amistad que te debo, ni ménos de quitarte la vida? No lo creas, Filoctetes, no. Mi amigo recibirá en su pecho mi espíritu, pronto á exhalar del mio: él será el que recoja mis cenizas. ¿Pero donde estás, Filoctetes? ¿mi caro amigo, mi única esperanza en la tierra, donde estás?

Al oírle, no pude contenerme: corro hácia él; tiende los brazos para abrazarme; pero temiendo comunicar á mi pecho el fuego voraz que abrasaba el suyo, se contuvo, y dijo: ¡Ay de mí! ¿qué ni aun me es dado este consuelo! Inmediatamente juntó todos los árboles que acababa de arrancar, y haciendo de ellos una pira en la cumbre del monte, sube tranquilamente á ella: tiende la piel del leon de Nemea (1) con que cubria sus hom-

(1) Nemea, bosque en el Acaia donde Hércules mató á un leon portentoso de cuya piel se cubrió despues.

bros cuando andaba del uno al otro extremo del mundo destrozando monstruos, y dando libertad á los opresos: se apoya en su clava, y me manda aplicar fuego á la pira.

Aunque temblando y sobrecogido de horror, no pude negarle este cruel obsequio, pues la vida no le era ya una dádiva del cielo, sino la carga mas funesta é insostenible. Llegué á recelar si la vehemencia de los dolores le haria cometer alguna accion indigna de aquella virtud que habia admirado el universo. Mas luego que vió que empezaba á prender la llama, exclamó: Ahora sí, mi querido Filoctetes, que recojo el fruto de tu verdadera amistad; ahora que veo que te interesa mas mi honor que mi vida. Los dioses te lo recompensen. Yo no puedo hacerlo de otro modo que dejándote esas flechas teñidas con la sangre de la hidra de Lerna, que es lo mas precioso que poseo sobre la tierra. Ya sabes que son incurables sus heridas: por ellas serás como yo invencible, y no habrá quien se atreva á declararse tu enemigo. Acuérdate de que muero fiel á nuestra amistad, y el alto aprecio que de ella hice siempre. Y pues tan sensible te muestras á mis males, dame, como puedes, el último consuelo: ofréceme que jamas revelarás á nadie mi muerte, ni el lugar donde ocultes mis cenizas. Yo se lo prometí, ¡ay de mí! y aun se lo juré regando la pira con mis lágrimas, y al momento noté que empezó á brillar en sus ojos un rayo de alegría; y aunque repentinamente fué arrebatado y envuelto en un torbellino de llamas, que casi le ocultó á los míos: veíale no obstante al través de ellas conservar en su semblante la misma serenidad que si coronado de flores y cubierto de perfumes estuviera en los regocijos de un festin acompañado de sus amigos.

No tardó el fuego en consumir cuanto en él habia de

terreno y mortal, despojándole de todo lo que al nacer recibió de su madre Alcmena; pero conservó aquella sutil é inmortal naturaleza, aquel fuego celestial que es el principio de la vida, y que habia recibido del padre de los dioses, á cuya compañía fué llamado para que en eterna bienaventuranza bebiese del nectar, y morase bajo las doradas bóvedas del resplandeciente Olimpo: diéronle los dioses por esposa á la amable Hebé (1), diosa de la juventud, la cual servia á Jove la copa ántes que Ganimedes obtuviese este honor.

Yo me quedé con las flechas, que si bien me las dejó su amistad para que por ellas fuese superior á todos los héroes, fué para mí esta dádiva el origen de los mas crueles tormentos. Sucedió, pues, á poco tiempo que emprendiesen los reyes coligados vengar á Menelao del infame Paris que le robó su esposa, y asolar el imperio de Príamo. Pero por el oráculo de Apolo supiéron que no darían dichoso fin á aquella guerra mientras no tuviesen las flechas de Hércules.

Ulises, tu padre, cuyos consejos eran siempre los mas acertados, se encargó de persuadirme que les acompañase al sitio de Troya, y que las llevase, pues él nunca dudó que yo las tenia. Contribuia no poco á esta sospecha el mucho tiempo que hacia se ignoraba el paradero de Hércules: no se hablaba de ninguna nueva expedicion que hubiese hecho, y sí de que volvian á parecer impunemente monstruos y malvados que afligian al mundo. En esta incertidumbre lo atribuian unos á su

(1) Hebé era hija de Juno sin padre: dejóse caer en llevando la copa de Júpiter, quien se hizo servir, despues, por Ganimedes.

muerte, y otros decian que habia ido hasta el helado septentrion á domar los Escitas; pero Ulises sostuvo lo primero, y se propuso hacérmelo confesar. Para conseguirlo fué á buscarme, y me halló; pero tan estremadamente afligido por la pérdida de tan grande amigo, que huía de todo consuelo y de los hombres, temiendo que me sedujesen á dejar los desiertos del monte Oeta (1), donde para siempre le vi desaparecer á mis ojos, y en donde gustosamente ocupados en llorar su pérdida, no habia sitio que no me representase su imágen. Pero de tal modo poseía tu padre el arte de persuadir, que logró que le oyese; y tan bien supo darme á entender que se interesaba en mi sentimiento, que lloraba conmigo, y parecia no ménos afligido que yo: así me fué ganando insensiblemente el corazon y la confianza, y así fué poco á poco excitando mi compasion para con los reyes de Grecia, cuyas armas, á pesar de la justa causa que iban á defender, no tendrian feliz suceso sin el auxilio de las mias. Mas no por eso pudo arrancarme el secreto de si Hércules habia ó no muerto, por mas que él así lo creía, y por mas que me instaba á que le descubriese el lugar en que conservaba sus cenizas.

¡Desdichado de mí! Me horrorizaba la idea de cometer un perjurio, descubriéndole lo que habia prometido á los dioses no revelar jamas: pero tuve la flaqueza de eludir el juramento que no me atreví á violar (harto me lo han castigado los dioses): dí con el pie en el sitio en que tenia sepultadas las cenizas de aquel héroe, y despues fui á reunirme con los otros reyes,

(1) El Oeta, monte de la Tesalia, entre el Parnaso y el Pindo, es célebre por el sepulcro de Hércules.

que me recibíeron con la misma alegría que si fuese Hércules mismo. Al paso por la isla de Lemnos quise dar á los Griegos una prueba del poder de mis flechas, y disponiéndome á herir á un gamo que se iba á refugiarse en un bosque, tuve el descuido de dejarme caer en un pie la flecha que puse en el arco, la cual me hizo tal herida, que aun me resiento de ella.

Inmediatamente empecé á sentir los mismos dolores que habia padecido Hércules: en toda la isla resonaban mis incesantes alaridos: brotaba de la llaga una sangre tan negra y corrompida, que su hedor infectaba el aire, y contaminaba los reales, de tal modo que bastaba á sufocar á los hombres mas vigorosos. A todo el ejército causaba horror el verme en aquel estremo, y todos concluían que era el suplicio á que me habian condenado los justos dioses.

Ulises, que me empeñó en aquella guerra, fué el primero á abandonarme: despues he conocido la razon con que prefirió el interes comun de la Grecia á todos los respetos de amistad y de conveniencia particular. Llegó el caso de no poderse celebrar los sacrificios en el campo: tan conmovido tenia al ejército el horror de mi llaga, su infeccion, y la violencia de mis gritos. Mas en aquel momento en que á persuasion de Ulises me ví abandonado de los Griegos, me parecia esta política la mas cruel é inhumana, como nacida de la mas pérfida traicion. Tal fué entónces el dictámen de mi pasion, que no me dejaba conocer cuan justo era que se declarasen contra mí los mas sabios, imitando á los dioses que tan irritados tenia.

Por fin estuve en aquella isla, casi todo el tiempo que duró el sitio de Troya, solo, sin auxilio ni esperanza, padeciendo los mas acerbos dolores, en aquella

isla desierta y salvaje donde no se oía otro ruido que él de las olas del mar cuando rompian en las peñas. En este abandono encontré una caverna al pie de una roca, que dirigia hácia el cielo dos puntas semejantes á dos cabezas, de cuya roca manaba una cristalina fuente. Era la caverna el albergue de las fieras, al furor de las cuales estaba espuesto noche y dia. Servíame de lecho una porcion de hojas que pude recoger, porque los únicos bienes que me restaban consistian en un vaso de madera groseramente trabajado, y en algunas ropas destrozadas, que me servian para contener la sangre, y limpiar la llaga. Allí, abandonado de los hombres, y hecho el objeto de la cólera de los dioses, pasaba el tiempo en disparar las flechas á las palomas y demas aves que volaban al rededor de la roca; y cuando mataba alguna, tenia que ir arrastrando á recogerla para alimentarme.

Es verdad que al partir los Griegos me dejaron algunas provisiones; pero duraron poco. Valíme de los pedernales para encender fuego; y te aseguro, que por mas horrorosa que esta vida fuese, me pareciera dulce léjos de los hombres ingratos y engañosos, si no me hubieran oprimido tanto los dolores, y si en mi memoria no tuviera un enemigo que incesantemente me recordara la causa de mi desventura. ¡Qué! decia yo: ¡arrancar á un hombre de su patria como el único capaz de vengar la Grecia, y abandonarle despues dejándole dormido en una isla desierta! pues mientras estaba yo durmiendo partiéron los Griegos. Juzgad cual seria mi sorpresa, y cuantas lágrimas derramaria cuando al despertar ví ya los navíos surcando las ondas. ¡Ay de mí! Reconozco por todas partes aquella inculta y horrorosa isla, y no hallo en toda ella mas que dolor y afliccion.

No tiene puerto ni comercio, hospitalidad, ni aun mas hombres que los arrojados á ella por las borrascas, ni mas esperanza de sociedad que la de los infelices náufragos; y si por casualidad se hacia algun desembarco en ella, nadie se atrevia á llevarme consigo, temiendo provocar la cólera de los dioses y de los Griegos. Ya hacia diez años que sufría el oprobio, el dolor y el hambre: que alimentaba una llaga que me consumia; y que hasta la esperanza de mejorar mi suerte habia huído de mi corazón: cuando volviendo de buscar algunas plantas medicinales, ví de improviso en mi gruta un jóven hermoso y bizarro, de una heroica estatura. Figuróseme que era Aquiles: tanto se le semejaba en el aire, en el mirar, y en el aspecto: solo por la edad inferí que no podia ser. Al mismo tiempo noté en su semblante cierta perplejidad y sentimiento: compadecióse del trabajo y lentitud con que me arrasaba mas que andaba; y mis agudos y dolorosos gritos, que resonaban por toda la playa, le enternecieron.

¡O extranjero! le dije desde bastante léjos, ¿qué desgracia te conduce á esta isla desierta? ¡Bien conozco que es Griego ese trage, de mí tan querido; y espero con impaciencia oír tu voz, y en ella el idioma que aprendí en mi niñez, y que tanto tiempo hace no he tenido con quien hablarle en esta soledad! No te espante ver á un hombre tanto mas acreedor á tu compasion, quanto mas desgraciado.

Apénas Neoptolemo me dijo que era Griego, cuando exclamé: ¡O dulces palabras, no oidas de mí en tantos años de silencio y de afliccion! hijo mio, ¿qué infortunio, qué borrasca, ó mas bien que viento favorable te ha conducido aquí para dar fin á mis trabajos? A lo

que me respondió: soy de la isla de Esciro (1), y á ella vuelvo: dicen que soy hijo de Aquiles, y con esto lo sa-
beis todo.

No satisfecha mi curiosidad con tan breves razones, le dije: ¡Hijo de un padre de mí tan amado! ¡precioso renuevo de Licomedes (2)! ¿por qué, y de donde vienes á esta isla? Respondióme que del sitio de Troya. Díjele: pero tú no fuistes de los de la primera expedicion. ¿Lo fuisteis vos? me preguntó. Entónces le dije: Bien veo que te son desconocidos hasta el nombre y las desgracias de Filoctetes. ¡Ay de mí! ¡cuán infelice soy! Mis perseguidores me insultan en mi miseria: la Grecia ignora lo que yo padezco: mi dolor se acrecienta: los Atridas (3) me han puesto en este estado: los dioses se lo recompensen.

Despues le conté de qué modo los Griegos me abandonaron; y luego que oyó mis quejas, me dió parte de las suyas, diciéndome: muerto Aquiles.... Interrumpíle al instante, preguntándole: ¡cómo! ¿pues qué, es ya muerto aquel héroe? Perdona, hijo mio, que corte el hilo de tu discurso para dar lugar á las lágrimas que debo á tu padre: vos, me respondió, me consolais in-

(1) Esciro es una de las islas del Archipiélago, á la boca del golfo de Zeton, á trece leguas de Negroponte, hacia el Norte.

(2) La madre de Aquiles para impedirle de que pasase al asedio de Troya, le puso disfrazado de muchacha en la corte del rey Licomedes, donde se enamoró de Deidamia, su hija, de quien tuvo á Pirro, ó Neoptolemo.

(3) Los Atridas son los hijos de Atreo; esto es, Agamenon y Menelao.

terruñiéndome. ¡Cuán agradable me es ver á Filoctetes llorar á Aquiles!

Volvió Neoptolemo á empezar así despues de la muerte de Aquiles viniéron á buscarme Ulises y Fenix, asegurándome que era imposible sin mi asistencia arruinar á Troya. No les costó mucho persuadirme, pues el sentimiento por la muerte de mi padre, y el deseo de heredar parte de su gloria en tan célebre expedicion, eran para mí sobrados estímulos. Llegué á Sigea (1): júntase el ejército al rededor de mí, y todos protestan que soy el mismo Aquiles: ¡mas ay! que Aquiles ya no existia. Joven, y sin esperiencia, todo me lo prometí de los que tanto me elogiaban. Luego pedí á los Atridas las armas de mi padre, y me respondieron con la mayor fiereza: todo cuanto le pertenecia se se dará, ménos sus armas destinadas ya á Ulises.

Perturbóme esta respuesta, lloré, me enfurecí; pero Ulises me dijo sin alterarse: Las armas de Aquiles solo son dignas de los que por tanto tiempo como nosotros han estado espuestos á los continuos peligros de este asedio: ¿qué has hecho tú en él para merecerlas? Hablas con demasiado orgullo: jamas las obtendrás. Resentido de un despojo tan injusto, resolví volverme á Esciro, ménos indignado contra Ulises que contra los Atridas: ¡quieran los dioses mostrarse propicios á sus enemigos! Ya, ó Filoctetes, lo sabéis todo: nada me resta que decir.

Preguntéle, como Ajax, hijo de Telamon, no se

(1) Sigea, hoy cabo de los Génizaros, está en la Natolia, á la boca del golfo de Galipoli, en frente de la punta de la Romania.

habia opuesto á esta injusticia. ¡Es ya muerto, me respondió: muerto, exclamé, y Ulises vive, y con reputacion el en ejército! Seguí preguntando por Antiloco, hijo del sabio Nestor, y por Patroclo, que tan amado era de Aquiles. Tambien han muerto me respondió: é yo repentinamente volví á exclamar: ¡Como! ¡muertos! ¡ay de mí! ¡qué es lo que oygo! ¡así la guerra cruel acaba con los buenos, y perdona á los inicuos! ¡Ulises vive! ¡pues sin duda que vive tambien Tersites (1). ¡Así obran los dioses, y todavia les alabarémos!

Miéntras que así me arrebatava el furor contra tu padre, adelantó Neoptolemo la ficcion, añadiendo estas tristes palabras: Léjos del ejército griego, en donde el mal prevalece sobre el bien, me vuelvo á la rústica isla de Esciro, donde viviré contento. A dios, voy á partir; ruego á los dioses que os sanen vuestra herida.

Hijo mio, le dije, por los manes de tu padre, por tu madre, por todo lo que mas estimas en el mundo, te ruego no me dejes solo en la triste situacion en que me ves. Bien conozco lo gravoso que te será llevarme; pero considera cuan vergonzoso te deberá ser abandonarme. Échame en la proa, en la popa, aunque sea en la sentina; por fin sácame de aquí, y llévame donde ménos te incomode. Solo las grandes almas saben lo glorioso que es ejercitarse en la virtud. No me dejes en un desierto, en donde ni vestigios de hombres se hallan. Condúceme á tu pátria, ó á la Eubea (2), que no dista mu-

(1) Tersites era un hombre de los mas contrahechos y cobardes del ejército griego, y tan inclinado á contradecir á los mas sabios y mas hábiles, que Aquiles indignado de sus modos le mató con una puñada.

(2) Eubea, isla del mar Egeo, hoy Negroponte.

cho del monte Oeta y de Traquino, ni de las agradables riberas del rio Esperquino. Vuélveme á mi padre. ¡ Mas ay! ¡ qué temo si habrá ya muerto! Yo le he avisado para que me enviase una nave; y, ó ya no existe, ó los que me ofrecieron decirle mi infeliz estado, no lo han cumplido. A tí pues recorro, hijo mio: acuérdate de la inestabilidad de las cosas humanas. El que vive en prosperidad debe temer abusar de ella faltando al socorro de los menesterosos.

Así hablaba á impulsos de mi dolor; y dije tanto, que Neoptolemo me ofreció llevarme consigo. Entonces volví á exclamar: ¡ O feliz dia! ¡ ó amable Neoptolemo, digno de la gloria de tu padre! Caros compañeros de mi viage, permitid que me despida de esta triste morada. Vedla, é inferiréis lo que he padecido: ningun otro hubiera podido tolerarlo; pero habia aprendido en la necesidad, que es el mejor maestro de los hombres, y la que les enseña lo que no es posible que sepan por otro medio. Los que nunca han padecido, nada saben; no conocen el bien ni el mal; no conocen á los hombres, ni á sí mismos se conocen. Dicho esto, tomé el arco y las flechas, que vistas por Neoptolemo, me rogó le permitiese besar unas armas tan célebres, y consagradas por el invencible Hércules. Todo, le dije, está á tu disposicion, hijo mio: tú en este dia me vuelves la luz, la patria, á mi padre consumido de vejez, á mis amigos, y á mí mismo: tú eres muy dueño de tocar esas armas, y puedes lisonjearte de ser el único entre los Griegos que ha merecido tocarlas. Entra Neoptolemo en mi gruta para admirarlas, y mientras tanto me asalta un dolor tan cruel, que me trastorna, y deja sin sentido, pido un cuchillo para cortarme el pie, y esclamo: ¡ O muerte tan deseada! ¡ porqué no llegas!

Y tú, generoso jóven, muévete á piedad: pon fin á mi tormento, abrasándome ahora mismo, como yo lo hice con el hijo de Júpiter. ¡ O tierra, tierra! recibe un moribundo que no está ya en estado de recobrase. De este arrebato de dolor caí repentinamente, como solia sucederme, en un profundo letargo; cubríome un sudor copioso; empecé á aliviarme con él, y á brotar de la herida una sangre negra y corrompida. Mientras el dolor me tuvo enagenado le hubiera sido fácil á Neoptolemo tomar y llevarse mis armas; pero era hijo de Aquiles, y se le resistia el engaño.

Al volver en mí, reconocí su turbacion; véole suspirar, y confuso como hombre que busca y no acierta con el disimulo: en una palabra, le ví tan turbado, como quien obra contra sus sentimientos. ¡ Tratas, le dije, de sorprenderme, ó que es lo que te agita? Es necesario, me respondió, que me sigais al sitio de Troya. — Que es lo que has dicho, hijo mio, le repliqué al instante. ¡ Al sitio de Troya! Vuelve, vuélveme ese arco: ¡ ay de mí, yo soy engañado! no me arranques la vida. ¡ Mas ay! que nada me responde, me mira tranquilo, y nada basta á moverle. ¡ O playas y promontorios de esta isla! ¡ fieras y rocas escarpadas! á vosotras me quejo, pues que no tengo á quien quejarme: acostumbradas estais á mis lamentos. ¡ Quién creyera que el hijo de Aquiles habia de engañarme! El me roba el arco sagrado de Hércules, quiere arrastrarme al campo griego para triunfar de mí sin reparar en que seria triunfar de un cadáver, de una sombra, de una imágen vana. ¡ Ah! si en otro tiempo, en tiempo de mi robustez, lo hubiera intentado..... Pero ni aun ahora lo lograra sino por sorpresa. ¡ Qué haré? Vuélveme, hijo mio, vuélveme mi arco. Sé se-

mejante á tu padre , semejante á tí mismo. ¿ Qué respondes ? — Ya veo que nada. A tí , ó inculta roca , á tu asilo vuelvo , desnudo , miserable , y sin arbitrio para mantenerme. En está gruta moriré solo y abandonado : sin arco para matar las fieras , las fieras me devorarán á mí : sea lo que quiera. ¡ Pero hijo mio , que te mueve á cometer esta perfidia ! Tu aspecto desmiente tus acciones. No , tú no eres un indigno. Vuélveme , pues , mis armas , y vete en paz.

Viéndome Neoptolemo en este estado , se le arrasaban los ojos en lágrimas , y decia en voz baja : ¡ Pluguiera á los dioses que jamas hubiera salido de Esciro ! En esto vuelvo á esclamar : ¡ Ay ! ¿ qué es lo que veo ? ¡ no es este Ulises ! Cuando oygo que me responde : sí , soy , soy. Aunque se entreabriese el oscuro reino de Pluton , y en él hubiera visto el negro Tártaro , cuya vista temen aun los dioses , confieso que no me horrorizara tanto. Yo volví á esclamar : ¡ Tierra de Lemnos , séme testigo ! ¡ y tú sol , que lo ves , como lo sufres ! Ulises me respondió sin alterarse : Júpiter lo ordena , é yo lo ejecuto. ¿ Cómo , le dije , te atreves á nombrar á Júpiter ? ¿ no ves cuanto padece este jóven al ejecutar lo que tú le obligas que haga ? Padece , porque se le resiste lo mismo que hace , porque detesta el engaño. No á engañaros ni haceros daño hemos venido , sino á redimiros , á curaros , y daros la gloria de que seais el destructor de Troya , y restituiros á vuestra pátria. Vos sois , y no Ulises , el enemigo de Filoctetes.

Entonces dije á tu padre todo lo que el furor pudo sugerirme. Pues que tú me abandonaste en esta ribera , le dije , ¿ porqué en ella no me dejas en paz ? Busca la gloria de las armas , busca los placeres , goza de tu dicha en compañía de los Atridas , y déjame á mí mi

miseria y mi dolor. ¡ A qué llevarme al campo ! ¡ cuando ya nada soy , cuando ya estoy muerto ! ¿ No crees ahora , como en otro tiempo creiste , que no estoy para salir de esta isla , ni temes que mis lamentos , ni la corrupcion de mi herida impidan los sacrificios ? ¡ Ah ! Ulises , autor de mis desgracias , los dioses te... Mas los dioses no me oyen , ántes por el contrario se declaran por mi enemigo. ¡ O pátria mia , que yo no volveré á ver jamas ! ¡ ó dioses ! si es que aun hay alguno tan justo que de mí se apiade , castigad , castigad á Ulises , y entonces me tendré por sano.

Así le impropereaba , miéntras él , tranquilo , me miraba con aquel aire de compasion con que un hombre léjos de irritarse , tolera y aun escusa á un desgraciado perseguido de la fortuna. Parecíame semejante á una roca que sobre la cima de una montaña se burla del furor de los vientos , y les deja apurar su rabia , miéntras ella permanece inmóvil. Así tu padre , guardando silencio , esperaba que desfogase mi ira , como quien sabia que el tiempo de corregir y atacar las pasiones de los hombres para reducirles á la razon , es cuando las mismas pasiones empiezan á flaquear por una especie de cansancio. ¡ O Filoctetes ! me dijo en fin : ¿ qué se ha hecho de vuestra prudencia y de vuestro valor ! He aquí el momento en que aprovecharos de uno y otro. Si rehusais seguirnos , oponiéndoos á los altos designios de Júpiter , quedaos : vos sois indigno de ser el libertador de la Grecia , y el destructor de Troya. Quedaos en Lemnos , que estas armas que me llevo , me darán la gloria que os estaba reservada. Partamos , Neoptolemo , es inútil hablarle , por compadecernos de un hombre , no hemos de abandonar la salud de toda la Grecia.

Al oír esto, me quedé sumergido en el mas profundo dolor y resentimiento, semejante á una leona á quien han robado sus cachorrillos, que llena de rugidos las selvas. ¡O caverna, decia: ! no habré de dejarte nunca! ¡has de ser tú mi sepulcro! ¡triste estancia de mi dolor! Ya se me acabó el mantenimiento, ya se huyéron mis esperanzas. ¡Quién me diera con que atravesarme! ¡O! ¡si á lo ménos las aves de rapiña hicieran de mí su presa...! ¡Ya no tienen que temer mis flechas! ¡O arco precioso, arco consagrado por las manos del hijo de Júpiter! Mi querido Hércules, si aun te resta algun sentimiento, ¿cómo no te indignas contra este cruel engañador? Ya tu arco no le posee tu fiel amigo; profánale con sus manos impuras el engañador Ulises. Aves de rapiña, fieras sangrientas, no huyais de esta caverna, que ya me han despojado de las flechas con que pudiera heriros. Venid, que ya no puedo dañaros, venid, devoradme: ó mas bien despida un rayo el inexorable Júpiter, y con él me aniquile.

Después de haber empleado inútilmente tu padre todos los medios que le parecieron propios á persuadirme, juzgó en fin que el mejor era volverme mis armas: hizo seña á Neoptolemo, que al instante me las volvió; é yo le dije: Digno hijo de Aquiles, bien das á entender que lo eres: mas déjame que atraviese á mi enemigo. Púseme en disposición de disparar una saeta á tu padre; pero me detuvo Neoptolemo, diciéndome: La cólera os ciega, y no os deja conocer cuan indigna fuera semejante accion.

Ulises tan inalterable estaba contra mis flechas, como contra mis injurias: no pudo ménos de hacerme impresion su intrepidez y su paciencia. Avergoncéme de haberme dejado arrebatado hasta el estremo de querer

servirme de mis armas para matar al que me las habia hecho restituir, pero como mi resentimiento aun no estaba satisfecho, sentia en estremo debérselas á quien tanto aborrecia. Entretanto me dijo Neoptolemo: Sabed que habiendo salido de Troya por inspiracion del cielo el divino Heleno, hijo de Príamo, nos ha profetizado lo por venir: caerá, dijo, la famosa Troya; mas no sin ser atacada por el que tiene las flechas de Hércules; ni él sanará de su herida hasta que se halle á vista de sus muros, donde se la curarán los hijos de Esculapio (1).

Al momento que lo oí, me hallé indeciso: no dudaba de la candidez de Neoptolemo, ni de la buena fé con que me volvió mi arco: pero dudaba entre la vida, y ceder en nada á Ulises; y este reprehensible pundonor no me dejaba resolver. ¿Dare yo lugar á que nadie vuelva á verme entre Ulises y los Atridas ¿qué se dirá de mí? Así discurría en mi interior, cuando repentinamente oygo una voz mas que humana, y veo á Hércules en una resplandeciente nube, rodeado de rayos de gloria. Fuéme fácil conocerle por su aire varonil, su robustez y simplicidad; pero venia revestido de una grandiosa magestad, mayor que la que se advertía en él cuando rendia los monstruos con su valor.

A Hércules, me dijo, ves y oyes. He dejado el alto Olimpo para anunciarte las órdenes de Júpiter. Tú sabes por medio de que trabajos he adquirido la inmortalidad. Si has de seguir mis huellas en el camino de la

(1) Esculapio, hijo de Apolo y de la ninfa Coronis, fué tan docto en el arte de medicina, que los paganos hicieron de él un dios. Le adoraban bajo la forma de una serpiente, particularmente en Epidaurio y Pergama.

gloria, debes acompañar al hijo de Aquiles. Sanarás : con mis flechas atravesarás á Paris, autor de tantos males. Despues de tomada Troya, enviarás á Pean tu padre ricos despojos al monte Oeta, los cuales serán puestos sobre mi sepulcro como un monumento de la victoria debida á mis armas. Y tú, hijo de Aquiles, sabe que no serás victorioso sin Filoctetes, ni Filoctetes lo será sin tí. Id pues como dos leones que juntos buscan su presa. Yo enviaré á Esculapio á Troya para que cure á Filoctetes. Sobre todo, Griegos, amad y observad la religion; todo lo demas perece : ella es la que siempre subsiste.

Oidas estas palabras, exclamé : ¡Día venturoso ! ¡apacible día, que al fin amaneces despues de tantos años ! ¡ grande Hércules ! yo te obedezco ; al instante parto. A dios, gruta querida ; á dios, ninfas de estos húmedos prados, ya no oiré mas el sordo ruido de las ondas ; á dios, ribera, en donde tantas veces he sufrido la injuria de los vientos ; á dios, promontorios testigos de mis lamentos ; á dios, dulces fuentes que tan amargas me habeis sido ; á dios, tierra de Lemnos, déjame partir felizmente adonde me llama la voluntad de los dioses y de mis amigos.

Partimos, pues ; llegamos al campo, y en él Machaon y Podaliro con la divina ciencia de su padre Esculapio me curáron, ó á lo ménos me pusieron en el estado en que me veis. Los dolores se han huido : he recobrado toda mi robustez, y solo he quedado un poco cojo. Cayó Paris al tiro de la flecha como á la del certero cazador cae el amedrentado cervatillo. Muy luego fué reducida Ilión á cenizas ; é ya sabeis lo demas. Pero aun todavía conservaba yo cierta aversion al sabio Ulises, procedida del recuerdo de mis trabajos, sin ser parte toda

su virtud para aplacar mi resentimiento. Mas á la vista de un hijo que le es tan semejante, y que es imposible dejar de amar, mi corazon se enternece aun por el mismo padre.

FIN DEL LIBRO QUINCE.

LIBRO DIEZ Y SEIS.

SUMARIO.

Tiene Telémaco ciertas diferencias con Falanto sobre la pertenencia de unos prisioneros : acomete y vence á Hippias , porque despreciando sus pocos años se apodera orgullosamente de los prisioneros en nombre de su hermano Falanto : pero mal contento de su victoria , reprobaba interiormente la temeridad con que se había espuesto : y quisiera reparar esta falta si le fuera posible . Al mismo tiempo informado Adrasto de que los reyes aliados solo entendian en ajustar estas diferencias , les ataca de improviso ; les gana por sorpresa cien navíos , en que transporta sus tropas al campo ; pónese fuego , y empieza el ataque por el cuartel de Falanto : mata á su hermano Hippias , y á él le deja mal herido .

MIENTRAS Filoctetes contó sus aventuras , le estuvo Telémaco mirando suspenso é inmóvil . Cuantas pasiones habían agitado á Hércules , Filoctetes , Ulises y Neoptolemo , otras tantas se iban manifestando en el cándido semblante de aquel jóven , segun se iban refiriendo . Unas veces exclamaba é interrumpia involuntariamente á Filoctetes , y otras se quedaba suspenso , como quien medita profundamente las consecuencias de algun grave negocio . Cuando pintaba Filoctetes el embarazo en que se vió Neoptolemo , y su poco disimulo , no parecia sino que Telémaco se hallaba en el mismo

compromiso : cualquiera en aquel instante le hubiera tenido por Neoptolemo .

Marchaba en buen órden el ejército aliado contra Adrasto , rey de los Danienses , impío con los dioses , y pérfido engañador de los hombres . Ofreciéronse á Telémaco grandes dificultades en haberse bien con tantos reyes , recelosos unos de otros , sin hacerse sospechoso á ninguno , y si bien quiso con todos . Era de buena índole y sincero ; pero poco cariñoso , y no muy complaciente : no tenia pasion por las riquezas , pero no sabia dar : de modo que siendo de un corazon noble y bien inclinado , parecia grosero , insensible á la amistad , desagradecido á los cuidados que de él se tenian , poco liberal y ménos atento á distinguir el mérito ageno : en todo hacia su gusto sin reflexion . A pesar de Mentor , le había educado su madre Penelope con un orgullo y altivez que deslucian sus mas apreciables prendas . Teníase por de otra naturaleza que los demas hombres , pareciéndole que solo les habían criado los dioses para agradarle , servirle , adivinarle los pensamientos , y para que todas sus acciones las refiriesen á él como á una deidad . La dicha de servirle , era , segun él , una gran recompensa de los servicios que le hacian . Nada había de ser imposible cuando se trataba de servile , la menor detencion le irritaba .

Visto así , se le juzgara incapaz de amar nada , y solo sensible á su gloria y á su gusto ; pero tanto esta indiferencia para con los otros , como el continuo cuidado de sí mismo , no procedian mas que de la enagenacion y continuo arrebató en que le ponía la violencia de sus pasiones . Engreído por su madre desde la cuna , era un vivo ejemplo de los que tienen la desgracia de nacer en la opulencia : ni los rigores con que le trataba la

fortuna desde su mas tierna edad , ni el verse desprovisto de todo , abandonado y espuesto á tantos trabajos , habian sido parte para moderar sus impetus ni su orgullo ; ni para templar su altanería , que siempre sacaba la cabeza , como la levanta por sí misma la palma , por mas esfuerzos que se hagan para humillarla.

Quando Telémaco estaba con Mentor , no se le notaban estos defectos , que de dia en dia iban disminuyendo : así como á un fogoso caballo suelto en el campo no le detienen las escarpadas rocas , los precipicios , ni los torrentes , ni reconoce mas que la voz y la mano de un solo hombre : así á Telémaco , lleno de un noble ardor , nada bastaba á contenerle sino la presencia de Mentor ; pero tambien una sola mirada suya era capaz de reprimirle repentinamente aun en el mayor arrebató ; al momento entendia lo que aquella mirada significaba , y revivian en su corazon todos los sentimientos de virtud que las pasiones tenian amortecidos ; en un instante la sabiduría de Mentor serenaba su semblante : no se disipa mas pronto una borrasca , quando Neptuno levanta su tridente , y amenaza las rebeldes olas.

Luego que Telémaco se halló solo , todas sus pasiones , hasta entónces refrenadas , como un torrente contenido por un fuerte dique , recobraron su curso. Érale insufrible la arrogancia de los Lacedemonios y de su caudillo. Esta colonia que habia fundado á Tarento , se componia de jóvenes sin educacion , nacidos durante el sitio de Troya ; y la ilegitimidad de su nacimiento , sus desordenadas costumbres , y la licencia en que se habian criado , les daba cierto aire de ferocidad y barbarie : en una palabra , mas parecia una cuadrilla de bandidos , que una colonia griega.

No perdonaba Falanto ocasion de contradecir á Telémaco , interrumpiéndole á menudo en las asambleas , despreciando sus consejos como de un jóven sin esperiencia , burlándose de él , tratándole de pusilánime y afeminado ; haciendo notar á los cabos del ejército sus mas mínimos defectos , y procurando , en fin , hacerle á todos sospechoso , y odiosa la noble arrogancia de su carácter.

Sucedió pues un dia que habiendo hecho Telémaco ciertos prisioneros á los Danienses , pretendia Falanto apropiárselos , porque segun decia , él fué quien al frente de sus Lacedemonios deshizo aquella tropa enemiga , que hallada por Telémaco vencida y puesta en fuga , no tuvo otro trabajo que él de darla vida y conducirla al campo. Telémaco sostenia por el contrario que Falanto le debia el no haber sido vencido , y que era dueño de la victoria. Pusieron la causa en la asamblea de los reyes aliados , fuéron ámbos á defender la suya , y Telémaco se dejó arrebatar hasta amenazar á Falanto , y en aquel mismo instante echaran mano á las armas , si no se les contuviera.

Tenia Falanto un hermano llamado Hippias , célebre en todo el ejército por su valor , por su fuerza y por su destreza. Polux (1) , decian los Tarentinos , no combalia mejor con el cesto , ni Castor le hubiera excedido en el manejo de un caballo. Tenia casi la talla y las fuerzas de Hércules : todo el ejército le temia , porque aun era mas díscolo y brutal , que esforzado y valeroso.

(1) Polux , hijo de Júpiter y de Leda , muger de Tindaro , partió la inmortalidad con Castor ; pasando alternativamente un año en el cielo y un año en los campos eliseos.

Vista por Hippias la arrogancia con que Telémaco había amenazado á su hermano , se apodera prontamente de los prisioneros para conducirlos á Tarento , sin esperar la decision de la asamblea. Dijéronselo en secreto á Telémaco , que así como un javalí sangriento busca al cazador que le ha herido , así corría por el campo buscando con los ojos á su enemigo , y blandiendo el dardo con que pensaba atravesarle : le encuentra , y al verle se redobla su furor. No era este aquel Telémaco instruido por Minerva , bajo la figura de Mentor , sino un frenético , ó un leon furioso.

¡ Detente , le dice , ó el mas vil de todos los hombres ! detente , ahora veremos como me robas esos vencidos , despojos de mi valor : no los llevarás tu á Tarento : antes descenderás , si : descende á las sombrías márgenes de la Estigia. Dijo , y lanzó el dardo , pero con tanto furor , que erró el golpe , y no le tocó á Hippias. Pone inmediatamente mano á la espada , que con guardas de oro le dió Laertes en prueba de su cariño al partir de Itaca , y de la cual se habia servido en su juventud con mucha gloria , tñiendola con la sangre de muchos famosos capitanes Epirotas en una guerra en que Laertes quedó victorioso. Apénas tiró de ella , cuando aprovechándose Hippias de las ventajas que le daban sus fuerzas , se arrojó sobre él para arrancársela de las manos : rómpese entre las de ámbos : se agarran y cierran el uno con el otro , como dos fieras que anhelan despedazarse : centellean fuego sus ojos ; é ya se encogen , ya se alargan , se abajan y se levantan , y sedientos de sangre se acometen : tanto se aferran , que sus dos cuerpos parecen uno solo. Pero Hippias , como de edad mas madura , parece que debia acabar con Telémaco , cuyos pocos años no podian oponer tanta resistencia. Con

efecto , salto de aliento , le empezaban á flaquear las rodillas : véle Hippias vacilar , y redobla sus esfuerzos ; é ya no habia remedio para el hijo de Ulises : ya iba á coger el fruto de su temeridad y de sus arrebatos , si Minerva , que , aunque léjos , velaba sobre él , y solo le dejaba en tan inminente peligro por instruirle , no determinase la victoria en su favor.

No dejó el palacio de Salento , pero envió á Iris (1) , veloz mensagera de los dioses , que atravesando el inmenso espacio de los aires , y dejando tras sí señalado el camino en una nube arrebolada con mil diversos colores , llegó de un vuelo á la playa en que estaba acampado el innumerable ejército de la liga : vé desde léjos el empeño , el ardor y los esfuerzos de ámbos combatientes , y se estremece á vista del peligro en que Telémaco estaba : acércase , y le envuelve en una trasparente nube , formada de sutiles vapores. En aquel mismo instante en que Hippias sintiéndose con todas sus fuerzas se tenia por victorioso , cubrió Iris al tierno hijuelo de Minerva con la Egida que la sabia diosa le habia confiado. Empieza Telémaco á reanimarse y á proporcion que se recobra , Hippias se turba , sintiendo que cierta cosa celestial le asombra y le oprime. Acósale Telémaco , y le embiste ya en una situacion , ya en otra , hasta que desconcertándole , y no dándole lugar para repararse , le arroja en tierra y se echa sobre él. No causa tanto estrépito la caída de una robusta encina cuando cae del monte Ida al tenaz empeño del hacha , cuyos

(1) Iris , hija de Thaumas y de Electra , era la mensagera de Juno.

golpes han resonado por todo el bosque : se estremeció la tierra , y se conmovió todo el contorno.

Ya la sabiduría habia vuelto con el valor á ilustrar y fortalecer á Telémaco. Luego que vió á Hippias hajo de sí , conoció lo mal que habia hecho en acometer de aquel modo al hermano de uno de los reyes aliados , que él iba á auxiliar : trajo á la memoria , no sin confusion , los sabios consejos de Mentor , y se avergonzó de su victoria , conociendo cuan bien merecia haber quedado vencido. A este tiempo iba Falanto arrebatado de furor á socorrer á su hermano , y atravesara á Telémaco con el dardo que llevaba , si no temiera atravesar tambien á Hippias que estaba debajo. Fácil le hubiera sido al hijo de Ulises quitar la vida á su enemigo ; pero ya se habia templado su enojo , y no pensaba mas que en reparar su falta , mostrando la mayor moderacion en la victoria : y así se levantó diciéndole : Bástame , ó Hippias , haberte enseñado á no despreciar jamas mis pocos años. Vive , pues : yo admiro tu fuerza y tu valor : los dioses me han protegido : cede á su poder ; y no pensemos en lo sucesivo mas que en pelear juntos contra los Danienses.

Mientras Telémaco le decia esto , se levanta Hippias cubierto de polvo y sangre , y lleno de vergüenza y de rabia. Falanto , sin atreverse á quitar la vida á quien tan generosamente acababa de dársela á su hermano , estaba suspenso y fuera de sí. Acuden todos los reyes confederados , y se llevan por una parte á Telémaco , y por otra á Falanto é Hippias , que depuesta su fiera no osaba alzar los ojos del suelo. Apenas comprendia el ejército como Telémaco en una tan corta edad hubiese podido aterrar á Hippias , semejante en fuerzas y estatura á aquellos gigantes , nacidos de la tierra , que en otro

tiempo intentáron echar del Olimpo á los inmortales.

Mas el hijo de Ulises estaba bien distante de celebrar su triunfo. Mientras los demas no podian ménos de admirarle , él , avergonzado , se retiró á su tienda , y no pudiendo soportarse á sí mismo , se lamentaba , porque conocia cuan injusto é irracional era en sus arrebatos ; y hallaba un no sé que de vano , débil y bajo en aquella su estremada altivez. Conocia que no consiste la verdadera grandeza sino en la moderacion , la justicia , la modestia y la humanidad : bien lo conocia ; pero despues de tantas recaidas le faltaba hasta la esperanza de corregirse ; y en esta batalla interior se consumia é irritaba tanto , que se le oia rugir como un leon furioso.

Dos dias se tuvo , por castigo , encerrado en su tienda , sin atreverse á presentarse en ninguna parte. ¡ Ay de mí ! decia : ¿ cómo me atreveré á ponerme delante de Mentor ? ¿ soy yo el hijo de aquel Ulises , del mas sabio y sufrido de los hombres ? ¿ hé venido yo á traer la division y el desórden al ejército ? ¿ es acaso la sangre de sus gefes la que yo he venido á derramar , ó la de los Danienses sus enemigos ? ¿ A qué extremo ha llegado mi temeridad ! Yo no supe lanzar mi dardo : yo me arrojé con fuerzas desiguales á combatir con Hippias , no debiendo esperar mas que la muerte con vergüenza de ser vencido. ¡ Mas ya no hay remedio ! Yo refrenaré mis altiveces : no seré mas aquel temerario Telémaco , aquel insensato jóven , á quien no aprovechan consejos : no ; la vergüenza de mis defectos me durará tanto como la vida. ¡ Mas ay ! ¡ feliz yo si á lo ménos pudiera prometerme no volver á hacer lo que tan arrepentido estoy de haber hecho ! ¡ sí , feliz mil veces ! ¡ pero acaso ántes que el dia se pase , incurriré , ó querré incurrir en los

mismos defectos que ahora me avergüenzan tanto, y que tanto horror les tengo! ¡Funesta victoria! ¡injustas alabanzas! que me son insufribles, porque á los ojos de la razon se convierten en crueles reprensiones de mi necesidad.

Estando, pues, solo é inconsolable, fuéron á verle Nestor y Filoctetes, aquel con ánimo de decirle lo mal que habia procedido; mas conociendo al instante el sabio anciano la desolacion en que Telémaco se hallaba, trocó las graves amonestaciones en amorosas palabras que pudiesen templar su despecho.

Detenidos por esta causa los príncipes aliados, no se atrevian á marchar al enemigo sin reconciliar á Telémaco con los dos hermanos. A cada instante temian que las tropas de Tarento atacasen á los cien jóvenes Cretenses que mandaba Telémaco: todo estaba en desórden por su culpa: los males que ya se padecian, y los peligros que amenazaban eran fruto de su imprudencia; y como él lo conocia, se abandonaba al mas amargo dolor. Todos los cabos se hallaban en el mayor embarazo, sin atreverse á ordenar la marcha, porque en ella no se batiesen los Cretenses y Tarentinos, que no costaba poco retener en su cuartel á pesar de la vigilancia de los centinelas que les guardaban. Nestor y Filoctetes iban y venian sin cesar de la tienda de Telémaco á la del implacable Falanto, que solo respiraba venganza sin que la dulce elocuencia del uno, ni la autoridad del otro fuesen parte á templar aquel feroz corazon, continuamente irritado por los apasionados discursos de su hermano Hippias. Mucho mas flexible estaba Telémaco; pero inconsolable y sumergido en el mas profundo sentimiento.

Consternado estaba el ejército viendo la agitacion de

sus gefes: parecian los reales una casa desolada por la reciente pérdida del padre de familias, apoyo de los parientes, y dulce esperanza de sus tiernos hijos.

En medio de este desórden se oye repentinamente un ruido estrepitoso de carros y de armas, de relinchos de caballos, y gritos de hombres, unos vencedores y encarnizados en la matanza, otros fugitivos, moribundos ó heridos: cubre el cielo y oculta los reales una nube de polvo, y no tarda en juntársela otra de denso humo que embaraza el aire y la respiracion. Oyese un sordo ruido semejante al de los torbellinos que de sus entrañas vomita el Etna, cuando Vulcano y los cíclopes forjan en él los rayos al padre de los dioses: y sobrecógense todos de terror.

El vigilante é infatigable Adrasto supo sorprender á los aliados, ocultándoles su marcha al paso que él sabia la suya. En las dos noches anteriores habia con increíble diligencia rodeado una montaña casi inaccesible, y la mayor parte de cuyos pasos tenian tomados los aliados; y en ellos tanta confianza, que no solo se creían seguros, sino en disposicion de dejarse caer por ellos sobre el enemigo, luego que se les juntasen ciertas tropas que esperaban. Mas Adrasto, que prodigaba el oro por saber los secretos de los aliados, no ignoraba su resolucion; porque aunque Nestor y Filoctetes fuesen por otra parte tan sabios y experimentados capitanes, no guardaban toda la reserva ni sigilo que sus empresas necesitaban. Nestor en aquel declive de su edad se complacia en referir lo que podia atraerle alguna alabanza. Filoctetes naturalmente hablaba ménos; pero era pronto, y con poco que se excitase su vivacidad, se le hacia decir lo que habia resuelto callar; y en esta flaqueza hallaron los pérfidos la llave con que

registrar y sacar de su pecho los mas importantes secretos : bastaba irritarle un poco , para que iracundo y fuera de sí prorumpiese en amenazas , jactándose de tener medios seguros de conseguir lo que queria ; y á la mas mínima duda que se indicase sobre la seguridad de los medios , no se detenía en esplicarlos inconsideradamente : semejante á un vaso precioso , pero que hendido no puede retener los mas deliciosos licores.

Los traidores , corrompidos con el oro de Adrasto , se burlaban de la flaqueza de ámbos. Lisonjaban continuamente á Nestor con vanas alabanzas , recordándole sus victorias pasadas , admirando su prevision , sin cansarse jamas de aplaudirle ; y á Filoctetes , como que conocian su carácter impaciente y fogoso , solo le hablaban de dificultades , de contratiempos , de peligros , de inconvenientes y de defectos ya irreparables ; y tan luego como conseguian inflamarle , que se necesitaba bien poco , al instante le abandonaba la prudencia , é ya no parecia el mismo hombre.

No así Telémaco , sin embargo de sus defectos. Enseñado por sus infortunios , y por la necesidad en que se habia visto desde su infancia de vivir con reserva , respecto de los amantes de Penelope , sabia guardar un secreto sin necesidad de valerse para nada de la mentira , ni aun de aquel aire reservado y misterioso que regularmente tienen los que callan : al contrario de los que cuando tienen que reservar algo , andan inquietos , y como oprimidos del peso del secreto , le era natural á Telémaco presentarse igualmente libre , abierto , ingenuo , como quien tiene el corazon en los labios ; pero luego que decia lo que no podia tener trascendencia , sabia contenerse precisamente y sin afectacion para no dar el mas mínimo indicio , ni aun de que sabia el se-

creto de que estaba encargado ; por eso era su corazon tan inaccesible é impenetrable. Ni sus mayores amigos sabian mas que lo que creia útil decirles para oír sus dictámenes y sabios consejos : solo con Mentor era con quien no tenia ninguna reserva. Y si bien se fiaba de otros amigos , era con discernimiento , y á proporcion de la amistad y prudencia que en ellos experimentaba.

Notó muchas veces que las resoluciones del consejo se difundian por el ejército mas de lo que fuera justo. Advirtióselo á Nestor y á Filoctetes ; pero no estimaron como debian tan saludables avisos. Es la vejez inflexible : tiénela como encadenada la larga costumbre ; y contra sus defectos no hay arbitrio. Semejantes á los árboles , cuyo tronco nudoso y rudo se ha endurecido con los años , é ya no es posible enderezarlos , así los hombres á cierta edad les es como imposible enmendar ciertos defectos que han envejecido con ellos. Llegan muchas veces á conocerlos ; pero es ya tarde , y se lamentan en vano. Solo la juventud es la edad en que el hombre todo lo puede sobre sí para corregirse.

Habia en el ejército un Dolope (1) , llamado Eurimaco , astuto lisonjero , que sabia insinuarse , acomodarse al gusto y á las inclinaciones de los príncipes , é inventar medios de agradarlos. Al oírle , nada habia difícil ; y si se le pedia dictámen , al instante encontraba con el mas agradable , era divertido , satírico contra los débiles , complaciente con los que temia ; y componia un elogio con tal delicadeza que fuese bien recibido del hombre mas modesto. Era grave con los graves , y fes-

(1) Eran los Dolopes unos pueblos de Thesalia que su rey Pelea envió al asedio de Troya bajo el mando de Fénix.

tivo con los festivos, sin que le costase el menor trabajo acomodarse á todos los genios. Al contrario que los hombres sinceros y virtuosos, que siempre los mismos, y dirigidos siempre por las reglas de la virtud, no es posible que sean tan agradables á los príncipes como los que lisonjean sus pasiones dominantes. Sabia Eurimaco el arte de la guerra, y era apto para los negocios: habíase agregado á Nestor en clase de aventurero, supo ganarle la confianza, y por este medio le arrancaba de lo íntimo de su corazón, un poco vano y sensible á los elogios, todo lo que quería saber.

Y si bien Filoctetes no le comunicaba sus designios, la cólera y la impaciencia causaban en él los mismos efectos que la confianza en Nestor. Con que Eurimaco provocase su impaciencia irritándole y contradiciéndole, todo lo descubria. Este aventurero habia recibido grandes sumas de Adrasto, porque le comunicase los designios de los aliados, á cuyo fin tenia cierto número de trasfugas en el ejército para que sucesivamente se los fuese enviando con las noticias que pudieran convenirle; sin que fuese fácil descubrir el engaño, aun cuando les sorprendiesen, porque nunca llevaban cartas, ni otra cosa que pudiese hacer sospechoso á Eurimaco.

Por este medio prevenia Adrasto todos los designios de los aliados, porque apenas resolvían algo, cuando tomaba puntualmente las medidas mas á propósito para impedir el efecto. No se causaba Telémaco de investigar la causa; y aunque procuró excitar la desconfianza de Nestor y de Filoctetes, fué en vano: estaban ciegos.

Habíase resuelto en el consejo que saliesen de noche cien navíos para transportar mas prontamente al campo las numerosas tropas que esperaban, y debían arribar á una costa muy incómoda. Entretanto se creían los alia-

dos estar seguros, porque tenían tomados los desfiladeros de la montaña inmediata, que era una cordillera del Apenino, poco ménos que inaccesible. Estaba acampado el ejército á las márgenes del Galeo (1), inmediato al mar, cuya playa es deliciosísima y abundante en pastos y en los demas frutos necesarios para la manutencion de un ejército. Teníase por cierto que por estar Adrasto del otro lado de la montaña, le era imposible el paso: mas luego que supo las pocas tropas que tenían los confederados, que estaba para llegarles un gran refuerzo, que los navíos habian ido á esperarle para conducirle, y que el ejército estaba dividido por la desavenencia de Telémaco con Falanto; dió con la mayor presteza un gran rodeo, caminando con diligencia de día y de noche por la ribera del mar, abriéndose camino por donde se creía imposible. Así la animosidad y el trabajo obstinado superan los mayores obstáculos; así no hay casi nada imposible á los que se determinan con prudencia y sufren con valor; y así por el contrario los que descuidan, teniendo lo difícil por imposible, dan lugar, y aun merecen, que se les sorprenda y oprima.

Al amanecer sorprendió Adrasto los cien navíos que la sobrada confianza tenían mal guardados: los tomó sin resistencia, y se sirvió de ellos para transportar sus tropas con increíble celeridad á la embocadura del Galeo, por el cual subió despues costearlo con no ménos diligencia. Los que guardaban los puestos avanzados al rededor del campo cerca del rio, creyeron que aque-

(1) El Galeo es un rio del reino de Nápoles que nace cerca de Oria en la tierra de Otranto, y que despues de haber corrido hácia el poniente, entra en el golfo de Tarento.

llas naves les traían las tropas que esperaban , y empezaron á dar gritos de alegría. Desembarca Adrasto con las suyas ántes que las enemigas pudiesen conocerlas : cae sobre ellas , que en nada ménos pensaban ; y las hallan en un campo abierto , sin órden , sin gefe y sin armas.

El lado por donde acometió desde luego fué por el cuartel de los Tarentinos : entraron en él los Danienses con tal ímpetu , que sorprendidos aquellos jóvenes Lacedemonios , no hicieron resistencia alguna. Mientras los unos embarazaban á los otros buscando las armas , hizo Adrasto poner fuego al campo : inmediatamente se levantó tan alta la llama de los pabellones , que llegaba á mezclarse con las nubes : es el ruido que causa el fuego semejante al de un torrente que inunda una campiña ; y con la rapidez de su curso arranca de raiz las mas robustas encinas , las mieses , los graneros , los establos y los ganados. Llevaba el viento impetuosamente la llama de uno en otro pabellon , y bien pronto pareció todo el campo un bosque seco abrasado por una pequeña chispa.

Vé Falanto el peligro mas de cerca que ningun otro , y no halla remedio : conoce que si prontamente no se abandona el campo , están espuestas á perecer en el fuego las tropas ; pero tambien conoce cuan de temer es el desórden de una retirada á la vista de un enemigo victorioso. Resuelve en fin que salgan sus Lacedemonios aun medio desarmados ; pero Adrasto no les deja respirar : acomételes por un flanco una compañía de diestros arqueros que les inundaban con sus flechas , y por otro les cargaban tanto los honderos , que hacian caer sobre ellos una como granizada de piedras. El mismo Adrasto marcha con espada en mano al frente

de una tropa escogida , y persigue á la luz del fuego á los fugitivos Tarentinos , matando con su acero los que perdonó la voracidad del fuego : nada en sangre , y no hay estrago que le sacie , ni furor que se iguale al suyo : no es tan grande él de los leones y los tigres cuando puestos en medio de un rebaño despedazan pastores y ganado. Sucumben las tropas de Falanto , faltas ya de valor para resistir. La pálida muerte , conducida por aquella furia infernal , que tiene crinada de serpientes la cabeza , les yela la sangre en las venas , entorpece los miembros , y vacilantes las rodillas , les quita hasta la esperanza de la fuga.

Aun se sostenia Falanto por aquella especie de valor que suele prestar la vergüenza y la desesperacion : levanta ojos y manos al cielo : vé que cae á sus pies su hermano bajo los golpes de la fulminante espada de Adrasto. Revuélcase Hippias por el suelo : sátele del costado un rio de negra sangre : cierra los ojos en semipiterna noche , y vuela su alma furibunda , dejando sin espíritu el cuerpo. El mismo Falanto , cubierto de la sangre de su hermano , sin poderle socorrer , se vé rodeado de una multitud de enemigos vivamente empeñados en rendirle : tenia por mil partes atravesado el escudo , y cubierto de heridas el cuerpo , sin serle ya posible rehacer sus tropas : y los dioses lo estaban viendo , sin mostrarse por nadie compasivos.

LIBRO DIEZ Y SIETE.

SUMARIO.

Revestido Telémaco de sus armas divinas corre al socorro de Falanto : derriba á Ificles , hijo de Adrasto : rechaza al enemigo victorioso , y habria alcanzado mas completa victoria , si una tempestad no hubiese puesto fin á la batalla . Manda recoger los heridos , cuida de ellos , y particularmente de Falanto . Hace honrosas exéquias á su hermano Hippias , y le presenta sus cenizas en una urna de oro .

MIRABA Júpiter , rodeado de todos los dioses celestes , desde el alto Olimpo , el estrago de los aliados , y al mismo tiempo , consultando los inmutables destinos , veía los hilos de que pendian las vidas de los gefes que en aquel dia habia de cortar la tijera de la parca . Cada uno de los dioses estaba atento á descubrir en el semblante de Júpiter su voluntad . Mas el padre de los dioses y de los hombres les dijo en voz dulce y magestuosa : Ya veis el extremo á que están reducidos los aliados ; veis tambien como destruye Adrasto á sus enemigos ; mas sin embargo son muy engañosas esas apariencias , porque la gloria y la prosperidad de los malvados es siempre corta . Adrasto , impío y odioso por su mala fé , no alcanzará una completa victoria . Y si los aliados experimentan este contratiempo , solo es para enseñarles á corregirse , teniendo mas cuenta con el secreto en sus empresas . Aquí prepara la sabia Minerva una nueva

gloria á su jóven Telémaco , en quien cifra sus delicias . Dejó de hablar , y volviéron los dioses á mirar el combate .

Advirtiöseles á Nestor y Filoctetes que parte del campo estaba ya abrasado : que el fuego impelido por el viento se aumentaba : que sus tropas estaban desordenadas , y que Falanto no podia ya resistir á los esfuerzos de los enemigos . Apénas oyen tan funesta noticia , corren á las armas , juntan los capitanes , y mandan que todos salgan de los alojamientos para librarse del incendio .

Telémaco , que se hallaba abatido é inconsolable , olvida su pesar , y toma las armas , don precioso que la sabia Minerva , disfrazada de Mentor , le hizo , fingiendo haberlas recibido de un famoso armero de Salento ; pero que en realidad se las habia hecho Vulcano en las humeantes cavernas del Etna .

Eran estas armas tersas como un espejo , y brillantes como los rayos del sol . Veíanse en ellas á Neptuno y Palas disputarse la gloria de dar su nombre á una nueva ciudad . Hiriendo Neptuno la tierra con el poderoso tridente se veía alanzar de sus entrañas un ardoroso caballo , que arrojando fuego por los ojos , y despidiendo espuma por la boca , ondeaba sus crines á discrecion de los vientos , miéntras que vigoroso y ligero doblaba y redoblaba en un momento los flexibles y nerviosos brazos . No caminaba con lentitud , sino que librando el cuerpo sobre las robustas ancas , saltaba tan veloz , que pisaba en el polvo sin hollarle : en fin parecia que se oían sus relinchos .

Al otro lado estaba Minerva dando á los habitantes de su nueva ciudad la aceituna , fruto del árbol que habia plantado : el ramo de que pendia el fruto repre-

sentaba la dulce paz y la abundancia, preferibles á las inquietudes de la guerra, significada en aquel caballo; y que por lo mismo decidian la victoria en favor de la diosa, y que la soberbia Atenas tomase su nombre.

Veíase también juntar al rededor de sí las bellas artes, representadas en tiernos y alados niños, que asustados de los brutales furios de Marte, que todo lo aniquila, se refugiaban á ella como los inocentes corderillos se refugian al rededor de sus madres á vista de un lobo hambriento, que con fauces voraces é inflamadas se abalanza á ellos para devorarlos. Notábase que á otro lado estaba con semblante desdeñoso é irritado, confundiendo con la excelencia de sus obras la loca temeridad de Aracnéa (1), que se atrevió á desafiarla á bordar una tapicería; y á esta infeliz se la veía irse estenuando y desfigurándose hasta transformarse en araña.

En otro lugar volvía á ofrecerse Minerva sirviendo de consejera al mismo Júpiter en la guerra con los gigantes, y sosteniendo con su sabiduría á todos los dioses admirados. También estaba representada con lanza y egida á las margenes del Xanto (2) y del Simois (3), conduciendo por la mano á Ulises, reanimando las tropas fugitivas de los Griegos, resistiendo los esfuerzos de los mas valientes capitanes troyanos, hasta el formida-

(1) Aracnéa, hija de Idomon, de la tierra de Lidia, fué trasformada en araña por Minerva, por haberse creído mas hábil en recamar tapices que aquella diosa, á quien se atribuye la invencion de esa arte.

(2) El Xanto ú Escamandro es un rio del antiguo reino de Troya que se cae en el mar Egeo.

(3) El Simois, otro rio del mismo país, se junta con el Escamandro, y se entra con él en el mar Egeo.

ble Hector: introduciendo en fin á Ulises en aquella máquina fatal que en una sola noche habia de destruir el imperio de Priamo.

Al otro lado del escudo estaba representada Ceres en las fértiles campiñas de Etna en el centro de la Sicilia. Veíase reunirse los pueblos, que dispersos buscaban su sustento en la caza ó en la fruta silvestre que se caía de los árboles; y enseñar á estos hombres groseros el arte de cultivar la tierra, y sacar de su fecundo seno los alimentos necesarios. Presentábase un arado, hacia que le unciesen los bueyes, y se veía abrirse en surcos la tierra: despues se notaban las doradas espigas que cubrian aquellas fértiles campiñas, y al labrador segándolas, y recogiendo en ellas la justa recompensa de sus fatigas. El hierro destinado en otras partes á destruirlo todo, solo se empleaba allí en preparar la abundancia, y producir mil placeres.

Las ninfas coronadas de flores danzaban juntas en una pradería á la orilla de un rio, inmediato á un pequeño bosque. Tocaba Pan la flauta, y á otro lado retozaban los bulliciosos faunos y los Sátiros. También se le veía á Baco coronado de yedra, apoyado con una mano en su firsó, teniendo en la otra una vid adornada de pámpanos y racimos. Era de una belleza afeminada, y aunque con cierto aire noble, desmayado y lánguido; tal como se apareció á la desgraciada Ariadna (1) cuando la

(1) Ariadna, hija de Minos y de Pasifae, dió á Teseo un hilo para guiarse en el laberinto sin estraviarse, y le siguió despues hasta en la isla de Naxos, donde fué abandonada por aquel ingrato, en poder de las fieras. Allí fué donde la vió Baco y se prendó de su hermosura.

halló en aquella desconocida playa, sola, abandonada y sumergida en el mas profundo dolor.

Vefase en fin por todas partes un numeroso gentío, los ancianos llevando á los templos las primicias de sus frutos, los jóvenes volviendo á sus hogares cansados del trabajo de todo el dia, las esposas saliendo á recibirles y acariciando á los pequeños hijuelos que llevaban de la mano. Vefanse tambien pastores que parecia cantaban, y otros que bailaban al son de la zampoña. Todo representaba la paz, la abundancia y las delicias; todo parecia risueño y feliz. Al mismo tiempo se veían retortar los lobos en medio de los rebaños, y el leon y el tigre, depuesta su ferocidad, pastar con los tiernos corderos bajo la direccion de un pastorcillo, que á todos guiaba con su cayado. Esta delicada pintura traía á la memoria todas las delicias del siglo de oro.

Revestido, pues, Telémaco de estas divinas armas, toma aquella terrible egida, formidable aun á los mismos dioses, la cual de orden de Minerva le dejó Iris en lugar de su escudo ordinario: échase fuera del campo para librarse del incendio: da una fuerte voz llamando á los gefes del ejército atemorizado y sobrecogido; y al oirla se reaniman todos. Un fuego divino centellea en los ojos del jóven guerrero: preséntase afable, libre y tranquilo, y aplicado siempre á dar las órdenes necesarias, como haria un sabio anciano para arreglar su familia é instruir á sus hijos; mas pronto y activo en la ejecucion, á manera de un rio impetuoso, que no solo lleva con rapidez sus espumosas ondas, sino que arrastra en su curso los pesados bajeles que sobre sí tiene.

Filoctetes, Nestor, los gefes de los Mandurienses y de las demas naciones reconocen en el hijo de Ulises cierta superioridad, á la cual era preciso que todo cediese: fal-

tales la esperiencia propia de los ancianos, y á todos los comandantes el consejo y la sabiduría. Hasta la envidia tan natural al hombre huyó por entónces de sus pechos: todos callan, todos admiran á Telémaco, y se disponen todos con docilidad á obedecerle, como si á ello estuviesen acostumbrados. Sube ligeramente á un collado, observa la disposicion del enemigo, y al momento resuelve que prontamente se le sorprenda en el desórden en que se halla quemando los alojamientos. Da Telémaco con presteza un gran rodeo seguido de los mas experimentados capitanes; y ataca á los Danienses por la espalda, á tiempo que ellos le creían á él y á todo el ejército envuelto entre las llamas y el fuego. Sorprendidos con ataque tan no esperado, se desconciertan y caen á sus golpes, como en los últimos dias de otoño caen hojas en un bosque cuando un fiero aquilon, restituyendo el invierno, hace gemir los troncos mas viejos, y furioso sacude sus ramas: del mismo modo derriba, postra, yende y deja Telémaco cubierto el suelo de cadáveres.... Atraviesa con el dardo á Ificles, hijo menor de Adrasto, el cual se atrevió á oponérsele por salvar la vida de su padre, que creyó sorprendido por Telémaco: eran ámbos galanes, esforzados, diestros y animosos, de una misma estatura y afabilidad, de una edad misma, y ámbos queridos de sus padres; mas era Ificles semejante á una hermosa flor que se desarrolla en medio del campo, y que está destinada á ser víctima de la cortante hoz del segador. Derriba despues á Euforion el mas célebre entre los Lidios que pasaron á la Etruria. Atraviesa en fin con la espada á Cleomenes, el cual estaba recien casado y habia ofrecido á su esposa (que no volveria á ver jamas) llevarla ricos despojos de los enemigos.

Temblaba Adrasto de rabia al ver muerto su caro hijo y tantos otros capitanes, y que la victoria se le escapaba de entre las manos. Estaba Falanto casi abatido á sus pies como una víctima á medio degollar que se libra del sagrado cuchillo, y huye despues léjos del altar. Un momento le hubiera bastado á Adrasto para acabar con el Lacedamonio, que inundado en su propia sangre y la de los que á su lado peleaban, oye la voz de Telémaco, el cual vuela en su socorro; y al oirla recobra la vida, y se disipa la negra nube que cubria ya sus ojos. Sienten los Danienses el imprevisto ataque, y abandonan á Falanto para oponerse á otro mas poderoso enemigo. Estaba Adrasto como un tigre, á quien los pastores reunidos quitan la presa que iba á devorar. Búscale Telémaco en la pelea resuelto á acabar de un golpe la guerra, librando á los aliados de tan implacable enemigo; pero no quiso Júpiter concederle una victoria tan pronta y fácil: hasta la misma Minerva queria que tuviera mas que sufrir, para que mejor aprendiese á gobernar. El padre de los dioses guardaba á Adrasto para que Telémaco tuviese tiempo de adquirirse mas gloria y mas virtud; á cuyo fin formó en los aires una nube, á la cual se siguió un tan espantoso trueno para manifestar la voluntad de los dioses, que parecia que las eternas bóvedas del alto Olimpo se desgajaban sobre las cabezas de los débiles mortales: los encendidos relámpagos rasgaban la esfera del uno al otro polo, y en el momento en que con lo penetrante de su luz quitaban la vista de los ojos, volvian á suceder las horrosas tinieblas; y una repentina y abundante lluvia contribuyó á que los ejércitos se separasen.

Aprovechóse Adrasto de este favor de los dioses, pero sin reconocerle; con cuya ingratitud se hizo acree-

dor á mas cruel y ejemplar venganza. Apresuróse á pasar con sus tropas por entre el campo á medio quemar y un pantano que se estendia hasta el rio: y lo consiguió con tanto tino y celeridad, que mostró bien cuantos recursos y presencia de ánimo tenia. Animados por Telémaco los aliados, querian perseguirle; pero al favor de la tempestad se les escapó, como con rápido vuelo huye el pájaro del lazo que el cazador le tenia armado.

Vuélvense al campo con ánimo de repararle. Entran y ven lo mas horrible que produce la guerra: los enfermos y heridos, á quienes saltó fuerza para echarse fuera de las tiendas, no pudieron librarse del fuego: algunos á medio quemar dirigian al cielo en voz lastimera y moribunda los mas dolorosos gritos. Enternecióse tanto Telémaco, que no pudo contener las lágrimas, y tenia muchas veces que apartar la vista de aquellos míseros objetos de horror y de compasion. No podia sin erizarse mirar aquellos cuerpos, aun vivos, destinados á una prolija y dolorosa muerte: semejantes ya á la carne de las víctimas, quemada sobre los altares, cuyo olor por todas partes se difunde.

¡Ay de mí! exclamó Telémaco: ¡qué males tan temibles trae consigo la guerra! ¡de qué frenético furor se dejan arrebatat los hombres! si son tan breves y miserables los dias de la vida, ¡á qué apresurar una muerte de suyo tan cercana! ¡á qué añadir tan horrosas calamidades á las miserias de que está sembrada tan corta vida! ¡es possible que siendo todos los hombres hermanos se despedacen unos á otros! ménos crueles son las fieras. Los leones no hacen guerra á los leones, ni los tigres á los tigres, ni acometen mas que á los animales de otra especie: solo el hombre, á pesar de su

razon , hace lo que los irracionales no hicieron jamas. Ademas de que , ¿cuál es el motivo de estas guerras ? ¿no tiene el universo mas tierra que la que pueden cultivar los hombres todos? ¿cuántas no hay desiertas é incultas ! No basta el género humano á ocuparlas. ¿Solo una falsa gloria , un vano título de conquistador es el que enciende la guerra en tan inmensos paisés ! Así es como un solo hombre enviado al mundo por la ira de los dioses , sacrifica brutalmente tantos otros á su vanidad. Perezca todo , corran ríos de sangre , devórelo todo el fuego , y que lo que se libra del hierro y de las llamas perezca á los rigores del hambre aun mas cruel , con tal que un solo hombre , que se burla de la naturaleza humana , encuentre en esta destruccion general su placer y su gloria. ¿Qué gloria tan monstruosa ! ¿podrán ser nunca tan aborrecidos como merecen los que así se olvidan de la humanidad ! No es posible. Léjos de ser semidioses , no son ni aun hombres , y en lugar de ser admirados de la posteridad , merecen ser exécrados miéntras subsistan hombres sobre la tierra. ¿O cuán circunspectos deben ser los reyes en emprender una guerra ! Aun no basta que sea justa , debe ser necesaria al bien público : porque la sangre de un pueblo no debe derramarse sino para salvar al mismo pueblo de las mas estremas necesidades. Pero por desgracia los consejos lisonjeros que se dan á los príncipes , las falsas ideas de gloria , sus vanos recelos , la injusta avaricia disfrazada con bellos pretestos , y en fin , los empeños que insensiblemente contraen , son por lo comun las causas que les determinan á emprenderlas : de ellas les provienen mil males , en ellas lo arriesgan todo , y por ellas causan tantos daños á sus vasallos como á sus enemigos. Así discurría Telémaco.

Mas no se limitaba á tener una compasion esteril de los males , sino que procuraba aliviarlos. Véfasele andar de tienda en tienda á socorrer por sí mismo los enfermos y moribundos : proveíalos de dinero no ménos que de remedios : animábales y les consolaba con amorosas palabras , y enviaba quien visitase á los que él no podia.

Entre los Cretenses que le seguian habia dos ancianos llamados el uno Tromafilo , y el otro Nosofugo.

Aquel fué con Idomeneo al sitio de Troya , y aprendió de los hijos de Esculapio el arte divino de curar las llagas. En las mas profundas y enconadas derramaba un licor odorífero que consumia las carnes muertas y corrompidas , sin necesidad de cortarlas , y regeneraba otras nuevas mas sanas y bellas que las primeras.

Nosofugo , aunque no conoció á los hijos de Esculapio , habia adquirido , por medio de Merion (1) , un libro sagrado y misterioso que Esculapio habia dado á sus hijos. Era ademas amigo de los dioses : habia compuesto varios himnos en honor de los hijos de Latona (2) : ofrecia diariamente un cordero blanco y sin tacha á Apolo , que frecuentemente le inspiraba. Apénas veía un enfermo , cuando en los ojos , en el color , en su estatura , y en la respiracion conocia la causa de su dolencia. Unas veces se valia de los sudoríficos , manifestando por los sucesos lo que la transpiracion suprimida ó facilitada contribuye á desconcertar ó restablecer toda la

(1) Merion era el conductor del carro de Idomeneo , y el gefe de la armada que trajo al asedio de Troya. Era un capitán muy valiente y muy experimentado.

(2) Latona era hija de Ceo : tuvo de Júpiter á Apolo y Diana en la isla de Asteria.

máquina : otras administraba en los casos de laxitud ciertas bebidas que poco á poco fortificasen las partes nobles , y dulcificando la sangre rejuveneciese los hombres. Pero aseguraba que la falta de virtud y de valor era la causa de que necesitase acudir tantas veces á la medicina. Es una vergüenza , decía , que los hombres padezcan tantas enfermedades , cuando de las buenas costumbres nace la salud. La destemplanza vuelve en mortal veneno los alimentos destinados á conservar la vida ; y los inmoderados placeres la acortan mas que pueden alargarla todos los medicamentos. No son tan frecuentes las enfermedades en los pobres que carecen de alimentos , como en los ricos que toman demasiados. Los manjares que excitan demasiado el apetito , y que son causa de que se coma mas de lo necesario , en vez de alimentar , matan. Los mismos remedios son verdaderos males que estenuan la naturaleza , y de los cuales debemos servirnos solo en necesidades urgentes. El gran remedio , siempre inocente , y siempre útil , es la sobriedad , la temperancia en los placeres , la tranquilidad de espíritu , y el ejercicio del cuerpo , por cuyos medios se consigue tener una sangre dulce y templada , y que se disipen los humores superfluos. De modo que el sabio Nosofugo era ménos admirable por sus remedios que por el régimen que establecía para evitar las enfermedades , y no necesitar de medicamentos.

A estos dos comisionó Telémaco para que visitasen á todos los enfermos ; y si bien curáron muchos con sus remedios , aun sanáron muchos mas por la oportunidad con que cuidáron que se les administrasen , esmerándose en tenerlos limpios , para impedir con el aseo la corrupcion del aire , y prescribiéndoles un exácto régimen de sobriedad en la convalecencia. Agradecidos

los soldados , daban gracias á los dioses de que hubiesen enviado á Telémaco al ejército.

Este no es un hombre , decían , sino en figura humana alguna divinidad benéfica ; y si acaso es hombre , ménos se parece á todos los demas , que á los dioses : él no vive sino para hacer bien ; y es aun mas amable por su dulzura y afabilidad que por su valor. ; Quién pudiera tenerle por rey ! Pero los dioses le tienen reservado para algun pueblo mas feliz y que mas aman , y en el cual quieren renovar el siglo de oro. Oía Telémaco estas alabanzas cuando iba de noche á visitar los cuarteles para prevenir las astucias de Adrasto : alabanzas que no eran sospechosas de lisonja , como suelen serlo las que los aduladores dan en su cara á los príncipes , suponiéndoles faltos de modestia y delicadeza , y que para alcanzar su favor no hay mas que alabarles desmesuradamente. Al hijo de Ulises no podia agrandar mas que la verdad , y le fueran insufribles otras alabanzas que las que le diesen en su ausencia , y que verdaderamente mereciese. No era su corazon insensible á estos elogios , ántes por el contrario sentía aquella pura y dulce complacencia que los dioses han hecho inherente á la virtud , que por no haberla gustado nunca los malos , ni la pueden concebir ni creer. Mas no por eso se abandonaba á este placer : al punto se le ponian delante todos sus defectos , sin olvidar su orgullo natural , ni su indiferencia para con los demas : avergonzabase interiormente de ser en realidad tan insensible y parecer tan humano , y refería á la sabia Minerva toda la gloria que á él se le daba , y no creía merecer.

Vos sois , decía , ó gran diosa , la que me habeis dado á Mentor para que me instruya y corrija mis malas inclinaciones ; de vos recibo la prudencia con que me

aprovecho de mis propias faltas para desconfiar de mí mismo; vos conteneis el ímpetu de mis pasiones; á vos debo el consuelo que siento en aliviar los necesitados. Sin vos yo fuera aborrecido, y digno de serlo; cometiera yerros irreparables, y fuera como un niño, que no conociendo su debilidad, deja á su madre y cae al primer paso.

Admirados estaban Nestor y Filoctetes de ver á Telémaco vuelto tan afable y atento, tan oficioso y caritativo, y tan ingenioso en prevenir los riesgos; y no sabian á que atribuirlo, pareciéndoles absolutamente otro hombre. Pero lo que mas les admiró fué el cuidado que tuvo de los funerales de Hippias: él fué por sí mismo á sacar de debajo de un monton de cadáveres su cuerpo sangriento y desfigurado, derramó sobre él piadosas lágrimas, y exclamó: ¡O alma grande! ahora sabrás cuanto estimé tu valor. Es verdad que me irritó tu fiereza, pero tus defectos nacia de los arrebatos de la juventud. Yo sé muy bien cuanta indulgencia necesita esta edad. En lo sucesivo hubiéramos vivido sinceramente unidos. Confieso que procedí con ligereza; ¿mas porqué, justos dioses, me le quitasteis ántes de que le hubiese obligado á que me amará?

Hizo Telémaco lavar el cuerpo con diferentes aguas olorosas, y ordenó que se preparase una pira. A la porfía de las cortantes hachas caian los altos pinos, y bajaban rodando de la cima de los montes. Las encinas, antiguas producciones de la tierra, que parecia amenazaban al cielo, los altos álamos, los olmos con sus verdes y pobladas copas, las hayas, que son el honor de las selvas, todo vino á caer á las márgenes del Galeso, para erigir en ellas una pira, que en sus proporciones parecia un edificio. Empieza á cebarse el

fuego, y un torbellino de humo sube hasta el cielo.

Avanzan los Lacedemonios á paso lento y lúgubre, bajas las picas y los ojos, derramando un torrente de lágrimas, llevando pintado el mas amargo dolor en aquellos fieros semblantes. Segñales el anciano Ferecides, ménos abatido de los muchos años que del sentimiento de sobrevivir á Hippias, á quien habia educado desde la infancia. Alzaba al cielo las manos y los ojos anegados en lágrimas. Desde su muerte rehusaba todo alimento; el dulce sueño no habia podido dar descanso á sus llorosos ojos, ni mitigar un instante su acerbo dolor: iba pues detras de todos sin saber adonde, y sin proferir la mas mínima palabra; tan oprimido estaba su corazon, y tal era la desesperacion y abatimiento de que provenia aquel silencio. Pero al ver encendida la pira de tal modo se conmueve, que frenético y desesperado esclama: ¡O Hippias, Hippias! ¡ya no te volveré á ver! ¡mas como es que yo vivo habiendo tú muerto, mi querido Hippias! Yo, yo soy el cruel, yo soy el inhumano que te enseñó á despreciar la muerte. Yo esperaba que tus manos cerrarian mis ojos, y que tú recogerias mi último aliento. Pero los dioses crueles prolongan mi vida para que vea tu muerte. ¡Hijo mio, cuantos cuidados me has costado! ¡ya no te volveré á ver! ¡pero sí veré á tu madre muerta de tristeza, que me culpará de tu desgracia! ¡veré tambien á tu jóven esposa maltratarse el pecho y mesar el cabello, é yo desdichado! yo seré de ello la causa. Llamadme, pues, queridos manes, llamadme á las riberas de la Estigia, pues ya me es odiosa la luz; y tu vista, mi querido Hippias, solo tu vista es el único objeto de mis deseos: y si aun vivo, es por dar á tus cenizas los últimos honores.

Vefase el cadáver tendido en el féretro en que le lle-

vaban, vestido de púrpura, esmaltado de oro y plata. La muerte que estinguió la lumbre de sus ojos, no pudo borrar del todo su belleza: aun se veían en su pálido semblante como en bosquejo las gracias. Ondeábase al rededor del blanco cuello su largo y negro cabello, mas hermoso que él de Atis (1) ó Ganimedes, el cual iba en breve á ser reducido á pavesas; y en el costado se le veía la ancha puerta, por donde se le huyó el alma para descender al oscuro reino de Pluton.

Telémaco triste y abatido seguía de cerca al cadáver, y le iba cubriendo de flores; pero cuando llegaron á la pira, no pudo ver sin nuevas lágrimas apoderarse las llamas de las telas en que el cadáver iba envuelto. ¡A dios, le dijo, Hippias magnánimo, pues no me atrevo á llamarte, amigo! ¡aplácate, ó espíritu generoso, que tanta gloria has merecido! Si yo no te amaré, envidiaría tu dicha. Ya estás libre de las miserias que á nosotros por todas partes nos cercan; ya saliste de ellas, y por el camino mas glorioso. ¡Ay de mí! ¡cuán feliz fuera yo si tuviera igual fin! Aguas de la Estigia, no detengais su grande alma: entre triunfante en los campos eliseos. Conserve tu nombre la fama por la duracion de los siglos, y descansen en paz tus cenizas.

Apénas hizo esta deprecacion mezclada de sollozos, cuando todo el ejército dió un grito: todos se enternecian por Hippias, refiriendo sus grandes acciones: el

(1) Atis era un mozo de Frigia muy querido de Cibela, y que presidia á los sacrificios de esa diosa con condicion de que guardaria su castidad; pero habiendo quebrantado su voto, se enfureció contra sí mismo y se hizo eunuco. Cibela le transformó en pino.

sentimiento de su pérdida recordaba sus buenas cualidades, y ponía en olvido los defectos en que le había hecho incurrir la fogosa juventud, y una mala educacion. Pero aun les llamaban mas la atencion las afectuosas demostraciones de Telémaco. ¡Es este por ventura, decian, aquel jóven tan feroz y altivo, tan desdenoso é intratable! Vedle aquí ya afable, humano y compasivo. Sin duda Minerva, que tanto ama á su padre, le ama tambien á él, y le ha infundido el don mas precioso que pueden dar los dioses á los hombres, dándole con la sabiduría un corazon sensible á la amistad.

Ya habia el fuego consumido el cuerpo, y despues de rociar Telémaco por sí mismo las cenizas con aguas olorosas, las colocó en una urna de oro coronada de flores, y se la llevó á Falanto, que tendido en el lecho y atravesado de una multitud de heridas, se hallaba en la mas extrema debilidad, cercano á las sombrías puertas de los infiernos.

Ya Tromafilo y Nesofugo, enviados por el hijo de Ulises, le habian suministrado todos los socorros del arte, y con ellos iban trayendo aquella alma pronta á desamparar el cuerpo, que insensiblemente iba recobrando nuevos espíritus: un nuevo vigor, un bálsamo vital discurría lentamente de vena en vena hasta lo íntimo del corazon, y un calor agradable le iba sacando de las hecadas manos de la muerte. Mas en este momento cesó el desmayo, y sucedió la afliccion; empezó, pues, á llorar por su hermano, cuya pérdida no se habia hallado hasta entónces en estado de sentir: ¡ay de mí! decia, ¡por qué se ponen tantos cuidados en que yo viva! ¡no fuera mejor que yo signiese á mi hermano! ¡yo le ví morir á mi lado! ¡ó Hippias, Hippias, alegría de mi

vida, hermano mio, mi caro hermano! ¡ya no existes!
 ¡ya se acabó el tiempo de verte y oírte, y de poder
 abrazarte! ¡ya no tengo á quien contar mis penas, ni
 tendré jamas la satisfaccion de consolarte en las tuyas!
 ¡ó dioses, enemigos de los hombres! ¡ya no hay Hip-
 pias para mí! ¡pero como! ¡no es esto un sueño!
 ¡Mas ay! que no es sino realidad; yo te he perdido
 para siempre; yo mismo te ví morir; forzoso es pues
 que yo viva el tiempo necesario para vengarte; yo in-
 molaré á tus manes al cruel Adrasto, manchado con
 tu sangre.

Miéntas que así se quejaba Falanto, procuraban
 consolarle aquellos dos hombres divinos, temiendo que
 con la pena cobrase fuerzas el mal, y se inutilizarán
 los remedios: cuando de repente se le presenta Telé-
 maco. Al principio le causó su vista dos contrarios afec-
 tos: conservaba cierto resentimiento de lo que habia
 pasado entre Telémaco é Hippias: y la pesadumbre por
 la muerte de este avivaba aquel resentimiento: por otra
 parte no podía ignorar que le debia la conservacion de
 su vida, pues le sacó ensangrentado y casi muerto de
 entre las manos de Adrasto. Pero cuando vió la urna de
 oro en que se contenian las cenizas de su caro hermano,
 derramó un torrente de lágrimas, abrazó inmediata-
 mente á Telémaco, sin poder hablarle, hasta que por
 fin le dijo en voz lánguida é interrumpida con sollozos:

¡Digno hijo de Ulises! vuestra virtud me obliga á
 amaros; deudor os soy de la poca vida que me anima,
 y que tan pronta está á extinguirse; pero aun os debo
 otra cosa que me es todavia mas interesante: el cuerpo
 de mi hermano sin vos hubiera servido de pasto á car-
 niceras aves; sin vos, privado de sepultura, hubiera
 andado su espíritu errante por las riberas de la Estigia,

repulsado siempre por el implacable Caron (1). ¿Es po-
 sible, dioses inmortales, que tan obligado me halle á
 quien tanto he aborrecido? Recompensadle vos, justos
 dioses, recompensádselo; y á mí desposeedme de una
 vida tan infeliz. Y vos, Telémaco, cuidad de darme
 como á mi hermano los últimos honores, para que nada
 falte á vuestra gloria.

Al decir esto le sobrecogió un desmayo, procedido
 del mas acerbo dolor. Telémaco se estuvo al lado sin
 atreverse á hablarle hasta que se recobrase. Con efecto,
 volvió en sí brevemente, y tomando de mano de Te-
 lémaco la urna, la besó muchas veces, la regó con sus
 lágrimas, y esclamó: ¡O caras y preciosas cenizas!
 ¡cuando esta misma urna contendrá tambien las mias!
 Ya te sigo, ó grande alma: á tí me uniré en los infier-
 nos: Telémaco nos vengará á ámbos.

Entretanto iba cediendo de dia en dia el mal de Fa-
 lanto á beneficio de los cuidados que por su salud se
 tomaban aquellos dos dignos discípulos de Esculapio.
 Acompañabales continuamente Telémaco á la cura de
 los enfermos, para estimularles con su presencia á que
 adelantasen en ella lo posible, y todos admiraban aun
 mas la bondad con que socorria á su mayor contrario,
 que el valor y la prudencia con que en la batalla habia
 salvado al ejército entero.

Era al mismo tiempo incansable en las mas penosas
 fatigas de la guerra: dormia poco, y muchas veces le
 interrumpian el sueño ó los avisos que á todas horas le

(1) Caron, hijo de Erebo y de la noche, barquero del in-
 fierno, que pasa las almas en su barca sobre el rio Estigio y
 demas rios del Tártaro.

daban así de día como de noche, ó las rondas de los cuarteles que nunca las hacia á una misma hora para sorprender mas fácilmente á los que no estuviesen con la vigilancia necesaria. Le era muy comun volver á su tienda cubierto de polvo y sudor : sus alimentos eran sencillos, y vivía como un simple soldado, para darles ejemplo de sobriedad y paciencia : empezó á sentir la escasez de víveres en aquel campamento, y juzgó necesario contener la murmuracion de los soldados, sufriendo él voluntariamente las mismas incomodidades que ellos; y léjos de enflaquecerle ni debilitarle una vida tan laboriosa, le hacia mas vigoroso y robusto : es verdad que empezaban á desaparecer aquellas tiernas gracias que son como la flor de la juventud, y que así el color como la delicada tez visiblemente se alteraban; pero tambien sus miembros, ántes afeminados en el ocio, se hacian fuertes, robustos y nerviosos en el trabajo.

FIN DEL LIBRO DIEZ Y SIETE.

LIBRO DIEZ Y OCHO.

SUMARIO.

Persuadido Telémaco por varios sueños á que su padre habia salido de esta vida, concibe y ejecuta el proyecto de irle á buscar á los infernos; y para ello tomó consigo dos Cretenses, que le acompañaron hasta un templo, inmediato á la famosa cueva de Aquerontia. Entra en ella, llega á las márgenes de la Estigia, y le recibe Caron en su barca. Preséntase á Pluton, el cual le permite que busque á su padre. Atraviesa el Tártaro, donde vé los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y particularmente los malos reyes.

CONOCIDA por Adrasto la mucha pérdida de su gente, se retiró detras de la montaña de Aulon (1) para esperar refuerzos, y ocasion de volver á sorprender á sus enemigos, semejante al leon hambriento, que rechazado por el pastor, se retira á las selvas, entra en su cueva, aguza dientes y garras, y espera un momento favorable para caer sobre el ganado, y despedazarle.

Establecida por Telémaco una exácta disciplina en el campo, volvió todo su cuidado á la ejecucion de un

(1) Aulon, hoy Caulo, es una montaña de la Calabria ulterior, hácia el cabo de Estilo, en la cual hay una villa del mismo nombre, en otro tiempo episcopal y sufragánea de Reggio.

daban así de día como de noche, ó las rondas de los cuarteles que nunca las hacia á una misma hora para sorprender mas fácilmente á los que no estuviesen con la vigilancia necesaria. Le era muy comun volver á su tienda cubierto de polvo y sudor : sus alimentos eran sencillos, y vivía como un simple soldado, para darles ejemplo de sobriedad y paciencia : empezó á sentir la escasez de víveres en aquel campamento, y juzgó necesario contener la murmuracion de los soldados, sufriendo él voluntariamente las mismas incomodidades que ellos; y léjos de enflaquecerle ni debilitarle una vida tan laboriosa, le hacia mas vigoroso y robusto : es verdad que empezaban á desaparecer aquellas tiernas gracias que son como la flor de la juventud, y que así el color como la delicada tez visiblemente se alteraban; pero tambien sus miembros, ántes afeminados en el ocio, se hacian fuertes, robustos y nerviosos en el trabajo.

FIN DEL LIBRO DIEZ Y SIETE.

LIBRO DIEZ Y OCHO.

SUMARIO.

Persuadido Telémaco por varios sueños á que su padre habia salido de esta vida, concibe y ejecuta el proyecto de irle á buscar á los infernos; y para ello tomó consigo dos Cretenses, que le acompañaron hasta un templo, inmediato á la famosa cueva de Aquerontia. Entra en ella, llega á las márgenes de la Estigia, y le recibe Caron en su barca. Preséntase á Pluton, el cual le permite que busque á su padre. Atraviesa el Tártaro, donde vé los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y particularmente los malos reyes.

CONOCIDA por Adrasto la mucha pérdida de su gente, se retiró detras de la montaña de Aulon (1) para esperar refuerzos, y ocasion de volver á sorprender á sus enemigos, semejante al leon hambriento, que rechazado por el pastor, se retira á las selvas, entra en su cueva, aguza dientes y garras, y espera un momento favorable para caer sobre el ganado, y despedazarle.

Establecida por Telémaco una exácta disciplina en el campo, volvió todo su cuidado á la ejecucion de un

(1) Aulon, hoy Caulo, es una montaña de la Calabria ulterior, hácia el cabo de Estilo, en la cual hay una villa del mismo nombre, en otro tiempo episcopal y sufragánea de Reggio.

proyecto de que á nadie habia querido dar parte. Hacia muchas mañanas que ántes de que la aurora viniese á ahuyentar del cielo con sus nuevas luces las inconstantes estrellas, y de la tierra los dulces y ligeros sueños, se le representaba en ellos su padre, ya desnudo á la márgen del río de una isla fortunada, en medio de una pradera adornada de flores, rodeado de ninfas que le ofrecían ropas para que se cubriese: é ya oyéndole hablar en un suntuoso palacio, en donde por todas partes resplandecía el oro y el marfil, y cuyos dichosos habitantes coronados de flores le oían con placer y admiración. Muchas veces se le aparecía repentinamente en ciertos festines en que brillaba la alegría por entre las delicias, y donde se oían acordes los trinos de una delicada voz con una lira mas dulce que la de Apolo, y que la voz de todas las musas.

Al despertar Telémaco se entristecía con el recuerdo de tan agradables representaciones. ¡Ah, padre mio! esclamaba: ¡cuánto mas lisonjeros me fueran los sueños mas espantosos que esas imágenes de felicidad! Por ellas os veo ya en la dichosa morada de las almas justas, cuya virtud recompensan los dioses con un eterno descanso. Así es: yo creo ver en ellas que los campos eliseos son ya los eternos depositarios del objeto de mis ardientes deseos. Ya me falta hasta la esperanza; ¡falta cruel! ¡pero es posible, padre mio, que nunca he de veros! ¡que nunca he de abrazar á aquel que tanto me amaba, y que busco por entre tantos trabajos! ¡qué no he de oír nunca hablar aquella boca en donde se hospedaba la sabiduría; ni besar aquellas manos, aquellas manos de mí tan queridas, manos siempre victoriosas, y que han rendido tantos enemigos! ¡No, no serán ellas las que venguen á Penelope de la turba de sus insen-

satos amantes! ni las que eviten la ruina de la desgraciada Itaca! ¡ó dioses enemigos de Ulises! De vos me vienen estos funestos sueños para arrancarme toda esperanza: ménos crueles si me arrancaran la vida. Mas no, ya no es posible; yo no puedo vivir en esta incertidumbre. Pero ¡qué es lo que dices, infeliz Telémaco! Ninguna tienes de que tu padre ya no existe. Voy pues hasta los infiernos á buscarle. Si á ellos descendió tan felizmente Teseo (1), aquel impío despreciador de los dioses infernales; ¿porqué no iré yo conducido por la piedad? Tambien descendió Hércules; y si bien no soy Alcides, ¿cuán glorioso deberá de serme el osar imitarle? Y si Orfeo (2) consiguió con la esposicion de sus desgracias mover el corazón de aquel dios que nos pintan inexorable, y que á sus ruegos volviese Euridice al mundo, ¿no soy yo tanto mas digno de compasion, cuanto es mi pérdida mayor? porque ¿quién se atreverá á comparar una doncella, en nada diferente de otras muchas, con el sabio Ulises admirado de toda la Grecia? Vamos, pues: muramos, si es preciso. ¿Porqué se ha de temer la muerte, cuando tanto se padece en la vida? A vos me entrego, Pluton y Proserpina: pronto sabré si sois tan desapiadados como se dice. ¡Y vos, padre mio, despues de haberos buscado inútilmente por tantas tierras y mares, voy á ver si os hallo en la oscura morada de los muertos! que si no me conceden los dioses

(1) Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, bajó á los infiernos con Piritoo para robar á Proserpina. Allí quedó encadenado por orden de Pluton hasta que vino á librarle Hércules.

(2) Orfeo bajó á los infiernos á buscar su esposa Euridice. La hubiera sacado de allí, á no haberla mirado ántes del tiempo que le habia prescrito Proserpina.

que os posea en la tierra á la luz del sol, acaso me permitirán que á lo ménos vea vuestro espíritu en el tenebroso reino de la noche.

Así se lamentaba Telémaco, regando al mismo tiempo con lágrimas su lecho: levantábase inmediatamente á buscar en la luz alivio á la pena cruel que aquellos sueños le causaban; pero esta era una flecha que habia atravesado su corazón, y la llevaba siempre consigo.

Resuelve pues bajar á los infiernos por un sitio que no distaba mucho de los reales, llamado Aquerontia (1), célebre porque la caverna que en él habia llegaba hasta las márgenes del Aqueronte, por el que temian jurar hasta los mismos dioses. Estaba situada la ciudad en la cima de una roca, semejante á un nido en la copa de un árbol; y al pie de la roca estaba la caverna, á la cual temerosos los hombres no se atrevian á llegar, y los pastores tenian el mayor cuidado en alejar de ellos los ganados.

Los vapores azufrados que continuamente se exhalaban por ella de la laguna Estigia infestaban el aire. A su rededor no crecian yerbas ni flores, ni se percibian jamas los suaves zéfiros: las gracias con que nace risueña la primavera y los ricos dones de otoño son allí desconocidos: la tierra yace árida y flaca, y solo se halla tal cual arbusto desnudo, y algun funesto ciprés. Por todo aquel circunito, aun á mucha distancia de la caverna, niega Ceres al labrador sus doradas mieses; y Baco pa-

(3) Aquerontia era una villa del Apulia situada en un monte á la estremidad de Italia. Al pie de ese monte hay una cueva donde el Aqueronte se precipita con tanto impetu que los poetas llamaron aquel sitio la entrada del infierno. Por allí bajó Hércules á esa morada, y sacó al can Cerbero.

rece que ofrece en vano sus dulces frutos, porque léjos de madurar se secan los racimos. Tristes las nayades no ruedan por aquel ingrato suelo sus transparentes cristales, sino turbias y amargas aguas: ni los pintados pajarillos se acercan jamas á una tierra cubierta de zarzas y espinos, y donde no encuentran siquiera un hosque que les sirva de retiro; y se van á cantar sus amores bajo otro cielo mas sereno y apacible: solo se oye el graznido de los cuervos, y el lúgubre canto de los buhos: hasta la yerba es amarga, y los ganados que la pastan no sienten aquella alegría que les hace retozar: huye el toro de la hembra, y el pastor triste y abatido se olvida de la gayta y la zampoña.

Suele salir de la caverna una niebla de humo tan negra y espesa que oscurece la luz, y forma una especie de noche en medio del día. Amedrentados los pueblos comarcanos redoblan entónces los sacrificios; pero sucedia que muchas veces solo los jóvenes, en lo mas florido de sus años, fuesen las víctimas agradables á aquellas divinidades crueles, que con un funesto contagio las inmolaban. Tal era el sitio por donde Telémaco habia resuelto buscar el camino de la oscura morada de Pluton. Minerva, que continuamente velaba sobre él, y que le cubria con su egida, le habia facilitado el favor de Pluton. El mismo Júpiter, á ruegos de Minerva, habia dado orden á Mercurio (que baja diariamente á los infiernos á entregar á Caron cierto número de muertos) para que dijese al príncipe de las tinieblas que dejase entrar en su imperio al hijo de Ulises.

Sale pues una noche sin ser sentido del campo, empieza á caminar á la luz de la luna, é invoca esta poderosa divinidad, que siendo en el cielo el brillante

astro de la noche, y en la tierra la casta Diana, es en los infiernos la formidable Hécate. Oyó favorablemente sus votos, porque nacian de un corazon puro, y conducido por el piadoso amor que un hijo debe á su padre. Apenas se halló cerca de la entrada de la caverna, cuando oye bramar el subterráneo imperio; se estremece la tierra, y se arma el cielo de rayos y relámpagos, que parece llovan sobre ella: sintióse conmovido Telémaco, y cubierto de un sudor frío; mas armado de valor levantó ojos y manos al cielo, y exclamó: Acepto, ó grandes dioses, estos presagios, que tengo por favorables: acabad vuestra obra. Dijo: y apresurando el paso, prosiguió con denuedo.

Disípase inmediatamente aquella espesa humareda, que tan funesta era á todo viviente que se acercaba á la entrada de la caverna, y se suspende algun tanto el pestilente hedor que arrojaba: entra Telémaco solo; porque ¿quién se habia de atrever á acompañarle? Los dos Cretenses que sacó del campo, y á los cuales habia descubierto su designio, se quedaron temblando en un templo bastante léjos de la caverna, haciendo votos por Telémaco, á quien no esperaban volver á ver.

No obstante entra el hijo de Ulises con espada en mano en aquellas horribidas tinieblas; y á poco tiempo descubre una débil y opaca luz, semejante á la que de noche alumbrá á los miseros mortales: advierte que unas ligeras sombras le andan al rededor, y las ahuyenta con la espada; vé despues las tristes márgenes del pantanoso rio, cuyas cenagosas y muertas aguas dan mil y mil vueltas y rodeos siempre sobre su mismo lecho: descubre en la ribera una multitud innumerable de muertos privados de sepultura, que se presentan en vano al desapiadado Caron. Este dios, cuya vejez eterna es siempre triste y

melancólica, aunque vigorosa, les amenaza, les desecha, y recibe sin tardanza en su barca al jóven Griego. Entra con efecto en ella, y oye los gemidos de una alma inconsolable.

Pregúntale cual era su desgracia, y quien habia sido en el mundo. Yo fui, le respondió, Nabofarzan, rey de la soberbia Babilonia: al oír mi nombre temblaban todas las naciones de Oriente; hacíame adorar de los Babilonios en un templo de mármol en que estaba representado por una estatua de oro, ante la cual se quemaban dia y noche los mas preciosos aromas de la Etiopia; jamas se atrevió ninguno á contradecirme, que no fuese por ello inmediatamente castigado; inventábanse cada dia nuevos placeres que me hiciesen mas deliciosa la vida: era todavía jóven y robusto; ¡ah!; cuántas prosperidades no me saltaban aun que disfrutar en el trono! Mas una ingrata muger, correspondiendo mal al amor que la tenia, me ha hecho conocer que no era un dios; me emponzoñó, é ya no soy nada. Ayer colocaron mis cenizas, con gran pompa, en una urna de oro; no saltaron llantos, gemidos, ni quien mesase su cabello, y aun quien mostrase quererse arrojar á la pira para morir conmigo; aun hoy van á gemir al pie del soberbio panteon en que se hallan depositadas; pero en medio de esas demostraciones no hay ni siquiera uno á quien le pese de mi muerte: mi memoria es aborrecida de mi misma familia, y aun aquí soy ya tratado del modo mas cruel.

Movido Telémaco á compasion, le preguntó: ¿fuistéis verdaderamente feliz en vuestro reinado? ¿sentistéis aquella dulce paz, sin la cual está el corazon humano siempre opreso, y descontento siempre, aun en medio de los placeres? No, le respondió el Babilonio; ni aun

sé lo que quereis decir. Los sabios exágeran esa paz como el único bien; pero yo jamas le he disfrutado: mi corazon estaba siempre combatido de nuevos deseos, y a del temor, ya de la esperanza. Yo procuraba aturdirme á mi mismo por el desarreglo de mis pasiones, cuidando de fomentar esta embriaguez para que fuese perpetua: el menor intervalo en que obrara la recta razon me hubiera causado el mayor tormento. Esta fué la paz que gocé, y cualquiera otra me parece una fábula ó un sueño, y estos son los bienes que tanto siento haber perdido.

Así se esplicaba, llorando como un hombre vil, y estragado con las prosperidades, y no acostumbrado á sufrir en la adversidad. Cerca de sí tenia algunos esclavos muertos en honor de sus funerales: habíalos entregado Mercurio á Caron, dándoles un poder absoluto sobre aquel rey, que tan ignominiosamente se habia dejado servir de ellos en el mundo. Así era que depuesto ya todo respeto ningun miedo le tenian. Habíanle amarrado á una cadena, y le trataban con la mas cruel indignidad. Uno le decia: ¿por ventura no éramos nosotros hombres como tú? ¿pues como fuiste tan insensato que te tuviste por un dios? ¿no debiste acordarte que eres de la misma especie que los demas hombres? Otro le decia insultándole: razon tuviste para no permitir que se te tuviese por hombre, pues que fuiste un monstruo inhumano. ¿Y bien, le decia otro, que se ha hecho de tus aduladores? Ya, desdichado, nada tienes que dar, ni puedes hacer mal ninguno: vete aquí hecho esclavo de tus mismos esclavos; los dioses proceden con jentitud en hacer justicia; pero al fin la hacen.

Al oír razones tan severas, se tira Nabofarzan de cara contra el suelo, y se arranca el cabello, arrebatado de rabia y de despecho. Pero Caron decia á los esclavos:

Tíradle de la cadena; levantadle á pesar suyo; no tenga el consuelo de ocultar su afrenta; véanle todas las sombras de la Estigia, y sean todos testigos de su oprobio, para justificar á los dioses, que por tanto tiempo sufrieron que este impío reinase en el mundo. Esto no es, ó Babilonio, mas que un ligero ensayo de tus tormentos: disponde á ser juzgado por el inflexible Minos, juez de los infiernos.

Mientras que así hablaba el terrible Caron, llegó la barca á tocar las márgenes del imperio de Pluton. Acuden las sombras á ver el hombre vivo que entre tantos muertos venia en ella; pero en el instante en que Telémaco puso el pie en tierra huyéron, así como á las sombras de la noche las ahuyenta la menor claridad. Entonces Caron mostrándose al jóven griego ménos ceñudo y feroz de lo que le es natural, le dijo: Hombre, anado de los dioses, pues que te es dado entrar en el reino de la noche, inaccesible á los vivos, no te detengas en llegar adonde los destinos te llaman: vé, pues, por ese oscuro camino, llegarás al palacio de Pluton, á quien hallarás en su trono; y te permitirá que entres en aquellos lugares á inquirir lo que á mí me está prohibido revelarte.

Inmediatamente empezó Telémaco á caminar á buen paso: por todas partes veía revolotear sombras en mucho mayor número que las arenas que cubren la playa del mar; y la agitacion de aquella multitud infinita, y el profundo silencio de aquellas vastas regiones, le inspiraron un miedo religioso. Erízasele el cabello al acercarse á la negra estancia del inexorable Pluton: siente que le flaquean las rodillas, y que le falta la voz; hallóse tan conmovido, que apenas pudo pronunciar estas palabras: Aquí teneis, ó terrible divinidad,

al hijo del desgraciado Ulises, que viene á preguntaros si su padre ha descendido á vuestro imperio, ó si todavía anda errante por el mundo.

Estaba Pluton sentado en un trono de ébano, con rostro pálido y severo, ojos hundidos y llenos de fuego, y la frente ceñuda y amenazadora. Érale odiosa la vista de un hombre vivo, así como lo es la luz á los ojos de los animales que solo de noche salen de sus cuevas. A su lado estaba Proserpina, único objeto de sus miradas, y cuyo amor parece como que templaba algun tanto la ferocidad de su corazón: gozaba esta diosa de una inalterable hermosura; no obstante habian contraido sus divinas gracias cierto aire cruel y feroz de su esposo.

Al pie del trono estaba la muerte pálida y destructora, incesantemente ocupada en afilar su cortante guadaña. En torno de ella volaban los melancólicos cuidados; las crueles desconfianzas; las venganzas destilando sangre y cubiertas de heridas; los odios injustos; la avaricia devorándose á sí misma; la desesperacion destrozándose por sus propias manos; la frenética ambicion que todo lo destruye; la traicion que quiere alimentarse de sangre, y no puede gozar de los males que ha causado; la envidia que al rededor de sí derrama su mortífero veneno, y que viéndose sin poder para dañar, se convierte en rabia; la impiedad que se labra un abismo sin suelo, en que se precipita sin esperanza; los deformes espectros; las fantasmas que representan los muertos para atemorizar á los vivos; los sueños espantosos; los desvelos no ménos crueles que los mas tristes sueños: tales eran las funestas imágenes que hacian la corte al fiero Pluton, y que ocupaban su palacio.

Respondióle, pues, á Telémaco en ronca voz que hizo estremecer el Erebo (1): pues que los hados te permiten violar este sagrado asilo de las sombras, sigue donde te conduce tu superior destino: yo no te diré donde se halla tu padre, pues está en tu arbitrio saberlo. Y pues ha sido rey en el mundo, exámina á un lado el abismo del negro Tártaro en que son castigados los malos reyes, y al otro los campos eliseos en que se recompensa á los buenos; pero no podrás llegar á ellos sin pasar por el Tártaro: dispon ir y volver con brevedad, y salir cuanto ántes de mi imperio.

Con este permiso, parte Telémaco con tal celeridad que parecia volaba por aquellos inmensos vacíos: tal era el ansía con que deseaba saber el paradero de su padre, y huir de la horrible presencia de aquel tirano, que no amedrenta ménos á los vivos que á los muertos. Bien pronto se halló cerca del negro Tártaro (2), del cual salia un humo espeso, cuyo pestilente hedor bastaria á causar la muerte, si se esparciera por la mansion de los vivos: cubria este humo un rio de fuego, de donde salian torbellinos de llamas, cuyo ruido, semejante al de los mas impetuosos torrentes cuando de lo alto de las rocas se precipitan á los abismos, impedía que ninguna otra cosa pudiera oirse distintamente en aquellos tristes lugares.

(1) Erebo, dios de los infiernos, padre de la noche, engendrado del caos y de la lobreguez, se toma muchas veces por el infierno mismo en los poetas; y es en este último sentido que se ha de entender aquí.

(2) El Tártaro es el lugar donde los malos son atormentados en los infiernos.

Aninado interiormente Telémaco por Minerva, entra sin miedo en aquella sima, donde al instante descubre un gran número de hombres que habian sido en el mundo de la mas ínfima condicion; se les castigaba allí porque anheláron ser ricos por medio del fraude, de la traicion y de la crueldad. Reparó despues en una multitud de hipócritas, que fingiendo amar la religion, se habian servido de ella como del mejor pretesto para satisfacer su ambicion, y burlarse de los hombres crédulos. Estos impíos, que habian abusado hasta de la religion misma, que es el mayor don de los dioses, eran allí castigados como los mas malvados de todos los hombres. El hijo que habia degollado á sus padres, las mugeres que habian empapado sus manos en la sangre de sus esposos, los traidores que habian vendido su patria despues de violar los mas solemnes juramentos, padecian harto menores penas que los desventurados hipócritas. Así lo habian ordenado los tres supremos jueces de los infiernos, fundados en que los hipócritas no se contentan con ser infames como los demas impíos, sino que quieren ser tenidos por buenos, siendo causa con su aparente virtud de que se desconfie aun de la verdadera: y por eso los dioses, de quienes tanto se han burlado, y á quienes han hecho despreciables para con los demas hombres, se complacen en emplear todo su poder para vengarse de sus insultos.

Cerca de estos estaban otros que el vulgo no tiene por muy culpables, y que la venganza divina persigue sin compasion: tales son los ingratos y los embusteros, los aduladores que han alabado el vicio, y los satíricos que han procurado amancillar la virtud mas pura: en fin aquellos que han juzgado temerariamente de las cosas

sin conocerlas á fondo, y que por este medio han perjudicado la reputacion de los inocentes.

Pero la que entre todas las ingratitudes se castiga como la mas abominable, es la ingratitud con los dioses. Ahora bien, decia Minos, se tiene por monstruosa la falta de reconocimiento al padre ó al amigo, de quien se ha recibido algun beneficio; ¿y se jactará el hombre de ser ingrato á los dioses que le han dado la vida, y todos los bienes que ella comprende? ¿no le son mas deudores del ser, que á sus mismos padres? Quanto mas impunes son estos crímenes en el mundo, tanto mas son en el infierno el objeto de una eterna é implacable venganza á que nada puede sustraerse.

Viendo Telémaco que sentados los tres jueces condenaban á un hombre, se atrevió á preguntarles cuales eran sus culpas. Inmediatamente tomó el condenado la palabra, y exclamó: Jamas hice ningun mal; mi mayor gusto era hacer bien. Yo he sido espléndido, liberal, justo, complaciente; ¿qué es pues lo que se me puede reprender? nada respecto de los hombres, le respondió al instante Minos; pero ¿no les debes á ellos ménos que á los dioses? Tu no faltaste á ninguna obligacion respecto de tus semejantes que no son nada: fuiste virtuoso, es verdad; pero te referiste á tí mismo esa virtud como si de tí naciera, y no á los dioses que te la diéron: quisiste gozar con absoluta independencia del fruto de ella como si fuera tuya propia, encerrándote dentro de tí mismo: fuiste tu dios. Pero los sempiternos hacedores de todo lo criado, que nada han hecho sino para sí, no pueden renunciar á sus derechos. Tú te olvidaste de ellos; ellos se olvidarán de tí y te entregarán á tí mismo, ya que quisiste ser tuyo, y no de ellos. Consuélate ahora contigo: busca en

tu corazón alivio á tu pena. Hete aquí separado para siempre de los hombres á quienes procurabas complacer : te ves solo contigo mismo que eras tu ídolo : sabe pues que no hay verdadera virtud sin amar y respetar á los dioses á quienes todo les es debido. Ya llegó el día de que se vea confundida la falsa virtud , con que por tanto tiempo deslumbraste á los fáciles de engañar. Los hombres que no juzgan de los vicios y las virtudes sino por lo que les incomoda , ó les agrada , son ciegos incapaces de distinguir el bien del mal : pero aquí una luz divina trastorna todos los juicios superficiales , y condena muchas veces lo que ellos admiran , y justifica lo que condenan.

Herido como un rayo de la fuerza de estas razones , no podía aquel filósofo sufrirse á sí mismo. La complacencia que en otro tiempo habia tenido en contemplar su moderacion , su valor y la generosidad de sus inclinaciones , se convierte en desesperacion , y en suplicio la vista de su corazón enemigo de los dioses : se vé , y no puede dejar de verse : vé la vanidad de los juicios de los hombres á quienes quiso agradar en todas sus acciones : hácese en su interior una general revolucion , como si le trastornasen las entrañas : conoce que no es el que fué : en todo se halla diferente : en su espíritu no halla apoyo , y el testimonio de su conciencia , que le habia sido tan lisonjero se rebela ahora contra él , y le reprende amargamente el desorden y la ilusion de unas virtudes que no se propusieron el culto de la divinidad por principio ni por fin ; y se halla turbado , consternado , cubierto de vergüenza , devorado por los remordimientos , y desesperado. No le atormentan las furias , contentándose con abandonarle á sí mismo , bien seguras de que su

propio corazón vengará dignamente á los dioses que desprecio en otro tiempo. Busca donde ocultarse á los otros muertos ya que no puede esconderse á sí : busca las tinieblas , y no las halla ; porque una luz importuna le sigue á todas partes , y á todas se comunican los penetrantes rayos de la verdad á vengarse de aquel que no ha procurado seguirla. Todo lo que ántes amó ahora le embiste , le es odioso , como origen de unos males que jamas tendrán fin. ¡ Insensato de mí ! decia en su interior : ¡ Yo no he conocido á los dioses , á los hombres , ni á mí mismo ! Nada he conocido , pues que nunca he amado el verdadero bien , el único digno de amor : todos mis pasos han sido extravíos , locura mi sabiduría , y mi virtud una tan impía y ciega soberbia , que yo mismo llegué á divinizarme : sí , de mí hice mi ídolo.

Llegó en fin Telémaco donde estaban los reyes condenados , porque abusaron de su poder. A un lado estaba una furia vengadora , poniéndoles delante un espejo en que viesen representada toda la deformidad de sus vicios : allí veían , á su despecho , su grosera vanidad codiciando las mas ridiculas alabanzas : veían su crueldad con los hombres á quienes debieran haber hecho felices : el desprecio que hicieron de la virtud ; el temor de oír la verdad ; su inclinacion á hombres viles y aduladores , su desaplicacion , su molice , su indolencia , las injustas desconfianzas , el fausto y excesiva magnificencia fundada en la ruina de los pueblos , la ambicion por un poco de gloria comprada con la sangre de sus ciudadanos : en fin la crueldad con que diariamente buscaban nuevos deleites entre las lágrimas y la desesperacion de tantos infelices. Veíanse de continuo en aquel espejo , y se hallaban mas horribles y

monstruosos que la Quimera (1) vencida por Belerofonte (2), mas que la Hidra de Lerna muerta á manos de Alcides, y mas aun que el mismo Cerbero vomitando por sus gargantas aquella negra y venenosa sangre, capaz de infectar á cuantos vivientes sustenta la tierra.

A otro lado y al mismo tiempo estaba otra furia insultándoles con la repetición de las alabanzas que les habian dado los aduladores, y les presentaba otro espejo en que se veían tales cuales la lisonja los habia pintado; y la contraposición de dos tan contrarios retratos era el mayor suplicio de su vanidad. Advertíase que los mas malvados entre aquellos reyes eran aquellos de quienes se habian hecho los mas magníficos elogios, porque los malos son mas temidos que los buenos, y exigen sin vergüenza las viles alabanzas de los poetas y oradores de su tiempo.

Oyeseles gemir en aquellas profundas tinieblas,

(1) La Quimera era un monte de Licia, en cuya cumbre habia un volcan, al rededor del cual habitaban leones; en las faldas habia pastos donde se apacentaban cabras, y al pie lagunas infestadas de serpientes: de donde nació la fábula que era un monstruo que tenia la cabeza de un leon, el cuerpo de una cabra, y la cola de un dragon, y que echaba fuego por la boca.

(2) Belerofonte, hijo de Glauco, rey de Corinto, fué acusado por Estenobea de haber querido hacerle violencia, aun que le hubiese ella misma solicitado á cometer un adulterio. Preto, rey de Argos, esposo de esa muger, dando fé muy de ligero á esta acusacion, envió Belerofonte á Iobates, rey de Licia, para esponerle al mar; este le hizo combatir con la Quimera, á quien venció montado en el caballo Pegaso.

donde ni ven ni pueden ver mas que los insultos y escarnios que tienen que sufrir: cuanto les rodea les reprende, les contradice y les confunde. Así como en el mundo se burlaban de la vida de los hombres, creyendo que el universo no tenia otro objeto que servirles; así en el Tártaro se les abandona al capricho de ciertos esclavos que les hacen padecer la mas dura servidumbre: obedecen á su pesar, y sin la mas remota esperanza de suavizar en ningun tiempo su cautiverio. No sufren ménos bajo los golpes de estos esclavos, sus inclementes tiranos, que sufren los yunques bajo los martillos de los cíclopes, cuando Vulcano les estrecha á trabajar en las encendidas oficinas del Etna.

Entre ellos percibió Telémaco ciertos rostros pálidos, horribles y consternados, atormentados por una negra tristeza que les roía las entrañas: horrorizanse á sí mismos, y no pueden evitar este horror, así como no les es posible desnudarse de su propia naturaleza. Sus mismos delitos son su castigo: porque los estan continuamente viendo en toda su deformidad, les persiguen, y se les representan como espectros horribles. Buscan por huir de ellos una muerte mas poderosa que la que les separó del cuerpo; una muerte que les reduzca al no ser, ó les haga impasibles. Piden á los abismos que les traguen y les escondan en sus senos donde no puedan penetrar los vengadores rayos de la verdad que les persiguen; pero estan reservados al torrente de la divina venganza, que gota á gota estará cayendo sobre sus cabezas por toda la duracion de los siglos. La continua presencia de la verdad que ántes temieron ver les causa ahora el mayor tormento. La ven, pero solo para levantarse contra ellos: su vista les atraviesa, les despedaza y les saca de sí mismos, á la manera que el rayo

que sin causar destrozos por defuera, penetra hasta lo último de las entrañas. Su alma semejante á un metal en una ardiente fragua se vé como fundida por este fuego vengador, que arrebatando toda consistencia nada consume; que disuelve hasta los primeros principios vitales, y sin embargo no hace morir. No tienen ni un sólo instante de reposo: solo viven para ejercer la rabia que contra sí se tienen, y para sentir la pérdida de toda esperanza.

Entre aquellos objetos que hicieron que á Telémaco se le erizase el cabello, vió á muchos de los antiguos reyes de Lidia castigados por haber preferido las delicias de una vida regalada al trabajo que es inseparable del cetro para alivio de los pueblos. Reprendíanse mutuamente su ceguedad. Decíale uno á otro que habia sido su hijo: ¿no te encargué muchas veces en mi vejez, y ántes de mi muerte que reparases los males que habia causado mi negligencia? Y el hijo le respondia: ¡ah, desventurado padre! ¡vos me perdisteis! ¡vuestro ejemplo me inspiró el fausto, el orgullo, la voluptuosidad y la crueldad para con los hombres! ¿Y quién viéndoos reinar con tanta molicie y rodeado siempre de viles aduladores, no se acostumbrará á la lisonja y á los placeres? Creí que los demas hombres eran respecto de los reyes lo que el caballo y las otras bestias respecto de los hombres; esto es, animales, de quienes no se hace caso sino en cuanto sirven y ofrecen alguna comodidad. Así lo creí, porque vos me lo hicisteis creer; y sin embargo padezco tanto por haberos imitado. A esto añadian las mas horribles maldiciones, y parecia que la rabia les animaba á que se despedazasen.

Ademas volaban en torno de estos reyes, así como en la opacidad de la noche vuelan los buhos, las crue-

les sospechas é infundados recelos, las desconfianzas que vengán á los pueblos de la dureza con que sus reyes les tratan, la insaciable sed de las riquezas, la falsa gloria siempre tiránica, y la vil molicie que multiplica los males, sin poder jamas producir sólidos placeres.

Veíase á muchos de ellos castigados severamente, no por los males que causaron, sino por los bienes, que debiendo, no hicieron. Todos los crímenes de los pueblos que proceden de la negligencia con que se observan las leyes, son atribuidos á los soberanos, que no lo son sino para hacer que ellas reinen. Impútanseles tambien todos los desórdenes que provienen del fausto, del lujo, y de todos los otros excesos que ponen á los hombres en un estado violento, y les inducen á quebrantar las leyes por adquirir riquezas. Eran especialmente tratados con el mayor rigor los reyes que en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de sus pueblos, fuéron carniceros lobos que se les tragaron.

Pero lo que mas consternó á Telémaco fué ver en aquel abismo de tinieblas y tormentos un gran número de reyes, que habiendo sido tenidos aquí por buenos, estaban condenados á las penas del Tártaro por haberse dejado gobernar de malvados y artificiosos: castigábaseles por los males que estos hicieron con la autoridad que les habian dado. La mayor parte de estos reyes no fuéron ni buenos ni malos: tal fué su debilidad. Nada hicieron por conocer la verdad: jamas gustáron de ejercer la virtud, ni pusieron su gloria en hacer bien á los hombres.

LIBRO DIEZ Y NUEVE.

SUMARIO.

Entra Telémaco en los campos eliseos : conócele su visabuelo Arcesio , el cual le asegura que Ulises vive , que le volverá á ver en Itaca , y que le sucederá en el trono de aquella isla . Describele la felicidad de que gozan los justos , particularmente los reyes que sirviéron á los dioses , y procuráron la felicidad de sus vasallos . Hácele notar que los héroes que solo sobresaliéron en el arte de la guerra , estan en un lugar separado , y son mucho ménos felices . Dale escelentes instrucciones , y se retira Telémaco para volver con presteza al campo de los aliados .

CUANDO salió Telémaco de aquellas pavorosas estancias , se sintió tan aliviado como si le quitaran un monte de encima : y de aquí dedujo cuanta era la desventura de aquellos infelices allí encerrados , sin esperanza de salir jamas . Háblale atemorizado el ver que los reyes fuesen mas rigurosamente atormentados que los demas . ¡ Qué ! decia , ¡ tantas obligaciones y peligros , tantas asechanzas y dificultades en conocer la verdad para defenderse de sí y de los otros , y por último , tan crueles tormentos en los infiernos , despues de vivir con tantos obresaltos , estar espuestos á tantas envidias , y sufrir tantas contradicciones en tan corto tiempo como dura la vida ! ¡ insensato de aquel que apetece el trono ! ¡ y

feliz el que se acomoda á una condicion privada y tranquila en que la virtud es ménos difícil !

De tal modo le horrorizáron y consternáron estas reflexiones , que vino á sentir parte de la desesperacion en que acababa de ver tantos desdichados ; pero á proporcion que se alejaba de aquellos abismos de tinieblas , de horror y de despecho , iba poco á poco recobrando el ánimo . Empieza á respirar , y divisa á lo léjos la luz pura y apacible de la feliz mansion de los héroes .

Habitaban en ella todos los reyes que hasta entonces lo habian dignamente sido : estaban separados de los otros justos ; porque así como en el Tártaro padecen los malos príncipes tormentos infinitamente mayores que los otros condenados de una condicion privada , así tambien los buenos gozan en los campos eliseos de una bienaventuranza infinitamente mayor que el resto de los justos .

Dirigese Telémaco hácia ellos , los cuales estaban en unos olorosos bosquecillos sentados en verdes céspedes siempre floridos . Mil arroyuelos rodaban sus aguas cristalinas por aquellos amenos sitios , y mantenian en ellos una agradable frescura : una multitud innumerable de pintados pajarillos hacian resonar sus dulces trinos en todos aquellos bosques . Allí se ven juntos á una las flores de la primavera con los mas sazonados frutos del otoño pendientes de los árboles : allí jamas se sienten los calores de la abrazadora canícula (1) , ni los fríos del riguroso aquilon . Ni la guerra

(1) La canícula es un signo celeste que se levanta el dia sexto de Julio , y hace un giro de seis semanas que se llaman dias caniculares .

sedienta de sangre, ni la cruel envidia que muere con diente venenoso, abriga en su pecho, y rodea á sus brazos enroscadas vívoras, ni las desconfianzas, el temor ni los vanos deseos se acercan jamas á aquella feliz morada de la paz: allí no tiene fin el día, ni se conoce el sombrío velo de la noche: una luz pura y apacible se difunde al rededor de los justos y les viste con sus rayos: no una luz semejante á la que alumbra á los míseros mortales, que mas es oscuridad; es aquella mas bien gloria celestial que luz: penetra con mas facilidad los cuerpos mas densos, que los rayos del sol el mas diáfano cristal: no deslumbra, ántes por el contrario fortifica la vista, y trasmite al alma cierta serenidad: de ella sola se alimentan los bienaventurados: de ellos sale, y á ellos vuelve, les penetra y se identifica con ellos como los alimentos con nosotros. La ven, la sienten y la respiran; y hace que en ellos nazca una fuente inagotable de paz y de gloria; y en este piélago de delicias estan sumergidos como en el mar los peces. Nada desean, y sin tener nada lo posean todo, porque con la dulzura de aquella luz queda el corazon satisfecho, y cumplidos todos sus deseos; y la abundancia de los bienes que gozan les hace superiores á cuanto los hambrientos y codiciosos anhelan en el mundo: y tal es el cúmulo de felicidad y contentamiento interior que no les deja para gustar de los placeres exteriores: semejantes á los dioses que satisfechos de néctar y ambrosía tendrían por groseros los mas esquisitos alimentos que los hombres todos pudieran ofrecerles. De aquellos lugares, en que eternamente habita la paz y la tranquilidad, huyen todos los males: allí no tienen entrada la muerte, la enfermedad, la pobreza, el dolor, el pesar, los remordimientos, los miedos, ni aun las esperanzas

(que á veces atormentan tanto como el temor), las discordias, los disgustos ni los enojos.

Mas fácil fuera arrancar de sus asientos las altas montañas de la Tracia arraigadas en el centro de la tierra, y que desde la creacion del universo hienden las nubes sus cimas cubiertas de nieve é yelo: sí, mas fácil fuera trastornarlas que alterar lo mas mínimo, ni causar la mas leve conmocion en el corazon de aquellos justos: solo les compadecen las miserias que oprimen á los hombres; pero es esta una compasion dulce y tranquila que en nada altera su inmutable felicidad. Está pintada en sus rostros una juventud eterna, una felicidad sin fin, y una gloria toda divina, sin que su alegría tenga nada de indecorosa ni indecente; ántes por el contrario es apacible, noble, y llena de magestad, y lo que les tiene enagenados, un gozo celestial que procede del gusto de la verdad y de la virtud. Su corazon siente en todos los instantes sin interrupcion la misma sorpresa que una madre cuando vuelve á ver al hijo querido que habia llorado por muerto; pero esta alegría que en ella es momentánea, en el corazon de los justos es eterna: jamas cesa ni se disminuye, siempre es para ellos nueva: disfrutan el enagenamiento de la embriaguez sin padecer por eso la turbacion ni el alucinamiento.

Comunican entre sí acerca de lo que ven y de lo que sienten: desprecian el regalo, las delicias, y las vanas grandezas de su antiguo estado, de que ahora se conducen: se recuerdan con gusto aquellos tristes pero cortos años, en que les fué necesario para llegar á ser buenos combatir contra sí mismos, y contra el torrente de hombres corrompidos; y admiran el auxilio de los dioses, que les condujéron como por la mano á la vir-

tud por entre tantos obstáculos. Su corazón está siempre anegado en un no sé qué de divino, que á manera de torrente emana de la divinidad, y uniéndose á ellos les deifica. Ven y conocen su dicha, y estan ciertos de que eternamente la poseerán. Cantan las alabanzas de los dioses, y todos juntos no componen mas que una voz, ni tienen mas que una voluntad, un corazón solo: una misma felicidad causa como un flujo y reflujo en sus almas unidas.

En tan divino éxtasis vuelan con mas rapidez los siglos que las horas entre los mortales; y sin embargo, mil y mil siglos pasados en nada disminuyen su felicidad siempre nueva, y entera siempre. Reinan todos juntos, no sobre tronos espuestos á la destructora mano del hombre, sino sobre sí mismos, y con un poder inmutable; pues ya no necesitan hacerse temibles con el poder prestado de un pueblo vil y miserable. Ni se ciñen aquellas vanas diademas, bajo cuyos resplandores se ocultan tantos miedos y tristes cuidados: los mismos dioses con sus propias manos les han coronado de guirnaldas que no podrán marchitar los siglos.

Telémaco, que habia temido hallar á su padre en aquellos hermosos sitios, de tal modo quedó penetrado de la paz y de la felicidad que en ellos se disfruta, que no solo quisiera encontrarle allí, sino que sentia hallarse en la necesidad de volver al mundo. Aquí sí que se encuentra la verdadera vida, decia, la nuestra es mas bien muerte; pero lo que mas le sorprendió fué el ver tantos reyes en el Tártaro, y tan pocos en los campos eliseos; y de aquí dedujo cuan pocos deben de ser los que tienen la firmeza y valor necesario para resistir su propio poder, y para desechar la lisonja de tantos como se interesan en excitar sus pasiones. Por eso son tan ra-

ros los buenos reyes, y tan malvados la mayor parte, que dejarán los dioses de ser justos, si despues de haber sufrido que por todo el tiempo de su vida abusasen de su poder, no les castigarán despues de su muerte.

No hallando Telémaco á su padre entre aquellos reyes, hizo por ver si á lo ménos descubría á su abuelo Laertes; y mientras que inútilmente le buscaba, se iba acercando á él un venerable anciano lleno de magesta.l. No era su vejez semejante á la de los hombres agoviados con el peso de los años, solo se echaba de ver que habia muerto viejo. Resplandecía en él á un mismo tiempo todo lo que la ancianidad tiene de grave con lo que la juventud ostenta de festivo; porque aun en los viejos mas caducos renacen las gracias en el mismo instante en que entran en los campos eliseos. Dirígesse con celeridad á Telémaco, mirándole como á quien mucho amaba; pero Telémaco, que no le conocia, le esperaba suspenso y cuidadoso.

Yo te perdono, hijo mio, le dijo el anciano, que no me conozcas. Soy Arcesio (1), padre de Laertes, que acabé la carrera de mis dias ántes que Ulises, mi nieto, partiese para Troya: tú quedaste niño entre los brazos de tu ama, y sin embargo desde entónces concebí de tí grandes esperanzas, que no han salido vanas, pues te veo tan favorecido de los dioses que te sostienen en la empresa de buscar á tu padre en el reino de Pluton. ¡Feliz mil veces, jóven venturoso! ¡Los dioses te aman, y te preparan una gloria igual á la de tu padre! ¡y feliz yo tambien en volverte á ver! Deja de buscar aquí á

(1) Arcesio era hijo de Júpiter: por eso llaman á su hijo el divino Laercio.

Ulises : vive aun , y está reservado para restablecer nuestra casa en Itaca. Aun vive también Laertes, aunque oprimido de la vejez , y espera la vuelta de su hijo , para que le cierre los ojos. Lo mismo sucede á los hombres que á las flores , que se abren por la mañana , é ya por la tarde están marchitas y se desprecian. Con la misma velocidad huyen y se suceden las generaciones que las olas de un rápido rio : no hay poder que detenga al tiempo , que todo lo arrastra tras sí , aun lo que parece ménos movible. Tú mismo , hijo mio , tú mismo que ahora gozas de una juventud tan fresca y fecunda en placeres , acuérdate de que la lozania de esa edad no es mas que una flor casi tan pronta seca como nacida : tú te verás trocado sin sentirlo ; las gracias festivas y los dulces contentos que te acompañan , la robustez , la salud y la alegría se desvanecerán como un sueño , y no te quedará de todo mas que una triste memoria. Vendrá la desvalida vejez , enemiga de todos los placeres , se arrugará el semblante , encorvará tu cuerpo , debilitará tus miembros , vendrá á secar en tu corazon la fuente de la alegría , á hacer que te disguste lo presente , y que temas lo futuro , vendrá por fin á hacerte insensible á todo , ménos al dolor.

Acaso te parecerá que esto está muy léjos ; pero ay , hijo mio , como te engañas ! Corre , vuela , se precipita por llegar , é ya llega : lo que con tanta velocidad corre no está léjos de tí ; lo presente que huye , sí que se aleja : este mismo momento en que estamos hablando se anonoda , y es imposible que vuelva. No cuentes jamas con lo presente , no : fija la consideracion en lo futuro para sostenerte en el escabroso sendero de la virtud. Adquiérete por medio de costumbres puras y de amor á la justicia un lugar en la feliz mansion de la paz.

Por fin , ya se te acerca el tiempo de que veas recobrar á tu padre su autoridad en Itaca. Tú has nacido para reinar despues de él ; ; mas ay , hijo mio , cuan engañoso es el trono ! mirado de léjos , todo es grandeza , esplendor y comodidades ; pero de cerca , todo es espinas. Un particular puede sin desdoro tener en la oscuridad una vida tranquila ; pero un rey no puede sin degradarse preferir la tranquilidad de una vida ociosa á las penosas funciones del gobierno : un rey es todo de sus vasallos , y nunca de sí mismo : sus mas ligeros descuidos producen funestísimas consecuencias , porque causan la desgracia de los pueblos , que suele durar muchos siglos : á su cargo está reprimir la audacia de los malvados , proteger la inocencia , y disipar la calumnia : no le justifica el no hacer mal ninguno , debe hacer en lo posible todos los bienes de que el estado necesite : ni le basta obrar bien por sí , necesita ademas impedir todo el mal que los otros harian , si no se les contuviese. Teme pues , hijo mio , teme un estado tan peligroso ; ármate de valor contra tí , contra tus pasiones , y contra los lisonjeros.

Decíale esto Arcesio con tal vehemencia que parecia estar inflamado de un fuego divino , y al mismo tiempo mostraba en el semblante la compasion de que son dignos los trabajos inseparables del trono. Ocuparle , decia , por complacerse á sí mismo es una monstruosa tiranía ; pero por llenar sus obligaciones y gobernar un numeroso pueblo , así como un padre gobierna sus hijos , es una pesada servidumbre que exige un valor y una prudencia heroycos. Mas también es cierto que los que han reinado segun los principios de una sincera virtud poseen aquí todo lo que el poder de los dioses puede otorgarles para hacer cumplida su felicidad.

Así se explicaba Arcesio, cuyas palabras se introducían hasta lo íntimo del corazón de Telémaco, y se quedaban en él esculpidas así como un hábil artista graba en el bronce aquellas indelebles figuras que quiere pasen á la admiración de la más remota posteridad. Como una llama sutil penetraban estas palabras las entrañas de aquel jóven, que se sentía con ellas tan conmovido y abrasado, como si cierto divino incendio le derritiera el corazón, y le consumiera hasta lo más recóndito: no podía contenerle ni sufrirle, ni resistir una impresión tan violenta, que al mismo tiempo que causaba una vivísima y deliciosa sensación, estaba mezclada con una especie de dolor capaz de quitar la vida.

A poco empezó Telémaco á respirar con más libertad, y notó en el rostro de Arcesio una gran semejanza con él de Laertes; y como que quería hacer memoria de haber visto también en Ulises, cuando partió para Troya, cierto aire de aquel carácter.

Enterneciése con este recuerdo, y se le cayéron algunas lágrimas mezcladas de alegría. Quiso abrazar á una persona tan amada; y lo intentó muchas veces, pero en vano; porque aquella sombra huía sus abrazos como desaparece un engañoso sueño al que cree gozar de lo que su fantasía le representa, que ya sigue con sedienta boca un agua fugitiva, ya se agitan sus labios por pronunciar lo que la lengua adormecida no puede proferir, é ya se esfuerza á alargar las manos que nada pueden coger. Así Telémaco no pudo satisfacer su tierno afecto. Vé á Arcesio, le oye, le habla, y no puede tocarle. En fin le preguntó quienes eran aquellos que con él estaban.

Viendo estás, hijo mio, le respondió el sabio anciano, los hombres que han sido la honra de su siglo,

la gloria y la felicidad del género humano: viendo estás el corto número de reyes que han merecido serlo, y que han desempeñado fielmente las funciones de dioses en la tierra. Aquellos otros que ves cerca, pero separados de ellos por una ligera nube, disfrutaban de una gloria mucho menor: es verdad que son héroes; pero la recompensa de su valor y de sus expediciones militares no es comparable con la de los reyes sabios, justos y benéficos.

Mira pues á Teseo un poco triste, pesaroso de haber creído con demasiada ligereza á una muger astuta, y afligido aun porque tan injustamente pidió á Neptuno la muerte cruel de su hijo Hipólito (1). Dichoso él si no hubiera sido tan pronto y fácil á irritarse. Mira también á Aquiles apoyado en su lanza (2) á causa de la herida que le hizo en el talon el vil y afeminado Paris, y que le causó la muerte. Si hubiera sido tan sabio, justo y moderado como intrépido, le hubieran concedido los dioses un largo reinado; pero hubieron compasión de los Ptíotes (3) y Dolopes, en el gobierno de los cuales

(1) Hipólito, hijo de Teseo y de Hipólita, fué acusado por su madrastra de haber intentado quitarle su honor. Teseo la creyó muy de ligero, y no contento con desterrarle, rogó á Neptuno que vengase este supuesto delito: de modo que este jóven príncipe, estando en su carro para huir la indignación de su padre, encontró á orillas del mar un monstruo marino que espantó de tal manera á sus caballos, que el derribaron al suelo y le mataron arrastrándole por las peñas.

(2) Aquiles habia sido inmergido tres veces por su madre en el agua del Estigio, que le habia hecho invulnerable, ménos en el talon por donde le tenia asido.

(3) Los Ptíotes y los Dolopes eran unos pueblos de Tesalia que tenían por rey á Peleo.

era natural hubiese sucedido á su padre Peleo; y no quisieron abandonar tantos pueblos al capricho de un hombre fogoso, y mas dispuesto á irritarse que el mas borrascoso mar. Acortáronle las parcas el hilo de que pendía su vida; y fué como la flor, que apenas se abre, cuando el corvo arado la arranca de raíz; y el mismo día que la vió nacer, la vé tambien caer y morir. No quisieron servirse de él los dioses, sino como se sirven de los torrentes y de las tempestades para castigar los pecados de los hombres. Así empleáron á Aquiles en abatir los muros de Troya para vengar el perjurio de Laomedonte (1), y los injustos amores de Paris. Después de haberle empleado en esto como un instrumento de su venganza, se aplacáron; pero no concediéron á las lágrimas de su madre Tetis que subsistiese mas sobre la tierra aquel jóven, solo capaz de inquietar á los hombres, y destruir ciudades y reinos.

¿Pero no ves aquel otro de feroz semblante? Pues es Ajax, hijo de Telamon y primo de Aquiles, aquel héroe que se adquirió tanta gloria en la guerra, que muerto Aquiles se tuvo por el único digno de poseer sus armas; pero tu padre se le opuso, y los Griegos de-

(1) Laomedonte, hijo y sucesor de Ilo, edificó los muros de Troya con el auxilio de Apolo y de Neptuno, á quienes prometió con juramento cierto premio que les negó despues. Se vengáron de él con varios males; de modo que para aplacarlos fué precisado á sponer á su hija Hesiona á que fuese devorada por monstruos marinos. Hércules ofreció librarla, con condicion que Laomedon le diese los soberbios caballos de casta divina que tenia: lo que sin embargo le fué denegado por ese pérfido, cuando Hesiona fué librada del peligro.

ediéron en su favor, por lo cual se mató Ajax desesperado, y véle ahí que aun conserva la indignacion y el furor pintados en el rostro. No te acerques á él, hijo mio, porque creerá que le insultas, y es justo compadecerle en su desgracia. ¿No ves el disgusto con que nos mira, y que por no vernos se entra presurosamente en ese sombrío bosquecillo? Repara á este otro lado á Hector, que hubiera sido invencible, si al mismo tiempo que él no hubiera estado en el mundo el hijo de Tetis. ¿Mas, ves á aquel que por allí atraviesa? Pues es Agamenon, que aun conserva las señales de la perfidia de Clitemnestra. ¡Ay, hijo mio! me horroriza el pensar en las desgracias de esta familia del impío Tántalo. La discordia de los dos hermanos Atreo y Tieste (1) llenó esa casa de horror y de sangre. ¡Ah, cuantos crímenes arrastra un delito! Vuelve Agamenon triunfante con los Griegos del sitio de Troya; pero no se le deja tiempo para que goce en paz de la gloria que se habia adquirido: tal es por lo comun la suerte de casi todos los conquistadores. Todos esos hombres que estás viendo han sido temibles en la guerra, pero no

(1) Atreo y Tieste, hijos de Pelops y de Hipodamia, tenían uno á otro un odio implacable. Tieste, que solo pensaba en molestar á Atreo, deshonoró su lecho y se refugió en lugar seguro. Atreo, que tenia hijos de Tieste en su poder, fingió haberse olvidado de todo lo pasado y le convidó á un banquete: este acudió, y cuando se hubieron levantado de la mesa, Atreo le enseñó las cabezas y las manos cortadas de sus niños, dándole á entender que habia comido su carne. Tieste empleó á su hijo natural Egisto para vengarle de su hermano.

amables y virtuosos; y por eso no ocupan mas que el segundo lugar en los campos eliseos.

Estos que están conmigo, como que han reinado con justicia, y amado á sus vasallos, son amigos y escogidos de los dioses, miétras que Aquiles y Agamenon, abandonados á sus particulares resentimientos, siempre respirando guerras y combates, conservan aun aquí sus disgustos y sus defectos naturales. Al paso que ellos se acuerdan con dolor de la vida que ya no tienen, y que se afligen de no ser mas que unas sombras vanas y sin poder alguno; estos reyes justos, purificados por la divina luz que les sustenta, nada tienen que desear para su felicidad: se compadecen de las inquietudes de los míseros mortales, pareciéndoles juegos de niños los mas graves negocios que su ambicion agita. Sus corazones se sacian en la fuente de la verdad y de la virtud: ya nada tienen que sufrir ni de los otros, ni de sí: libres de deseos, de necesidades y de temores, todo se acabó para ellos, ménos la alegría que les durará eternamente.

Repara, hijo mio, en Inaco, aquel antiguo rey que fundó á Argos: mira cuan apacible y magestuosa es su ancianidad: bajo sus pies nacen las flores, y es tan ligero, que cuando anda, mas parece que vuela: tiene en la mano una lira de marfil, y en un eterno éxtasis canta las obras admirables de los dioses. De su boca y corazon se exhala una esquisita fragancia, y con la armonía de su lira y de su voz arrebatará á los hombres y á los dioses. Esta es la recompensa del amor con que gobernó y dictó leyes al pueblo que reunió en el recinto de sus nuevos muros.

Aquel que ves al otro lado entre aquellos mirtos es el Egipcio Cecrope, primer rey de Atenas, ciudad consagrada á la sabia diosa, de la cual toma el nom-

bre. Este fué el que llevando leyes útiles del Egipto (á quien es deudora toda la Grecia de las letras y de sus buenas costumbres), amansó con ellas el ferroz natural de los habitantes del Atica, y les unió con los vínculos de la sociedad. Fué justo, humano y compasivo: dejó ricos los pueblos, y á su familia en una medianía, sin permitir que le sucediesen sus hijos en el mando, porque juzgaba que eran otros mas dignos.

Conviene tambien que veas en aquel pequeño valle á Ericton (1), que fué el que inventó el uso de la moneda, con el objeto de facilitar el comercio entre las islas de Grecia; pero bien previó los inconvenientes de semejante descubrimiento, y por eso decia á todos aquellos pueblos: Aplicaos á multiplicar entre vosotros las riquezas naturales, que son las verdaderas riquezas: cultivad la tierra para tener con abundancia trigo, vino, aceite y otros frutos: tened numerosos rebaños que os mantengan con su leche, y os cubran con su lana; y así os pondréis en estado de no temer jamas la pobreza. Cuantos mas hijos tengais, tanto mas ricos seréis, si les enseñais á ser laboriosos, porque es inagotable la fecundidad de la tierra, que se aumenta á proporcion del número de habitantes que con aplicación la cultivan: á todos recompensa liberalmente, y solo es ingrata y avara con los negligentes. Estimad, pues, con predileccion las riquezas que satisfacen las verdaderas necesidades, y no la plata acuñada, en tanto que no os sea absolutamente necesaria para las

(1) Ericton, cuarto rey de Atenas, nacido de la tierra fecundada por Vulcano, inventó tambien el uso de los carros.

guerras inevitables que haya que sostener fuera del estado, ó para adquirir con ella lo que siendo necesario no lo produzca el país; y aun fuera de desear que se aniquilará aquel ramo de comercio que solo sirve de mantener el lujo, la vanidad y la molicie.

Yo temo, decia continuamente el sabio Ericton, mucho temo haberos hecho un fimesto presente en la invencion de la moneda: preveo que ella excitará la avaricia, la ambicion y el fausto: que mantendrá un sinnúmero de artes perniciosas, que enerven y corrompan las costumbres: que os hará mirar con despejo la amable sencillez de que procede la tranquilidad y la seguridad de la vida, y que en fin os hará despreciar la agricultura, que es la basa de la vida humana, y el origen de los verdaderos bienes: pero los dioses me son testigos de la buena intencion con que os he manifestado este descubrimiento útil en sí mismo. No se pasó con efecto mucho tiempo sin que echase de ver que el dinero corrompia las gentes, como habia previsto; y lleno de dolor y de pesar se retiró á una inculta montaña, donde vivió pobre y apartado de los hombres hasta una estrema vejez, sin querer tomar parte en el gobierno.

Poco despues de él pareció en la Grecia el famoso Triptolemo (1), á quien Ceres habia enseñado el arte de cultivar la tierra, y él de cubrirla todos los años de doradas mieses. No porque no fuese bien conocido

(1) Triptolemo era hijo de Coleo, otros dicen de Eleusio, rey de Eleusio. Su padre habiendo recibido obsequiosamente á Ceres, que buscaba á su hija Proserpina robada por Pluton, esta diosa agradecida enseñó á Triptolemo el arte de cultivar los trigos.

de los hombres el trigo y el modo de multiplicarle sembrándolo, pero ignoraban la perfeccion de su cultivo; y por eso Triptolemo, enviado por Ceres, vino con el arado en la mano á ofrecer los dones de la diosa á todos los pueblos que se animasen á vencer su natural pereza, y entregarse á un trabajo asiduo. Poco tardó Triptolemo en enseñar á los Griegos á hender y fertilizar la tierra abriendo á surcos sus entrañas; y no tardaron mucho los activos é infatigables segadores en derribar al golpe de la hoz las rubias espigas que cubrian las campiñas. Hasta los pueblos salvages y feroces, errantes en los bosques del Epiro y la Etolia, dulcificaron sus costumbres, establecieron leyes, y se sujetaron á ellas, luego que aprendieron á multiplicar tan prodigiosamente las cosechas y á alimentarse con pan.

Hizo Triptolemo que conociesen y apreciases los Griegos la ventaja de no deber sus riquezas mas que al trabajo, y de que cada uno encontrase en su posesion todo lo necesario para hacer la vida cómoda y feliz. Esta abundancia tan sencilla como inocente, les hizo acordar de los sabios consejos de Ericton, y que mirasen con desprecio el dinero y todas las riquezas artificiales, riquezas que no lo son mas que por el capricho de los hombres, que les incitan á apetecer peligrosos placeres, y les divierten del trabajo, en donde con amplia libertad se disfrutan y encuentran la pureza de costumbres, y los bienes que así merecen llamarse. Llegaron á conocer que una tierra fértil y bien cultivada es el verdadero tesoro de una familia que tenga la prudencia de vivir frugalmente como sus padres vivieron. ¡Felices los Griegos si constantemente siguieran unas máximas tan propias para hacerles poderosos, libres, felices, y dignos de serlo por una só-

lida virtud! Mas ah! qué ya empiezan á admirar las falsas riquezas, van poco á poco abandonando las verdaderas, y degenerando de aquella envidiable simplicidad.

¡ Ah, hijo mio! llegará dia en que reines: acuérdate, pues entónces de inclinar los hombres á la agricultura, honra este arte, alivia á los que á él se dediquen, y no permitas que nadie viva ocioso, ni ocupado en esos oficios que mantienen el lujo y la mollicie. Estos dos hombres, que fuéron tan sabios en el mundo, son aquí favorecidos de los dioses. Nota bien, hijo mio, que tanto mayor es su gloria que la de los otros héroes que solo lo han sido en la guerra, quanto es mas deleitosa la alegre primavera que el helado invierno, y quanto es mas brillante la luz del sol que la de la luna.

Mientras que Arcesio discurría de este modo, notó que Telémaco fijaba la vista hácia un lado en que habia un bosquecillo de laureles, y un arroyo guarnecido de violetas, de rosas, de lirios, y de otras muchas flores olorosas, cuyos vistosos colores se semejaban á los de Iris cuando desciende á anunciar á alguno la voluntad de los dioses. En aquel hermoso sitio reconoció Telémaco á Sesostris, mil veces mas magestuoso que lo estuvo nunca en el trono de Egipto. Salian de sus ojos rayos de apacible luz que deslumbraron sin embargo los de Telémaco. Al verle se hubiera creido que estaba embriagado de néctar: tan lleno estaba del espíritu divino, y tan arrebatado le tenia, en premio de sus virtudes, sobre todo quanto puede alcanzar el entendimiento humano. Díjole Telémaco á Arcesio: Padre mio, allí veo á Sesostris, aquel sabio rey de Egipto, que no ha mucho tiempo conocí yo en su córté.

El es, respondió Arcesio, y en él ves un ejemplo de la magnificencia con que los dioses recompensan á los buenos reyes; y sabe sin embargo que la gloria que posee es nada en comparacion de la que le estaba preparada si su escesiva prosperidad no le hubiera hecho olvidar las reglas de la moderacion y de la justicia. El deseo de humillar el orgullo, y la insolencia de los Tirios le empeñó en tomar su ciudad, y esta conquista le puso en el ánimo hacer otras; se dejó seducir de la vana gloria de los conquistadores, y subyugó, ó por mejor decir, asoló toda el Asia. A su vuelta á Egipto halló que su hermano se habia apoderado del trono, y alterado con un gobierno injusto las mejores leyes del pais; de modo que el único fruto de sus grandes conquistas fué la alteracion de su propio reino. Pero lo que le hizo mas inexcusable fué el haberse embriagado tanto de su propia gloria, que no dudó hacer uncir á un carro los mas poderosos reyes que habia vencido. Despues se reconoció, y se avergonzaba de haber sido tan inhumano. Este fué el fruto de sus victorias: esto lo que sucede á los conquistadores en perjuicio suyo y de sus estados cuando quieren usurpar los de sus vecinos: esto lo que le hizo ménos valer á un rey por otra parte tan justo y bienhechor, y esto en fin lo que disminuye la gloria que los dioses le tenían reservada.

¿ No ves, hijo mio, á este otro, cuya herida tanto le hermosa? pues es Diocledes, rey de Caria, que se sacrificó por su pueblo en una batalla; porque el oráculo habia predicho que en la guerra entre los de Caria y Licia quedaria victoriosa la nacion cuyo rey muriese.

Aquel que allí ves es un sabio legislador, que ha-

biendo dado á su nacion leyes capaces de hacerles buenos y felices, les hizo jurar que no violarian ninguna de ellas en su ausencia: despues de lo cual se salió de su patria, se desterró generosamente de ella, y murió pobre en otro país, porque el suyo quedase por su juramento obligado á guardar perpetuamente tan útiles leyes.

El otro que estás mirando es Eunesimo, rey de Pilos, y uno de los ascendientes del sabio Nestor. Con motivo de una peste que devastaba la tierra, y cubria de nuevas sombras las márgenes del Aqueron, imploró á los dioses que aplacasen su cólera, y ofreció pagar con su vida por tantos millares de inocentes. Fué oída su suplica, y los dioses en recompensa le han otorgado aquí un verdadero reino, en cuya comparacion no son todos los de la tierra mas que sombras y apariencias.

Este anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo: reinó en Egipto, y estuvo casado con Anquinoe, hija del dios Nilo, que oculta el origen de sus aguas, y enriquece las tierras que inunda. Tuvo dos hijos, Danao, cuya historia sabes, y Egipto, que dió su nombre á aquel hermoso reino. Belo, pues, se tenia por mas rico con la abundancia que proporcionó á su pueblo, y con el amor que sus vasallos le tenian, que con todos los tributos que hubiera podido imponerles.

Estos hombres, hijo mio, que tú tenias por muertos, viven; y por el contrario, la vida que miserablemente arrastran los hombres en el mundo, si que es muerte. ¡Plugiense á los dioses hacerte tan bueno, que merecieses esta dichosa vida infinita é imperturbable! Mas ya es tiempo que vuelvas á buscar á tu padre, hazlo prontamente; mas ántes que le halles, ¡cuanta sangre verás derramada! ¡y qué gloria te está reservada en

los campos de la Hesperia! Ten presentes los consejos del sabio Mentor, si quieres que sea tu nombre célebre entre todas las naciones y por todos los siglos. Dijo, y al instante condujo á Telémaco hácia la puerta de marfil, para que por ella saliese del tenebroso imperio de Pluton. Despidióse de él Telémaco enternecido, pero sin poderle abrazar, y saliendo de aquellos sombríos lugares, se restituyó con presteza al campo de los aliados despues de hallar en el camino á los dos Cretenses que le habian acompañado hasta cerca de la caverna, los cuales habian perdido la esperanza de volver á verle.

FIN DEL LIBRO DIEZ Y NUEVE.

LIBRO VEINTE.

SUMARIO.

Tienen consejo los cabos del ejército sobre si se apoderarian por sorpresa de la ciudad de Venusa, dada en tercería á los Lucanienses: resístelo Telémaco, y prevalece su dictámen. Admiran todos su sabiduría con motivo de dos prófugas que se aprehendiéron, de los cuales el uno llamado Acante habia ofrecido á Adrasto que envenenaria á Telémaco, y el otro llamado Dioscoro ofrecia á los aliados la cabeza de Adrasto. Dase despues una batalla, y en ella busca ansioso Telémaco á Adrasto, dando la muerte á cuantos encuentra al paso; y Adrasto, que no con menor saña busca á Telémaco, encuentra y mata á Pisitrato, hijo de Nestor. Sobreviene Filoctetes, y al mismo tiempo en que iba á atravesar á Adrasto le hiere á él un Lucaniense, y se vé obligado á retirarse. Corre Telémaco á los gritos de los aliados, en quienes Adrasto hacia el mayor estrago. Encuéntranse, por fin ámbos, se baten, y Telémaco le concede la vida con ciertas condiciones. Levántase Adrasto, intenta sorprender á Telémaco, tírale un dardo, yerra el golpe, y huye; pero Telémaco volvió á cogerle, y le quitó la vida.

JUNTABONSE entretanto los capitanes del ejército á deliberar si se apoderarian de Venusa (1), ciudad fuerte,

(1) Venusa, hoy Venosa, es una pequeña ciudad episco-

usurpada por Adrasto á los Apulienses, sus vecinos, los cuales se habian ahora unido al ejército aliado para reclamar tan injusta usurpacion. Adrasto para aquietarlos dejó la ciudad en tercería á los Lucanienses; pero tenia sobornada la guarnicion, y el comandante, de modo que no habia en la ciudad mas autoridad efectiva que la suya, quedando engañados en el tratado los Apulienses que conviniéron en que la guarneciesen las tropas Lucanienses.

Un ciudadano de Venusa, llamado Demofante, habia ofrecido secretamente á los aliados que les entregaria de noche una de las puertas de la ciudad. Era esta ventaja de tanta consideracion como que el principal almacén de guerra y boca le tenia Adrasto en un castillo inmediato á la ciudad, el cual no podia defenderse si la ciudad se tomaba. Filoctetes y Nestor fuéron de opinion que convenia aprovecharse de tan buena ocasion, y su autoridad se llevó tras sí el voto de los demas gefes, alucinados tambien con la utilidad que les resultaria de tan fácil adquisicion; pero Telémaco hizo, cuando le tocó hablar, los últimos esfuerzos por disuadirles.

No ignoro, les dijo, que si algun hombre en el mundo merece ser engañado es Adrasto, que tantas veces ha engañado al mundo entero. Bien conozco que en sorprender á Venusa no hariais otra cosa que posesionaros de una ciudad que os pertenece, pues es de los Apulienses unidos á la liga. Confieso que podríais hacerlo con tanta mas apariencia de razon, como que Adrasto que la ha puesto en depósito, tiene sobornados al co-

pal del reino de Nápoles, en la Basilicata, al norte de Cirrenza, de la cual es sufragánea, y distante de cinco leguas.

mandante y la guarnición para entrar en ella cuando lo juzgue mas á propósito; y conozco en fin, como conocen todos, que tomada la ciudad seriais desde mañana dueños del castillo, en que tiene Adrasto almacenados todos los preparativos de guerra, y que de este modo acabaríais en dos días esta tan formidable. ¿Pero no es mejor morir que vencer por tales medios? ¿es justo rechazar un fraude con otro? ¿habiais de dar lugar á que se dijese que tantos reyes coligados para castigar los engaños del impío Adrasto fuéron de tan mala fé como él? Si nos es permitido hacer lo que él hace, ¿dónde está su delito? En nosotros lo fuera castigarle. Pero qué ¿no tiene toda la Hesperia, sostenida por tantas colonias griegas y tantos héroes vueltos del sitio de Troya, no tiene otras armas contra la pérfidia y los perjurios de Adrasto, que el perjurio y la pérfidia?

Vosotros habeis jurado por lo mas sagrado que se conoce, que dejaríais la ciudad en depósito á los Lucanien- ses. Decis, é yo lo creo, que Adrasto tiene corrompida la guarnición; sin embargo ella está á sueldo de los Lucanien- ses, no ha rehusado obedecerlos, y aunque solo sea en la apariencia han observado la neutralidad. Adrasto ni los suyos han entrado desde entón- ces en Venusa: el tratado subsiste, y no se han olvidado los dioses del juramento que les hicisteis. ¿Acaso no se ha de cumplir una palabra sino cuando no se encuentra pretexto plausible para faltar á ella? ¿ó no se ha de cumplir con la religion del juramento sino cuando no se gana nada en quebrantarle? Si el amor á la virtud, y el temor de los dioses no os contiene, conténgaos si- quiera lo que aventurais vuestra opinion y vuestro in- teres. Si dais un ejemplo tan pernicioso como él de faltar á vuestra palabra, y violar un juramento por ter-

minar una guerra ¿á cuántas no daréis lugar por tan impía conducta? ¿quién de vuestros vecinos no se verá reducido á temerlo todo de vos y á detestaros? ¿quién aun en las mayores urgencias se atreverá á fiarse de vosotros? ¿qué seguridad habeis de dar cuando trateis de buena fé, y os interese que así se crea? ¿acaso un solemne tratado? Acostumbrados estais, dirán, á romperlos. ¿Pues qué, un juramento? Nadie ignora que tenéis en poco á los dioses cuando esperais sacar del perjurio alguna utilidad. Con que no os queda medio. Tan poco seguro será vivir con vosotros en paz como estar en guerra. Todas vuestras ofertas y proposiciones serán siempre recibidas como si en ellas fuese disfrazada ó descubierta la guerra: seréis los enemigos perpetuos de cuantos tengan la desgracia de confinar con vos- otros. Todos aquellos negocios, cuyo buen éxito dependa de la buena reputacion y de la probidad, serán para vosotros desgraciados, como que no tendréis arbitrio para hacer que se crea nada de lo que ofrezcais.

Aun hay otro motivo mas poderoso, que debe llamar vuestra atencion, si es que aun os resta algun sentimiento de probidad, y conocimiento de vuestros in- tereses; y es que una conducta tan injusta precisamente ha de dar por el pie vuestra alianza: en vuestro perjurio está el triunfo de Adrasto.

A esta asercion se conmovieron todos, y le pregun- táron que en que se fundaba para decir que una accion que aseguraba la victoria á la liga seria la que disol- viese esta.

¿Cómo podréis, les respondió, estar seguros unos de otros, si rompéis vosotros mismos el único vínculo de la sociedad y de la confianza, que es la buena fé? Adoptada la máxima de que se pueden violar las reglas

de la probidad y de la fidelidad cuando de ello se siga algun interes, ¿quién de entre vosotros mismos se atreverá á fiarse del otro, sabiendo que le puede faltar á la palabra siempre que le sea ventajoso engañarle? ¿á qué términos no os veréis entónces reducidos? ¿y quién no tratará de prevenir con sus artificios los de su vecino? ¿en qué se ha de fundar la alianza de tantas naciones, convenidas en que las es lícito sorprender á su vecino y faltarle á la fé prometida? ¿cuál deberá necesariamente ser vuestra mutua desconfianza, vuestra desunion, y vuestro empeño en arruinaros unos á otros? Ninguna necesidad tendria el enemigo de atacaros, que harto os destruiríais vosotros mismos, y vosotros mismos justificaríais su perfidia.

¡O reyes sabios y magnánimos! vosotros, que tan larga experiencia teneis en el mando de tanta multitud de pueblos, no os desdeñeis de oír el dictámen de un jóven. Si cayeseis en el mas lastimoso estremo á que suele la guerra precipitar á los hombres, aun hay remedio: de allí podrán sacaros vuestra vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud, pues el verdadero valor jamas se deja abatir; pero si por desgracia rompeis una vez la barrera del honor y de la buena fé, esta es una pérdida irreparable; porque ni podréis restablecer la confianza necesaria al buen suceso de los mas importantes negocios, ni hacer que recobren los hombres los principios de virtud, que en vuestra conducta han aprendido á despreciar. ¿Pero qué es lo que teméis? ¿por ventura no os sobra valor para vencer sin engañar? ¿ó no os parece suficiente vuestra virtud, unida á las fuerzas de tantos pueblos como os obedecen? Peleemos pues; y si es necesario, muramos ántes que vencer por tan indignos medios. Adrasto, el impío Adrasto está en

nuestras manos, si nos avergonzamos de imitarle, y miramos con horror su perfidia y su mala fé.

Acabó Telémaco su discurso, y conoció que sus labios habian destilado la dulce persuasion que penetra los corazones, porque notó un profundo silencio, y como que estaban todos pensando no en él, ni en las gracias de su decir, sino en la fuerza de la verdad que animaba su razonamiento. La admiracion estaba pintada en los rostros de todos. Por fin, se oyó un apacible murmullo, que poco á poco se fué difundiendo por toda la asamblea, mirábanse unos á otros, y ninguno se atrevia á hablar el primero, esperando que se declarasen los principales gefes, costando á todos no poco trabajo el ocultar su dictámen, hasta que por fin habló el grave Nestor en estos términos:

Digno hijo de Ulises, los dioses te han estimulado á que hables: y Minerva, que tantas veces inspiró á tu padre, ha puesto en tu pecho el generoso consejo que acabas de darnos. Yo no miro tus pocos años, sino á Minerva, de quien es cuanto nos acabas de decir. Tú has abogado por la virtud; ¿y quién duda que sin ella las mayores ventajas son verdaderas pérdidas? Sin ella bien pronto se atrae la venganza de los enemigos, la desconfianza de los aliados, el horror de todos los hombres de bien, y la justa cólera de los dioces. Dejemos pues á Venusa en poder de los Lucanienses, y no pensemos sino en vencer á Adrasto con nuestro valor.

Dijo, y le aplaudió toda la asamblea; mas al tiempo del aplauso todos admirados ponian los ojos en el hijo de Ulises, y creían ver brillar en él la sabiduría de Minerva que le inspiraba.

Suscitóse muy luego otra dificultad, en cuya decision se adquirió Telémaco no ménos gloria. Adrasto,

siempre cruel y pérfido, envió al campo de los aliados un trasfuga llamado Acanto, para que emponzoñase los mas ilustres capitanes, y particularmente á Telémaco, que era ya el terror de los Danienses. Este le acogió cariñosamente, porque donde reina el valor y el candor no se conocen las desconfianzas; y no solo recibió en su tienda á aquel desdichado, que habia visto á Ulises en Sicilia, y le contaba á Telémaco sus aventuras, sino que le mantenía, y procuraba consolarle en la desgracia de que se quejaba de haber sido engañado y tratado indignamente por Adrasto. Mas esto era alimentar y abrigar en el seno una venenosa vívora dispuesta á pagar el beneficio con una mortal picadura.

Sorprendieron las centinelas á otro fugitivo llamado Arion, que de parte de Acanto iba á informar á Adrasto del estado del campo de los aliados, y asegurarle que el dia siguiente envenenaria á los principales reyes y á Telémaco en un banquete que este le tenia dispuesto. Cogido que fué, y confesada la traicion, sospechó que estaria de acuerdo con Acanto, su íntimo amigo. Pero este profundamente disimulado é intrépido se defendía con tal arte, que era imposible convencerle, ni descubrir la conjuracion.

Muchos de los reyes fueron de dictámen de que en la duda se le debía sacrificar á la seguridad pública. Es necesario, decian, que muera: la vida de un hombre no es nada cuando se trata de asegurar la de tantos reyes. ¿Qué importa que perezca un inocente si de ello resulta la conservacion de los que representan á los dioses en la tierra?

¿Qué máxima tan inhumana! ¿qué política tan bárbara! respondió Telémaco. ¿Pues qué tan prodígos sois de sangre humana, vosotros á quienes se ha elegido

para pastores de los hombres, y que no teneis sobre ellos otro dominio que el necesario para conservarlos como un pastor conserva su rebaño? Eso es mas bien ser lobos carniceros que pastores, ó cuando mas ser pastores solo para esquilas y degollar el ganado en lugar de guiarle á los pastos. Segun vosotros, lo mismo es ser acusado que delincuente, y una sospecha merece la muerte. Siendo así dependerá la inocencia de la envidia y la calumnia, y á proporcion que en vosotros se aumente la desconfianza tiránica, será preciso sacrificaros víctimas.

Decia esto Telémaco con una autoridad y una vehemencia que arrastraba tras sí los corazones, y cubria de vergüenza á los autores de tan infame consejo. Y serenándose despues un poco, les dijo en tono mas apacible. Yo por mí no amo tanto la vida que la deseé á semejante precio: mas quiero que Acanto sea un malvado que serlo yo, y que él por una traicion me quite la vida, que contribuir yo á que se le quite la suya en la duda de si será injustamente. Mas oid vosotros, que siendo reyes, quiero decir jueces de los pueblos, debeis juzgar á los hombres con justicia, prudencia y moderacion; dejadme que exámine á Acanto en vuestra presencia.

Con efecto inmediatamente empezó á preguntarle acerca de su intimidad con Arion: le estrecha sobre una infinidad de circunstancias: hace muchas veces como que le va á enviar á Adrasto para que le castigue con la severidad que un prófuga merece; y todo por descubrir si manifestaba temor de que así se le enviase; pero el semblante y la voz de Acanto permanecieron tranquilos hasta que por fin viendo la imposibilidad de arrancarle por estos medios la verdad, dadme, le dijo

Telémaco, vuestro anillo para enviarle á Adrasto. A esta demanda se sobresaltó Acanto, mudó de color, y se halló embarazado, conociólo Telémaco, que tenia siempre fijos en él los ojos, tomó el anillo, y le dijo: Voy á enviársele á Adrasto con un Lucaniense llamado Polítropo, á quien vos conoceis, para que como que va de secreto se le entregue de vuestra parte. Si por este medio descubrimos que estais de acuerdo, pereceréis vos sin remedio al rigor de los mas crueles tormentos; mas si desde luego lo confesais, nos contentarémolos con enviaros á una isla en donde nada os falte. Logróse con efecto que confesase su delito, y Telémaco obtuvo de los reyes que se le perdonase, y que como se le habia ofrecido, se le llevase á una de las islas Echinades (1), donde vivió en paz.

Poco tiempo despues llegó de noche al campo un Daniense llamado Dioscoro, de oscuro nacimiento, pero de un espíritu violento y atrevido, á ofrecer á los aliados que degollaria á Adrasto en su propia tienda: y lo hubiera cumplido, porque cualquiera es dueño de la vida agena, si mira con desprecio la suya. Este hombre no respiraba mas que venganza, porque Adrasto le habia robado su muger, hermosa como la misma Vénus, y él la amaba con tal estremo que estaba resuelto á matar á Adrasto, para recobrarla, ó á morir por emprenderlo. A este fin tenia facilitado el entrar de noche en la tienda del rey, y estaba ademas de acuerdo con muchos capitanes Danienses que favorecian la empresa;

(1) Las Echinades, hoy Consulares, están situadas al descubocadero del río Aqueloo, fronteras á la Acarnania en el Epiro.

pero creía oportuno que los aliados diesen al mismo tiempo un ataque para salvarse mas fácilmente con la turbacion que causase, y recobrar su muger: por último, se contentaba con morir, si despues de haber matado al rey no podia recobrarla.

Inmediatamente que Dioscoro esplicó á los reyes su designio, se volviéron todos hácia Telémaco como pidiéndole que decidiese, y él lo hizo así:

Los dioses, que nos han preservado de traidores, nos prohíben que nos sirvamos de ellos. Aun cuando no tuviésemos toda la virtud necesaria para detestar la traicion, solo nuestro interes bastará para repelerla. En el momento en que la autoricemos con nuestro ejemplo, nos hacemos dignos de que se vuelva contra nosotros; y desde aquel instante, ¿quién de nosotros vivirá seguro? Adrasto podrá muy bien evitar el golpe que le amenaza, y hacer que cayga sobre los reyes aliados. La guerra ya no será guerra: la sabiduría y la virtud no serán de ningun uso, y no se verán mas que pérfidias, traiciones y asesinatos. Nosotros mismos experimentarémolos las funestas consecuencias, y lo tendrémolos bien merecido, si autorizamos el mayor de los males. Concluyó pues que el traidor se debe enviar á Adrasto. Confieso que este no lo merece; pero toda la Hesperia y la Grecia toda que nos estan observando, merecen que tengamos esta conducta, con la cual nos harémolos dignos de su estimacion. Ademas de que por nosotros mismos, y lo que aun es mas por los justos dioses, debemos mirar con este horror la pérfidia.

Al instante fué llevado Dioscoro á Adrasto, á quien hizo temblar el peligro en que se habia visto, y no sabia como admirarse de la generosidad de sus enemigos, porque los malvados apenas comprenden la pura virtud:

admiraba á su pesar lo que acababa de ver , y no se atrevía á alabar : avergonzábale esta noble accion trayéndole á la memoria todos sus engaños y crueldades : queria disminuir la generosidad de sus enemigos , y se avergonzaba de parecer ingrato , pues que les debía la vida ; pero los hombres corrompidos fácilmente se endurecen , y proceden contra lo mismo que sienten. Viendo pues Adrasto que la reputacion de los aliados de dia en dia se aumentaba , creyó hallarse en el caso de hacer contra ellos alguna accion señalada ; y como ninguna podía hacer que fuese virtuosa , procuró á lo ménos ganar con las armas alguna gran ventaja , y con este fin se aprestó para una batalla.

No bien la aurora abria al sol las puertas del oriente el dia destinado para darla , cuando ya el jóven Telémaco , previniendo por su cuidado la vigilancia de los mas experimentados capitanes , se sustrajo de los brazos del dulce sueño , y puso en movimiento á todos los oficiales. Ya brillaba en su cabeza el morrion cubierto de flotantes crines , é ya los resplandores de la coraza deslumbraban á cuantos la miraban. Tenia el escudo , obra de Vulcano , ademas de su natural hermosura , la que le comunicaba la egida que bajo de él estaba encubierta : y Telémaco , con la lanza en una mano , señalaba con la otra los diferentes puntos que convenia ocupar.

Habia derramado Minerva en sus ojos un fuego divino , y en su rostro una severa magestad que desde luego anunciaban la victoria. Camina , y todos los reyes , olvidándose de sus años y de su dignidad , se sienten como impelidos de cierta fuerza superior que les obliga á seguirle : los débiles zelos no tienen entrada en sus pechos , ni hay nada que se resista al que Minerva conduce invisiblemente por la mano : sus movimientos

nada tenian de impetuosos ni precipitados , sino de apacibles , sosegados y tranquilos : siempre pronto á oír á los demas y aprovecharse de sus advertencias : activo , pródigo , cuidadoso de las mas remotas necesidades , todo lo disponia con oportunidad , sin confundirse ni embarazar á los otros : escusaba faltas , deshacia equivocaciones , prevenia dificultades , sin exígir de nadie imposibles , é inspirando á todos libertad y confianza.

Si daba una orden , lo hacia en los términos mas precisos y claros , repitiéndola para que mejor la entendiese él que la habia de ejecutar , y en los ojos conocia si la habian entendido bien : hacia despues que familiarmente le esplicasen lo que habian entendido , y el principal objeto de la comision ; y cerciorado de que habia sido entendido , y de la capacidad del que llevaba la orden , no le despedia sin hacerle alguna demostracion de aprecio y de confianza para animarle , y así se esmeraban todos en desempeñar sus encargos para complacerle , sin temer que les atribuyese el mal suceso de lo que les encomendaba , porque sabian que era indulgente con los defectos que no procedian de malicia.

Enrojeçíase el orizonte inflamado con los primeros rayos del sol , y reverberaba en el mar la nueva luz del dia , cuando toda la playa estaba ya cubierta de hombres , de armas , de caballos y carros , causando un confuso ruido , semejante al de las olas irritadas cuando mueve Neptuno en el fondo de los abismos las crueles borrascas. Así , por el estrepitoso ruido de las armas y la horrorosa prevencion de la guerra , empezaba Marte á derramar la rabia en todos los corazones. Cubrian la campaña las levantadas picas como cubren las espigas los fértiles surcos. Ibase levantando una nube de polvo que á poco oscureció la luz , y ocultó hombres , cielo

y tierra; y la confusion, el horror, el estrago y la muerte cruel se colocaron al frente.

Apénas se arrojaron los primeros tiros, cuando levantando Telémaco ojos y manos al cielo, hizo esta plegaria:

¡O Júpiter, padre de los dioses y de los hombres! bien veis de nuestra parte la justicia, y que no hemos tenido á ménos buscar por todos medios la paz: sabeis cuan á nuestro pesar peleamos, y que quisiéramos evitar que se derramase la sangre de nuestros semejantes: sabeis tambien que no aborrecemos ni aun á nuestro enemigo por mas cruel, pérfido y sacrilego que sea: decidid entre él y nosotros. Si conviene que muramos, en tus manos estan nuestras vidas; y si hemos de libertar la Hesperia y rendir al tirano, tu poder y la sabiduría de Minerva, tu hija, nos harán victoriosos. A tí será debida la gloria, á tí, que con fiel balanza decides la suerte de las batallas. Por tí, peleamos; y pues eres justo, mas enemigo es Adrasto tuyo que nuestro. Si vence vuestra causa, correrá en vuestras aras, ántes que se pase el día, la sangre de una hecatombe entera (1).

Dijo: y empezó á avivar y dirigir sus fogosos caballos hácia donde mas estrechaban los enemigos. Encuéntrase desde luego con Periandro, Loicense, cubierto de la piel de un leon que habia vencido viajando por la Cilicia: iba, como Hércules, armado de una enorme clava, y en la estatura y fuerzas era semejante á los gigantes. Luego que vio á Telémaco, le dijo, en desprecio de sus pocos años y de su hermosura: ¡qué bien

(1) Una hecatombe era un sacrificio de cien bueyes.

te está, jóven afeminado, disputarnos la gloria de las batallas! Vé, niño, desciende á buscar entre las negras sombras á tu padre, y al acabar de decirlo enarbola la nudosa y ferrada maza que mas parecia mastil de navío: todos temen su caída; mas solo amenaza al hijo de Ulises, que evitando el golpe se lanza sobre Periandro con la rapidez de una águila. Cayó la clava, é hizo añicos la rueda de un carro inmediato al de Telémaco, que entretanto atesta una flecha á su enemigo, y le atraviesa la garganta: corre la sangre á borbotones por la herida, y le falta la voz: sus fogosos caballos, no sintiendo la débil mano que los guía, corrian, sueltos sobre el cuello las flotantes riendas, y llevaban á su dueño por todas partes, hasta que cayó en fin del carro, cerrados los ojos á la luz, y pintada ya la pálida muerte en su desfigurado rostro. Compadeciése Telémaco de él, entregó el cuerpo á los domésticos, y solo se reservó en señal de su victoria la piel del leon y la maza.

Busca despues á Adrasto, y al paso precipita á los infiernos un gran número de combatientes: entre ellos Hileo, de cuyo carro tiraban dos caballos semejantes á los del sol, criados en las vastas praderias que baña el Aufido (1): Demolcon, que casi habia igualado en Sicilia al famoso Erix en la lucha del cesto: Crantor, que fué amigo, y hospedó á Hércules cuando pasó por la Hesperia, y mató al infame Caco (2): Mene-

(1) El Aufido, hoy Ofanto, es un rio del reino de Nápoles, que nace en los montes del Apenino en el principado ulterior; separa la Capitanata de la Basilicata, y va á desaguar en el golfo de Venecia. Cerca de este rio fué donde se dió la famosa batalla de Canas.

(2) Caco, hijo de Vulcano, era un pastor y un ladrón.

crates, que dicen se parecia á Polux en la lucha : Hippocoon de Salapia, que imitaba la destreza de Castor en manejar un caballo : el famoso cazador Eurímedes, siempre manchado de la sangre de los osos y javalíes que mataba en las nevadas cumbres del Apenino, y de quien era fama que fué tan amado de Diana, que por sí misma le enseñó á disparar las flechas : Nicostrato, vencedor de un gigante, que en las rocas del monte Gargan (1) vomitaba fuego : Cleanto que habia de casarse con la jóven Foloe, hija del rio Liris (2), que la tenía prometida al que la libertase de un dragon que se habia criado en sus orillas, y que segun la prediccion de un oráculo debia devorarla dentro de pocos dias. Ciego de amor se espuso aquel jóven á perder la vida por quitársela al monstruo, y se la quitó con efecto; pero no gozó el fruto de su victoria, porque mientras Foloe se preparaba para el dulce himeneo, y esperaba con impaciencia á Cleanto, le llegó la noticia de que habia seguido el ejército de

quien se recogia cerca del monte Aventino, y robó los bueyes de Hércules, llevándoselos hácia atrás, ó al revés, á su cueva. Fingen los poetas que tenía tres bocas, y echaba fuego y llamas cuando quería.

(1) El monte Gargan, ó el monte San Angel, es una montaña del reino de Nápoles; se toma algunas veces por aquella en que está edificada la villa llamada *Monte di Santo Angelo*; se tomaba en otro tiempo por toda la península de la Capitanata que está entre el golfo de Manfredonia y el de Rodi.

(2) El rio Liris, hoy Gatiglan, nace en el Abruzzo ulterior, al poniente del lago Celano, pasa por en medio de la tierra de labor, y va á desembocar en el golfo de Gaeta.

Adrasto, y cortado cruelmente la parca el hilo de su vida en una batalla, con cuya noticia llenó de gemidos los bosques y los montes cercanos al rio; hizo de sus ojos fuentes de lágrimas; se arrancó la rubia cabellera; se olvidó de coger las flores con que acostumbra tejerse guirnaldas, y acusó al cielo de injusto; y como de día ni de noche cesase de llorar, se condoliéron los dioses, sensibles tambien á los ruegos de su padre, y pusieron fin á su tormento transformándola repentinamente en fuente, que manando en el centro del rio, junta sus aguas con las del dios su padre; pero aun conservan cierta amargura; no florece á su lado la yerba, ni se encuentra en sus márgenes mas sombra que la del cipres.

Avisado Adrasto del terror que por todas partes iba Telémaco infundiendo, le busca ansiosamente, no dudando vencer con facilidad á un jóven tan tierno: lleva consigo treinta Daunos de extraordinaria fuerza y destreza, y de no ménos osadía, y les ofrece grandes premios, si durante la batalla quitan de cualquier modo la vida á Telémaco; y no tiene duda que si por desgracia le encontrará en aquel momento, hubiera sido fácil á sus guardias rodear el carro del jóven griego, para que mas á su salvo pudiese Adrasto acometerle por el frente, y matarle; pero dispuso Minerva que se extraviasen.

Creyó Adrasto que veía y oía á Telémaco en cierto sitio de llanura que hay al pie de un collado, donde se hallaba entonces un tropel de gente peleando. Corre, vuela, llega sediento de sangre; pero en lugar de Telémaco se encuentra con el anciano Nestor, que con mano trémula arroja á la ventura algunos dardos inútiles. Arrebatado Adrasto de furor pretende atrave-

sarle; pero una tropa de Pílios se arroja á defenderle.

Crúzanse de una y otra parte tantas flechas, que se ocultó el cielo, y no se veían los hombres: oíanse lastimosos alaridos de los moribundos, y el horrisono estruendo que causaban las arinas de los que caían: gime la tierra bajo el peso de tanto cadáver: arroyos de sangre corren por todas partes, mientras Belona y Marte, acompañados de las furias infernales, cuyas horriboras vestiduras destilan gotas de negra sangre, apacientan sus crueles ojos en tan inhumano espectáculo, renuevan incesantemente la rabia en los corazones, y ahuyentan de los dos ejércitos la piedad, la moderacion y todo sentimiento de humanidad. Todo era allí estrago, venganza, desesperacion, encarnizamiento y furor brutal. Hasta la invencible Pallas se estremece al verlo, y retrocede horrorizada.

Avanza Filoctetes á paso lento al socorro de Nestor, llevando las flechas de Hércules en la mano. Y Adrasto, no habiendo podido llegarse al divino anciano, se venga en los Pílios matando muchos de ellos.

Ya habia derribado á Ctesilas, tan ligero en la carrera, que apenas dejaba señal de sus huellas, y se adelantaba en su país á las mas rápidas olas del Eurotas (1) y del Alfeo (2): tenia tambien á sus pies á Eutifron mas bello que Hilas (3), y no menos infatigable

(1) El Eurotas, hoy Basilipotauras é Iris, es un gran río de la Morea que desagua en el golfo de Colochina.

(2) El Alfeo es otro gran río que atraviesa la Morea y entra en el golfo de la Arcadia.

(3) Hilas, hermosísimo muchacho, hijo de Tiodamas, amado de Hércules, fué robado por las ninfas, segun dice

cazador que Hipólito: Pterelas, que habia seguido á Nestor al sitio de Troya, y que por su valor y sus fuerzas se habia hecho estimar del mismo Aquiles: Aristogiton, que habiéndose bañado en las aguas del río Aqueloo (1), recibió secretamente de este dios la virtud de tomar todas las formas que quisiese; y era tan ligero y pronto en sus movimientos, que se escapaba de entre las manos aun á los mas fuertes; pero Adrasto de un bote de lanza le dejó inmóvil, y le hizo exhalar el alma envuelta en sangre.

Viendo Nestor que á manos del cruel Adrasto caían sus mas bravos capitanes, como caen en el otoño las rubias espigas á los golpes de la cortante guadaña de un infatigable segador, se olvida del peligro á que inutilmente esponia su vejez, se olvida de su prudencia, y solo cuida de seguir con la vista á su hijo Pisistrato que sostenia por su parte el combate con el mayor ardimiento por alejar de su padre el peligro. Mas era llegado el fatal momento en que Nestor conociese que muchas veces es desgracia tan larga vida.

Tira Pisistrato la lanza á Adrasto con tal violencia, que sin duda le traspasara, si el Daniense no evitase el golpe; pero mientras que él se incorpora y recobra la lanza, le atraviesa Adrasto con un dardo por el vientre. Empezáronle al instante á salir las entrañas entre

la fábula, mientras sacaba del agua su cántaro que habia dejado caer. Pero la verdad es que se cayó el mismo en el agua, y que su muerte dió lugar á la voz que se esparció de su pretenso rapto.

(1) Aqueloo, río del Acarnania, en el Epiro, que separa de la Natolia, nace en el monte Pindo.

un torrente de sangre : marchítase su tez como se marchita una flor cogida en un prado por una niebla : perdiéron sus ojos su lumbré , y la voz estaba ya casi muerta , cuando Alceo , su ayo , le sostuvo al caer , y no tuvo mas tiempo que para conducirle á los brazos de su padre . Quiso hablar en ellos Pisistrato , y darle las últimas muestras de su amor ; pero al abrir la boca espiró .

Mientras Filoctetes causaba al rededor de sí los mayores estragos para rechazar los esfuerzos de Adrasto , estrechaba Nestor entre sus brazos el cadáver de su hijo : llenaba el aire de gritos , y le era odiosa la luz . ¡ Qué desgracia , decía , ha sido para mí ser padre , y vivir tanto tiempo ! ¡ Ay de mí ! ¡ porqué , ó cruel destino , porqué no me quitaste la vida en la caza del javalí de Calidon (1) , en el viage de Colcos (2) , ó en el primer sitio de Troya ! Entonces hubiera muerto con lauro y sin amargura ; mas ahora arrastró una dolorosa vejez débil y despreciada ; solo estoy vivo al dolor , y solo á la tristeza soy sensible . ¡ Hijo mio ! ¡ mi querido Pisistrato ! Cuando perdí á tu hermano Antifoco , me quedabas tú para mi consuelo , mas ahora que tambien tú me faltas , ¿ qué será capaz de consolarme ? ¡ para mí se acabó todo ! Ni la esperanza , que es el único consuelo de los afligidos , puede serlo para mí : es un bien á que no puedo aspirar . ¡ Antifoco ! ¡ Pisistrato ! ¡ hijos míos !

(1) Calidon , antigua ciudad de Etolia , hoy Aiton , en la Livadia , estaba desolada por un horrendo Jabali que Meleagro emprendió domar , pero no lo pudo conseguir sin el socorro de Teseo .

(2) El viage de Colcos fué emprendido para ir á la conquista del vello de oro .

hoy me parece que os pierdo á ámbos , pues la muerte del uno renueva la profunda herida que me hizo la del otro . ¡ Ya no volveré á veros ! ¿ quién cerrará mis ojos ? ¿ quién recogerá mis cenizas ? ¡ ó Pisistrato ! tú has muerto , imitando á tu hermano , como hombre valeroso : solo yo soy el que nunca muere .

Al decir esto se atravesará con un dardo si no le contuvieran : arrancáronle el cadáver , y como el desgraciado anciano se desmayase , le condujéron á su tienda ; y recobrado un poco , quiso volver á la batalla ; pero le detuviéron á su pesar .

Entretanto se andaban buscando Adrasto y Filoctetes ; centelleaban los ojos de ámbos como los del leon y el leopardo cuando en las campiñas que riega el Caistro (1) se buscan para despedazarse . Las amenazas , el furor marcial , y la cruel venganza brillaban en sus furibundos ojos : á lo quiera que caían sus dardos , llevaban la muerte consigo : amedrentadas estaban las tropas . Llegó ya el caso de que se viesen , y de que Filoctetes se dispusiese á dispararle una de aquellas terribles flechas , que saliendo de su mano jamas erráron el tiro , ni dejaban esperanza de que se curasen las heridas . Pero Marte , que defendia al cruel é intrépido Adrasto , no permitió que tan pronto pereciese para prolongar por su medio los horrores de la guerra , y multiplicar los destrozos ; y ademas le conservaba la justicia divina para castigo de los hombres , y derramar su sangre .

En el momento en que Filoctetes iba á acometerle , le hirió á él con una lanza Anfimaco , mancebo Lu-

(1) El Caistro , hoy Chiais , es un rio de Natolia en el Asia , que corre entre el Sarabato y el Madre , cerca de la ciudad de Efeso , por la parte del norte .

caniense, mas bello que el famoso Nireo (1), cuya hermosura solo cedia á la de Aquiles entre todos los Griegos que militaron en el sitio de Troya. Apenas se sintió herido Filoctetes, cuando disparó la flecha á Amfimaco, y le atravesó el corazon. Inmediatamente eclipsáron la luz de aquellos hermosos ojos las negras tinieblas de la noche, y se marchitáron los corales de sus labios, mas vermejos que las rosas con que al nacer la aurora matiza el orizonte: una horrorosa palidez ocupó sus mejillas; y aquel rostro, ántes delicado y hermoso, repentinamente quedó tan desfigurado que hasta el mismo Filoctetes le tuvo compasion; ni habia quien no la tuviese al ver á aquel jóven revolcándose en su sangre, y arrastrando por el suelo su hermosa cabellera, en nada inferior á la del mismo Apolo.

Vióse Filoctetes precisado á retirarse, porque perdía con la sangre las fuerzas; y hasta su antigua herida, resentida con los esfuerzos del combate, parecia que se iba á renovar y los dolores con ella, pues ni los hijos de Esculapio aun con su ciencia divina pudieron enteramente curarla. Ya iba á caer sobre un monton de ensangrentados cadáveres que al rededor tenia, cuando Arquidamas, el mas bravo y diestro de todos los Ebalienses (2) que habia llevado consigo para fundar á Petilia, le sacó del combate en el momento mismo en que fácilmente le hubiera Adrasto derribado á sus pies. No encontraba ya este príncipe nadie que se atreviera á oponérsele, ni quien le retardase la victo-

(1) Nireo era un rey de Naxos, hoy Niosia: fué muy hermoso, pero muy cobarde.

(2) Los Ebalienses eran unos pueblos de Italia, cercanos de Tarento.

ria: todo cae á sus golpes, y todos huyen de ellos, semejante á un torrente cuya impetuosidad supera los diques, y se lleva tras sus furiosas olas cosechas, pastores, ganados y lugares.

Oyó Telémaco á lo léjos la algazara de los vencedores: vió el desórden de los suyos que huían de Adrasto como una tropa de tímidos ciervos atraviesa las vastas campiñas, los bosques, los montes, y aun los mas rápidos rios, cuando se ve perseguida de cazadores.

Se conmovió Telémaco al verlo, enciéndose en ira, y dejando aquellos sitios en que con tanto peligro como gloria estuvo largo rato peleando, se apresura, corre, llega á sostener los suyos, cubierto de la sangre de una multitud de enemigos que fuéron víctimas de su valor. Da una voz, y ámbos ejércitos la oyen.

Puso en ella Minerva un no sé qué de terrible que la hizo resonar hasta en los montes inmediatos. Jamas dió Marte en la Tracia voz que tanto se oyese cuando llamaba á las furias infernales, la guerra y la muerte. Este grito de Telémaco infundió á los suyos valor y osadía, y espanto y terror en los enemigos. Adrasto mismo se avergüenza al verse turbado: ciertos funestos presagios le hacen estremecer, é ya mas es despecho que valor lo que le anima. Tres veces le flaqueáron trémulas las rodillas, y tres veces retrocedió sin saber lo que hacia: una mortal palidez, un sudor frio le cubre todos los miembros: ronca y trémula la voz no le permite acabar las palabras empezadas: brilla en sus ojos un furor sombrío, y parece se le van á saltar del casco. Veíasele como á Orestes agitado por las furias: todos sus movimientos eran convulsivos. Entónces fué cuando empezó á creer que

había dioses : imaginábase que les veía irritados , y que oía una sorda voz que salía del hondo del Averno , y le llamaba al negro Tártaro : en todo hallaba una mano celeste é invisible que amenazaba su cabeza , y retardaba el golpe para descargarle con mas fuerza : estaba en su pecho muerta la esperanza , y su audacia se disipaba como se desvanece la luz del dia cuando el sol se sumerge en las olas , y se apoderan de la tierra las sombras de la noche.

El impío Adrasto , por tanto tiempo tolerado en el mundo , demasiado sufrido si los hombres no lo hubieran necesitado para su castigo , se acercaba por fin al término fatal de su vida. Corre desatinado á su inevitable destino , y lleva consigo el horror , los devoradores remordimientos , la consternacion , el furor , la rabia y la desesperacion. Apenas vé á Telémaco , cuando se le representa abierto el Averno , y que le iban á arrebatár los torbellinos de llamas que arroja el negro Flegeton (1). Dió un grito , y se le quedó abierta la boca sin poder pronunciar palabra : semejante á un hombre dormido que entre los temores de un medroso sueño abre la boca , se esfuerza á hablar , y á pesar de sus esfuerzos le faltan las voces , y enmudece. Tírale su dardo con mano trémula y precipitada ; y Telémaco , con aquel denuedo propio de los amigos de los dioses , se cubre con el escudo ; de modo que parecia que la misma victoria cubriéndole con sus alas le tenia suspendida sobre la cabeza una corona : en sus ojos estaban representados el valor y la tranquilidad ; hubiérasele equivocado con la misma Palas , tan sabio y mesurado estaba en medio de

(1) El Flegeton es un rio de los infiernos que vierte fuegos ardientes , y cuyas olas no son sino llamas.

los mayores peligros. Viendo pues Adrasto su dardo rechazado por el escudo , tira inmediatamente de la espada para quitar á Telémaco la ventaja de que le lanzase el suyo. Adviértelo el mancebo , y empuña prontamente la suya , sin hacer uso del dardo.

Quando los demas combatientes les viéron acometerse de cerca , se quedaron suspensos y silenciosos , miránolos atentamente , y esperando que en este singular combate se decidiese la suerte de la batalla. Crúzanse repetidas veces las cortadoras espadas , brillantes como los relámpagos que abortan los rayos , y dan con ellas desaforados , aunque inútiles golpes sobre las bruñidas armaduras. Ya se alejan uno de otro , se acometen de cerca , se bajan y vuelven á levantar , hasta que por fin se aferran. No se estrecha mas la yedra con el duro y nudoso tronco á cuyo pie nace , ni se entrelazan mejor sus ramas , que se estrecharon los dos combatientes. Adrasto no había perdido nada de sus fuerzas ; Telémaco aun no tenia todas las suyas : emplea aquel todos los medios de sorprenderle para derribarle ; intenta quitarle la espada , la busca , y en el acto le hace perder tierra Telémaco , y da con él en el suelo. Entónces fué cuando este impío , eterno despreciador de los dioses , dió muestras del vil temor que tenia á la muerte ; le causa vergüenza pedir la vida , y no puede disimular que la desea : procura en fin mover á compasion á Telémaco , y le dice : Ahora , hijo de Ulises , conozco á los justos dioses , y que me castigan como merezco : solo en el infortunio se abren los ojos de la razon para ver la verdad : yo lo veo , ella me condena ; mas la desventura de un rey debe recordaros á vuestro padre , y enterneceros el corazon.

Telémaco , que le tenia debajo de sí , y levantada ya

la espada para degollarle, le respondió al instante: Yo solo deseo la victoria y la paz de las naciones, en cuya ayuda he venido, no el derramamiento de sangre. Vivid, pues, Adrasto; mas vivid para corregiros; restituid todo lo que tenéis usurpado; restableced el sosiego y la justicia en las costas de la gran Hesperia que tenéis manchada con tantas muertes y traiciones: vivid, pero para ser otro: aprended en vuestra caída que los dioses son justos, y los malvados infelices; que estos se engañan buscando la felicidad en la violencia, en la inhumanidad y en la mentira; y que en fin solo en la virtud pura y constante se encuentra la tranquilidad y la dicha: dadnos en rehenes á vuestro hijo Metrodoro, con doce de vuestros mas principales vasallos.

Al concluir estas palabras dejó Telémaco que se levantara Adrasto, y le alargó la mano, sin recelar de su mala fé; pero este le correspondió tirándole un dardo muy pequeño, que llevaba oculto, tan aguzado, y con tanta destreza que atravesara las armas de Telémaco si no fueran divinas, y despues se refugió á un árbol para evitar el alcance del jóven griego, que al ver tal pérfidia exclamó: Ya lo veis, Danienses, nuestra es la victoria; ese impío solo á traicion se salva. Él que no teme á los dioses, teme la muerte: por el contrario él que los teme, solo á ellos teme. Dijo, y avanzó hácia ellos, haciendo señas á los suyos, que estaban del lado allá del árbol, para que estorbasen el paso al pérfido Adrasto, el cual, temiendo que se le cortasen, hizo como que retrocedia para abrirse camino por medio de los Cretenses que se le cerraban; pero cayó de golpe sobre él Telémaco, con la misma velocidad que cae desde el alto Olimpo sobre la cabeza de los criminales el terrible rayo que lanza con su diestra el supremo Jove.

Asele con mano victoriosa y le aterra así como el cruel Aquilon abate las tiernas mieses que doran la campiña: cierra los oídos á las súplicas que aun tiene el impío valor de hacerle con la esperanza de volver á abusar de la bondad de su corazon: le atraviesa con la espada el pecho, y le precipita á las llamas del negro Tártaro, digno castigo de sus maldades.

FIN DEL LIBRO VEINTE.

LIBRO VEINTE Y UNO.

SUMARIO.

Muerto Adrasto ofrecen los Danienses la mano á los aliados en señal de paz, y les piden permiso para elegirse un rey de su propia nacion. Inconsolable Nestor por la muerte de su hijo, no asistió al consejo que celebraron los gefes, en el cual fuéron muchos de dictámen de que convenia repartir el pais de los vencidos, y ceder á Telémaco el territorio de Arpi; pero léjos de aceptar la oferta, hace ver Telémaco que convenia al interes comun de los aliados elegir rey de los Danienses á Polítamas, y dejarles sus tierras. Despues persuade á estos que den la comarca de Arpi á Diomedes. Y hecho que fué uno y otro, se volviéron todos á sus tierras.

APENAS murió Adrasto, cuando léjos de sentir los Danienses su derrota ni la pérdida de su gefe, se alegraron de verse de él libres, y alargaron la mano á los coligados en señal de paz y de reconciliacion. Metrodoro, á quien su padre Adrasto habia educado segun sus máximas de simulacion, de injusticia y de inhumanidad, buyó vilmente; pero un liberto suyo, cómplice en sus infamias y crueldades, á quien habia colmado de bienes, y el único á quien se confió en su fuga, le mató por detrás al tiempo que huía, le cortó la cabeza, y la trajo al campo, con la esperanza de que se le recompensaria magníficamente un crimen que ponía fin á la guerra. Horrorizáronse los aliados de tan atroz delito, é hicieron dar muerte al malvado que le cometió. Al

ver Telémaco la cabeza de Metrodoro, mancebo de una extraordinaria hermosura, y de un excelente natural, no pudo contener las lágrimas, reflexionando la facilidad con que los deleites y el mal ejemplo vician las mejores disposiciones: y así exclamó: ¡O dioses! ¡qué efectos tan perniciosos causa la prosperidad en un príncipe jóven! Cuanto mas elevados son sus pensamientos, y es mayor su vivacidad, tanto mas se estravia y aparta del recto sendero de la virtud. Acaso me sucediera á mí lo propio si en los infortunios en que nací por merced de los dioses, y en las instrucciones de Mentor, no hubiera aprendido á ser moderado.

Juntos los Danienses pidiéron como única condicion para la paz que se les permitiese elegirse un rey de su nacion, que borrara con sus virtudes el oprobrio de que el impío Adrasto habia cubierto el trono. Daban gracias á los dioses porque les habian librado de tan cruel tirano, y venian en tropas á besar á Telémaco la mano, empapada en la sangre de aquel monstruo: su propia derrota la miraban como un triunfo. Así cayó en un instante y para siempre aquella potencia que amenazaba á todas las de la Hesperia, y hacia temblar tantas naciones. Semejante á aquellos terrenos que parecen sólidos é inmóviles, pero que poco á poco se les va socavando; por mucho tiempo es el objeto de la risa la lentitud del trabajo que se emplea en destruir sus cimientos; y todo por la superficie parece unido y entero, y no hace movimiento; pero se van destruyendo poco á poco todos sus estribos, hasta el momento en que repentinamente flaquea el terreno, se hunde, y deja abierta una sima. Así una política injusta y engañadora, por mas prosperidades que con sus violencias se procure, ella misma se abre á sus pies el precipicio.

El fraude y la inhumanidad destruyen sin sentir las mas sólidas basas de la autoridad legítima. Todos la admiran, todos la temen, tiemblan todos ánte ella, hasta el momento en que ya no existe: se cae por su propio peso, sin que sea posible restablecerla una vez destruidos por sus propias manos los verdaderos apoyos, cuales son la buena fé y la justicia, por cuyos medios se atrae el amor y la confianza.

Juntáronse al dia siguiente los cabos del ejército para dar rey á los Danienses. Causaba la mayor satisfaccion ver mezcladas y unidas con tan inesperada amistad las tropas de ámbos ejércitos, de modo que solo parecia uno. No pudo el sabio Nestor asistir á este consejo, porque la pesadumbre y la vejez le tenian tan abatido, como abate y marchita la lluvia por la tarde la flor que al nacer la aurora era la hermosura y el adorno de la campiña: sus ojos se habian hecho dos fuentes perennes de lágrimas: huía de ellos el apacible sueño que suspende los mas acerbos dolores: faltábale hasta la esperanza, que es el mas dulce apoyo de la vida: todo alimento le era amargo: érale aborrecible la luz, y toda amistad displicente; así como á un enfermo le son desagradables los mejores alimentos: á las mas sólidas razones solo respondia con gemidos y sollosos; y si los interrumpia, era para esclamar: ¡O Pisistrato, Pisistrato! ¡hijo mio! tú me llamas, ya te sigo. ¡Hijo mio! ¡mi querido Pisistrato! por tí me será dulce la muerte: el único bien que deseo es verte en las riberas de la Estigia Acababa y enmudecia por horas enteras; pero sollozando siempre, levantando al cielo las manos, y los ojos bañados en lágrimas.

Mientras que el desgraciado anciano daba así rienda á su dolor, estaban los príncipes esperando á Telémaco,

el cual entendia en hacer á Pisistrato los últimos honores, esparciendo flores y esquisitos perfumes sobre su cadáver, y regándole al mismo tiempo con amargas lágrimas. Amado compañero mio, le decia, jamas se me olvidará que te ví en Pilos, te seguí á Esparta, ni que te volvía hallar en la grande Hesperia. Yo te debo los infinitos cuidados que de mí tuviste: yo te amaba, y tú me correspondias: conocí tu gran valor, con que te hubieras aventajado á muchos que celebra la Grecia. ¡Ay de mí! ¡es verdad! él te condujo á una gloriosa muerte; pero tambien privó al mundo de una virtud que ya en tan pocos años daba muestras de igualar á la de tu padre. Así es: tu sabiduría y tu elocuencia hubieran sido en edad madura iguales á las de ese anciano que toda la Grecia admira. Poseías ya aquel suave modo de atraer, á que nada se resiste; la sencillez en el referir; la sabia moderacion que es el mejor medio de aplacar á los irritados; y en fin aquella autoridad que se adquiere con la prudencia y se sostiene por la fuerza de la razon. Cuando hablabas, estaban todos atentos y prevenidos en tu favor, deseando quedar persuadidos: tus palabras sencillas y sin fausto se insinuaban agradablemente en los corazones como el rocío en la verde yerba. ¡O dioses! ¿porqué nos habeis privado, y para siempre, de tantos bienes como en Pisistrato poseíamos bien pocas horas hace? No: ya no existe aquel Pisistrato que yo abracé esta mañana, ni de él nos queda mas que una triste memoria. Si á lo ménos hubieras cerrado los ojos al inconsolable Nestor, ántes que nosotros los tuyos, no viera lo que vé, ni seria el mas desgraciado de los padres.

Hecha esta lamentacion hizo lavar la sangrienta herida que el cadáver tenia en el costado, y que se le colocase

en un lecho de púrpura, en el cual con la cabeza reclinada, y cubierta de la palidez de la muerte, era semejante á un tierno árbol que herido por la cortante hacha del duro leñador empieza á desfallecer, se marchita su verdor, llega á no poder sostenerse, y por fin cae: sus frondosas ramas, que ántes ocultaban el cielo, y cubrian con su sombra la tierra, arrastran ya por el polvo deshojadas y secas; y solo queda de todo un tronco abatido y despojado de sus gracias. Así Pisistrato, hecho despojo de la muerte, era lentamente conducido por una tropa de tristes y llorosos Pilios á la hoguera fatal, cuyas llamas se elevaban ya al cielo, y redujéron en poco tiempo el cadáver á cenizas, las cuales recogidas en una urna de oro entregó el hijo de Ulises al alligido Calimaco, maestro que fué de Pisistrato. Guardad, le dijo, estas cenizas, preciosos aunque tristes restos de aquel que tanto amasteis: guardádselas á su padre; pero esperad á dárselas cuando se halle con valor para pedir las, porque lo que aumenta el pesar en un tiempo, le templa y disminuye en otro.

Después fué Telémaco á incorporarse con los reyes aliados, que desde que le víeron guardaron el mayor silencio esperando que hablase; pero se avergonzó tanto de esta demostración, que no pudieron arrancarle palabra: tan modesto que á proporción que crecían los elogios que públicamente tributaban al gran talento de que acaba de dar tan relevantes pruebas, crecía tambien su sonrojo tanto que se hubiera alegrado hallar donde esconderse. Esta fué la vez primera que se halló embarazado é indeciso: por fin suplicó como un favor que cesasen ya en sus alabanzas: no porque no me agraden, les dijo, mayormente cuando proceden de quien tan bien sabe juzgar del mérito, sino porque temo apreciar-

las mas de lo justo: ellas corrompen á los hombres, y les infunden demasiada satisfacción de sí mismos, haciéndoles ademas vanos y presuntuosos. El hombre debe merecerlas y huirlas: las mas justas se diferencian poco de las indebidas: los mas viles de todos, esto es, los tiranos, son precisamente los que mas elogios han exigido de los aduladores. ¿Qué satisfacción puede causar el ser como ellos alabado? Los elogios que deberán serme apreciables, serán los que me hiciereis en mi ausencia; siempre que haya tenido la dicha de merecerlos. Pero si es cierto me teneis en el concepto que decis, debeis tambien tenerme por modesto, y creer que temo todo lo que sea capaz de envanecerme: alejadlo, pues, de mí si me estimais, y no me alabeis como á un hombre que se complace en verse así alabado.

Calló Telémaco, y no volvió á decir palabra á los que continuaron ensalzándole hasta el cielo; pero la indiferencia con que les oía, y el temor de disgustarle les impuso silencio: cesaron con efecto los elogios; pero se aumentó la admiración que tal conducta les inspiraba. Supieron todas las tiernas demostraciones que habia hecho con Pisistrato, y el cuidado con que procuró se le tributasen los últimos honores; y estas pruebas de la bondad de su corazón hicieron mas impresion en el ejército que todos los prodigios de sabiduría y de valor con que poco ántes les habia sorprendido. Telémaco es cuerdo y valeroso, se decian en secreto unos á otros, es el favorecido de los dioses, y el verdadero héroe de nuestra edad: es superior á la condicion humana; mas todos estos maravillosos atributos no sirven mas que de sorprendernos y admirarnos: lo que nos interesa es verle tan humano, bondadoso, tierno y fiel amigo, complaciente, liberal y benéfico; él es la delicia

de los que viven en su compañía : ha depuesto su altivez, su indiferencia y su fiereza ; y esto , esto es lo que interesa , esto afecta los corazones , nos dispone en su favor , y nos hace sensibles á sus virtudes : esto sí que es por lo que nosotros daríamos por él la vida.

Empezóse por fin á tratar de la necesidad de dar rey á los Danienses. La mayor parte de los príncipes opinaron que los dominios de Adrasto debian mirarse como conquistados, y repartirse entre sus conquistadores. Ofrecieronle á Telémaco la fértil comarca de Arpi (1), que produce dos veces cada año los ricos dones de Ceres, los dulces presentes de Baco, y los frutos siempre verdes de la oliva consagrada á Minerva. Esta tierra, le decian, debe haceros olvidar de la pobre Itaca y sus cabañas, de las horrosas rocas de Duliquio (2), y de los incultos bosques de Zacinto. Dejad de buscar á vuestro padre, que sin duda habrá perecido en el promontorio de Cafarea en venganza de Nauplio (3), y en satisfaccion de Nep-

(1) Arpi es una region de la Pulla dauniana, cuya capital se llamaba Argirippa, y mas antiguamente Argos Hippium. Se ven aun sus ruinas entre Lucera y Manfredonia en la Capitanata.

(2) Duliquio, hoy Tiaki, es una pequeña isla del mar de Grecia, en el golfo de Patras, al levante de la isla de Cefalonia.

(3) Nauplio, rey de la Eubea, irritado de que los gefes del ejército de los Griegos hubiesen injustamente condenado á la muerte su hijo Palamedo, por los artificios de Ulises, encendió hogueras en el monte Cafareo, hoy cabo de Higuera, sobre la isla Eubea que mira al Helesponto, para atraer ahí la armada de los Griegos, y hacerla estrellar en las peñas; pero no consiguió su intento, por haber tomado otra via Ulises y Diomedo.

tuno : ni busqueis á vuestra madre que desde vuestra partida está en poder de sus amantes , ni á vuestra patria , cuya situacion no es favorecida del cielo como la que os ofrecemos.

Oyólo Telémaco con tranquilidad ; pero no son mas sordas las rocas de Tracia y de Tesalia á las quejas de los amantes desesperados , que él lo fué á las ofertas de aquellos reyes. Yo os protesta, les dijo , que nada me mueven las riquezas ni las delicias. ¿Qué se adelanta con poseer un país de mayor estension , y mandar un número mayor de hombres? hallarse mas embarazado y con ménos libertad. Demasiadas son las miserias de que está sembrada la vida del hombre mas sabio y moderado para quererse gravar con el gobierno de otros hombres indóciles, inquietos, injustos, engañosos é ingratos. Porque el que quiere tener súbditos solo para alimentar su amor propio, y sin otro fin que él de hacerse un ídolo de su autoridad, aumentar sus placeres y su fausto, es un impío, un tirano, es el azote del género humano. Por el contrario el que no trata de gobernar sino por las reglas que conspiran á hacerles felices, mas es su tutor que su soberano, y solo es suyo el infinito trabajo que es preciso que se tome. Y él que así piensa no es creible que desee extender los límites de su autoridad ; porque el pastor que no devora su ganado para saciarse, que ántes bien espone su vida por defenderle, y que vela de noche y de dia para conducirle donde paste mejor, no puede ser, es imposible que desee aumentar el número, ni robar el suyo á sus vecinos, porque esto seria aumentar su trabajo. Aunque yo no he gobernado nunca, prosiguió Telémaco, sin embargo, de las mismas leyes, y de los sabios que las han compuesto he aprendido cuan

ventajoso sea gobernar las ciudades y los reinos. Yo me contento con mi pequeña y pobre isla de Itaca, seguro de que sobra para colmarne de gloria si en ella reino con justicia, piedad y valor: y no sin razon temo que siempre será pronto por mas que tarde. Pluguiese á los dioses que mi padre volviese á tomar las riendas del gobierno de ella, y las tuviese hasta la mas estrema vejez, para que yo tuviese barto tiempo de aprender en su conducta como se vencen las pasiones propias para saber moderar las de todo un estado.

Despues alzando mas la voz, les dijo: Oid, príncipes aquí juntos, oid lo que me parece debo deciros por vuestro propio interes. Si dais á los Danienses un rey justo, les gobernará segun las leyes de la justicia, y les enseñará cuan útil es conservar la buena fé, y no usurpar nada á sus vecinos, cuyas máximas les ha sido imposible penetrar en tiempo del impío Adrasto. Gobernados por un rey sabio y moderado, nada os darán que recelar, os serán deudores de este mismo buen rey, de la paz y de la prosperidad de que gocen: léjos de invadiros os bendecirán continuamente, y así el rey como el pueblo se reconocerán por hechura vuestra. Pero si por el contrario repartis entre vosotros su pais, oid las desventuras que os anuncio. Reducido este pueblo á la desesperacion, renovará justamente la guerra, y peleará por su libertad: pelearán por ellos los dioses enemigos de la tiranía; y una vez que se pongan de su parte, temed que os confundan, temed que vuestras prosperidades se disipen como el humo, temed que falte el consejo y la sabiduría á vuestros capitanes, el valor á vuestros ejércitos, y la abundancia á vuestras tierras. Os parecerá fácil lo imposible, y vuestras empresas serán temerarias.

Vuestra conducta impondrá silencio á todo hombre de bien que quiera hablaros verdad: vuestra ruina será infalible cuando ménos lo penseis, y entónces no se dirá de vosotros: ¿son estos por ventura aquellos pueblos florecientes que habian de dar la ley al mundo entero? ¿pues cómo así huyen de sus enemigos? ¿cómo han venido á ser el ludibrio de las naciones que los desprecian? Esta es sin duda obra de los dioses, y tal es el castigo que merecen los pueblos injustos, soberbios é inhumanos. Considerad ademas que si emprendéis apropiaros esta conquista, en el mero hecho reuniréis contra vosotros todas las naciones comarcanas; y que vuestra alianza, formada contra el usurpador Adrasto para defender la libertad comun de la Hesperia, vendrá á ser odiosa; y entónces á vosotros mismos será á quienes acusen, y con razon, todos los pueblos de que quereis usurpar la tiranía universal.

Pero supongamos que quedeis victoriosos de los Danienses y de las otras naciones; yo creo que esa misma victoria seria el origen de vuestra destruccion. La razon es que semejante empresa rompería vuestra union: ¿y cómo podría ser ménos no teniendo por basa la justicia? ¿quién de entre vosotros podría limitar ó poner término á las pretensiones de los demas? Cada uno querría que su parte fuese proporcionada á su poder, y ninguno tendria sobre los otros la autoridad necesaria para que la distribucion se hiciese pacíficamente; y he aquí el origen de una guerra que ni vuestros nietos la vieran fenecida. ¿Cuánto mejor es contenerse dentro de los límites de la justicia que dejarse arrastrar de la ambicion por entre tantos peligros, y al través de tantas desgracias inevitables? ¿No es mas apreciable una paz inalterable con los dulces é inocentes placeres que

la acompañan, la feliz abundancia, la amistad de los vecinos, la gloria que es inseparable de la justicia, la autoridad que se adquiere cuando por medio de la buena fé se llega á ser el árbitro de todas las naciones extranjeras: ¿no son todas estas ventajas mas de codiciar que la loca vanidad de una injusta conquista? ¡O príncipes! ¡ó reyes! ya veis el desinterés que anima mis discursos. Oid pues á quien os ama tanto, que por vuestro amor é intereses no duda de contradeciros y desagradaros, representándoos la verdad.

Miéntas Telémaco hablaba con una especie de autoridad hasta entónces nunca vista, y miéntas que los príncipes atónitos de la sabiduría de sus consejos, apenas acertaban á encarecerlos, se estendió por los reales un confuso rumor que llegó hasta el sitio en que se tenía la asamblea. Un extranjero, dijo uno, ha arribado á estas costas con tropa armada; es de una gran estatura, y todo en él parece héroeico; fácilmente se descubre que ha padecido mucho, y que su gran valor ha superado sus trabajos. Además parece que los pueblos que guardan la costa quisieron rechazarle, recelando viniese á hacer alguna irrupcion en el pais; pero despues de tirar con intrépidez de la espada les declaró que sabia defenderse siempre que á éllo le obligasen; pero que él no pedia mas que la paz y la hospitalidad. Presentó un ramo de oliva como suplicando, y fué oido; pidió que le condujesen ante los que gobiernan esta costa, y le conducen aquí á que hable á los reyes aliados.

Aun estaba hablando cuando se vió entrar al desconocido con una magestad que sorprendió á toda la asamblea. Fácilmente se le hubiera tenido por el dios Marte cuando congrega en las montañas de la Tracia sus tropas sanguinarias. Puesto pues en lugar

conveniente, dirigió á los príncipes este discurso:

O vosotros, pastores de los pueblos, que aquí os habeis reunido sin duda para defender la pátria de sus enemigos, ó para hacer que florezcan las mas justas leyes, oid á un desgraciado perseguido de la fortuna. ¡Plegue á los dioses que jamas se os muestre á vosotros tan adversa! Yo soy Diomedes, rey de Etolia, que de resultas de haber herido á Vénus en el sitio de Troya, me veo en todas partes perseguido de su venganza. Neptuno, que nada rehusa á la divina hija del mar, me ha entregado al furor de los vientos y las olas, que muchas veces han estrellado mis naves contra los escollos. La inexorable Vénus me ha quitado toda esperanza de volver á ver mi reino, mi familia, y la apacible luz del pais que me sirvió de cuna. ¡Ah! ya no, ya no volveré á ver nunca nada de aquello que mas he amado en el mundo. Despues de haber padecido tantos naufragios, vengo á buscar en estas riberas desconocidas algun descanso, y un retiro seguro. Si teméis á los dioses, y particularmente á Júpiter, protector de los extranjeros; y si sois susceptibles de compasion, no me negueis en estos vastos paises un rincón de tierra estéril, un desierto, un arenal ó cualesquiera rocas escarpadas en que pueda fundar con mis compañeros una ciudad que sea á lo ménos una triste imágen de nuestra pátria para nosotros perdida. Solo os pedimos un pedazo de tierra que os sea inútil, y la libertad de gobernarnos por nuestras leyes; y nosotros os ofrecemos vivir con vosotros en paz; y en una estrecha alianza: vuestros enemigos lo serán nuestros, y nosotros tomaremos parte en todos vuestros intereses.

Miéntas hablaba Diomedes, le estuvo Telémaco mirando atentamente, manifestando en su rostro las di-

ferentes pasiones que le agitaban. Cuando empezó Diomedes á hablar de sus prolongadas desventuras, dudaba Telémaco si aquel hombre tan magestuoso sería su padre; pero cuando dijo quien era, pareció tan demudado como una hermosa flor acabada de marchitar por el cruel soplo del negro aquilon.

Después cuando Diomedes se quejaba de la cruel venganza que de él habia tomado una implacable divinidad, se enterneció Telémaco acordándose de que su padre y él habian tenido las mismas desgracias; y empezó á verter lágrimas mezcladas de dolor y alegría, y repentinamente se arrojó á abrazar á Diomedes, diciéndole:

Yo soy el hijo de aquel Ulises, que os es tan conocido, y que no os fué inútil cuando tomasteis los famosos caballos de Reo. Los dioses le han tratado tan sin piedad como á vos. Si los oráculos del Erebo no me engañan, todavía vive. ¡Mas ah! ¿qué no vive para mí! Por buscarle he aventurado á Itaca, y ni he conseguido hallarle, ni ahora logro volverme. Juzgad pues por mis infortunios cuanto me compadecerán los vuestros: esta ventaja tienen los desgraciados que saben compadecerse de las desgracias ajenas. Aunque aquí soy extranjero, gran Diomedes (trátoos así, porque á pesar de las miserias que han afligido á mi patria durante mi infancia, no he tenido una educacion tan descuidada que ignore cuan célebres hicisteis vuestro nombre en la guerra), puedo muy bien, ó el mas invencible de todos los Griegos después de Aquiles, proporcionaros algun alivio. Estos príncipes que aquí veis son humanos, y estan bien persuadidos de que no hay virtud, verdadero valor, ni gloria sólida si falta la humanidad. Sirve además la desgracia de relee á los grandes hombres, y como que les falta cierta cosa

cuando nunca han tenido enemiga á la fortuna: faltan con efecto en su vida lecciones de resignacion y de constancia. La virtud desgraciada excita la compasion de cuantos la tienen algun amor. Dejad pues á nuestro cuidado vuestro consuelo, y pues que los dioses os dirigen á nosotros, este es un presente que nos hacen, y debemos tenernos por dichosos de que nos escojan para reparar vuestras desgracias.

Admirado y conmovido Diomedes de la discrecion de Telémaco, se estuvo mirándole y oyéndole atentamente; y luego que acabó de hablar, se abrazaron como si por mucho tiempo hubieran estado unidos con estrechos vínculos de amistad. ¡O digno hijo del sabio Ulises! le dijo, en vos reconozco la apacibilidad de su rostro, la gracia de sus discursos, la fuerza de su elocuencia, la nobleza de sus sentimientos, y la sabiduría de sus dictámenes.

Adelantóse Filoctetes á abrazar tambien al grande hijo de Tideo, y después que mutuamente se contaron sus tristes aventuras, le dijo: No dudo que tendréis gusto en ver al sabio Nestor: acaba de perder á Pisistrato, que era el único hijo que le habia quedado; de modo que ya la vida que le resta no es mas que un camino de lágrimas que llega hasta el sepulcro. Venid pues á consolarle, que un amigo desgraciado es mas á propósito que ningun otro para aliviar sus penas. Inmediatamente fuéron á la tienda de Nestor, que apenas conoció á Diomedes: tan sumergidos estaban en la tristeza su espíritu y sentidos. Al principio lloró con él Diomedes, á cuya vista se redobló la amargura del desgraciado anciano; mas muy luego se echó de ver que la presencia de tal amigo, el desahogo que dió á su pecho contándole sus desventuras, y el consuelo que hallaba

en oírle á él referir las suyas, iban aplacando algun tanto su dolor.

Miéntras ámbos se consolaban mutuamente, exáminaban los reyes congregados con Telémaco lo que debían determinar. Este les aconsejaba que diesen á Diomedes el país de Arpi, y que eligiesen para rey de los Danienses á uno de su misma nacion llamado Polídamas. Era este un célebre capitán, de quien envidioso Adrasto no habia querido jamas servirse, receloso de que no se le atribuyesen los felices sucesos de las expediciones, cuya gloria queria por entero para sí solo. Muchas veces le habia representado Polídamas lo mucho que esponia su vida y la salud de todo el estado en aquella guerra contra tantas naciones reunidas en su daño, y procuraba inclinarle á que tuviese una conducta mas justa y moderada con sus vecinos. Pero los que aborrecen la verdad, aborrecen tambien á los que tienen valor para decirla, sin hacer cuenta de su sinceridad, de su zelo, ni de su interes. Una prosperidad engañosa hacia insensible el corazón de Adrasto á los mas saludables consejos, y sin seguirlos se veía diariamente triunfante de sus enemigos. El orgullo, la mala fé y la violencia ponian de su parte la victoria; y las calamidades con que tanto tiempo hacia le estaba anunciando Polídamas no llegaban jamas; y de aquí el burlarse de una prudencia tímida que siempre estaba previendo inconvenientes. Llegó á serle insoportable semejante consejero, le despojó de sus dignidades, y le abandonó á la mayor soledad y pobreza.

Al principio lo sintió con extremo Polídamas; pero despues que abrió en su caída los ojos con que se ve la vanidad de las grandes fortunas, aprendió en cabeza propia á ser sabio, tanto que celebraba como la mayor

dicha su desgracia: se fué poco á poco acostumbrando al silencio, á vivir parcamente, alimentarse de la verdad, y á cultivar aquellas virtudes que, pareciendo menos heroicas porque se ejércen en la oscuridad, merecen mas aprecio, y son mas difíciles que las que de suyo se anuncian con brillo y aparato: en fin se acostumbró á no depender de los hombres. Escogió para su retiro un desierto al pie del monte Gargan, donde le servia de albergue el hueco de un peñasco que formaba un medio círculo, y de refrigerio un arroyo que descendia de la montaña, y las frutas de algunos árboles que por allí habia. Tenia consigo dos esclavos, en cuya compañía cultivaba un campo pequeño que le recompensaba con usura sus afanes, abasteciéndole de todo; pues no solo le daba frutas y legumbres con abundancia, sino toda clase de flores olorosas. Allí se lamentaba de la desgracia de los pueblos que se ven arrastrados á una ruina inevitable por la loca ambicion de un rey, y allí esperaba de dia en dia que los dioses, siempre justos, aunque sufridos precipitasen á Adrasto. Quanto mas se acrecentaba su prosperidad, tanto mas próxima le parecia su caída; porque la temeridad de un príncipe favorecida de la fortuna, y su poder encumbrado hasta el último extremo de la autoridad absoluta, son los precursores de la destruccion de los reyes y de los reinos. Cuando supo la derrota y la muerte de Adrasto, no dió ninguna muestra de alegría, ni de haberlas previsto, ni de verse libre de aquel tirano; ántes sentia ver tan espuesta su patria á arrastrar las cadenas de la esclavitud.

Tal era el sugeto que Telémaco propuso, cuyo valor y virtud hacia ya algun tiempo que le eran conocidos, porque siguiendo los consejos de Mentor, no perdo-

naba medio de informarse de las buenas ó malas prendas de los que ocupaban los principales empleos, no solo en las naciones aliadas, sino tambien en las de los enemigos. Su principal cuidado era descubrir y examinar por todas partes que hombres habia con algun talento extraordinario, ó de una virtud particular.

Al principio manifestáron los príncipes alguna repugnancia: ya hemos experimentado, decian, cuan temible debe ser á sus vecinos un rey como él de los Danienses, si es inclinado é instruido en la guerra: y siendo él que nos proponeis un tan experimentado capitán, podemos recelar que nos esponga á grandes peligros. A esta objecion satisfizo Telémaco, diciendo: Es cierto que Polídamas sabe el arte de la guerra, pero es amante de la paz: dos circunstancias, á la verdad, que son el colmo de lo que se puede desear; porque él que conozca las desgracias, los peligros, y los obstáculos que la guerra ofrece, es mas á propósito para evitarla que otro que carezca de estos conocimientos. Además de que Polídamas sabe apreciar las ventajas de una vida tranquila, como tan acostumbrado á disfrutarlas, su probidad reprobaba las injustas empresas de Adrasto, y su prudencia prevenia las funestas consecuencias que de ellas habian de seguirse. Creedme, que un príncipe débil, ignorante y sin experiencia debe seros mas temible que otro que con conocimiento decida de todo por sí mismo: aquel solo verá por los ojos de un favorito interesado, ó de un ministro lisonjero, inquieto y ambicioso; y está muy espuesto por su ignorancia á empeñarse sin querer á una guerra devastadora. Jamas os podréis fiar de él, porque ni él tendrá seguridad de sí mismo, os faltará á su palabra, y no tardará en reduciros al extremo de que le arruineis, ó de veros

por él arruinados. ¿No será pues mas útil, mas seguro, y al mismo tiempo mas justo y mas digno de vos, corresponder generosamente á la confianza de los Danienses dándoles un rey digno de serlo?

Toda la asamblea quedó persuadida: púsose en noticia de los Danienses el sugeto que se les proponia para rey, los cuales luego que oyéron el nombre de Polídamas, exclamáron: Ahora sí que conocemos que los príncipes confederados nos tratan de buena fé, y desean hacer una paz eterna, pues que quieren darnos por rey un hombre tan virtuoso y tan capaz para el gobierno. Si nos hubieran propuesto un vil, afeminado é ignorante, creyéramos que aspiraban á abatirnos y corromper nuestra forma de gobierno, y hubiéramos conservado aunque en secreto el mas vivo resentimiento de tan artificiosa conducta; pero en la eleccion de Polídamas nos dan una prueba del candor que les anima. Sin duda que no esperan de nosotros nada que no sea justo ni decoroso, pues nos otorgan un rey incapaz de condescender en lo mas mínimo contra la libertad y la gloria de nuestra nacion. Bien podemos protestar á la faz de los justos dioses que ántes retrocederán los ríos hácia su origen que nosotros dejemos de amar á tan benéficos reyes. ¡Ojalá que llegue hasta nuestros mas remotos descendientes la noticia del beneficio que hoy recibimos, y que de generacion en generacion se renueva en toda la Hesperia la paz del siglo de oro!

Telémaco les propuso que diesen á Diomedes las campiñas de Arpi, para que en ellas fundase una colonia. Esta, les dijo, se reconocerá por hechura vuestra á tan poca costa como la de un terreno que os es inútil. Tened presente que todos los hombres deben recíprocamente amarse; que para todos hay sobrada tierra; y que siendo

necesario tener algun vecino, vale mas que lo sea quien os deba su establecimiento. Sed sensibles á la desgracia de un rey, que ya se vé sin esperanza de volver á su reino. Tened consideracion á que unidos Polídamas y Diomedes con los vínculos de la justicia y de la virtud, que son los únicos durables, os mantendrán en una dichosa paz, y os harán temibles á cualquiera de vuestros vecinos que intentará ensanchar con los vuestros sus dominios. Ya veis que os hemos dado un rey capaz de elevar hasta el cielo la gloria de vuestra nacion: dad vosotros, pues que os lo pedimos, una tierra que os es inútil á un rey tan digno, que no hay auxilio que no merezca.

Los Danienses respondieron que mal podrian rehusar nada á Telémaco, á quien debian un rey como Polídamas. Partiéron inmediatamente á buscarle, y traerle del desierto al trono; pero ántes cediéron á Diomedes las fértiles llanuras de Arpi, para que en ellas fundase un nuevo reino, de lo cual recibieron los aliados el mayor contento, porque aquella colonia como griega añadiría una nueva fuerza á su partido en caso de que los Danienses intentasen renovar las usurpaciones de que Adrasto habia dado el mal ejemplo.

Concluida así esta expedicion, solo trataban ya los príncipes de retirarse. Hízolo Telémaco con su tropa, despues de abrazar tiernamente al valiente Diomedes, al sabio é inconsolable Nestor, y al famoso Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y UNO.

LIBRO VEINTE Y DOS.

SUMARIO.

Arriba Telémaco á Salento, y le sorprende ver tan bien cultivada la campiña, y tan poca magnificencia en la ciudad. Esplicale Mentor la causa; le hace notar los defectos que comunmente impiden que un estado florezca, y le propone por modelo la conducta y el gobierno de Idomeneo. Descúbrele Telémaco su inclinacion á Antiope, y su designio de pedirla por esposa. Apruébalo Mentor; elogian ámbos sus buenas cualidades, y le asegura que los dioses se la tienen destinada; pero que por entónces solo debe pensar en volver á Itaca, y en librar á Penelope de las persecuciones de sus pretendientes.

IMPACIENTE estaba el hijo de Ulises por volver á unirse á Mentor en Salento, y embarcarse con él para Itaca, donde esperaba que ya hubiese llegado su padre. Al acercarse á la ciudad, le admiró el ver las tierras de las inmediaciones, que él habia dejado casi incultas y desiertas, tan cultivadas como un jardin, y pobladas de diligentes labradores: al instante conoció que aquello era obra de la sabiduría de Mentor. Entrando despues en la ciudad, notó lo mucho que se habia disminuido su magnificencia, y el número de hombres empleados en las artes de puro lujo, lo cual le causó no pequeño disgusto, porque era naturalmente inclinado á todo lo que dice grandeza y compostura; pero muy pronto sucedieron á estos otros sentimientos. Vió á lo lejos que

necesario tener algun vecino, vale mas que lo sea quien os deba su establecimiento. Sed sensibles á la desgracia de un rey, que ya se vé sin esperanza de volver á su reino. Tened consideracion á que unidos Polídamas y Diomedes con los vínculos de la justicia y de la virtud, que son los únicos durables, os mantendrán en una dichosa paz, y os harán temibles á cualquiera de vuestros vecinos que intentará ensanchar con los vuestros sus dominios. Ya veis que os hemos dado un rey capaz de elevar hasta el cielo la gloria de vuestra nacion: dad vosotros, pues que os lo pedimos, una tierra que os es inútil á un rey tan digno, que no hay auxilio que no merezca.

Los Danienses respondieron que mal podrian rehusar nada á Telémaco, á quien debian un rey como Polídamas. Partiéron inmediatamente á buscarle, y traerle del desierto al trono; pero ántes cediéron á Diomedes las fértiles llanuras de Arpi, para que en ellas fundase un nuevo reino, de lo cual recibieron los aliados el mayor contento, porque aquella colonia como griega añadiría una nueva fuerza á su partido en caso de que los Danienses intentasen renovar las usurpaciones de que Adrasto habia dado el mal ejemplo.

Concluida así esta expedicion, solo trataban ya los príncipes de retirarse. Hízolo Telémaco con su tropa, despues de abrazar tiernamente al valiente Diomedes, al sabio é inconsolable Nestor, y al famoso Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y UNO.

LIBRO VEINTE Y DOS.

SUMARIO.

Arriba Telémaco á Salento, y le sorprende ver tan bien cultivada la campiña, y tan poca magnificencia en la ciudad. Esplicale Mentor la causa; le hace notar los defectos que comunmente impiden que un estado florezca, y le propone por modelo la conducta y el gobierno de Idomeneo. Descúbrele Telémaco su inclinacion á Antiope, y su designio de pedirla por esposa. Apruébalo Mentor; elogian ámbos sus buenas cualidades, y le asegura que los dioses se la tienen destinada; pero que por entónces solo debe pensar en volver á Itaca, y en librar á Penelope de las persecuciones de sus pretendientes.

IMPACIENTE estaba el hijo de Ulises por volver á unirse á Mentor en Salento, y embarcarse con él para Itaca, donde esperaba que ya hubiese llegado su padre. Al acercarse á la ciudad, le admiró el ver las tierras de las inmediaciones, que él habia dejado casi incultas y desiertas, tan cultivadas como un jardin, y pobladas de diligentes labradores: al instante conoció que aquello era obra de la sabiduría de Mentor. Entrando despues en la ciudad, notó lo mucho que se habia disminuido su magnificencia, y el número de hombres empleados en las artes de puro lujo, lo cual le causó no pequeño disgusto, porque era naturalmente inclinado á todo lo que dice grandeza y compostura; pero muy pronto sucedieron á estos otros sentimientos. Vió á lo lejos que

salian á recibirle Idomeneo y Mentor, y con su vista se llenó su corazon de alegría y de ternura; mas á pesar de las victorias que habia alcanzado de Adrasto, temia que Mentor no estuviere satisfecho, y para descubrirlo consultaba sus ojos á proporcion que se iba acercando.

Llegó primero, y le abrazó Idomeneo con el mismo amor que lo hubiera hecho á su hijo: despues se arrojó Telémaco al cuello de Mentor, y se le regó con lágrimas de alegría. Serenóse; y este sabio director le dijo: Yo estoy satisfecho de tu conducta, pues aunque has incurrido en muy graves defectos has aprendido en ellos á conocerte y desconfiar de tí; y muchas veces se saca mas provecho de los yerros que de las buenas acciones: estas ensoberbecen é inspiran una dañosa presuncion, y los defectos hacen al hombre que entre dentro de sí, y se reconozca; y en este conocimiento recobra la prudencia que con los buenos sucesos habia perdido. Lo que ahora te resta es dar gracias á los dioses, y huir de las alabanzas de los hombres. Es cierto que has hecho grandes cosas; pero confiesa la verdad, no eres tú quien las ha obrado; y sino dime: ¿No han sido efecto de una virtud estraña que estaba como infundida y oculta en tí, y que estos efectos no hubieran sido tan felices si hubieran dependido de tus ímpetus, de tus precipitaciones y de tus imprudencias? ¿no sentias que la mano de Minerva como que te transformaba en otro hombre superior, haciendo por tí lo que parece que tú has hecho? Así es. Minerva refrenó tus pasiones como Neptuno refrena en las borrascas las olas irritadas.

Miéntras que Idomeneo se divertia en preguntar á sus Cretenses, vueltos con Telémaco de la guerra, oía este los sabios consejos de Mentor; y mirando despues con

admiracion por todas partes, le dijo: En todo noto una estrema mudanza, sin atinar con la causa: ¿por desgracia ha sucedido alguna calamidad en Salento durante mi ausencia? ¿qué se ha hecho de aquella magnificencia que por todas partes brillaba ántes de mi partida? Ya no se vé oro, plata ni piedras preciosas: los trages son sencillos, los edificios que se construyen ménos vastos y con ménos adornos: las artes desfallecen, y la ciudad parece un desierto.

Mentor le respondió sonriéndose: ¿no has hecho reparo al estado en que se halla la campiña al rededor de la ciudad? Sí, respondió Telémaco, por todas partes he visto la agricultura floreciente, y hechas fértiles las tierras ántes incultas. ¿Y cuál es mas útil, añadió Mentor, una suntuosa ciudad abundante en oro, plata y mármoles, con una campiña descuidada y esteril, ó una campiña cultivada y fértil con una mediana ciudad y de modestas costumbres? Una gran ciudad, muy poblada de artesanos empleados en relajar las costumbres con las comodidades, rodeada de un reino pobre y mal cultivado, es semejante á un monstruo cuya cabeza es de un enorme tamaño, y con la que no guarda ninguna proporcion el resto del cuerpo estenuado y falto de alimento. Desengánate, Telémaco, la verdadera fuerza y riqueza de un reino consisten en una numerosa poblacion, que abunde de mantenimientos. Ahora tiene Idomeneo un infinito número de vasallos infatigables, que ocupan toda la estension de sus dominios, y todos ellos forman una sola ciudad, cuyo centro es este. De ella hemos acomodado en el campo los hombres que en él hacian falta, y aquí estaban de sobra. Ademas nos hemos atraído muchos pueblos estrangeros, que cuanto mas se multiplican, tanto mas acrecientan por su tra-

bajo los frutos de la tierra : y esta multiplicacion tan insensible y pacífica aumenta mas su poder y grandeza , que la mejor conquista. Pero no sin distincion se han trasplantado de la ciudad á la campiña los artesanos , no ; sino los empleados en aquellas artes superfluas que distraen á los pobres de la agricultura , y corrompen á los ricos precipitándolos en el fausto y la molicie ; mas sin perjudicar en esto á las bellas artes , ni á los que tienen ingenio propio para cultivarlas. Y á estas disposiciones debe Idomeneo el ser ahora mucho mas poderoso que cuando tú admirabas su magnificencia. Bajo de aquel esplendor aparente se ocultaba una debilidad y una miseria que muy pronto le hubieran arruinado ; mas ahora es infinitamente mayor el número de vasallos que le obedecen , y mayor tambien la facilidad de mantenerlos. Estos hombres acostumbrados al trabajo , á la fatiga , y á despreciar la vida por amor de las leyes , estan prontos á defender con ella las tierras cultivadas con sus propias manos. Sí, Telémaco , este estado que te parece haber decaído , llegará muy pronto á ser la admiracion de la Hesperia.

Ten presente que en el gobierno de las naciones suele haber dos males perniciosísimos , pero que casi nunca se les aplica remedio : una autoridad injusta y escesiva de parte de los reyes , y el lujo corruptor de las costumbres.

Un soberano acostumbrado á no conocer mas leyes que su voluntad absoluta , y á no refrenar sus pasiones , es cierto que todo lo puede ; pero tambien lo es , que este mismo poder arruina con la enormidad de su peso hasta los cimientos de su potencia. En su conducta no hay una regla cierta , ni en su gobierno una máxima constante ; y miéntras que á porfía se empeñan todos en

adularle , se va él empeñando en hacer de un reino bien poblado de buenos y ricos vasallos un desierto de pobres y abatidos esclavos. ¿Y en este estado quién se atreverá á desengañarle ? ¿quién pondrá límites á este torrente ? Todo cede á sus ímpetus ; huyen los sabios , se ocultan y en secreto gimen. Solo una repentina y violenta revolucion puede restituir á su curso natural una potencia que se echó fuera de él , queriéndolo inundar todo. ¿Y cuántas veces sucede que aun cuando se trata de solo moderarla , los mismos medios que para conseguirlo se emplean sirven para destruirla sin esperanza de restablecerla ? En una palabra , nada amenaza tan de cerca una funesta caida , como una autoridad ilimitada. Es semejante á un arco muy estirado , que si no se afloja , al fin de improviso salta. ¿Mas quién será el animoso que se atreva á aflojarle ? Esta autoridad tan lisonjera á los príncipes tenia tambien pervertido el corazon de Idomeneo : ni la caida de su trono habia bastado á desengañarle : ha sido necesario que los dioses nos hayan enviado á enseñarle prácticamente que un poder ilimitado es incompatible con la naturaleza humana ; y aun ha sido necesaria cierta especie de milagros para persuadirle.

El otro mal casi incurable es el lujo : así como los atractivos de una escesiva autoridad seducen á los reyes , así el lujo vicia toda una nacion. Dicen que el lujo proporciona que se mantengan los pobres á espensas de los ricos , como si no fuese mas útil que sin afeminar á los ricos se sustentasen los pobres á espensas de su trabajo , dedicándose á la agricultura. Insensiblemente se acostumbra una nacion á tener por necesarias unas cosas que realmente son superfluas , y que todos los dias se inventan , de modo que hoy no se puede pasar sin lo que

treinta años hace no se conocia : y este lujo se llama buen gusto, perfeccion de las artes y cultura de una nacion, siendo alabado como una virtud lo que es un vicio que tras sí arrastra otros infinitos, y que contamina desde el rey hasta la mas ínfima plebe. Los mas inmediatos deudos del rey quieren imitar su magnificencia, los grandes la de los deudos del rey, y los medianos la de los grandes. ¿Quién es pues él que se hace justicia? Los pequeños anhelan parecer medianos, y todos se esfuerzan mas de lo que pueden, unos por fausto haciendo alarde de sus riquezas, y otros por una mala vergüenza de parecer pobres. Aun los sabios que condenan este gran desórden, no lo son tanto que se atrevan á ser los primeros á hacerle frente y oponerse con su ejemplo. Arruinase una nacion, confúndense las clases, y la passion de adquirir para ostentar corrompe aun la mayor integridad. Solo se trata de ser rico donde es infamia la pobreza. Supon un sabio y virtuoso que instruye con sus luces á los demas hombres; no basta, ni que se ganen batallas, se salve la pátria, y se sacrifique uno por ella : nada es capaz de libertarle del desprecio si el fausto no exalta su mérito. Aun los que nada tienen quieren desmentir su indigencia gastando como los que tienen; y por conseguirlo se empeñan, engañan, fingen y no dudan usar de los medios mas indignos. ¿Mas quién podrá remediar semejante mal? No se necesita nada ménos que mudar el gusto y el hábito de una nacion entera, y darle nuevas leyes : ¿y quién tomará á su cargo tan árdua empresa, si no lo hace un rey filósofo, que sepa avergonzar con su moderacion á los que se complacen en gastar con profusion; y animar á los sabios, que se regocijarán al ver que el príncipe autoriza con su ejemplo su decente frugalidad?

Con este discurso quedó Telémaco como quien despierta de un profundo sueño; y tan persuadido de aquellas verdades que se le quedáron grabadas en el corazon, así como en el mármol quedan impresos los caracteres, que en él esculpe un sabio artista, dándole con ellos movimiento y vida. Estúvose Telémaco un breve rato sin hablar palabra, repasando lo que acababa de oír, y recorriendo con la vista las mudanzas que en Salento se habian hecho, y despues prorumpió diciendo á Mentor :

Vos habeis hecho de Idomeneo el mas sabio de los reyes tanto, que ni él ni su pueblo son conocidos. Tambien confieso que las cosas que aquí habeis hecho son infinitamente mas gloriosas que las victorias que nosotros hemos alcanzado; porque los sucesos de la guerra dependen en gran parte de la casualidad y de la fuerza, y hasta el último soldado tiene parte en la felicidad del éxito. Mas esta obra solo á vos se os debe, porque solo vos habeis combatido contra las preocupaciones de un rey y de un reino. Los sucesos de la guerra son siempre funestos y odiosos, y aquí todo es obra de una sabiduría celestial, todo es dulce, todo puro, todo amable, y todo prueba una autoridad que es superior á la condicion humana. ¿Porqué los que quieren colocar su nombre en el templo de la fama no emplearán sus talentos en hacer bien á sus semejantes? ¡Ah! ¡qué falso es el concepto que tienen hecho de la gloria si esperan hallarla en la devastacion de los pueblos, y en la desolacion de los hombres!

Mostró Mentor en el semblante la alegría que le causaba el ver á Telémaco tan desengañado acerca de la estimacion en que se deben tener las victorias y las conquististas, y mas cuando en su edad parecia natural que

se hubiese desvanecido con la gloria que habia alcanzado.

Verdad es, añadió Mentor, que todo lo que aquí ves es bueno y laudable; pero sabe que aun pudieran hacerse cosas mejores. Idomeo modera sus pasiones, y se dedica á gobernar su reino con justicia; mas no por eso deja de tener muchas faltas, funestas consecuencias de sus antiguas preocupaciones: porque aun cuando los hombres resuelven con energía su reforma, todavía les persigue por mucho tiempo el vicio, cuyo tiránico poder ha debilitado su naturaleza, dejándola casi sin fuerzas para resistir los malos hábitos que ántes contrajeron, mil errores y preocupaciones que tuvieron de por vida, y que tienen despues difícilísimo remedio. ¿ Dichosos los que jamas se han estraviado del recto camino de la virtud? á ellos les es mas fácil seguirle; y por eso, ó Telémaco, exigirán los dioses mas de tí que de Idomeo; porque tú desde la infancia conociste la verdad, y nunca las grandes prosperidades que tan halagüenamente seducen y corrompen.

Idomeo, continuó Mentor, es cuerdo é ilustrado; pero descende demasiado al detalle de las cosas, faltando á la meditacion de lo grande de los negocios, sin la cual no es posible formar útiles planes. El talento de un rey no consiste en hacerlo todo por sí: solo el intentarlo fuera una necia soberbia, así como lo seria querer persuadir al mundo que era capaz de conseguirlo. Un rey debe gobernar su nacion, eligiendo ministros que le sirvan, y dirigiéndolos: el detenerse en las menudencias fuera hacer las funciones que á ellos tocan: debe sí hacer que de todo se le dé cuenta, y saber lo necesario para proceder con discernimiento en las resoluciones. El saber elegir ministros y darles destino análogo á sus talentos son empresas dignas de

la mayor perspicacia, y el gobernar á los que gobiernan es lo que constituye lo sumo, lo mas perfecto de un gobierno; pues se necesita observarlos y experimentarlos, contenerlos, corregirlos y animarlos: elevar á unos, y humillar á otros: mudarles de destino, y tenerlos todos á raya. Querer exáminarlo todo por sí es desconfianza, es una pequenez despreciable, es dejarse arrastrar de la inclinacion á las menudencias que consumen el tiempo, y embarazan á un rey sabio que se entregue libremente á la meditacion de las grandes cosas. Los grandes proyectos exigen un ánimo libre y tranquilo, desembarazado de todo negocio que sea capaz de suspender ó poner límites á una vasta imaginacion. Un ingenio que se deja absorver de estos pormenores del gobierno, queda semejante á las heces del vino en que ya no hay fuerza ni delicadeza. Los que así gobiernan estan siempre dispuestos á obrar segun las circunstancias de lo presente, sin estender sus miras á lo venidero: déjense llevar del único negocio del dia; y como que es solo, les absorve, les ocupa, les hace mas impresion que debiera, y les apoca el entendimiento; y no se juzga sanamente de los negocios si no se les tiene todos presentes, se les compara, y se les da el orden y colocacion necesarias para que haya entre ellos consecuencia y proporcion. El soberano que falta á esta regla en el gobierno de sus estados, es semejante al músico que se contenta con encontrar ciertos sonos armoniosos, y no se cuida de unirlos y acordarlos para componer con ellos una música suave y afectuosa. Es tambien semejante á un arquitecto que porque tenga ya preparadas grandes columnas, y cantidad de piedras bien labradas, crea que nada le falta á la perfeccion de un edificio, por mas que no sepa el orden y pro-

porcion en que ha de colocarlas; á un arquitecto que cuando hiciese un salon magnífico no previese que era necesaria una escalera correspondiente, y cuando estuviese construyendo el edificio no tuviese presente el patio ni su entrada. Esta obra no sería mas que un desordenado conjunto de partes magníficas, que léjos de hacer honor al artífice, eternizará su oprobio; pues era un testimonio de que su capacidad fué tan limitada que no cupo en ella la idea de un diseño general del edificio entero: tal es el carácter de los entendimientos limitados y subalternos; y el que nació con él, solo puede servir obedeciendo. No lo dudes, mi querido Telémaco; el gobierno de un reino requiere cierta armonía como la música, y ajustadas proporciones como la arquitectura.

Si quieres, aun me serviré de la comparacion de las artes para demostrarte que los talentos que se ocupan en el pormenor de las cosas en materia de gobierno no pasan de una medianía. El que en un concierto no canta mas que algunos trozos, por mas bien que los cante, no pasa de un cantor; pero el que conduce el concierto y regla á un mismo tiempo todas las partes de que consta, es el único, el verdadero maestro. Del mismo modo el que labra columnas, ó levanta el costado de un edificio, no es mas que un menestral; pero el que ha trazado todo el edificio, y tiene delineadas en la imaginacion sus proporciones, es el único, el solo que merece el nombre de arquitecto. Así los que trabajan, espiden y manejan mas negocios, son precisamente los que ménos gobiernan; ni son mas que unos obreros subalternos. El verdadero genio, el talento creador que rige el estado es el que, sin hacer nada, hace que todo se haga, piensa, inventa, prevee lo futuro, tiene pre-

sente lo pasado, ordena, proporciona, prepara con anticipacion, se esfuerza constantemente por contrastar la fortuna, así como el nadador por superar una corriente, es por último, él que vela de noche y de dia por no esponer nada á la casualidad.

¿Crees tú, Telémaco, que un excelente pintor se fatigue desde por la mañana hasta la noche por concluir cuanto ántes sus obras? No por cierto: semejante afán, tan servil trabajo estinguiría todo el fuego de su imaginacion, sin el cual era imposible que hiciese brillar su ingenio: ha de ser todo efecto de un arrebato, de un capricho, para los cuales no hay reglas: en una palabra, el gusto y la fantasía han de dirigir su mano. ¿Crees tampoco que gaste el tiempo en moler los colores, y preparar los pinceles? ménos: esa es ocupacion de sus discípulos. Al maestro le está reservado meditar el como con sus pinceladas ha de dar nobleza, vida y espresion á las figuras: tiene en la idea los pensamientos y aun los afectos de aquellos héroes que quiere representar, los siglos y las demas circunstancias en que se hallaron; y aun es necesario agregar á esta especie de entusiasmo una prudencia que le contenga para que en todo haya verdad, correccion y proporcion. Ahora bien, ¿te parece que para constituir un buen rey no se necesitan pensamientos tan sublimes, tanto ingenio y tantos esfuerzos de entendimiento como para un gran pintor? Desengáñate, la mas digna, la única ocupacion de un rey debe ser el meditar y formar grandes proyectos, y escoger sugetos á propósito para que los desempeñen.

Me parece, le respondió Telémaco, haber comprendido bastante bien cuanto me habeis dicho; pero recelo, que siguiendo vuestra doctrina, esté un rey muy es-

particulares, pues que por sí mismo no los ha de examinar. Tú eres el que te engañas, le replicó Mentor: un conocimiento universal del gobierno se opone al engaño. Los que carecen de principios en el manejo de los negocios, y de un juicio delicado para discernir el talento é inclinacion de los demas, van siempre como á tuestas, y solo por casualidad no se engañan: ni ellos mismos saben lo que buscan, ni para que: su carácter es la desconfianza, pero con la desgracia de que mas bien desconfian de los que les contradicen que de los aduladores que les lisonjean. Por el contrario, los que tienen ideas exáctas del gobierno, y conocimiento de los hombres saben lo que han de buscar en ellos, y los medios de hallarlo: conocen, aunque por mayor, si los sujetos de que se valen son á propósito, y se interesan en que se realicen sus designios. Además de que como no se hallan oprimidos con el enojoso trabajo de examinar parte por parte los negocios menores, estan mas en disposicion de ver de una mirada toda la obra, y observar si se adelanta hácia el fin que se ha propuesto. Si son engañados, á lo ménos no podrán serlo gravemente en lo esencial. Estos talentos son tambien superiores á esos ligeros recelos con que se alimentan las almas bajas, y los de limitados alcances. Saben muy bien que les es imposible evitar algunos engaños, pues que necesitan servirse de hombres; pero tambien saben que se pierde mas en la irresolucion á que conduce la desconfianza, que en dejarse levemente engañar: ¡feliz el que solo es engañado en las cosas medianas! pues esto no suspende el curso de las grandes, que es lo único de que debe cuidar un gran talento. Castíguese con rigor el engaño descubierto, justo es; pero la prudencia exige que se disimulen algunos engaños, por no

esponerse á ser verdaderamente engañado. Un artesano lo vé todo en su taller por sus propios ojos, y lo hace con sus manos; el soberano de un grande estado no puede hacerlo todo, ni todo verlo; pero por sí solo debe hacer lo que no es posible que ningun otro haga, y ver nada mas que lo que contribuye á decidir con acierto en los negocios mas importantes.

Por último, le dijo Mentor, los dioses te aman y te preparan un reinado en que resplandezca la sabiduría. Cuanto aquí ves se ha hecho ménos por la gloria de Idomeneo que por tu instruccion: estos sabios establecimientos que tanto admiras en Salento no son mas que una sombra de lo que tú harás algun dia en Itaca, si corresponden tus virtudes á los altos designios que tiene de tí formados el destino. Mas ya es tiempo de que partamos, para lo cual nos tiene preparado Idomeneo un bajel que nos conduzca á nuestra pátria.

Inmediatamente se descubrió Telémaco á su amigo, aunque con algun empacho, acerca de una oculta pasion que le aficionaba á Salento. Acaso vituperaréis, le dijo, la facilidad con que mi inclinacion se contrae por donde quiera que paso; pero mi corazon me acusaria incesantemente, si yo os ocultase que amo á Antiópe, hija de Idomeneo. No creais, mi querido Mentor, que es esta una ciega pasion como aquella de que me caracterisais en la isla de Calipso: conozco muy bien cuan profunda fué la herida que el amor me hizo, como que aun no puedo pronunciar el nombre de Eucaris sin conmovirme: ni el tiempo ni la ausencia han bastado á borrarnele de la memoria; y aquella funesta esperiencia me enseña á desconfiar de mí. Pero yo no siento por Antiópe nada que se parezca á aquella pasion: no es este un amor desordenado, sino una justa estimacion

devida á su virtud, una firme persuasion de que fuera feliz si viviera en su compañía. Si los dioses disponen que hallemos á mi padre, y me conceden que elija muger á mi gusto, Antiope será mi esposa. Lo que mas admiro en ella es su silencio, su modestia, su retiro, la constancia en el trabajo, la habilidad de sus manos, la aplicacion con que gobierna la casa de su padre desde que murió su madre, el desprecio con que mira los vanos adornos, y el olvido, si no es ignorancia, en que está de su hermosura. Cuando Idomeneo la manda dirigir las danzas de las jóvenes Cretenses, con facilidad se la equivocará con la risueña Vénus acompañada de las gracias. Si la lleva consigo á caza, brilla tanto su magestad en las selvas, y su habilidad en manejar el arco, como pudiera la misma Diana en medio de sus ninfas: todo el mundo la admira, y ella es la única que no lo sabe. Cuando entra en los templos á llevar sus ofrendas á los dioses, se creyera ser ella la misma divinidad que en ellos se adora. ¡Con qué temor tan religioso la hemos visto ofrecerles sacrificios, y aplacar su enojo cuando ha sido necesario espiar alguna culpa, ó mudar algun funesto presagio! En fin, ¿quién al verla con una aguja de oro en la mano, ocupada al mismo tiempo en dirigir las labores de las doncellas que la sirven, no la tendrá por Minerva misma, creyendo que bajo la figura humana ha descendido á inspirar á los hombres el amor á las bellas artes? Ella las anima, las alienta, y con la dulzura de su voz tembla y las hace olvidar el enojo que el trabajo causa. La mas acabada pintura no tiene comparacion con la delicadeza de sus bordados. ¡Feliz mil veces él que á ella se vea unido por un dulce himeneo! Solo tendrá que temer el perderla, ó sobrevivirla.

Los dioses me son testigos, mi amado Mentor, de que estoy pronto á partir: yo amaré á Antiope mientras me dure la vida; pero sin que este amor retarde ni un momento mi vuelta á Itaca. Si por mi desgracia llegase otro á poseerla, pasaré el resto de mis dias en la mas profunda tristeza y afliccion: no obstante la dejaré, á pesar de que conozco el poder y los efectos de la ausencia. No pienso descubrirla mi amor, ni á su padre; pues en mis actuales circunstancias solo á vos debo manifestarle, interin recobra Ulises su trono, y obtengo su aprobacion. En esto mismo podeis conocer cuan diferente es este amor de aquella ciega pasion que tuve por Eucaris.

Así es, le respondió Mentor: noto bien la diferencia. Antiope es amable, sencilla y discreta: sus manos no desdennan el trabajo: prevee las cosas, y á todo provee: sabe callar, obra sin agitacion, porque nunca está ociosa, y cada cosa la hace á su tiempo: el buen orden en que tiene la casa de su padre la da mas honor, y la hace mas apreciable que su estremada hermosura. Aunque de todo cuida, y está á su cargo el corregir á unos, negar lo que piden otros, y economizar con todos, que es lo que hace aborrecibles á casi todas las mugeres, Antiope ha sabido grangearse el amor de toda la familia, que no vé en ella pasion, capricho, velocidad, ni aquel genio descontentadizo que comúnmente caracteriza á las demas. Con una mirada la entiende todos, y todos temen desagradarla: sus órdenes son precisas, pero sin exigir imposibles; reprende con dulzura, y anima reprendiendo. Ella es el apoyo de su padre, que así descansa con ella, como un pasajero fatigado del escesivo calor reposa á la sombra sobre la fresca yerba. Tienes razon, Telémaco; Antiope es un

tesoro digno de ser buscado por todo el universo. Su espíritu así bien que su cuerpo desprecia todo vano atavio: á su imaginacion, aunque viva, la modera su cordura: solo habla por necesidad; y cuando desplega los labios, destila por ellos la dulce persuasion envuelta en las gracias mas sencillas. Habla, y todos callan por oírle; se avergüenza, y no la falta mucho para callar lo que quiere decir luego que advierte que tan atentamente se la escucha. Pero; qué mas! si despues de tanto tiempo apénas la hemos oido hablar nosotros.

¿Te acuerdas, Telémaco, de aquel día en que llamada por su padre se presentó con los ojos bajos, cubierta de un gran velo? ¿Te acuerdas de que solo habló lo necesario para aplacar el enojo de Idomeneo, que queria hacer castigar rigurosamente á uno de sus esclavos? ¿Con qué prudencia se puso al principio de parte de su enojo, y le aplacó despues, hasta que por fin le espuso todas las razones que podian escusar á aquel infeliz! Y sin dar á entender al rey que se habia dejado arrebatar de la ira, supo inspirarle sentimientos de justicia y de compasion. Cuando Tetis acaricia al viejo Nereo, no calma con mas dulzura las olas irritadas. Así Antiope sin arrogarse ninguna autoridad, y sin prevalerse de sus gracias, manejará el corazon de su esposo, como ahora maneja su lira cuando quiere exprimir la mas suave armonía. Vuelvo á repetirlo, Telémaco; tu amor por ella es justo y racional; los dioses te la destinan; solo falta que esperes á recibirla de Ulises. Apruebo el que no la hayas descubierto tu afecto; pues cualquier medio que para significársele tomarás, no te libraría de un desprecio, y decayeras de su estimacion. Antiope no es capaz de comprometerse con nadie, no siendo por direccion de su padre;

ni de recibir por esposo á quien no tema á los dioses, y no sea virtuoso. ¿No has reparado, como yo, que desde que has vuelto se presenta aun ménos que ántes, y que baja mas los ojos? Antiope sabe las victorias que has obtenido, no ignora tu nacimiento ni tus aventuras; ni ignora tampoco lo favorecido que eres de los dioses, y esto la hace tan modesta y circunspecta. Volvamos, Telémaco, volvámonos á Itaca. Ya no me resta mas sino que encuentres á tu padre, y ponerte en estado de que obtengas una muger digna del siglo de oro. Si como es hija del rey de Salento, no fuera mas que una pobre pastorcilla, tú serias el hombre mas dichoso en poseerla.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y DOS.

LIBRO VEINTE Y TRES.

SUMARIO.

Sintiendo Idomeneo que la partida de sus huéspedes se verificase antes de lo que quisiera, pensó en retardarla, manifestando á Mentor que le era imposible sin su consejo despachar una multitud de negocios de mucha consideracion. Propónole Mentor las reglas que en ello debe observar, é insiste en volver á Telémaco á su patria. Proyecta Idomeneo retenerlos excitando la pasion que Telémaco tenia á su hija. Convidales á una cazería, y hace que tambien asista Antiope, la cual hubiera sido despedazada por un javalí sin el socorro de Telémaco. Siente este despues dejarla, no ménos que el pedir licencia al rey su padre para retirarse; pero esforzado por Mentor hace lo uno y lo otro; y se embarca felizmente.

TEMIA Idomeneo que llegase el momento de que partiesen Telémaco y Mentor, y así pensaba en los medios de retardarle. Espúsole á este que le era imposible sin su consejo arreglar una competencia suscitada entre Diófanes, sacerdote de Júpiter, conservador, y Heliodoro, que lo era de Apolo, sobre los presagios que anuncian el vuelo de las aves, y las entrañas de las víctimas. ¿Y porqué, le respondió Mentor, os habeis vos de mezclar en las materias sagradas? Dejad la decision de ellas á los Etrurios que saben la tradicion de los mas antiguos oráculos, y que estan inspirados para ser los in-

térpretes de los dioses. A vos solo toca emplear vuestra autoridad en sofocar estas disputas luego que nacen; pero sin dar muestras de parcialidad ni predileccion, contentándoos con apoyar la decision cuando se verifique; tened presente que un rey debe someterse á la religion, y nunca darla reglas: la religion emana de los dioses, y es superior á los reyes, los cuales si se mezclan en los asuntos de ella en lugar de protegerla, la esclavizan; porque es tanto su poder, y tan poco el del resto de los hombres, que si toman parte en semejantes cuestiones, estan muy espuestas á sufrir en la decision mil alteraciones, solo por complacerles. Dejad, pues, que las decidan con libertad los amigos de los dioses, y limitad vuestra autoridad únicamente á reprimir á los que no se sujeten á su juicio, pronuciado que sea.

Lamentóse despues Idomeneo del embarazo en que le tenia un gran número de procesos particulares, sobre cuya decision se le instaba.

Decidid, le respondió Mentor, los casos nuevos que ocurran, y en que sea necesario establecer máximas generales de jurisprudencia, ó interpretar las leyes ya establecidas, pero no los asuntos comunes; porque fueran tantos los que os vendrian, que os oprimieran: vos fuerais solo á juzgar los pleitos de todo vuestro reino, y los que debian hacerlo estarian ociosos, y serian inútiles. Además de que no bastaríais vos solo á juzgarlos, os absorverian el tiempo que debíais destinar á la meditacion y arreglo de los grandes negocios. Guardaos pues de incurrir en este defecto: cometed la decision de las causas de los particulares á los jueces ordinarios, y reservad para vos solo aquello que no es posible que otro haga; y entónces será cuando ejerzais las verdaderas funciones de rey.

Me instan también, dijo Idomeneo, para que contribuya á que se celebren ciertos matrimonios. Varios sujetos de un ilustre nacimiento, que me han seguido en todas mis expediciones, y que han sacrificado cuantiosos bienes en mi servicio, quisieran, como una especie de recompensa, casarse con ciertas doncellas ricas; y á mí no me costaría el proporcionársela mas que hablar una palabra.

Yo creo muy bien, le respondió Mentor, que nada mas os costaría; pero no os dejaría de estar bien cara esa sola palabra. ¿Porqué habeis de quitar á los padres la libertad y el consuelo de escoger maridos á sus hijas, y por consiguiente quien los herede? Esto fuera tener á las familias en la mas rigurosa esclavitud, y haceros responsable de todas las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Demasiados sinsabores hay en los matrimonios sin acibararlos mas. Si quereis recompensar la fidelidad de los que os han servido, dadles tierras incultas, elevadlos con honores y distinciones proporcionados á su condicion y á su mérito; y si esto no basta, dadles algun dinero de lo que hayais economizado en los fondos destinados á vuestros gastos; pero nunca pagueis vuestras deudas sacrificando las doncellas ricas á pesar de sus padres.

Muy pronto le propuso Idomeneo otra dificultad: quejáuse, le dijo, los Sibaritas (1) de que les hemos usur-

(1) Los Sibaritas eran los pueblos de la antigua Sibari, ciudad de la grande Grecia en Italia, tan poderosa que tenia bajo su dominacion veinte y cinco otras ciudades con sus dependencias. Esta ciudad fué ruinada por los Crotoniatis, y se ven aun sus ruinas con el nombre de *Sibariti rovinnata*, en la Calabria citerior.

pado algunas tierras, y que como montuosas é incultas las hemos dado á los estrangeros que de poco tiempo á esta parte nos hemos atraído. ¿Cederé á sus pretensiones? Si lo hago, daré márgen á que crean las demas naciones que para conseguir de nosotros hasta solicitarlo.

Está bien, le respondió Mentor, que no se les crea á los Sibaritas en su propia causa; pero tampoco es justo creerlos á vos en la vuestra. ¿Pues á quién hemos de creer? replicó Idomeneo. A ninguno de los dos, prosiguió Mentor: y en este caso es necesario sujetarse á la decision de una nacion vecina que no sea sospechosa á los interesados; tal es la de los Sipontinos: ningun interese tienen contrario á los vuestros.

¿Y porqué, repuso Idomeneo, me he de sujetar á la decision de ningun árbitro? ¿acaso no soy yo rey? ¿pues porque un soberano se ha de someter al juicio de ningun otro cuando se trata de la estension de sus dominios?

Mentor continuó así su discurso: Pues que vos no quereis ceder, es preciso que creais que vuestro derecho es incontrastable: por otra parte sostienen los Sibaritas que lo es él suyo, y no quieren ceder tampoco: con que, que arbitrio? Elegir un árbitro que ajuste vuestras diferencias, ó remitir la decision á la suerte de las armas: no hay otro medio. Pues ahora bien, ¿si entraséis en una república que no tuviese magistrados ni jueces, y en la que cada familia creyese que la era lícito emplear la violencia para hacerse justicia en las diferencias que con sus vecinos se la suscitasen, no os compadecería la suerte de tal nacion, y os horrorizaría un desórden en que todas las familias necesitasen armarse unas contra otras? ¿pues porque habeis de creer que miren los dioses con ménos horror al mundo entero, que es la república universal, si cada nacion, que no es en él mas que como una gran fami-

lia, cree que impunemente puede valerse de la violencia para hacerse justicia contra las otras naciones vecinas? Si un particular se mantiene en la posesion de una tierra heredada de sus antepasados, no es sino por la autoridad de las leyes, y por la decision de un magistrado; y se le castigaria como á sedicioso, si se valiese de la fuerza para conservar lo que debe á la justicia. ¿Pues cómo les ha de ser permitido á los reyes que empleen desde luego la violencia sin haber apurado todos los medios que dicta la humanidad? ¿Acaso no es mas sagrada é inviolable á los reyes la justicia cuando se disputan paises enteros, que lo es para las familias respecto de una heredad? Si el que se apropia una pequeña porcion de tierra es un sedicioso, un usurpador, ¿qué nombre daremos al que se apodera de provincias enteras? ¿le calificaremos de justo y de héroe? decidlo vos. Por otra parte si bastan los pequeños negocios de los particulares para que un rey tome insensiblemente partido, se ciegue y se engañe, ¿con cuanta mas razon debe temer que le suceda cuando se trata de los grandes intereses del estado? ¿Porqué un soberano se ha de llevar de su opinion en una materia en que debiera desconfiar tanto de sí mismo? ¿porqué no temerá engañarse cuando su error puede producir las mas horribosas consecuencias? El error de un rey suele causar devastaciones, hambres, muertes, pérdidas y la depravacion de costumbres, cuyos lastimosos efectos pasan de siglo en siglo hasta la mas remota posteridad. Un rey siempre rodeado de liasonjeros, ¿porqué no ha de recelar que le adulen en semejantes circunstancias? Conviniéndose pues en la decision de un árbitro, da una prueba de su equidad, de su buena fé y de su moderacion, y hace públicas las sólidas razones en que apoya su derecho. El árbitro es un

amable mediador, no un riguroso juez: el elegirle no es someterse ciegamente á sus decisiones: ni pronuncia una sentencia como juez supremo, sino que aconseja, media é interpone sus respetos para que se haga algun sacrificio en obsequio de la paz. Mas si á pesar de las diligencias que un rey practica para conservarla, se vé en la necesidad de sufrir ó hacer la guerra, tiene por lo ménos á su favor el testimonio de su conciencia, la estimacion de sus vecinos, y la justa proteccion de los dioses. Persuadido Idomeneo de la fuerza de estas razones, consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre él y los Sibaritas.

Pero viendo que se le frustraban todos los medios de que se valia para retener á sus huéspedes, pensó en otro sin duda mas poderoso. Habia notado la inclinacion de Telémaco á Antiope, y creyó que excitando esta pasion lograria retenerle. A este fin la hizo cantar muchas veces en los festines, y ella lo hizo por no desobedecer á su padre; pero con tanta modestia y tristeza, que se conocia lo mucho que padecia por obedecer. Llegó Idomeneo hasta el estremo de querer que cantase la victoria alcanzada sobre los Danienses y sobre Adrasto; mas ella no pudo resolverse á cantar las alabanzas de Telémaco: se escusó con respeto, y su padre no se atrevió á instarla. La dulzura y melodia de su voz se insinuaban tanto en el corazon de aquel jóven, que todo estaba conmovido; y alegre Idomeneo notando su turbacion. Telémaco hacia como que no entendia los designios del rey, por mas que le costaba disimularlo; pero ya era en él la razon superior á sus sentimientos: no era aquel mismo Telémaco, á quien una tiránica pasion habia esclavizado en la isla de Calipso. Miétras cantaba Antiope, guardaba

un profundo silencio; y en los intervalos procuraba que recayese la conversacion sobre materias indiferentes.

No pudiendo el rey conseguir tampoco por este medio lo que deseaba, emprendió por último una carcería en obsequio de su hija. Lloro Antiope, se escusa de asistir á ella; pero la es preciso ceder al empeño de su padre. Sube en un fogoso caballo semejante á los que Castor domaba para la guerra, y le maneja con desembarazo: siguela una numerosa comitiva de doncellas, en medio de las cuales brillaba tanto como Diana en las selvas. La vé el rey, y no se harta de mirarla: con su vista se le olvidan sus pasadas desgracias. La vé tambien Telémaco, mas prendado de su modestia que de su habilidad y de todas sus gracias.

Empezáron los lebreles á levantar la caza, y echaron un javalí de una corpulencia desmesurada, y tan furioso como él de Calidon: sus largas y erizadas cerdas mas parecian dardos; centelleábanle los ojos revueltos en sangre y fuego: oíanse desde léjos sus bufidos semejantes al sordo ruido que causan los vientos alterados, cuando les reprime Eolo, y les llama á su caverna para aplacar las tempestades: con los largos y encorvados colmillos, que mas eran cortantes hoces, tala los árboles, y destroza cuantos perros se atreven á acercársele: los mas osados cazadores que le persiguen no se atreven á herirle ni aun de léjos.

Pero Antiope, ligera como un viento, no duda acometerle de cerca; le espera, le lanza un dardo, y se le deja atravesado en la parte superior. Redóblase con la herida el furor del sañudo javalí, y se vuelve á buscar á quien se la hizo; le vé el caballo de Antiope,

y á pesar de su nobleza se asombra y retrocede: arrojase á él la monstruosa fiera con la misma violencia que caen sobre las murallas las formidables máquinas inventadas para destruirlas. Vacila el caballo, cae, y en su caída echa por tierra á la animosa Antiope, dejándola sin esperanza de evitar el sangriento colmillo con que para vengarse la busca la ofendida fiera. Mas Telémaco, atento al peligro de Antiope, estaba ya desmontado, y mas veloz que un relámpago se interpone entre el caballo caido y el javalí sangriento, que rabioso vuela á la venganza: llega, le esconde en un costado casi todo el dardo con que le espera, y cae muerta á sus pies aquella formidable víctima de su valor.

Córtale al instante la cabeza, que mirada de cerca, aun espanta y admira á los cazadores; se la presenta á Antiope, y ella avergonzada consulta con la vista á su padre, el cual despues de pasar de la mayor consternacion en que le puso el peligro de su hija á la mas viva alegría de verla fuera de él, la hizo seña de que la aceptase. Así lo hizo, diciéndole á Telémaco: Yo os quedo reconocida á otro presente mas estimable, cual es la vida. Apénas lo dijo, cuando temiendo haberse excedido, bajó los ojos; y Telémaco, viendo su turbacion, no se atrevió á decirle mas que estas palabras: ¡Dichoso el hijo de Ulises, pues ha conservado una vida tan preciosa! ¡y mas dichoso aun, si pudiera pasar en vuestra compañía la suya! Antiope, sin responderle, se fué presurosamente á incorporar con sus compañeras, y volvió á subir á caballo. Desde aquel instante se la hubiera prometido Idomeneo; pero queria inflamar mas su pasion dejándole en la incertidumbre, y aun creyó que el deseo de asegurar su

casamiento podría retardar su partida; pero los dioses se burlan de la sabiduría de los hombres. Lo mismo que pensaba retendría á Telémaco, fué precisamente lo que le estimuló á partir: aquella alteracion que empezó á sentir en su espíritu, le puso en una justa desconfianza de sí mismo.

Mentor por otra parte redobló sus esfuerzos para inspirarle un deseo impaciente de volver á su patria, y al mismo tiempo instó á Idomeneo para que se lo permitiese, á cuyo fin tenia ya dispuesto un bajel, pues como arreglaba todos los momentos de la vida de Telémaco para elevarle al mas alto grado de gloria, no le detenia en cada pueblo mas de lo que necesitaba para ejércitar su virtud, ó para que adquiriese experiencias. Mentor, pues, habia cuidado de preparar aquel bajel desde que llegó Telémaco.

Pero Idomeneo, que con sumo disgusto le habia visto aprestar, cayó en una tristeza mortal y en un abatimiento que movia á compasion, luego que vió que sus huéspedes, que tanto le habian favorecido, le iban á dejar. Encerrábase en los sitios mas oscuros de su palacio, y allí entre gemidos y sollozos desahogaba su corazon: olvidase de comer, le abandona el sueño, y poco á poco le va su desasosiego consumiendo y estenuando. Semejante á un árbol, cuya robustez ha resistido á la violencia de los huracanes, que la tierra fecunda hace alarde de haber producido, y que siempre respetado del hacha del leñador, empieza á secarse sin saber la causa, porque es un oculto gusano el que le corroe los delicados tubos por donde se ramifica el jugo que le putre; se marchita, sécanse sus ramos, se desnuda de las hojas que le hermocean, y no presenta mas que un tronco vestido de una

árida corteza: así pareció Idomeneo abatido de dolor.

Compadecido Telémaco no se atrevia á hablarle, ántes temiendo que llegase el dia de la partida, buscaba pretextos de dilatarla, y en esta irresolucion permaneciera mucho tiempo, si Mentor no le hubiera dicho: No sin gran satisfaccion mia te veo tan mudado: naciste altivo é insensible á todo lo que no interesaba tu comodidad; pero en fin ya eres verdaderamente hombre, pues con la esperiencia de tus trabajos empiezas á compadecerte de los agenos. El que no se compadece, no puede tener un corazon benéfico, ni virtud, ni ser á propósito para gobernar; mas este es un sentimiento que no se debe llevar tan al estremo que decline en flaqueza. Yo hablaría á Idomeneo pidiéndole permiso para partir, y te ahorraria de buena gana el disgusto que á tí te ha de causar el hacerlo; mas no apruebo que así te dejes dominar de una perniciosa vergüenza; por el contrario te debes acostumbrar á unir el valor y la firmeza con una amistad tierna y afectuosa. Justo es que no se afliga sin necesidad á los hombres, que se tome parte en sus penas cuando no hay medio de evitarlas, y que se desvie en lo posible el golpe que les amenaza cuando no se puede repararle enteramente. Pues porque á Idomeneo le fuera ménos sensible la noticia de nuestra partida, dijo Telémaco, es por lo que yo quisiera mas que la recibiese de vos que de mí.

Pero Mentor le respondió al instante: Te engañas, mi querido Telémaco; tú naciste en la opulencia como los hijos de los demas reyes: todo quieren que se haga á su gusto, y que la naturaleza entera se rinda á su voluntad, pero sin tener valor para oponerse á nadie cara á cara: no porque estúnez en nada á los hom-

bres, ni tengan la bondad de sentir el afligirlos, sino porque les incomoda ver á su lado semblantes tristes y descontentos. Nada les importa que padezcan, con tal que no lo vean, ni de ello se les hable, porque aun esto les incomoda; de modo que para agradarlos es preciso decirles siempre que las cosas van bien. Mientras que ellos estan engolfados en sus delicias, no quieren ver ni oír nada que interrumpa su contento. Si necesitan reprender, corregir, desengañar á alguno, ó negar lo que pretende un importuno, nunca lo hacen por sí mismos, sino que dan la comision á otro: en tal caso ántes se dejaran arrancar las gracias mas indebidas, y ántes darian lugar á que se perdiesen los mas importantes negocios, que resolverse á decidir confirmenza contra el dictámen de aquellos con quienes han de tratar todos los dias, y esta debilidad es la que estimula á todos á sacar de ella partido: se les insta, se les importuna, se les oprime, y oprimiéndolos por fin se logra. Al principio se les adula, se les incienza hasta insinuarse en su corazon, y obtener á su lado empleos de alguna autoridad, y despues se les maneja y se les subyuga. Suelen los principes conocerlo, gimen, y quieren sacudir el yugo; pero es ya tarde, y tienen que soportarle por toda la vida. Zelosos de su autoridad se empeñan en aparentar al mundo que nadie les gobierna; pero el mundo conoce que son gobernados. Ni puede ser otra cosa, porque ellos son semejantes á aquellos delgados vástagos de la vid, que no pudiendo por sí sostenerse, buscan el arrimo de un árbol robusto en que apoyarse.

No quisiera, Telémaco, dar lugar á que tú cayeses en esta flaqueza, que te haria incapaz para el gobierno: tú mismo, que ahora sientes tanta ternura por Ido-

meneo que no atreves á hablarle, no te volverás á acordar de su pena luego que salgas de Salento: no es su afliccion la que te compadece, es su presencia la que te embaraza. Vé, pues, háblale tú mismo, y aprende á ser compasivo y firme á un mismo tiempo: maniféstale el sentimiento que te cuesta dejarle, pero dñle con resolucion que es preciso que partamos.

No se atrevia Telémaco ni á oponerse á Mentor, ni á ir á ver á Idomeneo; avergonzábase de su temor, y le faltaba valor para desecharle: dudaba, daba dos pasos, y al instante retrocedia á esponer á Mentor alguna nueva razon para dilatarlo; mas con una sola mirada le quitaba las palabras de la boca, y hacia que se desvaneciesen todos sus especiosos pretextos. ¿Es este, decia Mentor sonriéndose, es este el vencedor de los Danienses, el libertador de la grande Hesperia, el hijo del sabio Ulises, y el que despues de sus días debe ser el oráculo de la Grecia? ¿es este? pues vedle ahí tan cobarde, que no se atreve á decir á Idomeneo que no puede dilatar mas la vuelta á su pátria para ver á su padre. ¡Pueblos de Itaca, que infelicidad será la vuestra si llegais á tener un rey, que dominado de una pernicioso vergüenza sacrifique á sus flaquezas, aun por las cosas mas despreciables, vuestros mayores intereses! En esto puedes conocer la diferencia que hay del valor necesario en la guerra al que es preciso en la expedicion de los negocios: tú no temiste las armas de Adrasto, y temes la tristeza de Idomeneo. Esto es puntualmente lo que degrada á muchos principes que han hecho las mayores y mas heroicas acciones: despues de ser héroes en la guerra se muestran los mas ínfimos de los hombres en las acciones comunes en que los demas se portan con firmeza.

Conociendo Telémaco la fuerza de estas verdades , y picado de aquella reprehension , parte con presteza sin escuchar mas su repugnancia ; pero apénas empezó á entrar en donde estaba Idomeneo sentado , bajos los ojos y oprimido de tristeza , cuando ámbos se empezaron á temer : no se atrevia Telémaco á mirarle , y ámbos se entendian sin hablarse , temiendo el uno que el otro rompiese el silencio , y en este estado rompieron á llorar , hasta que agitado Idomeneo de la acerbidad de su pena , exclamó : ¡ De qué sirve procurar la virtud , si tan mal recompensa á los que la aprecian ! Despues de haberme hecho conocer mis defectos , me abandonan mis huéspedes : ¡ ay de mí ! cómo sin su apoyo podré sostenerme ! ¡ preciso es que vuelva á incurrir en todos ellos ! ¡ nadie vuelva á hablarme de máximas de gobierno ! me es imposible , me será forzoso abandonarlo todo : ya estoy cansado de los hombres . ¿ Y tú , Telémaco , donde quieres ir ? Tu padre ya no existe , inútilmente le buscas : Itaca está en poder de tus enemigos ; perecerás á sus manos si á ella vuelves ; tu madre estará ya casada con alguno de ellos . Quédate pues aquí , yo te daré mi hija , serás mi heredero , me sucederás en el trono , y aun durante mi vida tendrás un poder absoluto : mi confianza será ilimitada ; y si á todas estas ventajas eres insensible , á lo ménos déjame á Mentor que es toda mi esperanza : habla , responde , no endurezcas tu corazon , apiádate del mas desgraciado de los hombres . ¿ Qué , nada me dices ! ¡ ay de mí ! ¡ ahora sí que conozco cuán enemigos me son los dioses ! ahora , me son mas crueles que cuando en Creta quité la vida á mi propio hijo .

Llegó en fin el caso de que Telémaco le respondiese aunque con voz trémula : Yo no soy dueño de mí mismo ;

el destino me llama á mi pátria ; y Mentor , que tiene todo el saber de los dioses , me ordena en su nombre que vaya . ¿ Qué queréis , pues , que haga ? ¿ Renunciare para siempre á mis padres y á mi pátria , que aun debe serme mas cara ? Habiendo nacido para ser rey , no debo acostumbrarme á una vida sedentaria y tranquila , ni á seguir mis inclinaciones . Vuestro reino es mas rico y mas poderoso que él de mi padre : sin embargo yo prefiero él que los dioses me destinan al que vos teneis la bondad de ofrecerme . Yo me tendria por dichoso en que fuese mi esposa Antiópe aun sin la esperanza de un reino como el vuestro ; pero para merecerlo es necesario que vaya adonde mis obligaciones me llaman , y que sea mi padre él que os la pida . ¿ No me prometisteis restituirme á Itaca ? ¿ No me uní en virtud de esta promesa con los aliados para pelear contra Adrasto ? Tiempo es ya que piense en reparar mis desgracias domésticas . Los dioses me han entregado á Mentor , para que dirigiéndome me haga digno del destino que me reserva el hado . ¿ Y queréis que yo pierda á Mentor despues de haberlo perdido todo ? Ya no tengo bienes ni retiro , padres ni pátria segura : solo me resta un amigo sabio y virtuoso , que es el mas precioso don de Júpiter . Juzgad vos si deberé privarme de él , ni consentir que me abandone ; ántes recibiera la muerte : quitadme la vida , que la vida es nada ; pero no me quiteis á Mentor .

Al paso que Telémaco hablaba , iba esforzando la voz , y desapareciéndose su timidez ; mas Idomeneo ni sabia que responder , ni se resolvía á aprobar las razones de Telémaco : y no dejándole el conflicto articular palabra , procuraba á lo ménos con sus miradas y acciones moverle á compasion . En aquel momento

vió llegar á Mentor, el cual le animó con unas notables palabras.

No os aflijais porque os dejamos, que la sabiduría que preside á los consejos de los dioses presidirá tambien á los vuestros: agradeced, sí, á Júpiter la dicha de que nos haya enviado á salvar vuestro reino, y restituiros al camino de que os habíais estraviado. Ya por nuestro consejo habeis restaurado á Filocles: no dudeis de su fidelidad, ni temais que huyan de su pecho el temor de los dioses, el amor á la virtud y á vuestros pueblos, ni la compasion á los infelices. Oidle, y servios de él con seguridad y sin recelo. El mayor servicio que de él podréis exigir será que os haga presente con franqueza todos vuestros defectos, y á ello le debeis obligar. La grandeza de alma de un buen rey consiste en buscar verdaderos amigos que le hagan notar sus defectos. Con tal que así lo hagais, para nada os somos necesarios, y seréis feliz. Pero si la lisonja, que se desliza como una serpiente vuelve á encontrar el camino de vuestro corazon para haceros sospechosos los consejos desinteresados, entonces seréis perdido. No os dejeis rendir del dolor, esforzaos á seguir la virtud. A Filocles he instruido de cuanto debe hacer para aliviarnos, y para no abusar nunca de vuestra confianza: á vos os le han dado los dioses como á mí han dado á Telémaco. Cada uno debe seguir animosamente su destino: inútil es alijirse. Si en algun tiempo me necesitaseis, despues que haya devuelto á Telémaco á su padre y á su patria, os ofrezco volver á veros. ¿En qué podría yo hallar mayor complacencia? Yo no deseo riquezas ni autoridad, sino ayudar á los que buscan la justicia y la virtud. ¿Podré yo olvidar jamas la confianza y la amistad de que me habeis dado tantas pruebas?

Estas palabras trocaron de improviso á Idomeneo, y así sosegaron su espíritu como sosiega Neptuno con su tridente las olas irritadas y las tormentas: solo le quedaba un sentimiento apacible, sentimiento mas de amor que de dolor. Volvió á renacer en su pecho el esfuerzo, la confianza, la virtud y la esperanza en el favor de los dioses.

Estoy resuelto, le dijo, mi querido Mentor, á perderlo todo ántes que la constancia y el valor; pero á lo ménos acordaos de Idomeneo cuando esteis en Itaca, donde vuestra sabiduría os colmará de prosperidades. No os olvideis de que esta ciudad es obra vuestra, y de que dejais en ella un rey desgraciado, que solo en vos espera. Anda, digno hijo de Ulises, ya no me opongo á que partas, ni pienso tampoco oponerme á los dioses, por mas que me priven del inestimable tesoro que en vos poseía. Y vos, Mentor, el mas grande y mas sabio de todos los hombres (si es que en la humanidad cabe lo que en vos he visto, y si es que no sois una divinidad, que habeis tomado esta forma para instruir á los hombres débiles é ignorantes), andad, conducid al hijo de Ulises, mas feliz en teneros, que en ser el vencedor de Adrasto: perdonad que los sollozos no den lugar á las palabras: andad, vivid y sed felices juntos: ya no me queda en el mundo otro consuelo que la memoria de haberos tenido aquí. ¡Felices dias! ¡dias de inestimable valor! ¿porqué tan rápidamente pasasteis para no volver jamas? No, jamas volverán, ni mis ojos volverán nunca á ver lo que estan ahora viendo.

Tuvo Mentor este momento por el mas á propósito para partir: abrazó á Filocles, el cual esplicó con sus lágrimas el sentimiento que ataba la lengua. Quiso Telé-

maco asir á Mentor de la mano para salir de las de Idomeneo; pero este se puso en medio de ámbos, y les acompañó hasta el puerto: les mira, gime y principia muchas palabras sin poder acabar ninguna.

Entretanto se oye la confusa gritería de la marina: tesan las jarcias, izan las velas y empieza á soplar el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden del rey, que les estrecha entre sus brazos, y despues les sigue con los ojos hasta que el bajel se pierde de vista.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y TRES.

LIBRO VEINTE Y CUATRO.

SUMARIO.

Durante la navegacion hace Telémaco que Mentor le explique varias dificultades que se le ofrecian acerca del modo de gobernar con acierto; y entre otras la de conocer á los hombres para servirse de los buenos, y no ser engañado de los malos. Al acabarse la conversacion, les obligó el mar á dar fondo en una isla donde acababa de llegar Ulises. Le vé Telémaco, y le habla, pero sin conocerle; mas luego que le vé reembarcarse, siente una secreta conmocion sin atinar con la causa: esplicá-sela Mentor, le consuela, le asegura que pronto disfrutará de la compañía de su padre, y prueba su piedad y su paciencia retardando su partida para hacer un sacrificio á Minerva. En fin deja la diosa la figura de Mentor, permite que Telémaco la conozca, le da las últimas instrucciones, y desaparece; despues de la cual llega Telémaco á Itaca, y encuentra á Ulises su padre en casa del fiel Euneo.

YA se empiezan á henchir las velas, levan el áncora, y la tierra parece que huye. El experimentado piloto percibe desde léjos los montes de Leucata (1), cuyas em-

(1) Leucata es un promontorio del Epiro.

maco asir á Mentor de la mano para salir de las de Idomeneo; pero este se puso en medio de ámbos, y les acompañó hasta el puerto: les mira, gime y principia muchas palabras sin poder acabar ninguna.

Entretanto se oye la confusa gritería de la marina: tesan las jarcias, izan las velas y empieza á soplar el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden del rey, que les estrecha entre sus brazos, y despues les sigue con los ojos hasta que el bajel se pierde de vista.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y TRES.

LIBRO VEINTE Y CUATRO.

SUMARIO.

Durante la navegacion hace Telémaco que Mentor le explique varias dificultades que se le ofrecian acerca del modo de gobernar con acierto; y entre otras la de conocer á los hombres para servirse de los buenos, y no ser engañado de los malos. Al acabarse la conversacion, les obligó el mar á dar fondo en una isla donde acababa de llegar Ulises. Le vé Telémaco, y le habla, pero sin conocerle; mas luego que le vé reembarcarse, siente una secreta conmocion sin atinar con la causa: esplicá-sela Mentor, le consuela, le asegura que pronto disfrutará de la compañía de su padre, y prueba su piedad y su paciencia retardando su partida para hacer un sacrificio á Minerva. En fin deja la diosa la figura de Mentor, permite que Telémaco la conozca, le da las últimas instrucciones, y desaparece; despues de la cual llega Telémaco á Itaca, y encuentra á Ulises su padre en casa del fiel Euneo.

YA se empiezan á henchir las velas, levan el áncora, y la tierra parece que huye. El experimentado piloto percibe desde léjos los montes de Leucata (1), cuyas em-

(1) Leucata es un promontorio del Epiro.

pinadas cimas se esconden entre un torbellino de escarchas, y divisa tambien los montes Acroceraunos (1) que aun alcan al cielo su orgullosa frente, despues de haber sido tantas veces humillada con los rayos.

Durante la navegacion le dijo Telémago á Mentor: Yo creo haber entendido las máximas de gobierno que me habeis explicado, sin embargo de que al principio me parecian un sueño; pero poco á poco las ha ido desenvolviendo mi entendimiento hasta presentármelas con claridad, así como los objetos parecen á la primera luz de la aurora sombríos y confusos, y como que salen despues de un caos, cuando la luz que se va insensiblemente aumentando les distingue, y les restituye, por decirlo así, su figura y su color natural. Estoy bien persuadido de que el punto principal del gobierno consiste en conocer las diferentes clases de talentos para emplearlos con oportunidad; pero me falta saber los medios de discernirlas.

Observando á los hombres, le respondió Mentor, es como se les conoce, y para observarlos se necesita verlos y tratarlos. Deben los reyes conversar con sus vasallos, estimularlos á que hablen, consultarlos y ponerlos en pequeños empleos, para ver si son dignos y capaces de otros mayores. ¿Cómo aprendiste en Itaca á entender de caballos? A fuerza de verlos, de notar sus defectos y perfecciones, de compararlos, y á fuerza de tratar con inteligentes. Pues del mismo modo, trata con frecuencia de las buenas y malas cualidades de los hombres con sabios y virtuosos que hayan hecho estudio

(1) Los montes Acroceraunos son los de la quimera de que se ha hablado ya, tambien en el Epiro.

en conocerlos, y aprenderás insensiblemente á caracterizarlos, y á conocer lo que de ellos debes esperar. ¿Quién te ha enseñado á distinguir los buenos de los malos poetas? La continua lectura y las observaciones de sugetos de buen gusto. ¿Cómo has adquirido los conocimientos que tienes sobre la música? observando cuidadosamente diferentes composiciones. Pues si no hay otro medio, ¿cómo se podrá gobernar bien á los hombres sin conocerlos? ¿y cómo se les conocerá sin vivir con ellos ni tratarlos? El verlos en público, en donde solo se habla de cosas indiferentes y preparadas con estudio, no es tratarlos ni vivir con ellos; para esto es necesario verlos en particular, sacarlos de lo íntimo del corazon los designios que en él ocultan; es necesario sondearlos para conocer la profundidad de sus talentos, sus máximas, su carácter y su genio. Pero para juzgar con acierto se debe dar principio por el conocimiento de lo que deben ser, y saber lo que constituye un mérito sólido y verdadero para distinguir á los que realmente le tienen de los que le aparentan.

Continuamente se está hablando de virtud y de mérito, sin tener ideas del mérito ni de la virtud: estos son unos nombres especiosos, unos términos insignificantes para la mayor parte de los que se honran con tenerlos siempre en la boca. Sin principios sólidos de justicia, de razon y de virtud, no es posible conocer á los que los tienen: ni distinguir, sin un íntimo convencimiento de las máximas que constituyen un sabio y buen gobierno, á los que las siguen de los que con falsas sutilezas se apartan de ellas. En una palabra, así como para medir muchos cuerpos se necesita una medida fija, así para juzgar de los hombres nos son precisos principios

constantes que dirijan nuestros juicios. Es tambien necesario saber cual es el objeto de la vida humana, y cual el que debe proponerse un príncipe en el gobierno de sus vasallos. Debe ser, pues, su único y esencial objeto no querer jamas para sí la autoridad y la grandeza, pues esta ambición solo serviria de satisfacer un orgullo tiránico. Un rey justo se ha de sacrificar á los infinitos cuidados que son anejos al gobierno para hacer buenos y felices á sus vasallos; y el que carece de aquellos conocimientos y de estas disposiciones, anda toda su vida á tientas, y solo por casualidad acierta; semejante á una nave en alta mar que no tiene piloto que la dirija, ni quien observe los astros, ni le preserve de los peligros que en la vecina costa la amenazan. ¿Cómo evitará el naufragio?

Sucede muy á menudo que por no saber los príncipes en que consiste la verdadera virtud, ignoran lo que deben buscar en los hombres. Es para ellos la virtud tan áspera, y les parece tan austera y libre, que les espanta y les irrita, y de aquí el que sean tan incliuados á la lisonja; ¿y cómo hallarán en ella sinceridad ni virtud? Corren tras una apariencia de gloria, y se hacen indignos de alcanzar la verdadera. Se acostumbran á creer que no hay sólida virtud en los hombres, porque aunque los buenos conocen bien á los malos, estos ni conocen á los buenos, ni aun creen que los hay en el mundo; y de estos principios nace el que de todos igualmente desconfien: se ocultan, se encierran, sospechan aun en lo mas despreciable, temen y se hacen temibles, huyen de que se les conozcan, se hacen simulados, y no se atreven á presentarse en su natural; pero á pesar de su cuidado, no dejan de ser conocidos, porque la curiosidad maligna de los vasallos todo

lo penetra y lo adivina todo, al paso que ellos no saben como conocer á ninguno. Los palaciegos que los rodean se alegran de verles inaccesibles, y aun ellos mismos les confirman en la opinion de que se degrada la magestad si se familiariza; y esto porque ven por experiencia que el rey, que es inaccessible á los hombres, lo es tambien á la verdad; y no conociéndola, pueden mas á su salvo infamar con injuriosos informes, y alejar del trono á cuantos pudieran desengañar al que le ocupa. Semejantes reyes pasan la vida en una bestial grandeza, siempre temiendo ser engañados, siéndolo siempre, y mereciendo serlo. El que solo trata con pocos, insensiblemente contrae sus defectos y sus preocupaciones, pues aun los buenos los tienen; y como al mismo tiempo que se priva del trato de los hombres, se priva del único medio de conocerlos; es preciso que para juzgarlos proceda por lo que le digan los noveleros, raza vil y maligna, que se alimenta con ponzoña, vicia las cosas mas inocentes, abulta las pequeñas, supone delitos por no dejar de hacer mal, y á la cual sirve de regocijo la desconfianza y la indigna curiosidad de un príncipe débil y desconfiado.

Aprende, pues, mi amado Telémaco, aprende á conocer á los hombres, examinándolos, haciéndoles hablar á unos de otros, experimentándolos poco á poco; pero sin entregarte á ninguno: aprovéchate de tus esperiencias cuando yerres en tus juicios, que no dejará de sucederte, porque es mucha la perfeccion con que poseen los malos el arte de disimular para sorprender á los buenos. Aprende tambien de tus equivocaciones á no juzgar con precipitacion bien ni mal de ninguno, porque es muy peligroso; y de este modo tus mismos errores serán tu mejor leccion. Cuando estés satisfecho

de la virtud y del talento de un sugeto, sírvete de él sin recelo, porque los hombres de bien quieren que se honre su rectitud, y mas aprecian la confianza que los tesoros; mas procura no viciarlos dándoles un poder ilimitado, porque uno que sin él hubiera sido toda su vida virtuoso, deja de serlo corrompido con la escesiva autoridad y riquezas que le ha dado su dueño. El rey, que tiene la dicha de hallar en todos sus estados dos ó tres verdaderos amigos, de una prudencia y de una bondad constantes, muy pronto sabe por su medio de otros que les son semejantes. Por los buenos, á quienes honra con su confianza, sabe lo que por sí le era imposible acerca de los demas hombres.

¿Pero es cierto, como lo he oido decir muchas veces, preguntó Telémaco, que un rey necesita servirse de los malos siempre que tengan algun talento particular? Verdad es, le respondió Mentor, que muchas veces se ven en la necesidad de servirse de ellos. En una nacion en que reina el desórden, se hallan constituidos en autoridad hombres injustos y fraudulentos: tienen empleos importantes, que no es fácil quitarles, y han adquirido la confianza de ciertos poderosos con quienes es preciso contemporizar: lo es tambien contemporizar con ellos mismos por mas indignos que sean; porque es temible el resentimiento de un malvado que se halla en disposicion de trastornar el estado entero. Conviene, pues, servirse de ellos por algun tiempo, mas con la mira siempre de irles poco á poco haciendo inútiles. Pero guárdate de admitirlos nunca á tu verdadera é íntima confianza, porque es fácil que abusen de ella, y que te veas obligado á tu pesar á tolerarlos porque no revelen tus secretos; y este lazo ú opresora cadena, es mas difícil de romper que las mas pesadas

de hierro. Empléales en negociaciones de poca consecuencia, trátales bien, y válete de sus mismas pasiones para empeñarles á que te sean fieles, pues con ellos es el único arbitrio; mas nunca les reveles tus secretas deliberaciones. Ten siempre dispuesto un medio de hacerles obrar segun tus fines, pero sin entregarles nunca la llave de tu pecho, ni de tus negocios. Y cuando esté ya tranquilo el estado, bien ordenado, y regido por hombres de cuya virtud y prudencia estés seguro, verás irse poco á poco haciendo inútiles los pérfidos, de quienes ántes tenias necesidad de servirte. Pero no por eso se ha de dejar de tratarles bien, pues no es lícito ser ingrato ni aun con los malos; mas en este buen trato debe ir envuelta la idea de hacerlos buenos. Débenseles tolerar ciertas flaquezas que se perdonan á la fragilidad humana; pero puesta siempre la mira en ir recobrando, aunque sea poco á poco, la autoridad de que se habian revestido para contener los excesos en que abiertamente incurririan si se les dejase obrar á su arbitrio. Ademas de que siempre es reprehensible servirse de un malo para hacer lo bueno; y aunque este mal sea muchas veces inevitable, debe sin embargo procurarse extinguirle aunque sea á fuerza de tiempo y cuidado. Un príncipe sabio, que tenga por objeto la justicia y el buen órden, llegará á no necesitar para nada á esos hombres corrompidos y simulados, y hallará bastantes buenos con la suficiencia necesaria de quienes poder servirse.

Mas no basta encontrar buenos vasallos en una nacion, es necesario crear otros. Gran dificultad es esa, dijo Telémaco. Ninguna, le respondió Mentor. La diligencia con que busques los sugetos instruidos y virtuosos para elevarlos, moverá á los que se hallen con

talento y disposición; y todos se esforzarán á merecer. ¡ Cuántos yacen en una oscura ociosidad, que alentados con la seguridad del premio fueran unos grandes hombres! ¡ cuántos hay que la miseria y la imposibilidad de medrar por el camino de la virtud, incita á seguir él del vicio! Siempre que recompenses el mérito y la virtud, no temas que te falten virtudes ni talentos que premiar. Pero ¿ cuántos hombres eminentes puede formar un rey haciéndoles subir de grado en grado desde los últimos hasta los primeros empleos? Así ejercitaría sus talentos, tendría pruebas de su capacidad, y de la sinceridad de su virtud. Los que ascendieran á las primeras dignidades serian educados á vista del príncipe que les habria observado toda su vida, y que podria juzgar de su mérito, no por sus palabras, sino por una série continuada de acciones.

Mientras que así instruía Mentor á Telémaco, notaron que un navío feacio (1) habia arribado á una pequeña isla, desierta y salvaje, ceñida de espantosas rocas. Al mismo tiempo sobrevinó una calma, que ni aun se sentia el dulce soplo de los mansos céfiros: quedóse el mar tan terso como un espejo, y las inanimadas velas en nada coadyuvaban al esfuerzo de los ya fatigados remeros, fué, pues, necesario arribar á aquella isla, que mas era un escollo que tierra habitable, y á la que en otro tiempo de ménos calma hubiera sido peligroso acercarse.

No esperaban los Feacios con ménos impaciencia el

(1) Feacio, esto es, de Corcira, hoy Corfu, isla del mar Ionio en las costas del Epiro, del cual está separado solo por un canal de unas dos leguas de ancho.

viento que los Salentinos. Adelantóse hácia ellos Telémaco, y preguntó al primero que encontró si habia visto á Ulises, rey de Itaca, en casa del rey Alcinoo (1).

Aquel á quien por casualidad preguntó no era Feacio: era un extranjero desconocido, de aspecto magestuoso; pero triste y abatido, y tan pensativo, que se creyera no haber oído la pregunta si despues de un breve rato no le hubiera respondido: Es cierto que Ulises fué recibido en casa del rey de Feacia como en un asilo donde se teme á Júpiter, y donde se ejerce la hospitalidad; pero ya no está allí. partió para su pátria, si aplacados los dioses permiten al fin que vuelva á saludar sus penates.

Apénas pronunció con tristeza estas palabras, cuando presurosamente se entró en un bosque muy espeso que habia en la cima de un collado, desde donde miraba con atencion al mar, huyendo de los hombres que se le ponian delante, y mostrando cierta inquietud por continuar su viage.

Mirábale Telémaco de hito en hito; y cuanto mas le miraba, mas se conmovia y admiraba. Este desconocido, le dijo á Mentor, me ha respondido como quien oprimido de dolor apénas oye lo que se le dice. ¡ Cuánto compadezco á los infelices desde que yo tambien lo soy! Al ver á este, siento que mi corazón toma parte en su pena sin saber porque, ántes me ha recibido con tanta indiferencia, que apénas se ha dignado oirme y responderme; y no obstante no puedo ménos de desear el pronto fin de sus males.

(1) Alcinoo era un rey de los Feacios, que recibió á Ulises despues de su naufragio.

Mentor le respondió sonriéndose : En eso conocerás cuanto aprovechan los infortunios : ellos hacen que sean los príncipes moderados y sensibles á los trabajos ajenos. Los que nunca han probado mas que el dulce veneno de la prosperidad se figuran ser dioses ; quieren que las montañas se aplanen por complacerlos ; tienen en nada á los hombres , y se burlan de la naturaleza entera. Si oyen hablar de miserias y trabajos , no saben de que se habla ; es para ellos un sueño , porque nunca han experimentado la diferencia que hay del bien al mal. Solo el infortunio puede inspirarles compasion , y trocar su corazon de bronce en corazon humano ; entónces es cuando conocen que son hombres , y que deben tener cuenta con los que les son semejantes. Dime , si te compadece tanto un desconocido , sin mas que porque le ves errante como tú , ¿ cuánto mas deberá compadecerte el pueblo de Itaca , si llega tiempo de que le veas padecer ? ¿ ese pueblo que te habrán confiado los dioses como se confía un rebaño á un pastor , y cuya infelicidad acaso proceda de tu ambicion , de tu fausto ú de tu imprudencia ? Reflexónalo bien ; y no dudes que cuanto padecen los pueblos es por culpa de sus reyes , que debian poner todos sus conatos en evitar que padeciesen.

Mientras habló Mentor , estuvo Telémaco sumergido en la mayor tristeza y descontento , hasta que por fin le respondió con alguna turbacion : Si todo eso es cierto , infelicísima es la condicion de rey : él es esclavo de los que parece que le obedecen ; y no es tanto para mandarlos , como para servirlos : debe proveer sus necesidades , y ser el defensor de todos y cada uno : necesita acomodarse á sus flaquezas , corregirlos como padre , y hacerlos cuerdos y felices. La autoridad que parece

tener no es suya , ni puede emplearla en su propia gloria , ni para sus comodidades ; es toda de las leyes , y á ellas debe obedecer el primero para dar ejemplo á sus vasallos. Hablando con propiedad no es mas que el defensor de las leyes , el que incesantemente debe velar sobre su observancia , es el hombre ménos libre y tranquilo de su reino , es un esclavo que sacrifica su reposo y libertad á la libertad y felicidad pública.

Es verdad , respondió Mentor , que el rey no lo es sino para que cuide de su pueblo como un pastor de su rebaño , ó un padre de su familia. ¿ Pero te parece infelicísimo porque tiene que hacer bien á tanto número de personas ? El rey corrige con castigos á los malos , anima con recompensa á los buenos ; en una palabra , representa á los dioses conduciendo al género humano por el camino de la virtud. ¿ Te parece poca gloria el hacer observar las leyes ? La de hacerse superior á ellas no merece mas que el horror y el desprecio. Si el príncipe es un malvado , será tambien infeliz , pues no encontrará paz alguna en la satisfaccion de sus pasiones y de su soberbia ; y si fuere justo , en su misma justificacion sentirá el placer mas puro y mas sólido de todos los placeres , y recibirá de los dioses un galardón eterno.

Agitado Telémaco de una interior displicencia , parecia como que nunca habia entendido estas verdades , aunque estaba de ellas tan persuadido , que las habia enseñado ; pero un humor negro le sugeia contra sus propios sentimientos un espíritu de contradiccion y sutileza para impugnarlas. Oponia á las razones de Mentor la ingratitud de los hombres. ¿ Qué , decia , se ha de afanar un rey por merecer el amor de los hombres , de quien acaso no se verá jamas correspondido ,

y para hacer bien á unos indignos que empleen estos mismos beneficios en daño de quien se los hizo?

Siempre se debe contar con su ingratitud, le respondió Mentor; pero nunca dejarles de hacer bien, no tanto por ellos, como porque así lo ordenan los dioses. Jamas se pierde el bien que se les hace; porque si los hombres le olvidan, le tienen presente los dioses, y le recompensan. Además de que si la multitud es ingrata, nunca faltarán hombres virtuosos que os amen y sean reconocidos. Hasta la misma multitud inconstante y caprichosa no deja tarde ó temprano de hacer justicia al mérito.

Pero aun hay medio para evitar la ingratitud: no te empeñes únicamente en hacerlos ricos y formidables en la guerra, ni en que abunden en comodidades, porque esto les corromperia y haria mas inicuos, y de consiguiente mas ingratos: fuera hacerles un funesto presente, fuera ofrecerles un dulce veneno. Empénate sobre todo en rectificar sus costumbres, en inspirarles amor á la justicia y temor á los dioses; inspírales humanidad, fidelidad, moderacion y desinterés; haz que se posean de estos sentimientos, y que les aprecien como el conjunto de todos los bienes; y entonces vive seguro de su reconocimiento, porque no es posible que un virtuoso deje de amar á quien le inspiró la virtud. De este modo, facilitándoles á ellos los bienes verdaderos, á tí mismo te beneficias, y no tienes que temer su ingratitud. ¿Qué extraño será que los hombres sean ingratos á unos príncipes que les han familiarizado con la injusticia, con la mas desenfrenada ambicion, con la inhumanidad, con la altivez y con la mala fé? Un príncipe no debe esperar que hagan sus vasallos mas que lo que en él hayan aprendido. Si por el contrario em-

please su ejemplo y su autoridad en hacerlos virtuosos, podría esperar coger en sus virtudes el premio de sus trabajos; y cuando este le faltase, en la suya propia y en la amistad de los dioses hallaria el mas dulce consuelo de su engaño.

Luego que acabó Mentor, se dirigió Telémaco á un anciano que se hallaba entre los Feacios, y le preguntó de donde venian, adonde iban, y si habian visto á Ulises; y el anciano le respondió:

Venimos de Feacia, nuestra tierra, y vamos por mercaderías á Epiro: Ulises, como ya os lo han dicho, estuvo y salió de ella. ¿Quién es, continuó Telémaco, ese hombre tan triste, que busca los sitios mas solitarios mientras se hace á la vela vuestra nave? Ese es, respondió el anciano, un estrangero que no conocemos: dicen que se llama Cleomenes, que es natural de Frigia, y que ántes de nacer predijó un oráculo á su madre que seria rey sino permanecia en su patria; y que si permanecia la afligirian los dioses con una peste cruel. Luego que nació, le entregaron sus padres á unos marineros para que le llevasen á Lesbos (1), donde le criaron de oculto á espensas de su patria que tanto se interesaba en alejarle. Creció, se hizo robusto, agradable y á propósito para todos los ejercicios corporales; se aplicó tambien á las ciencias y á las bellas artes, en las que muy pronto sobresaliéron su buen gusto y su genio; pero en ningun pais se le permite, porque habiéndose hecho célebre la prediccion, es en todos in-

(1) Lesbos, hoy Metelin, es una isla del Archipiélago, á dos leguas de la costa de la Natolia, entre Esmirna y el estrecho de Galipoli.

mediatamente conocido, y temen los reyes que les quite sus diademas. Así es que desde su juventud anda vagando, sin poderse establecer en ninguna parte. Muchas veces se ha alejado á pueblos muy distantes del suyo; pero no bien llega á una ciudad, cuando se descubre su nacimiento, y el destino que le reserva el hado. Por mas que quiere ocultarse entre las ocupaciones de una vida oscura, siempre, segun dicen, le descubren sus talentos para la guerra, su sabiduría en las letras, ó su prudencia en los mas importantes negocios, presentándole la casualidad ocasiones en que tenga necesidad de emplearlos. Su mérito labra su desgracia: todos le temen, y por él se vé ahuyentado de todas las naciones. Su destino es ser estimado, amado y admirado en todas partes, y de todas arrojado. Ya no es jóven, y sin embargo aun no ha hallado en el Asia, ni en la Grecia ninguna costa en que hayan querido dejarle vivir con algun descanso. No parece ambicioso, ni busca fortuna: harta fuera la suya en que el oráculo no le hubiera prometido un trono. Ninguna esperanza tiene de volver á ver su patria, pues consigo llevaria la afliccion y el desconsuelo á todos sus habitantes. Hace poco aprecio de la diadema, sin embargo de que su destino le impele á correr por todo el mundo tras ella, y ella parece huir de él, burlándose así de este desgraciado hasta su vejez. ¡Funesto presente de los dioses, que tan amargos hace los mejores dias de su vida, y que tantos trabajos le reserva para una edad en que ya el hombre solo apetece el descanso! Dice que va desde aquí á Tracia por si halla algun pueblo salvaje y sin leyes, que pueda reunir, civilizar y gobernar algunos años, para que cumplido así el oráculo no dé mas que temer en ninguna parte, y pueda retirarse á una aldea de Caria donde

dedicarse, como desea, á la agricultura. Este es un hombre sabio y moderado que teme á los dioses, conoce á los hombres, y sabe vivir en paz con ellos sin estimarlos. Esto es lo que se dice de ese extranjero, de quien me pedisteis noticia.

Durante esta conversacion volvía Telémaco continuamente la vista al mar, que ya empezaba á moverse con el viento, el cual engrosaba las mansas ondas que venian á herir los penascos de la isla, dejándoles cubiertos de blanca espuma. Al instante que lo advirtió el anciano, le dijo á Telémaco: Ya llegó la hora, y no es justo hacer á mis compañeros que me esperen. Corre hácia la ribera, se embarca, y no se oye en toda ella mas que el confuso murmullo de los marineros impacientes por continuar su viage.

Aquel desconocido, llamado Cleomenes, habia andado por la isla sin sosegar en parte alguna de ella: subia á las rocas, y desde allí contemplaba con una profunda tristeza el inmenso espacio de los mares. No le perdía de vista Telémaco, que atentamente observaba sus pasos, compadecido de la infelicidad de un hombre virtuoso destinado para grandes cosas, y sirviendo entretanto de juguete á una rigurosa fortuna. A lo ménos, decia entre sí, puede que yo vuelva á ver á Itaca; pero este desgraciado no volverá nunca á ver la Frigia. Así aliviaba Telémaco su pena con el ejemplo de otra mayor. Finalmente viendo el incógnito su nave á punto, bajó de aquellas escarpadas rocas con tanta presteza y agilidad, como Apolo cuando persiguiendo los ciervos y javalíes recorría los precipicios en las selvas de Licia. Entra en la nave, la cual, surcaudo las ondas, se aleja de la tierra.

Al verlo Telémaco, se sobrecoge de tristeza, sin

saber la causa; caénsele las lágrimas, y nada le es mas dulce que este llanto. Al mismo tiempo vé á los Salentinos tendidos sobre la yerba, y profundamente dormidos de cansados: el dulce sueño se habia apoderado de sus miembros, y Minerva en medio del día habia derramado en sus ojos las adormideras de la noche. Admirale á Telémaco este universal letargo en los Salentinos, miéntras los Feacios habian estado tan diligentes para aprovecharse del viento favorable; pero aun le llamaba mas la atencion el navío feacio que iba ya á ocultarse entre las ondas, que el cuidado de despertar á los Salentinos. Impelido por una oculta fuerza, tenia fijos los ojos en la nave, de la cual ya no alcanzaba á ver mas que la blancura de las velas sobre el azul de las aguas: tan enagenado, que ni oía á Mentor que le hablaba; y tan fuera de sí y arrebatado como las Ménades (1), cuando corriendo con el tirso en la mano hacen resonar sus desatinados alaridos en las márgenes del Hebro (2), y en los montes de Rodope y de Ismaro (3).

Vuelto en sí un poco de esta especie de encanto, empezó de nuevo á llorar, y Mentor le dijo: No extraño tu llanto, mi querido Telémaco, porque la causa de él, que á tí te es desconocida, no lo es á Mentor: tú no sabes que es la naturaleza la que habla por tus ojos, y que es ella la que en tu corazón promueve esa ternura.

(1) Las Ménades ó Bacantes eran unas sacerdotisas de Baco.

(2) El Hebro es un río de Tracia, llamado hoy Mariaxa.

(3) Rodope é Ismaro están igualmente en la Tracia.

El incógnito que te ha conmovido tanto es el grande Ulises, y lo que de él te ha contado aquel anciano Feacio una ficcion inventada para ocultar mejor la vuelta de tu padre á Itaca, de cuyo puerto se halla ya bien cerca: por fin vuelve á ver aquellos sitios por tanto tiempo deseados. Tú le has visto sin conocerle, como en otro tiempo se te predijo; bien pronto volverás á verle, y os conoceréis ámbos; pero fuera de Itaca no podian permitirlo los dioses. No se ha enternecido su corazón ménos que el tuyo; pero es demasiado sabio para descubrirse con nadie; y ménos en un sitio en que pudiera esponerse á la traicion y á los insultos de los crueles amantes de Penelope. Ulises, tu padre, es el mas sabio de los hombres, y su pecho un pozo profundo donde oculta sus secretos, donde no es posible ni aun traslucirlos. Ama la verdad, y nunca dice nada que la ofenda; pero tampoco la dice sin necesidad, porque la prudencia cierra como un sello sus labios á toda palabra inútil. ¡Cuánta fué su connoccion al hablarte! ¡qué violencia le costó él no descubrirse! ¡y cuánto sufrió al verte! Esto era lo que le hacia parecer tan triste y abatido.

Estremamente conmovido Telémaco, no podia contener las lágrimas, ni reprimir los sollozos que le embargaban la voz, hasta que desahogado algun tanto, exclamó por fin: ¡Ay de mí! yo conocí muy bien lo extraordinaria é irresistible que era la fuerza que me inclinaba á aquel desconocido, y la sensacion que su vista me causaba. Mas porqué no me dijisteis quien era, pues le conocisteis? ¿porqué le dejasteis partir sin hablarle, y sin mostrar siquiera que le conociais? ¿qué misterio es este? ¿habrá de ser eterna mi desgracia? ¿ó han decretado los dioses tratarme como al sediente Tán-

talo, cuya esperanza lisonjea una agua engañosa, que huye de sus labios cuando mas cerca se le pone? ¡O Ulises, Ulises! ¡cómo temo haberos perdido para siempre! acaso no te volveré á ver! ¡acaso caerás en las asechanzas que contra mí tenían dispuestas los amantes de Penelope! Si yo le hubiera seguido, tendria á lo ménos la gloria de morir con él. ¡Ay Ulises, Ulises! cuando ya aplacado Neptuno no te oponga ningun obstáculo (que todo debo temerlo de la fortuna enemiga) me estremece la idea de que podeis llegar á Itaca con tan funesta suerte como Agamenon á Micenas (1). ¡Pero porqué, amado Mentor mio, me habeis envidiado la dicha de que ahora le estuviese abrazando? Ya estaria con él en el puerto de Itaca, y pelearíamos juntos contra nuestros enemigos.

Vé ahí, le respondió Mentor sonriéndose, lo que son los hombres. Estás enteramente consternado porque has visto á tu padre sin conocerle. ¡Cuánto hubieras dado ayer por saber que estaba vivo! Hoy le has visto por tus mismos ojos, y esto que debía llenarte de alegría, te causa la mayor tristeza. Así el inconstante corazón humano tiene en poco lo que mas ha deseado luego que lo posee, y se atormenta por poseer lo que aun no tiene.

Para ejercitar tu paciencia es para lo que los dioses te tienen en esta suspension. Tú tienes por perdido este tiempo; pues sabe que es el mas útil de toda tu vida, pues te ejercita en una virtud, que es la mas necesaria

(1) Agamenon, rey de Micenas, haciendo vuelto de la guerra de Troya cargado de laureles, fué matado en su casa por Egisto, ayudado de Clitemnestra, su propia muger, que le habia deshonrado en su ausencia.

á los que han de mandar. Para ser dueño de sí y de los demas, se necesita tolerar; porque la impaciencia que parece esfuerzo y vigor, es realmente una flaqueza procedida de la falta de valor para sufrir. El que no espera, ni sufre, es como el que no puede callar un secreto, porque á ámbos les falta firmeza para contenerse; así como al que corre velozmente en un carro, que por no tener fuerza en la mano para refrenar á tiempo los caballos, se desbocan, se precipitan, y le arrastran en su caída. Esta es la causa de que el hombre impaciente se vea arrastrado á un abismo de miserias por sus indómitos y feroces deseos, y que cuando mayor sea su poder, le sea tanto mas funesta su impaciencia por nada espera, nada medita, todo lo violenta; desgaja la rama por coger el fruto ántes de madurar; rompe las puertas por no esperar que se las abran; quiere segar cuando el experimentado labrador siembra; y en una palabra, todo cuanto hace está como hecho de priesa, y sin oportunidad, y no tiene mas duracion que tienen subsistencia sus inconstantes deseos. Tales son los proyectos insensatos del que cree poderlo todo, y se abandona á sus impacientes deseos, abusando de su poder. Para enseñarte, pues, á ser sufrido, ejercitan los dioses tanto tu paciencia, que parece se complacen en verte errante, y tenerte siempre incierto. Pónte delante lo que mas desees; y al cogerlo, huye como un sueño al despertar; y esto para que aprendas que aun lo que se cree tener seguro, en un instante desaparece. Los mas acertados documentos que te dé Ulises, no te serán tan útiles como su larga ausencia, y los trabajos que buscándole has sufrido.

Aun no satisfecho Mentor; quiso probar mas y mas la paciencia de Telémaco. En el mismo momento en

que este iba presuroso á despertar á los marineros para reembarcarse con la mayor brevedad, en aquel mismo le detiene para hacer un gran sacrificio á Minerva, y Telémaco se presta con docilidad á todo lo que Mentor dispone. Erígense dos altares de céspedes, humea el incienso, y corre la sangre de las víctimas: Telémaco dirige al cielo tiernos suspiros, y reconoce cuanto debe á la poderosa proteccion de la diosa.

Acabado el sacrificio, siguió á Mentor á un pequeño bosque que se hallaba inmediato, y allí vé que repentinamente toma el rostro de su amigo una nueva forma: deshácense las arrugas de su frente, como desaparecen las sombras al abrir la aurora con sus dedos rosados las puertas del oriente, dorando el horizonte: sus ojos sumidos y severos se transforman en azules de una amabilidad celestial, animados de una luz divina: desaparece tambien aquella barba entrecana y desaliñada, y vé el absorto Telémaco un semblante noble y denodado, mezclado de dulzura y gentileza: vé un rostro de muger, cuya tez es mas delicada que la de la mas fresca flor, y á cuya blancura de azucena estaba mezclado el carmin de la rosa: vé florecer en él una immortal juventud con una magestad sencilla y descuidada. De su rubia cabellera se difundia la fragancia de la ambrosia; y no brillaba ménos su undoso ropage, que brillan los mas vivos colores con que al amanecer dora el sol las sombrías bóvedas del cielo, y las nubes lejanas que sus rayos alcanzan. No tocaba la diosa con los pies en el suelo: discurría velozmente por el aire como una ave le hiende con sus alas: empuñaba con su poderosa diestra una resplandeciente lanza, capaz de hacer temblar á las ciudades y naciones mas belicosas: temblará hasta el mismo Marte. Era su voz suave y apa-

cible, pero fuerte y penetrante; y sus palabras sacetas de fuego que atravesaban el corazon de Telémaco, y le causaban cierto dolor agradable. Encima del yelmo se veía la triste ave de Atenas (1), y brillar en el pecho la formidable egida. Por estas señas conoció Telémaco á Minerva, y exclamó:

¡O diosa! ¡sois vos! ¡vos misma os habeis dignado de conducir al hijo de Ulises por amor de su padre!... Quería proseguir, pero le faltó la voz; y en vano se esforzaba á espesar los conceptos que impetuosamente le salian de lo íntimo del corazon; porque la presencia de la diosa le tenia sobrecogido, como al que un pesado sueño oprime tanto, que hasta la respiracion parece que le quita: y que por mas que mueve los labios, no puede articular palabra.

Por fin dijo Minerva: Oyeme, hijo de Ulises, óyeme por la última vez. A nadie he instruido con tanto cuidado como á tí: yo te he llevado de la mano por entre naufragios, países desconocidos, batallas sangrientas, y por entre todos los peligros que pueden servir de prueba del valor humano: yo te he enseñado con ejemplos prácticos las verdaderas y las falsas máximas de reinar: tus defectos no te han sido ménos útiles que tus desgracias; ¿porqué quien podrá sabiamente gobernar sin haber jamas padecido, ni sacado fruto jamas de lo que ha tenido que padecer por los defectos en que ha incurrido?

(1) El buho, cuyo vuelo miraban los Atenienses como un presagio de la victoria, porque esta ave estaba consagrada á Minerva, su diosa.

La fama de tus tristes aventuras, así bien que las de tu padre, ocupa mares y tierra. Vé, pues ya eres digno de seguir sus huellas: desde aquí no falta mas que una corta y fácil travesía para Itaca, adonde él llega en este momento: anda, pues, pelea en su compañía, y obedécele como el menor de sus vasallos para dar ejemplo á los demas. Pedirá para tí á Antiope, en cuya compañía vivirás felizmente, porque preferiste á su hermosura su prudencia y su virtud. Cuando reines, funda tu gloria en renovar el siglo de oro; oye á todos, y cree á muy pocos; guárdate de dar demasiada estimación á tus dictámenes; teme engañarte, pero no que los demas conozcan que te has engañado.

Ama á tus vasallos, y no omitas nada para ser de ellos amado. El terror es preciso cuando el amor falta; pero se debe usar de él con la misma repugnancia que se usa de los remedios violentos y peligrosos.

Prevé detenidamente las consecuencias de lo que emprendas, prevé los mayores inconvenientes, y sabe que el verdadero valor consiste en ver los peligros, y despreciarlos cuando es necesario. El que no los vé, es porque le falta valor para estar tranquilo á vista de ellos; y él que los vé todos, evita los que puede, y arrostra con serenidad los que no: este es el prudente y el magnánimo.

Huye de la molición, del fausto y de la profusion: sé tú un ejemplo de sencillez, y tus acciones y virtudes, el ornamento de tu persona y tu palacio: sean ellas las guardias que te custodien, haz que aprenda en tí el mundo entero en que consiste el verdadero honor.

No olvides nunca que no reinan los reyes para su

propia gloria, sino para bien de sus vasallos: el bien que hacen se propaga hasta los siglos mas distantes, y los males que causan se multiplican de generacion en generacion hasta la mas remota posteridad. Un mal reinado suele causar la calamidad de muchos siglos.

Está sobre todo siempre alerta contra tu genio: este es un enemigo que te acompañará hasta el sepulcro, tendrá parte en tus resoluciones, y te serás infiel si les das oídos. El es la causa de que no se aprovechen las mas ventajosas circunstancias: inspira indignaciones y aversiones pueriles en perjuicio de los mas considerables intereses: hace que se decidan los negocios mas graves por las mas fútiles razones: ofusca los talentos, disminuye el valor, y él es el que hace al hombre débil, inconstante, vil é insoportable: desconfía, pues, de tan dañoso enemigo.

Teme á los dioses, Telémaco, y aprecia este temor como el mas rico tesoro que puede poseer el hombre: con él adquirirás la sabiduría, la justicia, la paz, la alegría, los placeres puros, la verdadera libertad, la agradable abundancia y la gloria.

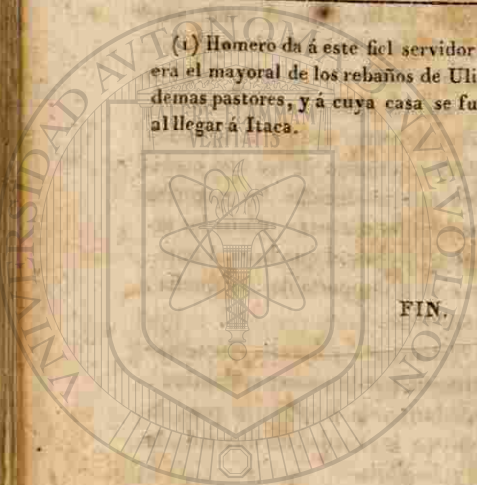
Yo te dejo, hijo de Ulises; pero no te dejará mi sabiduría, con tal que reconozcas que sin ella es nada lo que puedes. Tiempo es de que por tí mismo te conduzcas: con este mismo objeto me separé de tí en Egipto y en Salento, para que te fueses acostumbrando á privarte de la dulzura de mi compañía, así como se desteta á un niño cuando es ya tiempo de que se sustente con alimentos sólidos.

Apénas puso fin la diosa á este discurso, cuando se remontó en el aire, se envolvió en una dorada nubé, y en ella desapareció. Afligido Telémaco, atónito y

fuera de sí, se postró en tierra levantando las manos al cielo : despues se vuelve á despertar á sus compañeros, apresura la partida, llega á Itaca, y reconoce á su padre en casa del fiel Eumeo (1).

(1) Homero da á este fiel servidor el nombre de Eumeo : era el mayoral de los rebaños de Ulises, que cuidaba de los demas pastores, y á cuya casa se fué directamente este rey al llegar á Itaca.

FIN.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



